Una eternidad para Eva

¿Se puede amar a dos chicos a la vez?

RODOLFO NARÓ

Planeta

RODOLFO NARO

Una eternidad para Eva

Planeta

CONTENIDO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para Gina Pérez-Wiberg y sus hijos, Zach y Emilian

Para Gina Pérez-Wiberg y sus hijos, Zach y Emiliano

1

El nombre de Eva Otero hizo eco en cada rincón del hospital. Por lo menos así lo sintió Max Fiore a escucharlo, él también esperaba su turno. Eran las 8:19 de la mañana y el Hospital del Carmen revivía cada minuto. La gente iba y venía, por el altavoz se escuchaba el nombre de algún doctor. Una urgencia Max Fiore, sentado entre dos mujeres, una rubia igual que él y la otra morena, no podía desviar la mirada seguía al milímetro todos los movimientos y gestos de Eva. También los de Dana, que estaba cerca de ella le susurraba al oído. Max dedujo que la mujer y la jovencita que acompañaban a la chica herida eran su madre y su hermana. Eva notó el parecido entre Max y la mujer rubia, supuso que era su madre, aunque la morena se notaba más preocupada e impaciente que la otra. Eva también dedujo que eran extranjeros, su rasgos no le parecieron familiares, pero no supo de dónde serían, hablaban poco entre ellos. Eva en ese momento no estaba para conjeturas, le molestaba que el chico buscara hacer contacto visual con ella, él la miraba y luego consultaba su celular, que sostenía con la mano izquierda. Tampoco era momento para ligar, se dijo Eva. Hasta que cedió y por un instante lo miró y luego rehuyó la vista. Notó las cicatrices de sus brazos y el ojo enrojecido y amoratado de Max, era un golpe fuerte. Eva sintió un leve escalofrío.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Julia mientras texteaba en el celular.

Eva movió la cabeza, dijo que no. Tampoco tenía ganas de conversar ni tenía ojos para nadie. Le incomodaba la mirada de ese chico rubio.

—Prefiero estar de pie, estos sillones están muy blandos y siento que me hundo —le dijo a su mamá y se levantó, le dio la espalda a Max.

Eva vestía una blusa azul sin mangas y shorts del mismo color, pero en tono diferente. Max vio que ella tenía múltiples y pequeñas heridas en las piernas. Pronto notó que eran pinchazos ocasionados por infinidad de vidrios incrustados en la piel. Vio que Eva se sostenía el brazo izquierdo con la mano derecha Adivinó un fuerte golpe. Poco a poco descubrió que la chica tenía más golpes en el cuerpo, que no solo había sangrado de las piernas, supo que esa sangre había llegado hasta su cabello. Le pareció un cachorro herido. «¿Un accidente de auto?», se preguntó. «No», fue su respuesta. Notó que Eva tenía el cabello húmedo, «quizá se lo había intentado lavar», pensó. «Los rastros de sangre son muy difíciles de esconder, s lo sabré yo», se dijo.

Dana seguía insistiendo con la mirada, quería que Eva volviera a mirar al chico que tenían enfrente. No lo consiguió. Enseguida se levantó de su lugar, se alzó de puntas y le habló al oído a Eva. Max vio que la mayor asentía con la cabeza. Luego vio que le respondía y la menor, quien vestía jeans, Converse y, bajo la chamarra de mezclilla, una camisa de pijama de Hello Kitty, volteaba a verlo sin recato. Pero eso a él no le

importó, daría lo que fuera porque la hermana mayor, la chica herida y de mirada triste, diera media vuelt
y lo mirara. No sucedería así.

Las dos recepcionistas que estaban detrás de un mostrador, atendían el teléfono, una de ellas revisab
constantemente la computadora, traía el cabello recogido, la otra lo usaba suelto. Ambas vestían con rop
de calle. No eran enfermeras, solo atendían la llegada de pacientes. Había dos o cuatro personas más en es
sala, en las miradas de todos había más dolor que esperanza. La mañana comenzaba a sentirse calurosa.

—Hijo, hasta ahora caigo en cuenta que no desayunaste nada. ¿Querés algo de comer? —le dijo su madr
y Max negó con la cabeza, tenía otros planes inmediatos.

Max Fiore estaba a punto de hablarle a Eva, levantarse de su asiento, dar dos pasos y presentarse
cuando escuchó a la recepcionista de cabello recogido gritar un nombre y esas dos palabras hicieron eco e
cada rincón de su ser: «Eva Otero».

importó, daría lo que fuera porque la hermana mayor, la chica herida y de mirada triste, diera media vuelta y lo mirara. No sucedería así.

Las dos recepcionistas que estaban detrás de un mostrador, atendían el teléfono, una de ellas revisaba constantemente la computadora, traía el cabello recogido, la otra lo usaba suelto. Ambas vestían con ropa de calle. No eran enfermeras, solo atendían la llegada de pacientes. Había dos o cuatro personas más en esa sala, en las miradas de todos había más dolor que esperanza. La mañana comenzaba a sentirse calurosa.

—Hijo, hasta ahora caigo en cuenta que no desayunaste nada. ¿Querés algo de comer? —le dijo su madre y Max negó con la cabeza, tenía otros planes inmediatos.

Max Fiore estaba a punto de hablarle a Eva, levantarse de su asiento, dar dos pasos y presentarse, cuando escuchó a la recepcionista de cabello recogido gritar un nombre y esas dos palabras hicieron eco en cada rincón de su ser: «Eva Otero».

2

Minutos después, Max escuchó su nombre y saltó de su asiento. Silvina, su mamá, lo contuvo y le dijo que por fin pasarían. Killa opinó que la espera de veinte minutos podría haber sido mortal, «el niño puede tener sangrado interno». Ambas mujeres recogieron sus bolsos de los asientos contiguos a cada lado y junto con Max cruzaron la misma puerta que minutos antes había pasado Eva. Él miró el pasillo de la derecha, supuso que por ahí había caminado ella. Todo estaba en silencio, había varias puertas a lo largo del camino, en las paredes colgaban litografías en blanco y negro de ciudades desconocidas, nada había que le dijera a Max el camino que había seguido Eva, ni qué puerta había abierto para entrar al consultorio que le correspondía; sin embargo, él se desvió del lado de su madre y se paró frente a la que decía «Doctora Guadalupe Carranza. Neuróloga».

—¡Max, vení!, ¿qué hacés? —escuchó la voz de su madre.

—Voy, solo miraba —respondió.

El doctor que los recibió no conocía el caso de Max. Lo saludó con un familiar «hola, campeón, espero que tú hayas ganado la pelea». En ese momento, Killa notó que Max no traía su historia clínica, la había olvidado en la recepción, así que se apresuró a ir por ella.

De vuelta al consultorio, lo primero que Killa vio fue el gesto de dolor que hizo el doctor, quien platicaba con Max, aunque Silvina lo interrumpía y daba cuenta de los hechos, pero Max intervino, y Killa antes de tomar asiento y mientras le entregaba al doctor el expediente, interrumpió y continuó el relato. El doctor miraba a una y a otra y a otro, cómo se arrebataban la palabra, parecía divertido por la dinámica familiar, hasta que Max las interrumpió.

—¡Pará, pará! Así no fueron las cosas.

—No se está quieto, doctor, mire también el otro moretón que tiene en la espalda —dijo Killa y trató de levantarle la camiseta.

—¡Ya, *mama*, dejáme! —insistió Max—, esto de tener dos madres a veces es complicado —dijo y se bajó de un tirón la camiseta amarillo mostaza.

—Señoras, necesito platicar con mi paciente, ¿podrían darnos un minuto? Ah y otros minutos para leer su expediente —dijo el doctor Valero y abrió el abultado fólder que antes le había dado Killa—. Así que naciste en Buenos Aires hace 20 años, Massimo.

—Max, doctor, solo Max —lo corrigió.

Max notó que el cuello de la camisa o el nudo de la corbata del doctor estaban muy apretados, las venas del cuello se le hinchaban con cada palabra. También vio que seguramente se había afeitado rápido, en

doctor Valero tenía una cortada en la mejilla derecha, la típica doble rasgadura de las cuchillas del rastrill cuando uno presiona de más sobre la cara. También pensó que hasta eso podría ser mortal para él.

—Bien, Max, tu hemofilia es tipo B severa, pero veo que tienes tatuajes —dijo el doctor y señaló el de antebrazo izquierdo—, bonito sombrero.

—No es un sombrero, es una boa que se tragó a un elefante. ¿Leyó usted *El Principito*?

—Claro que sí —respondió el doctor sin tener idea de a qué se refería Max y continuó.

—Entonces me entenderá.

—Muy bien, eso quiere decir que eres muy intrépido— ironizó el doctor.

—¿Intrépido por leer *El Principito*? Creo que usted no ha entendido nada —dijo Max sorprendido.

—No, por hacerte tatuajes siendo hemofílico. Eso es muy peligroso —aclaró el doctor Valero, sin que Max le importara—. Ahora sí, dime cómo te golpeaste el ojo.

—Fue la cosa más tonta del mundo, doctor, hace un rato me golpeé con un mosquetón. Enrollaba un cuerda a lo largo del brazo, tan rápido que no me fijé que en el extremo estaba el mosquetón y en la últim vuelta me pegó en el pómulo. Aquí. —Max se inclinó un poco hacia el doctor, quien lo miró. Le pidió qu pasaran a la mesa de auscultación—. Era una cuerda de treinta metros —agregó mientras caminaba.

Silvina y Killa miraban la escena desde sus lugares. El doctor le pidió a Max que se quitara la camis Killa creyó que quería ver el moretón que había mencionado minutos antes, pero no, en realidad, el docto quería ver detenidamente el tatuaje que Max lucía en el costado derecho. Le pareció magnífico, una obr de arte, pero no se lo dijo, no quería que su paciente se sintiera orgulloso de algo que debía considera terminantemente prohibido.

—¿Qué tipo de cuerda es? —preguntó el doctor Valero.

—Es una cuerda de alpinismo —contestó escuetamente Max, sabía que el doctor preguntaría cada ve más y más.

—¿Haces alpinismo?

—Solo un poco, ahora estoy más con senderismo.

—Senderismo. ¿El que llaman *hiking*?

—Sí, doctor, empiezo a hacer escalada libre, para después pasar al hielo —respondió con amabilidad aunque tenía la cabeza puesta en otro sitio, en otra persona. Mentalmente repetía un nombre: Eva Otero.

Mientras hablaban, el doctor examinaba las pupilas de Max con una linterna, el moretón del ojo er más amarillo que negro y abarcaba parte del pómulo y el párpado derecho. Luego, con el estetoscopi revisaba su respiración. Ponía la campana sobre la espalda de su paciente y le pedía que respirara hond que mantuviera el aire unos segundos, y que lo soltara poco a poco. Mientras tanto, el doctor miraba s reloj de pulso.

—¿Escalar en hielo? Eso se escucha más difícil, sobre todo porque aquí el único hielo que hay es el de whisky —bromeó el doctor—. ¿Tomas?

—Sí, un poco, pero no whisky, más bien vino tinto.

—Respira hondo otra vez —ordenó el doctor, que ya le había pedido a Max que se acostara en la mes de auscultación y repetía el mismo procedimiento, ahora en el pecho—. Ya en serio, cerca de Guadalajara l único que hay para escalar en hielo es el Nevado de Colima, que en realidad no está en Colima, solo u pedacito, la mayor parte de la montaña está en Jalisco, sin embargo, tiene el nombre de otro estado.

—Lo conozco, bueno, aún no lo escalo, pero sé de él, aunque me interesa más el Iztaccíhuatl —dijo Ma con determinación.

—¿Cómo lo ve, doctor? —intervino Silvina desde su asiento.

—Ya conoce el procedimiento en estos casos; ya lo sabes, campeón —dijo el doctor y continuó— debemos descartar sangrado interno, y en los golpes que son del cuello hacia arriba, sobre todo, debemo descartar sangrado en el cerebro.

—Lo sabía —dijo Max.

—En cuanto se golpeó, doctor, se inyectó su factor y vinimos de inmediato... —decía Silvina cuando l interrumpió Killa.

—Sabemos el procedimiento, doctor Valero y Max sabe que tiene que cooperar.

—Sí, claro —dijo Max resignado.

—Bien, lo ingresaremos en el hospital, por lo menos veinticuatro horas en observación y, ya sabes campeón —enfatizó el doctor—, de la tomografía no te escapas.

Max hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y pensó que otro «campeón» más del doctor y l
pondría un alto.

Max hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y pensó que otro «campeón» más del doctor y le pondría un alto.

3

Max ya sabía el procedimiento. Por haber tenido el golpe en la cabeza, que ya comenzaba a dolerle habría que subir un ochenta por ciento el nivel del factor y, para confirmar que no hubiera derrame de sangre en el área del cerebro, se ordenaría de inmediato una tomografía. Aunque a Max no le gustab mucho meter la cabeza en ese túnel con un escáner que iba y venía por su cara, ya lo tenía asumido y l manejaba bien. A su edad, conocía todas las salas de emergencia de todos los hospitales de las ciudades e las que había vivido; este era uno más de su larga lista.

Mientras que el doctor Valero le decía a Max que ordenaría su ingreso, él le preguntó si era posibl esperar en la recepción. Valero asintió con la cabeza y antes de que se marcharan los tres, el doctor le pidi a Silvina que se quedara un momento, tenía que hablar con ella. Silvina ni siquiera se había levantado de s asiento.

El especialista asumió que ella, por ser rubia, era la madre de Max, y antes de que pudiera decirle algo Killa también se quedó sentada, esperando. Max conocía muy bien ese procedimiento, el doctor hablarí con ellas y les llamaría la atención o les diría que tuvieran más cuidado con él. Max lo sabía, por lo que a salir del consultorio, vio que sus dos madres, en silencio, lo estaban esperando.

—Señoras —dijo Valero y miró a Silvina y a Killa—, estamos ante un caso atípico de hemofilia o deberí decir, de paciente con hemofilia. Max hace todo lo que un hemofílico no debe hacer: tatuarse y escalar.

—Se llama libre albedrío, doctor —dijo Silvina.

—Mi hijo se empeña en hacer una vida normal, en hacer todo lo que hacen los chicos de su edad nosotras se lo consentimos —agregó Killa.

—Así lo hemos educado...

—Porque queremos que sea feliz —interrumpió Killa—, que viva su vida en plenitud.

—Bien, en ese caso no me toca nada más que agregar, ni darles ninguna recomendación, seguro qu ustedes ya saben las consecuencias de ciertos golpes o hemorragias articulares, son muy dolorosas.

—Max sabe muy bien hasta dónde puede, ya está grande y sabe cuidarse —concluyó Silvina.

Hasta ese momento el doctor Valero notó que Killa era más aprensiva y Silvina más relajada. Que l primera tenía un acento que en ese momento no podía identificar de dónde era, peruana, boliviana Mientras que Silvina, con toda seguridad, era argentina, ya que Max había nacido en Buenos Aires.

Tras cerrar la puerta del consultorio, Max fue a la recepción. Tenía mejores cosas que hacer Definitivamente el ojo no estaba bien, el golpe comenzaba a punzarle, pero no diría nada, no quería que s hiciera un quilombo. Miró el sillón donde se había sentado Eva y lo ocupó. Sacó su celular y abri

Facebook, la búsqueda le arrojó más de un centenar de resultados. Rostros, países, oficios. Se dijo que aun así era más fácil que tomar la guía telefónica y marcar números, como había visto en algunas películas. É encontraría a la Eva Otero que buscaba.

Facebook, la búsqueda le arrojó más de un centenar de resultados. Rostros, países, oficios. Se dijo que aun así era más fácil que tomar la guía telefónica y marcar números, como había visto en algunas películas. Él encontraría a la Eva Otero que buscaba.

4

Poco antes de las cinco de la tarde, la hora en que el poeta Federico García Lorca fijó como funest instante del fallecimiento en el poema *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, llegaron Capi Santiago a casa de Eva. Se estacionaron a la vuelta de la Torre Ónix, bajo la gran sombra de un ficus. Hací calor y antes de que Capi apagara el motor del Ibiza bajó las ventanillas. La música cesó de pronto y Santi l vio voltear hacia él.

—Entonces, ¿así sin más le pido perdón? ¿Así como va? ¿Perdón y ya?

—No, Capi, de ser así de fácil se lo hubieras dicho por teléfono o por WhatsApp. Hablas con ella, l explicas, recuerda lo que te dijo Galo. Le explicas tus limitantes.

—¿Limitantes? No mames, güey, yo los únicos límites que tengo son... ya sabes qué, no tengo que volve a repetírtelo —explotó Capi.

—Así lo mencionó el profe. Lo que él quiso decir es que te abras con ella, que le cuentes un secreto, un intimidad. Las mujeres adoran las confidencias, las hacen sentirse parte de uno. «Complicidad», esa fue l palabra que nos dijo Galo.

—Okey —suspiró Capi—. Te aviso si me tardo. Te vas a dar una vuelta, no muy lejos, güey, para que n tardes en volver por mí.

—Son las cinco —dijo Santiago mirando el reloj del coche—, ¿tú crees que a las ocho ya estés fuera?

—¡Qué tal que me dan las diez y yo sigo en brazos de Eva! Nunca sabes, güey, con las mujeres nunc sabes qué puede pasar —dijo Capi y le guiñó a su amigo.

Luego bajó la visera del auto y se miró en el espejo. Achicó los ojos, pensó que no podría estar mejor. S llevó la mano a la boca, echó vaho y olió. Volteó y le preguntó a Santiago cómo se veía. Santi miró la pol blanca de Capi bien ceñida al cuerpo, que hacía que su cabello se viera más oscuro. Recordó que minuto antes se habían bañado en las regaderas del gimnasio y mientras ambos se vestían, Santi miraba para todo lados y de paso, los músculos hinchados de Capi después del entrenamiento.

—Te ves muy bien —le aseguró a su mejor amigo—, caerá en tus brazos.

—Tenlo por seguro —le dijo y salió del auto.

Momentos después, Santi lo vio, por el espejo retrovisor de su lado, dar la vuelta para llegar a la Torr Ónix. Al perderlo de vista, abrió el switch del auto y puso música. Reclinó un poco el respaldo de s asiento, sacó su celular y buscó las novedades de Instagram: se preparaba para una larga espera.

Apenas quince minutos después de que Capi había salido del auto, regresó. Abrió la puerta de súbit haciendo que Santi brincara de su asiento. Apagó el estéreo de un manotazo y el silencio fue una ond

expansiva que llenó todo el ambiente del Ibiza. Estaba desencajado.

—¿Qué pedo, güey? ¿Te mandó a la verga? —preguntó Santi.

Capi no respondió, no dijo nada. Tenía la mirada perdida, temblaba. Cogió con ambas manos el volante del coche, las apretó como si estrangulara su pasado. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos reflejaban un llanto contenido que no llegaría a desbordarse. «Ya no», se dijo Capi. «A la verga, entonces», volvió a repetirse. Miraba el final de la calle, los demás coches estacionados, y su mirada llegaba hasta la esquina. Su respiración era agitada, como cuando terminaban de entrenar, pensó Santi, y vio que su amigo apoyaba la frente en el volante, entre sus manos. Santi supo que en ese momento tenía que guardar silencio, que todo entre Eva y Capi había terminado.

Pasaron muchas horas, recorrieron media ciudad en silencio, porque Santiago no se animó a prender de nuevo el estéreo ni volvió a preguntarle qué había pasado. Condujo mucho tiempo, desquitando su coraje con los cambios del auto, que crujían con cada empellón de la palanca de velocidades. Acelerando en las rectas de las avenidas como si fueran una autopista. Rebasando a milímetros de distancia a autos mucho más grandes que el Ibiza.

Después de caer el día ante sus ojos, Capi prendió primero los cuartos, después las luces del coche y el interior del tablero se iluminó de rojo, que marcaba el velocímetro a más de cien kilómetros por hora en avenida Américas. Santiago también sentía su corazón a esa misma velocidad. A pesar de que a veces tenía miedo por ciertos arrebatos de Capi, en el fondo se sentía seguro de ir a su lado. Aunque impotente ante la situación, sabía que en esos momentos el silencio era su aliado. Que su compañía, a pesar de que Capi le rehuía la mirada, era lo que su amigo necesitaba. No hablar ni dar explicaciones. Al filo de la medianoche cuando Capi lo dejó en la puerta de su casa y antes de que Santi se bajara, por fin lo escuchó decir.

—Su final es volver a empezar.

expansiva que llenó todo el ambiente del Ibiza. Estaba desencajado.

—¿Qué pedo, güey? ¿Te mandó a la verga? —preguntó Santi.

Capi no respondió, no dijo nada. Tenía la mirada perdida, temblaba. Cogió con ambas manos el volante del coche, las apretó como si estrangulara su pasado. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos reflejaban un llanto contenido que no llegaría a desbordarse. «Ya no», se dijo Capi. «A la verga, entonces», volvió a repetirse. Miraba el final de la calle, los demás coches estacionados, y su mirada llegaba hasta la esquina. Su respiración era agitada, como cuando terminaban de entrenar, pensó Santi, y vio que su amigo apoyaba la frente en el volante, entre sus manos. Santi supo que en ese momento tenía que guardar silencio, que todo entre Eva y Capi había terminado.

Pasaron muchas horas, recorrieron media ciudad en silencio, porque Santiago no se animó a prender de nuevo el estéreo ni volvió a preguntarle qué había pasado. Condujo mucho tiempo, desquitando su coraje con los cambios del auto, que crujían con cada empellón de la palanca de velocidades. Acelerando en las rectas de las avenidas como si fueran una autopista. Rebasando a milímetros de distancia a autos mucho más grandes que el Ibiza.

Después de caer el día ante sus ojos, Capi prendió primero los cuartos, después las luces del coche y el interior del tablero se iluminó de rojo, que marcaba el velocímetro a más de cien kilómetros por hora en avenida Américas. Santiago también sentía su corazón a esa misma velocidad. A pesar de que a veces tenía miedo por ciertos arrebatos de Capi, en el fondo se sentía seguro de ir a su lado. Aunque impotente ante la situación, sabía que en esos momentos el silencio era su aliado. Que su compañía, a pesar de que Capi le rehuía la mirada, era lo que su amigo necesitaba. No hablar ni dar explicaciones. Al filo de la medianoche, cuando Capi lo dejó en la puerta de su casa y antes de que Santi se bajara, por fin lo escuchó decir.

—Su final es volver a empezar.

5

Paloma estaba detrás de la barra del Starbucks cuando vio venir a Eva. La vio un poco fuera de sí, ansios y con la mirada triste, sin esa chispa que tanto la caracterizaba. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Una hora antes le había mandado un mensaje pidiéndole que fuera, necesitaba verla, le dijo qu era un caso de vida o muerte, «aunque para Pola todo es caso de vida o muerte», se dijo Eva. Cuand recibió el mensaje terminaban de comer en casa de sus abuelos, así que le pidió a Julia que fueran Andares. También ella tenía mucho que contarle.

Detrás de la caja, Guilli las veía conversar, Eva y Paloma estaban sentadas en su mesa de siempre, la qu frecuentaban antes de que Paloma fuera barista. Él las veía preocupadas, sumergida una en la mirada de l otra. En los próximos días tendría que decirle a Pola que pronto él dejaría de trabajar en Starbucks, ya n soportaba la tensión en su casa. Los disgustos con su padre eran cada vez más continuos y violentos. S papá lo presionaba para que volviera a Chivas. Le reprochaba que desperdiciara su talento haciéndole e café a otros. «Tú estás para que te traigan todo en bandeja de plata», recordó las palabras de su papá cobró un exprés doble cortado.

—¡¿Qué?! ¿A Estados Unidos al final del semestre? —escuchó decir a Eva.

—¿Quieres que te pase el micrófono? —oyó enseguida a su novia.

«Seguramente hablan de las vacaciones de verano», se dijo Guilli, y lamentó tener que dejarla, qu Paloma siguiera trabajando sola en Starbucks, no porque pensara que ella estaba ahí solo por él o porqu alguien pudiera hacerle algo, como si Pola no pudiera defenderse sola. Estar juntos tantas horas del día compartiendo no solo el trabajo, sino cada momento hasta el cierre de la jornada, los acercaba más.

—Terminé con Esteban —le dijo Eva a Paloma.

—¿Terminaste? —repitió Paloma extrañada.

—Paré las cosas. No puedo mentirle y mentirme; no he podido olvidar a Capi. Le falta la fuerza de Capi el poder de seducción de su sonrisa.

—Ya sé, baby, pero no debes de comparar...

—Fue a mi casa, después de mi último apagón —la interrumpió Eva.

—¿Quién?

—¡Capi! Imagínate, fue a defender a la tipa esa, la Piedrita. No pude contenerme y le dije dos o tre versos...

—¿Cómo? ¿Qué le dijiste? —se sorprendió Pola.

—Es un decir, le pedí que mejor se fuera, que no estaba de ánimo y menos con esto —dijo Eva y levant

el brazo en cabestrillo—. No sabes cuánto lo detesto —soltó Eva al fin y los ojos se le llenaron de lágrimas— es un cobarde.

Mientras Eva y Paloma conversaban en la terraza del centro comercial, Julia, sus padres y Dan recorrían tiendas, miraban escaparates y a la gente; Julia sabía que las tendencias de la moda las dictaba l gente común que se viste como mejor puede. Ella miraba todo a su paso.

—¡Ay! Baby, no sé qué es más patético, si lo que me cuentas de Capi o que Andrés y su bola de amigos s vayan a Australia, como te dije, a montar canguros. —Al terminar la frase, ambas vieron a Dana que llegab corriendo hasta ellas. Detrás venían Julia y sus padres. Se acercaba el momento de partir—. No sé si vaya e 21 de mayo a la despedida en Vango —concluyó Paloma.

—Qué horror, yo que tú no iba.

—Pola, ¿ya te contó Eva del chico que conocimos en el hospital? —dijo Dana al terminar de saludar.

—No, ¿qué chico?

—Uno guapísimo, que se comía a Eva con los ojos, bueno, con un ojo, porque este —Dana se señaló e ojo izquierdo— lo tenía casi cerrado. ¿O era este? —Se cubrió el ojo derecho—. No sé.

—¿Quién es? Cuéntame, baby. ¡Ay!, no pierdes ni un momento...

—No es nadie. Dana que es una metiche.

—Ay, sí, «Dana que es una metiche» —la imitó su hermana—, pero bien que te gustó, ¿o no?

—Claro que no —respondió Eva en tono molesto.

En ese momento llegaron su mamá y sus abuelos, saludaron y apuraron a Eva a despedirse. Caía l tarde.

—Baby, ya no hablamos nada de los exámenes finales.

—¿Qué no iban a verse para eso? —preguntó Julia al tiempo que se quitaba los lentes oscuros—. ¿De qu tanto hablaron?

—¡Ash!, mamá —se quejó Eva y se despidió de Paloma con un beso y de Guilli, alzando el brazo sano. É asintió con la cabeza—. Por cierto, desde que trabajas en Starbucks, odio los fines de semana —le dijo Paloma y se fueron.

el brazo en cabestrillo—. No sabes cuánto lo detesto —soltó Eva al fin y los ojos se le llenaron de lágrimas—, es un cobarde.

Mientras Eva y Paloma conversaban en la terraza del centro comercial, Julia, sus padres y Dana recorrían tiendas, miraban escaparates y a la gente; Julia sabía que las tendencias de la moda las dictaba la gente común que se viste como mejor puede. Ella miraba todo a su paso.

—¡Ay! Baby, no sé qué es más patético, si lo que me cuentas de Capi o que Andrés y su bola de amigos se vayan a Australia, como te dije, a montar canguros. —Al terminar la frase, ambas vieron a Dana que llegaba corriendo hasta ellas. Detrás venían Julia y sus padres. Se acercaba el momento de partir—. No sé si vaya el 21 de mayo a la despedida en Vango —concluyó Paloma.

—Qué horror, yo que tú no iba.

—Pola, ¿ya te contó Eva del chico que conocimos en el hospital? —dijo Dana al terminar de saludar.

—No, ¿qué chico?

—Uno guapísimo, que se comía a Eva con los ojos, bueno, con un ojo, porque este —Dana se señaló el ojo izquierdo— lo tenía casi cerrado. ¿O era este? —Se cubrió el ojo derecho—. No sé.

—¿Quién es? Cuéntame, baby. ¡Ay!, no pierdes ni un momento...

—No es nadie. Dana que es una metiche.

—Ay, sí, «Dana que es una metiche» —la imitó su hermana—, pero bien que te gustó, ¿o no?

—Claro que no —respondió Eva en tono molesto.

En ese momento llegaron su mamá y sus abuelos, saludaron y apuraron a Eva a despedirse. Caía la tarde.

—Baby, ya no hablamos nada de los exámenes finales.

—¿Qué no iban a verse para eso? —preguntó Julia al tiempo que se quitaba los lentes oscuros—. ¿De qué tanto hablaron?

—¡Ash!, mamá —se quejó Eva y se despidió de Paloma con un beso y de Guilli, alzando el brazo sano. Él asintió con la cabeza—. Por cierto, desde que trabajas en Starbucks, odio los fines de semana —le dijo a Paloma y se fueron.

6

Solo un día estuvo Max en el hospital. El golpe estuvo bajo control, no hubo hemorragias ni hematoma sueltos. Una semana después, mientras volvía de una visita de rutina con el doctor Valero, camino a su casa, Max, en el asiento trasero de la camioneta Fiat, celular en mano, abrió su cuenta de Facebook y volvió a poner en el buscador «Eva Otero», fue descartando opciones, hasta que a la séptima confirmó que era la chica que él buscaba. Abrió esa cuenta y vio sus fotos de perfil, una veintena de imágenes donde aparecía a veces sola, otras con alguna amiga y solo una con un chico. Max lo vio con detenimiento, con los dedos índice y medio de su derecha hizo zoom al rostro de Capi, a Max le pareció que tenía una mirada triste y vacía, la sonrisa de lado, un poco presuntuosa. No pudo evitar compararse con ese chico.

Luego fue a los álbumes, había cientos de fotos, Eva en ropa de calle, de montaña; Eva en bikini. Max volvió a hacer zoom en esas fotos. «Es lo máximo», se dijo. Volvió a los álbumes, a las fotos de Eva en la prepa. Eran las que le interesaban, las del día a día, esas donde ella aparecía natural, sin poses como las que vio de ella en un antro etiquetado como Vango. Max buscaba lo inmediato, lo improvisado, aquello que por ser un detalle delata la verdadera personalidad.

—¿Cómo estás, hijo? —preguntó Killa y lo vio por el espejo retrovisor. Max iba sentado detrás de ella.

—Bien —respondió sin apenas voltear a verla.

—¿Te cayó bien el doctor? —preguntó ahora Silvina, desde el asiento del copiloto.

—Sí —fue la única respuesta de Max.

La camioneta circulaba por la avenida Golfo de Cortés y al llegar a la glorieta Minerva se detuvo. Max levantó la vista y vio a la majestuosa diosa guerrera, con lanza y escudo, patrona de las artes y protectora de Roma. Enseguida que cambió la luz del rojo al verde y avanzaron, al darle la vuelta a la glorieta, Max vio los agaves que la rodeaban y las quietas aguas de la fuente. Le pareció magnífica e implacable.

Antes de cruzar a un costado de los Arcos de avenida Vallarta, por López Cotilla, Max volvió a su celular tras la información de Eva Otero. Vio que estudiaba en la Prepa Tec. Vio que tenía como hermanas a Paloma y Majo, supuso que eran sus mejores amigas, pues no había mucho parecido entre ellas. Al final, lo que más le llamó la atención es que coincidían en la fecha de cumpleaños, 12 de marzo. Luego de *stalkear* aquí y allá, llegó al muro de Capi. Había pocas fotos con familiares, todas eran con amigos, la Prepa Tec, viajes. Fotos de Capi en Puerto Vallarta, unas clínicas de futbol en Canadá, algunas más en Chapala jugando futbol con la camiseta del Atlas. Max no pudo evitar hacer una mueca de resignación. Él era de Boca, «qué boludo», se dijo. Antes de que llegaran a su casa, Max ya tenía memorizado el árbol genealógico de Eva y Capi.

Silvina y Killa habían alquilado una casa por Chapultepec, esa zona de pequeñas cafeterías, boutique de ropa de diseñadores locales y galerías de arte que les había gustado mucho. Según Silvina, era lo má parecido al barrio de Palermo en Buenos Aires. Allí Killa encontró una casa por la calle general San Martín pequeña, de dos plantas, porche y patio interior para macetas. Fueron las amplias ventanas de vidrio biselados lo que más le gustó a Killa del que sería su nuevo hogar. Como si la luz de Guadalajara allí tomar nuevas formas y se imprimiera distinta en sus lienzos.

Cuando Max estaba a punto de mandarle solicitud de amistad a Eva en Facebook, llegaron y él ya sabí lo que eso significaba: bajar del auto para abrir la reja de entrada. Apagó el celular y se lo echó en el bolsillo Al entrar, Runa, su gata negra, lo esperaba en la puerta. Esa noche, mientras Silvina hacía *zapping* en l televisión, a Max le pareció reconocer un rostro y le pidió a su mamá que parara, era el papá de Capi e primer plano en televisión, una entrevista de archivo, algunas fuertes declaraciones y por fin, la noticia de atentado. «Desde un helicóptero habían disparado contra la casa del licenciado Roberto Garcés en Puert Vallarta», dijo la presentadora del noticiero.

—¿Lo conocés? —preguntó Silvina.

—Pará —respondió Max, que estaba con la boca abierta.

—¡Niño! —gritó Silvina—, no hace ni un mes que llegamos a vivir a Guadalajara y ya tenés amigo narcos.

—Pará, pará, es solo curiosidad.

Max tenía a Runa montada en el hombro izquierdo, la gata hacía malabarismos para mantenerse en s sitio mientras Max se movía con libertad por la casa. La camiseta verde pistache que vestía estaba rota e los hombros. Todas las camisetas de Max tenían pequeños hoyos en hombros y abdomen, hechos por la garras de Runa. Ese sería el segundo detalle en el que se fijaría Eva, cuando se conocieran.

—Vení a almorzar, hijo, ¿a dónde vas? —gritaron las dos mujeres al verlo subir las escaleras de do escalones por zancada. Runa salió volando por los aires.

—Ya son las dos, es tardísimo —exclamó Killa.

—¡No tengo hambre! —gritó Max desde arriba y enseguida escucharon el portazo de su habitación.

El cuarto de Max tenía una cama individual pegada a la pared. Podría parecer pequeña para su estatura Un póster de Mafalda le hacía de cabecera. Max tenía todos los libros de Quino, los había leído veinte vece cuando era niño. Luego había cambiado sus lecturas por la novela gráfica. Los personajes de Marve también vestían algunas de sus paredes. Al lado de la ventana que daba a la calle estaba su mesa de trabajo sus libretas y acuarelas, sus lápices de colores. Max dibujaba. Aunque tenía una poderosa Mac d escritorio, prefería el papel Fabriano para sus personajes.

Se sentó en su escritorio y abrió un poco la ventana para que entrara más aire. Abrió su libreta al azar y sin seguir el orden de su última anotación, dibujó un helicóptero con un lápiz de punta roma. En poco segundos, con trazos precisos quedó listo el artefacto como él se lo imaginaba, una nave con dos hélices troneras en los costados, por las cuales se asomaban largos fusiles. Mientras dibujaba algunas nubes par darle contexto, con el codo movió el mouse de la computadora y se encendió la pantalla. Max vio su notificaciones. Abrió Facebook y fue al muro de Capi, había amenazas de muerte, fotos posteadas por u pirómano. Luego buscó a Eva y le mandó solicitud de amistad.

Silvina y Killa habían alquilado una casa por Chapultepec, esa zona de pequeñas cafeterías, boutiques de ropa de diseñadores locales y galerías de arte que les había gustado mucho. Según Silvina, era lo más parecido al barrio de Palermo en Buenos Aires. Allí Killa encontró una casa por la calle general San Martín, pequeña, de dos plantas, porche y patio interior para macetas. Fueron las amplias ventanas de vidrios biselados lo que más le gustó a Killa del que sería su nuevo hogar. Como si la luz de Guadalajara allí tomara nuevas formas y se imprimiera distinta en sus lienzos.

Cuando Max estaba a punto de mandarle solicitud de amistad a Eva en Facebook, llegaron y él ya sabía lo que eso significaba: bajar del auto para abrir la reja de entrada. Apagó el celular y se lo echó en el bolsillo. Al entrar, Runa, su gata negra, lo esperaba en la puerta. Esa noche, mientras Silvina hacía *zapping* en la televisión, a Max le pareció reconocer un rostro y le pidió a su mamá que parara, era el papá de Capi en primer plano en televisión, una entrevista de archivo, algunas fuertes declaraciones y por fin, la noticia del atentado. «Desde un helicóptero habían disparado contra la casa del licenciado Roberto Garcés en Puerto Vallarta», dijo la presentadora del noticiero.

—¿Lo conocés? —preguntó Silvina.

—Pará —respondió Max, que estaba con la boca abierta.

—¡Niño! —gritó Silvina—, no hace ni un mes que llegamos a vivir a Guadalajara y ya tenés amigos narcos.

—Pará, pará, es solo curiosidad.

Max tenía a Runa montada en el hombro izquierdo, la gata hacía malabarismos para mantenerse en su sitio mientras Max se movía con libertad por la casa. La camiseta verde pistache que vestía estaba rota en los hombros. Todas las camisetas de Max tenían pequeños hoyos en hombros y abdomen, hechos por las garras de Runa. Ese sería el segundo detalle en el que se fijaría Eva, cuando se conocieran.

—Vení a almorzar, hijo, ¿a dónde vas? —gritaron las dos mujeres al verlo subir las escaleras de dos escalones por zancada. Runa salió volando por los aires.

—Ya son las dos, es tardísimo —exclamó Killa.

—¡No tengo hambre! —gritó Max desde arriba y enseguida escucharon el portazo de su habitación.

El cuarto de Max tenía una cama individual pegada a la pared. Podría parecer pequeña para su estatura. Un póster de Mafalda le hacía de cabecera. Max tenía todos los libros de Quino, los había leído veinte veces cuando era niño. Luego había cambiado sus lecturas por la novela gráfica. Los personajes de Marvel también vestían algunas de sus paredes. Al lado de la ventana que daba a la calle estaba su mesa de trabajo, sus libretas y acuarelas, sus lápices de colores. Max dibujaba. Aunque tenía una poderosa Mac de escritorio, prefería el papel Fabriano para sus personajes.

Se sentó en su escritorio y abrió un poco la ventana para que entrara más aire. Abrió su libreta al azar y, sin seguir el orden de su última anotación, dibujó un helicóptero con un lápiz de punta roma. En pocos segundos, con trazos precisos quedó listo el artefacto como él se lo imaginaba, una nave con dos hélices y troneras en los costados, por las cuales se asomaban largos fusiles. Mientras dibujaba algunas nubes para darle contexto, con el codo movió el mouse de la computadora y se encendió la pantalla. Max vio sus notificaciones. Abrió Facebook y fue al muro de Capi, había amenazas de muerte, fotos posteadas por un pirómano. Luego buscó a Eva y le mandó solicitud de amistad.

1

Un grito despavorido retumbó por toda la casa. Luzma aspiraba el estudio de Julia, al escuchar es lamento, soltó el aparato y corrió a ver lo que pasaba. La tripa de la aspiradora se quedó haciendo u ruido sordo contra el tapete. Era Dana quien gritaba con todo el aire de sus pulmones. Estaba en el baño frente al espejo, en pijama. Era casi la una de la tarde. Recién se había levantado.

—¿Qué pasa, Dana? —Luzma abrió la puerta del baño.

—Mira. —Dana señaló su nariz en el espejo.

—¡Qué susto! Es solo una espinilla, Danita, no pasa nada.

—Pero tiene el tamaño de un bicho. Nunca me había salido algo así. Me duele.

—No, no, no, no te toques. —Se acercó Luzma a Dana e impidió que se tocara.

—¿Cómo voy a andar por la vida con la cabeza de un gusano asomado por mi nariz? Es asqueroso.

—Es la edad —afirmó Luzma—, y no te lo exprimas porque se puede poner peor.

—No creo que haya nada peor que una nariz con ojo amarillo —dijo Dana y miró sus cabellos revuelto en el espejo y la gastada pijama de Hello Kitty que había sido de su hermana—. ¿Y Eva?

—Acaba de salir hace un minuto, dijo que iba a estudiar con Majo. Vamos a que desayunes, anda.

—¿Tan temprano?

—Danita, es casi la una de la tarde. Vamos para que desayunes —insistió Luzma.

El cabello alborotado y castaño de Dana contrastaba con la gruesa trenza de Luzma, quien era hija d Nabor, el antiguo jardinero de la familia. Luzma también había crecido en la casa de la *oma* Clara, er madre de dos niños que a veces la acompañaban a la Torre Ónix. Conocía a Eva y a Dana desde siempre, no podía ocultar que la pequeña de la familia era su consentida. La mimaba más que a sus propios hijos.

—¿Y mi cereal? —preguntó Dana parada de puntas frente a la alacena. También sus calcetines rosa eran de Hello Kitty—, no está.

—¿Se acabó? —preguntó Luzma.

—No, ayer estaba la caja casi llena —aseguró Dana y guardó silencio. Miró a su alrededor y solo vio Cala, movía la cola y le ladró—. Ya sé lo que pasó, Luzma, no te preocupes —le dijo y puso a Cala en e elevador. Luego le llamó al portero para que fuera por ella. Minutos después sonó su celular.

—¿Qué te crees? ¿Por qué dejas salir a Cala? —le reprochó Eva al teléfono.

—Se quedó muy triste la pobre, ladraba como loca y a esta hora puede despertar a los vecinos, así que l puse en el elevador para...

—¿A esta hora? Dana, es casi la una —la interrumpió Eva.

—Es mejor que esté contigo y con Majo —pronunció el nombre con cierta incredulidad—. Que les rinda mi cereal —dijo y cortó la llamada.

Luzma no entendía lo que pasaba, supuso que era una diferencia típica de hermanas. Volvió a ofrecerle de desayunar y Dana aceptó un par de quesadillas. Con plato en mano y vaso de leche con chocolate en la otra, fue a sentarse en el sillón de la sala. Era su primera semana de vacaciones y aunque también Eva y estaba de vacaciones, había decidido tomar cursos de verano de Robóticay Matemáticas, por lo que sí era probable que hubiera ido a casa de Majo a estudiar, sin embargo, intuía que algo no estaba bien con su hermana mayor, algo no encajaba bien en la prisa de Eva por ir a estudiar. Dana fue por su celular y comenzó a hacer averiguaciones.

Vio que el muro de Capi era un incendio: había fotos de narcos, ligas a noticias relacionadas con su padre y el atentado en Puerto Vallarta, el cateo de su casa en Puerta de Hierro y la huida de ambos. Dana vio que todas eran publicaciones de Gustavo Cejudo. Entonces fue al muro del tal Cejudo y lo que vio no le gustó nada. Le pareció que tenía cara de cretino, esa era una palabra que Eva utilizaba para describir a los pendejos y este estaba peor de lo que ella imaginaba. Vio fotos de Cejudo con mujeres de grandes escotes presumiendo autos deportivos y relojes de oro. «Cómo no soy *hacker*», se dijo Dana. «Cómo no es esto una película para llegar al fondo de todo con dos clics de mi celular».

Le llamó por teléfono a Paloma, quien le contestó apurada, iba camino al trabajo. Dana le preguntó por Majo, y Pola le respondió que no sabía nada de ella desde hacía tres días. Lo mismo respondió de Eva.

—¿Qué pasa, Dana, Eva está en problemas?

—No pasa nada, solo buscaba a Majo para que me ayudara con algo de mate.

—Oki, baby, te paso su número, mándale WhatsApp. Tengo que colgar o no llego a tiempo. Te quiero baby —le dijo Paloma y, segundos después, le llegó el contacto de Majo.

La pequeña Otero había devorado sus quesadillas. Con los pies arriba del sillón y el plato sobre las piernas, bebió un trago largo de Choco Milk, no se limpió los bigotes café que se le marcaron y, como si se sintiera vigilada, volteó para todos lados, escuchó a Luzma que seguía aspirando el estudio de su mamá. Recordó que Eva odiaba ese ruido. Le mandó un primer mensaje a Majo y, sin dejar de ver el celular, esperó respuesta, la cual llegó en pocos segundos. «Yes!», afirmó. «Aquí hay gato encerrado». Su segundo mensaje fue una pregunta cualquiera sobre álgebra, y la respuesta fue que no entendía a qué se refería. «Explícate mejor», leyó Dana. Eso no importaba, sino la inmediatez de las respuestas de Majo, si Eva estuviera con ella, no respondería con tal rapidez.

Se levantó de un brinco del sillón y, camino a su cuarto, llamó su mamá desde su oficina. Dana contestó de inmediato. Estaba nerviosa pero operativa. Le dijo que ya había desayunado, que haría el intento de bañarse. «Okey, sí me voy a bañar y ayudaré a Luzma con la comida». A todo decía que sí con tal de evitar que le preguntara por su hermana, hasta que al final, Julia preguntó por Eva y Dana le dijo que había salido con Majo.

Dana pasaría la tarde en pijama, averiguando todo lo posible sobre Gustavo Cejudo, el papá de Capi y los cárteles de droga. Comería con Luzma, en la barra de la cocina, un plato de frijoles de la olla, recién hechos y dos chuletas de cerdo con puré de papa. A las cinco de la tarde, después de ayudarle a Luzma a recoger la cocina, la señora del servicio se fue y Dana siguió con sus pesquisas sentada en el sillón de la sala. Antes de las ocho, su mamá llegó del trabajo. Al salir del elevador, preguntó quién estaba en casa. Prendió las luces conforme caminaba y, al llegar a la sala, aventó su bolso en el sillón donde había estado Dana y fue al cuarto de su hija.

—Dana, cómo es posible que aún estés en pijama. Me dijiste que te ibas a bañar.

—No, nunca aseguré nada, dije que haría el intento, pero ni a eso llegué —respondió.

—Seguro que te pasaste el día en el celular. Que sea la última vez o te llevo conmigo a la oficina.

—Pero, mamá...

—Nada, te vas conmigo y me ayudas con los inventarios o a responder llamadas o a ver a qué. ¡Algo se me ocurrirá! —El tono de Julia cada vez era más seco.

—¡Ay, mamá! —se quejó Dana y la tensión aún no comenzaba.

—¿Y Eva?

—Todavía no regresa de estudiar.

—¡¿Cómo?! Si son las ocho de la noche.

—Ya la llamé dos veces y me dijo que ya venía.

Julia fue a buscar su celular, que estaba en su bolso. Llamó a Eva y la mandó a buzón. Llamó a Paloma y le dijo que Eva estaba con Majo. Entonces Julia le pidió el número de Majo, que también la mandó a buzón. Volvió a llamarle a Eva, dos, tres, siete veces más. Comenzaba a preocuparse, tanto que llamó a Karina Amador, tutora de Eva en la prepa. Tampoco sabía el paradero de su hija. Para Julia era imposible adivinar que Eva, la tarde anterior y ese día, los había pasado en casa de la *oma* Clara, donde tenía escondido a Capi. Después de los últimos sucesos, Eva otra vez lo había perdonado.

Julia fue a buscar su celular, que estaba en su bolso. Llamó a Eva y la mandó a buzón. Llamó a Paloma y le dijo que Eva estaba con Majo. Entonces Julia le pidió el número de Majo, que también la mandó a buzón. Volvió a llamarle a Eva, dos, tres, siete veces más. Comenzaba a preocuparse, tanto que llamó a Karina Amador, tutora de Eva en la prepa. Tampoco sabía el paradero de su hija. Para Julia era imposible adivinar que Eva, la tarde anterior y ese día, los había pasado en casa de la *oma* Clara, donde tenía escondido a Capi. Después de los últimos sucesos, Eva otra vez lo había perdonado.

8

Poco antes de las diez de la noche, Eva llegó a su casa y se enfrentó al regaño de Julia. Eva entró a su habitación, dejó su mochila y al ver entrar a Julia como una fiera, salió, no quería que se instalara ahí y la sermoneara. Aunque de eso tampoco se salvó. Eva fue y vino por toda la casa y su mamá la persiguió reclamándole que no hubiera respondido a sus llamadas ni mensajes, le dijo que todo mundo estaba preocupado por ella y que nadie sabía nada de su paradero.

—Me parece tan raro que Paloma no supiera dónde estabas; además, te llevaste a Cala. —Al oír su nombre, la perrita paró las orejas y fue a buscar la caricia de Julia—. En su estado, hija, no puede andar por la calle como si nada y tú tampoco.

—Ay, mamá, Calita está bien, ella me cuida y yo a ella —dijo Eva y volteó a ver, con ojos de pistola, a Dana, quien bajó la vista y caminó hasta su cuarto.

—Hija, por favor, no vuelvas a hacer esto —el tono de Julia era más sereno—, me preocupé muchísimo. ¿Ya cenaste? —preguntó y con una leve caricia apartó a Cala.

Eva notó el color *nude* en las uñas de su mamá y pensó en pintárselas, pero de otro color. Se preguntó si Capi ahora sí lo notaría. Paloma era una experta en la manicura, le pediría su opinión. Luego pensó que no tenía tiempo para esas pequeñeces, cuando la vida de Capi estaba en peligro.

—¿Qué? —dijo Eva saliendo de su ensimismamiento.

—¿Que si ya cenaste? ¿Dónde estás, hija? Estás como en el limbo.

—Sí, mamá, ya cené.

—Llama a Paloma, debe estar preocupada.

Eva subió al *roof garden*, quería toda la privacidad posible. De pie, bajo un cielo con tímida luna y un viento que se empeñaba en agitarle el cabello y la falda cruzada de rayas violetas y azules, miró hacia el horizonte y acarició a Cala al sentir que la perrita buscaba su mano. Llamó a Paloma, la puso al tanto de lo que pasaba y ella quedó en ayudarla al día siguiente. Eva, mientras hablaba, iba de un lado al otro de la terraza y Cala, con mirada perezosa, la veía desde el sofá. Cuando cortó la llamada con su mejor amiga, fue a sentarse al lado de ella, subió los pies a la mesa de centro y, antes de irse a dormir, quiso echar un último vistazo a sus redes sociales. Vio que tenía tres solicitudes de amistad en Facebook, pero solo una le llamó la atención. «¿Quién demonios es Max Fiore?», se preguntó y revisó el perfil de ese chico.

Mientras tanto, bajo ese mismo cielo y a cuatro kilómetros de distancia, Max había subido a la azotea de su casa, entre los cables que hacían tierra de una vieja e inservible antena de televisión y los mecates de un viejo tendedero, se sentó en un camastro oxidado al lado del tinaco de asbesto a mirar su celular

Tomaba mate; Runa merodeaba alrededor de sus pies, se confundía con la noche, cazaba algún bich nocturno, saltaba de un lado al otro y volvía de nuevo junto a Max. Era su rutina de paseo nocturno.

Max, con celular en mano, revisó el Facebook de Eva por enésima vez, casi había memorizado alguna de sus fotos. Tenía más de una semana que le había mandado solicitud de amistad y Eva no respondía Luego la buscó en Instagram y al darse cuenta de que su perfil era público, se dijo: «Eva es una chica que n esconde nada». Volvió a Facebook, después a Instagram. Le sorprendió que las fotos de uno y otro perfil n eran las mismas. «Las cuentas no están ligadas», pensó. Max vio que también los textos eran distintos, e Instagram Eva era más «poética» y en Facebook más crítica. Vio quién le daba «me gusta» a cad publicación, quién comentaba y qué decían. No le extrañó ver que en todas las publicaciones Paloma Majo daban *likes*, Capi solo a algunas. Así como Santiago y Memo Ochoa (después sabría que le decía Guilli). También notó el nombre de Esteban, y una punzada le picó el estómago. «¿Quién sos?», murmuró revisó ese perfil. Volvió a llenar la matera de agua caliente y sorbió. Al final, en las cuentas de Eva, sol hubo un nombre que le pareció extraño, Romeo Noria, presente en cada *post* y foto de Eva. «¿Será e escritor?», se preguntó y *stalkeó*. No había mucho que revisar. Las cuentas de Noria prácticamente estaba abandonadas, lo que significaba que solo las usaba para mirar.

Ya con Runa en el regazo y antes de la medianoche, volvió al perfil de Eva, luego al de Paloma y al d Majo. Fue en este último donde encontró una pista, Majo había hecho *check-in*, semanas atrás, en L Cafetería, a pocas calles de su casa, un kilómetro y medio, según vio en Google Maps o catorce minuto caminando. Pensó que era la punta del hilo que lo llevaría hasta Eva. Dejó el mate en el suelo, se puso d pie y saltó a la pared de la azotea. Runa hizo lo mismo. Max atisbó hacia aquel rumbo. No vio nada, solo la copas de los árboles a mitad de la noche, por lo que corrió por ese angosto muro y saltó a la casa de al lad luego a la siguiente y a la siguiente, hasta llegar a la esquina. Runa se fue detrás de él, Max había aprendid de ella a no mirar al vacío. De pie, a mitad de ese último muro, abrió los brazos para equilibrarse al senti que el viento lo empujaba. Vio el horizonte y aspiró hondo, tuvo una idea. Levantó a Runa y ambo volvieron a su casa corriendo por las azoteas. Entre ruidos tubulares, Max bajó la escalera de caracol cas de tres zancadas. No se detuvo en su cuarto ni ante los gritos de Killa al preguntarle a dónde iba. Dejó Runa en el sillón y salió a la calle azotando la puerta.

Celular en mano, Max Fiore seguía la ruta que le marcaba el mapa. Vio que faltaba poco para l medianoche y comenzó a correr. No se detuvo al cruzar Chapultepec, esquivó un auto que salió de la nad y le gritó «¡boludo!» al escuchar el claxon que se alejaba. Llegó jadeando hasta La Cafetería, miró su relo había hecho diez minutos exactos. Entró y alguien le dijo: «Estamos cerrando». Max trataba de acompasa la respiración, su rostro estaba rojo y continuamente se ponía la mano en el pecho. Preguntó el horario, po preguntar algo, pues había visto en Facebook que cerraban a las 23:30. Sin dejar de mirar para todos lado como si buscara a alguien, por fin la coincidencia lo hizo ver una cara conocida atrás de la barra de l cocina y le gritó.

—¡Memo!

Era Guilli, esa noche había llegado hasta donde estaban sus amigos y cocinaban. De vez en cuand Guilli iba a La Cafetería y, al cerrar, ponían música y preparaban nuevas recetas. Al escuchar al argentin todos se quedaron en silencio. El tono de Max había sido de sentencia. Un grito desesperado y largo que lo hizo mirarlo y dejar de hacer lo que hacían: los meseros apagaban velas, metían sillas y mesas de la terraza los de la cocina lavaban trastos, mientras Guilli y otro cocinaban.

—¿Vienes con Memo Ochoa? —preguntó una chica vestida de negro que se acababa de soltar el cabello.

—Sí —afirmó Max y vio que Guilli dejaba su lugar frente a la estufa. En ese momento vio el tipo d horno que tenían.

Max había recuperado la respiración, tenía una camiseta amarilla, con la cara de Homero Simpson e el pecho, pegada al cuerpo. Sudaba.

—¿Te conozco? —preguntó Guilli extrañado, salió de la cocina y rodeó el mostrador. Él, como lo demás, también se fijó en el ojo aún amoratado de Max.

—No —respondió Max—, soy amigo de Eva y pensé que estaría acá.

—¿Eva? —Guilli seguía sin entender nada—. No, ¿qué estaría haciendo aquí, en miércoles, a esta hora ¿Ella te dijo que vendría?

—No, no, solo creí que podría estar acá.

Max sintió las miradas de todos sobre él. Por lo menos había siete hombres y tres mujeres que l

omiraban sin entender nada, que se acercaban cada vez más a él en actitud retadora, por lo que supo qu
tenía que salir de ahí de inmediato.

s —¿Eva es la amiga de Paloma, tu novia? —preguntó una de las chicas.

ı. —Sí —contestó Guilli sin mirarla, porque no le quitaba los ojos de encima a Max.

ɔ —Bueno, yo la busco mañana. Disculpáme —concluyó Max y se dio media vuelta.

ɔ Hasta ese momento Guilli notó el acento extranjero y vio cómo se marchaba. Pensó en mandarle u
nWhatsApp a Paloma para contarle. Todo era tan extraño. Lo haría al día siguiente, en ese momento, u
amedallón de atún se le pasaba de cocción.

y Max se fue tranquilo, caminó despacio de regreso a su casa resoplando largos suspiros de emoción. A
llegar al camellón de Chapultepec, se detuvo frente a la palabra Guadalajara, la miró y recordó las fotos d
yEva en ese mismo sitio. Abrió Facebook y vio en qué letra se había sentado ella. En ese momento s
opreguntó por qué Eva aún no aceptaba la solicitud de amistad que le había enviado. Miró al cielo y s
lencontró con una luna escurridiza. Adoptó la misma posición con la que Eva posaba en la foto y por fin l
nenvió un mensaje por Messenger. Max estaba seguro de que Eva respondería.

En el mismo instante en el que a Eva le llegó la solicitud de mensaje de Max y estaba a punto de abrirlo
eentró Dana a su cuarto. Eva acababa de bajar del *roof garden* y lo que más deseaba en ese momento er
ameterse a la cama para recordar las caricias de Capi, como las húmedas arenas de cualquier playa invoca
sel sol cada amanecer, esos instantes que a ojos cerrados le parecían golpes de mar sobre la tibia roca de s
evientre. Para Eva el amor no eran mariposas en el estómago, sino alas de mantarraya que nadaban hasta e
sfondo de su océano. Vio llegar a Dana y la realidad volvió a su mirada.

», —¿Qué tienes en la nariz? —le preguntó— Pareces tiburón japonés.

ɔ —Una espinilla horrible, pero ya le di su merecido —respondió Dana y se quitó la curita que le cubrí
rmedia nariz.

s —¿Te comiste todo el chocolate que me trajo Esteban?

ːi —Uy, desde hace mucho, me comí otros que me encontré por ahí, semiocultos por una man
amisteriosa.

—¡Dana! Encontraste mis chocolates. Qué bueno, porque ni yo sabía dónde estaban... ni me digas dónde
aque eso ya es parte del pasado. Mira nada más qué hoyo te dejaste.

a —Ni me digas —Dana imitó la voz de Eva y se llevó el dorso de la mano a la frente—, que mi mamá y
¡,me regañó y luego se compadeció de mí. —Dana se sentó en el suelo, muy cerca del hocico de Cala, qu
restaba echada en la cama, faltaba poco para el término de su embarazo—. ¿Cómo está Capi?

r —¿Capi? ¿Cómo sabes que fui a ver a Capi?

ˌ, —¡Ay, Eva!, ¿quién crees que se acababa mi cereal cada que venía? Capi. Le encanta. A veces creo qu
asolo venía a verte por cenar mi cereal.

Eva le contó todo a Dana. Necesitaba tener una aliada en su casa, alguien que le cubriera la espalda e
los próximos días y Dana ya estaba en edad de entender las erupciones del amor. Así que le contó sin
»,mucho detalle el plan de huida que Paloma y ella tenían para Capi, por lo que le confesó que estab
»,escondido en la casa de su *oma*. También le dijo que el siguiente día era decisivo.

s —Mañana es el día que Capi se va, lo ayudaré a salir de la casa de mi *oma*...

ı, —¿Te vas a fugar con él? —la interrumpió Dana— ¡Qué emoción! —gritó y aplaudió, y Cala reaccion
con un ladrido.

—¿¡Cómo crees!? Aunque, ahora que lo dices, quizá no esté mal...

e —Yo que tú —volvió a interrumpirla Dana. Se levantó del suelo y continuó hablando con actitu
histriónica—, surcaba los mares en un bote de vela con el amor de mi vida y una caja de cereal, para Capi
ıclaro, bajo el brazo. —Hasta ese momento, Eva notó que su vieja pijama estaba tan delgada como u
suspiro.

s —Sí, no es mala idea, veré qué resuelvo esta noche. Ahora, vamos a dormir, ¿sí? Calita y yo estamo
rendidas. —Al escuchar su nombre, la perra bostezó y miró a Dana.

A punto de acostarse, Eva volvió a ver su celular y aceptó el mensaje de Max, lo leyó y apagó la luz.

?

ɔ

9

Max, cruzado de piernas sobre la cama y con Runa en la almohada, miraba su celular. Vio que Eva ley su mensaje y esperaba respuesta. Estaba seguro de que ella respondería. Pero nada. Pasaron lo minutos y su celular seguía en silencio. Se desesperó. Dejó su iPhone sobre su escritorio y a punto d prender su computadora vio la soga que lo había llevado al hospital, seguía en el suelo como él la dejó Parecía una larga serpiente sin cabeza. La levantó y comenzó a enrollarla. Vuelta tras vuelta a lo largo de s antebrazo. Vueltas cada vez más firmes y cerradas. Al final le hizo un nudo, la soga no lo necesitaba, per Max, sí. Apretó con fuerza. Abrió su clóset y pensó en acomodarla en un estante donde había una docen de cuerdas, perfectamente alineadas. Había también navajas de montaña, dos piolets (uno más grande qu el otro), descensores de diferentes medidas, cintas aislantes de varios colores, un cronómetro y una brújula todo en su sitio. Volvió a tirar la cuerda al pie del escritorio, cerró el clóset y se miró en el espejo, su oj seguía levemente morado.

Runa miraba desde la almohada y, como si supiera lo que seguía, saltó al escritorio, se echó junto a l computadora. Max se sentó en su silla de trabajo y movió el mouse, la computadora se prendió y entonce pudo ver sus dibujos de los días anteriores, una página con cuatro recuadros a color con los trazos de su personajes: Volta vestía con casaca roja y lucía un casco, era el maestro de ceremonias del circo que llevab su nombre. Max vio que en el recuadro superior izquierdo estaba la carpa del circo y las letras luminosa que anunciaban la función. En el siguiente recuadro, estaba Volta en medio de la pista presentando s propio número. Abajo a la izquierda, el cañón por el cual sería lanzado y, en el último de los recuadros Volta, con casco de protección, dentro del cañón. El joven de dieciséis años interpretaba el número desd que era niño. Volta era el Hombre Bala.

Max abrió su libreta y vio los dibujos originales, algunas hojas de Fabriano se salieron de su carpeta Las levantó del suelo y rebuscó entre papeles hasta encontrar los que tenía ya escaneados en l computadora. Los encontró y verificó los colores. En la computadora Volta tenía el cabello más oscuro Max decidió dejarlo así. Volvió a ver su celular, la pantalla estaba apagada, Eva no respondería esa noche s mensaje, ni a la mañana siguiente, pasarían varios meses antes de que ella le diera respuesta.

Volvió a repasar lo que sabía de Eva, lo que tenía de ella: nada, solo el recuerdo de verla sentada en l sala de espera del hospital; luego de pie, sosteniéndose el brazo herido. Max recordó su mirada, no el colo de sus ojos, sino el brillo de su mirada, el profundo extravío y soledad que descubrió cuando sus ojos s encontraron con los de ella. Repasó todos los movimientos de Eva, buscó en su memoria cada gesto de ell y repitió en voz baja: «Cuando Eva está ensimismada se muerde el labio inferior». «Eva parpadea tres vece

consecutivas cada dos minutos».

También confirmó que todo lo que sabía de Eva era lo que estaba en sus redes: mejores amigas, familia su única hermana. Supo también que tenía una perrita que se llamaba Cala. A Max también le gustaban lo perros, aunque prefería los gatos. Luego le explicaría a Eva la diferencia entre perros y gatos y por qué para él eran mejor los felinos. Volteó a ver a Runa y le hizo una seña con la cabeza, la gata saltó a su regazo y Max volvió a ver la foto de perfil de Eva. Se llevó la libreta de papel Fabriano y un lápiz a la cama. Acostado y apoyando el papel en sus muslos hizo un dibujo de Eva. El trazo fue de memoria, no quiso ver sus fotos en Instagram, quería probarse a sí mismo cuánto la recordaba. La dibujó de tres cuartos de perfil, el cabello castaño y las cejas un poco más oscuras, los labios carnosos y suaves. Con la mirada del recuerdo, Max siguió recorriendo todo el cuerpo de Eva, había memorizado cada una de sus pequeñas heridas, cicatrices que tiempo después recorrería con sus manos en la única ocasión en que estarían desnudos bajo las sábanas. Con esa última imagen y Runa a su lado, a la 1:14 de la madrugada, Max decidió que era momento de apagar la luz.

Esa noche tampoco Eva durmió bien. Aunque trató de conciliar el sueño recordando los momentos que había vivido con Capi en casa de su *oma*, sus caricias, sus palabras a medio tono, sus vibrantes miradas de deseo. Eva estaba segura de que nunca ningún hombre la había mirado con tal agotado ímpetu como lo hizo Capi al final de amarse. El día siguiente era decisivo para ellos, Eva y Paloma lo ayudarían a escapar o mejor dicho, lo llevarían a otro sitio donde pudiera estar más seguro mientras resolvían lo que harían. «¿Te vas a fugar con él?», recordó Eva las palabras de Dana, y aunque Capi no se lo había propuesto, ese instante la hizo suspirar. Por lo pronto lo llevarían a la casa de Paloma en Chapala. Se irían en el auto de Pola y después les pedirían permiso a sus respectivos padres para pasar el fin de semana allá. «¿Y el trabajo?», le había preguntado Eva a Paloma. «No sé, cambio mis días de descaso con alguien o me reporto enferma. La gente se enferma, ¿no?», había respondido Pola. «¿Y Guilli? Se supone que los cuatro estaríamos el fin de semana en Chapala», volvió Eva a la carga. «No sé, que cambie sus días de descaso con alguien o que se reporte enfermo. Hasta los gerentes se enferman, ¿no?», respondió al tiempo que ambas reían.

Con Cala echada a su lado, a la 1:16 de la madrugada, Eva apagó la luz. Mientras se dormía, se preguntó «¿Qué puede fallar?». Mañana era el día más importante de su vida y nada podía salir mal, todo estaba planeado, «no podemos fallar», volvió a repetirse y se durmió. En su sueño volvió a aparecer Capi balanceándola en el columpio que le había instalado Nabor en el viejo mango que estaba en casa de su *oma*. Ambos reían y veían cómo rápidamente el árbol se llenaba de flores, pequeñas y blancas de centro violeta como la «humilde» Rubinette de la que Eva había leído en algún libro. La flor, en un abrir y cerrar de ojos brotaba en botón, abría sus cinco pétalos y moría, para dar paso a un nuevo botón. Una y otra vez. Cuando Eva volteaba a ver a Capi para decirle lo que pasaba con las flores, no era su novio quien empujaba el columpio, sino Nabor, a quien también le brotaban flores en la cuenca de los ojos, y el árbol de pronto comenzaba a resquebrajarse. Eva brincó del columpio y fue a buscar refugio en la casa, un lugar vacío con múltiples puertas cerradas y una pequeña por la cual salía una rata vestida como el conejo de Alicia, y le hacía señas para que la siguiera. Eva transpiraba, comenzaba a moverse inquieta en la orilla de la cama. Murmuraba el nombre de Capi mientras una fuerza extraña la hacía seguir a la señora rata, ya vestida como una catrina, por una puerta por la que ambas entraban sin agachar la cabeza. Adentro era el despacho de su padre, el que ella recordaba de niña, con una foto de su *oma* en el escritorio. Al llamarlo, veía que la silla del escritorio poco a poco giraba para verla de frente y Eva descubría que no era su papá quien lo ocupaba, sino Capi, también con flores en los ojos y saliéndole por la boca. Eva intentó retroceder, pero ya no había puerta ni ventanas por dónde escapar, la rata desnuda, gris y de larga cola sin pelos, se subía hasta el hombro de Capi y cuando estaba a punto de saltar hasta ella, Eva escuchó los ladridos desesperados de Cala, cada vez más cerca, más cerca, con mayor fuerza y desesperación. En el instante en el que los ladridos de su perrita estaban casi dentro de su cabeza, Eva despertó, sobresaltada, sudando, casi a punto de caer de la cama y vio a Cala sobre ella, lamiéndole la cara y ladrando.

consecutivas cada dos minutos».

También confirmó que todo lo que sabía de Eva era lo que estaba en sus redes: mejores amigas, familia, su única hermana. Supo también que tenía una perrita que se llamaba Cala. A Max también le gustaban los perros, aunque prefería los gatos. Luego le explicaría a Eva la diferencia entre perros y gatos y por qué para él eran mejor los felinos. Volteó a ver a Runa y le hizo una seña con la cabeza, la gata saltó a su regazo y Max volvió a ver la foto de perfil de Eva. Se llevó la libreta de papel Fabriano y un lápiz a la cama. Acostado y apoyando el papel en sus muslos hizo un dibujo de Eva. El trazo fue de memoria, no quiso ver sus fotos en Instagram, quería probarse a sí mismo cuánto la recordaba. La dibujó de tres cuartos de perfil, el cabello castaño y las cejas un poco más oscuras, los labios carnosos y suaves. Con la mirada del recuerdo, Max siguió recorriendo todo el cuerpo de Eva, había memorizado cada una de sus pequeñas heridas, cicatrices que tiempo después recorrería con sus manos en la única ocasión en que estarían desnudos bajo las sábanas. Con esa última imagen y Runa a su lado, a la 1:14 de la madrugada, Max decidió que era momento de apagar la luz.

Esa noche tampoco Eva durmió bien. Aunque trató de conciliar el sueño recordando los momentos que había vivido con Capi en casa de su *oma*, sus caricias, sus palabras a medio tono, sus vibrantes miradas de deseo. Eva estaba segura de que nunca ningún hombre la había mirado con tal agotado ímpetu como lo hizo Capi al final de amarse. El día siguiente era decisivo para ellos, Eva y Paloma lo ayudarían a escapar o, mejor dicho, lo llevarían a otro sitio donde pudiera estar más seguro mientras resolvían lo que harían. «¿Te vas a fugar con él?», recordó Eva las palabras de Dana, y aunque Capi no se lo había propuesto, ese instante la hizo suspirar. Por lo pronto lo llevarían a la casa de Paloma en Chapala. Se irían en el auto de Pola, después les pedirían permiso a sus respectivos padres para pasar el fin de semana allá. «¿Y el trabajo?», le había preguntado Eva a Paloma. «No sé, cambio mis días de descaso con alguien o me reporto enferma. La gente se enferma, ¿no?», había respondido Pola. «¿Y Guilli? Se supone que los cuatro estaríamos el fin de semana en Chapala», volvió Eva a la carga. «No sé, que cambie sus días de descaso con alguien o que se reporte enfermo. Hasta los gerentes se enferman, ¿no?», respondió al tiempo que ambas reían.

Con Cala echada a su lado, a la 1:16 de la madrugada, Eva apagó la luz. Mientras se dormía, se preguntó: «¿Qué puede fallar?». Mañana era el día más importante de su vida y nada podía salir mal, todo estaba planeado, «no podemos fallar», volvió a repetirse y se durmió. En su sueño volvió a aparecer Capi balanceándola en el columpio que le había instalado Nabor en el viejo mango que estaba en casa de su *oma*. Ambos reían y veían cómo rápidamente el árbol se llenaba de flores, pequeñas y blancas de centro violeta, como la «humilde» Rubinette de la que Eva había leído en algún libro. La flor, en un abrir y cerrar de ojos, brotaba en botón, abría sus cinco pétalos y moría, para dar paso a un nuevo botón. Una y otra vez. Cuando Eva volteaba a ver a Capi para decirle lo que pasaba con las flores, no era su novio quien empujaba el columpio, sino Nabor, a quien también le brotaban flores en la cuenca de los ojos, y el árbol de pronto comenzaba a resquebrajarse. Eva brincó del columpio y fue a buscar refugio en la casa, un lugar vacío con múltiples puertas cerradas y una pequeña por la cual salía una rata vestida como el conejo de Alicia, y le hacía señas para que la siguiera. Eva transpiraba, comenzaba a moverse inquieta en la orilla de la cama. Murmuraba el nombre de Capi mientras una fuerza extraña la hacía seguir a la señora rata, ya vestida como una catrina, por una puerta por la que ambas entraban sin agachar la cabeza. Adentro era el despacho de su padre, el que ella recordaba de niña, con una foto de su *oma* en el escritorio. Al llamarlo, veía que la silla del escritorio poco a poco giraba para verla de frente y Eva descubría que no era su papá quien lo ocupaba, sino Capi, también con flores en los ojos y saliéndole por la boca. Eva intentó retroceder, pero ya no había puerta ni ventanas por dónde escapar, la rata desnuda, gris y de larga cola sin pelos, se subía hasta el hombro de Capi y cuando estaba a punto de saltar hasta ella, Eva escuchó los ladridos desesperados de Cala, cada vez más cerca, más cerca, con mayor fuerza y desesperación. En el instante en el que los ladridos de su perrita estaban casi dentro de su cabeza, Eva despertó, sobresaltada, sudando, casi a punto de caer de la cama y vio a Cala sobre ella, lamiéndole la cara y ladrando.



Cómo pasé de ser la chica más «popular», como me calificó Majo el día que la conocí en la prepa, a ser una friki. De anda con el chico más guapo (eso también lo aseguro yo) y deseado por todas, a perderlo. Por miedo, por prejuicios ignorancia. Después de mi primer ataque epiléptico, puse a prueba a todos, a mi papá, a mi mamá y a Dana, a mis amiga y a Capi. A partir de ese momento y hasta ahora he tenido que reconstruir los días y las noches para seguir siendo yo.

Aunque mi epilepsia ya está controlada y tomo mis medicinas al pie de la letra, en el fondo de mí sé que no esto bien, que nada está bien ni bajo control. Hace una semana que Capi se fue, que nos despedimos en Vango, ese antro a que juré nunca volver. Hace siete días que no sé nada de él, que he tenido que buscar su rastro por medio del Instagran de sus amigos. He tenido que ver las fotos de Andrés Navarro y los otros, doce en total (los apóstoles de la noche, com ellos se autonombran), en Australia. Pero de Capi, nada, es como si se lo hubiera tragado la tierra, como si él no quisier salir en esas fotos. Entiendo que tenga miedo y entonces lo justifico. Justifico su ausencia. Justifico su lejanía. Justifico su silencio. Me repito que pronto me escribirá. Vivo pegada al celular. Tengo siete días alucinando sus notificaciones esperando escuchar las campanitas del FaceTime y nada. Ninguna notificación es de Capi. Me repito que pronto va volver. Que no es posible que se vaya un año. Que no es posible que se olvide de mí. No otra vez. Su silencio me hac vulnerable, que se olvide de mí y de mi futuro inmediato. ¿Cómo puede ser que dependa tanto de él? Ni siquiera pido su mirada o su abrazo, me conformo con unas líneas. Daría media vida por solo leer: «Hola, chaparra», es lo único que pido es lo único que necesito para seguir siendo yo. Soy «Eva Otero», me repito y no me atrevo a pronunciar mi segund apellido, el de mi madre, que también, como Capi, me abandonó.

10

Cómo pasé de ser la chica más «popular», como me calificó Majo el día que la conocí en la prepa, a ser una friki. De andar con el chico más guapo (eso también lo aseguro yo) y deseado por todas, a perderlo. Por miedo, por prejuicios e ignorancia. Después de mi primer ataque epiléptico, puse a prueba a todos, a mi papá, a mi mamá y a Dana, a mis amigas y a Capi. A partir de ese momento y hasta ahora he tenido que reconstruir los días y las noches para seguir siendo yo.

Aunque mi epilepsia ya está controlada y tomo mis medicinas al pie de la letra, en el fondo de mí sé que no estoy bien, que nada está bien ni bajo control. Hace una semana que Capi se fue, que nos despedimos en Vango, ese antro al que juré nunca volver. Hace siete días que no sé nada de él, que he tenido que buscar su rastro por medio del Instagram de sus amigos. He tenido que ver las fotos de Andrés Navarro y los otros, doce en total (los apóstoles de la noche, como ellos se autonombran), en Australia. Pero de Capi, nada, es como si se lo hubiera tragado la tierra, como si él no quisiera salir en esas fotos. Entiendo que tenga miedo y entonces lo justifico. Justifico su ausencia. Justifico su lejanía. Justifico su silencio. Me repito que pronto me escribirá. Vivo pegada al celular. Tengo siete días alucinando sus notificaciones, esperando escuchar las campanitas del FaceTime y nada. Ninguna notificación es de Capi. Me repito que pronto va a volver. Que no es posible que se vaya un año. Que no es posible que se olvide de mí. No otra vez. Su silencio me hace vulnerable, que se olvide de mí y de mi futuro inmediato. ¿Cómo puede ser que dependa tanto de él? Ni siquiera pido su mirada o su abrazo, me conformo con unas líneas. Daría media vida por solo leer: «Hola, chaparra», es lo único que pido, es lo único que necesito para seguir siendo yo. Soy «Eva Otero», me repito y no me atrevo a pronunciar mi segundo apellido, el de mi madre, que también, como Capi, me abandonó.

II

A Eva, las vacaciones de verano le parecían eternas. Le urgía volver a la rutina, aunque amaba quedars hasta la madrugada leyendo y levantarse tarde al día siguiente, desde que Capi no estaba, el silencio d su casa después de las diez de la mañana le parecía insoportable. Como también le parecían insufribles lo sonidos propios de su casa: el ruido estridente de la licuadora o el sordo y profundo de la aspiradora, lo pasos acelerados de Dana yendo de aquí para allá, el timbre del teléfono y escuchar a su mamá preguntarl si ya se había levantado de la cama, si ya había desayunado, que no olvidara tomar sus pastillas, que s bañara. Siempre las mismas recomendaciones.

Eva extrañaba a sus amigas, verlas a diario en la prepa, actualizar el día a día bajo la sombra de lo tabachines en el Güich y, sobre todo, extrañaba la imagen del auto de Capi estacionado en su lugar y verl caminar, mochila al hombro, hacia ella. Odiaba que Capi se desapareciera de su vida. Odiaba pensar qu todo lo que habían vivido fuera solo un recuerdo de ella y no un recuerdo compartido con él. A veces Ev dudaba si realmente había vivido todo lo que su corazón albergaba al lado de Capi o había sido un invento un sueño desesperado.

Esa mañana Eva amaneció vestida, la noche anterior se había tumbado sobre la cama tal cual habí llegado de la calle y así la había vencido el sueño, ni siquiera se quitó los Converse blancos, sacándoselo del talón con el otro pie, como hacía, sin desanudar el cordón. Despertó con el cabello hecho una maraña con los jeans apretándole la vejiga. La boca tenía un fuerte regusto a cebolla, la noche anterior había id toda la familia a cenar a los tacos Providencia, los favoritos de Capi (desde que se despidieron en Vang toda la ciudad lo evocaba, cada película que veía, la música que escuchaba o restaurante en que Eva comí pasaban por «opinión» de Capi, tanto que se volvió insoportable para ella misma). Esa noche no fue l excepción, Eva no había dejado de atisbar para todos lados, creyendo que lo vería en la mesa de al lado. Po eso había dormido vestida, ni siquiera se había lavado los dientes antes de acostarse. Eva no pidió los taco de asada que siempre comía, sino un par de tacos de lengua, los favoritos de Capi. También su mamá s extrañó del cambio y, entre taco y taco, discutieron porque no dejaba el celular en paz.

—¿Tacos de lengua? ¿Tú? Le había dicho Julia y Dana puso cara de asco.

—¿Por qué te parece tan extraño? De lengua, sí, se me antojaron.

—Jamás habías pedido tacos de lengua, solo eso. ¡Ah!, y deja ya ese celular, Eva, pareces una niña d catorce años. Deja el celular y pon atención a los demás —la regañó Julia.

—¡Ey, ey, ey! —exclamó Dana—, yo estoy a punto de cumplir catorce años y no me comporto como Eva así que más respeto —exigió y peló los dientes como perro con rabia, dejando ver un cilantro pegado a s

canino derecho.

—¿De quién esperas mensaje *urgente*? —preguntó su papá e hizo énfasis en la última palabra.

—Nada es más urgente que estar con la familia —intervino Julia—, es la primera vez que salimos a cena desde que regresó tu papá de Tokio y nadie le ha preguntado cómo le fue.

—Yo sí —contestó Dana con la boca llena de un taco al pastor—, es más, yo hubiera preferido qu fuéramos a cenar sushi, pero como le pregunté a mi papá hasta lo que había comido allá y él me dijo qu veía con ojos de arroz —dijo Dana, dejó el taco sobre su plato y con los dedos índice de cada mano se estir el rabillo de los ojos—, accedí a que viniéramos a los tacos.

—¿A qué quieres que le ponga atención, mamá? —Eva casi deletreó la palabra mamá—. Si desde qu llegamos mi papá y tú no han parado de saludar gente. Siete veces, siete veces se ha levantado mi papá de l mesa a saludar y presumir sus grandes logros en Tokio. —De nuevo Eva enfatizó la última frase.

—Son nuestros amigos, hija... —intervino Julia bajando la voz, pero hablando claro.

A pesar de que el ruido de la taquería acallaría cualquier discusión de la mesa, Julia hablaba bajo. Lo tacos Providencia eran tradicionales en la colonia, por lo que era común encontrarse ahí a infinidad d conocidos. A esa hora el salón principal estaba lleno y había por lo menos cinco mesas esperando su turn afuera. Los tacos de asada eran la especialidad del lugar, los servían con cebollitas cambray asadas y cuatr salsas a escoger. Eran los tacos favoritos de Eva. La mesa estaba llena de platos con tacos de pastor y d lengua, quesadillas, dos órdenes de aguacate y un chicharrón de queso. Aguas de jamaica para Julia y su hijas, así como la cerveza Pacífico de Otto. Para colmar la paciencia de Eva, los Otero estaban sentados e una de las mesas del centro, la más cercana a la puerta, donde todo mundo los veía al entrar o salir.

—¡¿Amigos?! —repitió Eva—. Esto es una pasarela. Nunca he visto gente más falsa al saludar y sonreí Te revisan con la mirada de arriba abajo...

—¡Ya basta! —sentenció Otto sin importar quién lo hubiera escuchado—. No voy a aguantar tu arrebatos. ¿Qué te pasa? ¿Es por Capi? ¿Quieres que ponga un investigador privado a seguirle el rastro Además, tú aún tienes exámenes que presentar.

—¿Cuándo comienza tu curso de Robótica o Matemáticas? —intervino Julia.

—Creo que el lunes.

—¿Cuánto dura?

—Una semana. Con el mismo profesor veré dudas de las dos materias.

—Verás que con eso se te olvida Capi —dijo Otto—. Ya aparecerá, para mi pesar —agregó modulando l voz—, como otras veces. No es la primera vez que se esfuma.

Eva no respondió más. Sin embargo, lo miró con unos ojos que su padre desconoció, era una mirad profunda, una mezcla de decepción y coraje. Otto se incomodó un poco porque los ojos de Eva le calaro hondo, se sintió descubierto de secretos que hasta él desconocía. Eva no volvió a mencionar palabra. Un hora más tarde, al llegar a su casa, se encerró en su habitación, con Cala de confidente y se durmió vestid no sin antes darle tres vueltas al mundo de las redes sociales. Buscando.

Así como Max seguía desesperado buscando cómo llegar hasta ella. Revisó en su calendario el día qu la conoció, había pasado un mes y ni rastro de Eva ni respuesta a su mensaje, por lo que decidió seguir e Instagram a Paloma y a Majo. También les envió solicitud de amistad en Facebook. Max Fiore estab seguro de que pronto responderían.

Esa mañana se levantó temprano, desayunó solo en casa una media luna y un café. Silvina, que impartí clases en la maestría en Psicología en la Universidad de Guadalajara, había salido desde temprano, le habí dejado un poco de papaya en un plato, cubierta con una servilleta, pero Max no la comió, aún no l convencía mucho el sabor de esa fruta que se desayunaba sí o sí en todo México. Runa, arriba de la mes husmeó por encima de la servilleta y tampoco intentó probarla. Max apuró el café y se levantó de s asiento. La mesa era redonda pues, según Silvina, en su casa no había jerarquías, Runa se fue tras de él Terminó de vestirse, jeans rotos de las rodillas, camiseta azul celeste, rota, y su par de Adidas. Echó en s morral de cuero verde lo que siempre llevaba consigo: una libreta para dibujos a mano alzada, tre plumines negros de diferente grosor. Lápiz, goma y sacapuntas, su cartera y, en el bolsillo más pequeño interior del morral, la libreta prohibida, como él la llamaba, un cuaderno de bolsillo, de pastas de cuer natural, encuadernado a caballo, con cien hojas de papel blanco de ciento veinte gramos, el cual se cerrab con una tira, también de cuero, que le daba dos vueltas al cuadernillo. Max no se lo mostraba a nadie, decía que, cuando muriera, la libreta prohibida se iría con él a la tumba.

Fue a despedirse de Killa, que estaba en su estudio, un cuarto amplio y bien ventilado que se encontraba al final del pequeño jardín de la casa. Esa habitación que disponía de su propio baño había sido determinante para que Killa y Silvina rentaran esa casa en General San Martín, no tanto por el nombre de la calle que, «como un destino», decía Killa, Argentina las perseguía. La mamá peruana de Max se disponía a pintar cuando él entró y la vio sentada frente a su caballete, detallaba el último lienzo para su próxima exposición. Desde la puerta le aventó un beso.

—Ciao —le dijo, pero Killa no lo dejó ir tan fácilmente. Le preguntó si se había puesto bloqueador solar sabía que su hijo era de largas caminatas; también le preguntó si se había puesto desodorante. A Max no le gustaba usar desodorante, ni loción; simplemente le gustaba su propio olor. «Capaz que hoy conoces al amor de tu vida», le dijo con tono amoroso. Max de inmediato pensó en Eva, y volvió a despedirse. Había música en el estudio. En el momento en el que Max se dio la media vuelta para irse, cantaba Mercedes Sosa. Dejó la puerta abierta del estudio y Killa vio el cabello rubio y aún húmedo de su hijo que salió rumbo al CUAAD, Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, su próxima facultad. También le urgía empezar clases. La rutina y el calor de Guadalajara lo estaban asfixiando.

Max decidió ir caminando hasta el CUAAD, había visto en Google Maps que eran 11.5 kilómetros. Pero no le importó, necesitaba optimizar su condición física y conocer mejor su nueva ciudad. La aplicación también le dijo que haría dos horas y media caminando, a lo que él agregó una hora más, pues no tomaría la ruta directa que marcaba una línea azul en el mapa, que era bajar por López Cotilla hasta la calzada Independencia y de ahí, todo recto. No, se iría caminando por calles estrechas. Eran las diez de la mañana y el sol aún no estaba en el cenit.

Por el camino, Max Fiore confirmaría que no se había llevado una botella de agua. Esas distracciones le parecían imperdonables, si quería un día subir el Everest, no podía permitirse olvidar esos detalles. En el camino se encontró con un vendedor ambulante que ofrecía tejuino. El hombre no era muy alto y, aunque el bigote le cubría todo el labio superior, no alcanzaba a disimular la falta de varios dientes, que Max pudo notar cuando sonrió. Le preguntó qué era esa bebida color ámbar que se tomaba fría, pues le pareció idea para el calor que a esa hora comenzaba a cercarlo. «Es un fermento de maíz, con una pisca de sal y mucho limón. Es agridulce y vitalizadora», le aseguró el hombre.

Max comenzó a tomarla con pequeños sorbos y hasta el fondo de su paladar sintió cierto sabor a alcohol. Le gustó y siguió caminando por calles y plazas que se abrían a su paso. «Es un mapa de esperanza», se dijo. «Quizá al doblar una calle me encuentre con Eva». Google Maps le reveló que estaba cerca del Hospital Civil y justo al lado se encontraba la Facultad de Psicología de la Universidad de Guadalajara, donde su mamá Silvina impartía un posgrado.

Más adelante, Max giró a la izquierda y se encontró la calle Jorullo y el majestuoso Estadio Jalisco, la primera casa de las Chivas Rayadas del Guadalajara. Max lo miró boquiabierto, como quien ve aterrizar un ovni en el jardín de su casa. Se apresuró hasta tenerlo a pocos pasos, luego le dio la vuelta sin dejar de mirarlo. Se hizo varias *selfies* con el estadio al fondo, se las mandó por WhatsApp a sus madres. Max respiraba hondo conteniendo la emoción. Fue ahí donde volvió a consultar Google Maps y vio que ya estaba cerca del CUAAD y cerca de sucumbir de cansancio. Pasaban de las 13 horas y el calor casi lo tenía vencido, le apareció que el sol de mayo era peor que un verano completo en Mar del Plata. Sintió hambre, y a la sombra del estadio vio un local de tortas ahogadas. El nombre le llamó más la atención que «tejuino». «Una palabra de raíz indígena», se dijo, «pero... ¿torta ahogada?», así que se acercó y fue por la receta: solo pan, carne de cerdo y salsa, tan simple, que decidió probar. Le encantaron, tanto que se comió dos y se hicieron sus favoritas. También le tomó foto con su celular, como había hecho con el tejuino. En su casa tenían la costumbre de mostrarse las novedades que iban descubriendo día a día.

A las dos de la tarde por fin llegó a la que sería su universidad. Fue para llevar unos documentos que aún le hacían falta. No había nadie en las oficinas, habían salido a comer y regresarían en una hora. Max compró una Coca-Cola en una tiendita y fue a buscar alguna sombra en los amplios jardines del campus. Fue ahí cuando volvió a recordar que él y Eva habían coincidido en la recepción del hospital y aún no sabía nada de ella. Tampoco sabía que el destino le tenía reservada una gran sorpresa. Celular en mano, buscó a Paloma y tomó decisiones.

e
o
e
a
a

·,
e
l
a
s
o
a

o
n
a
a
y

e
l
e
o
l
o

a
e
a
e

a
ı
e
x
a
e
a
a
e
s
a

e
x
;.
a
a



Me toco y mi mano va más allá de mis sentidos. Sé que es tu mano la que guía mi tacto, la que siente mi piel erizada y mi
pezones duros, calientes, igual que como te sentí la primera madrugada que despertamos juntos. La oscuridad me rode
y el calor de la noche me abraza, mientras mi mano se orienta por mi cuerpo, sigue la ruta que marcó tu aliento, me leíst
de arriba abajo, de izquierda a derecha. Tu aliento como palmos de suspiros sobre mi tembloroso cuerpo. Me toco, co
tal suavidad que las yemas de mis dedos parecen ajenas, las siento tan tibias como tu boca, como tus labios qu
descubrieron una nueva humedad en mí, caliente y eléctrica, un choque diferente de espasmos que llenaron todo mi se
Me miro, a ojos cerrados te descubro y a media voz te digo que te amo, pero no me escuchas, tú sigues en lo tuyo, hace
que mis músculos se tensen, que mi piel se incendie y mi corazón estalle como una burbuja de terciopelo. Me escucho
me desconozco. Soy otra mientras estoy en tus brazos, mis gemidos son nuevos, son gotas de sílabas que afirman
media luz lo que mi voz quiere gritar. Tantos silencios desde el fondo de mi cansancio. Me pruebo y descubro el sabor d
mi cuerpo cuando estoy en tu boca, ya no soy la fruta prohibida, soy en mis manos más realidad que sueños, más carn
que espíritu. Me huelo y me descubro en ti, te siento a mi lado y me toco. Te aseguro que te siento conmigo, dentro y m
toco. Te repito que te necesito y me toco, me toco hasta romper en suspiros mi sexo.



Me toco y mi mano va más allá de mis sentidos. Sé que es tu mano la que guía mi tacto, la que siente mi piel erizada y mis pezones duros, calientes, igual que como te sentí la primera madrugada que despertamos juntos. La oscuridad me rodea y el calor de la noche me abraza, mientras mi mano se orienta por mi cuerpo, sigue la ruta que marcó tu aliento, me leíste de arriba abajo, de izquierda a derecha. Tu aliento como palmos de suspiros sobre mi tembloroso cuerpo. Me toco, con tal suavidad que las yemas de mis dedos parecen ajenas, las siento tan tibias como tu boca, como tus labios que descubrieron una nueva humedad en mí, caliente y eléctrica, un choque diferente de espasmos que llenaron todo mi ser. Me miro, a ojos cerrados te descubro y a media voz te digo que te amo, pero no me escuchas, tú sigues en lo tuyo, haces que mis músculos se tensen, que mi piel se incendie y mi corazón estalle como una burbuja de terciopelo. Me escucho y me desconozco. Soy otra mientras estoy en tus brazos, mis gemidos son nuevos, son gotas de sílabas que afirman a media luz lo que mi voz quiere gritar. Tantos silencios desde el fondo de mi cansancio. Me pruebo y descubro el sabor de mi cuerpo cuando estoy en tu boca, ya no soy la fruta prohibida, soy en mis manos más realidad que sueños, más carne que espíritu. Me huelo y me descubro en ti, te siento a mi lado y me toco. Te aseguro que te siento conmigo, dentro y me toco. Te repito que te necesito y me toco, me toco hasta romper en suspiros mi sexo.

13

Eva despertó esa mañana creyendo que era el peor día de su vida. Aún peor que cuando le vino su prime ataque epiléptico, aquel domingo mientras desayunaba hot cakes rebosantes de miel. Necesitaba habla con alguien, expresar todo lo que sentía o la incertidumbre la iba a matar. Necesitaba más que nunca a su amigas, pero ese verano estaba más sola y rebasada que en otras ocasiones. Parecía como si Paloma trabajara todo el día en Starbucks y Majo en unos días más se iría de vacaciones a Ojocaliente, su pueblo en Zacatecas. Eva les mandó un mensaje citándolas esa tarde en su casa. Necesitaba hacer una reunión de Club de la Verdad.

La primera en llegar fue Majo, malteada de chocolate Dolphy en la mano, puntual a las cinco de la tarde. Eva estaba en el baño lavándose los dientes cuando llegó. La alcanzó a escuchar mientras se miraba en el espejo y veía el resplandor de su dragón uróboros colgado al cuello. Dana la recibió y le señaló la habitación de su hermana. La pequeña Otero intuyó que algo no andaba bien y le preguntó.

—¿Van a seguir estudiando mate?

—No, yo vengo a despedirme. Pasado mañana me voy a Zacatecas.

—¡Qué chido! —exclamó Dana—. Nosotros aún no sabemos qué vamos a hacer. Mi papá tiene muchísimo trabajo y mi mamá anda por las mismas. Imagínate, ya prepara la nueva colección de LOL otoño-invierno.

—Está bien, ¿no? Estamos en verano —respondió Majo sin mayor sorpresa.

—No, otoño-invierno del año próximo. Como si yo me pusiera a estudiar lo de tercero de secundaria estando aún en segundo.

Ambas seguían de pie en medio del recibidor. Cada tanto Majo le sorbía a su malteada y solo veía cómo Dana, descalza y aún en pijama, la miraba con ojos de gula.

—¿Quieres? —le ofreció y estiró el brazo con la malteada hasta la nariz de Dana.

—No, gracias, tengo prohibido el chocolate los próximos veinticinco años, o sea hasta que me pase la pubertad...

—No exageres —dijo Eva, que llegaba en ese momento—, la pubertad dura un par de años, cuatro o cinco cuando mucho. Hola, Majo —saludó a su amiga con un beso en la mejilla—. Subamos al *roof garden* mi cuarto es un infierno.

Dana no supo si Eva se refería al calor o a que la habitación de su hermana estaba patas arriba, con la cama sin hacer y montones de ropa por todos lados. No se atrevió a seguirlas, pues la mirada de Eva le dijo que ni lo intentara. Apenas habían subido al *roof garden* cuando el ascensor se abrió de nuevo y Dana

saludó a Paloma, a quien vio agobiada, igual que como en las últimas semanas. Pola aún traía puesta l camiseta de Starbucks, desde que comenzaron las vacaciones, trabajaba turno completo en la cafetería.

—Hace media hora que te esperan —dijo Dana y señaló el techo.

—Gracias, baby, nos vemos en un ratito.

En la azotea de la Torre Onix, el grupo estaba completo. Sentadas alrededor de una mesa, como si s tratara de una reunión solemne, Eva, un poco impaciente, les preguntó quién iniciaba la sesión.

—Baby, apenas me saludas y ya quieres que comience la acción.

—Sí, yo también quiero que comencemos con la sesión —apuntó Majo—, pasado mañana me voy Ojocaliente y ya siento que tengo allá medio cuerpo.

—¡Ay!, las gorditas de chicharrón de tu abue —dijo Paloma—, ahora sí no regreses con las manos vacías.

—De eso les quiero hablar, no sé si regrese...

—¡¿Qué?! —exclamaron las otras dos en coro.

—A mi cuñado lo van a cambiar a una nueva fábrica en El Bajío y ya no tendré dónde vivir —dij haciendo un puchero.

—Pues vives conmigo —intervino Eva.

—O conmigo —secundó Paloma—. Cómo vas a perder todo así nomás...

—¡Chicas! —interrumpió Eva—, quiero convocar a una sesión del Club de la Verdad —dijo y levantó l mano izquierda en señal de juramento—. Juramos decir la verdad aunque lastime y aunque nos duela – pronunció Eva por fin.

—Sí —respondieron Paloma y Majo, y repitieron—: Juramos decir la verdad aunque lastime y aunqu nos duela —al final de la frase, Eva ya se les había unido en coro. Las tres tenían la mano izquierd mostrando la palma y la derecha en el corazón.

—Estoy hecha un desastre. No sé si voy o vengo, si estoy o ya me fui. Nada me distrae y cualquier cos me hace llorar y quiero llorar por horas y días enteros —dijo Eva poniendo el corazón en cada palabra.

—Capi, ¿verdad? —interrumpió Paloma, mientras Majo daba una última succión a su malteada haciendo un ruido sonoro con el popote.

—Capi, sí, siempre es Capi. Detesto depender tanto de él o de su ausencia. Por enésima vez no sé nad de él, hace más de una semana que se fue y nada, no me escribe, no responde mis mensajes, sus redes está abandonadas.

—Andrés está igual. Ya ves que me pediste que le preguntara, y puras evasivas.

—¿Cómo puede alguien esfumarse así nada más? —agregó Majo.

—Claro que puede —aseguró Eva—, ya ven mi madre Helena, tiene catorce años perdida, escondida, n sé, apenas tengo tiempo para pensar en ella y en el asunto de mi papá, porque Capi me ocupa toda l mente...

—Y el corazón —volvió a agregar Majo.

—¿Qué pasó con tu papá?

Hasta ese momento Eva recordó que ellas, sus mejores amigas, no sabían nada de la supuesta amant que su papá tenía en Tokio y ese no era el momento de contarles. Eva sintió que revelar eso también ser como abrir otro frente, y no estaba en condiciones de librar aún esa batalla. Mencionar en voz alta a l amante de su papá era materializar esa sospecha y, por consiguiente, enfrentarla.

—¿Mi papá? Nada. Mi papá y mi madre Helena, a eso me refiero —respondió Eva desviando la atención aunque Paloma intuyó algo más. Conocía muy bien a su amiga.

—¿No has averiguado nada? —preguntó Pola.

—Nada. No tengo cabeza para nada que no sea Capi.

—A propósito de Capi —Majo tomó la palabra—, Santi está igual que tú, Eva. Desde que Capi se fue, est triste, distante, no sé, no es el mismo Santi de antes. Les juro que hasta está más flaco. Cuando le pregunt me dice que no es nada, que no tiene nada. Hasta la décima vez que le pregunto por fin me dice que extrañ a Capi. Así que sé lo que se siente extrañar a alguien. Por cierto, yo las voy a extrañar a ustedes —antes d concluir, Majo ya estaba a punto del llanto.

El *roof garden* estaba fresco y, a pesar de que hasta ellas llegaba el sonido de las chicharras presagiand las lluvias, los últimos días de mayo eran los más cálidos del año, con temperaturas que llegaban casi hast los cuarenta grados centígrados. Eva vestía blusa blanca de tirantes y jeans gastados. Estaba descalza. E ese momento llegó Cala, dio dos vueltas cerca de los pies de Eva y se echó.

a —Majito, al parecer así estamos todos por culpa de Capi, ojalá que pronto se nos pase a Santi y a mí.

—¡Ay!, Eva, tenía algo importantísimo que decirte, pero por el trabajo y estos días eternos de vacacione me olvidé por completo. Hace unos días alguien fue a buscarte a La Cafetería, me lo dijo Guilli, la seman pasada o algo así, estaban cerrando cuando llegó un chico güero, al parecer argentino, y preguntó por ti.

e —¿Por mí? ¿Un chico argentino, en La Cafetería?

—Sí, y todos los días ha vuelto y se está ahí horas, según le dijeron a Guilli. Se hace menso con un café una limonada toda la tarde, si sabré yo de eso con «mis clientes» (al decir clientes, Paloma hizo comilla acon los dedos de ambas manos), y dibuja, toda la tarde dibuja.

—¡Qué horror! —exclamó Eva.

—¿Sus dibujos? —preguntó Majo.

—No, el chico, y también sus dibujos —concluyó Eva.

—¿Y qué crees? —inquirió Pola con ojos de asombro.

o —¿Hay más? —Eva aflojó el cuerpo como si se desinflara.

—Hoy al mediodía me llegó una solicitud de amistad en Facebook, un tal Max Fiore, y parece que e argentino.

—¡Uy!, a mí también —gritó Majo y buscó el celular en todos los bolsillos de su ropa, hasta que l aencontró.

- —¿Y lo aceptaste? —preguntaron Eva y Paloma en coro.

—Sí —afirmó Majo con cara de incredulidad.

e —A ver —dijeron las otras dos y se abalanzaron sobre el celular de Majo.

a —¡Demonios! —exclamó Eva—, es el mismo chico que vi en el hospital...

—¿Cuándo, cómo, por qué no nos lo habías dicho?

a —En mi último apagón, en el baño, poco antes de los exámenes finales. Cuando me corté todita y fui parar al hospital.

ı, —Ah, sí, sí, ya recuerdo —dijo Paloma.

—Era un muchacho extraño que no dejaba de mirarme con el único ojo que tenía sano. Luego m amandó solicitud de amistad, pero lo ignoré. Luego me mandó un mensaje, que también ignoré, luego le di ı*like* a todas, todas mis publicaciones de Instagram, luego...

—Luego te fue a buscar a La Cafetería —interrumpió Paloma.

—Es lindísimo —exclamó Majo, que no dejaba de mirar sus fotos—. Parece un príncipe. ¿Y si es italiano Porque su apellido es italiano, ¿no?

o —Majo, en Argentina todo mundo tiene apellido italiano, Messi, ¿te suena? Es argentino, pero co aapellido italiano.

—Aunque sea el príncipe de Roma, ¡deja ya de *stalkearlo*, Majo! —gritó Eva y quiso quitarle el celular d las manos, pero ella no se dejó—. ¿Qué tal si es un *serial killer?* —aventuró Eva.

—Que me mate a besos —opinó Majo.

e —¡Majo! —dijeron las dos.

a —Es en serio —continuó Eva—, además, tú ya tienes novio y te recuerdo que es el mejor amigo de m anovio. Bueno, a estas alturas ya no sé qué onda con Capi ni con nadie.

—Yo no acepté su solicitud de amistad —dijo Paloma con mayor serenidad.

ı, —No se la aceptes, Pola. De verdad, este tipo me está siguiendo y como no le he respondido su solicitu ni su mensaje, me busca en La Cafetería y luego les manda solicitud a ustedes. Majo, es para dar miedo, ¿s me entiendes? ¿Qué tal que es amigo de Cejudo o jefe de un cártel de Argentina que persigue al papá d Capi o...?, no quiero ni pensar cosas peores. —Eva estaba cada vez más alterada.

á —Cálmate, baby, creo que exageras —la interrumpió Paloma con su propio celular en la mano—, el ta ı,Max no tiene amigos en común con ninguna de nosotras y, como bien dice Majo, sus fotos son de lo má alindas.

e —Mira, parece que es alpinista. —Majo volteó su celular para que Eva viera la foto de Max en un montaña nevada con equipo de alpinismo—. Imagínate que un día escala la Torre Ónix solo para rescatart o—soñó Majo sin saber que sus palabras se harían realidad.

a —¿Rescatarme? Solo que sea de mí misma —respondió Eva y se soltó el pelo, de pronto sintió apretad ıla cola de caballo.

—¡Ah!, te traía este regalito. —Majo sacó de su mochila un ejemplar de *El Principito*.

—¡Ay!, Majito, gracias, hace años que lo leí y no lo tengo, no sé dónde quedó el mío —agradeció Eva scambió de tono y continuó—: Pola, no aceptes al tal Max y tú, Majo, ya ni modo, que sirva tu cuenta d aFacebook para ver en qué anda. Yo por lo pronto, lo voy bloquear, no quiero que me siga ni que sepa nad más de mí.

—Espera, espera, baby, antes de bloquearlo, ¿qué dice el mensaje que te mandó?

—¡Ay!, Majito, gracias, hace años que lo leí y no lo tengo, no sé dónde quedó el mío —agradeció Eva, cambió de tono y continuó—: Pola, no aceptes al tal Max y tú, Majo, ya ni modo, que sirva tu cuenta de Facebook para ver en qué anda. Yo por lo pronto, lo voy bloquear, no quiero que me siga ni que sepa nada más de mí.

—Espera, espera, baby, antes de bloquearlo, ¿qué dice el mensaje que te mandó?

14

Desde que Eva supo que Cala había quedado preñada por aquel coyote en Tapalpa, registró en su diario cada día del embarazo de su perrita y, como el doctor Sandoval le dijo, la llevó a consulta a la tercera semana de gestación. Esa tarde, después de su curso de Robótica, Eva y Cala esperaban en el consultorio del veterinario, junto a ellas estaba un chico que llevaba a su perrito chihuahua. Eva comenzó a conversar con él sobre la salud de sus respectivas mascotas. El chihuahua, llamado Samy, era un perro muy pequeño aun para su raza, cabía en la palma de la mano de su dueño. Fue el menor de cinco cachorritos y, por alguna extraña razón, padecía epilepsia. Ese descubrimiento traería una nueva esperanza para Eva.

—Doctor, no sabía que los perros también pueden tener epilepsia —le dijo Eva cuando fue su turno.

Eva entró al consultorio con Cala caminando a su lado. Dejaron a Nabor esperando en la recepción. La perrita se veía agotada pero bien. Eva se agachó para abrazarla y subirla a la mesa de auscultación. Cala se echó enseguida sobre el acero inoxidable de la mesa. Sabía lo que seguía.

—Hola, Eva —saludó el doctor Armando Sandoval.

—Perdón, ni te saludé. Hola, es que estoy impresionada con el paciente que se acaba de ir, el miniperrito chihuahua.

—Samy, sí, tiene epilepsia, ¿cómo no se me había ocurrido platicarte? También los perros pueden padecerla, son pocos los casos, pero existen y no hay mucha diferencia con los humanos.

—¿De veras? —Eva no salía de su asombro—. ¿Se curan? ¿Qué toman, también Keppra y Epival?

—No, esos medicamentos son para humanos. En estos casos utilizamos Valium para perros, es un relajante muscular que se aplica vía rectal.

—¡¿Cómo?! —Eva iba de asombro en asombro, y habría más.

Mientras conversaban, Sandoval tocaba a Cala, que estaba de costado y se dejaba mimar. El doctor, con cuidado, tocaba el vientre de la perrita, revisaba sus tetas y le mostraba a Eva lo que iba palpando.

—Mira, ven, y toca —dijo y se movió a un lado—. Aquí hay un perrito, acá siento otro, y esta es la cabeza de otro más. Baja la mano, ahí, ¿sientes? Ahí hay otro.

Eva, como si fuera un aprendiz de ciego, seguía con sus dedos las manos expertas del doctor Sandoval por todo el vientre rosado de Cala que, para esas fechas, ya estaba abultado y con las tetas un poco más crecidas y visibles.

—¡Qué maravilla! —exclamó Eva.

—A ver, a ver, qué tenemos por aquí —volvió a tocar Sandoval—, otro perrito. En total serán cinco.

—¡¿Cinco?! Seré abuela de cinco. ¡Qué emoción! —gritó Eva casi hasta las lágrimas. Cala seguía echada

de costado, bostezaba y buscaba la mano de ella para lamerla.

—Todo va muy bien con Cala, pronostico que sus bebés nacerán para la última semana de julio.

—Unos días antes de volver a clases —apuntó Eva.

—Cala está muy bien, los cachorros van bien, veremos qué pasa y cómo se sigue sintiendo esta superchica —dijo el veterinario y le jaló cariñosamente una oreja a Cala—. Volviendo a lo de Samy y la epilepsia, no solo había olvidado platicarte que esa enfermedad también la padecen los perros, sobre todo en razas grandes como el pastor alemán, el san bernardo o el basset hound. Samy es un caso especial porque es muy pequeño. Pero también —en ese momento, Armando Sandoval cambió el tono de voz y miró a Eva a los ojos. Cala seguía recostada como si nada y a lo lejos se escuchaba el ladrido de perros en la peluquería—, es posible entrenar perros para que sepan detectar un ataque epiléptico en sus dueños antes de que ocurra.

—¿Qué? ¿De veras? —Eva no salía de su asombro.

—Esta habilidad no la tienen todos los perros, veremos si Cala la desarrolla. Yo creo que sí, porque es una perrita muy lista y te ama. Cala podría captar ciertas feromonas instantes antes del colapso y avisarte por medio de ladridos o vueltas sobre su eje que viene un ataque...

—Y así no me agarraría desprevenida. Yo podría acostarme en algún sitio seguro antes de ¡zaz! —Eva dio un manazo con el dorso de la izquierda sobre la derecha.

—Así es, Eva.

—¿Cuándo empezamos? ¿Hoy mismo?

—Preferiría esperar a que nazcan sus crías, no me gustaría que se estresara, recuerda que el embarazo de Cala es sui géneris, distinto, quiero decir —agregó Armando Sandoval y metió las manos a los bolsillos de su bata.

—Tienes razón —respondió Eva y continuó—: entonces, ¿todo marcha bien?, digamos que para la última semana de julio nacen sus «coyotitos», como les dice Dana.

—Así es, Eva, todo marcha bien.

—Vámonos, Cala —ordenó Eva y la perrita levantó las orejas, luego la cabeza y un instante después estaba en cuatro patas, viendo por dónde saltar.

Afuera la esperaba Nabor. Al verlas salir, se acomidió a ayudarla, pero Eva le dijo que estaba bien. Nabor, el viejo jardinero de la familia, había visto crecer a Eva, trabajaba con ellos desde que era joven, y ya rebasaba los sesenta. Él era el único que llamaba a Eva por el diminutivo de su nombre, y la quería casi como a su propia hija, Luzma, quien también trabajaba con la familia Otero y que también tenía a su consentida: Dana.

Desde el «asalto», como le llamaban los Otero al altercado que Capi tuvo en casa de la *oma* Clara, Otto había decidido jubilar a Nabor, pero el antiguo jardinero no había querido, alegó que nada tenía que hacer en su casa, que su mujer lo echaría a la calle a la primera semana de jubilación, que él estaba aún fuerte y hábil para trabajar, por lo que Otto decidió que estuviera más cerca de la familia, no solo cuidando el jardín y la vieja casa de su infancia, sino estando más pendiente de sus hijas, sobre todo de Eva, quien cada vez se empeñaba más en conducir, y tanto Julia como él temían que tuviera un ataque epiléptico al volante. Nabor quedó más que encantado de estar más cerca de «su niña», como también le decía a Eva.

—Evita, quieres que traiga el coche o...

—No, Nabor, así Calita camina un poco, ha estado muy perezosa últimamente, ¿verdad, Cala? —dijo Eva y la perrita movió la cola.

Los tres llegaron hasta el Mercedes de Otto, quien, desde el asalto a la casa de la *oma* Clara, había decidido usar todos los días el Mustang clásico que Capi se había robado y que días más tarde recuperaron a pie de carretera rumbo a Tequila, por lo que les había dejado su auto para que Nabor moviera a sus hijas. Al subir, Eva vio la cicatriz, los puntos de sutura aún rosados, que Nabor tenía en la frente y que bajaba por la sien del lado derecho. Hasta ese momento, Eva cayó en cuenta del duro golpe que Capi le había propinado a Nabor con un leño o algo semejante. Fue un golpe que pudo haberlo matado. El viejo Nabor notó la mirada de Eva y, como si le adivinara sus pensamientos, le dijo mientras arrancaban.

—Evita, ¿qué pasó con aquel novio que tenías? Capi, creo que le decían. —Al pronunciar aquel nombre Cala ladró dentro del coche.

—Tranquila, Cala, casi nos dejas sordos —dijo Eva e intentó recostarla en el asiento trasero. No lo logró—. Nada, Nabor, se fue —respondió muy escueta, echó la mirada hacia el frente y vio unas nubes grises

cargadas de agua. Esa noche caería la primera tormenta del año.

—Lástima, me caía bien. Apenas lo vi dos o tres veces, era medio peleonero, ¿verdad?, pero me caía bie
—repitió como para sí mismo y sintió el aliento de Cala sobre su hombro derecho. Luego agregó—: Pront
ava a volver, ya verás.

a La pregunta de Nabor sobre si Capi era peleonero le cayó a Eva como patada al hígado. Confirmó qu
oNabor supo que fue Capi quien lo golpeó hasta dejarlo inconsciente aquella noche en casa de su *oma*. Si
l,embargo, no había dicho nada ni lo había acusado. Ese día Eva supo que tenía a alguien en quien confia
óplenamente, su viejo y querido amigo Nabor.
a
s

s
e

a

o
e

a

;,

ı.
a
i
ı

o
r
y
ı
e
r

a

a
ı
;.
r
a
r

:,

ó
s

cargadas de agua. Esa noche caería la primera tormenta del año.

—Lástima, me caía bien. Apenas lo vi dos o tres veces, era medio peleonero, ¿verdad?, pero me caía bien —repitió como para sí mismo y sintió el aliento de Cala sobre su hombro derecho. Luego agregó—: Pronto va a volver, ya verás.

La pregunta de Nabor sobre si Capi era peleonero le cayó a Eva como patada al hígado. Confirmó que Nabor supo que fue Capi quien lo golpeó hasta dejarlo inconsciente aquella noche en casa de su *oma*. Sin embargo, no había dicho nada ni lo había acusado. Ese día Eva supo que tenía a alguien en quien confiar plenamente, su viejo y querido amigo Nabor.

15

Toda la noche llovió con tanta fuerza que Eva pensó que el cielo la comprendía. Desde su ventana, en e quinceavo piso de la Torre Ónix, Eva estuvo hasta las dos de la madrugada viendo fuertes relámpago cruzar el cielo oscurecido, uno tras otro, y aunque Cala no estaba muy contenta, la acompañaba. Mientra Eva, sentada frente a la ventana, miraba la noche, pensó que así debía verse su cerebro cuando le daban su ataques epilépticos. «Toda esa fuerza contenida», se dijo, y no pudo evitar llorar. Fue un llanto d impotencia el que le estalló en los ojos. Eva jaló su almohada y se acostó a los pies de su cama para segui viendo esa noche en la que se sintió más sola que nunca.

A las siete de la mañana, Eva despertó en la misma posición en la que se había acostado, la luz de amanecer entraba a raudales por la ventana. Tenía el brazo izquierdo entumido. Se volteó boca arriba Miró en el techo algunas estrellas fluorescentes de vinilo fundidas que seguían ahí desde que llegaron vivir a ese departamento. «Que alguien venga del espacio a rescatarme», se dijo y volvió a su posició inicial, entonces miró una pila de libros que tenía sobre su escritorio, entre *Cien años de soledad* y *El libr de mi dolor*, la nueva novela de Romeo Noria, vio uno muy delgadito y pequeño. De un brinco fue por é hasta Cala levantó la cabeza al sentir cómo se movió la cama. Eva volvió con *El Principito* entre las manos «¿Qué haces ahí escondido?», le preguntó Eva al libro y recordó que lo había leído hacía muchísim tiempo. «En mi otra vida», pensó, y comenzó por el principio. De nuevo se asombró con el dibujo de l serpiente que se comió a un elefante y que toda la gente creía que era un sombrero.

—Hija, ¡ya despertaste!, apenas van a ser la ocho de la mañana y, otra vez te dormiste vestida, Eva —l riñó Julia, quien entró sin tocar la puerta.

Al escuchar la hora, Eva cayó en cuenta de que había dormido solo cuatro o cinco horas, sin embarg no se sentía cansada, era como si los relámpagos de la tormenta de anoche la hubieran recargado d energía.

—Dormir con pijama es lo que menos me importa. ¿Y papá?

—Abajo, arreglando una inundación tremenda en planta baja por la lluvia de ayer.

—¿Cómo, al arquitecto Otero se le inundó la Torre Ónix? —ironizó Eva y se sentó en la cama.

—La lluvia estuvo tremenda anoche, ¿no te diste cuenta? —respondió Julia sin querer notar la ironía d su hija.

—Que no se entere el Colegio de Arquitectos que al arquitecto Otero...

—¿Que al arquitecto Otero qué? —la interrumpió Julia—. Si pasaste una mala noche, tu papá también, yo, así que deja de ironizar y acompáñanos a desayunar, aprovechando que ya estás de pie.

La ironía no era propia de Eva, ni ella misma supo por qué lo hizo. ¿Sería que esto era parte de su nuev carácter? No le gustó mucho. Tampoco quería desayunar con sus papás, no tenía humor para soportar su miradas escudriñadoras o sus comentarios superfluos por no querer enfrentar las cosas directamente Odiaba fingir.

Se levantó de la cama y Cala la miró con nostalgia. Puso a cargar su celular que, al enchufarlo, le revel la hora 7:52. «Por Dios, es de madrugada», pensó. Sin embargo, no tenía sueño. Se recogió el cabello en un cola de caballo y fue al baño. Después se asomó al cuarto de Dana, estaba oscuro como si fueran las tres d la madrugada. Su hermana dormía y cuidado si osara despertarla. Eva cerró la puerta tratando de no hace ruido.

A pesar de que en la cocina solo estaba Julia preparando el desayuno: partía papaya y tenía listas la naranjas para el jugo, Eva notó algo distinto en el ambiente. Faltaba poco tiempo para que llegara Luzma es más, no sabía si ese día le tocaba ir a trabajar. Julia le pidió que pusiera la mesa. Le dijo que Luzma llegaría a las diez y que estuvieran pendientes porque alrededor de las doce llevarían flores.

—¿Flores? —preguntó Eva extrañada.

—Sí, flores, hoy en la noche vienen unos amigos a cenar...

—¿Aquí a la casa? —cuestionó Eva en tono molesto.

—Sí, aquí a la casa —repitió Julia—. ¿Por qué haces preguntas obvias?

—¿Y el salón de planta baja?

—Te acabo de decir que la lluvia de ayer lo inundó. Además, son cinco o seis personas, ese salón e enorme. ¿Cómo se te ocurre?

Eva ya no pudo seguir preguntando, el extractor de jugos hizo el ruido insufrible que Eva detestaba, fu por los platos con papaya y los puso en cada lugar de la barra, así como vasos y cubiertos sobre cad manteleta amarilla. Iba por los vasos de jugo de naranja cuando llegó su papá con ropa de correr, contrari a Julia que, a esa hora, ya estaba lista para ir a la oficina.

—Un desastre —dijo Otto—, el alcantarillado de la calle revienta y a nosotros se nos mete el agua de la coladeras. Ya está todo bajo control, pero no sabes, por poco y les llega el agua a los Jiménez —Otto s refería a los vecinos del primer piso—. Eva, ¿a dónde vas o acabas de llegar?

—¡¿Cómo?! —dijo Eva extrañada. Sabía que ese no era su día.

—Ya estás vestida y con zapatos, aunque tienes una cara...

—Otra vez se durmió vestida —respondió Julia por ella—, esa costumbre de no lavarse la cara antes d dormir, no sé de dónde la aprendió.

—Por supuesto que no de ti —reviró Eva otra vez con ese nuevo tono irónico que parecía que habí llegado para quedarse.

—En esta casa solo has aprendido buenas costumbres y de mí aprendiste hasta a lavarte los dientes, as que no me vuelvas a hablar en ese tono porque te juro que te los tumbo —reviró Julia y le pasó un plato co huevo y frijoles—. ¿Hoy es tu último día de curso, no es así?

Eva estaba al pie de la barra, estiró el brazo y recibió el plato. Sintió que esa escena ya la había vivid antes, solo que no estaba su mamá y el desayuno eran hot cakes. Creyó que le vendría un ataque epilépticc como el de aquel domingo. «Definitivamente este no es mi día», se repitió. Solo faltaba Dana par completar el cuadro, porque Cala ya estaba a su lado. Eva sintió que le faltaba la respiración, solo un pocc se preguntó por qué Cala no ladraba o daba vueltas sobre su eje, como había dicho el doctor Sandoval «Habría que entrenarla», se respondió a sí misma.

—Sí, hoy es el último día —contestó Eva con el plato en la mano, y como aquel otro rebosante de miel d abeja, creyó que se le caería, pero la voz de Dana la hizo volver a la realidad.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó la más pequeña de los Otero, aún con los ojos semiabiertos y lo brazos tirantes.

—Cielo, ya te levantaste —dijo Julia en tono meloso.

—Un zombie de Sahuayo me abrió la puerta y me despertó —dijo Dana echándole ojos de pistola a Eva.

—Vaya, la familia en pleno desayuno en jueves a las ocho de la mañana, ni parecen vacaciones —brome Otto—, como si la tormenta de ayer nos hubiera hecho reflexionar.

No hubo ataque epiléptico. Todo fue una falsa alarma, ni Cala ladró, ni volvió a romperse un plato e siete pedazos, ni Eva azotó contra el piso de la cocina. Solo fue un cúmulo de ansiedad que Eva estarí potenciando todo el día. Después de la mirada furibunda de Dana, la vio sentarse en uno de los bancos alto

odel desayunador. Luego vio a Julia con una intensidad que también había llegado para quedarse. Julia tení
sen ambas manos vasos de jugo, se empinó uno y le pasó el otro a Otto. Luego se sirvió café y concentró tod
su atención en Dana. Aunque Otto le preguntó a Eva cómo le había ido a Cala con el veterinario, su hija n
respondió. Sabía que no diría una palabra. Eva desayunó en silencio, mientras sus padres hablaban detalle
óde la cena de esa noche. Julia dijo que había citado a las ocho de la noche.
a
e
r

s
,
a

s

e
a
o

s
e

e

a

í
n

o
,
a
,
.

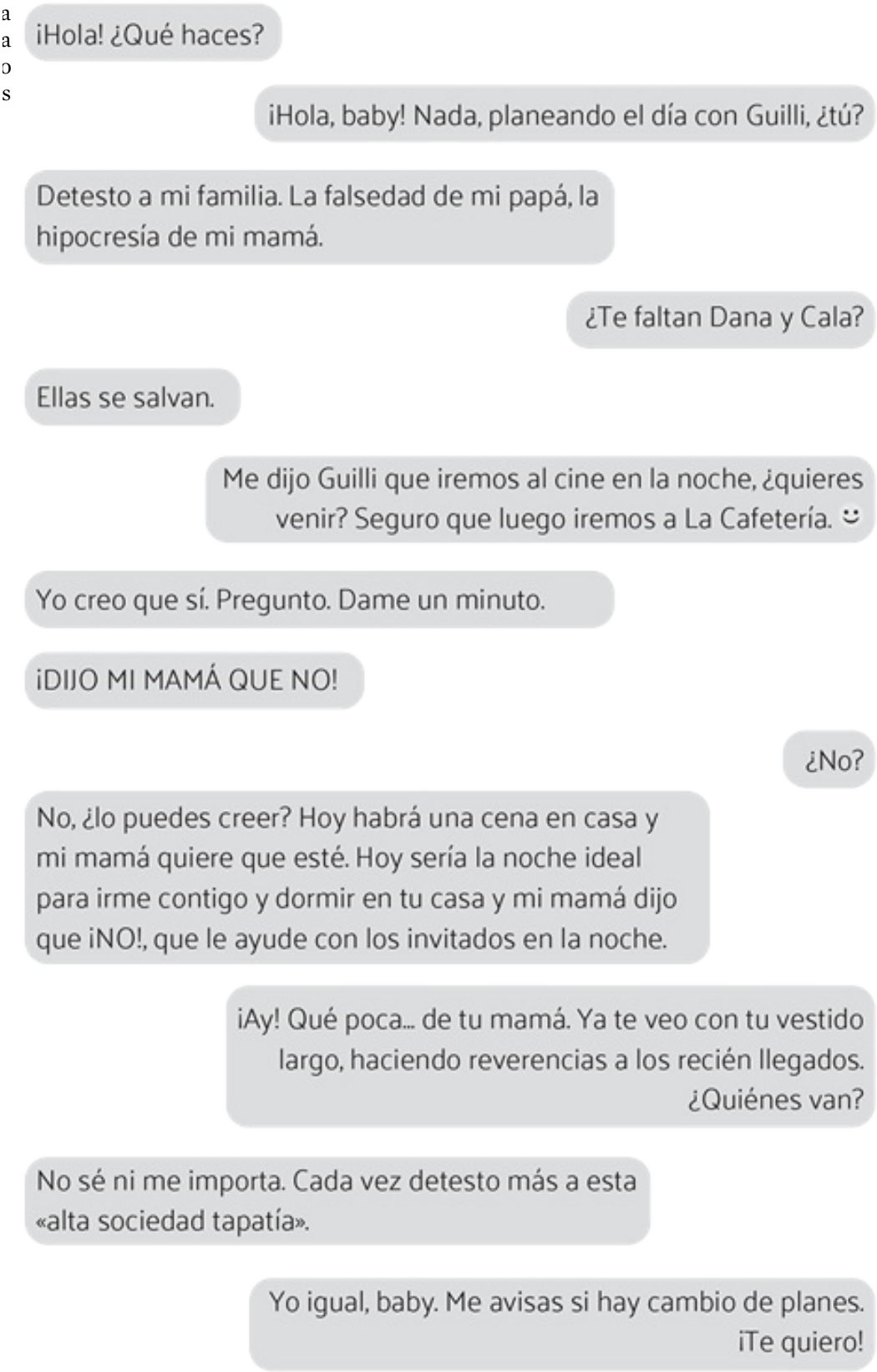
e

s

ó

n
a
s

a
a
o
s



«El destino es un cúmulo de acontecimientos o causas que no están al alcance de nuestra mano. La

decisiones que otros toman nos afectan para bien o para mal y nada podemos hacer por cambiarlo. ¿Por qu
mi hermano Luis decidió quitarse la vida? ¿Qué me llevó a escribir mi primer poema, dejar mi Tepic natal
después mi país y radicarme en París? ¿Habrá sido la muerte de mi padre cuando yo contaba con nuev
años? ¿Esa causa ha sido el efecto de mi destino? ¿Qué me motivó, la noche del 31 de agosto de 1901
caminar por esas calles que me llevaron hasta ella? ¿Quién decide cuándo debe llover y la posición de lo
astros? La vida no gusta de que le tracen caminos y el arcano burla los propósitos de los hombres. E
destino es una materia que nunca se destruye, sino que todo el tiempo se transforma. Si todos los camino
ya están trazados, ¿cómo sé por cuál continuar? Solo el amor tiene voluntad propia...» leía Eva en *El libro d*
mi dolor, una biografía de Amado Nervo, escrita por Romeo Noria, cuando escuchó que el cielo otra ve
tronaba. La tormenta estaba cerca. La luz de su celular le anunció un mensaje de Paloma. Sí hubo cambi
de planes y su mamá la dejó ir al cine y quedarse a dormir con Paloma con la condición de que le ayudar
con ciertos preparativos para la cena.

Eva salió de su cuarto con un pequeño bolso en el hombro. Se despidió de Dana y de Cala, les dese
suerte con los invitados y llamó el ascensor. Mientras esperaba vio a su alrededor. Había ayudado con la
flores, a poner la mesa, a verificar que la vajilla y las copas estuvieran limpias. Ella y Luzma desarrugaro
con la plancha el mantel de lino de flores estampadas, así como las servilletas de tela que hacían juego
Anochecía, por lo que las lámparas de ambiente ya estaban encendidas y el aroma de las rosas acentuaba
el verano. Al ver todo listo, Eva se dijo que había valido la pena.

En la puerta del edificio se encontró con los primeros invitados en llegar, la galerista Mimí Mendoza
Folé Fonseca, pintor que Julia había conocido por Mimí y de quien tenían un óleo de gran formato en l
pared principal de la sala, *El Brujo*. Llegaron unos minutos antes de la hora citada, con una botella de vino
chocolates de Arnoldi. Eva los saludó desde lejos y se subió al auto de Paloma. Unos minutos despué
llegaron las otras invitadas. Eran dos mujeres que Mimí presentó a Julia y a Otto: Silvina y Killa. Al verlas
Dana quedó en shock, tenía la boca abierta y los ojos como plato con hambre de sorpresa. Afuera llovía.

decisiones que otros toman nos afectan para bien o para mal y nada podemos hacer por cambiarlo. ¿Por qué mi hermano Luis decidió quitarse la vida? ¿Qué me llevó a escribir mi primer poema, dejar mi Tepic natal, después mi país y radicarme en París? ¿Habrá sido la muerte de mi padre cuando yo contaba con nueve años? ¿Esa causa ha sido el efecto de mi destino? ¿Qué me motivó, la noche del 31 de agosto de 1901 a caminar por esas calles que me llevaron hasta ella? ¿Quién decide cuándo debe llover y la posición de los astros? La vida no gusta de que le tracen caminos y el arcano burla los propósitos de los hombres. El destino es una materia que nunca se destruye, sino que todo el tiempo se transforma. Si todos los caminos ya están trazados, ¿cómo sé por cuál continuar? Solo el amor tiene voluntad propia...» leía Eva en *El libro de mi dolor*, una biografía de Amado Nervo, escrita por Romeo Noria, cuando escuchó que el cielo otra vez tronaba. La tormenta estaba cerca. La luz de su celular le anunció un mensaje de Paloma. Sí hubo cambio de planes y su mamá la dejó ir al cine y quedarse a dormir con Paloma con la condición de que le ayudara con ciertos preparativos para la cena.

Eva salió de su cuarto con un pequeño bolso en el hombro. Se despidió de Dana y de Cala, les deseó suerte con los invitados y llamó el ascensor. Mientras esperaba vio a su alrededor. Había ayudado con las flores, a poner la mesa, a verificar que la vajilla y las copas estuvieran limpias. Ella y Luzma desarrugaron con la plancha el mantel de lino de flores estampadas, así como las servilletas de tela que hacían juego. Anochecía, por lo que las lámparas de ambiente ya estaban encendidas y el aroma de las rosas acentuaban el verano. Al ver todo listo, Eva se dijo que había valido la pena.

En la puerta del edificio se encontró con los primeros invitados en llegar, la galerista Mimí Mendoza y Folé Fonseca, pintor que Julia había conocido por Mimí y de quien tenían un óleo de gran formato en la pared principal de la sala, *El Brujo*. Llegaron unos minutos antes de la hora citada, con una botella de vino y chocolates de Arnoldi. Eva los saludó desde lejos y se subió al auto de Paloma. Unos minutos después llegaron las otras invitadas. Eran dos mujeres que Mimí presentó a Julia y a Otto: Silvina y Killa. Al verlas, Dana quedó en shock, tenía la boca abierta y los ojos como plato con hambre de sorpresa. Afuera llovía.

16

Por insistencia de Guilli fueron a ver *Café society*, la última película de Woody Allen, ya que era fan d Kristen Stewart desde que la vio como Bella Swan en *Crepúsculo*. A Eva le gustó la película, la histori de Bobby Dorfman, un chico judío que decide ya no trabajar con su padre y se muda a Hollywood con su tío, un poderoso agente y descubridor de talentos. Todo sucede en la década de los treinta. A Eva l encantaba la moda de ese tiempo. Mientras Paloma conducía el Jetta que de vez en cuando le prestaban en su casa rumbo a La Cafetería, Eva sacó su celular y se sorprendió, tenía veintiún WhatsApp de su hermana Con la luz del celular sobre la cara, Eva leyó, primero para sí misma, después en voz alta para que Paloma y Guilli escucharan.

No lo vas a creer, Eva, responde. Eva ¡contesta!

También vino a cenar la mamá del chico del hospital.

Estoy segura de que es ella, junto con la otra señora.

Eva, cuando veas estos mensajes puede ser demasiado tarde.

¡Maldita sea! ¿Por qué no respondes? Di algo.

La señora que se llama Killa es pintora y trabaja con Mimí.

Ahora entiendo todo.

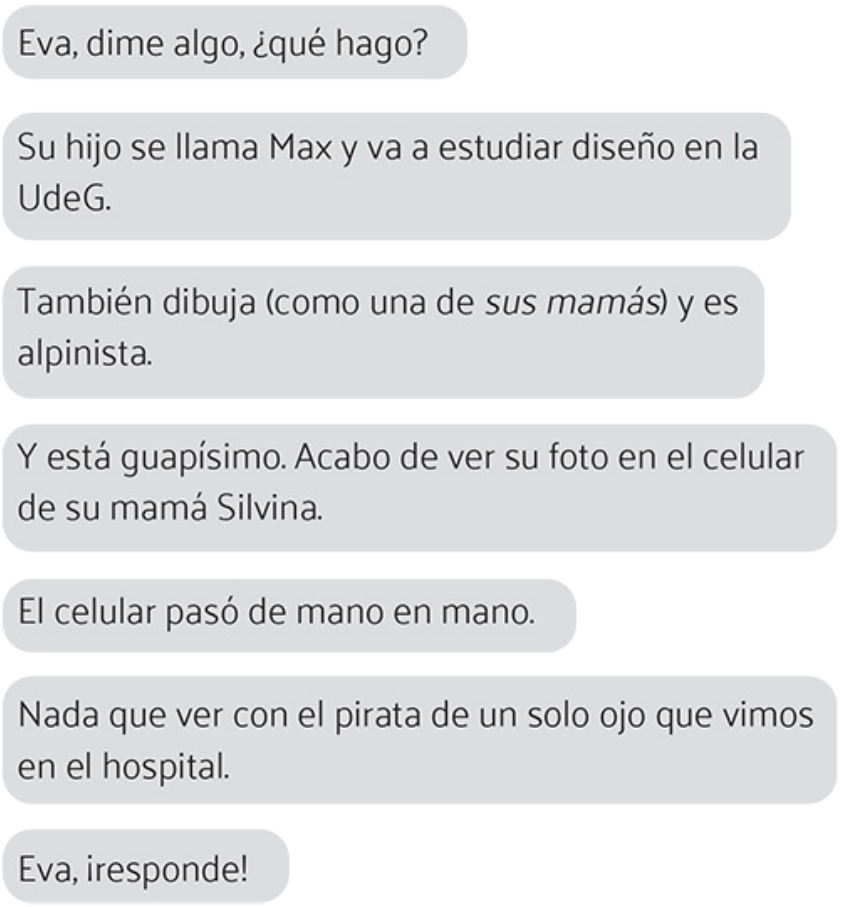
No, no trabaja con Mimí, Mimí trabaja para ella.

Es su representante. ¡Galerista! Me está corrigiendo mi mamá.

Sí tienen un hijo...

Leíste bien, ¡¡¡tienen!!! El chico pirata es hijo de las dos.

Mira mi cara de sorpresa. 😮



Cuando llegaron a La Cafetería, los tres habían sacado miles de conjeturas. Había dejado de llover y se sentaron en una mesa de la terraza. La noche era fresca, un poco fría para el gusto de Eva. La chica que los atendió se llamaba Mónica. A ella le preguntó Guilli sobre el chico argentino que todas las noches visitaba La Cafetería.

—Precisamente ahí se sienta —dijo Mónica y señaló el lugar que Eva ocupaba.

Al bajar la vista y ver la mesa, Eva descubrió una E marcada con navaja sobre la madera rústica. Un leve escalofrío le recorrió la piel.

—¿A qué hora dices que viene? —preguntó Paloma.

—A esta hora, es más ya debería estar aquí —respondió Mónica.

—¿Dónde estará hoy el Príncipe de Roma? —murmuró Eva intrigada.

La noche parecía ideal para Max, sus madres, Killa y Silvina fueron a una cena y él iría, como cada noche, a La Cafetería. Además de añorar el momento de encontrarse con Eva, Max había descubierto que el lugar tenía buena vibra y dibujaba bien ahí. Ya conocía de memoria el menú y a los meseros. Karla era quien mejor lo atendía y Max intentaba que ella se hiciera cargo de su mesa. Esa habría sido su gran noche, Eva Paloma y Guilli estaban cenando en La Cafetería, habían vuelto luego de casi dos meses. Coincidentemente ocupaban su mesa y Eva estaba sentada en el lugar donde Max veía transcurrir las horas. Su sueño se habría cumplido esa noche, si no hubiera sido por Runa.

Desde que llegaron a vivir a esa casa en General San Martín, Runa estaba un poco desubicada. Max sabía que los gatos, sobre todo las hembras, son muy territoriales. Son fieras con su espacio y sus rutinas. Lo que Max temía era que Runa se sentía un poco fuera de lugar, que extrañaba Buenos Aires, la casa que habían dejado en Villa Freud. Luego, el mes y medio que pasaron en Lima, Perú y el viaje a Machu Picchu porque Killa tenía que ir a saludar y despedirse de sus ancestros. Habían sido muchos cambios para su gatita en tan poco tiempo. Max lo confirmó esa noche. A punto de salir a La Cafetería con su libreta y su

lápices, buscó a Runa por todos lados y no la encontró. Revisó puertas y ventanas, todo estaba cerrado Silvina y Killa se encargaban de eso. La gatita no podía salir a la calle.

Max fue al cojín favorito de Runa y no estaba, buscó en su cobija favorita y tampoco la vio ahí. Fue a su recámara, vio vacío el lugar de la cama que Runa ocupaba. Comenzó a desesperarse. Su pulso se aceleró Llamó a Runa, una, dos, diez veces que se multiplicarían por cien por toda la casa y el estudio de Killa. A salir a la calle comenzó a llover. Max le dio vueltas a la manzana, gritando desesperado el nombre de su gata. Miraba todas las cocheras, los rincones de cada casa y edificios por los que pasaba. La tormenta estab sobre sus pasos, pero a Max no le importó mojarse. Empapado y con la luz de su celular se alumbró e camino, fue dos calles más allá, esperaba ver el brillo de sus ojos. Runa era tan negra que se confundía con la noche, con los pensamientos que poco a poco lo aterraban. La ciudad estaba a oscuras. Cruzó sin ver la calle y los autos que circulaban por avenida Vallarta le tocaron el claxon y le gritaron improperios, Max los ignoró y siguió su andar desesperado. El sonido de la lluvia acompañaba su respiración agitada, los latidos de su pecho a punto de reventar. Con la boca seca de incertidumbre se detuvo a media calle, mientras los autos lo esquivaban por la izquierda y por la derecha. «¿Y si Runa corrió para el lado contrario?», pensó Max. «¿Cuál habrá sido el destino de sus pasos?», se preguntó y continuó su camino. Solo podía confiar en su intuición. El pánico a perderla lo paralizó y después ese mismo miedo lo hizo seguir buscando en medio de la noche. «¡Runa, Runa!», su voz se perdía entre los relámpagos que estallaban como cohetes de feria a final del horizonte. «¿Ya sé?», se dijo. «Tenés que estar en casa. Si todo estaba cerrado, Runa, tenés que estar en casa», volvió a decir y corrió de regreso, pisando grandes charcos que hacían salpicar su desesperación.

Llegó aventando puertas, y gritó desesperado «¡Runa, Runa!». Miró para todos lados y, con la sensibilidad del cuerpo mojado, sintió una leve corriente de viento que venía de la azotea. Él había dejado abierta la puerta que llevaba a la azotea. De tres zancadas subió los escalones y al llegar al lado del tinaco escuchó el maullido de Runa. Estaba mojada y hecha bolita en la rama más alta del laurel que estaba afuera de la casa. Max fue por ella. Se apoyó con cuidado en las ramas más gruesas que daban a su barda hasta llegar a ella. Cuando la tuvo en sus manos, en medio de la copa del gran árbol, la abrazó tan fuerte que ambos temblaban y lloraban. Había dejado de llover y por primera vez Max sintió que había faltado a una cita, pero no tenía corazón para dejar sola a Runa, no esa noche. El destino le había jugado en contra, Eva Paloma y Guilli estaban llegando a La Cafetería.

e
s
a

e

a
r
n
ı,
e
e

ĸ
;.
e
ı,
ı
s

lápices, buscó a Runa por todos lados y no la encontró. Revisó puertas y ventanas, todo estaba cerrado, Silvina y Killa se encargaban de eso. La gatita no podía salir a la calle.

Max fue al cojín favorito de Runa y no estaba, buscó en su cobija favorita y tampoco la vio ahí. Fue a su recámara, vio vacío el lugar de la cama que Runa ocupaba. Comenzó a desesperarse. Su pulso se aceleró. Llamó a Runa, una, dos, diez veces que se multiplicarían por cien por toda la casa y el estudio de Killa. Al salir a la calle comenzó a llover. Max le dio vueltas a la manzana, gritando desesperado el nombre de su gata. Miraba todas las cocheras, los rincones de cada casa y edificios por los que pasaba. La tormenta estaba sobre sus pasos, pero a Max no le importó mojarse. Empapado y con la luz de su celular se alumbró el camino, fue dos calles más allá, esperaba ver el brillo de sus ojos. Runa era tan negra que se confundía con la noche, con los pensamientos que poco a poco lo aterraban. La ciudad estaba a oscuras. Cruzó sin ver la calle y los autos que circulaban por avenida Vallarta le tocaron el claxon y le gritaron improperios, Max los ignoró y siguió su andar desesperado. El sonido de la lluvia acompañaba su respiración agitada, los latidos de su pecho a punto de reventar. Con la boca seca de incertidumbre se detuvo a media calle, mientras los autos lo esquivaban por la izquierda y por la derecha. «¿Y si Runa corrió para el lado contrario?», pensó Max. «¿Cuál habrá sido el destino de sus pasos?», se preguntó y continuó su camino. Solo podía confiar en su intuición. El pánico a perderla lo paralizó y después ese mismo miedo lo hizo seguir buscando en medio de la noche. «¡Runa, Runa!», su voz se perdía entre los relámpagos que estallaban como cohetes de feria al final del horizonte. «¿Ya sé?», se dijo. «Tenés que estar en casa. Si todo estaba cerrado, Runa, tenés que estar en casa», volvió a decir y corrió de regreso, pisando grandes charcos que hacían salpicar su desesperación.

Llegó aventando puertas, y gritó desesperado «¡Runa, Runa!». Miró para todos lados y, con la sensibilidad del cuerpo mojado, sintió una leve corriente de viento que venía de la azotea. Él había dejado abierta la puerta que llevaba a la azotea. De tres zancadas subió los escalones y al llegar al lado del tinaco escuchó el maullido de Runa. Estaba mojada y hecha bolita en la rama más alta del laurel que estaba afuera de la casa. Max fue por ella. Se apoyó con cuidado en las ramas más gruesas que daban a su barda hasta llegar a ella. Cuando la tuvo en sus manos, en medio de la copa del gran árbol, la abrazó tan fuerte que ambos temblaban y lloraban. Había dejado de llover y por primera vez Max sintió que había faltado a una cita, pero no tenía corazón para dejar sola a Runa, no esa noche. El destino le había jugado en contra, Eva, Paloma y Guilli estaban llegando a La Cafetería.

17

La renuncia de Guilli a Starbucks era un secreto a voces entre sus compañeros de trabajo. Tenía ya do años como barista, encargado de equipo, y en los últimos seis meses había sido gerente de tienda. Sin embargo, Guilli no veía ya para dónde crecer dentro de la compañía. En Starbucks había aprendido atender al cliente, a administrar un negocio y el manejo de personal, ya era momento de seguir otro rumbos. Lo platicó con Paloma, le repitió que lo suyo era la comida, que el café ya le había dado lo que tení por darle. Guilli había conocido al chef Paul Bentley, quien había accedido a darle una oportunidad en su restaurante, el Magno Brasserie.

—Voy a aprender a confitar, a rostizar, a ahumar. Ellos mismos hacen todo, su propio pan, su charcutería. Bentley es la mejor cocina francesa de Guadalajara —le aseguró Guilli.

—¿El chef es francés o inglés?

—Ni uno ni el otro, es australiano. Formado con los mejores del mundo. Es la oportunidad de mi vida – dijo y se quitó la gorra con la G en la frente y la aventó a un sillón *loveseat* que coronó un montón de ropa.

—Estoy segura de que te irá muy bien.

Guilli le contó a Paloma la situación en su casa, le dijo que ya no aguantaba más, la presión de su pap para que volviera a Chivas lo tenía muy estresado.

—¿Cómo volver al futbol si ya no tengo condición, si mis reflejos solo me dan para sostener un vaso co espuma? Estoy seguro de que solo correré para apagar una hornilla o para voltear un filete de salmón de l sartén. Lo que más me preocupa es que tú te quedarás sola en el Starbucks.

—No te preocupes, baby, yo estoy bien, también tuve al mejor maestro del mundo: tú, y estaré bien —l dijo Paloma.

Ella no sabía si ese era el momento para contarle su situación, los constantes pleitos de sus padres, l vida de apariencias que vivían, en la cual todo era armonía y bienestar económico. Nada más alejado de l realidad. Tampoco le diría los planes que su mamá tenía de irse un año «sabático» a Estados Unidos. Cóm decirle que estaban quebrados y que, para no enfrentar esa realidad, su mamá estaba planeando mudar toda la familia a un pueblo perdido y nevado de Wisconsin; que su papá no decía nada, no opinaba nad dejaba que su esposa hablara y gritara, que hiciera grandes planes para su nueva vida, en la cual, a ella no l tomaban en cuenta para nada, como si no existiera o fuera una niña de tres años. Con las palabras en l punta de la lengua y el presentimiento de grandes cambios que parecían estar fuera de sus manos, Palom ya no quiso pensar más, de nuevo cerró los ojos y volvió a besar a su novio con una entrega total.

Guilli respondió el beso. Con ambas manos le tomó la cara y se besaron por largo rato. Estaban solos e

la habitación de Paloma, acostados en la cama, ya se habían quitado los zapatos y sus pies también se entrelazaban. Paloma lo besaba con desesperación, le repetía que lo amaba, que nunca dejaría de amarlo. Se aferraba a él y trataba de quitarse de la cabeza las imágenes de esa mañana en el desayuno, la gran discusión de sus padres que casi terminó en declaración de divorcio, su mamá llorando a gritos desesperada, mientras su papá solo repetía que se callara. Por ese motivo Paloma estaba más sensible y necesitaba como nunca que Guilli la amara.

No era su primera vez, aunque Guilli había sido el primero, cada día que pasaba Paloma sentía que ya no podía vivir sin tener cerca su cuerpo y su calor. No le había contado nada a Eva, ni a Majo, se había reservado ese secreto en sus sesiones del Club de la Verdad, sentía que la intimidad entre ella y su novio era algo muy suyo; además, las chicas no le habían preguntado directamente si ya... Paloma cayó en cuenta de que entre ellas no habían hablado de esos temas, aunque ya era tiempo, era evidente que Eva y Capi ya lo habían hecho, en casa de la abuela de Eva. La próxima vez que la viera, le preguntaría. Por lo pronto, esa tarde que no amenazaba con lluvia, la pasaría en brazos de Guilli y se dijo que si sus padres querían seguir con la locura irse a vivir a Estados Unidos, que se largaran. Ella buscaría la forma de seguir al lado de Guilli.

—¡Ey!, Flaca —le dijo Guilli mientras la desnudaba—, ¿dónde estás?

Una hora más tarde, mientras sentían caer la noche sobre la desnudez de sus cuerpos y el silencio del ambiente lo llenaba la voz de Ed Sheeran desde una laptop a los pies de la cama, la pantalla del celular de Paloma se encendió repetidas veces e hizo el sonido característico de los WhatsApp de Majo. Pola estiró el brazo y buscó entre las sábanas hasta encontrar el celular. No le gustó lo que leyó, Guilli pudo comprobarlo por su cara, porque se incorporó de inmediato hasta quedar sentada, con las piernas cruzadas y el iPhone entre las manos. Guilli pudo ver mejor el torso desnudo de su novia y el pequeño busto desafiando la incipiente oscuridad.

—¡Este tipo está loco! —soltó por fin Paloma al quitar la vista del celular. Ha visitado todos los sitios donde ha estado Eva, se toma una *selfie*, la sube a Instagram y etiqueta a Majo...

—¿A Majo, para qué? —la interrumpió Guilli, quien en ese momento estaba deseando otra vez las minúsculas partes de Paloma.

—¿Cómo que para qué? Para llegar a Eva, para que sepa de él. Es obvio, es un mensaje para Eva. El tipo es un psicópata.

—No creo, Flaca —dijo Guilli y aventuró una mano sobre el muslo de Paloma—, yo más bien creo que es un chico inofensivo, no hace más que dibujar...

—¿Cómo sabes?

—Por lo menos cuando va a La Cafetería, solo dibuja y mira a las personas. Yo solo veo en él a un chavo enamorado al que ustedes le han cerrado las puertas.

—No todas, por eso dejamos que Majo lo tenga de amigo y se siguen mutuamente en Instagram. No hay que perder de vista al enemigo —sentenció Pola y le guiñó un ojo.

—«Enemigo» —repitió y se sentó frente a ella—. ¡Ves! El morro ya tiene una esperanza y se aferra a ella. Majo es el único camino que tiene para llegar a Eva.

Guilli apartó por completo la sábana, esa noche no llovería y el calor volvió a ceñirse en sus cuerpos. Luego comenzó a contarle a Paloma lo difícil que es para un chico, conocer y «llegarle» a una niña de Guadalajara. Son esquivas, desconfiadas, pueden parecer arrogantes. Le dijo que nunca pensó que ella se fijaría en él ni que lo aceptaría por vivir en la colonia Constitución.

—¿¡Cómo se te ocurre?, tonto! —le soltó ella y le dio un beso, lo abrazó, pero Guilli siguió hablando.

—Denle una oportunidad, bueno, no tú, Eva. Solo es un chavo desesperado, enamorado, solo. Yo sé de eso —le aseguró Guilli y se dejó abrazar. La noche ya los rodeaba.

la habitación de Paloma, acostados en la cama, ya se habían quitado los zapatos y sus pies también se entrelazaban. Paloma lo besaba con desesperación, le repetía que lo amaba, que nunca dejaría de amarlo. Se aferraba a él y trataba de quitarse de la cabeza las imágenes de esa mañana en el desayuno, la gran discusión de sus padres que casi terminó en declaración de divorcio, su mamá llorando a gritos, desesperada, mientras su papá solo repetía que se callara. Por ese motivo Paloma estaba más sensible y necesitaba como nunca que Guilli la amara.

No era su primera vez, aunque Guilli había sido el primero, cada día que pasaba Paloma sentía que ya no podía vivir sin tener cerca su cuerpo y su calor. No le había contado nada a Eva, ni a Majo, se había reservado ese secreto en sus sesiones del Club de la Verdad, sentía que la intimidad entre ella y su novio era algo muy suyo; además, las chicas no le habían preguntado directamente si ya... Paloma cayó en cuenta de que entre ellas no habían hablado de esos temas, aunque ya era tiempo, era evidente que Eva y Capi ya lo habían hecho, en casa de la abuela de Eva. La próxima vez que la viera, le preguntaría. Por lo pronto, esa tarde que no amenazaba con lluvia, la pasaría en brazos de Guilli y se dijo que si sus padres querían seguir con la locura irse a vivir a Estados Unidos, que se largaran. Ella buscaría la forma de seguir al lado de Guilli.

—¡Ey!, Flaca —le dijo Guilli mientras la desnudaba—, ¿dónde estás?

Una hora más tarde, mientras sentían caer la noche sobre la desnudez de sus cuerpos y el silencio del ambiente lo llenaba la voz de Ed Sheeran desde una laptop a los pies de la cama, la pantalla del celular de Paloma se encendió repetidas veces e hizo el sonido característico de los WhatsApp de Majo. Pola estiró el brazo y buscó entre las sábanas hasta encontrar el celular. No le gustó lo que leyó, Guilli pudo comprobarlo por su cara, porque se incorporó de inmediato hasta quedar sentada, con las piernas cruzadas y el iPhone entre las manos. Guilli pudo ver mejor el torso desnudo de su novia y el pequeño busto desafiando la incipiente oscuridad.

—¡Este tipo está loco! —soltó por fin Paloma al quitar la vista del celular. Ha visitado todos los sitios donde ha estado Eva, se toma una *selfie*, la sube a Instagram y etiqueta a Majo...

—¿A Majo, para qué? —la interrumpió Guilli, quien en ese momento estaba deseando otra vez las minúsculas partes de Paloma.

—¿Cómo que para qué? Para llegar a Eva, para que sepa de él. Es obvio, es un mensaje para Eva. El tipo es un psicópata.

—No creo, Flaca —dijo Guilli y aventuró una mano sobre el muslo de Paloma—, yo más bien creo que es un chico inofensivo, no hace más que dibujar...

—¿Cómo sabes?

—Por lo menos cuando va a La Cafetería, solo dibuja y mira a las personas. Yo solo veo en él a un chavo enamorado al que ustedes le han cerrado las puertas.

—No todas, por eso dejamos que Majo lo tenga de amigo y se siguen mutuamente en Instagram. No hay que perder de vista al enemigo —sentenció Pola y le guiñó un ojo.

—«Enemigo» —repitió y se sentó frente a ella—. ¡Ves! El morro ya tiene una esperanza y se aferra a ella, Majo es el único camino que tiene para llegar a Eva.

Guilli apartó por completo la sábana, esa noche no llovería y el calor volvió a ceñirse en sus cuerpos. Luego comenzó a contarle a Paloma lo difícil que es para un chico, conocer y «llegarle» a una niña de Guadalajara. Son esquivas, desconfiadas, pueden parecer arrogantes. Le dijo que nunca pensó que ella se fijaría en él ni que lo aceptaría por vivir en la colonia Constitución.

—¿¡Cómo se te ocurre?, tonto! —le soltó ella y le dio un beso, lo abrazó, pero Guilli siguió hablando.

—Denle una oportunidad, bueno, no tú, Eva. Solo es un chavo desesperado, enamorado, solo. Yo sé de eso —le aseguró Guilli y se dejó abrazar. La noche ya los rodeaba.



Me haces falta y nadie lo nota, en mi casa nadie quiere pronunciar tu nombre. Si yo no lo escribo, si no digo tu nombre ¿dejarás de existir? ¿Solo existe aquello que se nombra? No lo creo. Tu ausencia de días hace más palpable tu presencia Te toco en ciertas partes de mi cuerpo que no conocía hasta esa noche contigo. Te huelo en la humedad de mi recuerdos cuando a media noche me despierta el vacío de mis brazos. Te siento en las orillas de mi corazón y cada pálpit duele. Tu ausencia es un dolor sin nombre. Un fuego manso que poco a poco va incendiando mis recuerdos, es u infierno de ilusiones que muchos llaman esperanza.

Comencé a escribir este diario para no perderme, para saber quién soy y de dónde vengo, sin embargo estas página se han convertido en un refugio para ti, para tus recuerdos. Vives más en esta libreta que en mi corazón y, al escribi vuelco todo mi ser en palabras que se niegan a escribir tu nombre para que no existas, para que te vayas volviendo u fragmento de mi memoria, el cajón más pequeño de un archivero de grandes ausencias. Soy yo la que decide olvidarte, l que mira la distancia como un nuevo camino, una nueva ruta, no un eterno retorno.

Tengo tantas cosas importantes en qué pensar, lo inmediato: mis próximos exámenes de Robótica y Matemáticas para los cuales Majo me ayudó bastante, no puedo fallarle ni fallarme. De esas calificaciones depende mi futuro en l Prepa Tec. A veces creo que ya he olvidado todo lo que estudié, que la mente se me pondrá en blanco frente a cad examen del próximo martes. Será el último día que vaya a la prepa y después tendré mes y medio para mí y mi problemas. Los reales. ¿Por qué a esta edad creemos que los problemas de la escuela son los peores del mundo? No s si averiguar más sobre mi papá y su supuesta amante. ¿Y si descubro que es real? ¿Y si indago y me encuentro con alg que no quiero saber? ¿Hasta dónde podemos meter las narices en la vida de los otros? ¿Y si descubro que todo es un mentira, un invento mío? Quizá esa mañana en Puerto Vallarta amanecí tan ~~alcoholizada~~ que escuché mal. ¿Escrib alcoholizada? Si esa noche apenas bebí dos cervezas.

Más que encontrar «presencias», tengo que concentrarme en las ausencias. Ahora debe de importarme má encontrar el rastro que me lleve a mi madre. Dar con ella y enfrentarla. A ella sí debo de confrontarla o seguirá doliéndome otras ausencias, la de Capi, por ejemplo. ¡Chin!, ya escribí su nombre y el peso de su sombra cayó sobre m cuerpo. No quiero pensarlo más, añorarlo más, sentirlo otra y otra vez rodeándome. De nuevo escribiré su nombre sol para darme el gusto de tacharlo, para que su ausencia no sea una presencia más en mi vida: ~~Capi~~.

ɛ,
ɪ.
s
ɔ
n

s
ˉ,
n
a

ɔ,
a
a
s
é
ɔ
a
ɔí

s
n
ıi
ɔ

19

Con las gemelas Zivals y Bruna Lanzafilos, Max completó su cuadro de superheroínas, quienes harían equipo con Volta, el Hombre Bala, quien, desde la muerte de su padre, a veces también era maestro de ceremonias del circo que llevaba su nombre. Solo cuando Domingo, que también hacía de payaso, estaba demasiado fatigado para salir a escena. Domingo era un viejo enano malhumorado que quería a Volta como si fuera su hijo. Max tomaba notas en su cuaderno, desarrollaba las características de cada uno de sus personajes. «Lo y Fa Zivals son indígenas quechuas (como mi *mama* Killa), también son de los Andes peruanos. Son tan parecidas que, como todo mundo las confundía, hasta entre ellas no sabían quién era la mayor, Volta les pidió que una de ellas utilizara un sombrero típico de su etnia, el bombín de fieltro llevado a ciertas comunidades indígenas, en la década de 1920, por los británicos, y que a veces también usa mi mamá».

«Ambas hermanas tienen cabello negro y largo, son de mediana estatura y ojos rasgados. Son excelentes trapecistas, ellas mismas hacen las cuerdas por las que se mueven por los aires. Tejen sus redes con fibras expansivas que, del tamaño de una granada, lanzan a sus enemigos y se extienden por los aires hasta atraparlos. Aquellas bolas son como una telaraña, una red que inmoviliza».

Max escribía a toda prisa sobre un cuaderno de páginas blancas. Escribía tan rápido que la punta de su Faber-Castell se rompió y perforó un poco el papel. Pero esos detalles a Max no le importaban, hizo a un lado a Runa, que dormía panza arriba sobre su escritorio, y buscó otro lápiz. Verificó la punta, era más roma que la del anterior. Siguió escribiendo.

«Cuando Volta vio a las gemelas Zivals volar por los aires, engarzadas una en la otra como una cadena de dos eslabones, no dudó en hacerlas parte del equipo. Apenas lo consultó con Domingo y con Bruna Lanzafilos, la mulata del Amazonas con la mejor puntería lanzando cuchillos en toda Sudamérica. Bruna también es una domadora de grandes felinos y siempre se hace acompañar por un jaguar negro llamado Sima. Los cinco y el felino, Volta, Domingo, las gemelas Zivals, Bruna y Sima, son el elenco del Gran Circo Volta».

Entre línea y línea, como su libro de cabecera, *El Principito*, Max hacía dibujos de algunos elementos de sus personajes: el sombrero de Lo Zivals, el casco de hombre bala de Volta o un juego de tres cuchillos de Bruna. Tenía prisa por dejar plasmadas en papel esas primeras ideas de sus personajes. Desde que Max conoció a Eva, estaba un poco nublado, distraído, no avanzaba en su trabajo creativo, por eso, esa noche de verano y luna llena, cuando se le revelaron los nombres y las características de las gemelas Zivals, Max dejó su silla en la azotea de su casa y bajó a su escritorio, con Runa al lado, a escribir.

Antes de irse a la cama, revisó el Instagram de Paloma, no había ninguna novedad; en el de Majo, sol
había fotos de Ojocaliente y la casa de sus abuelos, de unas gorditas de chicharrón que Majo presumí
como lo mejor del mundo. Por si las dudas, fue al Instagram de Eva, seguía como cuenta privada. E
Facebook ya ni siquiera aparecía, lo que significaba que Eva lo había bloqueado. Hábilmente, Max habí
rescatado dos fotos de Eva, así que se durmió con Runa a un lado, y el celular en la mano viendo a Eva e
bikini rojo en Puerto Vallarta.

Al día siguiente Eva presentaba sus exámenes de segunda vuelta. De esas calificaciones dependía qu
siguiera o no en la Prepa Tec y, por consiguiente, que se graduara o no con sus amigas el siguiente veran
Sus padres no sabían lo que representaban esas calificaciones, si lo supieran no se los quitaría de encima. E
curso de nivelación de Robótica le ayudó, así como las explicaciones de Majo, sin embargo, estaba con lo
nervios de punta y esa noche sería un recordatorio de su pasado reciente, la rueda del tiempo que gira entr
la ilusión y la realidad. Un poco después de las 12, cuando por fin había apagado la luz y ya Cala estab
acurrucada a los pies de la cama, se encendió la pantalla de su iPhone. Era un mensaje de Santiago. Eva, a
leer el nombre de Capi en el primer WhatsApp, con un movimiento brusco se incorporó de la cam
prendió la luz y celular en mano, esperó.



Eva apagó la luz, se acostó de nuevo, mientras su celular continuó encendiéndose varias veces más. N
respondió ningún otro WhatsApp de Santiago. Trató de conciliar el sueño, pero el mal ya estaba hecho, e

orecuerdo de Capi se le vino encima de golpe, lo bueno y lo malo, la esperanza y la pérdida. Se hizo bolita en
ala cama y comenzó a llorar, más de rabia que de sentimiento.

n Al día siguiente se levantó tarde. Llovía. Siendo un día tan importante, tenía sus exámenes de segunda
avuelta, se quedó dormida. Más tarde confirmó que, aún dormida, había apagado la alarma de su celular y
nhabía seguido en el quinto sueño hasta que despertó a las nueve de la mañana. Ese día, tanto su mamá como
su papá habían salido muy temprano, y la casa, desde las siete de la mañana, estaba en total silencio. Eva
miró el celular y se levantó de un brinco, tenía menos de una hora para llegar a la prepa. Cala la miró desde
ela cama y no intentó levantarse, cada día le pesaba más el embarazo. A Eva no le dio tiempo de bañarse, n
o.de desayunar, ni siquiera de tomarse, de un trago, el jugo de naranja que estaba esperándola sobre su lugar
len la barra. La mañana era fresca.

s Sus planes habían sido, levantarse a las seis de la mañana y darle una última repasada a lo que había
eestudiado. Tampoco había tiempo para eso. Se puso la misma ropa que usó el día anterior, solo que con la
ablusa al revés. Se puso su chamarra de mezclilla porque sintió frío. Mientras corría de un lado al otro de su
lcuarto, Cala la miraba desde la cama y Eva pensó que la de ayer habría sido una buena noche para dormir
a,vestida. En el baño, trató de recogerse el pelo en una cola de caballo, pero no lo logró. Lo tenía fatal, se le
hacía una honda justo en la coronilla. Tendría que mojárselo completamente. No quiso. «¡Ash!», se quejó
Se olió las axilas e hizo un gesto de horror. «¿Cuántos días tengo sin bañarme?», se preguntó. Decidió
ponerse el paliacate de Cala como pañoleta. Tampoco tenía tiempo de lavarse los dientes. Salió del baño
cogió su mochila y aventó dentro el libro de álgebra, sus apuntes y unas pastillas para el aliento. Caminó a
ascensor con la mochila al hombro, se sacó la dona de la muñeca derecha y enojada la aventó al suelo. Fue
en ese momento cuando vio que Cala ya estaba ahí, en espera de salir a pasear. «Lo siento Calita, ahora no
vamos. Al ratito vengo por ti». Le dijo y la perra ladró y movió el rabo. Al llamar el ascensor, este se abrió y
fue a Nabor al primero que vio.

—¡Ay!, Nabor qué bueno que te veo, llévame a la prepa, por favor, no hay tiempo que perder —le pidió
Eva sintiéndose una olla de presión a punto de estallar.

—Solo dejo esta bolsa del mandado, Evita.

—No hay tiempo, Nabor, llévatela, de regreso la bajas.

Al llegar a planta baja, Eva y Nabor corrieron hasta el coche. La apertura del portón eléctrico y, más
adelante, los semáforos en rojo a Eva le parecían eternos, pensó que cada rojo duraba 10 minutos. La lluvia
aunque tenue, entorpecía a todos. Viendo casi hipnotizada el vaivén de los limpiaparabrisas, pensó que esa
era la peor de sus mañanas, sin saber lo que le esperaba. Entonces recibió un WhatsApp de Paloma
deseándole suerte, enseguida uno de Majo, también para desearle suerte y de paso contarle que el Príncipe
de Roma, como ya le decían a Max, estaba visitando todos los sitios que ellas frecuentaban. Eva solo le
respondió a Paloma, le contó la terrible noche que había pasado, presa del insomnio, seguramente
ocasionado por los mensajes de Santiago. Con la mirada clavada en el celular, un frenazo de Nabor la obligó
a mirarlo.

—No avanzamos, Evita, parece que hubo un accidente, allá se ve una ambulancia y patrullas —dijo
Nabor y señaló con el índice al frente.

Circulaban por Pablo Neruda y Eva dijo en tono sarcástico que era lógico un accidente con esa lluvia
que apenas mojaba la suela de los zapatos. Vio el reloj del auto, eran las 9:32. Le dijo a Nabor que tomara
otra ruta.

—Date vuelta aquí. —Señaló Eva Circuito Madrigal—. Ponte el Waze.

—¿El qué? ¿Qué es eso?

—Yo lo uso y te digo por dónde ir.

En su último WhatsApp, Majo le contó que Santiago también le había escrito en la noche, le dijo que no
sabía por qué Eva se había enojado «hasta que le expliqué», concluyó Majo. Eva no respondió nada. Solo
pensó que ese WhatsApp y los referentes a Max Fiore eran lo que menos le importaba. Tampoco siguió la
conversación con Paloma, en ese momento nada le importaba tanto como llegar a tiempo a su primer
examen: Matemáticas. «Eso es realmente la soledad, estar frente al papel cara a cara y no saber qué
responder», se dijo. Luego volvió la mirada al Waze o Nabor, en sus rodeos, la llevaría al otro extremo de la
ciudad. Después recordó la puntualidad rigurosa de Miguel Ángel Castillo, profesor de Matemáticas y
opensó que no llegaría, Nabor manejaba lenta y cuidadosamente.

l Eva levantó su mochila de los pies, la puso en su regazo, para tenerla lista en cuanto llegaran. E

movimiento pendular del limpiaparabrisas le parecía como el tic-tac de un reloj de agua que la llevaba a otras profundidades. De algún modo, tenía razón. Trató de recordar todo lo que había estudiado con Majo aNo pudo hacerlo. Comenzó a sudar, culpó a todo mundo por su desastre. Por fin llegaron a las puertas de yTec; entraron y todo estaba en silencio. Eva no recordaba haber visto el estacionamiento tan vacío. Le dijo a Nabor que se estacionara donde pudiera, que lo veía al ratito. Apenas se paró el Mercedes frente al Edificio 5, Eva abrió la puerta y salió corriendo, pisando charcos.

Llegó al salón con los Converse azules mojados y tres minutos después de las diez. El profesor Castillo desde el escritorio, le señaló el reloj de su muñeca al verla azotar la puerta. Había diez alumnos más, siete hombres y tres mujeres. Eva entró en shock cuando Castillo le pidió que sacara su computadora, que llevaba cuatro minutos de retraso.

—¡¿Compu?! —exclamó Eva—, no sabía que teníamos que traer. Voy por una.

—Está cerrado. Están de vacaciones. Hay quienes sí cumplen con su trabajo y se van a tiempo de vacaciones. ¿Qué vamos a hacer?

—No sé —respondió.

Eva estaba paralizada en su silla, la que le tocó fue una de color verde, con la paleta para diestros. No le importó. La presión comenzó por acelerarle el pulso, a enrojecerle la cara, sentía una presión en el pecho y hasta cierta falta de aire. Al verla casi a punto del llanto, el profesor Castillo le dijo:

—Eva Otero, le presto la mía, venga por ella.

Los siguientes minutos fueron como filo de cuchillo al rojo vivo. Eva vio el examen y sintió que caminaba a tientas, que había olvidado todo. Hizo su mejor esfuerzo y respondió preguntas, resolvió problemas. Se fijó muy bien en poner los puntos al lado de las décimas. Al final, decidió que si no pasaba ya no le importaba, vendrían otra prepa, amigas nuevas, dinámica nueva, «vida nueva», murmuró. Una hora después cerró la compu y se la pasó al profesor. Sin embargo, la acumulación de tensión estaba a punto de estallar y aún faltaba Robótica.

Volvió a pedir prestada una computadora a un chico que el siguiente semestre se volvería un dolor de cabeza. El examen de Robótica lo respondió más relajada, ya no le importaba nada. Al terminar y devolver la Mac, Eva sintió en el cuerpo cómo la mirada de ese chico la seguía hasta bajar los tres pisos del edificio había dejado de llover y el calor volvía a sentirse. Eva se quitó la chamarra de mezclilla, la metió hecha bola a su mochila, rodeó la escuela buscando a Nabor y justo cuando recordó que, por las prisas, esa mañana no había tomado su par de pastillas y, al decirse que las tomaría en cuanto regresara a su casa, vio el Mercedes que manejaba Nabor estacionado en el lugar que siempre ocupaba Capi. Todo el estacionamiento vacío y justo se había estacionado en ese sitio. Luego volvió su vista hacia atrás, en el tercer piso del edificio alguien la miraba. Eva trató de recordar quién era, pero fue demasiado tarde, su pasado le cayó como un balde de agua fría y fue hacia Nabor, quien se bajó del auto, corriendo hacia ella con los brazos extendidos lo último que vio antes de caer al piso, sin meter las manos, sin amortiguar el golpe seco contra el pavimento.

movimiento pendular del limpiaparabrisas le parecía como el tic-tac de un reloj de agua que la llevaba a otras profundidades. De algún modo, tenía razón. Trató de recordar todo lo que había estudiado con Majo. No pudo hacerlo. Comenzó a sudar, culpó a todo mundo por su desastre. Por fin llegaron a las puertas del Tec; entraron y todo estaba en silencio. Eva no recordaba haber visto el estacionamiento tan vacío. Le dijo a Nabor que se estacionara donde pudiera, que lo veía al ratito. Apenas se paró el Mercedes frente al Edificio 5, Eva abrió la puerta y salió corriendo, pisando charcos.

Llegó al salón con los Converse azules mojados y tres minutos después de las diez. El profesor Castillo, desde el escritorio, le señaló el reloj de su muñeca al verla azotar la puerta. Había diez alumnos más, siete hombres y tres mujeres. Eva entró en shock cuando Castillo le pidió que sacara su computadora, que llevaba cuatro minutos de retraso.

—¡¿Compu?! —exclamó Eva—, no sabía que teníamos que traer. Voy por una.

—Está cerrado. Están de vacaciones. Hay quienes sí cumplen con su trabajo y se van a tiempo de vacaciones. ¿Qué vamos a hacer?

—No sé —respondió.

Eva estaba paralizada en su silla, la que le tocó fue una de color verde, con la paleta para diestros. No le importó. La presión comenzó por acelerarle el pulso, a enrojecerle la cara, sentía una presión en el pecho y hasta cierta falta de aire. Al verla casi a punto del llanto, el profesor Castillo le dijo:

—Eva Otero, le presto la mía, venga por ella.

Los siguientes minutos fueron como filo de cuchillo al rojo vivo. Eva vio el examen y sintió que caminaba a tientas, que había olvidado todo. Hizo su mejor esfuerzo y respondió preguntas, resolvió problemas. Se fijó muy bien en poner los puntos al lado de las décimas. Al final, decidió que si no pasaba ya no le importaba, vendrían otra prepa, amigas nuevas, dinámica nueva, «vida nueva», murmuró. Una hora después cerró la compu y se la pasó al profesor. Sin embargo, la acumulación de tensión estaba a punto de estallar y aún faltaba Robótica.

Volvió a pedir prestada una computadora a un chico que el siguiente semestre se volvería un dolor de cabeza. El examen de Robótica lo respondió más relajada, ya no le importaba nada. Al terminar y devolver la Mac, Eva sintió en el cuerpo cómo la mirada de ese chico la seguía hasta bajar los tres pisos del edificio, había dejado de llover y el calor volvía a sentirse. Eva se quitó la chamarra de mezclilla, la metió hecha bola a su mochila, rodeó la escuela buscando a Nabor y justo cuando recordó que, por las prisas, esa mañana no había tomado su par de pastillas y, al decirse que las tomaría en cuanto regresara a su casa, vio el Mercedes que manejaba Nabor estacionado en el lugar que siempre ocupaba Capi. Todo el estacionamiento vacío y justo se había estacionado en ese sitio. Luego volvió su vista hacia atrás, en el tercer piso del edificio alguien la miraba. Eva trató de recordar quién era, pero fue demasiado tarde, su pasado le cayó como un balde de agua fría y fue hacia Nabor, quien se bajó del auto, corriendo hacia ella con los brazos extendidos, lo último que vio antes de caer al piso, sin meter las manos, sin amortiguar el golpe seco contra el pavimento.

20

La llamada de Eva tomó a Julia por sorpresa. Estaba en una junta con su equipo de diseño. Ultimando detalles para la presentación de la próxima colección otoño-invierno. Julia se alarmó al recibir la llamada, se disculpó con la gente que estaba con ella en el taller principal de LOB: diseñadores, cortadores, sastres, media docena de costureras, maquillistas, cinco modelos: tres mujeres y dos hombres. Un set de fotografía, con ciclorama en colores ocre, sombrillas para suavizar y rebotar la luz, así como una pasarela improvisada eran el escenario de la reunión. Tenían desde las ocho de la mañana en ensayos y pruebas de vestuario. Todos descansaron al ver salir a Julia a la terraza a atender el teléfono.

—¡Hija! ¿Cómo pasó?

—Te juro que sí me tomé las pastillas, mamá, te juró que sí me las tomé —le dijo Eva entre sollozos.

—Cálmate, Eva, ya pasó. ¿Había alguien más contigo?

—Solo Nabor...

—Quiero decir, ¿a tu lado?

—No, mamá, nadie me vio caer, por si eso te preocupa...

—No lo digo por eso, sino por tu seguridad. Tú papá no está en la ciudad, hoy voló muy temprano a la Ciudad de México. Ayer te lo dijo, pero como estás en las nubes —el tono de Julia de pronto pasó de sedulce a contundente—. Yo estoy terminando una reunión, adelántate con la doctora Carranza. Ahora la llamo y le digo que vas para allá. ¿Dónde están?

—En el Tec. Me duele horrible la cabeza —se quejó Eva, quien no se atrevía a tocarse donde sentía caliente y le punzaba hasta el punto de casi estallarle.

—¿Todavía en el estacionamiento del Tec? ¿Te golpeaste la cabeza? ¡Ay, hija! Pásame a Nabor.

—Mamá, ¿cómo voy a llegar sola?

—No pasa nada. Ya voy para allá.

—¿O no quieres acompañarme?

—Eva, estoy en mitad de la última prueba, tengo aquí a todo mi equipo, gente que vino de cinco ciudades del país, y hoy tiene que quedar listo todo, la próxima semana presento la colección. Termino y voy enseguida o ven para acá, me esperas a que termine y vamos con la doctora.

—No, voy sola. Ya estoy grandecita para cuidarme sola. Allá te veo —dijo Eva envalentonada.

—Pásame a Nabor —alcanzó a escuchar Eva al tiempo que le pasaba el celular.

Julia le repitió a Nabor lo que ya le había dicho a Eva, que la llevara con la doctora Carranza, le dijo dónde estaba su consultorio, que ella llegaría en cuanto pudiera. Volvió a pasarle a Eva y ambas se

despidieron. Camino a la torre de especialidades del Hospital del Carmen, a Eva le rodaron unas lágrimas
A estas alturas ya no le importaba el examen que, según ella contestó acertadamente, a pasar de que llegó
con la mente en blanco, ya frente a la compu, poco a poco se le fueron revelando los números y la
ecuaciones conforme avanzaba. Mientras miraba las manos rudas de Nabor apretar el volante, recordó a
Capi, a Santiago, a Majo, a Paloma y al tal Príncipe de Roma, a todos los mandó al diablo poco antes de
llegar con su neuróloga a quien sí realmente detestaba, aunque esa visita sería reveladora para Eva.

Minutos antes de llegar al hospital, volvió a llamar Julia, le dijo a Eva que la neuróloga la recibiría en su
consultorio de sala general: «El que está en planta baja, entrando a la izquierda. Donde te vio la vez que te
caíste en el baño», le especificó, y Eva recordó muy bien dónde era. Al llegar, reconoció el sitio, era como
un *déjà vu*. Eva vio a las dos recepcionistas de la vez anterior, una tenía el cabello recogido y la otra, suelto
Ambas vestían ropa de calle. Eva y Nabor se sentaron en el sitio que Max y sus madres ocuparon la vez
anterior; desde ahí, Eva vio las cosas de una manera diferente, como si ese sillón verde pistache hubiera
invertido las manecillas de su corazón. En algún punto de la breve espera, Eva deseó ver entrar a Max
como él la miró aquella mañana. «En realidad, ¿quién es ese chico?», se preguntó al momento que escuchó
su nombre.

Fue la primera ocasión que estuvo sola con la doctora Carranza. Cuando la especialista la vio entrar a
su consultorio iba del brazo de Nabor. La doctora vio que también cojeaba. Eva había perdido un zapato y
el paliacate de Cala en el estacionamiento del Tec. Cuando Nabor la vio convulsionando, corrió hacia ella
la puso de costado y le colocó la mochila debajo de su cabeza. Esperó largos minutos al lado de su niña
rezando casi en voz alta para que pronto pasara. Al final, la levantó en brazos y la llevó al auto. Trató de
bajarla con cuidado, pero el cuerpo de Eva, casi peso muerto, le pesaba como una lápida del pasado. La
soltó de golpe y Eva recobró por completo el conocimiento en el asiento trasero del Mercedes. Aun así, en
la caída contra el pavimento, se golpeó el costado izquierdo, la cadera, el hombro y la cabeza a la altura de
la sien.

Guadalupe Carranza la vio sentarse de lado, poco a poco, ayudada por Nabor. Enseguida vio al
jardinero salir del consultorio, tan rápido que no le dio tiempo de saludarlo. Fue hasta donde Eva se
encontraba a revisarle las heridas, y lo primero que notó fue el cabello enmarañado. No fue necesario que
se desnudara, con un poco que se bajó el pantalón, la doctora consideró que ningún golpe era de cuidado
solo eran contusiones. Ninguna herida había sangrado. De un gabinete gris metálico con paneles corredizos
de vidrio que estaba al lado de la puerta, que Eva siempre supuso que era del baño, sacó una pomada para
que se untara. Le aseguró un gran moretón en la cadera y un buen chichón en la frente. Por lo que Eva le
relataría a continuación, la neuróloga consideró que no era necesaria la tomografía, sino que le haría en ese
momento un electroencefalograma, un mapeo cerebral. A pesar de que Eva se sintió otra vez sola, no sufrió
como lo hizo en su primer apagón, cuando su mamá estaba de viaje en Alemania. «Siempre trabajando»
pensó.

Entonces le contó a la doctora sus últimos días. A ella sí le dijo que por las prisas del examen había
olvidado tomarse la dosis de esa mañana, que estaba por tomársela cuando le vino el apagón. La doctora
hizo un poco de psicóloga y comenzó a conversar con Eva sobre su día a día desde el anterior apagón a este
Eva hizo un recuento y le contó todo, solo omitió detalles, le contó que iba mal en la prepa, que de los
exámenes que presentó ese día dependía su estancia en la Prepa Tec, del embarazo de alto riesgo de Cala y
sobre todo, le contó de Capi, de su gran ruptura amorosa, por enésima vez, pero la definitiva.

La doctora Carranza, como una secretaria ejecutiva que atiende un dictado, anotaba todo en una hoja
blanca. Eva la percibió más amable que antes, tenía un gesto que no le había visto. Llevaba el cabello
entrecano suelto y una blusa en V que le alargaba el cuello. Sus lentes ya no parecían de miope, sino que le
daban cierto aire intelectual. La doctora Carranza parecía tener todo el tiempo del mundo y lo más
importante y por lo cual Eva se sentía en confianza: la miraba a los ojos entre anotación y anotación, la
miraba con ojos añejos, como si la conociera de toda la vida. Por lo menos eso sintió Eva y le dio un gran
trago al vaso de agua que le había ofrecido.

—Bien, Eva, esta vez no te someteremos a la tomografía...

—¿La libré? —interrumpió Eva.

—No del todo, voy a hacerte un mapeo cerebral, es más sencillo y rápido que la tomografía, por eso te
cité acá.

—Doctora, me duele mucho la cabeza, no exactamente el golpe, sino toda la cabeza.

—Después del estudio podrás tomar una aspirina o dos, ahora acompáñame.

La puerta que Eva pensó que sería el baño, en realidad era un cuarto de auscultación. La doctora sencendió la luz y ella casi juró que escuchó cómo se echaba a andar una fuente de poder. Vio a unos pasos ade donde estaba una cama reclinable con la típica sábana azul, un monitor y un tablero de luces como emandos de avión.

—¿Aquí? —preguntó Eva con un hilo voz.

—Recuéstate, ponte cómoda, en unos minutos todo habrá pasado.

Eva caminó cojeando hasta la cama. Tuvo que hacer un esfuerzo por subirse y no arremolinar toda la osábana. Mientras la doctora prendía los aparatos, enchufaba cables y revisaba su reloj de pulsera, Eva recostada en la típica posición de dentista, vio sus pies, el izquierdo traía un Converse azul, el segundo solo zun minúsculo calcetín gris con la planta del pie negra y húmeda.

—Doctora, ¿no es mejor que esperemos a que llegue mi mamá?

—¿Viene tu mamá? —preguntó la doctora Carranza con su tono de ironía que Eva había olvidado óVolvía a ser la misma—. No hace falta. Ya ves que siempre llega tarde y este examen no puede esperar.

Al terminar de decir eso le pidió que cerrara los ojos. Eva sintió que alguien distinto a la neuróloga le apasaba unos cables por detrás de la nuca, luego sintió algo frío, como un gel, en la frente. Abrió los ojos y la ydoctora le dijo de inmediato que los cerrara, que podría abrirlos hasta que ella lo ordenara. En ese ,parpadeo Eva alcanzó a ver a dos personas más, con batas blancas, alrededor de su cama. «¿De dónde habían salido?», se preguntó, si ella no había escuchado abrir y cerrar la puerta. «¿O ya estaban aquí dentro ecuando llegamos?». Tantas preguntas comenzaron a ponerla nerviosa, tanto que si en ese momento le daba aotro ataque epiléptico, sería culpa de la doctora Carranza. Apretó los ojos y pensó «¿Quizá eso es lo que aquiere, que me dé otro apagón conectada a su máquina?».

—¡¿Doctora?! —gritó Eva y abrió los ojos—. Tengo que ir al baño.

—¡Imposible! —el tono imperativo la puso en alerta—, ya comenzamos el procedimiento. Aguántate.

No dio resultado el pretexto de Eva para fugarse, se sintió atrapada, estaba segura que experimentaba econ ella, recordó, no supo qué película, donde alienaban a la gente a través de esos chupones que le estaban eponiendo directamente en la cabeza. Eva pensó que ya nadie podría rescatarla, que saldría de ahí en una ,silla de ruedas y babeando espuma. En ese momento se arrepintió de haber mandado al diablo a los suyos y sjuró que, si salía de ahí con sus cinco sentidos intactos, perdonaría a Capi y a Santiago.

—Siento frío.

—Quizá es porque traes la blusa al revés o por el gel que te están aplicando. Te explico. Esta prueba es epara registrar tu actividad eléctrica cerebral. —«Lo sabía, me van a cambiar el chip», pensó Eva. «¿Que ócarajos tiene que ver la blusa al revés?», reflexionó—. Los electrodos se colocan en puntos estratégicos de la ,cabeza y van a medir tus ondas cerebrales que pueden ser alfa, beta, theta o delta. Las primeras aparecen cuando estás relajada, las segundas después de un esfuerzo mental; las ondas theta registran tus estados asomnolientos y las delta están vinculadas al sueño profundo...

—Pero no tengo sueño —interrumpió Eva de nuevo y pensó al borde de la angustia: «No puede ser, el .agua que me tomé seguro tenía algún somnífero. No solo me van a cambiar el chip, esta mujer me va a squitar un riñón».

—Ahora no nos importan esas ondas, sino su ritmo, forma, duración y frecuencia de emisión. Puntas puntaonda, poli punta y poli punta-onda. Abre los ojos —ordenó la doctora desde el tablero de mando adonde veía esas líneas en zigzag en el monitor.

Eva no entendió nada de poli punta, sin embargo, abrió los ojos como la doctora le ordenó, y una luz emuy potente le hizo volver a cerrarlos. Era un reflector a pocos centímetros de su cara.

—¡Ay!

—¡Ábrelos! Abre los ojos. Necesito que los mantengas abiertos cinco segundos. Ahora ciérralos, cinco nsegundos. Ábrelos, ahora ciérralos... Ahora respira hondo, más hondo, más hondo. Mantén el aire en tus pulmones. Suéltalo y respira lento, ¡más lento! Así.

Eva obedecía, lamentaba no haberle hecho caso a su mamá y esperarla para llegar juntas. Pero ¿cómo tomar las mejores decisiones después de un apagón? Se sintió otra vez la niña indefensa que depende de los edemás. Se odió por cobarde y odió al mundo entero.

Media hora después, al terminar el examen, y al caer en cuenta que las dos asistentes no habían emitido sonido alguno, Eva moría de calor. También confirmó que olía a rayos cuando la ayudante Theta, as

calificó Eva a una de ellas por obvias razones, la ayudó a levantarse. En ese momento, la doctora Carranz
ale confirmó que este ataque epiléptico había sido ocasionado por las pocas horas de sueño y por el estrés
sLe aseguró a Eva que, si no se relajaba, aun con medicamento tendría más ataques epilépticos por estrés
oEva se sorprendió y caminó hasta la puerta del brazo de la ayudante Theta.

—Luego necesito que venga tu mamá para explicarle el resultado —le dijo la neuróloga. El comentari
le cayó a Eva como patada al hígado, como si ella no fuera ya lo suficientemente adulta como para n
entender su propio estado de salud—. Y la cuenta, por supuesto —añadió la neuróloga.

a —Sí, yo le digo —respondió Eva, y un instante después se odió por su tono subordinado y complaciente
ı,más aún por lo que enseguida escuchó.

o —Ah, Eva, bañarse a diario también ayuda a ganar amigos.

En la puerta del consultorio, cuando la doctora Carranza despedía a Eva, Nabor se acercó par
ayudarla, momento que la especialista aprovechó para saludarlo.

ı. —¿Cómo está, Nabor? Cuánto tiempo ha pasado.

—Bien, doctora, aquí mire, más viejo, pero bien, gracias a Dios.

e —Le tocó —dijo la doctora y del bolsillo de su bata sacó una paleta Tutsi Pop.

a «Es una demente», pensó Eva mientras caminaban a la puerta, cojeando, sujeta del brazo de Nabor
ecayó en cuenta de la familiaridad con la que su doctora y el jardinero de su casa se saludaron. Como si s
econocieran de mucho tiempo atrás. Entonces le preguntó.

o —Nabor, ¿ya conocías a la doctora Guadalupe Carranza?

a —Sí, Evita, era la doctora de tu mamá Helena.

e «Claro, Nabor tiene toda la vida trabajando para mi *oma*», pensó Eva. A punto de preguntarle más sobr
su madre, llegó Julia hasta ellos. Llegó apresurada, con el bolso tipo tote colgando del antebrazo y el celula
en la otra mano. Le dio las gracias a Nabor y le dijo que Eva se iría con ella, que se veían en la casa.

a
a
a
y

s
é
a
ı
s

l
a

;,
ı,

z

o
s

o
s

o
ıí

calificó Eva a una de ellas por obvias razones, la ayudó a levantarse. En ese momento, la doctora Carranza le confirmó que este ataque epiléptico había sido ocasionado por las pocas horas de sueño y por el estrés. Le aseguró a Eva que, si no se relajaba, aun con medicamento tendría más ataques epilépticos por estrés. Eva se sorprendió y caminó hasta la puerta del brazo de la ayudante Theta.

—Luego necesito que venga tu mamá para explicarle el resultado —le dijo la neuróloga. El comentario le cayó a Eva como patada al hígado, como si ella no fuera ya lo suficientemente adulta como para no entender su propio estado de salud—. Y la cuenta, por supuesto —añadió la neuróloga.

—Sí, yo le digo —respondió Eva, y un instante después se odió por su tono subordinado y complaciente, más aún por lo que enseguida escuchó.

—Ah, Eva, bañarse a diario también ayuda a ganar amigos.

En la puerta del consultorio, cuando la doctora Carranza despedía a Eva, Nabor se acercó para ayudarla, momento que la especialista aprovechó para saludarlo.

—¿Cómo está, Nabor? Cuánto tiempo ha pasado.

—Bien, doctora, aquí mire, más viejo, pero bien, gracias a Dios.

—Le tocó —dijo la doctora y del bolsillo de su bata sacó una paleta Tutsi Pop.

«Es una demente», pensó Eva mientras caminaban a la puerta, cojeando, sujeta del brazo de Nabor, cayó en cuenta de la familiaridad con la que su doctora y el jardinero de su casa se saludaron. Como si se conocieran de mucho tiempo atrás. Entonces le preguntó.

—Nabor, ¿ya conocías a la doctora Guadalupe Carranza?

—Sí, Evita, era la doctora de tu mamá Helena.

«Claro, Nabor tiene toda la vida trabajando para mi *oma*», pensó Eva. A punto de preguntarle más sobre su madre, llegó Julia hasta ellos. Llegó apresurada, con el bolso tipo tote colgando del antebrazo y el celular en la otra mano. Le dio las gracias a Nabor y le dijo que Eva se iría con ella, que se veían en la casa.

21

El silencio solo se compara con los latidos del corazón. Existen, ahí están y nadie los escucha. Tenemos que cerrar lo ojos y mirar hacia dentro para darnos cuenta que esa máquina existe, nos mueve y confronta. El corazón tiene su propi ritmo, su tiempo es distinto al del universo. Después de cada latido viene un pequeño silencio, un ajuste de segundos e el reloj de las emociones. Me gusta sentir mi latir no solo en el pecho, también en mi cuello, en mis brazos, en mi piernas. Todo mi cuerpo es un semillero de silencios, segundos que no descansan aun cuando yo duermo. Me reconozc a través de mis corazonadas, de mis deseos más íntimos, los que mi corazón me dicta en cada ¡pum-pum! Esta soy yo no otra, la que siente y desea, la que ama y suelta, aun sin dejar ir. ¿Cómo romper los silencios de mi pecho, si los teng vivos por todo el cuerpo? ¿Cómo cerrar los ojos y solo dejarlo hablar a él a través de contundentes golpes?

Escribo con la mano que se conecta directamente al corazón, porque él me dicta con su ritmo imparable. No soy y la que escribe, sino mis miedos y mis tormentos, mi anhelo de buscar sin saber qué, ni cómo ni por dónde. Solo h compartido mi ritmo con una única persona, mi latir y el suyo fueron el mismo durante nueve meses. Solo ella m entiende, porque me escuchó en su sangre y en su espíritu. Durante cuarenta y dos semanas respiré sus emociones, su tormentas y sus alegrías. Fui su gran anhelo. Fuimos una misma hasta que nos miramos a los ojos y lloré en sus brazos Volvíamos a ser la misma cuando me pegaba a su pecho. Hasta que por primera vez fui yo la mañana en que me dej andar con mis primeros pasos. A mi madre le debo mi carácter y mi cabello, mi enfermedad y tantos años de silencio.

21

El silencio solo se compara con los latidos del corazón. Existen, ahí están y nadie los escucha. Tenemos que cerrar los ojos y mirar hacia dentro para darnos cuenta que esa máquina existe, nos mueve y confronta. El corazón tiene su propio ritmo, su tiempo es distinto al del universo. Después de cada latido viene un pequeño silencio, un ajuste de segundos en el reloj de las emociones. Me gusta sentir mi latir no solo en el pecho, también en mi cuello, en mis brazos, en mis piernas. Todo mi cuerpo es un semillero de silencios, segundos que no descansan aun cuando yo duermo. Me reconozco a través de mis corazonadas, de mis deseos más íntimos, los que mi corazón me dicta en cada ¡pum-pum! Esta soy yo y no otra, la que siente y desea, la que ama y suelta, aun sin dejar ir. ¿Cómo romper los silencios de mi pecho, si los tengo vivos por todo el cuerpo? ¿Cómo cerrar los ojos y solo dejarlo hablar a él a través de contundentes golpes?

Escribo con la mano que se conecta directamente al corazón, porque él me dicta con su ritmo imparable. No soy yo la que escribe, sino mis miedos y mis tormentos, mi anhelo de buscar sin saber qué, ni cómo ni por dónde. Solo he compartido mi ritmo con una única persona, mi latir y el suyo fueron el mismo durante nueve meses. Solo ella me entiende, porque me escuchó en su sangre y en su espíritu. Durante cuarenta y dos semanas respiré sus emociones, sus tormentas y sus alegrías. Fui su gran anhelo. Fuimos una misma hasta que nos miramos a los ojos y lloré en sus brazos. Volvíamos a ser la misma cuando me pegaba a su pecho. Hasta que por primera vez fui yo la mañana en que me dejó andar con mis primeros pasos. A mi madre le debo mi carácter y mi cabello, mi enfermedad y tantos años de silencio.

22

Ese mismo día regresó Otto de la Ciudad de México. Por teléfono Julia le había contado algo de lo qu
había pasado con Eva. Ya en casa le repitió el comentario de la doctora Carranza referente al estrés
Otto asintió, con tono molesto le dijo que ya lo sabía, no tenía que repetirle lo que él había vivido al lado d
la madre de Eva. A Julia no le gustó la referencia a Helena, sin embargo no dijo nada, siguió preparando l
cena. Eran casi las diez de la noche.

—Otra vez no llegaste —le reclamó Otto.

—Ya te lo dije, estaba en pleno ajuste de la nueva colección, tenía a veinticinco personas ahí, esperando

—¡Siempre tu gran trabajo! Siempre es lo más importante. —Otto alzó la voz al decir «gran trabajo».

—Mi trabajo es tan importante como el tuyo, y te recuerdo que yo he ido con Eva a todas sus consultas
Dejo todo por estar con ella, pero hoy no pude, era imposible. Tan imposible como tu gran trabajo en Toki
o en Francia. —Julia también alzó la voz—. No sé dónde tienes tus intereses.

—¡¿Qué insinúas?! —se envalentonó Otto.

Cada uno estaba en lados distintos de la barra, Julia dentro de la cocina y Otto afuera. La mirada d
Julia desarmó a Otto, lo miró con ojos de ira. Julia tenía en la mano un tenedor de cocina, el cual blandí
frente a las narices de Otto con cada palabra. Habrían seguido hasta el final si no fuera porque Eva llegó
venía de su cuarto ya en pijama y calcetines limpios, Cala iba a su lado. Dana no estaba en casa, se había id
a dormir con Elfriede Suárez. Afuera comenzaba a llover.

—¿Lo mismo del mediodía? —preguntó Eva.

—Lo mismo —acentuó Julia.

—Lo mismo —repitió Otto mirando fijamente a Julia a los ojos.

—Pechugas de pollo a la plancha, solo que ahora les puse salsa bechamel —Julia hablaba con u
disimulado tono de voz, el cual contenía su coraje—. Tienes que comer bien, reponer energías y dormi
¿Cómo te sientes?

—Bien, ya mejor, no me duele tanto la cabeza, apenas me queda una pequeña punzada aquí. —Eva s
señaló la sien.

Había dormido toda la tarde, mientras Julia había seguido trabajando en su estudio, con la puert
abierta. Para descansar mejor, Eva puso en modo vuelo su celular, no quería recibir notificaciones de nadi
por dos o tres horas quería olvidarse del mundo y su futuro.

—Ahora sí puedes dormir diez horas si quieres —opinó Otto, mientras ponía los mantelitos, cubiertos
servilletas en la barra de la cocina.

—Ni tanto, el jueves comienzas a trabajar, ¿recuerdas? —Poco a poco Julia se serenó.

—Sí, mi primer trabajo —respondió Eva—, porque los otros veranos fui tu «asistente». —Eva hizo comillas con los dedos de las manos—. Estos trabajos, papá, no cuentan.

—¿Por qué no? Sí te pagaba —arremetió Otto.

—¡Ay!, papá, me pagabas por ordenar papeles, maquetas, clasificar planos, contestar el teléfono, eso no es trabajo. Yo creo que trabajo es donde aprendes algo nuevo ¿no?, y en tu despacho era como ordenar mi clóset, la verdad.

—Entonces, ¿sí te entusiasma la galería de Mimí Mendoza?

—Sí, mamá, estoy segura de que con ella aprenderé un montón.

—No solo aprenderás, conocerás a mucha gente. Personas que te mostrarán un mundo distinto. Ya verás.

—¿Ya viste con tu mamá cómo le harás para llegar?

—Ya hablé con Nabor y él la llevará y la recogerá todos los días —puntualizó Julia.

—¡¿Qué?! —estalló Eva—, ¡ay no! No, mamá, tampoco quiero parecer una inútil.

—Entonces, ¿cómo te vas a ir?, ¿cómo vas a llegar hasta allá?

—¿Qué tiene de malo que Nabor te lleve? —intervino Otto.

—No quiero, ni que fuera una niñita a la que hay que llevar de la mano. Yo puedo valerme por mí misma.

—Bueno, ¿cómo te vas a ir? Yo nomás pregunto —volvió Eva a escuchar a Julia.

—En camión.

—¡¿Qué?! —La miraron Julia y Otto a los ojos—. Pero si tú eres una niña fresa —arremetió su papá.

—¿Fresa?, ¡ay, papá! Ni sabes el concepto de fresa. —Eva ya estaba sentada en su lugar en la barra y comenzó a explicarles—: fresa y epiléptica es igual a inútil. Pues no, yo no soy una inútil, ya tengo diecisiete años y tengo que comenzar a valerme por mis propios medios, no depender siempre de ustedes. Me iré en camión, Paloma le preguntó a Guilli, él se mueve por toda la ciudad en camión y por aquí pasa, ¿no lo han visto?

—¿Un camión por aquí?

—Mamá, vivimos sobre la avenida Pablo Neruda, por aquí pasan por lo menos tres rutas de camiones y alguno debe de llevar a Chapu.

—Eva, tú nunca te has subido a un camión.

—Te equivocas, papá, hace unas semanas fuimos Paloma, Majo y Guilli a Chapu en camión y no fue nada del otro mundo. Es más, conocí un montón de sitios que no sabía que existían.

—Pero... —dijeron sus padres.

—Lo tengo resuelto, es más, ahora me preocupa más cómo disimular este chichón que traigo en la frente, que estoy segura que no se me bajará para pasado mañana, que ver en qué me voy a trabajar: me iré en camión.

—¿Qué tal que te viene otro apagón en el autobús? —la retó Otto.

—Seré famosa —respondió Eva—, me pasará como a Ángeles Mastretta...

—¿La escritora? —preguntó Julia.

—Sí, hace poco leí una entrevista en no sé dónde, en la cual ella contaba que, cuando se mudó de Puebla a la Ciudad de México para estudiar la universidad, yendo en un camión le dio un ataque epiléptico.

—¿También Ángeles Mastretta es epiléptica?

—Sí, papá, yo tampoco lo sabía, con mayor razón quiero leer *Arráncame la vida*.

Julia y Otto se miraron. Guardaron unos segundos de silencio que a Eva le parecieron los instantes previos a una sentencia. Julia sirvió los platos de la cena, se los pasó a Otto, quien por fin dijo:

—Está bien, pero que el primer día te lleve Nabor y me pasas el número de la Ruta y me avisas siempre que llegues a la galería para saber que estás bien.

—Y también nos pasas el nombre del chofer y el número de placas del autobús —ironizó Julia.

Aunque Julia y Otto dejaron a Eva tomar sus decisiones, Otto le diría a Nabor que siguiera el camión en el que su hija viajara, que no la perdiera de vista, que estuviera pendiente. Eva realmente se sentía incómoda de que Nabor o su mamá o alguien más la tuviera que llevar a todos lados, por lo que esos viajes en autobús urbano más que una aventura significaban para Eva la libertad, manejarse sola por la ciudad en la que había vivido toda su vida, conocer nuevos caminos y, como le había dicho Julia, nuevas personas.

Después de cenar, satisfecha por sus logros, Eva se fue a la cama. Las cortinas de su habitación estaban abiertas, miró por la ventana una tormenta casi tropical. Fue al baño, se lavó los dientes, se miró en el espejo el cabello, revuelto también con furia tropical. Se lo agarró, se lo soltó. Pensó si sería bueno cortárselo. «¿Hasta dónde?», se dijo. Se tocó fuerte el chichón de la sien que le bajaba hasta el pómulo. «Auch», se quejó. Luego se preguntó cuánto le duraría ese tercer ojo. «Las cicatrices también son como las estrellas en el cielo: heridas de un pasado infinito», murmuró.

Al regresar a su cuarto, Cala ya estaba echada en la cama. Eva se acostó y quitó el modo vuelo de su celular. Infinidad de notificaciones comenzaron a llegar, sobre todo de Paloma y Majo, querían saber cómo le había ido en el examen de Matemáticas, pero Eva las ignoró, estaba feliz por su nuevo trabajo y por haber ganado la primera batalla por su libertad. Desbloqueó a Max de Facebook y otra vez leyó el mensaje que le había mandado un mes atrás. Lo volvió a bloquear y apagó la luz.

Después de cenar, satisfecha por sus logros, Eva se fue a la cama. Las cortinas de su habitación estaban abiertas, miró por la ventana una tormenta casi tropical. Fue al baño, se lavó los dientes, se miró en el espejo el cabello, revuelto también con furia tropical. Se lo agarró, se lo soltó. Pensó si sería bueno cortárselo. «¿Hasta dónde?», se dijo. Se tocó fuerte el chichón de la sien que le bajaba hasta el pómulo. «Auch», se quejó. Luego se preguntó cuánto le duraría ese tercer ojo. «Las cicatrices también son como las estrellas en el cielo: heridas de un pasado infinito», murmuró.

Al regresar a su cuarto, Cala ya estaba echada en la cama. Eva se acostó y quitó el modo vuelo de su celular. Infinidad de notificaciones comenzaron a llegar, sobre todo de Paloma y Majo, querían saber cómo le había ido en el examen de Matemáticas, pero Eva las ignoró, estaba feliz por su nuevo trabajo y por haber ganado la primera batalla por su libertad. Desbloqueó a Max de Facebook y otra vez leyó el mensaje que le había mandado un mes atrás. Lo volvió a bloquear y apagó la luz.

23

La segunda pasión de Max, además del dibujo, era el alpinismo. El primero lo había heredado de su madre peruana, Killa era una reconocida pintora en Latinoamérica y de ella había recibido sus primeras lecciones de dibujo. Sin embargo, Killa era más conservadora o menos aventurera, por lo que Max había encontrado refugio para los deportes extremos con su madre argentina, Silvina. Psicóloga con varios posgrados, desde siempre había fomentado en su hijo el libre albedrío. Le aseguraba que la vida valía la pena vivirla y correr cualquier riesgo si se hacía siempre con pasión y con cuidado.

Silvina decía que se podía tener más de una vida en nuestra existencia. Para Killa, Max podía dibujar, salir de excursión con sus personajes, llevarlos hasta el límite del desfiladero o más allá de la hoguera, pero siempre dentro de los límites del papel. Silvina discutía con ella y le decía que quería hacer de Max un hombre libre, sin miedos ni ataduras; un chico seguro de sus proyectos y de sus emociones, que sus límites no dependieran de él sino de las circunstancias, que tuviera cuántas vidas quisiera en sus sueños y más allá de la realidad.

De algún modo, Max Fiore rendía tributo a su familia peruana con el alpinismo, Killa era indígena quechua de Cusco y había llevado a Max, cada año desde su nacimiento, por largas travesías a las alturas de Machu Picchu. Max había aprendido a caminar tanto en la extendida Pampa argentina como en la vieja montaña, como también le decía a Machu Picchu, situado en el Valle Sagrado de los Incas, por lo que, de algún modo, Killa cedió y también le dio su permiso de practicar ese deporte extremo que, por su enfermedad, era de alto riesgo.

Max siempre ponía de ejemplo a Chris Bombardier, el primer alpinista con hemofilia severa tipo B en alcanzar la cima del Everest. Así como los tatuajes que cada tanto Max se imprimía en la piel, el alpinismo debería de estar prohibido para él, la presión en alturas mayores a cuatro mil metros podría aumentar las posibilidades de sangrado, así como cualquier golpe en esas latitudes sería más peligroso. Max, como Bombardier, tenía planeado subir las siete cumbres en los próximos años y se repetía la máxima de alpinista: «Si haces las cosas correctamente, las haces de manera inteligente».

Los siguientes días serían determinantes para Max Fiore; el miércoles fue a Deporte Hábitat, una tienda de equipamiento para actividades al aire libre. Mientras compraba unos bastones para senderismo que le habían perdido en el aeropuerto las autoridades aduanales, conoció a Alberto Quezada, un chico unos cinco o seis años mayor que él, que organizaba un grupo para llevar a cabo unas prácticas de *hiking* en la Barranca de Huentitán. Beto, como prefería que lo llamaran, era egresado de Diseño Industrial del ITESO y pertenecía a un grupo llamado CAIC.

—Vamos y volvemos el mismo día, es una caminata para principiantes. Es un grupo pequeño, pero con todo el espíritu «caico» —le dijo Beto a Max, mientras conversaban, intercambiaban número de teléfono y contacto.

—¿Caico? ¿Qué es eso?

—Así nos denominamos, CAIC son las siglas de Club de Alpinismo del Instituto de Ciencias, es el colegio jesuita de Guadalajara, igual que el ITESO, la Universidad Jesuita de Guadalajara. ¿De dónde eres?

—Vengo de Argentina, de Buenos Aires.

—Debí suponerlo, por el acento, pero luego no sabes, si confundes a un uruguayo con un argentino se molestan, no sé por qué, si son tan parecidos.

—Hay ciertas diferencias, vos no lo notás pero nosotros sí. Aunque tenés razón, no deberían de molestarse, al final las fronteras son una imposición del Estado —dijo Max y pagó su cuenta.

En la puerta, el auto de Beto estaba estacionado en batería, y al ver que Max que se iba a pie, le ofreció llevarlo. Tenía tiempo y le había gustado eso de las fronteras, quería conversar más con ese chico argentino de cabello largo, rizado y rubio.

—Vamos, te llevo. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Max Fiore. No hace falta, che, voy aquí nomás. Prefiero caminar, así pruebo estos bastones —respondió y blandió uno de ellos.

—Como quieras, Max. Nos vemos el sábado.

Max llegó a su casa a las cinco de la tarde, había sudado a pesar de que el cielo comenzó a nublarse cuando recién emprendió su caminata. Runa lo esperaba en la puerta; al verlo llegar, saltó de la mesa que estaba al lado de la entrada y fue tras él. En su cuarto, Max *googleó* la Barranca de Huentitán, quería ver cómo era el lugar. Según vio en Wikipedia, era un área protegida de más de mil hectáreas, un cañón con profundidades hasta de seiscientos metros y cimas por arriba de los mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

Max Fiore no sabía qué le ilusionaba más, si haber conocido a Beto, quien lo presentaría con otros caicos en su nueva ciudad o recorrer ese bosque tropical que estaba justo al lado del CUAAD, el campus de la Universidad de Guadalajara en el que, en pocas semanas, comenzaría a estudiar, además estaba cerca de un planetario y del zoológico. Max cayó en cuenta de que ese era el zoológico que Eva había visitado en Semana Santa, según había visto en las redes de Dana, ambas posando cerca del hábitat del rinoceronte, y comiendo paletas de limón. Max trató de comprender cómo es que a Eva le gustaba visitar sitios así, donde tenían prisioneros a los animales. Días después, Eva le explicaría que el zoológico de Guadalajara no era su sitio favorito, pero que habían ido por su papá, pues desde ahí se alcanzaba a ver el lugar donde habían intentado construir el Museo Guggenheim.

—Hijo, qué bueno que llegas —escuchó Max a Killa, quien abría la puerta de su cuarto. Runa saltó de su regazo—. No llega Silvina con el auto y necesito llevar estos cuadros a la galería, ¿me acompañás? Ya pedí el Uber.

—Voy, *mama*, y en el camino te cuento lo bien que me fue hoy. Ya compré los bastones que necesitaba.

La galería de Mimí Mendoza estaba a pocas calles de su casa. Ese había sido el motivo de peso para rentar la casa que habitaban en General San Martín, la cercanía con la galerista, además de que el barrio le había parecido un poco a Villa Freud en Buenos Aires. Max, sentado en el lugar atrás del chofer de Uber, sostenía dos cuadros de mediano formato y, mientras su madre iba en el puesto del copiloto, tuvo un presentimiento, el cual muy pronto se cumpliría.

—Vamos y volvemos el mismo día, es una caminata para principiantes. Es un grupo pequeño, pero con todo el espíritu «caico» —le dijo Beto a Max, mientras conversaban, intercambiaban número de teléfono y contacto.

—¿Caico? ¿Qué es eso?

—Así nos denominamos, CAIC son las siglas de Club de Alpinismo del Instituto de Ciencias, es el colegio jesuita de Guadalajara, igual que el ITESO, la Universidad Jesuita de Guadalajara. ¿De dónde eres?

—Vengo de Argentina, de Buenos Aires.

—Debí suponerlo, por el acento, pero luego no sabes, si confundes a un uruguayo con un argentino se molestan, no sé por qué, si son tan parecidos.

—Hay ciertas diferencias, vos no lo notás pero nosotros sí. Aunque tenés razón, no deberían de molestarse, al final las fronteras son una imposición del Estado —dijo Max y pagó su cuenta.

En la puerta, el auto de Beto estaba estacionado en batería, y al ver que Max que se iba a pie, le ofreció llevarlo. Tenía tiempo y le había gustado eso de las fronteras, quería conversar más con ese chico argentino de cabello largo, rizado y rubio.

—Vamos, te llevo. ¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Max Fiore. No hace falta, che, voy aquí nomás. Prefiero caminar, así pruebo estos bastones —respondió y blandió uno de ellos.

—Como quieras, Max. Nos vemos el sábado.

Max llegó a su casa a las cinco de la tarde, había sudado a pesar de que el cielo comenzó a nublarse cuando recién emprendió su caminata. Runa lo esperaba en la puerta; al verlo llegar, saltó de la mesa que estaba al lado de la entrada y fue tras él. En su cuarto, Max *googleó* la Barranca de Huentitán, quería ver cómo era el lugar. Según vio en Wikipedia, era un área protegida de más de mil hectáreas, un cañón con profundidades hasta de seiscientos metros y cimas por arriba de los mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

Max Fiore no sabía qué le ilusionaba más, si haber conocido a Beto, quien lo presentaría con otros caicos en su nueva ciudad o recorrer ese bosque tropical que estaba justo al lado del CUAAD, el campus de la Universidad de Guadalajara en el que, en pocas semanas, comenzaría a estudiar, además estaba cerca de un planetario y del zoológico. Max cayó en cuenta de que ese era el zoológico que Eva había visitado en Semana Santa, según había visto en las redes de Dana, ambas posando cerca del hábitat del rinoceronte, y comiendo paletas de limón. Max trató de comprender cómo es que a Eva le gustaba visitar sitios así, donde tenían prisioneros a los animales. Días después, Eva le explicaría que el zoológico de Guadalajara no era su sitio favorito, pero que habían ido por su papá, pues desde ahí se alcanzaba a ver el lugar donde habían intentado construir el Museo Guggenheim.

—Hijo, qué bueno que llegas —escuchó Max a Killa, quien abría la puerta de su cuarto. Runa saltó de su regazo—. No llega Silvina con el auto y necesito llevar estos cuadros a la galería, ¿me acompañás? Ya pedí el Uber.

—Voy, *mama*, y en el camino te cuento lo bien que me fue hoy. Ya compré los bastones que necesitaba.

La galería de Mimí Mendoza estaba a pocas calles de su casa. Ese había sido el motivo de peso para rentar la casa que habitaban en General San Martín, la cercanía con la galerista, además de que el barrio les había parecido un poco a Villa Freud en Buenos Aires. Max, sentado en el lugar atrás del chofer de Uber, sostenía dos cuadros de mediano formato y, mientras su madre iba en el puesto del copiloto, tuvo un presentimiento, el cual muy pronto se cumpliría.

24

Mañana es un día especial. Mi primer gran reto. ¿Cuándo dejamos de ser niñas? ¿Cuando se nos caen los dientes d leche? ¿Cuando nos baja por primera vez o cuando damos el primer beso? ¿Cuando perdemos la virginidad o cuando no enamoramos y nos rompen el corazón? Mañana es mi primer día de trabajo y, por primera vez, las circunstancias no sol dependen de mí, no solo se refieren a mí. Por eso creo que, por fin mañana, dejaré de ser niña y me enfrentaré no sé qué, pero será un reto que me haga estar siempre alerta.

Mis papás creen que es lo mejor, los he escuchado hablar de mí y de mi futuro. Creen que paso mucho tiemp «pensando», que trabajar me hará bien. Ellos me ven triste, desanimada, ¿será porque me baño cada dos o tres días? E el fondo creen que estoy así por Capi, por su ausencia y porque no sé nada de él. Siento que nuestros caminos cada ve son más distantes. Creo que mi futuro con él son dos líneas paralelas que, si bien pueden llegar a rozarse como la noch y el amanecer, nunca llegarán a unirse.

Me parece tan extraño que no sepa nada de Capi. Entiendo que su Instagram y Facebook estén abandonados, po seguridad, lo que no me explico es cómo no hay una foto de él en Australia con los demás chicos, alguna pequeña grupal en la que salga Capi sin etiqueta. Pero no. Nada de él. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

Santiago es su mejor amigo y su fidelidad me lleva a mí por delante. Fue imposible hacerlo hablar, que me dijera alg de Capi. Después de su metida de pata de la navaja suiza, no quiso decir nada más ni quiso escuchar nada. Hablé con é por teléfono y se contradijo tanto que desistí de hacerlo confesar. Solo me decía que él también lo extrañaba, qu también sentía su ausencia como una maldición. «La ilusión es el destino del amor. No eres tú a quien amo, sino a quie imagino que soy cuando estoy a tu lado», me dijo Capi la primera noche que estuvimos en casa de mi *oma*.

Mañana es un día especial. Estoy emocionada y triste a la vez, me habría encantado que Capi me acompañara po primera vez a trabajar y que pasara por mí al salir para ir por un helado o una naranjada. Recibir su mensaje a medi mañana para preguntarme qué tal la galería, «Chaparra». Sin embargo, nada hay en el futuro que pueda ser un gra recuerdo en mi reciente pasado. Vuelvo a andar mi destino, con paso firme y a ojos cerrados sobre una cuerda d funambulista.

Escribo a renglón seguido porque esta libreta está a punto de terminarse. Me quedan cuatro páginas. Tendré qu comprar otra pronto o comenzaré a escribir en servilletas, a tomar notas en mi celular y eso me choca. Ayer antes d dormirme googleé el sitio de mi nuevo trabajo y vi que: «El nombre de galería de arte se aplica a aquello establecimientos cuyo objetivo principal es la disposición y exposición de manera pública de diferentes obras de arte normalmente artes visuales tales como la pintura o la escultura. Las galerías de arte son establecimientos, en la mayorí de los casos, privados, por lo cual uno no puede ingresar a ellos libremente como sucede con los museos». Que e principal fin de una galería es la venta de obras de arte. Pero yo nunca he vendido nada. Será todo un reto.

Hoy fue mi primer día de trabajo y no llegué tarde. Me desperté a las seis de la mañana. Pasé una noche horrible, co insomnio cada dos horas pensando que no podía dormirme como el lunes pasado. Tenía que estar alerta para escucha mi despertador, escucharlo con mis cinco sentidos y no apagarlo y volverme a dormir. Me bañé y me vestí para l ocasión: jeans azul oscuro, mocasines negros y blusa blanca de mangas de holán. En el desayuno mi mamá me mandó cambiármela, «qué tal si tienes que cargar cuadros y tú con esas mangas». Tenía razón. Me puse una blusa de tirante verde limón. También me mandó a cambiármela, me dijo que estaba muy escotada, que podría darme frío por el air acondicionado. Después se preguntó si habría aire acondicionado en la galería de Mimí Mendoza. No me cambié la blusa me puse mi chamarra de mezclilla.

Nabor estaba listo. Me llevó en cinco minutos, bueno, es un decir, tomé el tiempo, salimos de casa a las ocho veinte de la mañana y llegué a la galería siete minutos antes de las nueve. Durante el camino, vi todos los camiones qu rebasábamos, alguno de ellos me llevaría la mañana siguiente. Llegué justo a tiempo. Fui la primera en llegar. Esperé e la puerta diez minutos porque el vigilante no me creyó que iba a trabajar. Casi quince minutos después llegó Claudia, l secretaria de la galería y «asistente» de Mimí, así se presentó y me miró de arriba abajo.

Mimí es amiga de mi mamá de toda la vida. Aunque hace tiempo que no la veía, está tal cual la recordaba: guapa alta, sonriente, siempre sonriente y, por más sencilla que se vista, parece lista para un coctel. Ella llegó poco antes de la diez y de inmediato nos pusimos a trabajar. Me presentó con todo el equipo, tres fulanos que son relaciones públicas cargan, llevan y traen. «Aquí todos hacemos de todo», aclaró Mimí. También me presentó a Claudia. Les dijo que yo serí su asistente, que me ayudaran en lo que no supiera. Me dijo que preguntara hasta la más mínima duda, que solo así iba aprender. También me dijo, en ese círculo que hicimos como terapia de grupo (solo faltó que nos tomáramos de la manos) que, cuando ella no estuviera, porque viaja mucho, le reportara todo a Claudia. Al escucharla decir eso, miré Claudia y una sonrisa torcida la delató. Me miró el chichón y me murmuró: «espero que la perra que te pegó hay recibido su merecido». Más tarde me dijo que realmente la asistente de la asistente era yo.

Yo, la recomendada. La que no sabe hacer nada. La hija de mamá. La impuesta. La inexperta. La niña fresa. La qu parece que se abre camino con las credenciales de otros: sus padres. La niña de colegio, aunque sea tecnológico. La hij de papá. Yo, la que me inventé un mundo bueno e imperfecto, a la que le inventaron una vida. La que no recuerda a s madre, quien cada tanto regresa del olvido. Yo, la exnovia de Capi. La que se aferra al pasado porque parece que e futuro no es suyo. La que se olvidó de sí misma porque nunca ha conocido su origen. La que creyó que su enfermedad er pasajera. La que no puede controlar ni sus esfínteres. La que vive pegada a dos pastillas para sobrevivir. Yo, la extraviada La enferma. La epiléptica. Yo, *madre* de Cala. Hija de Otto y Julia. Hija también de Helena y de sus convulsiones.

Hoy fue mi primer día de trabajo y no llegué tarde. Me desperté a las seis de la mañana. Pasé una noche horrible, con insomnio cada dos horas pensando que no podía dormirme como el lunes pasado. Tenía que estar alerta para escuchar mi despertador, escucharlo con mis cinco sentidos y no apagarlo y volverme a dormir. Me bañé y me vestí para la ocasión: jeans azul oscuro, mocasines negros y blusa blanca de mangas de holán. En el desayuno mi mamá me mandó a cambiármela, «qué tal si tienes que cargar cuadros y tú con esas mangas». Tenía razón. Me puse una blusa de tirantes verde limón. También me mandó a cambiármela, me dijo que estaba muy escotada, que podría darme frío por el aire acondicionado. Después se preguntó si habría aire acondicionado en la galería de Mimí Mendoza. No me cambié la blusa, me puse mi chamarra de mezclilla.

Nabor estaba listo. Me llevó en cinco minutos, bueno, es un decir, tomé el tiempo, salimos de casa a las ocho y veinte de la mañana y llegué a la galería siete minutos antes de las nueve. Durante el camino, vi todos los camiones que rebasábamos, alguno de ellos me llevaría la mañana siguiente. Llegué justo a tiempo. Fui la primera en llegar. Esperé en la puerta diez minutos porque el vigilante no me creyó que iba a trabajar. Casi quince minutos después llegó Claudia, la secretaria de la galería y «asistente» de Mimí, así se presentó y me miró de arriba abajo.

Mimí es amiga de mi mamá de toda la vida. Aunque hace tiempo que no la veía, está tal cual la recordaba: guapa, alta, sonriente, siempre sonriente y, por más sencilla que se vista, parece lista para un coctel. Ella llegó poco antes de las diez y de inmediato nos pusimos a trabajar. Me presentó con todo el equipo, tres fulanos que son relaciones públicas, cargan, llevan y traen. «Aquí todos hacemos de todo», aclaró Mimí. También me presentó a Claudia. Les dijo que yo sería su asistente, que me ayudaran en lo que no supiera. Me dijo que preguntara hasta la más mínima duda, que solo así iba a aprender. También me dijo, en ese círculo que hicimos como terapia de grupo (solo faltó que nos tomáramos de las manos) que, cuando ella no estuviera, porque viaja mucho, le reportara todo a Claudia. Al escucharla decir eso, miré a Claudia y una sonrisa torcida la delató. Me miró el chichón y me murmuró: «espero que la perra que te pegó haya recibido su merecido». Más tarde me dijo que realmente la asistente de la asistente era yo.

Yo, la recomendada. La que no sabe hacer nada. La hija de mamá. La impuesta. La inexperta. La niña fresa. La que parece que se abre camino con las credenciales de otros: sus padres. La niña de colegio, aunque sea tecnológico. La hija de papá. Yo, la que me inventé un mundo bueno e imperfecto, a la que le inventaron una vida. La que no recuerda a su madre, quien cada tanto regresa del olvido. Yo, la exnovia de Capi. La que se aferra al pasado porque parece que el futuro no es suyo. La que se olvidó de sí misma porque nunca ha conocido su origen. La que creyó que su enfermedad era pasajera. La que no puede controlar ni sus esfínteres. La que vive pegada a dos pastillas para sobrevivir. Yo, la extraviada. La enferma. La epiléptica. Yo, *madre* de Cala. Hija de Otto y Julia. Hija también de Helena y de sus convulsiones.

25

Por fin Killa terminó el cuadro que le hacía falta para completar la serie para su próxima exposición. Se levantó del banco en el que solía trabajar, se alejó un poco de él y lo miró con ojo crítico, era un personaje típico de su etnia, el rostro de una mujer vieja con las arrugas marcadas con filos de sol. La mujer también la miró con ojos de nostalgia y fortaleza. Después se acercó, sacó del bolsillo de su mandil un fino pincel y, con óleo rojo ladrillo firmó el cuadro en la esquina inferior derecha, rubricó su nombre y su doble K invertida característica: Killa Kusi.

—¡*Wawa*, tesoro! Vengan. —Abrió la puerta de su estudio y con medio cuerpo asomado les gritó a Max y Silvina.

—¡Voy! —se escuchó a lo lejos.

Llegaron Max y Silvina. Era una tradición que al final de cada cuadro los otros integrantes de la familia dieran su opinión. Max llegó con Runa montada en su hombro, iba con el torso desnudo y la piel enrojecida por las garras de la gata.

—Qué lindo que está —dijo Silvina—. Es como tu *awicha*.

—Es la *awicha* del cosmos —respondió Killa—. Así se va a llamar este cuadro.

—¿Así era tu abuela? —preguntó Max y dejó caer a Runa.

—Así la recuerdo también —le dijo Silvina a Killa y después a Max—: La abuela de tu mamá es entonces tu bisabuela, Bicho.

—Míralo muy bien, *wawa*, búscale los ojos, enfrenta su mirada —le dijo Killa a Max—. Siempre que vea un cuadro, búscale la mirada, deja que también la obra te mire a ti.

—¿Y si es abstracto, *mama*?

—Toda obra de arte tiene alma, por lo tanto, tiene ojos para mirarte. Bueno, aprovechemos para llevarla a la galería. Ya quiero desembarazarme de esto.

—Dale, vamos —dijo Silvina—, aprovechemos el auto y luego vamos por un café, ¿querés, Bicho?

—Vamos, anda, vamos al sitio que tanto vas, *wawa*, muéstranos tu secreto —pidió Killa y le pasó la mano por la cabeza a su hijo. Runa saltó desde el suelo de nuevo al hombro de Max.

Llegaron poco antes de que se fuera Claudia. También Mimí Mendoza estaba por irse, pero decidió esperarlos cuando Killa las llamó y les dijo que iban en camino. Al llegar, Max miró las paredes de la galería, desnudas y blancas, listas para sostener los cuadros de su mamá en pocos días. Mimí estaba feliz y decidió celebrar con una botella de vino tinto la culminación de los cuadros. Aprovechó para mostrarles a Killa y a Silvina dónde iría cada obra, las invitaciones, el catálogo. Le dijo a Claudia que se fuera y ellas se

instalaron a ver detalles de curaduría. Max quiso marcharse, dejarlas ahí con sus asuntos, pero recordó qu
Silvina quería que después fueran a La Cafetería a tomar algo, lo que seguramente se tornaría en cena. Mir
el reloj de su celular, eran las nueve menos cuarto. «Es un chan total», pensó Max hasta que por fin escuch
el nombre de su amada.

—Decime, Mimí, ¿cómo están Julia y Otto? Vendrán a la expo, supongo —preguntó Silvina.

—Claro, vendrán, su hija comenzó hoy a trabajar conmigo, será mi asistente un mes. Es una chic
sensacional —puntualizó Mimí y luego se dirigió a Max—, además es muy chula, te va a encantar, Max, s
llama Eva Otero.

En su primer día de trabajo, Eva comenzó a ordenar el archivo de la galería, ayudó a desmontar cuadro
de las paredes e hizo varias llamadas a la imprenta y a la diseñadora, Ana Trejo. Comió con Mimí en u
restaurante vegano de por la zona y cuando llegó la cuenta notó que no traía dinero suficiente para paga
Pero no importó, Mimí la invitó y charlaron como si fueran grandes amigas. Solo al final, cuando les llegó e
postre, Mimí Mendoza le habló a Eva de la exposición que abriría la próxima semana. Le dijo que tenía
que «echarle todos los kilos» que, sobre todo, para ese evento la había contratado, para darles apoyo. Ev
asentía y por primera vez se sentía útil para los demás.

—¿Ya sabes cómo vas a hacer para llegar? —le preguntó a Eva cuando caminaban de regreso a la galería

—Sí, en camión. Hoy me trajeron, pero desde mañana me vengo yo sola.

—Muy bien, aunque más de una vez yo podré llevarte de regreso y, como quiera que sea, un mes se pas
rapidísimo.

Así se le pasó la tarde, la primera en su primer trabajo. En todo el día solo había recibido WhatsApp d
Paloma, preguntándole cómo le estaba yendo. A la primera notificación, Eva sacaba el celular del bolsillo
lo revisaba, tenía la ilusión de que fuera un mensaje de Capi o de su mamá o de su papá, pero no, solo er
Paloma, quien, al volver de comer, le escribió y le dijo que tenía que hablar con ella, «caso de vida
muerte», repitió Eva en su respuesta. Pola le dijo que pasaba por ella a la galería y así lo hizo a las seis de l
tarde.

—¡Acá! —le gritó desde el otro lado de avenida Chapultepec. Eva esquivó algunos autos y, con s
chamarra de mezclilla amarrada a la cintura, cruzó corriendo el amplio camellón—. Baby, eres toda un
ejecutiva —le dijo Paloma sacando la cabeza por la ventanilla, viéndola rodear el auto.

—Estoy muerta —exclamó Eva—. ¡Qué día!

—¿Vamos a La Cafetería? Ahí me cuentas todo, todo, muero de ansias.

A pesar de que Eva era quien tenía novedades, que podía contarle a Paloma las cientos de veces qu
había colgado y descolgado cuadros, limpiado sus marcos con trapos húmedos, que había resanado parede
con yeso para volver a perforarlas con nuevos clavos, todas las veces que había hablado con Ana Trejo, l
diseñadora, porque los pantones no coincidían. «¿Qué son los pantones?», había preguntado Pola. «Un
guía de colores».

Ocuparon una mesa de la terraza, a pesar de que el cielo tronaba con sonidos de tormenta, «la mesa d
Max», cayó en cuenta Eva cuando se sentó y vio, marcada a fuego, la letra E acompañada de una Y. «Sol
falta el corazón», pensó Eva más como un mal presentimiento que como un deseo.

—Te decía que estoy muerta, creo que nunca había estado tan cansada como hoy, hasta me duelen lo
brazos de tanto cargar.

—Así es el primer día, baby, luego te acostumbras.

—Curiosamente estoy cansada, pero con mucha vitalidad, no sé cómo explicarte —respondió Eva
pidió de tomar a la chica que les preguntó—. Malteada de fresa para mí.

—Yo voy a querer un latte y un pay de limón.

—Te robo un pedacito —le dijo Eva casi al oído.

—Baby, pues la cosa está fatal. Hoy fue el último día de Guilli en Starbucks, obvio le hice l
superdespedida: globos, serpentinas, todos lloramos y aplaudimos. Bueno, la que lloró fui yo, no sabes qu
llanto me agarró, baby, no podía parar, era como si lo perdiera para siempre o no sé qué. Al final todos m
consolaron, sobre todo Guilli. En fin, le regalé el mandil de oro, para su nuevo trabajo.

—¿El mandil de oro?

—Así le digo, un mandil negro de lino, precioso, con su nombre grabado en hilo dorado, por eso mandi
de oro. Por cierto, ya me dijo Guilli qué camión te llevará mañana a tu trabajo, el 51C, pasa justo enfrente d
tu casa, baby, y te deja justo a una calle de la galería, mejor imposible.

—Qué bien, eso me tenía preocupada, no quiero que Nabor me traiga de nuevo mañana, dile a Guilli qu
ómil gracias. ¿Qué es lo que está fatal?

—¡Ay, baby! Todo. Ahora sí que es caso de vida o muerte. Resulta que su papá le puso un ultimátum
Guilli. Viejo mandamás, lo odio. Como ve que los planes de su hijo para trabajar de chef van en serio, hoy
al decirles que era su último día en Starbucks y que no iba a ir a Chivas, sino que comenzaría a fin de me
aen un restaurante, su papá se puso furioso. Lo amenazó, le gritó, bueno, terminó por correrlo de su casa.

—¿Y se fue? —preguntó Eva mientras recibía su malteada y Paloma, su café.

—En un momentito les traigo el pay —les dijo la chica de camiseta negra.

—Aún no, pero si siguen mal las cosas, ha pensado en irse a la casa de sus abuelos en Santa Tere, ni ide
ıde dónde está.

—Es más o menos cerca de aquí —le dijo Eva—, recuerda que la vez que vinimos en camión pasamos po
lese barrio, por el templo de San Felipe Neri.

—No, baby, ni idea.

—Cómo te vas a acordar si se fueron besando todo el camino.

—Hay más, baby, mi mamá ahora está en Estados Unidos, fue a ver una casa que dice que está d
. ensueño y a ver mi próxima escuela. ¡Ay, cómo la odio! No sabes. A mí, ni a rastras me llevarán a ese sueñ
perdido de vacas lecheras de Wisconsin.

—Esa es la peor noticia de todas, Pola. Y Guilli ¿qué dice?

Al oír Eva que los planes de mudanza de los padres de Paloma seguían en camino, todos sus problema
ese minimizaron, en esos momentos nada era más grave que perder a su mejor amiga.

—Nada, Guilli no sabe nada, no me he atrevido a decirle. No sabes cómo se puso con lo de su papá, llor
ay yo con él. Necesito pedirte un superfavor...

—Claro, el que sea, dime —interrumpió Eva.

—Les diré a mis papás que me quedaré contigo, como mi mamá está en Estados Unidos, no preguntar
mucho, y mi papá vive en otro planeta. ¿Sí, baby?

—Sí, sin problema, pero ¿dónde te vas a quedar?

—¿Dónde crees, baby? Pues con Guilli, no sé en dónde, pero con él.

—¿Con Guilli? ¿Ya? —Eva no supo en qué momento se había saltado ese capítulo en la vida de su amiga.

—Sí, ya, pero luego te cuento, ahora lo que más quiero es que Guilli estrene su mandil de oro —precis
Paloma—. ¡Ups!, baby, apenas me has contado de tu trabajo.

—Ya te dije todo, bueno, casi todo. Estamos preparando la exposición de una pintora peruana, uno
scuadros increíbles, superreales. Se llama Killa Kusi.

—Vamos ya, ¿sí? Aún tengo un montón de cosas que hacer antes de ver a Guilli.

—Falta el pay, nunca llegó.

—Ni modo. Vamos ya, plis —rogó Paloma.

Minutos después de que Eva y Paloma pagaron la cuenta y se fueron, llegó Max con sus madres, venía
ode la galería. Él ocupó su lugar de siempre, la silla aún estaba tibia y sobre la mesa había una taza con café
un vaso alto con restos de malteada de fresa. Y como si Silvina pudiera reprenderlo, Max cubrió con un
sservilleta las letras que había marcado sobre la mesa. La servilleta había sido la que usó Eva para secarse lo
labios.

—Qué bien, eso me tenía preocupada, no quiero que Nabor me traiga de nuevo mañana, dile a Guilli que mil gracias. ¿Qué es lo que está fatal?

—¡Ay, baby! Todo. Ahora sí que es caso de vida o muerte. Resulta que su papá le puso un ultimátum a Guilli. Viejo mandamás, lo odio. Como ve que los planes de su hijo para trabajar de chef van en serio, hoy, al decirles que era su último día en Starbucks y que no iba a ir a Chivas, sino que comenzaría a fin de mes en un restaurante, su papá se puso furioso. Lo amenazó, le gritó, bueno, terminó por correrlo de su casa.

—¿Y se fue? —preguntó Eva mientras recibía su malteada y Paloma, su café.

—En un momentito les traigo el pay —les dijo la chica de camiseta negra.

—Aún no, pero si siguen mal las cosas, ha pensado en irse a la casa de sus abuelos en Santa Tere, ni idea de dónde está.

—Es más o menos cerca de aquí —le dijo Eva—, recuerda que la vez que vinimos en camión pasamos por ese barrio, por el templo de San Felipe Neri.

—No, baby, ni idea.

—Cómo te vas a acordar si se fueron besando todo el camino.

—Hay más, baby, mi mamá ahora está en Estados Unidos, fue a ver una casa que dice que está de ensueño y a ver mi próxima escuela. ¡Ay, cómo la odio! No sabes. A mí, ni a rastras me llevarán a ese sueño perdido de vacas lecheras de Wisconsin.

—Esa es la peor noticia de todas, Pola. Y Guilli ¿qué dice?

Al oír Eva que los planes de mudanza de los padres de Paloma seguían en camino, todos sus problemas se minimizaron, en esos momentos nada era más grave que perder a su mejor amiga.

—Nada, Guilli no sabe nada, no me he atrevido a decirle. No sabes cómo se puso con lo de su papá, lloró y yo con él. Necesito pedirte un superfavor...

—Claro, el que sea, dime —interrumpió Eva.

—Les diré a mis papás que me quedaré contigo, como mi mamá está en Estados Unidos, no preguntará mucho, y mi papá vive en otro planeta. ¿Sí, baby?

—Sí, sin problema, pero ¿dónde te vas a quedar?

—¿Dónde crees, baby? Pues con Guilli, no sé en dónde, pero con él.

—¿Con Guilli? ¿Ya? —Eva no supo en qué momento se había saltado ese capítulo en la vida de su amiga.

—Sí, ya, pero luego te cuento, ahora lo que más quiero es que Guilli estrene su mandil de oro —precisó Paloma—. ¡Ups!, baby, apenas me has contado de tu trabajo.

—Ya te dije todo, bueno, casi todo. Estamos preparando la exposición de una pintora peruana, unos cuadros increíbles, superreales. Se llama Killa Kusi.

—Vamos ya, ¿sí? Aún tengo un montón de cosas que hacer antes de ver a Guilli.

—Falta el pay, nunca llegó.

—Ni modo. Vamos ya, plis —rogó Paloma.

Minutos después de que Eva y Paloma pagaron la cuenta y se fueron, llegó Max con sus madres, venían de la galería. Él ocupó su lugar de siempre, la silla aún estaba tibia y sobre la mesa había una taza con café y un vaso alto con restos de malteada de fresa. Y como si Silvina pudiera reprenderlo, Max cubrió con una servilleta las letras que había marcado sobre la mesa. La servilleta había sido la que usó Eva para secarse los labios.

26

Eva volvió a soñar con el conejo de patas largas que caminaba más rápido que ella. El señor Conejo qu ya la había visitado muchas noches más cuando era niña. El mismo señor Conejo que quería mostrarl algo, que la apuraba para que caminara más deprisa o a su paso, pero el señor Conejo tenía las patas mu largas y era imposible alcanzarlo. Era un conejo blanco, de rabito rosado igual que las orejas. Eva habí comenzado a soñar con él después de terminar *Alicia en el País de las Maravillas*, el primer libro que ley en su vida, un regalo de su *oma*.

Esa mañana despertó sudando, acostada sobre las sábanas, con los pantalones de la pijama subido hasta las rodillas. Había tenido una noche movida. Eran las 7:11, de nuevo no había escuchado e despertador, lo bueno era que solo se había retrasado once minutos y no tenía tanta prisa como el seño Conejo. Por noches como la que había pasado, Eva recordó que detestaba madrugar. Pero no tenía tiemp para lamentaciones, ese era un día muy importante para la galería y, aunque Eva no lo sabía, ese dí también sería determinante para ella, y al final de la noche se vería arrinconada a hacer lo que más odiaba tomar decisiones. Quizá por eso había soñado con Alicia, quien, de algún modo, siempre toma decisione equivocadas.

Se apresuró a bañarse. La noche anterior había echado en su mochila un cambio de ropa y zapatos d tacón. El día tendría un trajín distinto. Se puso jeans, camiseta y sus Converse. Al salir de su cuarto apena se despidió de Cala, le prometió que pronto volverían a la rutina de sus paseos a media tarde. Julia y Otto quienes ya desayunaban en la cocina, le desearon suerte, le dijeron que la alcanzarían más tarde en l exposición. Eva iba y venía de un lado para otro, se movía con rapidez echando cosas a la mochila: s celular, el iPad, «¡los aretes, no los olvides. Tu medicina!», le gritó su mamá. Eva corrió hasta donde estab Julia y se tomó sus dos pastillas con un vaso enorme de jugo de naranja.

—¡Qué escándalo. Parece que el *Titanic* se está hundiendo otra vez! —dijo Dana, quien salió de s cuarto con los ojos semiabiertos.

—Hoy es el día por el que he trabajado como jirafa en la luna esta última semana. Danita, por favo recuerda sacar a Cala a pasear...

—La he sacado todos los días desde hace una semana, ¿ya lo olvidaste?

—No, los veinte pesos diarios me lo recuerdan. Pero no solo le des una vuelta a la manzana, no te haga llévala al parque, déjala que corra, que huela...

—Que corra, con esa panza llena de coyotitos apenas puede caminar.

Eva se despidió mandando un beso al aire para todos. Bajó en el ascensor y al cruzar el *hall* vio a Nabo

a lo lejos. Lo saludó y siguió su camino mochila al hombro. En la calle, corrió al ver su camión que pasab
frente a sus narices. Lo alcanzó en el semáforo. Eva abordó, pagó la tarifa de siete pesos y caminó hasta e
fondo. Revisó su boleto a ver si la suma de números daba veintiuno. Nada. Tres semáforos después por fi
pudo sentarse y bajar un poco la prisa de señor Conejo que traía. Mentalmente repasó todo lo que tení
para ese día. Recordó su examen de Matemáticas, desde el lunes debía haber buscado los resultados en l
plataforma de la Prepa Tec, pero no había querido hacerlo. «Después de hoy», se dijo. Entonces pensó qu
lo mejor sería bajarse un poco antes y caminar. Esta decisión, nueva para Nabor, la llevó a encontrarse co
él.

En la esquina de Chapultepec y avenida Vallarta, Eva pidió la parada. Al bajar, su sorpresa fue que s
encontró con Nabor, al volante del Mercedes. El antiguo jardinero que desde una semana antes la seguía
siempre daba vuelta una calle antes de que Eva llegara a la parada de la galería, para no encontrarse co
ella, pero ahora las decisiones de Eva lo pusieron en evidencia.

—¡Nabor! ¿Qué haces aquí? Te acabo de ver en mi casa y ahora te descubro detrás de mi camión. ¿M
estás siguiendo?

—Evita... yo...

Nabor no había arrancado con la luz verde, por lo que un tronido de cláxones no se hizo esperar. Dej
el auto andando y se bajó a hablar con Eva. Nabor estaba lívido, más pálido que su camisa blanc
arremangada.

—¿Por qué me sigues?

—Es por tu bien, Evita, tu papá me lo pidió. Para cuidarte.

—¿Me has seguido todos los días que he venido a trabajar?

—Sí —contestó tímidamente Nabor.

—No lo puedo creer, ni que fuera una inútil.

—Es por tu enfermedad, Evita.

—¡Ay! Nabor, Naborcito, tú que le haces caso a mi papá. Pero ahora tengo que llegar ya a la galería
llévame y en el camino platicamos. ¡Sí, ya va, ya va! ¡Qué desesperados! —gritó Eva a los coches de atrás qu
seguían enchufados en el claxon.

El día transcurrió más rápido de lo esperado. Ni Mimí ni Eva ni Claudia, nadie en la galería habí
tenido tiempo para comer. La cita de inauguración estaba marcada a las siete de la tarde y desde las cinco,
la primera amenaza de lluvia en el cielo, Mimí le dijo a Eva que clavara un cuchillo en una maceta de l
terraza. «Eres la única mano inocente de esta galería», le dijo. Eva lo hizo y pensó que caería un diluvi
pues ni ella sabía hasta dónde llegaba su inocencia.

Después de ese ritual de abuelas y de echarle un último vistazo a todo: los canapés, el vino enfriándose
los meseros lavando las copas, Eva fue al baño a cambiarse. Mientras sacaba de su mochila el vestido qu
iba a usar, los zapatos y el maquillaje, se sintió satisfecha con su trabajo e indispensable para la galería, as
la hacía sentir Mimí, quien no la trataba como a una niña a quien había que ponerle a alguien de confianz
que la siguiera. Eva se vistió, se recogió el cabello con una pinza y dejó caer unos mechones sobre su car
trató de ver cómo le había quedado el vestido por atrás y en el espejo apenas vio su espalda descubierta po
el gran escote, muy blanca y pecosa. Lamentó no traer un espejito para verse en contraste sin torcer e
cuerpo. Jamás había usado un escote así. Se volteó. Quedó de frente ante una imagen de sí misma que n
conocía. Se retocó los labios y al meter la mano hasta el fondo de su mochila, buscando el arete que l
faltaba, se encontró con un trozo de su pasado: el dragón uróboros. El recuerdo de Capi le cayó como u
chubasco de agua helada. Vio el dragón en la palma de su mano y decidió ponérselo. Desde esa tarde ya n
sería el símbolo de su amor por Capi, sino un talismán para detener tormentas. Eva se miró al espejo, s
acercó a él y se tocó la sien. El chichón de su último apagón era casi imperceptible. Luego se tocó el dragó
del pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aun así, Eva supo que esa noche no llovería.

La cita anhelada por fin llegó. Max supo que ese era el día más importante de su vida, el día que por fi
se encontraría con Eva Otero. Ella salía de la oficina de Mimí cargando un montón de catálogos. Max s
ofreció a ayudarla y Eva lo ignoró, siguió su camino, pero esos instantes fueron suficientes para que Ev
Otero se sintiera desnuda frente a la mirada de Max Fiore. Parecía que de nada había servido que su mam
le escogiera la ropa para usar esa noche. Dos días antes, Julia le llevó de LOB un vestido negro estampad
con flores anaranjadas y ocres, de tirantes y pronunciado escote V en la espalda. La falda terminaba e
picos desiguales. Al medírselo, el vestido le quedó muy justo y Julia le preguntó qué había comido en l

aúltima semana.

—Mamá, ¿cómo crees que voy a subir una talla en una semana? Si los últimos tres días he estado a bas
nde sándwiches y antes de eso, de comida vegana. Son esas cochinas pastillas que me engordan. Las detesto.

—Pero las necesitas. Ni modo. Mañana te traigo una talla más y si no te queda, lo arreglamos, al fin qu
aestamos a tiempo.

Eva escogió los zapatos, negros, con pulsera en el tobillo y descubiertos de la punta. «¡Chin, no me pint
nlas uñas!», se dijo. Max la miró de pies a cabeza y sintió cómo su corazón se aceleraba y su sangre corría
mil por segundo por todo su cuerpo. Eva sintió que la mirada de Max llegó hasta el fondo de su alma
eNunca había sentido nada parecido. También su corazón se aceleró y Eva no supo por qué.

Lo primero que Max vio al poner un pie en la galería fue la mirada de Eva, cansada y triste, con el tenu
nfulgor de extravío que le vio la primera vez en el hospital. Después vería sus labios, carnosos y suaves, co
gloss rosa natural. Dejaría sus ojos fijos en sus clavículas y en un lunar grande al final de una de ellas, casi
epunto de llegar al hombro derecho. Enseguida Max se quedó con la boca abierta al descubrir e
archipiélago de lunares sobre la espalda de Eva al verla marcharse. Semanas más tarde Eva le contaría qu
nadie más en su familia tenía tal reguero de pecas en el cuerpo.

Max apenas se presentó, sabía que se encontraría con Eva esa noche. En su anterior visita a la galería
adespués de que Mimí Mendoza la mencionó, camino a La Cafetería, Max les reclamó a sus madres por qu
no le habían dicho que la conocían y que fueron a cenar a su casa. «Te lo dijimos, Bicho, te pedimos que no
acompañaras, pero vos estás en la luna, ni caso hiciste y mirá, vos detrás de un sueño y nosotras viviendo t
realidad», le dijo Silvina.

Max iba preparado para todo, sin embargo, al verla se sintió totalmente indefenso.

Eva lo miró a los ojos, no se fijó en sus jeans gastados ni en su camiseta negra con un emoticó
sonriente en el pecho ni en su saco negro de algodón ni en su cabello rubio, rizado y largo. Tampoco se fij
en sus botas de montañista, gastadas y sucias, sino en sus ojos, sin hinchazones ni moretones. Su mirada
Meses después Eva escribiría en su diario «El color de sus ojos es mi azul destino».

«¿Qué rayos hace él aquí? ¿Cómo supo... cómo llegó aquí?», pensó. Después miró a Silvina y a Killa, la
recordó, eran las mujeres que estaban aquella mañana en el hospital. También recordó que Dana le escribi
adespués diciendo que eran «las mamás del pirata». «Killa Kusi», murmuró Eva. Se presentó y les tomó d
alas manos un par de botellas de pisco. Después Mimí se hizo cargo de las recién llegadas y las pasó a su
aoficina. Solo quedaron ella y Max frente a frente. La mirada de él hizo que Eva deseara que esa noch
oterminara pronto.

—Hola —dijo él.

—Hola —respondió Eva.

—¿Vos trabajás acá? —le preguntó Max en mitad de una sala de exhibición aún sin gente.

—Sí —respondió.

—Era lógico —agregó Max—, hay algo de Mona Lisa en ti. No, sos más parecida a *La joven de la perla* d
Vermeer —rectificó.

—No sé quién es esa joven, la Mona Lisa, sí, claro y me parece horrible, pero la joven de la perla...

—Sí, sí, por eso rectifiqué, sos más joven que *La Gioconda*.

Max no notaba la incomodidad de Eva, estaba muy seguro de sus palabras. Aunque él hubiera querid
edecirle que se parecía más a la Teresa de Balthus, por su mirada de ensoñación, pero no se atrevió, se l
ndiría la noche que estuvieran desnudos en la cama.

Enseguida Eva se escabulló, dejó a Max con la palabra en la boca, se fue con el pretexto de ir a busca
eunos documentos. Quería tomar aire de refugio en la oficina de Claudia. Se sentía incómoda y observad
nfrente a ese chico, pero a la vez le intrigaba su seguridad en sí mismo. Si en algún momento de las última
semanas le había infundido miedo por la «persecución» en redes sociales, casi hasta el acoso, de pront
nfrente a él se había sentido a salvo, no sabía de qué ni de quién, pero sí se había sentido segura junto a él
ePasaría más de dos horas para que volvieran a cruzar palabra y no sería Max la mayor sorpresa de es
anoche, pronto Eva desearía no haber llegado a trabajar a esa galería.

e

e

é
a
ı.

e
ı
a
l
e

ı,
é
s
ı

ı
ó
ı.

s
ó
e
ı
e

e

o
o

r
a
s
o
l.
a

21

A las siete en punto de la tarde llegaron Otto y Dana, Julia llegaría una hora después. Llegó cuando e coctel estaba a toda marcha. Poco antes que el papá y la hermana de Eva, llegaron Paloma y Guilli, é aún no empezaba en su nuevo trabajo, y Paloma, desde que iniciaron las vacaciones, había cambiado su turno a la mañana. Pola le dijo a Eva que la ayudaría en todo y se sorprendió cuando vio a Max entre l gente.

—¿Qué onda, baby, ya viste quién está? El Príncipe de Roma.

—¡Cállate, que te va a oír! Es hijo de la artista, cómo no iba a venir...

—¿Hijo de la pintora? Qué guardadito te lo tenías, eh.

—No lo sabía. De haberlo sabido renuncio o nunca entro a trabajar aquí. —Eva y Paloma hablaban en voz baja, casi en un murmullo—. Después te cuento con detalle.

—Oki, baby, ahora a trabajar —concluyó Paloma y sonrió ampliamente.

Guilli miraba todo con detenimiento y él fue el primero en notar que había muchos latinoamericanos nunca pensó que en Guadalajara vivieran tantos peruanos y argentinos, colombianos y venezolanos También estaba algún cónsul honorario y algunos periodistas que no habían ido a la galería, dos días atrás a entrevistar a Killa. Paloma notó que también Eva se sentía abrumada con tanta gente y con tanto pequeños detalles que salían a cada minuto. Era mucha la presión, a pesar de que veía a Mimí departir con todo mundo siempre con una gran sonrisa. En algún momento Eva le dijo a su amiga que al día siguiente iba a renunciar.

—Hoy es mi último día —le dijo mientras tomaba un poco de agua mineral.

—Baby, así es al principio, si yo te contara todos los Frappuccinos que eché a perder cuando empecé a trabajar en Starbucks. Ya mañana ni te acordarás de esta noche.

Pero Paloma estaba equivocada, Eva recordaría cada instante de esa abrumadora noche el resto de su vida. También llegaron sus abuelos, «cómo perdernos la primera exposición de Eva», le dijo la abuela Esther a Rebeca y Enrique, tíos de Eva. La abuela llevaba una estola de zorro en el abrigo. «Solo falta Cala» se dijo Eva y agregó: «¡Qué horror, mi abuela con ese pobre animal disecado en el cuello», y volteó para otro lado al sentirse observada por todos. Esa noche comenzó el desmoronamiento de su familia. Algo estaba roto ya o a punto de estallar. Eva sintió una distancia solar entre sus padres, en ningún momento se dirigieron la palabra, estaba segura de que se rehuían entre la gente. También notó que Mimí Mendoza cruzaba miradas con Julia y en algún momento creyó escucharla decir: «Julia, sabes que cuentas con mi apoyo».

Otra de las tareas de Eva para esa noche fue traer en la mano un fólder rosa con la información de lo cuadros y unos *stickers* de colores para pegarlos al lado de la pintura que estuviera apartada o comprada Claudia, que con el vestido largo y blanco que lucía se sentía más galerista que Mimí, departía como si ell fuera la anfitriona o, peor aún, la pintora. Pero a Mimí Mendoza no le molestaba, al contrario, lo prefería solo así la gente que trabajaba con ella se sentiría parte de su equipo, de su familia.

Eva tampoco supo en qué momento las cosas se empezaron a torcer o a qué hora su peor pesadilla lleg a la exposición. No estaba en la lista de invitados, por supuesto que Eva la recordaría. Tampoco estaba s papá, aunque de algún modo era lógico, más de la mitad de los invitados eran extranjeros. La sorpresa l tomó desprevenida, como el fulgor de un rayo a la intemperie. La noche estaba cerrada, no había estrella ni luna. Mientras Max estaba en la terraza con Julia y Dana, Eva le mostraba a una pareja de peruanos e cuadro titulado *Niños de agua,* un par de niños desnudos jugando al pie de un arroyo con piedras, cuand escuchó una voz que la cimbró:

—Qué guay, tía, decidme ¿cuánto cuesta? —dijo Joana Roca.

A Eva se le fue el alma a los pies. Sintió que por su cabeza pasaba una nube con permanente tormenta Los peruanos le dieron las gracias y continuaron su recorrido por la exposición, diecisiete óleos d diferentes tamaños, doce de ellos de gran formato.

—¿Tienes dinero para comprarla o solo preguntas por preguntar?

—Traqui, tía, tranqui, vengo en son de paz —dijo Joana tocándose la cara, como si aún sintiera el golp que Eva le dio a la salida del colegio.

Eva la miró detenidamente, «demasiado rapada, demasiado maquillada, demasiado flaca», pensó. Est último no sabía si lo criticaba o lo quería para ella. Joana llevaba un vestido negro de cuero, corto entallado que dejaba ver algunos de sus nuevos tatuajes en las piernas; el cabello echado para el lad derecho y su característico *piercing* en el labio inferior. Enseguida Eva se fijó que *Niños de agua* tenía ya u *sticker*, como un lunar verde limón al lado.

—Qué lástima, ya está vendido.

—Mi padre compra cuadros para el hotel y a veces me deja elegir. ¡Qué sorpresa encontraros! —dij Joana como si no hubiera escuchado la respuesta de Eva.

—Ya está vendido. ¡Ya está vendido! —repitió Eva con más fuerza al tiempo que llegaban Paloma Guilli.

—¿Otra emboscada? Os he dicho que vengo en son de paz.

—Hola, Joana, yo creía que de la pintura solo te gustaba el olor a aguarrás.

—Paloma es tu nombre, ¿no es así? Hola, Guillermo, tanto tiempo —saludó Joana y le dio dos besos Guilli, uno en cada mejilla—, allá está mi padre, le encantará saludarte.

Paloma se quedó paralizada, de dónde se conocían. ¿Por qué Joana Roca saludaba con tant familiaridad a su novio? Eva también se lo cuestionó.

—¿Ustedes se conocen? —preguntó Paloma sin salir de su asombro.

—Sí —respondió tímidamente su novio—. Hace un año, o quizá un poco más, trabajé un par de meses e la cocina del hotel de su papá.

—Bueno, mi padre no es dueño del NH, solo es el gerente...

—Eso quise decir. Trabajé con él y fue un gran jefe.

—¡Qué sorpresa! —acentuó Paloma—. Por lo visto hay mucho de ti que aún no sé.

—Preguntando se llega a Roma, dicen en Barcelona. Me alegra que estés bien, Eva, la noche est espléndida, aunque parece que lloverá.

—No, no lloverá, tenlo por seguro. —Eva seguía sin bajar la guardia.

Por el ventanal que daba a la terraza se alcanzaba a ver el cielo, había relámpagos entre las nubes y u cierto sopor en el ambiente que hacía pensar que la noche pronto se desempedraría. Pero, si de algo estab segura Eva, era de que esa noche no llovería, ella había hecho el conjuro con el corazón en el filo de cuchillo.

—Por cierto, Capi me dijo que pronto volverá...

—¿De Australia? —respondió Eva en automático.

—¿Australia? No, tía, qué va, Capi está en Tijuana. ¿No lo sabías?

—Desde que Capi se fue no hemos sabido nada de él —respondió Paloma al ver que Eva no salía de s asombro.

—¡Qué ostia de tío! Yo creí que vosotras y él seguían por WhatsApp. Disculpadme, no he querido arruinar la noche.

—No arruinaste nada, solo le pusiste voz al silencio —dijo Eva mirando la cara de estupor de Joana—. Solo la lluvia arruinaría esta noche y, como ya te dije, hoy no lloverá —puntualizó Eva, atragantándose y reprimiendo sus ganas de llorar.

De pronto Eva sintió que todos los sonidos de alrededor se maximizaban: las conversaciones, el ruido de las copas, el masticar de algunos de los pequeños canapés que los meseros pasaban ofreciendo en bandejas entre los invitados, los acentos latinoamericanos, las risas, el barullo le daba vueltas en la cabeza y Eva lo escuchaba como si estuvieran en una habitación vacía. Sin embargo, contuvo las ganas de darle otro golpe a esa chica, de cerrarle la boca y salir corriendo. Pensó que ese era el peor día de su vida, fue hasta que llegó Max que de algún modo se sintió rescatada.

—Por cierto, hay tíos guapos aquí —dijo Joana mirando hacia la terraza—, aquel, por ejemplo, que chulo, es el mejor retrato de la exposición.

—Es el hijo de la pintora —exclamó Eva con cierta sensación de despojo.

—Lo dicho, el mejor cuadro de la noche y viene hacia nosotras.

—Hola, soy Max —el argentino se presentó con Paloma, Guilli y Joana—. ¿Vos sos Paloma?

—Claro, cómo no reconocerme, y vos sos un *stalker* —respondió Paloma, imitando su acento.

—¿*Stalker*? —repitió Joana y Eva respondió.

—Todos somos un poco *stalker* en nuestros ratos libres.

Paloma miró a su mejor amiga con ojos incrédulos, no sabía en qué momento había perdido el hilo de los acontecimientos.

—A vos ya te conocía. Vos sos Guilli —le dijo Max.

—Sí, en La Cafetería, eres cliente.

—La Cafetería, La Tetería, parece que son los únicos sitios que conocéis.

Al escucharla, Eva recordó la noche que vio a Capi con ella al otro lado de la calle, cuando ellos salían de La Tetería. El estómago le dio vueltas y también recordó que aún no comía nada, organizando la exposición, tenía la panza vacía y el pecho lleno de coraje. Una rabia que la hizo pensar: «voy a matar a todo el mundo el día de hoy».

—La Cafetería es nuestro sitio favorito —dijo Eva envalentonada de nuevo y cogió del brazo a Max—, hasta tenemos nuestra mesa.

—Vaya, espero que pronto tomemos algo y podamos limar las asperezas de nuestras malas coincidencias —se despidió Joana.

Max respondió el gesto de Eva al sentir que ella se sostenía de él. No supo por qué, pero se sintió ufano a Dana, quien aseguraba que nadie en el mundo conocía mejor a Eva que ella, al ver a su hermana al lado de Max pudo adivinar que volvería a ser feliz.

—¡Qué ostia de tío! Yo creí que vosotras y él seguían por WhatsApp. Disculpadme, no he querido arruinar la noche.

—No arruinaste nada, solo le pusiste voz al silencio —dijo Eva mirando la cara de estupor de Joana—. Solo la lluvia arruinaría esta noche y, como ya te dije, hoy no lloverá —puntualizó Eva, atragantándose y reprimiendo sus ganas de llorar.

De pronto Eva sintió que todos los sonidos de alrededor se maximizaban: las conversaciones, el ruido de las copas, el masticar de algunos de los pequeños canapés que los meseros pasaban ofreciendo en bandejas entre los invitados, los acentos latinoamericanos, las risas, el barullo le daba vueltas en la cabeza y Eva lo escuchaba como si estuvieran en una habitación vacía. Sin embargo, contuvo las ganas de darle otro golpe a esa chica, de cerrarle la boca y salir corriendo. Pensó que ese era el peor día de su vida, fue hasta que llegó Max que de algún modo se sintió rescatada.

—Por cierto, hay tíos guapos aquí —dijo Joana mirando hacia la terraza—, aquel, por ejemplo, qué chulo, es el mejor retrato de la exposición.

—Es el hijo de la pintora —exclamó Eva con cierta sensación de despojo.

—Lo dicho, el mejor cuadro de la noche y viene hacia nosotras.

—Hola, soy Max —el argentino se presentó con Paloma, Guilli y Joana—. ¿Vos sos Paloma?

—Claro, cómo no reconocerme, y vos sos un *stalker* —respondió Paloma, imitando su acento.

—¿*Stalker*? —repitió Joana y Eva respondió.

—Todos somos un poco *stalker* en nuestros ratos libres.

Paloma miró a su mejor amiga con ojos incrédulos, no sabía en qué momento había perdido el hilo de los acontecimientos.

—A vos ya te conocía. Vos sos Guilli —le dijo Max.

—Sí, en La Cafetería, eres cliente.

—La Cafetería, La Tetería, parece que son los únicos sitios que conocéis.

Al escucharla, Eva recordó la noche que vio a Capi con ella al otro lado de la calle, cuando ellos salían de La Tetería. El estómago le dio vueltas y también recordó que aún no comía nada, organizando la exposición, tenía la panza vacía y el pecho lleno de coraje. Una rabia que la hizo pensar: «voy a matar a todo el mundo el día de hoy».

—La Cafetería es nuestro sitio favorito —dijo Eva envalentonada de nuevo y cogió del brazo a Max—, hasta tenemos nuestra mesa.

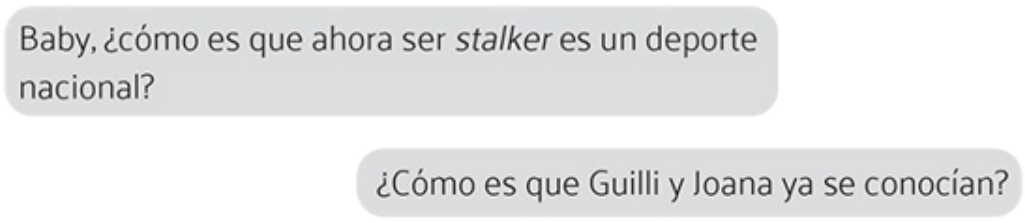
—Vaya, espero que pronto tomemos algo y podamos limar las asperezas de nuestras malas coincidencias —se despidió Joana.

Max respondió el gesto de Eva al sentir que ella se sostenía de él. No supo por qué, pero se sintió ufano. Dana, quien aseguraba que nadie en el mundo conocía mejor a Eva que ella, al ver a su hermana al lado de Max pudo adivinar que volvería a ser feliz.

28

Al final de la noche Julia y Otto se repartieron a sus hijas al volver a casa, Dana se fue con su mamá y Eva en el Mustang clásico de Otto. En el camino tampoco hablaron mucho, a Eva le empezó a doler la cabeza y sintió que le taladraban los pies, había pasado muchas horas de pie. Lo primero que hizo al subir al auto fue quitarse los zapatos y mover los dedos. Otto aprovechó para decirle que ese verano no saldrían de vacaciones, pero que a fin de mes él iría unos días a Nueva York y quería que lo acompañara.

Al llegar a su casa, la lluvia se soltó con la furia de quien se sabe contenida, como si se hubieran abierto las compuertas de una presa a punto de desbordarse, la tormenta fue implacable y el dolor de cabeza le prendió por completo a Eva, pero no sería eso lo que la mantendría despierta, sino el barullo de voces que seguían palpitando en su corazón. Antes de meterse a la cama, con Cala somnolienta a su lado, Eva ya tenía varios WhatsApp de Paloma en espera de respuesta.



También fue una sorpresa para mí. Según Guilli, es una chica sensacional.

¿La Piedrita?

Sí, esa fue la palabra que usó: sensacional. ¡Ah, los hombres!

No hay nada que valga la pena en ellos.

¿De nuevo el *stalker* ya es *stalker*?

Fue pésima idea de la Piedrita burlarse de La Cafetería.

Creo que hay más cabos sueltos en todo esto...

Además, parece que quiere ligarse a todos los niños que se cruzan por su camino.

O por tu camino, empezando por Capi.

Claro, empezando por Capi. ¡El mayor de los cretinos! No lo puedo creer.

Lo mejor es soltarlo. Dejarlo ir. ¡Ya!

Le escribe a Santiago y a Joana. Todo mundo sabe de él menos yo.

¡Es un pendejo!

Espera, Pola, me acaba de llegar un WhatsApp de...

Hola, tía, soy Joana.

Entiende que yo no soy tu tía ni tu nada. Consíguete tu propia familia. ¿Quién te dio mi número?

Eso no importa. De verdad lo siento, nunca quise entrometerme entre vosotros.

Pero llegas y lo primero que haces es mencionarlo.

Tampoco sabía que tú y Capi estaban en contacto.

Eva, ¿qué pasa? ¿Quién te escribió?

¡Joana!

¡¿Qué?!

Me gustaría veros.

No me interesa nada de Capi.

Lo sé. A mí tampoco. Pero es un buen chico.

Ahora lo vas a defender qué poca.

No, obvio no, si tú lo conocéis mejor que yo.

Mañana vemos, ahora estoy ocupada.

Vale, seguimos mañana.

Era Joana, que está arrepentida y quiere verme.

¿Arrepentida? No hagas caso, baby.

No, la mandé a volar. Tengo cosas más importantes en qué ocuparme.

Efectivamente, Eva debía de retomar las pesquisas sobre el paradero de su madre. Antes de dejar su celular sobre el buró, la puerta de su cuarto poco a poco se empezó a abrir. Cala levantó las orejas, estaba alerta. Eva alcanzó a ver en la oscuridad a una persona que entró rápido al cuarto, y sintió el peso de alguien sobre su cama, peso muerto que cayó de golpe. Cala ladró y Dana hizo «¡shhh!».

—Sabía que eras tú —dijo Eva como quien le habla a la oscuridad.

—¿Qué tal el Pirata? ¿Te gustó?

—Ay, Dana, cómo se te ocurre, si no lo conozco y en mi vida lo volveré a ver.

—Te recuerdo que es la segunda vez que lo ves en menos de, ¿un mes?

—Casi dos meses...

—Qué bien llevas la cuenta —interrumpió Dana y se remolineó en la cama, movió a Cala para un lado y llegó a la cabecera—, me parece más guapo ahora que antes.

—Es el mismo, nadie cambia en dos meses.

—Quiero decir, con los dos ojos en su lugar. —Dana se alumbró a los ojos con la linterna de su celular hizo bizcos y Eva sonrió.

—Eres como un bisonte portugués. Te confieso que sí es guapo y que tiene lindos ojos, pero ahora no estoy para conocer a nadie ni andar en esos rollos...

—¿Entonces me dejas el camino libre?

—Ay, Dana, es mucho más grande que tú, además, el Príncipe de Roma debe ser un buscador de problemas, recuerda que cuando lo conocimos tenía un ojo cerrado, seguramente por una pelea.

—¡Ah!, conque Príncipe de Roma, ¿eh?, ya no es el Pirata.

—Así le puso Paloma, ¿o Majo o yo? No recuerdo...

—Hoy parecía más príncipe que pirata, eso sí.

—Dana, mañana seguimos, estoy muerta, hoy fue un día pesadísimo y mañana vuelvo al trabajo ¡bendito trabajo! —dijo Eva y vio cómo su hermana se movía tan rápido como el haz de luz que le alumbraba los pasos.

—Hasta mañana —escuchó a Dana antes de que cerrara la puerta.

El sábado, después de ir un rato a la galería, antes del mediodía, Eva salió a la calle y recordó las palabras de Joana Roca, «preguntando se llega a Roma». Entonces preguntó en las paradas de autobús que había por Chapultepec cuál la llevaba a la colonia Seattle. Eva empezaría a buscar su origen en la casa de su *oma*.

Abordó de regreso el 51C y se bajó en la Glorieta Colón. Eva descubrió una gran ventaja de viajar en autobús: podía leer, aunque a veces no lo hiciera porque el trayecto la distraía, ver su ciudad desde las ventanillas de un camión era muy distinto a descubrirla en auto. El camión circulaba por calles que ni ella ni nadie de su familia habían recorrido antes. Eva escuchaba las conversaciones de al lado, veía los rostros de sus compañeros de viaje, a veces cansados, apurados, somnolientos. Mujeres terminando de maquillarse en el asiento de enfrente, enchinándose las pestañas con una cuchara. «¿Con una cuchara?», se había repetido Eva la segunda mañana que abordó el 51C. Era tan ajena a todos, pero a la vez, en esos viajes de autobús, en los que nunca dejaba de contar los números del boletito por si tenía la suerte de un veintiuno, se sentía parte de ellos. Pensó que el mundo en que vivía era tan desigual.

En la Glorieta Colón, apenas abordó el 622, el chofer no hizo alto total en la parada y Eva tuvo que correr un poco para alcanzarlo y ver cómo se pasaba el semáforo en rojo y regresaba silbando una mentada de madre que le propinaron con sonidos de claxon. El trayecto fue corto o el chofer iba muy rápido por las avenidas. Al pasar por el Hotel NH, Eva recordó a Joana Roca y eso la llevó a Capi, y su exnovio al resultado de su examen de Matemáticas. «Qué combinaciones hace el cerebro», pensó. «Un problema menor lleva a otro mayor, y ese a uno mayúsculo». Preguntó al chofer por dónde seguiría, vio su ubicación en Google Maps y decidió bajar en Plaza Patria. De ahí caminaría veinte minutos hasta llegar a la casa de su *oma*.

Al llegar a su antigua casa, Eva se dio cuenta de que no traía las llaves. «¡Demonios! Solo esto me faltaba», exclamó y vio por dónde se podía saltar. Se alejó un poco de la fachada y miró la barda de adobe y el portón de madera. Pensó por dónde habría saltado Capi. Al recordarlo y precisamente en ese lugar, el corazón comenzó a palpitarle y al mismo tiempo se sintió sola, vacía. Olvidó la idea de saltar la barda y se sentó en el umbral de la puerta, quería tomar fuerzas para volver a su casa. Fue entonces cuando escuchó ruidos dentro. Se levantó y tocó la aldaba de la puerta, una mano de hierro que apresaba un mundo.

—¡Evita! Me hubieras dicho que vendrías y yo iba por ti —le dijo Nabor al verla.

—Llegué muy rápido...

—¿En camión?

—Sí, me vine en camión desde la galería, tomé dos y me bajé en Plaza Patria, la caminada desde ahí s estuvo ruda, y más con este sol.

—Me hubieras hablado y yo iba por ti, te digo.

—Está bien, no importa, lo bueno es que estás aquí, olvidé las llaves y ya iba de regreso a la casa ¡imagínate! Volver caminando a Plaza Patria o preguntar qué camión me llevaría a Providencia. Vine buscar unas cosas.

Eva no había regresado a la casa de su *oma* desde aquellas noches que pasó con Capi, intercambiándos yla piel y los sentidos; ella miró a través de sus ojos y él la tocó como solo ella creía saber. Eva sintió que l casa se le venía encima, por el recuerdo de la voz de Capi, de sus pasos, de su cuerpo desnudo sobre e sillón de la sala; la risa de Capi rompiendo la oscuridad del silencio y la música, aquella canción de Th ,Beatles que Eva no había querido volver a escuchar hasta ese día. Buscó el disco y lo puso en el viej tocadiscos. Mientras la aguja rasgaba el silencio con su sonido de otro tiempo, Eva seguía de pie, mirando e ojardín, el viejo árbol de mango que el viento se empeñaba en despeinar. Fue en el momento justo cuand Paul McCartney decía: «*I know this love of mine will never die, and I love her*», que Eva recordó las palabra de Capi: «Será nuestra canción». Abrazó el forro de cartón del disco y los ojos se le llenaron de lágrimas eMientras se aguantaba las ganas de llorar, su celular sonó insistente. Era un número que Eva no tení registrado. Contestó y su sorpresa fue inmediata, era Max Fiore.

—Llegué muy rápido...

—¿En camión?

—Sí, me vine en camión desde la galería, tomé dos y me bajé en Plaza Patria, la caminada desde ahí sí estuvo ruda, y más con este sol.

—Me hubieras hablado y yo iba por ti, te digo.

—Está bien, no importa, lo bueno es que estás aquí, olvidé las llaves y ya iba de regreso a la casa, ¡imagínate! Volver caminando a Plaza Patria o preguntar qué camión me llevaría a Providencia. Vine a buscar unas cosas.

Eva no había regresado a la casa de su *oma* desde aquellas noches que pasó con Capi, intercambiándose la piel y los sentidos; ella miró a través de sus ojos y él la tocó como solo ella creía saber. Eva sintió que la casa se le venía encima, por el recuerdo de la voz de Capi, de sus pasos, de su cuerpo desnudo sobre el sillón de la sala; la risa de Capi rompiendo la oscuridad del silencio y la música, aquella canción de The Beatles que Eva no había querido volver a escuchar hasta ese día. Buscó el disco y lo puso en el viejo tocadiscos. Mientras la aguja rasgaba el silencio con su sonido de otro tiempo, Eva seguía de pie, mirando el jardín, el viejo árbol de mango que el viento se empeñaba en despeinar. Fue en el momento justo cuando Paul McCartney decía: «*I know this love of mine will never die, and I love her*», que Eva recordó las palabras de Capi: «Será nuestra canción». Abrazó el forro de cartón del disco y los ojos se le llenaron de lágrimas. Mientras se aguantaba las ganas de llorar, su celular sonó insistente. Era un número que Eva no tenía registrado. Contestó y su sorpresa fue inmediata, era Max Fiore.

29

Ese mismo sábado de finales de junio, mientras Eva se dirigía a la galería y más tarde, a casa de su *oma* Max, desde temprano, se preparaba para ir a la Barranca de Huentitán. Había quedado con Beto de ir a la caminata con los chicos del CAIC. Se habían citado a las 7 de la mañana en el estacionamiento de la tienda en la que se habían conocido, Deporte Hábitat. Como en cada excursión a la que Max iba desde hacía cuatro o cinco años, se inyectaba una dosis extra de factor para prevenir hemorragias.

Max Fiore se preparó el brazo izquierdo para la inyección. Se puso la liga, abrió y cerró la mano varias veces hasta que vio que el brazo se tornó más blanco y las venas se le saltaron, le corrían azules como el delta del Tigre por el antebrazo. Max clavó la aguja en su carne y poco a poco fue deslizando el émbolo de la jeringa, seis mil unidades de Factor VIII lo protegerían las próximas veinticuatro horas de pequeños golpes, cortaduras o caídas que podrían provocarle grandes hemorragias. Él sabía que sin ese medicamento moriría.

Mientras veía entrar el líquido amarillo en su torrente sanguíneo, Max recordó la vez que, aún siendo niño, se le atrofiaron ambas rodillas y parte de la cadera por estar mucho tiempo sentado en la misma posición. Fue en unas vacaciones de verano en Lima, la familia había ido a visitar a su *awicha*, madre de Killa, y Max se había pasado tres días frente a la televisión, levantándose solo para ir al baño. Frente a la tele había comido y cenado, porque su *awicha* lo consentía en todo momento. Killa y Silvina habían ido a la sierra, al que sería un viaje de largas caminatas y desplazamientos montadas a caballo, por lo que decidieron dejar a Max en casa de su abuela. Sin embargo, el remedio resultó peor.

Cuando Silvina y Killa regresaron, el ambiente estaba enrarecido por las yerbas de coca y el incienso que la madre de Killa había encendido. Encontraron a Max acostado en posición fetal en el mismo sillón en el que lo habían dejado. Aunque estaba tranquilo, no se podía mover. Los días pasados había llorado y gritado de dolor, le dijo a su *awicha* que sentía algo caliente y opresivo, como un fuego interno que poco a poco lo asfixiaba y le hacía más lentos los latidos del corazón. Sin pensarlo mucho, la madre de Killa le calmó el dolor con el remedio más usado en los Andes peruanos: té de coca que Max tomaba como agua de diario. Tenía echada encima una cobija, Silvina lo destapó y ambas se horrorizaron al ver la piel violácea de las rodillas hinchadas, a punto de estallar; la cadera, Silvina juró que estaba desplazada, como si un hueso pélvico se asomara por la trusa blanca de Max, que temblaba de dolor y de fiebre.

—*Waway huk p'unchaytawan wawaykita saqiway, nuqa nanayninta chinkachisaq* —le dijo en quechua la madre de Killa y le señaló sus emplastos de coca para quitarle el dolor.

Killa y Silvina pasaron la noche casi en vela, viendo a la *awicha* hacer lo suyo. A la mañana siguiente fue

cuando Killa lo alzó en brazos, y Max gritó que no, que lo dejaran, que ese sillón sería su tumba.

—*Mamay, kayqa sinchi sasachaymi, aswanmi ripullasaqku* —Killa le hizo ver a la *awicha* la gravedad de niño y sin esperar más se lo llevaron de urgencia al hospital.

Killa salió con él hasta la calle y Silvina paró un taxi. En ese tiempo, la hemofilia era considerada un enfermedad rara en Perú, por lo que Killa y Silvina decidieron dejar de vivir en la capital peruana y volver Buenos Aires, la ciudad donde ambas se conocieron.

Max volvió a revisar que nada le faltara. Estaba listo para ir de excursión con Beto Quezada. Iba de u lado al otro de su cuarto y echaba cosas dentro de una mochila, cuando entró Killa a la habitación.

—*Wawachay*, cuídate mucho, recuerda que las laderas se ponen muy resbalosas con tanta lluvia ¿Llevas impermeable y tu chompa verde? —le dijo Killa y le ofreció el mate que llevaba en la mano.

Max lo sorbió todo de golpe y luego cogió dos sándwiches en una bolsa sellable que también le ofreci Killa. Los echó dentro y volvió a cebar el mate y le dio otro largo sorbo.

—Ahora sí llevo todo, *mama* —respondió Max y se puso su impermeable amarillo.

Max echó dentro una pila extra del celular, su brújula y cronómetro, un par de cuerdas, arnés y equip para anclaje; tenis extra, por si era necesario cambiárselos. También calcetines y su suéter verde, un term con agua caliente, matera, bombilla, una bolsita con yerba y una bolsa de plástico para la basura. Max vestí una camiseta verde con un emoji que al sonreír mostraba los dientes, jeans y botas Merrell. Runa tambié se asomó al interior de la mochila.

—Déjalo, Killa, Bicho va a estar bien —dijo Silvina al entrar al cuarto.

—Vos y yo quedamos en algo, Silvina.

—¿En qué quedaron? ¿Qué están tramando a mis espaldas? —se molestó Max.

—Nada, Bichito, no es asunto de vos. Es cosa nuestra. Vos sabés que cada caminata o escalada es u riesgo, ¿no es cierto?

—Hasta lavarme los dientes es un riesgo, madre, un tropezón, cualquier golpe —respondió Max, hiz una pausa y continuó hablando como quien recita de memoria un verso infantil—, primero está mi salu antes que cualquier reto.

—Así es Bichito, en esta familia no quiero más héroe que Volta...

—Ya eres nuestro héroe, *wawachay*, toma. —Killa rellenó el mate de agua caliente y Max lo sorbió por l bombilla de metal que, como cualquier popote, hizo ruido al final.

—Estaré bien, solo es una caminata por el campo.

—¿Una caminata? —repitió Killa— ¿Entonces por qué llevas cuerdas, arnés y esas cosas para escalar?

—¿Escalar? Vos dijiste que...

—No vamos a escalar, pero es necesario llevar el equipo completo —mintió Max.

—¿Ya te pusiste el factor extra? ¿Llevas algo para comer, un sandwichito, algo?

—Sí, madre.

—¿Tu reloj?

—Sí, madre —Max mostró el Casio negro en el antebrazo izquierdo.

—Dale, nosotras te llevamos. ¿Dónde quedaste con los chicos?

—Ah, me falta el huevo —dijo Max y fue por uno a la cocina.

Luego lo puso en un *tupper*, se echó la mochila al hombro, se despidió de Runa, le dio un beso a la gata la estrujó y esta salió de un salto de entre sus brazos. La excursión saldría minutos después de las ocho y y eran las ocho menos cuarto.

En el estacionamiento de Deporte Hábitat se reunieron seis excursionistas, cuatro hombres y do chicas, una de ellas era la novia de Beto, el guía que esa mañana les dijo las reglas a seguir. Las do principales fueron: no salirse de los senderos y no separarse del grupo. Ninguna de las dos obedecería Max quien era el único nuevo en el grupo. Se presentó con los demás y omitió su dato más importante, qu padecía hemofilia.

La hemofilia es un trastorno de la sangre que solo padecen los varones, aunque lo heredan de su madres. Las mujeres solo son portadoras. La enfermedad consiste en que el paciente no tiene las plaqueta necesarias para hacer que una herida coagule, cierre, haga costra. Cualquier pequeño golpe o presió constante sobre la piel de quien padece hemofilia puede generar un sangrado interno que, por lo general, s acumulará en las articulaciones. Max había nacido con esa enfermedad y a pesar de que toda su vida habí

crecido rodeado de cuidados, sobre todo por Killa, Silvina había influido en él para que siempre se animara la hacer su vida lo más normal posible. Casi como cualquier otro niño: «si vos te caés, te levantás», le había repetido Silvina una y otra vez.

La Barranca de Huentitán es un cañón con más de seiscientos metros de profundidad, es un área protegida de conservación ecológica. Un bosque tropical poblado de encinos, robles, oyameles, armadillos, coyotes y gato montés, entre otros árboles y animales, pero a ninguno de esos animales verían Max y sus amigos ese día, solo pieles de víboras entre los arbustos, un caparazón de armadillo y lagartijas que salían a su paso.

Cuando Max y el grupo de caicos que lideraba Beto llegaron, vieron una hondonada verde esmeralda como suspendida en una baja y densa niebla que cubría todas las cavidades de ese territorio habitado por el silencio, que solo era roto por las alas de las águilas que planeaban en el horizonte. El cielo era azul intenso, hoy a lo lejos, a muchas horas de distancia, se veían nubes grises cargadas de tormenta. Así lo aseguró Beto al señalarles y calcular que antes de las cinco de la tarde llovería. Era verano y ese torrencial de agua que se precipitaría sobre ellos tenía aún más verde la barranca y crecidas las aguas del río Santiago que pasaba tropezando piedras, ramas y uno que otro animal muerto, al fondo del cañón. Beto les advirtió que esas aguas no eran potables, el río Santiago era uno de los más caudalosos y contaminados del país.

Beto también les dijo que había diferentes rutas para practicar el senderismo, entre otros deportes. Les advirtió lo que se encontrarían a su paso: unas vías de ferrocarril abandonadas que no llevaban a ninguna parte, el primer puente colgante que se construyó en México llamado Arcediano y un pueblo fantasma, casi en el lecho del río, abandonado por sus moradores más de medio siglo atrás. Beto les dijo que ahí pararían para comer y sería su último descanso antes de regresar.

Los caicos, con Beto a la cabeza, caminaban por húmedos senderos con olor a tierra mojada, a hierba silvestre y a girones de neblina entre los árboles. Solo dos llevaban bastones, y las mujeres usaban sombreros para cubrirse del sol que, a esa hora, minutos antes de las diez, aún rehuía salir. Max era el último del grupo, no sabía mucho de qué hablaban los demás, por lo que él iba a su paso, con el huevo en la mano izquierda y el mate en la derecha. Cada tanto se detenía a cebar el mate con agua caliente que llevaba en un termo bajo el brazo. Para él, que había estudiado el terreno en internet, la vegetación, el clima y la fauna les eran conocidos. Eran espacios de libertad. Una hora más de caminata, luego de andar dando rodeos, Beto acomenzó a desconocer el terreno que presumía saberse como la palma de su mano. Bajaron cada vez más hondo en la barranca hasta encontrarse con unos túneles, Beto no los recordaba, sin embargo, después de titubear unos segundos, siguió ese sendero y los demás fueron detrás. En total cruzaron siete túneles, los caminaron más rápido de lo que esperaban, al sentir cientos de ojos que, desde la oscuridad, los miraban eran miles de murciélagos a punto de desprenderse. Sin saber en qué momento, al salir del último túnel, el río Santiago les quedó atrás. ¿Por dónde lo cruzaron? Sería una pregunta que Beto jamás se respondería. Fue entre el calor sofocante y húmedo de aquella vegetación, con sonidos de animales de otro tiempo que por fin Max vio lo que tanto esperaba, unas inmensas paredes de riolita bañadas por la tenue luz del sol que seguía sin asomarse del todo. Los caicos se quedaron admirados de aquellos paredones que parecían rodear el pueblo fantasma.

Caminaron por calles empedradas y desiertas. Vieron la plaza, la iglesia derrumbada, y sintieron como nunca el silencio que solo repetía el eco de sus pasos, así como el respirar y el maullido de las «bestias», como las llamó una vieja desdentada y medio ciega que vestía harapos negros y una zalea de borrego aechada sobre un hombro. Caminaba ayudada por un bastón de fina empuñadura. La vieron salir como una aparición de un oscuro jacal de adobe.

—Analco es un refugio —les dijo con voz champurrada por la falta de dientes.

—¿Refugio? —repitió una de las chicas mirando alrededor.

—¿Analco? ¿Aquí es Villa Arcediano? —preguntó Beto.

—Es el sitio que ustedes quieran. También puede ser el paraíso, pero sin dios —afirmó sin levantar la cabeza y continuó—: ¿Oyen? —Todos aguzaron el oído, la mujer escuchaba llantos de niños—. Son las bestias. Manadas de gatos salvajes que se han apoderado de todo. El hambre les domina la mirada y atacan al primer mal movimiento.

—Yo no oigo nada —afirmó casi en secreto la novia de Beto, pegada a su brazo.

—Yo tampoco —secundó la otra chica.

—Y tú, cuídate del silencio —le dijo a Max señalándolo con su dedo huesudo de uña amarilla y curva.

Cuando la mujer ya se iba, Max le preguntó su nombre. La anciana volteó hacia donde esa voz la llamaba, lo olfateó y se entretuvo con el huevo que Max escondía en la mano. La vieja sonrió, se quitó el reboso pardo de la cabeza rala y se enderezó un poco.

—Pomposa —le dijo, volvió a encorvarse y siguió su camino.

Max la perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos, se quedó mirando la calle que de nuevo estaba en silencio y desierta, como si nadie la hubiera caminado en años.

Tampoco eso sería suficiente para que Max Fiore decidiera dejar al grupo mientras los demás se instalaban para comer, prendían una fogata entre cuatro paredes sin techo y se contaban historias de aparecidos. Eran las dos de la tarde cuando el sol se ocultó entre las nubes e inexplicablemente la niebla volvió a ocupar todos los rincones de ese pueblo abandonado. La lluvia, que Beto había pronosticado para cuando ellos ya no estuvieran en la hondonada, se adelantó.

Max, mochila al hombro, se encaminó hacia los paredones de piedra volcánica y al cruzar el Puente de Arcediano, entre el crujir de los tablones de madera que pisaba y a mitad de las dos orillas, escuchó el interminable palpitar de sabiduría del río Santiago y el último momento en el que su celular tuvo señal. Solo dos rayitas parpadeaban en la pantalla, suficientes para hacer una llamada. Antes de continuar su camino y al tiempo que un cuervo se posó sobre uno de los gruesos cables que tensaban el puente, Max le marcó a Eva y habló con ella.

Cuando la mujer ya se iba, Max le preguntó su nombre. La anciana volteó hacia donde esa voz la llamaba, lo olfateó y se entretuvo con el huevo que Max escondía en la mano. La vieja sonrió, se quitó el reboso pardo de la cabeza rala y se enderezó un poco.

—Pomposa —le dijo, volvió a encorvarse y siguió su camino.

Max la perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos, se quedó mirando la calle que de nuevo estaba en silencio y desierta, como si nadie la hubiera caminado en años.

Tampoco eso sería suficiente para que Max Fiore decidiera dejar al grupo mientras los demás se instalaban para comer, prendían una fogata entre cuatro paredes sin techo y se contaban historias de aparecidos. Eran las dos de la tarde cuando el sol se ocultó entre las nubes e inexplicablemente la niebla volvió a ocupar todos los rincones de ese pueblo abandonado. La lluvia, que Beto había pronosticado para cuando ellos ya no estuvieran en la hondonada, se adelantó.

Max, mochila al hombro, se encaminó hacia los paredones de piedra volcánica y al cruzar el Puente de Arcediano, entre el crujir de los tablones de madera que pisaba y a mitad de las dos orillas, escuchó el interminable palpitar de sabiduría del río Santiago y el último momento en el que su celular tuvo señal. Solo dos rayitas parpadeaban en la pantalla, suficientes para hacer una llamada. Antes de continuar su camino y al tiempo que un cuervo se posó sobre uno de los gruesos cables que tensaban el puente, Max le marcó a Eva y habló con ella.

30

Nada se esconde detrás de una fotografía. La imagen habla y dice quién es quién en el papel y en la vida. Hoy al mediodía cuando estaba en casa de mi *oma*, me llamó el Príncipe de Roma. Ahora resulta que mi número de teléfono es de dominio público. Primero el WhatsApp de Joana, después la llamada de él. ¿Qué falta?, ¿que me hable Karina Amado para decirme que troné Matemáticas? Sin embargo, quien quiero que hable, que escriba, que me diga por una sola vez en su vida que me extraña, que me desea, que no puede vivir sin mí, que me repita enloquecidamente que me ama, no lo hace. Mientras yo trato de seguir el ritmo de la vida, de un reloj que no se detiene, que decide por mí si me detengo a pensar. Odio vivir aprisa y que el día a día me estalle en las manos con una llamada a mi celular.

También resulta que nadie sabe nada de mi madre, hoy que estuve en casa de mi *oma*, en el antiguo despacho de mi *Großvater*, solo encontré papeles viejos, talonarios de chequeras de hace sesenta años (¿quién guarda esas cosas?), fotografías en blanco y negro de mis *Großeltern* con artistas y políticos. Otra época que no sé si me hubiera gustado vivir. Mientras removía cajas con objetos y libros, Nabor me miraba desde el jardín, según él estaba regando, pero yo sentía su mirada, sentía que me vigilaba en todo momento.

¿Qué buscar y por dónde? Si yo misma casi no tengo recuerdos. Fue hasta el final cuando me encontré con un libro que me llamó la atención, *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Entre sus páginas me encontré una fotografía de mi madre en colores viejos. Estaba en traje de baño al pie de una alberca. Parece una casa de Chapala. ¿En casa de quién? ¿Quiénes son los que apenas se ven al fondo? Al reverso tiene una dedicatoria: "Para Roberto Garcés, con todo mi amor". El papel de Capi. ¡No lo puedo creer! La fecha no se distingue, parece que dice 2002, 2003, aunque la foto no es de ese año, mi madre está jovencísima, pareciera que soy yo. ¿Quién escondió esta fotografía en un libro de versos?

30

Nada se esconde detrás de una fotografía. La imagen habla y dice quién es quién en el papel y en la vida. Hoy al mediodía, cuando estaba en casa de mi *oma*, me llamó el Príncipe de Roma. Ahora resulta que mi número de teléfono es del dominio público. Primero el WhatsApp de Joana, después la llamada de él. ¿Qué falta?, ¿que me hable Karina Amador para decirme que troné Matemáticas? Sin embargo, quien quiero que hable, que escriba, que me diga por una sola vez en su vida que me extraña, que me desea, que no puede vivir sin mí, que me repita enloquecidamente que me ama, no lo hace. Mientras yo trato de seguir el ritmo de la vida, de un reloj que no se detiene, que decide por mí si me detengo a pensar. Odio vivir aprisa y que el día a día me estalle en las manos con una llamada a mi celular.

También resulta que nadie sabe nada de mi madre, hoy que estuve en casa de mi *oma*, en el antiguo despacho de mi *Großvater*, solo encontré papeles viejos, talonarios de chequeras de hace sesenta años (¿quién guarda esas cosas?), fotografías en blanco y negro de mis *Großeltern* con artistas y políticos. Otra época que no sé si me hubiera gustado vivir. Mientras removía cajas con objetos y libros, Nabor me miraba desde el jardín, según él estaba regando, pero yo sentía su mirada, sentía que me vigilaba en todo momento.

¿Qué buscar y por dónde? Si yo misma casi no tengo recuerdos. Fue hasta el final cuando me encontré con un libro que me llamó la atención, *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Entre sus páginas me encontré una fotografía de mi madre, en colores viejos. Estaba en traje de baño al pie de una alberca. Parece una casa de Chapala. ¿En casa de quién? ¿Quiénes son los que apenas se ven al fondo? Al reverso tiene una dedicatoria: "Para Roberto Garcés, con todo mi amor". El papá de Capi. ¡No lo puedo creer! La fecha no se distingue, parece que dice 2002, 2003, aunque la foto no es de ese año, mi madre está jovencísima, pareciera que soy yo. ¿Quién escondió esta fotografía en un libro de versos?

31

Max recibió los primeros auxilios en el puesto de socorros instalado en la entrada de la barranca. E lugar estaba sofocado por el sopor de la lluvia, el techo era muy bajo y la habitación con puertas d lámina tenía el tamaño de una cocina. Max llegó caminando por su propio pie. Lo primero que vio al entra fue la mesa de auscultación con una colchoneta de plástico encima y una sábana verde tres vece remendada. Había moscas por todos lados y dos perros famélicos echados al cruzar la puerta.

A Max lo acompañaban Beto y otros dos de los caicos, quienes no habían notado la ausencia del chic argentino hasta que se subieron a la camioneta de Beto y emprendieron el camino de regreso. Como er nuevo en el grupo y más o menos callado, nadie notó que no estaba. Fue en el primer semáforo cuando s detuvieron, porque todos notaron lo cómodos que iban en la sub, y una de las chicas lo mencionó. Bet primero vio por el espejo retrovisor a todos los pasajeros que llevaba, los contó. Luego volteó medio cuerp y confirmó que, efectivamente, hacía falta uno. «¡El argentino!», gritó.

Como quien pierde sus lentes o la cartera, los seis chicos volvieron a andar el camino recorrido en l Barranca de Huentitán, solo que ahora no se encontraron túneles y el camino era el que Beto recordab desde siempre. Buscaron entre matorrales y gritaron su nombre a los cuatro vientos.

—¿Cómo dijiste que se llama? —le preguntó su novia a Beto.

—Max, creo que así se llama. Sí, Max —confirmó.

Volvieron al «pueblo fantasma», como ya le llamaban, también era distinto, un pueblo menos gastad que el anterior. Solo algunos lo notaron, por si las dudas, lo caminaron aprisa, en poco tiempo caería el día no querían que la noche los encontrara ahí, y mucho menos volver a encontrarse con la «Llorona», com apodaron a la anciana medio ciega. Cruzaron el pueblo hasta el puente y en ese sitio, el más hondo de l barranca, Beto sacó sus binoculares y observó el horizonte. No tardó mucho en ver a Max, suspendid como péndulo en la pared rojiza de la hondonada.

Beto, que siempre traía en la cajuela de su camioneta su equipo completo para escalar, intuyó que l necesitaría y lo llevaba con él. Los cuatro chicos llegaron hasta el pie de la cuesta y desde ahí Beto le gritó Max, viendo caer la lluvia tupida de granizo como pequeños plomos helados: «¡Aguanta, vamos por ti!» Solo él subió hasta donde se encontraba Max, apenas a veintisiete metros del suelo, distancia que le haría falta en su último recorrido de vida. El guía de los caicos comenzó a subir, metiendo los pies en cad hendidura de la piedra y clavando el piolet cuando era necesario, atando nudos y estirando su propi cuerda hasta llegar a Max, quien se balanceaba con peso muerto.

Los otros tres chicos estaban listos para recibirlo. En medio de la tormenta, le gritaban indicaciones

Beto. Desde tierra firme el horizonte se ve distinto. En el camino de regreso a casa, Max y Bet comentarían los errores que cometió. El argentino estuvo más de una hora suspendido, haciendo tant tensión con el brazo derecho que se lastimó el hombro. Esa fue la razón principal por la que no pudo subi más ni bajar. El dolor le había ganado la escalada. «Y la falta de experiencia. Cometiste todos los errore que un buen principiante debe cometer», le dijo al fin Beto Quezada mientras lo descolgaba.

Al tocar tierra, entre los cuatro hicieron el intento de cargar a Max, pero él no los dejó, les dijo qu podía caminar, que solo era el hombro el que le dolía. Como él era el único que traía impermeable y er culpa suya que los demás se estuvieran mojando, le dio pena sacarlo de su mochila. Caminaron rápid entre arroyuelos y charcos. Al cruzar el puente colgante, los cables chirriaron y vieron como una amenaz la crecida del río.

El puesto de socorro tenía una Cruz Roja pintada en una pared y en otra, el nombre de un candidato d cierto partido que había cambiado de nombre y de colores. Los médicos que recibieron a Max eran un chica y un chico, le dijeron que eran residentes del Hospital Civil. Se sorprendieron al ver la contusión qu llevaba en el hombro, como también Beto se asombró en cuanto llegaron, empapados, a recibir los primero auxilios. En los cuatro kilómetros que habían caminado de regreso, el hombro de Max se había hinchad considerablemente. «Parece que te fracturaste», le dijo Quezada, quien entró con él al dispensario. Lo otros chicos se fueron corriendo, brincando charcos, hasta la camioneta. En las preguntas de rutina de lo médicos, Max confesó que era hemofílico.

—¿Cómo? —exclamó Beto sorprendido—. ¿Por qué no me lo dijiste? Eso es muy grave ¿no?

—Estaba por decírtelo.

—¿Como también me ibas a decir que tenías planeado escalar, cuando tú sabías que sería solo *hiking*?

—Disculpáme, no fue mi intención arruinar el día.

—¿¡Arruinar el día!? Pudiste haber muerto y arruinarnos la vida a todos.

Mientras hablaban, Max estaba sentado en la mesa de auscultación, los doctores solo miraban, y afue la lluvia sonaba como un diluvio tropical. Entonces Max se levantó, les dio las gracias a los médicos y s despidió, les aseguró que él sabía qué hacer en este tipo de casos. Solo dejó que le improvisaran u cabestrillo con unas vendas y salió. Beto se fue detrás de él. Se empeñó en llevarlo a su casa, no quería qu corriera más riesgos. A pesar de todo, no le importó que Max le hubiera ocultado información, algo entr ellos se trabó para siempre y ese día nació una verdadera amistad.

Al subir a su camioneta, Beto le pidió a su novia que se pasara al asiento de atrás. Él agradeció que l llevaran, el agudo dolor en el hombro derecho lo tenía vencido. En el camino, frente a los limpiaparabrisa enloquecidos que dejaban ver la noche, Max le contó a Beto que su error había sido tratar de cambiar d ruta, había perdido el piolet, por no traerlo asegurado a la muñeca. Insistía en justificarse. Beto escuchaba miraba por el retrovisor a los que iban amontonados atrás. «¿Ya ven como sí nos hacía falta uno?», dijo s novia, que iba sobre las piernas de la otra chica.

Lo que más le preocupaba a Max en ese momento no era su hombro ni el evidente enojo de Beto ni lo reclamos que le esperaban en su casa por parte de sus madres, sino Eva, tenía que cumplir el compromis que había hecho con ella antes de cruzar el puente: quedó de verla al día siguiente, y estaba seguro de qu Killa, al verlo con el brazo en cabestrillo, no dejaría que saliera de casa en una semana.

Fue peor de lo que Max se esperaba. Lo que para él era una lesión de rutina, a Killa le pareció que era e fin del mundo, mientras que para Silvina fue una prueba más de sobrevivencia y así se lo dijo: «Bicho est creciendo y no podemos detenerlo». Esta frase solo fue el principio de una larga discusión en la que s culparon mutuamente de sobreprotección y de libertinaje. Mientras Killa le ponía una bolsa con hielos e el hombro, Max las escuchaba sentado en una de las sillas del comedor y Runa lo olfateaba de pies a cabez olía a campo, a cielo, a libertad. El dolor lo vencería al día siguiente, pasaría prácticamente todo el doming dormido, con Runa a su lado y dejaría plantada a Eva.

Beto. Desde tierra firme el horizonte se ve distinto. En el camino de regreso a casa, Max y Beto comentarían los errores que cometió. El argentino estuvo más de una hora suspendido, haciendo tanta tensión con el brazo derecho que se lastimó el hombro. Esa fue la razón principal por la que no pudo subir más ni bajar. El dolor le había ganado la escalada. «Y la falta de experiencia. Cometiste todos los errores que un buen principiante debe cometer», le dijo al fin Beto Quezada mientras lo descolgaba.

Al tocar tierra, entre los cuatro hicieron el intento de cargar a Max, pero él no los dejó, les dijo que podía caminar, que solo era el hombro el que le dolía. Como él era el único que traía impermeable y era culpa suya que los demás se estuvieran mojando, le dio pena sacarlo de su mochila. Caminaron rápido entre arroyuelos y charcos. Al cruzar el puente colgante, los cables chirriaron y vieron como una amenaza la crecida del río.

El puesto de socorro tenía una Cruz Roja pintada en una pared y en otra, el nombre de un candidato de cierto partido que había cambiado de nombre y de colores. Los médicos que recibieron a Max eran una chica y un chico, le dijeron que eran residentes del Hospital Civil. Se sorprendieron al ver la contusión que llevaba en el hombro, como también Beto se asombró en cuanto llegaron, empapados, a recibir los primeros auxilios. En los cuatro kilómetros que habían caminado de regreso, el hombro de Max se había hinchado considerablemente. «Parece que te fracturaste», le dijo Quezada, quien entró con él al dispensario. Los otros chicos se fueron corriendo, brincando charcos, hasta la camioneta. En las preguntas de rutina de los médicos, Max confesó que era hemofílico.

—¿Cómo? —exclamó Beto sorprendido—. ¿Por qué no me lo dijiste? Eso es muy grave ¿no?

—Estaba por decírtelo.

—¿Como también me ibas a decir que tenías planeado escalar, cuando tú sabías que sería solo *hiking*?

—Disculpáme, no fue mi intención arruinar el día.

—¿¡Arruinar el día!? Pudiste haber muerto y arruinarnos la vida a todos.

Mientras hablaban, Max estaba sentado en la mesa de auscultación, los doctores solo miraban, y afuera la lluvia sonaba como un diluvio tropical. Entonces Max se levantó, les dio las gracias a los médicos y se despidió, les aseguró que él sabía qué hacer en este tipo de casos. Solo dejó que le improvisaran un cabestrillo con unas vendas y salió. Beto se fue detrás de él. Se empeñó en llevarlo a su casa, no quería que corriera más riesgos. A pesar de todo, no le importó que Max le hubiera ocultado información, algo entre ellos se trabó para siempre y ese día nació una verdadera amistad.

Al subir a su camioneta, Beto le pidió a su novia que se pasara al asiento de atrás. Él agradeció que lo llevaran, el agudo dolor en el hombro derecho lo tenía vencido. En el camino, frente a los limpiaparabrisas enloquecidos que dejaban ver la noche, Max le contó a Beto que su error había sido tratar de cambiar de ruta, había perdido el piolet, por no traerlo asegurado a la muñeca. Insistía en justificarse. Beto escuchaba y miraba por el retrovisor a los que iban amontonados atrás. «¿Ya ven como sí nos hacía falta uno?», dijo su novia, que iba sobre las piernas de la otra chica.

Lo que más le preocupaba a Max en ese momento no era su hombro ni el evidente enojo de Beto ni los reclamos que le esperaban en su casa por parte de sus madres, sino Eva, tenía que cumplir el compromiso que había hecho con ella antes de cruzar el puente: quedó de verla al día siguiente, y estaba seguro de que Killa, al verlo con el brazo en cabestrillo, no dejaría que saliera de casa en una semana.

Fue peor de lo que Max se esperaba. Lo que para él era una lesión de rutina, a Killa le pareció que era el fin del mundo, mientras que para Silvina fue una prueba más de sobrevivencia y así se lo dijo: «Bicho está creciendo y no podemos detenerlo». Esta frase solo fue el principio de una larga discusión en la que se culparon mutuamente de sobreprotección y de libertinaje. Mientras Killa le ponía una bolsa con hielos en el hombro, Max las escuchaba sentado en una de las sillas del comedor y Runa lo olfateaba de pies a cabeza, olía a campo, a cielo, a libertad. El dolor lo vencería al día siguiente, pasaría prácticamente todo el domingo dormido, con Runa a su lado y dejaría plantada a Eva.

32

Eva, Dana y su papá fueron a cenar a las carnes asadas Su Casa, un restaurante en Jardines del Bosque d Jorge Reynoso, amigo de Otto de la preparatoria. Ahí esperarían a Julia que, aun siendo sábado por l noche, seguía trabajando en su oficina. El lugar se caracterizaba por sus buenos cortes, sus frijoles de la oll y la selección de salsas rojas picantes. Había una que no picaba nada y era la preferida de Eva, en cambio, l más picosa le encantaba a Dana, pero esa noche no comería carne, solo un par de quesadillas.

Llegaron corriendo desde el coche hasta la puerta, pues la lluvia parecía querer arrastrarlos. El siti olía a carbón al rojo vivo y a carne asada, a queso fundido y a ambiente familiar. Jorge los recibi haciéndole una seña con la mano a Otto desde el otro lado del asador. Se sorprendió al verlo muy delgado demacrado. Jorge era un tipo alto, de cabello negro engomado. Usaba una polo rosa. Otto juraría que estab al borde de la muerte. Y así había sido. Antes de ordenar, Jorge fue a sentarse con ellos, llegó arrastrand un pie y con una bolsita pegada al costado derecho. Les contó con detalles la enfermedad que hab padecido: divertículos en el colon, les dijo que le habían quitado casi la mitad del intestino grueso y que para ayudarlo a sanar, le habían puesto esa bolsa donde se depositaban todos sus desechos.

—Pero es temporal, ya voy de salida. Imagínate, bajé veinticinco kilos. Ahora ya estoy bien —le dijo Otto y lo palmeó en la espalda.

—¿Hace cuánto que no venía? ¿Cómo es posible que no supiera nada? Hace unos días me encontré Ortega Niño y solo me dijo que viniera a verte, que estabas «malito», así me dijo, pero no imaginé cuánto.

—Estuve así —Jorge Reynoso hizo un espacio pequeñito entre sus dedos índice y pulgar— de pelarme a otro mundo, Otto. Así —insistió.

Con cada palabra de Jorge, Dana seguía el movimiento de sus labios, luego el de sus manos. Él se la llevaba al abdomen, luego les mostraba la bolsa. La polo tenía un hoyo por donde salía un tubo que s conectaba a su intestino; Dana dedujo que todas las camisas de Jorge tendrían ya esa perforación. De nuev miró la bolsa, estaba llena de un líquido espeso y café oscuro, del color de eso que Dana se imaginaba. S aguantó las arcadas, pensó en ir al baño, pero tampoco quería perderse parte del relato de su anfitrión Aguantó las tres veces que Jorge Reynoso había entrado a quirófano, sintió como suyos los tumores recordó sus propias diarreas, todo eso mezclado con el bramido de las reses en el matadero y el chilla pesadillesco de los cerdos. Al final, Dana no pudo comer carne esa noche, ni los siguientes días. Cuand ordenaron, después de que Otto recibió una llamada de Julia en la que le avisó que no llegaría a cenar, Dan enfrentó a su papá, le dijo que jamás volvería a comer carne, que se haría vegana, que ella no contribuirí con su hambre a la matanza de tantos animalitos. Otto y Eva habían pedido cada uno una orden de asada, l

cual se servía en plato ovalado de barro y se acompañaba con cebollitas, frijoles y tortillas recién hechas
Dana casi vomita sobre la mesa al ver llegar la carne.

—¿De dónde sacas eso? —la cuestionó Otto—. Entonces ¿qué vas a cenar?

—No sufren, Danita, son animales, ni cuenta se dan —intervino Jorge.

—Eso es lo que todos creen, son seres vivos, sienten, sufren. Sufren mucho —dijo Dana a punto de solta
el llanto.

—¿Cómo sabes? ¿Quién sabe cuánto sufre un animal? —preguntó Eva.

Por fin Dana les confesó que la noche que había pasado en casa de Elfriede Suárez, las dos se habían
pasado horas viendo videos en internet de cómo sacrificaban a los animales: vacas y cerdos. Cómo
inhumanamente engordaban gallinas y ordeñaban vacas hasta exprimirlas y matarlas. Videos explícito
llenos de sangre y dolor. Sacrificios llevados a cabo por hombres de sensibilidad «cero», como seguramente
sería su coeficiente intelectual.

—Jamás volveré a comer carne, ni usaré nada que provenga de algún animal —aseguró.

—¿Ya viste, Danita, en qué estás sentada? —le preguntó Jorge poco antes de abandonar la mesa. Dana
miró su asiento y luego a su alrededor—. Equipales de cuero. Hay como una docena de vacas tan solo en
este patio —ironizó Jorge.

—¿Tampoco usarás zapatos? —preguntó Eva al tiempo que se hacía un taco de carne asada con frijole
de la olla y salsa roja martajada.

—Nada, usaré mis Converse hasta que se me rompan —le dijo a Eva y luego a su anfitrión—: Por favor
¿podrías traerme otro tipo de silla que no sea de cadáver?

—¡Cómo no, ahorita te pido otra silla! —y Jorge Reynoso ordenó que le llevaran la silla de plástico de la
cajera.

—¡Válgame Dios! —exclamó Otto y, sin importarle lo que acababa de decir su hija menor, pidió una
quesadillas con chorizo.

—Por cierto, Otto, ¿supiste que la casa de Romeo Noria la usaban unos narcos para almacenar dinero?
así como la del chino aquel de «¿copelas o cuello?», ¿te acuerdas? Tiene años abandonada.

—¿Romeo Noria? —inquirió Eva, mientras Otto pasaba un trago de cerveza.

—Bueno, Otto, niñas, qué gusto verlos. Eva hace años que no te veía, qué gusto tenerlas en esta Su Casa
—Jorge enfatizó el nombre de las carnes, luego se despidió y volvió a su puesto detrás del asador.

—Se refería al escritor, ¿verdad? —cuestionó Eva y Otto asintió—. Ahora resulta que lo conoces, que
todo mundo lo conoce. Es mi escritor favorito, papá.

—No lo sabía. Él vivía en esa casa blanca por la calle Crepúsculo y los Reynoso aún viven ahí. —Otto
señaló la casa de la esquina—. Jorge y yo íbamos a una preparatoria que estaba a pocas calles de aquí
Romeo fue nuestro compañero.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ya te dije que no sabía que era tu escritor favorito. Además, nunca fue mi amigo, era un poco raro. Un
muchacho con pocos amigos...

—¡Ey!, eso se pone bueno. El gran Romeo Noria era un *freak* —arremetió Dana.

—Espérate, Dana. ¿Un *freak*? —repitió Eva.

—No sé qué tanto, les estoy hablando de hace más de treinta años. Era un chavo tímido, con poco
amigos. Además era el favorito del profesor de literatura, ambos adoradores de Amado Nervo...

—Eso estoy leyendo ahora —lo interrumpió Eva—, una biografía de Amado Nervo escrita por Romeo
Noria. Papá, ¿por qué no me habías dicho que lo conocías?

—Yo qué voy a saber, hija. Lo que sí te puedo decir es que desde ese entonces ya escribía poesía. Otros
se lo agarraban de bajada y le hacían carrilla que era el «el Rubén Darío de los pobres» y bromas por el
estilo —aseveró Otto.

—*Carrilla*, ¿qué es eso? —preguntó Dana.

—A lo que ahora le llaman *bullying*.

—¡Ay, papá! —exclamó Eva.

—Otros, yo no —puntualizó Otto.

El lugar estaba lleno a pesar de la lluvia. Los comensales en su mayoría eran gente de la colonia, se
notaba porque se saludaban unos a otros, las carnes asadas Su Casa era un sitio de tradición entre los
vecinos. Jorge Reynoso era la segunda generación de la familia que atendía el negocio. Llegaron la

s.quesadillas para Dana y una cerveza de cortesía para Otto.

—¡Esa es por cuenta de la casa, mi Otto, y las quesadillas de la niña, también! —gritó Jorge desde e asador.

—Dale con la niña, otra vez, ¿qué no parezco ya de catorce?

r —Para mí siempre vas a ser mi niña —dijo Otto sonriendo.

—Es por las bubis —respondió Dana y señaló su busto—, no tengo nada, no me salen. ¿A ti a qué edad t salieron, Eva?

n —A los catorce, sí, fue a los catorce. Ya estás a punto.

o —¡Qué horror! Seré una mujer sin hijos...

s —¿Qué tienen que ver los hijos con las bubis? —preguntó Eva.

e —Y si no comes carne, menos bubis vas a tener —intervino Otto, viendo que Dana, sin querer, desviab el tema de Romeo Noria.

—Entonces me quedaré sola y criaré coyotitos, como los de Cala, pero no volveré a comer carne. Tu adeberías de apoyarme, Eva, a ti que te chocan los zoológicos, las corridas de toros y los delfines e ıcautiverio, ¿cómo puedes disfrutar ese taco que chorrea sangre?

—No sé, lo voy a pensar, por lo pronto déjame comer mi carne sin culpa.

s —Tampoco voy a tomar Coca-Cola —dijo Dana, retiró el refresco de su lugar y pidió agua de jamaica.

—¿Por qué no? ¿De qué animal viene? —preguntó Otto aún con la boca llena.

', —Del peor animal de todos los tiempos: Estados Unidos.

—Por cierto, ya que lo mencionas, voy a ir a Nueva York a fin de mes, ¿quieren venir a ver a su *oma*?

a —Paso —contestó Dana.

—¿Ya les dijo su mamá que no vamos a salir de vacaciones?, así que si van conmigo esas serán su svacaciones.

—Entonces lo pensaré.

', —Yo también lo pensaré, papá —dijo Eva y miró hacia la casa abandonada de Crepúsculo. Aún llovía.

a

e

o
[.

n

s

o

s
l

e
s
s

quesadillas para Dana y una cerveza de cortesía para Otto.

—¡Esa es por cuenta de la casa, mi Otto, y las quesadillas de la niña, también! —gritó Jorge desde el asador.

—Dale con la niña, otra vez, ¿qué no parezco ya de catorce?

—Para mí siempre vas a ser mi niña —dijo Otto sonriendo.

—Es por las bubis —respondió Dana y señaló su busto—, no tengo nada, no me salen. ¿A ti a qué edad te salieron, Eva?

—A los catorce, sí, fue a los catorce. Ya estás a punto.

—¡Qué horror! Seré una mujer sin hijos...

—¿Qué tienen que ver los hijos con las bubis? —preguntó Eva.

—Y si no comes carne, menos bubis vas a tener —intervino Otto, viendo que Dana, sin querer, desviaba el tema de Romeo Noria.

—Entonces me quedaré sola y criaré coyotitos, como los de Cala, pero no volveré a comer carne. Tú deberías de apoyarme, Eva, a ti que te chocan los zoológicos, las corridas de toros y los delfines en cautiverio, ¿cómo puedes disfrutar ese taco que chorrea sangre?

—No sé, lo voy a pensar, por lo pronto déjame comer mi carne sin culpa.

—Tampoco voy a tomar Coca-Cola —dijo Dana, retiró el refresco de su lugar y pidió agua de jamaica.

—¿Por qué no? ¿De qué animal viene? —preguntó Otto aún con la boca llena.

—Del peor animal de todos los tiempos: Estados Unidos.

—Por cierto, ya que lo mencionas, voy a ir a Nueva York a fin de mes, ¿quieren venir a ver a su *oma*?

—Paso —contestó Dana.

—¿Ya les dijo su mamá que no vamos a salir de vacaciones?, así que si van conmigo esas serán sus vacaciones.

—Entonces lo pensaré.

—Yo también lo pensaré, papá —dijo Eva y miró hacia la casa abandonada de Crepúsculo. Aún llovía.

33

Era lunes y como todos los lunes, también Eva volvía a la realidad. Hacer todo lo posible por levantarse temprano, meterse a la regadera casi dormida, tener mucho cuidado de no mojarse el cabello porque los lunes no se lo lavaba. Mientras se enjabonaba, cada vez más despierta, pensó en levantarle un monumento a quien hubiera inventado la cola de caballo. Ese día antes de ir a trabajar, despertó a Dana para decirle que no paseara mucho tiempo a Cala, pues la veía cada día más cansada y, según sus cuentas, solo le faltaban tres semanas para que nacieran sus cachorritos. Dana se enfureció porque su hermana la sacó del quinto sueño, Eva se excusó diciéndole que si no se lo decía en ese momento después lo olvidaría. Dana le aventó la almohada antes de que Eva cerrara la puerta, luego se arrepintió porque tuvo que levantarse por ella.

Ese día, si no hubiera sido por Max Fiore, Eva habría empezado a odiar ir al trabajo. Pasada ya toda la adrenalina de la exposición de Killa Kusi, las labores de Eva en la galería se reducirían para lo que realmente la habían contratado: archivar, ordenar, capturar datos de posibles compradores en la computadora. Eva odiaba todas sus nuevas funciones. «Si no puedo ordenar mis pensamientos, ¿cómo podré con los de la galería?», se preguntó metida en el almacén general, una habitación enorme con anaqueles en las paredes, cuadros reclinados, apilados unos en otros y una gran mesa de trabajo en el centro. Eva pasaría las siguientes tres semanas de su vida metida en ese almacén y, gracias a Max Fiore, se pasarían volando.

—¡Eva, te buscan! —le gritó Claudia desde su escritorio.

Ella volteó a la puerta y lo vio entrar, camiseta negra con un emoji que sacaba la lengua justo en el centro del pecho y un poco más abajo, un hoyo pequeño. Los brazos con cicatrices de cortaduras, Eva la vio a pesar de que Max llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—Hola.

—Hola —respondió Eva y no regresó la mirada a la computadora, sino al tatuaje del «sombrero» en el antebrazo izquierdo de Max.

—¿Qué hacés?

—Capturando información de la exposición de tu mamá. ¿Killa Kusi es tu mamá?

—Sí.

—¿Y Silvina...?

—Silvina Fiore también es mi mamá —la interrumpió Max.

Eva ya lo sabía, el día anterior habían comido en casa de sus abuelos, solo ella, Dana y su mamá, Otto no

pudo ir, se excusó por tener una conferencia con Tokio, allá era lunes por la mañana. Parecía que su padres se evitaban, actuaban como si ya estuvieran separados, un día con uno, el otro día con el otro. Su abuela Esther no había dejado de preguntarle a Eva cómo le iba en su trabajo, de felicitarla por lo bien que le había salido la exposición, aunque Eva le repetía una y otra vez que ella no había hecho gran cosa. A final de la comida y poco antes de ir a misa, cuando llegaron al punto de hablar sobre las pinturas y l artista, la abuela Esther se saltó las pinturas y quiso averiguar todo lo referente a Killa y Silvina. Después d la amplia explicación de Julia sobre el matrimonio igualitario y las familias homoparentales, su madre sol opinó que le parecía un horror que los homosexuales tuvieran hijos, monstruoso, que iba contra natura era un gran pecado. Cuando Eva trató de explicarle, su abuela la interrumpió con la sentencia de que par ella, los homosexuales eran «los renglones torcidos de Dios». Con esa frase como título de novela, Esthe dio por terminado el tema.

Por supuesto que Eva no pensaba que fuera así, pero tenía cierta curiosidad sobre cómo sería tener do mamás. Era un poco como su caso, ella tenía dos madres, solo que no conocía a quien la había traído a mundo. No la recordaba. Más adelante le contaría a Max sobre Helena, ese día hablarían de asuntos má triviales.

—¿Tu mamá te mandó por algo? —le preguntó Eva con cierta distancia.

—No, vine por vos. El sábado tuve un accidente. —Max se señaló el brazo en el cabestrillo—. Y no pud verte, quiero decir, no pude llegar a la cita.

—¡Ah, la cita! Quedamos en vernos ayer, ¿verdad?

Eva lo dijo con un tono de «no tiene importancia, lo había olvidado». Sin embargo, estuvo esperand que llegara, que llamara, que le mandara un WhatsApp. De algún modo, Max Fiore se hizo presente todo e domingo, por los comentarios de la abuela y por la plantada. Aunque no había camino recorrido de Max e el corazón de Eva, el sábado después de hablar con él, de escucharlo con tanto entusiasmo y no volver saber nada hasta ese momento, Max tendría que empezar con puntos restados, porque Eva ya pensaba qu era como Capi y estaba harta de que los chicos no la tomaran en cuenta y se desaparecieran sin ningun explicación. Parecía que en el mundo solo había dos tipos de hombres, los que se parecían a Capi y los qu eran iguales a Capi. Pero Eva estaba equivocada con Max, y a él le costaría un gran esfuerzo convencerla.

—Sí, solo que...

—¿Te peleaste otra vez? —lo interrumpió Eva.

—No, me lastimé en la barranca, te diría que fue un mal paso, pero no, fue una mala cargada y estuv colgado horas en la loma del orto. Ayer me pasé el día en cama. Disculpáme.

—No te preocupes —respondió de manera cortante.

Luego volteó los ojos a la computadora que tenía enfrente, hizo como que seguía trabajando. Un larg instante de silencio, como un viento de montaña, pasó frente a ellos. Max sintió los segundos como filos d navaja sobre su garganta. Tenía que decir algo, preguntar lo que fuera. Encontrar una palabra clave, un palabra piolet y engancharse de ella o el momento se volvería aún más incómodo.

—No, por favor, me apena mucho quedar en algo y fallar. No es mi costumbre —insistió Max sosteniéndole la mirada, realmente apenado—. ¿Vos qué hiciste?

—No pasa nada, no te preocupes, de verdad —respondió Eva y continuó—: No hice nada en especial domingo familiar en casa de mis abuelos.

—A mí me encantan los domingos en familia («familiar» fue la palabra piolet), a mi mamá Silvina l gustan los asados y desde chico me enseñó a salar la carne, tiene que ser con sal gruesa. También m enseñó a prender el carbón. «El secreto no está en la brasa, como muchos creen, sino en la distancia de l parrilla sobre el carbón», me dijo. —Al mencionar eso, Max pensó en la cercanía de los amantes—. ¡Ah! Y e mejor fuego se consigue mitad leña y mitad carbón. Aunque ayer no hicimos asado, cocinó *mama* Killa comimos queso kapchi...

—¿Qué? —interrumpió Eva que no salía de su asombro, fue inevitable para ella comparar ese asado co la carne que había cenado ayer.

—Queso kapchi, un preparado a base de habas, papas, queso fresco, hierbabuena y cilantro, ají y huevos entre otros ingredientes —respondió.

Max notó que había captado la atención de Eva y su voz parecía cada vez más segura mientra enumeraba los ingredientes. Además de la palabra clave, tenía que encontrar un tema trivial que l interesara a Eva del cual afianzarse para evitar los vacíos de silencio y seguir escalando en su interés.

—¡Qué rico! Me suena a queso fundido, pero en mi familia casi no comemos habas, lo demás sí, aunqu
no sé qué es el ají.
—Es como un chile.
—No sabía que en Argentina también comen chile.
—En Argentina no se come chile, por lo menos no en Buenos Aires, de donde yo vengo, pero en Perú, s
sobre todo en la sierra, aunque es un chile que no pica tanto, no como el que probé acá en una tort
ahogada...
—¡Torta ahogada! —Eva sonrió con cada palabra y Max sintió que se derretía.
—Sí, comí una recién llegamos. ¡Me regustó! También tomé tejuino. ¡Riquísimo!
—Vaya, por lo visto has... —Eva hizo una seña de llevarse pan a la boca.
—Morfado —respondió Max.
—¿Morfado?, ¿qué es eso? —Eva rio.
Max la vio aún más linda y se lo dijo. Vio otra luz en su rostro, el cabello recogido en un improvisad
schongo que le dejaba caer algunos mechones en la cara, aretes plateados de bolita y blusa negra que decí
en el pecho la palabra: LOVE.
—Comer, en argentino. Se le llama lunfardo —tradujo Max y agregó—: ¡qué linda sos cuando sonreís!
Después de esas palabras dichas desde el corazón, Eva guardó silencio, se acomodó en su asiento y fu
visible su gesto de incomodidad. Max tenía que moderarse, rescatar el momento, así que cambió el tema
le preguntó a Eva sobre el libro que tenía al lado de la computadora.
—Es el nuevo de Romeo Noria, *El libro de mi dolor* —le dijo y se lo pasó.
Hasta ese momento, Max estaba en un extremo de la mesa y Eva en el otro, él trató de estirarse par
ncogerlo, pero no pudo, le dolió el hombro lastimado. El lugar en el que estaban no tenía ventanas, solo u
aextractor de aire que se movía lentamente. Comenzaba a hacer calor, no tanto por la luz blanca de led, sin
epor el encierro. En ese momento entró Claudia y le pidió a Eva la lista de asistentes a la exposición. Ell
arespondió que aún no había terminado de capturar las tarjetas de presentación y los nombres escritos en e
elibro de visitas. Otro momento incómodo para Max.
—Me gustaría verte más tarde, ¿puede ser? —preguntó Max al ver salir a Claudia y dejar la puert
abierta de par en par.
—No, hoy no puedo.
—¿Mañana?
—Tampoco, tengo cita con mi neuróloga.
—¿La doctora Guadalupe Carranza?
—Sí, ¿cómo sabes? —se sorprendió Eva, y Max notó que había metido la pata.
—No sé, lo intuí. ¿Quién no conoce a la doctora Carranza? Si es la mejor neuróloga del mundo —agreg
aMax, tratando de salvar el momento, sintió que comenzó a transpirar.
—Bueno, así como la mejor del mundo es una exageración, pero digamos que es buena, así a secas.
—¿Podría ir con vos? Yo también... —soltó Max y Eva lo interrumpió.
—¡Desde luego que no! —respondió Eva y de inmediato recordó a su padre. Otto siempre usaba es
frase cuando quería enfatizar algo.
—Bien, me voy —dijo Max rompiendo el silencio, y se despidió—. ¡Ciao!
—Cierra la puerta, por favor —le dijo Eva y lo vio salir.
Pensó que era un chico extraño. Hace un par de semanas el Príncipe de Roma era un *stalker* o un *seria*
a*killer* que resultó ser hijo de una pintora amiga de su mamá, que se presentaba en su trabajo así nomás y s
interesaba en todo lo de ella. Definitivamente Max Fiore era un chico diferente a los que había conocido.

—¡Qué rico! Me suena a queso fundido, pero en mi familia casi no comemos habas, lo demás sí, aunque no sé qué es el ají.

—Es como un chile.

—No sabía que en Argentina también comen chile.

—En Argentina no se come chile, por lo menos no en Buenos Aires, de donde yo vengo, pero en Perú, sí, sobre todo en la sierra, aunque es un chile que no pica tanto, no como el que probé acá en una torta ahogada...

—¡Torta ahogada! —Eva sonrió con cada palabra y Max sintió que se derretía.

—Sí, comí una recién llegamos. ¡Me regustó! También tomé tejuino. ¡Riquísimo!

—Vaya, por lo visto has... —Eva hizo una seña de llevarse pan a la boca.

—Morfado —respondió Max.

—¿Morfado?, ¿qué es eso? —Eva rio.

Max la vio aún más linda y se lo dijo. Vio otra luz en su rostro, el cabello recogido en un improvisado chongo que le dejaba caer algunos mechones en la cara, aretes plateados de bolita y blusa negra que decía en el pecho la palabra: LOVE.

—Comer, en argentino. Se le llama lunfardo —tradujo Max y agregó—: ¡qué linda sos cuando sonreís!

Después de esas palabras dichas desde el corazón, Eva guardó silencio, se acomodó en su asiento y fue visible su gesto de incomodidad. Max tenía que moderarse, rescatar el momento, así que cambió el tema y le preguntó a Eva sobre el libro que tenía al lado de la computadora.

—Es el nuevo de Romeo Noria, *El libro de mi dolor* —le dijo y se lo pasó.

Hasta ese momento, Max estaba en un extremo de la mesa y Eva en el otro, él trató de estirarse para cogerlo, pero no pudo, le dolió el hombro lastimado. El lugar en el que estaban no tenía ventanas, solo un extractor de aire que se movía lentamente. Comenzaba a hacer calor, no tanto por la luz blanca de led, sino por el encierro. En ese momento entró Claudia y le pidió a Eva la lista de asistentes a la exposición. Ella respondió que aún no había terminado de capturar las tarjetas de presentación y los nombres escritos en el libro de visitas. Otro momento incómodo para Max.

—Me gustaría verte más tarde, ¿puede ser? —preguntó Max al ver salir a Claudia y dejar la puerta abierta de par en par.

—No, hoy no puedo.

—¿Mañana?

—Tampoco, tengo cita con mi neuróloga.

—¿La doctora Guadalupe Carranza?

—Sí, ¿cómo sabes? —se sorprendió Eva, y Max notó que había metido la pata.

—No sé, lo intuí. ¿Quién no conoce a la doctora Carranza? Si es la mejor neuróloga del mundo —agregó Max, tratando de salvar el momento, sintió que comenzó a transpirar.

—Bueno, así como la mejor del mundo es una exageración, pero digamos que es buena, así a secas.

—¿Podría ir con vos? Yo también... —soltó Max y Eva lo interrumpió.

—¡Desde luego que no! —respondió Eva y de inmediato recordó a su padre. Otto siempre usaba esa frase cuando quería enfatizar algo.

—Bien, me voy —dijo Max rompiendo el silencio, y se despidió—. ¡Ciao!

—Cierra la puerta, por favor —le dijo Eva y lo vio salir.

Pensó que era un chico extraño. Hace un par de semanas el Príncipe de Roma era un *stalker* o un *serial killer* que resultó ser hijo de una pintora amiga de su mamá, que se presentaba en su trabajo así nomás y se interesaba en todo lo de ella. Definitivamente Max Fiore era un chico diferente a los que había conocido.

34

Esa noche, Eva cenó frente a su computadora, se llevó un par de quesadillas de tortillas de harina a su escritorio. Con el libro de Romeo Noria al lado, revisó su correo electrónico. La casa estaba en silencio su papá aún no llegaba y Julia trabajaba en su estudio. Dana entró un momento a preguntarle si quería ver la tele con ella. Estrenaban la tercera temporada de *Black Mirror*. Eva le dijo que no, que tenía mucho trabajo. «Ay sí, qué interesante soy», dijo Dana fingiendo la voz, y recibió por respuesta un: «Cierra la puerta».

Eva tenía en su bandeja de entrada un correo de Romero Noria y quería responderle, darle sus primeras impresiones de *El libro de mi dolor*, una biografía reveladora de Amado Nervo, en la que Noria narraba los últimos años de vida del poeta, marcados por la muerte de quien fue su musa y gran historia de amor: Ana Cecilia Dailliez, «la amada inmóvil». Eva le escribió que estaba a punto de terminarlo, que ahora entendía mejor los poemas de Nervo. También le externó que siempre era un gusto ser una de sus primeras lectoras. Terminó el *mail* confesándole que el fin de semana pasado había conocido su casa de la infancia y que ese día había conocido a un chico argentino.

Terminó de escribir y volvió a leer, revisó que la ortografía fuera correcta y las comas estuvieran en su lugar. A veces parecía que le habían dado un costal de comas y las acomodaba indiscriminadamente aquí y allá. Recordó qué le había dicho Karina Amador cuando revisó su ensayo sobre Rulfo. Evocar a su tutora la hizo recordar que aún no revisaba sus resultados de Robótica y Matemáticas. Se dijo a sí misma que mañana lo haría, no podía dejar pasar un día más. Volvió a leer el *mail* para Romeo Noria y, antes de enviarlo, borró el comentario sobre el chico argentino. Recordó la conversación de esa tarde en la galería y de nuevo fue inevitable comparar el asado de carne en familia con la comida del domingo en casa de sus abuelos, casi siempre pollo rostizado o enchiladas de pollo compradas en algún sitio. También recordó la llamada por teléfono de esa mañana con su *oma* Clara, quien le dijo que le daría mucho gusto verla a fin de mes. También era el fin de las vacaciones, y eso llevó a Eva a recordar a Capi. «¿Será tan bueno Capi para asar carne como el Príncipe de Roma?». Quiso creer que sí. Recordó los ojos de Max, a pesar de que eran serenos, había algo que la inquietaba. La mirada de Max Fiore desnudaba el alma.

Aunque llovía y eso la arrullaba, Eva presintió que esa noche no dormiría bien. Hacía calor y, contrario a lo que le había dicho el doctor Sandoval, entre más avanzaba el embarazo de Cala, más se pegaba a ella en las noches. Volteó la silla de su escritorio y la miró en la cama. Por lo menos tenía a alguien que la esperaba. Eva no supo por qué volvió a pensar en Capi, fue un recuerdo de abrazos que le humedeció el cuerpo y al final de esa añoranza también se le humedecieron los ojos. A punto de llorar, abrió su diario y ya en la

última página que le quedaba escribió, grande y al centro, el siguiente verso de Amado Nervo:

«Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!».

última página que le quedaba escribió, grande y al centro, el siguiente verso de Amado Nervo:

«Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!».

35

El nombre de Eva Otero hizo eco en cada rincón del hospital. Tenía unos minutos hablando con Max Fiore en la sala de espera de la doctora Carranza. Ella se sorprendió al verlo. De pronto se sintió perseguida, vulnerable, como si ese chico supiera todo de ella. Él, al verla llegar, se puso de pie, brazo en cabestrillo, y pudo notar en el rostro de Eva que estaba contrariada. Sabía que algo así sucedería, por lo que había pensado en darle una explicación en caso de ser necesario.

—Hola.

—Hola. No sabía que también estabas mal de la cabeza —dijo Eva.

—Vine con mi doctor y aproveché para venir a verte. Recuerda que nos conocimos en este hospital.

—Claro, lo recuerdo.

«¡Eva Otero!», volvió a escuchar y respondió con un seco: «Voy». Después le dijo a Max que tenía que irse y se despidió. Como un *déjà vu*, la vio cruzar la misma puerta que meses antes, y la imaginó caminando segura de sí misma por el pasillo donde colgaban litografías en blanco y negro de ciudades desconocidas hasta llegar a la puerta que decía: «Dra. Guadalupe Carranza. Neuróloga», y tocar.

Era como volver a vivir la escena de cuando se vieron por primera vez, pero ahora solo ellos dos. Max volvió a ocupar su asiento y de pronto no supo qué seguía. La distancia entre ellos de nuevo era como una abismal barranca. Eva seguía desconcertada, Max lo intuía. Parecía que todo el camino andado por él se hubiera borrado en cuanto ella entró por la puerta que llevaba hasta los consultorios y lo miró antes de seguir su camino.

La doctora Carranza recibió a Eva como siempre, cortés pero distante, como era su carácter. De inmediato le preguntó cuál medicamento había olvidado tomar y dónde se había golpeado. Le preguntó dónde estaba su mamá y se respondió a sí misma que seguramente en otro viaje de trabajo.

—Ya se está haciendo costumbre que vengas sola —le dijo con su característico sarcasmo. Luego abrió el expediente y, a punto de tomar nota, Eva la interrumpió.

—No vengo a hablar de mí, doctora, sino de mi madre Helena. Sé que usted la conoció.

—Por supuesto que la conocí, cómo olvidar a Helena Solís. —La doctora Carranza moduló una media sonrisa, se quitó los lentes, puso ambas manos sobre su escritorio y continuó—. Dime, ¿qué quieres saber?

Una hora más tarde, Eva salió del consultorio, Max la vio venir y no supo si estaba a punto de llorar de tristeza o de rabia. Caminó hacia él y volvió a decirle que qué estaba haciendo ahí, si la estaba persiguiendo que la dejara en paz, que no podía seguir acosándola. De algún modo, Max pensaba que era su primera pelea de enamorados y mientras Eva desquitaba su furia con él. Entonces, de nuevo escuchó su nombre en

la recepción. «¿Eva Otero? Son mil quinientos pesos de la consulta». Eva se quedó helada, nunca había pagado una consulta con su neuróloga y no traía dinero suficiente, es más ni siquiera sabía cuánto costaba una visita a la doctora Guadalupe Carranza y no había sido una consulta, sino una plática. «La vez anterior que vine con Nabor, la neuróloga habló por teléfono con mi mamá, y seguramente ella le hizo una transferencia», pensó.

—Pero si no me hizo nada, ni resonancia ni exámenes ni nada —se defendió Eva frente al mostrador.

—Permíteme —le dijo la recepcionista, una chica cara de luna con el cabello recogido, por el teléfono interno le llamó a la especialista—. Me dice la doctora que por esta ocasión solo son mil pesos.

Eva sintió que estaba a punto de llorar de rabia. «Qué vergüenza y enfrente del Príncipe de Roma», se dijo. Lo más sencillo habría sido marcarle a su papá o a su mamá y decirles que le depositaran a su neuróloga, pero no había ido a una consulta médica, sino a investigar sobre su madre biológica, y eso sus padres no lo sabían. Tampoco quería dar explicaciones ni justificar por qué había ido a ver a la doctora Carranza. No traía esa cantidad de dinero, pero Max sí.

—¿Cuánto decís? —Se acercó al mostrador y sacó su gastada billetera de cuero café. De ella extrajo una tarjeta de crédito—. Por favor —le dijo a la chica rubicunda y le extendió el plástico.

—Solo efectivo, hoy se me descompuso la terminal.

—Cóbrese —dijo Max y sacó dos billetes de quinientos pesos.

—¡Muchas gracias! Te juro que te los voy a pagar. Si me acompañas al cajero te los doy. No sabía que me cobraría, si solo vine a hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas? Vos tardaste una hora allí adentro. Mi madre que es analista, por menos tiempo te cobra esa plata, y por su silencio. Vos hablá y hablá y ella solo escuchá —dijo Max riendo un poco por la situación—. Dale, vamos, te llevo a casa.

Eva no tuvo más remedio que bajar la guardia, por primera vez en su vida se sintió protegida, acompañada, Max la había rescatado y no sabía cómo corresponder o qué más decir. Salieron a la calle y el sol aún resplandecía. Era un sol de verano, tan vivo como sus dolores y alegrías.

—¿Y tu coche? —preguntó Eva al ver que seguían caminando.

—¿Coche?, no tengo.

—¿¡Cómo!? ¿Entonces cómo me vas a llevar a mi casa?

—Andando —respondió Max sin detenerse. Eva había quedado a dos metros de él.

—¡¿Andando?! ¿Estás loco? —Eva veía cómo Max se alejaba.

—Dale, vení. Caminar es lo más natural del mundo. Las aves vuelan porque tienen alas, los humanos caminamos porque tenemos piernas. Tu casa está a menos de una hora caminando. Vení.

Eva sabía que no estaban lejos, sabía que Max tenía la razón, la tarde era hermosa y ella nunca había hecho ese trayecto caminando, ni ningún otro. Miró que Max se había detenido antes de llegar a la esquina y le tendía la mano. Hasta ese momento notó lo alto y delgado que era, el cabello más rubio que el de ella, enmarañado más que el de ella. Max llevaba puesta la camiseta verde perico con la que lo conoció. Notó que estaba rota en la espalda, a la altura del omóplato derecho. Volvió a ver las cicatrices en sus brazos y un tatuaje en el izquierdo.

—Ahora soy yo quien lleva cabestrillo, ¿lo notás? —dijo Max acercándose a ella.

—Obvio —respondió Eva—. También noto el tatuaje de serpiente en tu brazo.

—¡Vos sabés! —dijo Max entusiasmado.

—Obvio —contestó Eva—, leí *El Principito*, «no representa un sombrero, es una serpiente que se tragó un elefante», o algo así dice, ¿no?

Max sintió que el cuerpo se le llenaba de vida. Definitivamente Eva era su alma gemela, pensó cuando se detuvo a mitad de camino. Faltaban unos pasos para llegar a ella. Estaban en la banqueta, entre la sombra de los árboles.

—Vení, acá te espero —le dijo Max y la vio caminar hasta llegar a su lado.

Realmente Eva no conocía la ciudad, no sabía por dónde seguir. Había hecho ese trayecto cientos de veces pero en auto, por lo que Max sacó su celular y le pidió a Google Maps la mejor ruta para seguir caminando. Siguieron por las calles del fraccionamiento Monraz y al pasar por la iglesia San Martín de Porres, Eva le dijo que ahí, los domingos, se ponían unos lonches de lomo buenísimos. Su papá a veces también los compraba para llevar a su casa.

La ruta marcaba que en cuarenta y cinco minutos estarían en casa de Eva, sin embargo, ese tiempo se le

ahizo un suspiro al lado de Eva, por lo que Max buscó un camino más largo. Pasaron por una heladerí
aDolphi y él le preguntó si quería uno. Eva se decidió por el clásico helado de fresa, su favorito. Para ella er
rinevitable comparar a Max con Capi y lo que estaba viviendo. Recordar aquella primera cita que tuvo co
aCapi también en una Dolphi. «De nuevo un helado en la primera cita» pensó, y luego rectificó. «Pero est
no es una cita».

—¿Qué pasa? —preguntó Max—. De pronto te fuiste.

o —No, nada, solo pensaba. Pensaba en... nada en especial. —Lo miró de frente. Los labios carnosos
rosados, la nariz grande.

e Eva no supo cuántos minutos pasaron en silencio, los suficientes como para contar las cicatrices de su
ıbrazos hasta encontrar esa mirada que no solo la desnudaba, llegaba hasta el fondo de un sitio que ell
smisma desconocía.

a —Tu helado —señaló Max.

—Demonios —exclamó Eva al ver que se le derretía y le chorreaba la mano.

a Siguieron caminando, hablaron de arte, lo poco que Eva había aprendido en la galería. Entre l
caminata y los semáforos, caminaban dándole la espalda al atardecer. Discutieron sobre mascotas: quiéne
eran mejores, los gatos o los perros. Eva le contó que Cala estaba embarazada, le precisó la fecha de cuánd
nacerían los «coyotitos», sin saber que estarían a punto de perderlos. Cuando amplió el relato y le contó l
ehistoria del coyote en Tapalpa, evitó mencionar a Capi, no supo por qué no quería nombrarlo frente a Max
Él le dijo que Runa estaba operada, que nunca había sido madre. Luego dialogaron sobre la pertinencia d
eoperar o no a las mascotas, si la incidencia de los humanos era por protegerlos o «por hacernos la vida má
aamable les cambiamos su naturaleza», apuntó Eva, que se apresuraba por seguir el paso largo de Max. En
los momentos de silencio, le era inevitable pensar en Capi, luego sacudía la cabeza como si así pudier
ı,librarse del recuerdo, la primera cita con uno y con el otro. Hablaron también de sus respectivas ciudades
-lpaíses. Él le dijo que el tejuino era riquísimo. «¿El qué?», preguntó Eva, y Max le explicó. Como ell
tampoco conocía el Estadio Jalisco, Max concluyó que no conocía su propia ciudad, y se lo dijo. Cuand
abordaron el tema del clima, comenzó a nublarse. Iban por avenida Terranova y José María Vigil, en u
abrir y cerrar de ojos el cielo se oscureció, entonces Eva le pidió que pararan un taxi.

—¿Cuántas veces te has mojado camino a tu casa después de comer helado de frutilla?

—¡Nos vamos a mojar! —exclamó ella.

—¿Y? Sigamos, no es lluvia ácida, solo tiene un poco de, qué se yo. Alcánzame —dijo Max y corrió a
sparque Rubén Darío.

—¡Max, Max! —Eva fue tras él y un minuto después se soltó el chubasco.

a Terminaron sentados en el pasto mojado. Vieron cómo prendían las luces del parque, a la gente qu
ı,corría, algunos con el portafolio sobre la cabeza, para guarecerse de la lluvia. Vieron cómo el tráfico d
ı,pronto se volvió caótico y comenzaron a sonar los cláxones. Se miraron uno al otro, empapados. Luego Ev
óse recostó boca arriba, miró al cielo, era negro y la lluvia caía en picada. Una ráfaga simple de felicidad l
ninvadió. En esos momentos, ya nadie se acordaba de Capi. Excepto Paloma.

a

o
a

e
r
e
s

e

hizo un suspiro al lado de Eva, por lo que Max buscó un camino más largo. Pasaron por una heladería Dolphi y él le preguntó si quería uno. Eva se decidió por el clásico helado de fresa, su favorito. Para ella era inevitable comparar a Max con Capi y lo que estaba viviendo. Recordar aquella primera cita que tuvo con Capi también en una Dolphi. «De nuevo un helado en la primera cita» pensó, y luego rectificó. «Pero esto no es una cita».

—¿Qué pasa? —preguntó Max—. De pronto te fuiste.

—No, nada, solo pensaba. Pensaba en... nada en especial. —Lo miró de frente. Los labios carnosos y rosados, la nariz grande.

Eva no supo cuántos minutos pasaron en silencio, los suficientes como para contar las cicatrices de sus brazos hasta encontrar esa mirada que no solo la desnudaba, llegaba hasta el fondo de un sitio que ella misma desconocía.

—Tu helado —señaló Max.

—Demonios —exclamó Eva al ver que se le derretía y le chorreaba la mano.

Siguieron caminando, hablaron de arte, lo poco que Eva había aprendido en la galería. Entre la caminata y los semáforos, caminaban dándole la espalda al atardecer. Discutieron sobre mascotas: quiénes eran mejores, los gatos o los perros. Eva le contó que Cala estaba embarazada, le precisó la fecha de cuándo nacerían los «coyotitos», sin saber que estarían a punto de perderlos. Cuando amplió el relato y le contó la historia del coyote en Tapalpa, evitó mencionar a Capi, no supo por qué no quería nombrarlo frente a Max. Él le dijo que Runa estaba operada, que nunca había sido madre. Luego dialogaron sobre la pertinencia de operar o no a las mascotas, si la incidencia de los humanos era por protegerlos o «por hacernos la vida más amable les cambiamos su naturaleza», apuntó Eva, que se apresuraba por seguir el paso largo de Max. En los momentos de silencio, le era inevitable pensar en Capi, luego sacudía la cabeza como si así pudiera librarse del recuerdo, la primera cita con uno y con el otro. Hablaron también de sus respectivas ciudades y países. Él le dijo que el tejuino era riquísimo. «¿El qué?», preguntó Eva, y Max le explicó. Como ella tampoco conocía el Estadio Jalisco, Max concluyó que no conocía su propia ciudad, y se lo dijo. Cuando abordaron el tema del clima, comenzó a nublarse. Iban por avenida Terranova y José María Vigil, en un abrir y cerrar de ojos el cielo se oscureció, entonces Eva le pidió que pararan un taxi.

—¿Cuántas veces te has mojado camino a tu casa después de comer helado de frutilla?

—¡Nos vamos a mojar! —exclamó ella.

—¿Y? Sigamos, no es lluvia ácida, solo tiene un poco de, qué se yo. Alcánzame —dijo Max y corrió al parque Rubén Darío.

—¡Max, Max! —Eva fue tras él y un minuto después se soltó el chubasco.

Terminaron sentados en el pasto mojado. Vieron cómo prendían las luces del parque, a la gente que corría, algunos con el portafolio sobre la cabeza, para guarecerse de la lluvia. Vieron cómo el tráfico de pronto se volvió caótico y comenzaron a sonar los cláxones. Se miraron uno al otro, empapados. Luego Eva se recostó boca arriba, miró al cielo, era negro y la lluvia caía en picada. Una ráfaga simple de felicidad la invadió. En esos momentos, ya nadie se acordaba de Capi. Excepto Paloma.

36

Paloma llegó de trabajar casi a la media noche. Ese día había sido el peor de su vida. Estaba cansada hast los huesos, a pesar de que se había tomado dos capuchinos no sentía que la cafeína hubiera hech efecto. El último la hizo vomitar. Paloma lo atribuyó a una leche echada a perder. Además, seguramente s había mareado por el coraje que la hizo pasar la Güera Morquecho, amiga de su mamá, tan bronceada maquillada que parecía salida de un cómic. Justo al terminar de atenderla en la caja, después de cambia tres veces la orden y pedir un panqué *light* de naranja, la señora la felicitó por comenzar a trabajar en *s* empresa desde abajo, solo así podría conocer a todos sus empleados. Pola se quedó en *shock*, ya alguien l había contado que su mamá decía que habían comprado parte de Starbucks, por eso es que su hija trabajab ahí. «Entonces es cierto», se dijo y odió a su mamá.

Llegó a su casa y no había nadie. Fue por agua a la cocina, se tiró en el sillón y, con el control remot prendió la tele. Hizo un poco de *zapping* cuando escuchó ese tono de su celular que tenía casi olvidado, qu no sonaba desde meses atrás. El tono de gaitas la hizo brincar de su asiento y buscar su celular entre lo cojines.

Hola.

¿Capi? ¿Dónde estás? Hace meses que no sabemos de ti.

No exageres. ¿Cómo estás?

Bien. Sacada de onda porque nadie sabe nada de ti. ¿Dónde estás?

No te lo puedo decir. ¿Cómo está Eva?

Bien. ¡Superbien!

¿De quién te escondes? No estás en Australia, ¿verdad?

No te lo puedo decir. Me dijeron que Eva está trabajando o algo así.

Joana Roca, ¿verdad?

Pronto voy a volver. Dile a Eva que pronto voy a volver.

Díselo tú, Capi. Escríbele tú mismo, no quiero ser más tu tapadera.

Pola, la extraño horrible. Dime que está bien.

Nadie sabe nada de ti y de pronto apareces conmigo. Eva está bien.

¿Me extraña? ¿No ha dejado de amarme?

Pregúntaselo tú mismo.

Eso fue lo último que se escribieron. Después vino de nuevo la oscuridad solo irrumpida por la luz de televisor. Paloma se sintió fatal, pensó en escribirle a Eva en ese mismo momento, pero se arrepintió. Lo haría al día siguiente. Se sentía tan cansada que solo quería irse a la cama en ese instante. Apagó la televisión y la oscuridad fue total. El silencio la invadió. Se sintió tan sola, que se preguntó dónde estaban sus padres en ese momento. Bueno, su mamá seguía en Estados Unidos; ¿su papá? No quiso seguir pensando más. Necesitaba dormir, no un buen baño como salía en las películas. «¿Quién quiere bañarse a última hora del día?», se dijo. «Yo lo que quiero ahora es mi cama y si se pudiera, un abrazo de Guilli» murmuró y se fue a dormir.

A la mañana siguiente despertó tarde, su padre ya se había ido y la casa estaba casi en silencio, con excepción de los ruidos que venían del jardín, Martín estaba duro y dale con la podadora, Paloma juraría que seguía siendo de noche. Revisó su celular y recordó los mensajes de Capi. Fue a WhatsApp a ver si no lo había soñado. No. Ahí seguían. Además, uno de Eva, otro de Majo y varios de Guilli. Comenzó por el último.

Ahora sí necesitaba un baño para despertar. Se metió a la regadera y salió en menos de diez minutos. Se puso una blusa a cuadros azules y blancos, jeans y unos Adidas también azules, viejos pero cómodos. Había quedado de comer con Guilli en su nuevo trabajo, en el Magno Brasserie. Salió corriendo de su cuarto. Se tomó de un trago un licuado de avena y le dijo a Martín que le pasara las llaves del Jetta. Antes de ir con Guilli quería ir a la galería, ver a Eva y contarle de Capi, y ver qué plan harían con Majo.

Ni Paloma ni Majo ni Eva sabían que a partir de ese día, o quizá desde unos días antes, todo comenzaba a torcerse. La paz veraniega que habían vivido las últimas semanas estaba a punto de llegar a su fin. Caminó a la zona de Chapultepec, Paloma se perdió, y esa vuelta que la hizo llegar hasta Federalismo la hizo cambiar de planes o no llegaría a tiempo con Guilli. Él había sido muy claro, solo tenía media hora para comer y su jefe era muy estricto con la puntualidad. Paloma llegó en punto de la una de la tarde y Guilli estaba de muy mal humor.

—¡Odio este lugar!

—Bebito, ¿qué pasó?

—No me digas así, no aquí, todo mundo te va a escuchar. Tengo dos semanas y sigo de lavaplatos, lava ollas, lava sartenes, lava todo. —Guilli vestía una filipina blanca, manchada y remangada. Recibió a Paloma en la puerta trasera de la cocina—. No me han dejado ni siquiera acercarme a la estufa...

—Bebito, no te desesperes. ¿Ya regresó tu jefe?

—¿Paul? Paul es mi jefe, no al que dejó a cargo. No, aún no regresa de vacaciones, creo que lo esperan para la próxima semana.

—Recíbelo con uno de tus platillos, ¿qué te parece? Averigua el día que llega y cocina tú. Estoy segura de que le encantará.

—¡Flaca!, eres lo máximo, ¿sabías? Veré cómo le hago para cocinar, si te digo que no me dejan ni acercarme a la estufa.

—Cocina en tu casa y aquí calientas.

—¿En mi casa? Imposible, mi papá está cada día peor, no sabes cómo me caga —afirmó Guilli y empuñó las manos. Se quitó la gorra que le había reglado Paloma y se limpió la frente con el antebrazo. Volvió a colocarse la gorra—. Vamos a comer, antes de que se me acabe el tiempo.

Se sentaron en una mesa de acero inoxidable, junto a otros tres ayudantes de cocina que, en cuanto vieron a Paloma, murmuraron entre ellos. Luego rieron y el más moreno retó a Guilli con la mirada. Pero el novio de Pola no hizo caso, siguió en lo suyo: comerían arroz con frijoles y, como segundo plato, enchilada de pollo. No quiso preocupar más a Paloma, contarle que para los demás ayudantes de cocina él era el recomendado, y que si por ellos fuera, lo dejarían de lavaplatos por siempre. Paloma no notó nada extraño también se arremangó la blusa y, antes de disponerse a comer, echó un último vistazo a la cocina, la vio impecable, algunas ollas colgaban de ganchos y sobre la estufa había otras a fuego lento, que despedían vapores para retar el apetito. La comida le supo a gloria. Desde que Guilli ya no trabajaba en Starbucks Paloma comía muy mal: tacos, sándwiches y más tacos.

Una hora más tarde, Eva esperaba que llegara Paloma por ella para ir a comer. Moría de hambre. Le mandó un WhatsApp apurándola. Seguía en el almacén de la galería capturando información de las obras que tenían: tomaba nota de medidas, técnicas, autores. Las pinturas que sí tenían marco y las que no. Más que asistente de Mimí, Eva era ayudante de Claudia. Después de la adrenalina de la exposición de Killa

Kusi, Eva sentía que el trabajo en la galería se había vuelto el más aburrido del mundo, por suerte solo le quedaba poco más de una semana de trabajo. Por fin, a las dos y cuarto le llegó un mensaje de Paloma. Ya estaba abajo.

—¿Vamos a Vía Libertad? —propuso Eva.

—Ya comí, pero vamos.

—¡¿Cómo que ya comiste?!

—Comí con Guilli, unas enchiladas buenísimas. Pero vamos, algo me tomaré, no te preocupes. Sube, tengo algo mostrarte —dijo Paloma mientras abría su celular para mostrarle a Eva la conversación que había tenido con Capi.

—Estaciona el coche y vamos caminando.

—¿Con este sol, baby?

—Pola, Vía Libertad está a siete calles. Vamos caminando. Si las aves vuelan porque tienen alas nosotras, que tenemos pies, vayamos caminando.

—Okey —exclamó Paloma y se estacionó a la vuelta.

Camino a Vía Libertad, Eva le dijo a Paloma que le dolía un poco la garganta, sobre todo al tragar. Le contó que el día anterior se había mojado. No quería pensar en un resfriado, pero si así fuera, habría valido la pena. Le contó a grandes rasgos lo que había platicado con la doctora Carranza, y reiteró que la odiaba. Eva no sabía por qué evitaba nombrar a Max, como si con pronunciarlo le fuera infiel a alguien o a algo. Hasta que por fin lo dijo al llegar al mercado de comidas.

—Ayer vi al Príncipe de Roma...

—¿A Max? —interrumpió Pola.

—Sí, ayer vi a Max Fiore.

—Me acabas de decir que fuiste con tu doctora y que al salir de ahí te agarró la lluvia.

—Él me acompañó con la neuróloga —dijo Eva y se sentó en una mesa de la terraza, donde servían hamburguesas y pizzas. Eva pediría una pizza para compartirla con Paloma.

—¡Baby, ya te acompaña con la doctora y todo! Sos rápida, nena —Pola habló con acento argentino la última frase.

Eva le contó que la había rescatado de pagar la cuenta, que ahora le debía mil pesos. Le dijo que se fueron caminando desde el Hospital del Carmen hasta su casa, que en el camino encontraron la noche y que los había sorprendido la lluvia. Había algo en las palabras de Eva que no dejaban de tener cierta culpa, pero también asombro. Paloma conocía muy bien a su mejor amiga y Eva era tan transparente como un cristal a través del tiempo. También la notó feliz y decidió guardar silencio respecto a Capi.

—¿Qué querías mostrarme? —preguntó Eva al tiempo que llegaba la pizza de peperoni y un vaso de agua de limón con chía.

—Nada importante —mintió Pola y ahora ella se sintió culpable—, quería que habláramos de Majo, ¿te avisó que llega el fin de semana?

—Sí, ya la extraño. También me sorprendió que haya cortado con Santiago.

—Más bien, que Santiago la terminó a ella. Ese par son... —Paloma no mencionó a Capi, pero Eva sabía muy bien a quién se refería—, mira que terminarla por WhatsApp, ¡qué poca!

—Sí, horrible. Ni me digas, que estoy en *shock*, ya me imagino cómo estará Majo. Yo por lo pronto no he sabido nada de él, ni del otro par. —Eva evitó decir el nombre de su ex. Condimentó su porción de pizza con salsa Valentina y jugo Maggi, y le dio una primera mordida a su triángulo—. Desde aquel mensaje que me envió Santiago preguntándome por una navajita suiza no he sabido nada de él. ¡Ah! Tampoco de Esteban, como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Seguirá en Vango?

—Yo creo que sí —dijo Eva—. Ya aparecerá.

Kusi, Eva sentía que el trabajo en la galería se había vuelto el más aburrido del mundo, por suerte solo le quedaba poco más de una semana de trabajo. Por fin, a las dos y cuarto le llegó un mensaje de Paloma. Ya estaba abajo.

—¿Vamos a Vía Libertad? —propuso Eva.

—Ya comí, pero vamos.

—¡¿Cómo que ya comiste?!

—Comí con Guilli, unas enchiladas buenísimas. Pero vamos, algo me tomaré, no te preocupes. Sube, tengo algo mostrarte —dijo Paloma mientras abría su celular para mostrarle a Eva la conversación que había tenido con Capi.

—Estaciona el coche y vamos caminando.

—¿Con este sol, baby?

—Pola, Vía Libertad está a siete calles. Vamos caminando. Si las aves vuelan porque tienen alas, nosotras, que tenemos pies, vayamos caminando.

—Okey —exclamó Paloma y se estacionó a la vuelta.

Camino a Vía Libertad, Eva le dijo a Paloma que le dolía un poco la garganta, sobre todo al tragar. Le contó que el día anterior se había mojado. No quería pensar en un resfriado, pero si así fuera, habría valido la pena. Le contó a grandes rasgos lo que había platicado con la doctora Carranza, y reiteró que la odiaba. Eva no sabía por qué evitaba nombrar a Max, como si con pronunciarlo le fuera infiel a alguien o a algo. Hasta que por fin lo dijo al llegar al mercado de comidas.

—Ayer vi al Príncipe de Roma…

—¿A Max? —interrumpió Pola.

—Sí, ayer vi a Max Fiore.

—Me acabas de decir que fuiste con tu doctora y que al salir de ahí te agarró la lluvia.

—Él me acompañó con la neuróloga —dijo Eva y se sentó en una mesa de la terraza, donde servían hamburguesas y pizzas. Eva pediría una pizza para compartirla con Paloma.

—¡Baby, ya te acompaña con la doctora y todo! Sos rápida, nena —Pola habló con acento argentino la última frase.

Eva le contó que la había rescatado de pagar la cuenta, que ahora le debía mil pesos. Le dijo que se fueron caminando desde el Hospital del Carmen hasta su casa, que en el camino encontraron la noche y que los había sorprendido la lluvia. Había algo en las palabras de Eva que no dejaban de tener cierta culpa, pero también asombro. Paloma conocía muy bien a su mejor amiga y Eva era tan transparente como un cristal a través del tiempo. También la notó feliz y decidió guardar silencio respecto a Capi.

—¿Qué querías mostrarme? —preguntó Eva al tiempo que llegaba la pizza de peperoni y un vaso de agua de limón con chía.

—Nada importante —mintió Pola y ahora ella se sintió culpable—, quería que habláramos de Majo, ¿te avisó que llega el fin de semana?

—Sí, ya la extraño. También me sorprendió que haya cortado con Santiago.

—Más bien, que Santiago la terminó a ella. Ese par son… —Paloma no mencionó a Capi, pero Eva sabía muy bien a quién se refería—, mira que terminarla por WhatsApp, ¡qué poca!

—Sí, horrible. Ni me digas, que estoy en *shock*, ya me imagino cómo estará Majo. Yo por lo pronto no he sabido nada de él, ni del otro par. —Eva evitó decir el nombre de su ex. Condimentó su porción de pizza con salsa Valentina y jugo Maggi, y le dio una primera mordida a su triángulo—. Desde aquel mensaje que me envió Santiago preguntándome por una navajita suiza no he sabido nada de él. ¡Ah! Tampoco de Esteban, como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Seguirá en Vango?

—Yo creo que sí —dijo Eva—. Ya aparecerá.

31

No hay peor ausencia que los vacíos del corazón. Ahí donde antes latía algo grande y poderoso, ahora hay rabia y olvido
Escribo para no olvidarte o quizá para no olvidar quién soy. Escribo, sobre las primeras páginas de mi nueva libreta, m
razón de ser y sentir. Una instantánea para guardar en la memoria. Cada día que pasa recuerdo menos sus manos, su
tacto, la fuerza con la que me miraba y el hielo de sus labios. ¿Será que poco a poco la imagen de Capi se ir
desdibujando en mí como pasó con mi madre Helena?

Resultó que la doctora Carranza también fue su neuróloga. Que la trató durante diez largos años hasta que Helen
Solís decidió irse de Guadalajara, abandonarme, dejar el tratamiento, a la doctora, y de paso, «robar», así me lo dijo l
neuróloga, su expediente con miles de anotaciones que ahora servirían mucho para mi tratamiento. La epilepsia n
siempre es hereditaria, pero a mí me tocó. «La epilepsia es un padecimiento físico, no una enfermedad mental», hizo
hincapié la doctora, aunque a veces mi madre actuaba como una loca, agregó.

Si mis padres supieran que escondí a Capi en la casa de mi *oma* y que intenté ayudarlo a escapar, ¿pensarían también
que actúo como una loca? Creo que sí. Pero yo lo volvería a hacer. Volvería a dar todo por el amor de mi vida, aunque es
amor durara únicamente tres días. Aunque después solo hubiera silencio y espera. Rabia y dolor. Lo dejo escrito en esta
páginas, para que mi memoria tenga un registro de papel, ante el vacío, el gran abismo que dejó su ausencia.

31

No hay peor ausencia que los vacíos del corazón. Ahí donde antes latía algo grande y poderoso, ahora hay rabia y olvido. Escribo para no olvidarte o quizá para no olvidar quién soy. Escribo, sobre las primeras páginas de mi nueva libreta, mi razón de ser y sentir. Una instantánea para guardar en la memoria. Cada día que pasa recuerdo menos sus manos, su tacto, la fuerza con la que me miraba y el hielo de sus labios. ¿Será que poco a poco la imagen de Capi se irá desdibujando en mí como pasó con mi madre Helena?

Resultó que la doctora Carranza también fue su neuróloga. Que la trató durante diez largos años hasta que Helena Solís decidió irse de Guadalajara, abandonarme, dejar el tratamiento, a la doctora, y de paso, «robar», así me lo dijo la neuróloga, su expediente con miles de anotaciones que ahora servirían mucho para mi tratamiento. La epilepsia no siempre es hereditaria, pero a mí me tocó. «La epilepsia es un padecimiento físico, no una enfermedad mental», hizo hincapié la doctora, aunque a veces mi madre actuaba como una loca, agregó.

Si mis padres supieran que escondí a Capi en la casa de mi *oma* y que intenté ayudarlo a escapar, ¿pensarían también que actúo como una loca? Creo que sí. Pero yo lo volvería a hacer. Volvería a dar todo por el amor de mi vida, aunque ese amor durara únicamente tres días. Aunque después solo hubiera silencio y espera. Rabia y dolor. Lo dejo escrito en estas páginas, para que mi memoria tenga un registro de papel, ante el vacío, el gran abismo que dejó su ausencia.

38

Max necesitaba un villano. Alguien a quien los personajes de El Gran Circo Volta se enfrentaran. No quería un tipo muerto de risa como el Guasón, sino alguien más cercano, el villano que todos vemos a diario y no nos damos cuenta de que es él. Un villano sin caretas ni disfraces ni maquillajes estrafalarios. Alguien perverso y sin escrúpulos. Entonces recordó las conversaciones de sobremesa en su casa, donde se respiraba la política. Sus madres habían sido luchadoras sociales en sus respectivos países. Silvina había perdido a su hermano mayor en la dictadura militar argentina. Los «milicos», como les decían a los militares, una noche habían allanado su casa y se habían llevado a su padre y a su hermano. Una semana después, solo el padre había vuelto, maltrecho pero vivo. Silvina tenía siete años de edad.

El caso de Killa fue peor. El movimiento terrorista Sendero Luminoso, una noche de invierno, arrasó con la comunidad donde vivía Killa, en Cusco. En ese ataque murieron sus padres y tanto Killa como sus cuatro hermanos quedaron al cuidado de una abuela. Los niños y los viejos fueron los únicos sobrevivientes de esa masacre, según le contaba su mamá a Max. Los años setenta y ochenta del siglo pasado fueron décadas de dictaduras y terrorismo en Latinoamérica.

Max Fiore creció escuchando a diario todas estas historias, viendo los noticieros de televisión y los titulares de los periódicos, yendo a marchas, de la mano de sus madres, desde pequeño. Sin embargo, el enemigo ahora no eran los milicos o los terroristas ni las largas dictaduras, sino los políticos que la propia gente encumbraba en altos puestos de poder. Gente como cualquiera, de traje y corbata. Líderes que no empuñaban armas, pero que modificaban constituciones y se aliaban con otros tan poderosos como ellos: los empresarios. «La oligarquía rapaz que arrasa con todo», escribió Max en su cuaderno de dibujo y comenzó a trazar la figura del maquiavélico Bolsonano, un político brasileño que, en contubernio con una gran farmacéutica, estaba liquidando el Amazonas y contribuyendo al cambio climático, al descongelamiento de los polos, a la muerte de miles y miles de especies animales. Entre trazo y trazo, sonó su celular. Max se sorprendió, era un WhatsApp de Eva.

¡Hola!

Hola. ¿Qué hacés?

Terminé de escribir.

¿Poesía?

No, tanto no, solo escribo un poco mi día a día.

¡Ah, llevas un diario!

Tampoco, solo escribo y ya. ¿Tú qué haces?

Dibujo, Cachorro.

¿Cachorro?

Sí, Cachorro, no sé por qué te digo así.

¿Con quién me dices así?

Conmigo mismo. Cuando te imagino, recuerdo tu mirada de cachorro perdido en el hospital la primera vez que te vi.

Por cierto, ¿qué hacías ese día en el hospital?

Fui por un golpe en el ojo. Tengo hemofilia...

¿Qué es eso?

Un padecimiento de la sangre. Mi sangre no coagula.

¡¿Cómo?!

No hace costra. Cualquier herida puede sangrar horas y horas sin parar.

¿Tu sangre es como un río?

No lo había pensado. Sí, algo así.

¿Y vos? Por lo visto sos la mejor clienta de la doctora Guadalajara Carranza.

Guadalupe*. Ya sabes, el corrector.

Tengo epilepsia.

Lo vi en tu Facebook.

¿Entonces para qué preguntas?

Quería que vos me lo dijeras.

Por lo visto sabes mucho de mí.

Muy poco. Eso no me interesa. Puro chusmerío. Prefiero preguntarte a vos directamente, mirándote a los ojos.

Como ahora, que me miras a los ojos. ☺

Miro a vos. Miro tu foto, tus ojos de cachorro. ¿Vos crees en el amor a primera vista?

Eva dejó ese mensaje en visto. No respondió. Le pareció que había llegado demasiado lejos con el Príncipe de Roma. ¿Cómo era posible que después de pasar toda la tarde con él y no llegar a nada, en solo cinco minutos y por WhatsApp, él hubiera escudriñado su corazón? ¿Cómo llegó tan lejos con tan pocas palabras? Eva no recordaba haber tenido una conversación así con Capi, ni por WhatsApp ni «mirándose a los ojos». «¿Quién es en realidad Max Fiore?», escribió Eva en la siguiente página de su diario.

Eva cerró la libreta Moleskine edición especial Manga que su padre le había traído de Tokio, la cual tenía algunos dibujos de niñas con ojos tan grandes que parecían ventanas. La cerró y la puso sobre su buró. Dejó que su celular poco a poco se fuera apagando hasta que la oscuridad la rodeó. Estiró las piernas en la cama. Volvió a encenderlo solo para ver la hora. Eran las 12:18 de la madrugada. Cala bostezó, estaba echada a sus pies. Eva le prometió que sábado y domingo la sacaría a pasear. Celular en mano, volvió a abrir el WhatsApp. Vio de nuevo el último mensaje de Max.

Max Fiore seguía impaciente. Pasaron dos minutos, tres, cinco. Esperaba la respuesta de Eva a su pregunta: «¿Vos crees en el amor a primera vista?». A las 12:26 se dio cuenta de que no llegaría. Que había ido demasiado lejos en esa primera conversación. Luego se dijo que no, que había estado bien. Ella fue quien lo buscó. Miró a Runa, que merodeaba por su escritorio y tiraba cosas con sus manitas: un sacapuntas, la goma de borrar, en señal de que ya era tiempo de ir a dormir. Max la levantó, la puso en su regazo y volvió a sus dibujos. Necesitaba un ayudante para el terrible Bolsonano, pero ya no tenía cabeza para pensar más. Todo lo llenaba la imagen de Eva y la sorpresa de su WhatsApp.

La noche era fresca. Se levantó de su escritorio y se miró en el espejo. El hombro ya no le dolía, había trabajado con esa mano sin ningún problema. Decidió que al día siguiente ya no usaría el cabestrillo. Decidió también, a propósito de que Eva escribía, proponerle que comenzaran *El libro de los anhelos*, así podrían conocerse mejor. Buscó una libreta en una caja que tenía en la parte alta del clóset. En ella había muchas y de diferentes tamaños. Escogió la que más se parecía a su *Libreta prohibida*. También de pasta de cuero y papel Fabriano sin rayas. Como aquella, esta también se cerraba con un cordón de cuero que le daba tres vueltas. En el anverso de la primera página Max dibujó lo que para él era el amor a primera vista.

Eva dejó ese mensaje en visto. No respondió. Le pareció que había llegado demasiado lejos con el Príncipe de Roma. ¿Cómo era posible que después de pasar toda la tarde con él y no llegar a nada, en solo cinco minutos y por WhatsApp, él hubiera escudriñado su corazón? ¿Cómo llegó tan lejos con tan pocas palabras? Eva no recordaba haber tenido una conversación así con Capi, ni por WhatsApp ni «mirándose a los ojos». «¿Quién es en realidad Max Fiore?», escribió Eva en la siguiente página de su diario.

Eva cerró la libreta Moleskine edición especial Manga que su padre le había traído de Tokio, la cual tenía algunos dibujos de niñas con ojos tan grandes que parecían ventanas. La cerró y la puso sobre su buró. Dejó que su celular poco a poco se fuera apagando hasta que la oscuridad la rodeó. Estiró las piernas en la cama. Volvió a encenderlo solo para ver la hora. Eran las 12:18 de la madrugada. Cala bostezó, estaba echada a sus pies. Eva le prometió que sábado y domingo la sacaría a pasear. Celular en mano, volvió a abrir el WhatsApp. Vio de nuevo el último mensaje de Max.

Max Fiore seguía impaciente. Pasaron dos minutos, tres, cinco. Esperaba la respuesta de Eva a su pregunta: «¿Vos crees en el amor a primera vista?». A las 12:26 se dio cuenta de que no llegaría. Que había ido demasiado lejos en esa primera conversación. Luego se dijo que no, que había estado bien. Ella fue quien lo buscó. Miró a Runa, que merodeaba por su escritorio y tiraba cosas con sus manitas: un sacapuntas, la goma de borrar, en señal de que ya era tiempo de ir a dormir. Max la levantó, la puso en su regazo y volvió a sus dibujos. Necesitaba un ayudante para el terrible Bolsonano, pero ya no tenía cabeza para pensar más. Todo lo llenaba la imagen de Eva y la sorpresa de su WhatsApp.

La noche era fresca. Se levantó de su escritorio y se miró en el espejo. El hombro ya no le dolía, había trabajado con esa mano sin ningún problema. Decidió que al día siguiente ya no usaría el cabestrillo. Decidió también, a propósito de que Eva escribía, proponerle que comenzaran *El libro de los anhelos*, así podrían conocerse mejor. Buscó una libreta en una caja que tenía en la parte alta del clóset. En ella había muchas y de diferentes tamaños. Escogió la que más se parecía a su *Libreta prohibida*. También de pastas de cuero y papel Fabriano sin rayas. Como aquella, esta también se cerraba con un cordón de cuero que le daba tres vueltas. En el anverso de la primera página Max dibujó lo que para él era el amor a primera vista.

39

Como era de esperarse, Eva pasó una mala noche. Pudo conciliar el sueño hasta las tres de la madrugada Estuvo pensando en la última pregunta de Max: «¿Vos crees en el amor a primera vista?». Hizo u recuento de las veces que lo había visto: en el parque Rubén Darío, por segunda vez en el hospital, en l galería, la noche de la exposición, y la mañana que lo vio por primera vez, con el ojo morado en la sala d espera del hospital. Recordó sus gastadas camisetas, siempre con un emoji en alguna parte, así como u hoyo también en algún sitio. Eva volvió a ver en su memoria los brazos pálidos y más bien flacos de Max sus tatuajes y cicatrices.

Fue inevitable compararlo con la fuerza arrolladora de Capi. Antes de dormirse, acostada en la cama con el celular entre las manos, buscó en internet qué era la hemofilia, y leyó en el sitio *MedlinePlus*: «Es u trastorno hemorrágico hereditario causado por una falta del factor IX de coagulación de la sangre. Si suficiente cantidad de este factor, la sangre no se puede coagular apropiadamente para controlar e sangrado». Se detuvo en la palabra «hereditario», pensó que ella y Max tenían algo en común. Sigui leyendo, vio que había dos tipos de hemofilia, que solo los hombres la padecen pero las mujeres l transmiten. Luego vio fotos terribles de hombres con las rodillas o los codos a punto de reventar, niños co moretones por todo el cuerpo, entonces recordó el golpe en el ojo de Max y su brazo en cabestrillo. Ley casos de enfermos que habían muerto por un simple pinchazo en un dedo o una hemorragia interna n detectada a tiempo. Leyó que un buen golpe podía ser fatal. Pronto Eva descubriría que todo eso que habí leído era verdad.

Así se durmió y tuvo pesadillas, se soñó durmiendo sobre una cama llena de sangre, ríos de sangre po todas partes que le cerraban el paso y la hacían llegar tarde a todos lados, con un sentimiento de culpa qu la invadía, no por llegar tarde, sino por pisar ese plasma que salía a borbotones de entre las piedras. Soñ con un mal parto de Cala, que también durmió mal, faltaban escasas dos semanas para su alumbramiento la panza le pesaba cada vez más. La perrita cambió varias veces de posición en la cama y esos movimiento despertaban a Eva, que transpiró como nunca antes. Al despertar, se dio cuenta de que no estaba ta equivocada con sus pesadillas y había sangre por todos lados en su cama, la regla la había tomado po sorpresa. «Pero ¿y el sudor?», se preguntó. Tenía el cabello empapado de sudor. Eva lo atribuyó a la pesadillas o a los recuerdos de Capi, no quiso pensar que era lo que la doctora Carranza le había advertid podría tener pequeños ataques epilépticos durante el sueño.

Eva trataba de recuperar la cordura, de ver qué hacer con el batidillo en el que estaba cuando entró s mamá sin tocar la puerta, fue hasta la ventana y corrió las cortinas de un tirón. Eva jaló la sábana hasta cas

cubrirse la cabeza y Julia le dijo que se levantara, que se bañara o se vistiera «¡ya!», porque ella iba a llevarla a su trabajo. Eva apenas levantó la cabeza de la almohada y la vio salir como un torbellino. Julia vestía ropa de montar y traía el cabello cogido en una cola de caballo. También olía a caballo. Salió sin cerrar la puerta, cosa que Eva detestaba: tener que levantarse a cerrar la puerta para seguir con su intimidad. Se sentía molida, incapaz de ir a trabajar ese día. Solo faltaba una semana para terminar su contrato de un mes en la galería y ya estaba cansada, harta de tanto madrugar y pasarse los días metida en el almacén de la galería. Sí, definitivamente no iría a trabajar, se dijo cuando escuchó, desde la cocina, un grito de su mamá. «Eva, no tenemos toda la mañana. ¡Levántate!».

Como impulsada por un resorte, Eva se levantó de la cama y fue al baño. Ahí le vino un dolor tremendo en el bajo vientre: un cólico que la acompañaría el resto del día. Aunque se sentía de pésimo humor y con malestar, eso no estaba tan mal, comparado con lo que le esperaba a lo largo del día. Mientras orinaba pensó que algo no andaba bien en su casa y prefería ir a trabajar, pasar el día en un oscuro almacén que enfrentar a su mamá a esas horas de la mañana. De inmediato concluyó que, seguramente, Julia ya sabía que había ido a ver a la doctora Carranza, que no había tenido dinero para pagar la consulta y quién sabe cuántas cosas más le habría dicho esa «bruja», pensó Eva y se puso alerta. «Qué dolor», se dijo y se llevó las manos al vientre. Presionó como si eso la aliviara un poco. Desnuda, frente al espejo, vio su imagen cada vez más difuminada por el vapor y al fin se dijo: «tienes cara de conejo en la luna». Luego entró a la regadera.

Salió apresurada y no encontró a su mamá por todo el departamento. Pensó que Julia ya se había ido, que se había tardado mucho en salir. En eso timbró su celular y era su mamá, le dijo que se apurara porque no tenían toda la mañana. Que la estaba esperando en el estacionamiento.

—¿Ya te dijo tu papá que el próximo jueves van a Nueva York? —cuestionó Julia a Eva mientras conducía. Iban por el Monumento a la Patria de avenida México.

—No, no me ha dicho cuándo vamos, solo me dijo que él iría a ver a mi *oma* —respondió Eva y miró el reloj de la camioneta, eran las 8:47 de la mañana.

—Pues se van el jueves. Además de ver a tu *oma*, va a dar una clase o algo así en la Universidad de Columbia, ¿no te dijo? —preguntó Julia.

—No. ¿Y mi trabajo? Me faltarán tres días para terminar.

—Tu trabajo no importa. Ya hablé con Mimí y no hay problema. Ya tendrás trabajos que valgan la pena. Ahí solo estás llenando cédulas o haciendo no sé qué.

—¿También van Dana y tú?

—No. Solo van tú y él. Ese mismo jueves presentamos la nueva colección de LOB. Pero tu papá no pudo postergar el viaje. Por mí que no vuelva. Estoy cansada de que todo lo suyo siempre sea más importante. Que Tokio, que Cartier, que se modificó el proyecto. —Julia hablaba como para sí misma, sus palabras sonaban a monólogo. Sujetaba con fuerza el volante—. No hay nada que me interese de Nueva York ni tu *oma* ni nada, y para que lo sepas, porque ya estás grande para saber muchas cosas, y ya que andas investigando —al decir Julia esta última palabra movió la cabeza en cada sílaba—, entérate: tu *oma* es lo que menos me importa en la vida, porque ni ustedes ni yo, nunca le hemos importado, quizá ni su propio hijo...

—¡Mamá! Se puso en rojo. —Eva se apoyó en el tablero de la camioneta y vio que Julia se pasaba el alto. Dio un volantazo para no chocar con los autos que cruzaban Chapultepec. Julia siguió con su monólogo como si nada, sin escuchar que Eva volvió a gritarle—: ¡Mamá! —Y encogió las piernas.

—Esa mujer me odia, siempre ha sido así. A mí, a Helena, a cualquier mujer que se le acercaba a su hijito adorado, ¡grandísimo cabrón! —dijo Julia y la voz se le quebró. Eva no pudo confirmar si lloraba, pues usaba un nuevo modelo de lentes Tom Ford de Carey—. No voy y tampoco va Dana. Y este fin de semana voy a Tapalpa, ¿quieres venir? Vienen Dana y Elfriede.

—Preferiría no ir, es que viene Majo, ya regresa y necesito...

—No tienes que darme explicaciones. Estoy harta de escuchar explicaciones. Sí o no y punto. No. Está bien. Entonces ya no te veo hasta el domingo que regresamos. Escúchame bien, hija. —Julia enfatizó la última palabra al llegar a su destino: la galería de Mimí Mendoza—. Porque siempre serás mi hija, no importa todo lo que descubras o lo que te diga tu *oma* o lo que sientas que debes hacer, yo soy tu madre y eso es lo único que debes tener claro, ¿¡entendiste!? —Julia hablaba a pocos centímetros del rostro de Eva, y ella vio su reflejo en los lentes oscuros de su mamá—. ¿¡Entendiste!?

De pronto Eva estaba sola en medio de la calle. Vio que la camioneta de su mamá se alejaba y ella tuvo la sensación de haber sido expulsada de algún sitio, de que algo se había roto para siempre en su familia. Esta no había sido una pelea como cualquier otra entre sus padres. Este tampoco sería el peor momento de su día. Conforme pasaran las horas, se irían acumulando las malas noticias. Caminó hasta la entrada al edificio donde estaba la galería. Al empujar la puerta, su reflejo en el cristal le reveló que pasara lo que pasara, ella tenía que seguir adelante con sus planes. «Claro que eres mi mamá», se dijo, recordando las últimas palabras de Julia. «No me diste tiempo de decírtelo. Pero también tengo que encontrar a mi madre, saber quién soy, de dónde vengo. ¿Por qué me dejó? Y si no me quería, ¿por qué nací?». Mientras se preguntaba esto, los ojos se le llenaron de lágrimas y volvió a salir del edificio.

Eva Otero caminó sin rumbo fijo por Chapultepec, iba perdida, sintiéndose mal, cada vez peor consigo misma. No podía recordar si se había tomado sus pastillas una hora antes. Si no las había tomado, pronto lo comprobaría. Pensó que lo peor que le podría ocurrir sería un ataque epiléptico en plena calle. Tampoco le importó. ¿A dónde podría ir a esa hora de la mañana? Decidió no ir a trabajar. Siguió caminando sin rumbo por las calles de la colonia Americana. Veía en cada auto rojo el Ibiza de Capi y a la gente que se cruzaba en su camino, oficinistas con el rostro comido por la ansiedad y la prisa. Pensó que así se vería ella. Recordó las palabras de Max: «Si las aves vuelan porque tienen alas, nosotros, que tenemos pies...», decidió seguir caminando por esas calles, sin destino aparente.

Sus pasos la llevaron a General San Martín y justo cuando pasaba frente a la casa de Max, recordó que él vivía en esa colonia. Pensó que sería horrible encontrárselo. «Podría estar saliendo de alguna de estas casas a sacar la basura y sería horrible que me viera con esta facha. Aunque él tendría cara de dormido», se dijo Eva. Eran poco más de las nueve de la mañana. Sin detenerse a mirar para ningún sitio, dos horas más tarde, sus pasos sin rumbo la llevaron hasta el gimnasio de taekwondo donde entrenaba Capi.

Llegó hasta avenida Inglaterra, una calle ancha, con vías de tren como columna vertebral. Se subió a andarla. Con pasos pequeños pisó algunos de sus durmientes. Se detuvo y sintió el silencio característico que deja el paso del tren. Miró al frente y pensó al ver la interminable vía: «¿Así de infinita será la vida?». Luego miró alrededor, era una zona más bien industrial. A su izquierda había una antigua refresquera, la barda grafiteada aún conservaba anuncios setenteros de Pepsi Cola. A su derecha Eva vio el restaurante Anita Li, lo reconoció, era uno de los favoritos de su papá. Entonces supo en dónde se encontraba y el corazón le latió aprisa. Se llevó la mano al vientre, el cólico no cedía. Caminó más rápido sobre las vías del tren, como quien corre persiguiendo su pasado, hasta que vio el gimnasio donde enseñaba el Pollo Castellanos. Más de una vez Capi y ella pasaron por ahí, él siempre le señalaba el sitio, le repetía que solo en ese gimnasio se sentía seguro y feliz.

Eva decidió ir. En la recepción se encontró con Regina Castellanos, la hija del Pollo. Vestía dobok blanco, peto rojo y protector en las espinillas. No usaba casco, como los demás que entrenaban. Regina era casi pelirroja, como el Pollo. Era de su edad y cursaban el mismo grado de prepa, solo que Regina estudiaba en el colegio Alpes San Javier.

—Hola, Eva, ¿cómo estás? —la saludó Regina.

—Bien, solo pasaba y...

—Estamos en pleno entrenamiento, ¿quieres verlo?

A pesar de no ser amigas, Eva parecía conocer muy bien a Regina Castellanos, no solo porque se seguían en Instagram, sino también porque Capi le había hablado mucho de ella, por algo era la «nena» de su maestro. Regina y Capi hacían el uno dos en torneos, presumía el Pollo, las medallas de primer lugar que uno se ganaba él, se las ganaba ella, y viceversa. La idea era que el gimnasio se llevara siempre los tres primeros lugares en los torneos en los que competían. Además, Regina ya era segundo dan, Capi solo a primer dan, y ella era la mejor del gimnasio Victory TKD Academy en formas y combate.

Eva se sentó en la banca que Regina le señaló. En medio del gimnasio había varios chicos alrededor del Pollo, un hombre pequeño y de cabeza rapada. Vestía de negro y estaba descalzo. Antes de hacer una demostración de la patada de giro les dijo: «las artes marciales les enseñan disciplina, constancia y lealtad, a les ayudan a elevar la autoestima y a manejar la frustración y el dolor...». De pronto Eva dejó de escuchar porque sus pensamientos la llevaron a sentir que Capi estaba a su lado, con cada palabra del instructor y constancia, disciplina, lealtad. Eva recordó algún momento de su vida con Capi y después con su propia y familia, consigo misma. «¿Qué tanto de constancia y lealtad había en Capi?», se preguntó y siguió escuchando: «Ahora les voy a demostrar la patada de giro», dijo el Pollo Castellanos ya en guardia. «De su

oguardia giran a posición de tijera y ven su objetivo, dónde van a pegar. En esta ocasión el giro no será recto
ı,van a hacer un gancho con la pierna...», señaló y alzó la mano hasta donde deberían de elevar el pie
-l«Regina, empiezo contigo. Patada y combate». Ordenó.
o La hija del entrenador de Capi se puso su casco rojo; el Pollo, desde la duela de entrenamiento, saludó a
aEva con un movimiento de cabeza, luego saludó a su hija y comenzó el combate. Como si fueran dos
sdesconocidos, padre e hija se enfrentaron a patadas con ambas piernas, unas veces el Pollo retrocedía
rotras, Regina. Con cada movimiento, siempre rápidos y certeros, había un grito, una exclamación de
acontenida furia. El Pollo nunca se quedaba quieto, como si su corta estatura, aún menor que la de su hija, le
hiciera moverse más rápido, brincaba de un sitio al otro de la duela y con movimientos retadores cercaba a
osu oponente. Otros cuatro chicos en dobok blanco, algunos con cinta negra o blanca en la cintura, miraban
oy escuchaban las indicaciones de su maestro. Eva imaginaba que era Capi quien entrenaba, siguiendo la voz
ede su maestro.
o Sin terminar de ver el combate, Eva se levantó de su asiento y salió a la calle. El sol de mediodía le pegó
ıen la cara y le revivió el cólico. Se aguantó el llanto. Por fin, recargada en un árbol de la calle, le llamó a
óPaloma, le dijo dónde estaba. Veinte minutos después, en el auto de su mejor amiga, Eva comenzó a llorar y
rPola la consoló, le dijo que todo iba a estar bien. Nada más alejado de la realidad. Así como las palabras de
Paloma, los sentimientos y las grandes decisiones también estaban ya fuera de su lugar. Pero ni ella ni Eva
eni Majo lo sabían.
s
e
s

a
o
.
a
e
l
l
o
o

k
a
a

e
e
e
s
o

l
a
l;
r
:
a
ó
ı

guardia giran a posición de tijera y ven su objetivo, dónde van a pegar. En esta ocasión el giro no será recto, van a hacer un gancho con la pierna...», señaló y alzó la mano hasta donde deberían de elevar el pie. «Regina, empiezo contigo. Patada y combate». Ordenó.

La hija del entrenador de Capi se puso su casco rojo; el Pollo, desde la duela de entrenamiento, saludó a Eva con un movimiento de cabeza, luego saludó a su hija y comenzó el combate. Como si fueran dos desconocidos, padre e hija se enfrentaron a patadas con ambas piernas, unas veces el Pollo retrocedía; otras, Regina. Con cada movimiento, siempre rápidos y certeros, había un grito, una exclamación de contenida furia. El Pollo nunca se quedaba quieto, como si su corta estatura, aún menor que la de su hija, lo hiciera moverse más rápido, brincaba de un sitio al otro de la duela y con movimientos retadores cercaba a su oponente. Otros cuatro chicos en dobok blanco, algunos con cinta negra o blanca en la cintura, miraban y escuchaban las indicaciones de su maestro. Eva imaginaba que era Capi quien entrenaba, siguiendo la voz de su maestro.

Sin terminar de ver el combate, Eva se levantó de su asiento y salió a la calle. El sol de mediodía le pegó en la cara y le revivió el cólico. Se aguantó el llanto. Por fin, recargada en un árbol de la calle, le llamó a Paloma, le dijo dónde estaba. Veinte minutos después, en el auto de su mejor amiga, Eva comenzó a llorar y Pola la consoló, le dijo que todo iba a estar bien. Nada más alejado de la realidad. Así como las palabras de Paloma, los sentimientos y las grandes decisiones también estaban ya fuera de su lugar. Pero ni ella ni Eva ni Majo lo sabían.

40

Por fin las tres amigas se reunieron en la casa de Eva. Había pasado un mes desde que Majo se fue a Zacatecas de vacaciones, volvía con las manos llenas de presentes para sus amigas, entre ellos, las esperadas gorditas de doña Paz, abuela de Majo. Tenían suficientes, de chicharrón, papa con chorizo, mole y frijoles. Eso cenarían más tarde en el *roof garden*. Tampoco Paloma había ido a trabajar. Así como Eva, no se reportó enferma ni avisó, simplemente ninguna de las dos llegó a sus respectivas labores.

Desde el *roof garden* en el quinceavo piso de la Torre Ónix, Eva sentía que dominaba todo. Se sentía segura y no dejaba de mirar en dirección a la casa de su *oma*. Esa tarde de viernes, las tres amigas estaban solas en casa de Eva; Julia y Dana se habían ido al rancho Los Reflejos, en Tapalpa, y su papá seguramente llegaría de madrugada. Eva se sentía segura al lado de sus amigas, tanto que hasta el cólico se le pasó. Con la llegada de Majo tenía de nuevo a sus aliadas cerca. Al comenzar a nublarse la tarde, Eva subió la vela que tenía en el escritorio de su cuarto, la encendió y la puso al centro de la mesa. El viento la apagó tres veces y Eva volvió a intentarlo con el encendedor de Paloma, quien ya iba por su quinto cigarro de la tarde.

Se actualizaron de sus respectivas vacaciones, nada que no se hubieran dicho ya por WhatsApp; como Eva y Paloma no habían salido de la ciudad, quien tomó la palabra fue Majo y les contó de su nata Ojocaliente, de dos fines de semana en la capital de su estado, Zacatecas y de los XV años de una prima. Les mostró nuevas fotos y un video del baile de la quinceañera, donde estaban unos primos que vivían en Oregón, tres muchachos altos y rubicundos que vestían smoking de colores, uno azul cielo, otro con saco rojo y el tercero negro pero con solapa de leopardo. Habían sido los chambelanes embajadores, porque Nancy, prima de Majo, había querido tener quince chambelanes en su fiesta. Majo les aseguró que aquello había sido un sueño y suspiró.

Cuando fue el turno de Eva, las actualizó de sus descubrimientos acerca de Max. Al decir su nombre como si lo hubiera invocado, sonó su celular, que estaba sobre la mesa, al lado de un tazón de papas fritas. Ella apenas se estiró para ver de quién era el mensaje. Exprimió limón sobre las papas, puso un poco de salsa Valentina y pronunció la palabra «hemofilia»; Majo abrió la boca, peló los ojos y aseguró suspirando: «entonces sí es un príncipe». Paloma no supo de lo que estaban hablando, por lo que Eva y Majo le contaron lo que era esa enfermedad, de muy alto riesgo porque quienes la padecían, siempre varones, podían tener sangrados internos y no darse cuenta. Morir si es que no se inyectaban cada cierto tiempo ese factor que les hacía falta en la sangre.

—¿Cada cuanto se inyecta el Príncipe de Roma? —preguntó Majo—. ¿Lo has visto hacerlo? ¡Qué horror con el miedo que le tengo a las inyecciones!

—¿¡No, cómo crees?! No lo he visto inyectarse, ni sé cada cuanto lo hace. Lo que sí te puedo asegurar e que es un chico analítico, fuerte, aunque lo vean flaquito. En su mirada se nota su gran fuerza de voluntad Dibuja...

—¿Como su mamá...? ¿Cómo se llama? —preguntó Paloma.

—Killa y es peruana, la otra es argentina, como él.

—Dos mamás. ¡Qué hueva, yo apenas aguanto a la que tengo! —Paloma prendió otro cigarro y le dio una honda calada. Cogió el frasco de Valentina y le puso más salsa a las papas.

—Ya, Pola, luego me arde la panza, entre el chile y las medicinas, no sabes. —Eva hizo una mueca de hastío y con la mano izquierda se echó el pelo detrás de las orejas—. El chiste es que Max padece una enfermedad de príncipes, como dice Majo, no lo había pensado así.

—Yo no entiendo nada, ¿por qué enfermedad de príncipes?, ¿qué es eso?

—Pola, se le dice así porque resulta que la hemofilia la padecieron o la padecen, no sé, algunos hijos de reyes europeos, el más famoso de ellos fue el hijo del último zar de Rusia, no recuerdo cómo se llamaba pero leí que esa enfermedad hizo que cayera el Imperio ruso y subieran los bolcheviques y luego se hicieran comunistas y no sé cuánto más. Datos y más datos de historia que yo sé que te dan mucha hueva así que no le sigo.

—Sí, ya no le sigas, que me hago bolas, y la verdad es que a mí la realeza me tiene sin cuidado. Uy, m mamá estaría fascinada escuchándote.

—Alexis, así se llamaba el hijo del último zar de Rusia. Zarévich era su título oficial —agregó Majo.

—Entonces, ¿habrá sesión o no? Porque las gorditas nos esperan —intervino Paloma, no quería que Majo siguiera con ese asunto de los zares—. A propósito de gorditas, ¿y Cala?

—¡Chin! No la saqué a pasear en la tarde. Seguro que se quedó encerrada en mi cuarto. ¿Qué hora es? – preguntó Eva.

—Las ocho. No, casi las ocho —respondió Paloma viendo la hora en el celular.

—Mi medicina. Si hoy me la tomé a las ocho de la mañana, es hora de mi nueva dosis. Bajo por m medicina, voy por Cala y caliento las gorditas.

—No, yo las caliento —se ofreció Majo, y bajaron.

Con un cielo cerrado por nubes de tormenta, Paloma se quedó sola en el *roof garden*, con la mirad perdida, veía el futuro tan incierto como el humo de su cigarro. Tenía que enfrentar la realidad, pero e miedo la paralizaba. Estaba con las dos personas a quienes más confianza les tenía en el mundo, por las que daría la vida en caso de ser necesario. Estaba segura de que Eva y Majo harían lo mismo por ella. Sacaría fortaleza de sus amigas. Le urgía, más que a ninguna, una sesión del Club de la Verdad.

El sonido de WhatsApp la sacó de su ensimismamiento, sin pensarlo levantó el celular de Eva y vio l notificación, era de Max. Pola leyó: «Cachorro, ¿estás?».

—Pola, te traje un suéter —le dijo Eva y se lo echó encima.

Eva llegó con Cala y una frazada. Majo venía detrás de ellas, haciendo malabares con un tazón lleno de gorditas y un bote de helado de fresa de Dolphy.

—Ey, baby, ¡Cala está enorme! —se sorprendió Pola al verla—. ¡Qué panza!

—La pobre apenas puede con ella —respondió Eva y se dejó caer en el sillón, luego se bajó al suelo y se envolvió en la frazada.

—Las de chicharrón son las mejores —apuntó Majo y repartió los platos y las servilletas.

—Qué bueno que no está Dana...

—¿Por qué? —preguntaron Paloma y Majo.

—Hace unos días decidió que es vegana, ella y Elfriede.

—¿¡Qué!? —exclamó Majo.

—Ay, ya se le pasará, baby, es cosa de la edad. A esa edad las niñas creen que pueden cambiar el mundo.

—Uy, ya habló la señora *sabelotodo* —ironizó Eva.

—Bueno, ¿habrá sesión sí o no?

—Ya va, ya va —dijo Eva y se puso seria. Cala estaba echada a su lado—. Juramos decir la verdad aunque lastime y aunque nos duela —pronunció con la mano derecha en el corazón y alzó la izquierda en señal de juramento.

—¡Sí! —respondieron sus amigas y volvieron a repetir—: Juramos decir la verdad, aunque lastime aunque nos duela. —Al final de la frase, Eva ya se les había unido en coro, y las tres mostraban la palma de

sla mano izquierda y tenían la derecha apoyada en el corazón. Estaban sentadas en el suelo, recargadas en los sillones.

—Vas, Pola, tú que tienes tanta prisa —dijo Eva.

Paloma dudó un poco, necesitaba sentirse más segura, rehuía enfrentar esa realidad que palpitaba en su interior.

—No, que empiece Majo, a ella no la hemos visto en un mes y en su último WhatsApp decía que le urgía vernos, caso de vida o muerte...

—No sé a quién se parece —ironizó Eva—. Vas, Majo.

—No sé por dónde empezar —dijo y cruzó las piernas. Dejó su gordita en el plato y también se cruzó de brazos.

—Empieza por donde más duele, así el golpe será menos duro —interrumpió Paloma, esas palabras hicieron eco en su propia historia.

—Todo iba bien entre Santi y yo. Creo. Porque desde que me fui a Ojocaliente todos los días me escribía, a cada rato sonaba mi WhatsApp y era él. Me contaba lo que hacía, lo que pensaba, que extrañaba a Capi. Que Capi esto, que Capi lo otro. A veces también me decía que me extrañaba a mí, pero Capi estaba en cada mensaje, más presente Capi que hasta él mismo.

—Son mejores amigos. Yo también lo extraño —intervino Eva—, y el muy maldito como siempre desaparecido. —En ese momento Paloma pensó decir que hace unos días se había comunicado con ella pero decidió esperar—. Pobre Santi —concluyó Eva.

—Pobre, ¡mangos! —sentenció Majo alzando la voz.

—¡Majo! —gritaron Eva y Paloma al mismo tiempo.

—Aquí es cuando no sé por dónde empezar.

—Baby, no te hagas bolas y ya, suéltalo, ¿qué más hay?

—No me digas. ¿Santi te puso el cuerno? —explotó Eva.

—Casi, pero no, ¿o sí? ¡Ay! No sé, es tan complicado que no me atrevo ni a decirlo.

—Majo —dijeron sus amigas con ternura.

—Mejor se los muestro. Les muestro el WhatsApp y ustedes me dicen, ¿sí?

Del bolsillo de su chamarra de mezclilla sacó su celular, un Samsung con la pantalla estrellada. En lo que ponía su clave de acceso, una ráfaga de viento apagó la vela. Paloma sacó su encendedor y la revivió, lo hizo casita con la mano y la flama se reflejó en sus pupilas. Luego se acercó a Majo para leer los mensajes al tiempo que el celular de Eva volvía a sonar. Ella de nuevo ignoró la notificación de Max «¡¡¡CACHORRO!!!». Eva y Paloma leyeron los WhatsApp de Santiago y no salían de su asombro. Esa noche las malas noticias comenzaban a caer como gotas de cera sobre la fría realidad.

—¡Majo! —volvieron a pronunciar sus amigas con ternura, y a Majo se le nublaron los ojos de llanto.

—Santi es gay —por fin dijo Eva y la abrazaron.

la mano izquierda y tenían la derecha apoyada en el corazón. Estaban sentadas en el suelo, recargadas en los sillones.

—Vas, Pola, tú que tienes tanta prisa —dijo Eva.

Paloma dudó un poco, necesitaba sentirse más segura, rehuía enfrentar esa realidad que palpitaba en su interior.

—No, que empiece Majo, a ella no la hemos visto en un mes y en su último WhatsApp decía que le urgía vernos, caso de vida o muerte...

—No sé a quién se parece —ironizó Eva—. Vas, Majo.

—No sé por dónde empezar —dijo y cruzó las piernas. Dejó su gordita en el plato y también se cruzó de brazos.

—Empieza por donde más duele, así el golpe será menos duro —interrumpió Paloma, esas palabras hicieron eco en su propia historia.

—Todo iba bien entre Santi y yo. Creo. Porque desde que me fui a Ojocaliente todos los días me escribía, a cada rato sonaba mi WhatsApp y era él. Me contaba lo que hacía, lo que pensaba, que extrañaba a Capi. Que Capi esto, que Capi lo otro. A veces también me decía que me extrañaba a mí, pero Capi estaba en cada mensaje, más presente Capi que hasta él mismo.

—Son mejores amigos. Yo también lo extraño —intervino Eva—, y el muy maldito como siempre, desaparecido. —En ese momento Paloma pensó decir que hace unos días se había comunicado con ella, pero decidió esperar—. Pobre Santi —concluyó Eva.

—Pobre, ¡mangos! —sentenció Majo alzando la voz.

—¡Majo! —gritaron Eva y Paloma al mismo tiempo.

—Aquí es cuando no sé por dónde empezar.

—Baby, no te hagas bolas y ya, suéltalo, ¿qué más hay?

—No me digas. ¿Santi te puso el cuerno? —explotó Eva.

—Casi, pero no, ¿o sí? ¡Ay! No sé, es tan complicado que no me atrevo ni a decirlo.

—Majo —dijeron sus amigas con ternura.

—Mejor se los muestro. Les muestro el WhatsApp y ustedes me dicen, ¿sí?

Del bolsillo de su chamarra de mezclilla sacó su celular, un Samsung con la pantalla estrellada. En lo que ponía su clave de acceso, una ráfaga de viento apagó la vela. Paloma sacó su encendedor y la revivió, le hizo casita con la mano y la flama se reflejó en sus pupilas. Luego se acercó a Majo para leer los mensajes, al tiempo que el celular de Eva volvía a sonar. Ella de nuevo ignoró la notificación de Max: «¡¡¡CACHORRO!!!». Eva y Paloma leyeron los WhatsApp de Santiago y no salían de su asombro. Esa noche, las malas noticias comenzaban a caer como gotas de cera sobre la fría realidad.

—¡Majo! —volvieron a pronunciar sus amigas con ternura, y a Majo se le nublaron los ojos de llanto.

—Santi es gay —por fin dijo Eva y la abrazaron.

41

Mientras tanto, en la calle General San Martín, Max estaba desesperado por no saber nada de Eva. Le mandó dos WhatsApp, que ella ni siquiera había visto. Se arrepintió de no haber ido con sus madres a cine y a cenar. Subió a la azotea y se llevó a Runa consigo. Se dejó caer en el viejo camastro y miró al cielo estaba negro y sin estrellas, a lo lejos unos relámpagos estrellaron el cristal de la noche. Liberó a Runa y la gata comenzó a saltar curiosa de un lado a otro, perseguía cucarachas, tan grandes como la palma de una mano. En esa época del año parecía que crecían y se multiplicaban, volaban y Runa las pescaba al vuelo. Max Fiore pensó en ir a La Cafetería, extrañaba la rutina de ir cada noche y ocupar su mesa, dibujar y dibujar mientras esperaba que llegara Eva. Se dijo que no tenía caso volver a donde no la encontraría. De nuevo miró el horizonte y la tormenta que se aproximaba. Sonó su celular, lo sacó de su bolsillo esperando que fuera la respuesta de Eva, pero no, era un mensaje de Beto Quezada, en el que le decía que al día siguiente los caicos irían de excursión al Nevado de Colima. «¿Quieres venir?», leyó Max, y respondió que sí. Enseguida Beto le mandó su dirección, que era el punto de partida, saldrían a las cinco de la madrugada. Max quiso imaginar el futuro al lado de Eva. Quiso imaginar su olor, «¿será a tierra mojada, como huele aquí cuando llueve?», se preguntó. Quiso imaginar el sabor de sus labios. «¿Serán agridulces como el ámbar del tejuino?», se respondió. Max se levantó del camastro al sentir las primeras gotas de lluvia, no le importaba mojarse, al contrario, quiso imaginar que ese viento que venía del oriente sería como la íntima humedad de Eva. Sacó su celular y le mandó un último WhatsApp: «¡¡¡CHACHORRO!!!». Luego fue a buscarla, calculó que haría una hora caminando.

41

Mientras tanto, en la calle General San Martín, Max estaba desesperado por no saber nada de Eva. Le mandó dos WhatsApp, que ella ni siquiera había visto. Se arrepintió de no haber ido con sus madres al cine y a cenar. Subió a la azotea y se llevó a Runa consigo. Se dejó caer en el viejo camastro y miró al cielo: estaba negro y sin estrellas, a lo lejos unos relámpagos estrellaron el cristal de la noche. Liberó a Runa y la gata comenzó a saltar curiosa de un lado a otro, perseguía cucarachas, tan grandes como la palma de una mano. En esa época del año parecía que crecían y se multiplicaban, volaban y Runa las pescaba al vuelo. Max Fiore pensó en ir a La Cafetería, extrañaba la rutina de ir cada noche y ocupar su mesa, dibujar y dibujar mientras esperaba que llegara Eva. Se dijo que no tenía caso volver a donde no la encontraría. De nuevo miró el horizonte y la tormenta que se aproximaba. Sonó su celular, lo sacó de su bolsillo esperando que fuera la respuesta de Eva, pero no, era un mensaje de Beto Quezada, en el que le decía que al día siguiente los caicos irían de excursión al Nevado de Colima. «¿Quieres venir?», leyó Max, y respondió que sí. Enseguida Beto le mandó su dirección, que era el punto de partida, saldrían a las cinco de la madrugada. Max quiso imaginar el futuro al lado de Eva. Quiso imaginar su olor, «¿será a tierra mojada, como huele aquí cuando llueve?», se preguntó. Quiso imaginar el sabor de sus labios. «¿Serán agridulces como el ámbar del tejuino?», se respondió. Max se levantó del camastro al sentir las primeras gotas de lluvia, no le importaba mojarse, al contrario, quiso imaginar que ese viento que venía del oriente sería como la íntima humedad de Eva. Sacó su celular y le mandó un último WhatsApp: «¡¡¡CHACHORRO!!!». Luego fue a buscarla, calculó que haría una hora caminando.

42

Después de que a Majo se le calmó un poco el llanto y comenzaron a sacar conclusiones: que si se l notaba o no lo gay a Santiago, que si cuánto defendía siempre a Capi y cómo lo admiraba. Después Maj se culpó por no saber entenderlo y quizá ser ella la causante de la homosexualidad de su novio, a lo qu Paloma de inmediato dijo que no y Eva apuntó que cada quien es responsable de lo que siente y decide.

—Él es así y tú no tienes por qué sentirte responsable o culpable de nada —recalcó Eva.

—Así es —confirmó Paloma—, no sé si los gays nacen o se hacen, pero de lo que sí estoy segura es de qu cada quien decide con quién quiere estar...

—Y pasar el resto de su vida. Él ya decidió, Majo.

—Sí —contestó tímidamente—, solo que decidió por los dos.

—¿Hasta dónde las «decisiones de pareja» —Eva gesticuló las comillas— las toma solo uno, pero la seguimos llamando «de pareja»? —volvió a hacer el gesto.

Después de esta pregunta todas callaron y el fino silencio, como filo de cuchillo, lo rompió Cala con u largo bostezo. Por fin habló Paloma.

—Chicas —Eva y Majo voltearon a verla—, no me baja. Tengo un retraso de tres semanas.

Una ráfaga de viento cortó el aliento de la vela. Nadie volvió a encenderla. Eva y Majo tragaron saliva y vieron cómo se nublaba la mirada de Pola al tiempo que una andanada de relámpagos hacía eco augurand una dura tormenta.

—¡¿Qué?! —exclamaron Eva y Majo.

—Creo que estoy en aprietos —atinó a decir Paloma.

—¿Ya te hiciste la prueba? —preguntó Eva.

—No, muero del terror. Solo no me baja y no me he sentido bien en los últimos días.

—Vómito, mareos, cansancio, ¿a eso te refieres? —indagó Majo.

—Sí. Eso.

—Tenemos que hacerte la prueba, Pola, ¿cómo es posible? Tú siempre me recomendaste usar condón tú me decías que...

—Eso no sirve, eso solo sale en las películas.

—¡¿Qué, el condón?! —brincó Eva.

—No, Eva, la prueba de la cajita y la orina en el baño, eso solo se ve en las películas...

—Te equivocas —interrumpió Majo, claro que funciona, mi hermana la usó hace unos meses. Es un prueba muy acertada.

—Vamos ahora mismo a la farmacia —ordenó Eva.

—Vamos —repitió Majo, y Paloma no tuvo más remedio que obedecer.

Las tres amigas y Cala se levantaron del suelo, dejaron gorditas a medio comer alrededor de un plat con cera. Llovía con la fuerza que acumula tempestades. Eva se puso sus botas de hule, rompeviento amarillo, y les dio a Paloma y a Majo uno verde y uno azul, respectivamente. Eran gabardinas de LOB prototipos que Julia tenía en su estudio, listos para la siguiente temporada. Se movían rápido por la casa Eva tomó dinero de un cajón de la cocina. Siempre había dinero ahí, por lo que se ofreciera. A punto d salir vio que Cala la seguía de un lado al otro, entonces recordó que le debía su paseo de la tarde. Tambié le puso su impermeable, uno rosa con detalles de Hello Kitty, hecho a medida por las costureras de LOB, enseguida la correa, mientras le pidió a Majo que pidiera el ascensor.

Cruzaron la calle a mitad de cuadra. Un auto las esquivó y les tocó el claxon. El conductor las miró po el espejo retrovisor: tres adolescentes de colores bajo la lluvia y una perra rosa brincando al camellón d Pablo Neruda. Las cuatro caminaron rápido por el sendero. Tres calles más adelante estaban en l Farmacia Guadalajara situada en la esquina con avenida Terranova.

—Vas, Majo —ordenó Eva.

—¡¿Yo?!

—Sí, ni modo que vaya Paloma, ¿no ves la cara que tiene? Se desmaya ahí mismo.

—¿Y tú?

—Ahí todo mundo me conoce. Van a decir: «la loquita epiléptica ahora está embarazada». —Al termina de hablar, Eva se dio cuenta de que la había regado.

—¡Qué par de amigas! —soltó Paloma y entró decidida a la farmacia; Eva, Cala y Majo fueron detrás d ella.

—Pola, Pola, espera. —Eva la alcanzó en el pasillo de pañales y leches para bebé, la detuvo—. Está bien yo voy por la prueba. Detenme a Cala.

—Yo te acompaño —se apresuró Majo.

Paloma sostuvo la correa, volteó al techo, miró el plafón y sintió que la luz era más amarilla que blanca Después miró a Cala, estaba mojada y tan gorda. La perra se sacudió y roció agua por todos lados. Miró e ella su futuro y tuvo ganas de llorar. Por fin Eva y Majo llegaron al mostrador. Paloma las vio desde mita del pasillo, una de amarillo y la otra de azul. Ambas chorreaban agua y ya había un charquito bajo sus pies Las atendió Rubén, el chico que tantas veces había surtido las recetas de Eva. Un muchacho un poco mayo que ellas, de dientes prominentes y corte de cabello a cepillo.

—Hola, Eva, ¿vienes por tu medicina? ¿Tan pronto se te acabó?

Majo los miró sin sorpresa, era evidente que Rubén moría de amor por Eva. Un amor callado nocturno, ella sabía reconocer eso.

—No, Rubén. —Eva guardó silencio un momento, tragó saliva y aunque le costaba pronunciar es palabra continuó—: Quiero una prueba de embarazo.

Los ojos de Rubén casi se salieron de sus órbitas. La miró sin reconocerla, y Majo confirmó que su sospechas eran ciertas. Después de unos segundos de silencio, que a Rubén le parecieron eternos, por fi dijo.

—¿Cuál quieres? Hay muchas marcas —y enseguida las recitó—: Clearblue, Postinor, Just Ask, Gravix Predictor...

—La que sea... —lo interrumpió Eva.

—La más segura —intervino Paloma, que llegó junto con Cala hasta el mostrador. Rubén la saludó, y l perra ladró tres veces—. Es para mí —dijo valientemente, y Majo notó que a Rubén le volvía el alma a cuerpo.

No supieron en qué momento pasó una hora, como si el trayecto desde casa de Eva a la farmaci hubiera sido lento y tortuoso. Al salir de la farmacia, la lluvia seguía con su escándalo de vidrios. En l puerta, las tres se pusieron sus capuchas. Antes de emprender el camino de regreso se encontraron co Max, que salió de entre las sombras, empapado de pies a cabeza. La chamarra azul marino con el cuell alzado ya no lo cubría de la lluvia.

—Max, ¿qué haces aquí? —le preguntó Eva sorprendida.

Desde el mostrador, Rubén se paró de puntas para ver mejor entre los anaqueles. Vio la escena en l puerta de la farmacia y supo que ese chico era el enamorado de Eva. Azucena, su compañera de trabajo, qu

también vestía una bata blanca como él, con el logotipo de Farmacia Guadalajara grabado a la altura de corazón, le dio una palmada en la espalda y le repitió: «Te lo dije. Te lo dije».

Al verlo llegar, Paloma se sintió un poco intimidada. No quería revelar su secreto a ningún desconocido, y Max Fiore era para ella un desconocido. Majo lo vio y se le derritió la mirada. Cala volvió a ladrar y Eva, bajo la lluvia que ya no cubría la marquesina de la farmacia, volvió a preguntarle:

—Max, ¿qué haces aquí?

—No podía dejar pasar la noche sin verte. —Al escucharlo, Majo lanzó un largo suspiro y se quedó con la boca abierta—. Te he llamado y no respondes. Te traía esto —le dijo, y antes de meter su mano izquierda al bolsillo interior de su chamarra, guardó un huevo de gallina que traía entre las manos. Max sacó una libreta de cuero envuelta en una bolsa de plástico—, es para vos. Una propuesta para vos.

—¿Y ese huevo? —preguntó Majo, más intrigada por el huevo que por la libreta.

—Lo llevo cuando camino, es para sensibilizar el tacto.

—¿Es de verdad? —volvió a preguntar Majo.

—Claro, la idea es que no se rompa —respondió y volteó de nuevo a ver a Eva, y luego, a Cala—. Vos debes de ser Cala, qué linda sos —le dijo y se agachó hasta quedar a su altura.

Max Fiore le hizo un cariño a la perra, sus rostros empapados quedaron frente a frente, Cala lo lamió y ladró luego de un largo chillido, que Eva interpretó como de felicidad. Max se reflejó en sus ojos, en la mirada triste, a veces cansada, característica de las perras encinta.

—Eva, ¿nos vamos? Tengo frío y llueve —interrumpió Paloma, que tenía a Cala junto a ella y la cajita con la prueba de embarazo en la otra mano.

—Sí, sí, vamos —respondió Eva y vio que Max se incorporaba.

—Sos relinda —volvió a decir Max y Cala movió la cola. Sabía que se refería a ella.

Se quedaron inmóviles unos minutos, a unos pasos de la puerta de la farmacia. Ellas esperaban que Max se despidiera y volviera tras sus pasos, pero seguía ahí, con ojos solo para Eva, y los de Majo para él. Su rostro parecía más pálido ante la noche. La lluvia seguía intensa y rebotaba en las gabardinas de ellas, se quedaba entre los cabellos de Max y hacía una gotera en la punta de su gran nariz.

—¿Puedo acompañarlas?

—Claro —respondió Eva, y después dudó un poco al ver el rostro de Paloma.

Caminaron en silencio bajo la lluvia. Volvieron a cruzar por media calle al camellón de la avenida. Al recruzar, Max vio al frente por si venía un auto, pero no, a esa hora la calle estaba vacía, eran las nueve de la noche y ya parecía que se acercaba la madrugada. Max vio el asfalto negro y brillante, y pequeños arroyos de agua que arrastraban hojarasca. Majo trató de brincarlos, Max los pisó como si nada. Caminaba con paso firme bajo la lluvia. Eva, Paloma y Cala iban unos pasos delante de él y Majo. Al llegar a la puerta de la Torre Ónix, de nuevo traía el huevo en la diestra.

—Eva, no quiero que suba con nosotras —le dijo Paloma.

—Ya sé, yo tampoco quiero que suba. No sé de dónde salió. ¿Qué le digo?

Max y Majo llegaron hasta ellas y de nuevo se hizo un silencio de siglos, tanto que el guardia de la caseta salió a ver qué se ofrecía. Cala aprovechó para orinar una vez más. Eva sintió que el peso de la noche caía sobre ella.

—Bueno, Cachorro —dijo Max al sentir que debía marcharse—, hasta acá llego, en otro momento te cuento para qué es la libreta, ahora tengo que irme. —Miró el bulto de plástico que Eva tenía en la mano.

—Gracias, luego hablamos —respondió Eva.

Max de nuevo le hizo reverencias a Cala, se hincó en una rodilla y se acercó a la perrita, le dijo algo en secreto y Cala movió la cola. Al ver la escena, Majo murmuró: «Sí es un príncipe». Luego Max extendió la mano y Cala devoró el huevo de una tarascada, el cascarón crujió entre sus mandíbulas y lamió los residuos de clara y yema en la palma de la mano de Max. La perra se relamió y trató de levantarse en dos patas, pero no pudo, le pesó la panza.

—Ciao, chicas —se despidió Max sin darle beso a ninguna.

Las cuatro lo vieron marcharse en el momento en el que la lluvia caía con más fuerza. En pocos segundos Max Fiore se perdió entre las brumas de una noche que para Paloma parecía eterna.

43

La lealtad se demuestra con los hechos. Estar ahí en el momento preciso. Acompañar, opinar o guarda silencio, según sea el caso. Demostrar el vínculo de amistad y cariño entre amigas es lo más importante en ciertos momentos. Cumplir la palabra hasta sus últimas consecuencias. Eva, Paloma y Majo lo sabían y ese viernes de finales de julio, en esa noche de lluvia que parecía interminable, la lealtad entre ellas se pondría a prueba.

—Ahora sí es un caso de vida o muerte —ironizó Paloma con la prueba en la mano.

—Pola, tienes que hacerte la prueba —le pidió Eva.

—No quiero, no tengo ganas...

—Entonces, ¿para qué hicimos la sesión del Club de la Verdad, para qué fuimos a la farmacia, para que esa prueba que no quieres soltar? —Eva comenzaba a impacientarse.

—Paloma, por favor —rogó Majo.

—No tengo ganas de ir al baño —aseguró y buscó sus cigarros. Prendió uno.

—Pola, dame ese cigarro —la amonestó Eva y quiso quitárselo de la boca.

—Déjame en paz, quizá es el último cigarro que fume.

—Mejor toma agua, Paloma, por favor, así te darán ganas de ir al baño.

Las tres amigas y Cala no habían vuelto al *roof garden*, estaban encerradas en el cuarto de Eva. La cama estaba sin tender y había un montón de ropa, entre sucia y limpia, en un sillón. Nada que Paloma y Majo no hubieran visto ya. La noche era fresca y afuera llovía. Las tres estaban sentadas en el suelo. Paloma las miró fijamente, luego desvió la vista hacia Cala, que estaba arriba de la cama. Enseguida detuvo sus ojos en el escritorio de Eva y en su librero, y pensó que su vida era un libro de páginas negras. Luego agarró la botella de agua que Majo le ofreció y se empinó todo el líquido de un trago. Después vino el silencio.

—Está bien, voy al baño —dijo cinco minutos después.

—¡¿Ya?! —preguntó Eva celular en mano—. Ya pasaron cinco minutos. Pola, responde. —Eva, Majo y Cala estaban detrás de la puerta del baño.

Eva sacudía la perilla, tenía seguro. Majo tocaba una y otra vez, mientras que Cala ladraba y rascaba la puerta. Adentro solo había silencio. Después escucharon el desagüe del escusado y el tronido de la tapa que al caer hizo que Majo saltara.

—¡Voy! —gritó por fin Paloma.

—Paloma, tienes diez minutos ahí dentro. Abre, quítale el seguro a la puerta.

—Eva, ya oriné, pero no puedo ver la prueba. Me da miedo. Muero de miedo —soltó Paloma y se le

quebró la voz. Le quitó el seguro a la puerta.

Eva y Majo entraron de inmediato. Había un cigarro en el lavabo, al lado de un vasito de plástico y l tapa roja que también habían comprado en la farmacia. Estaba casi lleno de pipí y tenía la prueba encima aún sin abrir.

—Pola, no has hecho nada —dijo Eva soltando los brazos. Detrás de ella estaba Majo, y Cala detrás d Majo. La perrita se abrió camino y fue la primera en entrar al baño. Se echó en el tapete.

—No puedo, Eva, muero de miedo, hazlo tú por mí, por favor —suplicó Paloma, quien comenzó transpirar.

Majo tomó al toro por los cuernos, agarró la hoja con el instructivo, doblado en doce partes, lo extendi y comenzó a leer. Le dijo a Eva qué hacer y cuánto tendrían que esperar: menos de siete minutos. Eva l quitó la tapa azul a la prueba e introdujo la punta delgada en el vasito, giró y contó hasta diez. Paloma s sentó en el escusado a esperar y miró la panza enorme de Cala. Minutos después se levantó, tomó s cigarro y salió del baño, dijo que no podía esperar tanto, que moría de sed y de calor. Las demás l siguieron.

Paloma llegó a la cocina y abrió el refrigerador, sacó una Coca-Cola de lata y la abrió. Le dio un trag largo y se limpió los labios con el dorso de la mano. Fue a sentarse a la sala, y subió los pies al sillón. Eva Majo se sentaron a cada lado, y Cala junto a Eva.

—Majo, ¿cómo va el tiempo? —preguntó Eva y ella vio su celular.

—¡Ya! —exclamó.

Paloma comenzó a temblar. De pronto desapareció aquel calor que la asfixiaba en el baño y sintió u frío presentimiento que le quebraba los huesos. Eva jaló una cobija del sillón de al lado y la cubrió, s cubrió también ella y un poco a Majo.

—¡Ya! Eva, lee la prueba —la apuró y ella obedeció.

—Embarazada. —Abrazó a Paloma que temblaba incontrolable. Majo las abrazó a las dos y las tre lloraron.

quebró la voz. Le quitó el seguro a la puerta.

Eva y Majo entraron de inmediato. Había un cigarro en el lavabo, al lado de un vasito de plástico y la tapa roja que también habían comprado en la farmacia. Estaba casi lleno de pipí y tenía la prueba encima, aún sin abrir.

—Pola, no has hecho nada —dijo Eva soltando los brazos. Detrás de ella estaba Majo, y Cala detrás de Majo. La perrita se abrió camino y fue la primera en entrar al baño. Se echó en el tapete.

—No puedo, Eva, muero de miedo, hazlo tú por mí, por favor —suplicó Paloma, quien comenzó a transpirar.

Majo tomó al toro por los cuernos, agarró la hoja con el instructivo, doblado en doce partes, lo extendió y comenzó a leer. Le dijo a Eva qué hacer y cuánto tendrían que esperar: menos de siete minutos. Eva le quitó la tapa azul a la prueba e introdujo la punta delgada en el vasito, giró y contó hasta diez. Paloma se sentó en el escusado a esperar y miró la panza enorme de Cala. Minutos después se levantó, tomó su cigarro y salió del baño, dijo que no podía esperar tanto, que moría de sed y de calor. Las demás la siguieron.

Paloma llegó a la cocina y abrió el refrigerador, sacó una Coca-Cola de lata y la abrió. Le dio un trago largo y se limpió los labios con el dorso de la mano. Fue a sentarse a la sala, y subió los pies al sillón. Eva y Majo se sentaron a cada lado, y Cala junto a Eva.

—Majo, ¿cómo va el tiempo? —preguntó Eva y ella vio su celular.

—¡Ya! —exclamó.

Paloma comenzó a temblar. De pronto desapareció aquel calor que la asfixiaba en el baño y sintió un frío presentimiento que le quebraba los huesos. Eva jaló una cobija del sillón de al lado y la cubrió, se cubrió también ella y un poco a Majo.

—¡Ya! Eva, lee la prueba —la apuró y ella obedeció.

—Embarazada. —Abrazó a Paloma que temblaba incontrolable. Majo las abrazó a las dos y las tres lloraron.

44

¡Embarazada! Paloma está embarazada y no sabe qué hacer. La prueba que compramos resultó positiva. ¿Qué tant puede una confiar en esas pruebas? ¿Cuánto tiempo hay que esperar para tomar una decisión? Lloramos las tres, no abrazamos y Pola nos hizo prometer que no se lo diríamos a nadie. «Por supuesto, nadie se enterará», le respondí. «¿N Guilli?», preguntó Majo. «Él menos que nadie», contestó Pola. Pasarían muchos días para que entendiera su decisión para que no la juzgara y le dijera lo que tenía que hacer. Porque nadie debe decidir sobre el cuerpo de otra persona sobre sus emociones y su futuro.

Pasamos la noche discutiendo. Yo le dije que lo que estaba pensando estaba mal, muy mal, terriblemente mal, y Pol me respondió que qué sabía yo de lo que estaba sintiendo, que su mamá, después de esto, con mayor razón querría irse Estados Unidos. «¿A quién se le ocurre pensar en eso ahora?», cuestioné, y Pola respondió: «A mí. Ahora tengo qu pensar en todo y en todos». La abrazamos y lloramos juntas, Majo, Paloma y yo. «Mientras nos mantengamos unidas nadie nos destruirá», les dije y prometimos apoyarnos en todo, en lo bueno y lo no tan bueno. Prometimos seguir siend las tres o ninguna.

Este parece mi diario del dolor. ¿Por qué escribo más sobre aquello que me duele, que me lastima, y sobre lo que n puedo o no sé cómo manejar? ¿Será este un diario de emociones más que de mi día a día? ¿Al final de estas página tendré más respuestas que preguntas? ¿Decidir es crecer, hacerse adulto? Paloma tendrá que tomar la decisión má importante de su vida: ser madre o no. Sin embargo, yo no pude decidir ser hija de alguien, porque mi madre tomó l decisión por mí. Entonces insisto: ¿decidir es hacerse adulto?

Antes de que Paloma se fuera y llevara a Majo a su casa, llegó mi papá. Llegó furioso. La basura que arrastraba l lluvia de nuevo tapó las coladeras de la calle y otra vez se inundó la planta baja de la torre. Nos dijo que aguas negra salían a borbollones por coladeras y escusados. Después de que ellas se fueron, papá me dijo que ya estaba confirmad el viaje a Nueva York. Nos iríamos el martes. Después cerró la puerta, Cala y yo nos quedamos a solas. Volvió l tranquilidad a mi cuarto. Hasta ese momento pude ver el regalo de Max: una libreta de cuero.

44

¡Embarazada! Paloma está embarazada y no sabe qué hacer. La prueba que compramos resultó positiva. ¿Qué tanto puede una confiar en esas pruebas? ¿Cuánto tiempo hay que esperar para tomar una decisión? Lloramos las tres, nos abrazamos y Pola nos hizo prometer que no se lo diríamos a nadie. «Por supuesto, nadie se enterará», le respondí. «¿Ni Guilli?», preguntó Majo. «Él menos que nadie», contestó Pola. Pasarían muchos días para que entendiera su decisión, para que no la juzgara y le dijera lo que tenía que hacer. Porque nadie debe decidir sobre el cuerpo de otra persona, sobre sus emociones y su futuro.

Pasamos la noche discutiendo. Yo le dije que lo que estaba pensando estaba mal, muy mal, terriblemente mal, y Pola me respondió que qué sabía yo de lo que estaba sintiendo, que su mamá, después de esto, con mayor razón querría irse a Estados Unidos. «¿A quién se le ocurre pensar en eso ahora?», cuestioné, y Pola respondió: «A mí. Ahora tengo que pensar en todo y en todos». La abrazamos y lloramos juntas, Majo, Paloma y yo. «Mientras nos mantengamos unidas, nadie nos destruirá», les dije y prometimos apoyarnos en todo, en lo bueno y lo no tan bueno. Prometimos seguir siendo las tres o ninguna.

Este parece mi diario del dolor. ¿Por qué escribo más sobre aquello que me duele, que me lastima, y sobre lo que no puedo o no sé cómo manejar? ¿Será este un diario de emociones más que de mi día a día? ¿Al final de estas páginas tendré más respuestas que preguntas? ¿Decidir es crecer, hacerse adulto? Paloma tendrá que tomar la decisión más importante de su vida: ser madre o no. Sin embargo, yo no pude decidir ser hija de alguien, porque mi madre tomó la decisión por mí. Entonces insisto: ¿decidir es hacerse adulto?

Antes de que Paloma se fuera y llevara a Majo a su casa, llegó mi papá. Llegó furioso. La basura que arrastraba la lluvia de nuevo tapó las coladeras de la calle y otra vez se inundó la planta baja de la torre. Nos dijo que aguas negras salían a borbollones por coladeras y escusados. Después de que ellas se fueron, papá me dijo que ya estaba confirmado el viaje a Nueva York. Nos iríamos el martes. Después cerró la puerta, Cala y yo nos quedamos a solas. Volvió la tranquilidad a mi cuarto. Hasta ese momento pude ver el regalo de Max: una libreta de cuero.

Hola, Eva, ¿estás?

Sí, no puedo dormir. ¡Hola!

Apenas llegué a casa.

¡¿Apenas?!

Caminé por ahí. Tampoco tengo sueño.

Me gustó la libreta. ¡Gracias!

¿Viste qué linda que es? Pensé que a vos te gustaría.
Más tarde te digo para qué es.

Nunca había tenido una libreta de cuero.

Vi a las chicas muy preocupadas. ¿Todo bien?

Sí, todo bien. Bueno no del todo, cosas de chicas.

Mañana voy a salir y no podré verte.

¿Íbamos a vernos?

Bueno, si vos querías. Voy a subir al Nevado de Colima...

¿Subir?

Sí, recordás que te había dicho que hago *hiking* y escalada.

Ah sí, recuerdo, aunque a esta hora mi cerebro es como un pastel filipino.

¿Pastel filipino?

No importa, no hagas caso. Ya estoy metida en la cama y Cala conmigo.

Yo igual, pero con Runa, mirá.

Qué bonita gatita, si Cala se subiera a mi pecho me aplasta. Va mi foto.

Qué cara más tierna. ¿Ahí pasa toda la noche?

No, casi siempre se viene a la almohada y amanecemos cachete con cachete. ☺

Igual Runa conmigo.

¡Qué bien!

Vuelvo mañana. ¿Vos sabías que el Nevado de Colima realmente está en Jalisco?

No, ni idea.

Tampoco tiene nieve.

¿Por el cambio climático?

No, la nieve es solo en invierno. Ahora solo tiene nubes.

¿Nubes?

Sí, el nevado está a más de 4 270 metros sobre el nivel del mar.

¡Guauuu!

Estaré más cerca de las estrellas, pero no las veré. Será de día. El cambio climático, ¿dijiste? Ese es otro tema.

Exacto, ese es el tema.

Por el cambio climático hay más incendios forestales, más plagas y menos agua.

Aquí la lluvia inundó parte de la torre, y no es la primera vez.

El cambio climático propicia temporales más radicales, mayor cantidad de agua, mayor temporal de sequía, más calor...

Pero menos frío, ya no hace frío como antes.

No podemos seguir viviendo así.

También lo creo. Cuando era niña no quería desperdiciar agua al bañarme. Cuánta agua tiramos por el caño y luego se nos revierte como aguas negras.

Somos una sociedad de consumo, debemos comer menos carne...

Pero ustedes los argentinos son expertos en asar carne.

Precisamente. Yo le digo a mi madre que solo hagamos asado una vez al mes.

Mi hermana ya se hizo vegetariana.

Qué bueno. Aunque tampoco puedo evitar comer carne. ¡Viste! No solo eso, nuestra sociedad de consumo nos hace comprar ropa cada fin de semana.

Mi mamá lanza colecciones cada fin de semana.

Mal, muy mal. 😕

Siempre está probando nuevos materiales, nuevos textiles y cosas así.

Eso es como martirizar al mono en el laboratorio. Se han hecho estudios con el hielo de la Antártida, estudios que han determinado que para el 2050 la temperatura del mundo subirá un grado más. ¡Imaginás lo que será! Desaparecerá la mitad de la Tierra. Te recomiendo *La historia del hielo* de David Martín del Campo, el libro es un pasón.

Lo buscaré.

Hace unos días, en la Barranca de Huentitán, pasamos por el río Santiago y no sabés lo contaminado que está. Olía mal.

¿Seguís ahí?

¡Eva!

¡Eva!

¡Cachorro!

Sí, sí, te estoy leyendo y te imagino en la Barranca de Huentitán o en esa montaña sin nieve, aunque no me la puedo imaginar sin nieve. Será por el nombre: Nevado de Colima.

Solo nubes, Cachorro.

Estoy metida en sábanas blancas, como las nubes.

Confirmaré que además de agua, estamos hechos de aire. ¿Sabes cuánto oxígeno nos cabe en los pulmones?

No, ni idea.

Unos siete litros por minuto. Sin contar el oxígeno que corre por nuestras venas.

Nunca me había puesto a pensar en eso.

Vos estás en la cama y yo, en la azotea. Miro las estrellas.

En tu foto de hace rato estabas en la cama, con Runa.

Subí a la azotea a mirar las estrellas. No tengo sueño. Mirá.

¡Qué bonito cielo! ¿Allá no llueve?

No, el cielo ya está en calma. Solo hay humedad y fresco a mi alrededor.

Aquí aún llueve, poquito, pero llueve. Mira, yo también miro *mis* estrellas.

¿Es el techo de tu cuarto?

Sí, mi constelación, la tengo desde hace años...

¿Recordás la otra noche que llovía y vimos las estrellas?

Sí.

A tu lado pude ver el asteroide B 612 y descubrí el olor a tierra mojada de esta ciudad que, junto con tu olor, llenó mis pulmones, que se pegaron a mi pecho y volvieron mi corazón tan grande como el asteroide B 612... para que alguien lo habite.

Eva

¿Seguís?

¡¡Eva!!

Sí, sí, te leo, como una habitante de otra constelación.

Yo solo sé que tenemos el mismo cielo.

¿Ya viste la hora?

Sí. En un rato más pasarán por mí. Tenemos toda la noche para nosotros. Aunque a veces creo que vos te dormís.

¿Por qué? ¿Por qué no respondo tan rápido?

Sí, un poco.

Soy lenta al tomar decisiones, pero cuando las tomo, de ahí hasta el infinito.

Hasta allá voy a llegar por vos. Ya preparo mi bolsito para el viaje.

El infinito es demasiado lejos. Primero sube el Nevado de Colima. ¿Qué llevas?

Bastones, brújula, encendedor, navaja de dos filos, termo para agua, matera y yerba mate. Una remera.

¿Qué es eso?

Camiseta, le llaman ustedes acá.

Tienen palabras tan distintas.

¡Viste! Hablamos el mismo idioma con palabras diferentes y aún así nos entendemos.

A mí me encantan.

Después hacemos una lista, mirá que tengo un montón, por mi mamá peruana y mi madre argentina.

Hacemos un nuevo diccionario.

Será nuestro diccionario de emociones.

¿Qué más llevas?

Unas barras de chocolate.

¿Chocolate? Me encanta, pero ya no lo puedo comer.

Es para dar energía, reponer calorías. Llevo también un libro, pequeño, pero enorme como su nombre: *Historia de un amor exagerado*.

Qué bonito título. ¿De quién es?

En argentina todos los chicos lo leemos. Una historia relinda, no sabés. Allá es un clásico. Lo escribió Graciela Montes.

Me gustaría leerlo. Yo aún sigo con *El libro de mi dolor* de Noria, pero no avanzo. Estos últimos días han estado muy movidos.

Espero que todo vaya bien con las chicas.

También yo lo espero. ¿A qué hora pasan por ti?

A las cinco.

Falta más de una hora, ¿no vas a dormir?

No, no quiero dejarte.

Necesitarás energía para subir, y sin dormir...

Dormiré en el trayecto, y para la energía llevo el chocolate. Volví a la cama.

Es mejor que ya nos durmamos, no quiero desvelarte más.

Vos no me desvelás, me alentás.

Yo sigo en la cama, a oscuras, con Cala a mi lado.

También llevo mi libreta de dibujo y de notas.

¡Ah! Por cierto, ¿ya me vas a decir para qué es la libreta que me regalaste?

Es un proyecto que quiero que hagamos juntos. ☺

¿Juntos? ¿El diccionario?

No, ese aún no.

...

Vos escribís y yo dibujo, entonces, comenzá vos con algo, en la primera página. Escribí en el reverso de la primera página y yo ilustraré lo que vos escribís. Después yo ilustraré la siguiente página y vos escribís algo referente a mi ilustración.

¡No es un proyecto, es un reto!

El reto de darle voz a la imagen y viceversa.

¡Eva!

¡Eva! ¿Dormís?

¡No! ¿Cómo me voy a dormir?

¿Aceptás?

Acepto el Reto Viceversa.

Lindo nombre.

A todo le pongo nombre.

Yo le puse *El libro de los anhelos*.

Me gusta.

Buscá el del diccionario.

Max, me vas a llenar de retos y tú tienes uno mayor en las próximas horas: subir esa montaña.

Eso no es un reto, es un placer. En mi siguiente salida vos irás conmigo.

Pero no sé nada de nevados ni de montañas...

No importa, yo te digo cómo.

Diccionario de emociones, así se llamará. Ok, voy contigo. Pero ahora a dormir.

46

«¿Y si Paloma decide abortar?». Fue el primer pensamiento de Eva luego de apagar el celular. La oscuridad la invadió por completo. Minutos después el celular se volvió a encender. Eva lo revisó y venía un emoji de beso que le mandó Max. Creyó que se dormiría de inmediato, pero no pudo, sintió que todo lo vivido ese día se le vino encima. Recordó la sesión del Club de la Verdad y se lamentó por Majo «como que Santi es gay», se repitió y pensó en llamarlo al despertar. Pero con qué pretexto, no quería preguntarle por Capi, de hecho quería alejarlo aún más. Tampoco podría llamarlo y decirle: «Santi, ya no dijo Majo que eres gay». Así que decidió esperar a que él se lo contara.

Quien sí estaba en verdaderos aprietos era Paloma, entonces también se preguntó: «¿y si decide tenerlo?». De pronto sintió escalofríos y no quiso imaginarse en la situación de Pola. Era una decisión tan difícil. A ella sí la llamaría en cuanto despertara. De pronto recordó que ya era sábado y que los sábados trabajaba hasta las dos de la tarde en la galería. «¿Cuántas horas voy a dormir?», se preguntó. Habrían sido tres o cuatro, si no hubiera recibido una llamada inesperada que le quitaría el sueño por completo.

Minutos antes de las ocho de la mañana, el celular de Eva sonó con un largo repiqueteo. Ella y Cala se sobresaltaron. A Eva se le vino encima la situación de Paloma y enseguida un accidente, una mala noticia sobre Max Fiore. «Bueno», dijo Eva al ver el número desconocido. Era su *oma* Clara desde Nueva York. La llamada desconcertó a Eva, no por la duración (menos de dos minutos), sino por la hora, pues sabía que a su *oma* no le gustaba madrugar, también por lo que le pidió que le llevara: una cajita de metal que estaba donde sus rompecabezas. La *oma* le dijo el lugar exacto donde encontrarla, en un viejo ropero en su habitación de su casa en la Seattle. También le recomendó que no abriera la caja, pero Eva no aguantaría la curiosidad y días después vería su contenido. Eva asintió, le dijo que ya sabía dónde estaban los rompecabezas. Entonces recordó aquellos días con Capi, su imagen desnuda frente al espejo del ropero haciendo aún más grandes sus esperanzas. Recordó que Capi le dijo: «También tu abuela esconde en un ropero un montón de pequeños recuerdos». Fue la noche que bailaron *And I Love Her* de The Beatles.

Eva no supo por qué el recuerdo de Capi la puso de mal humor. No fue como antes, Eva no sintió esa sensación de nostalgia y desasosiego que antes la invadía cuando alguien lo nombraba o simplemente porque volaba una mosca. Ahora no, no sabía qué la molestaba más, si el recuerdo de su ex o la petición de su *oma* de llevarle una cajita. ¿Qué podía contener? ¿Por qué de pronto la urgencia? ¿Por qué no mirar en interior? Tampoco se atrevió a pedirle explicaciones a su *oma*. Sacó cuentas de cuánto tiempo tenía de no verla, cuatro o cinco años, «un montón», se dijo y se levantó de la cama, no tenía tiempo que perder.

Afuera todo estaba en silencio. Eva vio las botas de lluvia de su papá al lado del ascensor, seguramente

se las había quitado ahí ayer al llegar a casa. Cala, que estaba a su lado, también miraba todo con ojo
nuevos y bostezaba. Ambas caminaron hasta la cocina, Eva traía una cola de caballo casi deshecha y s
había puesto al revés la playera de la pijama. Abrió el refrigerador buscando el cartón de leche, fue en es
momento cuando escuchó la voz de su padre, diáfana, amable, feliz. Otto hablaba con alguien y se reía. Ev
pronto distinguió ese tono en la voz de su papá y recordó la frase: «Sí, mi amor, te llamo de nuevo a la
doce, tiempo de México». Otto hablaba con esa mujer. Eva se enfureció y Cala se puso alerta. «¿Por qué
mí?», se preguntó. «Otra vez me toca a mí». No sabía si ir al estudio de su padre y decirle algo. ¿Cóm
enfrentarlo? ¿Qué decirle? Vio la hora en el reloj de la cocina y recordó, como nunca antes, sus medicinas
tenía que tomarlas. Eva no quería que en ese preciso momento le viniera un apagón. Se tomó sus medicina
y decidió hacer ruido para evidenciar su presencia. Dejó caer un sartén y Cala salió despavorida y
efectivamente, la voz de su padre cesó de inmediato.

—Eva, ya te levantaste —dijo Otto, quien vestía su habitual ropa de correr—. Apenas son las ocho de l
mañana.

—Lo sé, pero también trabajo los sábados. Hoy entro a las diez —aclaró Eva.

—Es cierto, lo olvidé por completo. Ahora desayunamos, solo termino una conferencia que tengo co
Tokio y voy. ¿Quieres que te lleve?

—No sé, ya me acostumbré a ir sola.

—Desayunamos rápido y te llevo, así hablamos detalles del viaje. Nos vamos el martes.

—¿No que el jueves? Mi mamá me dijo que viajaríamos el jueves.

—Adelanté el viaje unos días, nos vamos el martes.

—Okey, papá —dijo Eva con tono resignado.

Una hora más tarde, Otto, en su legendario Mustang 1967, llevaba a Eva a la galería de Mimí Mendoza
En el camino le repitió que saldrían el martes muy temprano. Que hablara con Mimí y le diera las gracias
Mientras Otto conducía, en el autoestéreo sonaba un disco de Caetano Veloso y afuera el apaciguado rugi
del motor, más que caballos de fuerza, a Eva le pareció el respirar de un gran felino. Entonces recordó
Runa, negra como el auto favorito de su papá. Recordó a Max y sonrió. También le dijo a su papá que s
oma le habló por teléfono, que fue ella quien la despertó; lo que no le dijo es para qué le había llamado. Ev
no supo por qué ocultó el asunto de la cajita. Un secreto más entre ellos no le haría mal a nadie. Al dejarl
en la puerta de la galería, Otto le dijo que pasaría por ella a las dos para ir a comer.

La primera sorpresa de la mañana es que Mimí Mendoza ya sabía que ese era su último día, Julia ya s
lo había dicho. Eva pensó que la regañaría por faltar sin avisar el día anterior, pero no le dijeron nada, a
contrario, Mimí la despidió con un gran abrazo y le dijo que las puertas de la galería estaban abiertas par
cuando quisiera volver. Claudia Botello, asistente de Mimí, le tenía un regalito: una pluma Platinum azu
para que escribiera muchas páginas más. Eva casi lloró de la emoción y se despidió de su primer trabaj
con mucha nostalgia. Miró todo a su alrededor y sintió que cada cuadro, cada mirada de los personajes d
Killa Kusi, aún colgados de las paredes, la observaba y le decía adiós.

La segunda sorpresa del día sería al salir de la galería y ver, estacionado en la puerta, el Mercedes de s
papá con Nabor al volante, esperándola. Era la una de la tarde y aún no le mandaba el mensaje a su pap
para que no fuera por ella. Eva creyó que seguramente su padre se le había adelantado y no comería
juntos, pero no era así.

—Qué bueno que ya saliste, Evita, estaba por ir a estacionarme a la vuelta —le dijo Nabor al tiempo qu
se bajaba del auto y le abría la puerta.

—Hola, Nabor, ¿mi papá te pidió que vinieras por mí?

—No, me habló doña Clara, me dijo que viniera por ti y te llevara a su casa.

«Es como si mi *oma* estuviera enterada de mis pasos», pensó Eva, y subió al auto. El Mercedes olía
loción, a espuma de afeitar, a desodorante, a Nabor. El verano era caluroso y el viejo jardinero de la famili
no usaba el aire acondicionado del auto, Eva recordó esto como un gesto familiar.

Tenía un mes que Eva Otero no iba a la casa de su *oma*, aquella vez, también en sábado después de l
galería, había ido a buscar rastros de su madre. No consiguió nada, solo avivar el recuerdo que tenía d
Capi en su cuerpo. Ahora volvía por un encargo especial. Nabor abrió el portón y metió el coche. Sin quere
revivir sensaciones, Eva fue directamente al cuarto de su *oma*, se subió en una silla y buscó en el fondo de
ropero. Ahí, en medio de las cajas de rompecabezas, estaba la cajita envuelta en una bolsa de terciopel
morado. Eva la sacó y la miró con detenimiento: era rectangular, un poco más chica que una caja d

szapatos, de un verde gastado, y estaba decorada con paisajes renacentistas. Pesaba un poco. Eva la sacudi
econ la mano izquierda frente a su oreja y pudo oír que algo sonaba dentro. No tenía sellos de seguridad, n
etampoco cerradura. Eva recordó que su *oma* le dijo que no mirara su contenido. Se sentó en la silla, puso l
acajita sobre sus piernas y estaba a punto de abrirla cuando escuchó un fuerte golpe justo debajo de dond
sestaba. Salió a ver qué había sido.

a —Nabor, ¿qué pasó?

o —Nada, Evita, esta puerta que se me cayó —respondió Nabor que trataba de levantar la puerta de l
s,cocina que daba al jardín—. Ya le dije a tu papá que tenemos que cambiarla, mira el hoyo que tiene abajo
sestá picada y por ahí se meten las ratas.

r, —Te ayudo —le dijo Eva y se acomidió a levantar la puerta del suelo.

Nabor estaba en lo cierto, por ahí se metían las ratas. Eva recordó la que Capi había matado de u
abalazo en la cocina, unos meses atrás. Dejaron la puerta sobrepuesta, lo que una semana después sería
decisivo para Cala.

Fue hasta la noche del lunes cuando Eva y Dana vieron el interior de esa cajita. Antes de ir a dormir
aDana fue al cuarto de Eva en pijama a despedirse de ella o a compadecerla, según le dijo. Dana no tení
buenos recuerdos de la *oma* Clara, le parecía gruñona, metiche, una mandamás. Nada que ver con la abuela
Esther, que también era metiche, pero cariñosa. Al contarle Eva sobre el encargo de la *oma*, Dana le urgi
ver el contenido de la caja.

—Aunque a mí me parece que mi *oma* no es metiche, ¿hace cuántos años que no la vemos, cuatro
cinco? Tú eres muy chica y no te debes de acordar mucho de ella. Además, solo habla por teléfono lo
domingos y a veces ni siquiera ese día.

ı. —Bueno, mi mamá dice que es metiche, yo solo la recuerdo enojona, con una mirada así. —Dana pel
s.los ojos frente a Eva—. Es como si quisiera sacarte toda la sopa con la mirada, ¿a poco no? ¿Y la cajita?

r Ambas se cruzaron de piernas en la cama, los calcetines de Dana estaban negros en la planta de los pies
aEva volvió a sacarla de la bolsa morada con jareta y la puso entre las dos. Ambas la miraron con gra
ıexpectación.

a —Tú ábrela —dijo Eva.

a —No, mejor tú, qué tal si le salen arañas o algo así.

Fue Eva quien la abrió. El interior también era de terciopelo verde, un poco menos gastado que e
eexterior. Adentro había varios envoltorios blancos numerados. Dana se la quitó de las manos, le dio l
ılvuelta y estos cayeron sobre la cama, la sacudió esperando algo más, luego la revisó en busca de un dobl
afondo.

l —¿Qué haces? —le preguntó Eva.

o —Deduzco cuál es el misterio de esta caja. Nada. Te digo que mi *oma* no está bien de la cabeza. ¿Qu
erayos serán estos envoltorios? ¿Abrimos uno, qué tal el número cinco? —propuso Dana y saltó en busca d
unas tijeras. Cala se puso alerta.

ı —¡No! ¿Cómo se te ocurre? ¿Qué tal si mi *oma* se da cuenta? Ella me dijo que no abriera la caja, y tú y
áquieres desenvolver todo.

n —Ash, Eva...

—Si se da cuenta de que abrimos los paquetitos, quien se va a enfrentar a ella soy yo. A mí me va a toca
eel regaño. Anda, vamos a dormir —le dijo Eva, y en ese momento vibró su celular. Dana corrió a ver d
quién era ese nuevo mensaje.

—«Hola, Cachorro...» —leyó fingiendo la voz y paseándose por la habitación con el celular en alto hast
que Eva la atrapó.

a —Dana, pareces una niña de catorce años. Dame acá. —Eva le quitó el celular y antes de mandarla
adormir le dijo—: Ya sabes, lo único que tienes que hacer en estos días es pasear a Cala. Dos veces al día, es
es nuestro trato, y cierra la puerta... —Dana salió meneando el trasero y dejó la puerta entreabierta.

a
e
r
·l
o
e

Hola.

Solo para desearte buen viaje mañana. A tu regreso tendremos mucho de qué conversar: Nueva York y el Nevado de Colima.

Ya sé. Las fotos que me enviaste están fantásticas. Ya quiero que me cuentes.

Cuando vayas en el avión, por arriba de las nubes, acordate de mí. No habrá estrellas, pero mirá las nubes como un sendero del futuro.

De niña les encontraba figura a las nubes.

Yo hacía lo mismo. Mañana me contás...

Sí, ahora me voy a la cama. Mañana será un día largo.

¡Ciao, Cachorro!

Hola.

Solo para desearte buen viaje mañana. A tu regreso tendremos mucho de qué conversar: Nueva York y el Nevado de Colima.

Ya sé. Las fotos que me enviaste están fantásticas. Ya quiero que me cuentes.

Cuando vayas en el avión, por arriba de las nubes, acordate de mí. No habrá estrellas, pero mirá las nubes como un sendero del futuro.

De niña les encontraba figura a las nubes.

Yo hacía lo mismo. Mañana me contás...

Sí, ahora me voy a la cama. Mañana será un día largo.

¡Ciao, Cachorro!

47

El vuelo salió a tiempo. No hubo sobresaltos ni bolsas de aire. Eva y su papá iban en una fila de tre asientos, ella en la ventanilla y Otto en el asiento del pasillo, el de en medio quedó vacío, por lo qu ambos usaron ese espacio como mesita de noche. Eva llevaba todo para entretenerse en el vuelo de más d siete horas por la escala en la Ciudad de México. Lo primero que hizo al tomar asiento fue revisar la películas que había. Vio un poco de *La La Land* y se aburrió. Cambió a *Julieta*, la nueva peli de Almodóvar Era todavía más aburrida. Al final vio casi una hora de *Manchester junto al mar*. Terminó quitándol porque no pudo con ella. También llevó una *playlist* variopinta porque fue regalo de Dana: Chet Fake Metronomy y alguien desconocido para ella, Austin Mahone. Eva lo escuchó un poco y a la tercera canció pensó que era otro One Direction, lo quitó y buscó lo nuevo de Kaleo. Enchufada a los audífonos recordó Esteban, él seguramente le prepararía una *playlist* propia para Nueva York. Pensó en buscarlo de regres pero no lo haría, pues su regreso sería tan abrupto y accidentado que Eva tardaría varios días en reponerse.

A la mitad del vuelo y después de una comida fría que a Eva le pareció más propia de un hospital que d una aerolínea, leyó un poco *El libro de mi dolor*, el cual terminaría en este viaje, hasta que por fin se animó sacó la libreta que Max le había regalado. Contemplando el cielo azul infinito y las nubes cargadas d sueños, con la voz de Kaleo de fondo, Eva escribió en la primera página qué era para ella el amor a primer vista.

Poco antes de aterrizar, el avión planeó sobre Manhattan. Eva vio desde su ventanilla los grande edificios, apilados como si fueran un alfiletero. Atardecía y los colores violáceos del cielo se reflejaban e los rascacielos como un gran lienzo que sabía elegir el fuego. A lo lejos, Eva distinguió la gran manch verde de Central Park y le preguntó a su papá dónde estaban las Torres Gemelas.

—Ahí. —Otto se inclinó sobre su asiento y señaló con el dedo el gran edificio de triángulos isósceles— Es ahora el rascacielos más alto del continente.

—¿Cuánto mide?

—Su altura es de quinientos cuarenta metros, con todo y la antena. Las anteriores Torres Gemela medían cien metros menos, más o menos.

Eva siguió mirando, era como si el piloto diera la vuelta pensando en ella, en que Eva Otero quer conocer, desde las alturas, la Gran Manzana. Con su celular tomó algunas fotografías del famoso puente d Brooklyn. Un minuto más tarde el cielo había cambiado de colores, el día caía lento y Eva tuvo por fin baj su mirada la Estatua de la Libertad, enorme, imponente, coronada por la puesta de sol, que parec implacable sobre la ciudad. El descenso la llevaría a un nuevo amanecer.

Al llegar a la casa de su *oma*, en Park Avenue, a dos calles de Central Park, el calor le pareció a Eva tan insoportable, que se sintió en Puerto Vallarta. Levantó la vista, vio el edificio estilo georgiano de cantera roja y se quedó con la boca abierta. Jamás imaginó que su *oma* viviera en uno de esos edificios que ella había visto en las películas, con portero uniformado en la puerta, listo para hacerse cargo del equipaje. Habían hecho una hora desde el aeropuerto JFK hasta casa de su *oma* y lo que Eva había visto desde la ventanilla del auto, que era la hora pico de todas las ciudades del mundo, era el bullicio de la Gran Manzana, como le apodaban a Manhattan, la aglomeración de la gente en las esquinas esperando la luz verde para cruzar, y las bandas de jazz en las plazas que, en pleno verano, había por todos lados. Eva vio luces y más luces en cualquier lado al que volteara, edificios que no tenían fin. Eva pasaría los días armando y ordenando su pasado al lado de su *oma* Clara, hasta el último día, cuando se aventuró por las calles de la ciudad.

Greg, el rubio portero de saco azul cruzado, con botones y ribetes dorados en las mangas, los recibió con un mal español, pues intentó darles la bienvenida en su idioma. Aunque lo hizo lo mejor posible, Otto le dio las gracias en inglés y Eva sonrió también agradecida. Al llegar a la puerta del edificio se encontraron con una mujer embarazada que salía empujando una carriola con una bebé. Para Eva fue inevitable el recuerdo de Paloma. «Pronto Pola estará así», pensó y se hizo a un lado para dejar que saliera la nueva mamá. Greg los llevó hasta el ascensor y, antes de que se cerraran las puertas, les dijo que Mrs. Stern los esperaba. Conforme el elevador ascendía hasta el séptimo piso, el corazón de Eva se comenzó a acelerar como si algo difícil la esperara en casa de su *oma*, sin saber que, a lo largo de los días, más que secretos descubriría los hilos que mueven el amor, el dolor y los sueños.

Como en la Torre Ónix, las puertas se abrieron en un pequeño salón recibidor. El olor a maderas finas y un leve tufo de cigarro envolvieron a Eva. Su papá y ella entraron cada uno jalando su propia maleta, ambos iban con algo en bandolera: Otto, su portafolio; Eva, su bolso y una mochila echada sobre el hombro derecho. Otto le gritó tres veces a Clara, primero «¡madre!», enseguida «mamá», y para la tercera suavizó el tono: «mami, ¿dónde estás?». Fue en ese momento que la *oma* Clara respondió.

Eva miró a su alrededor, el departamento era enorme y acogedor, tenía pisos de madera, chapas del mismo material en las paredes, y grandes tapetes gastados, muy semejantes a los que había en su casa. Las paredes vestían cuadros de marcos dorados y luz propia, altos libreros con estantes atiborrados de libros y fotos de estrenos de óperas. Cruzaron un segundo recibidor y Otto se desvió a la cocina, que también era amplia, iluminada, de paredes grises y cubiertas de mármol. Sobre la mesa del antecomedor había un gran frutero, Otto tomó una manzana y le dio otra a Eva. Salieron por la puerta que llevaba al comedor y ahí sentada en la cabecera, estaba la *oma* Clara. Llegaron justo cuando la vieja levantaba un cuchillo y partía en dos una roja manzana.

—¡Ahí estás! —exclamó Otto y tiró todo lo que traía encima.

Clara trató de incorporarse, se apoyó en un bastón con empuñadura de plata, pero no lo logró, Otto llegó para ayudarla, y ambos se fundieron en un abrazo. Tenían un año sin verse. La escena conmovió a Eva, nunca había visto a su papá tan cariñoso con nadie. Se dejaba mimar como si fuera un niño. Además esa no era la imagen que ella tenía de su *oma*. «Enojona», recordó que así la había descrito Dana, pero a ella no le pareció así.

—¡Ah! —exclamó Clara—, veo que ya fuiste por tu manzana. *An apple a day keeps the doctor away*. Muy bien, hijo, espero que lo sigas haciendo y te mantengas eterno, como tu madre —puntualizó Clara y volteó a ver a Eva—. Eva, cómo has crecido, mi niña, eres más hermosa que tu madre, eso sí te lo puedo asegurar...

—*Oma*... —Eva casi pudo verse en el nítido azul de los ojos de su *oma*.

—Todo a su tiempo, mi niña, todo a su tiempo. Ahora celebremos que al fin llegaron.

—Mamá, ¿y las maletas?

—Y yo necesito ir al baño —dijo Eva.

—Todo a su tiempo, les digo que ahora es momento de celebrar. Hijo, sírveme y sírvete un *whisky*, están en ese armario. —Clara señaló un mueble de caoba estilo provenzal—. Y en el refrigerador hay jugo de naranja. Eva, ve por un vaso. ¡Muévanse, que el tiempo apremia!

Otto y Eva, como dos niños obedientes, hicieron lo que Clara les ordenó. A Eva le parecía más presente el acento teutón de su *oma* y la voz más gastada. Cuando volvieron, Clara Stern tosía con fuerza al tiempo que buscaba en la amplia mesa del comedor, a tientas, una cajetilla de puros. Encendió uno, delgado y largo, y le dio un fuerte golpe.

—¡Mamá, ¿cuál quieres...?! —Otto estaba a punto de gritar las marcas.

—El que tú quieras, mi amor, para mí ya todos son iguales. Eso sí, sin hielo.

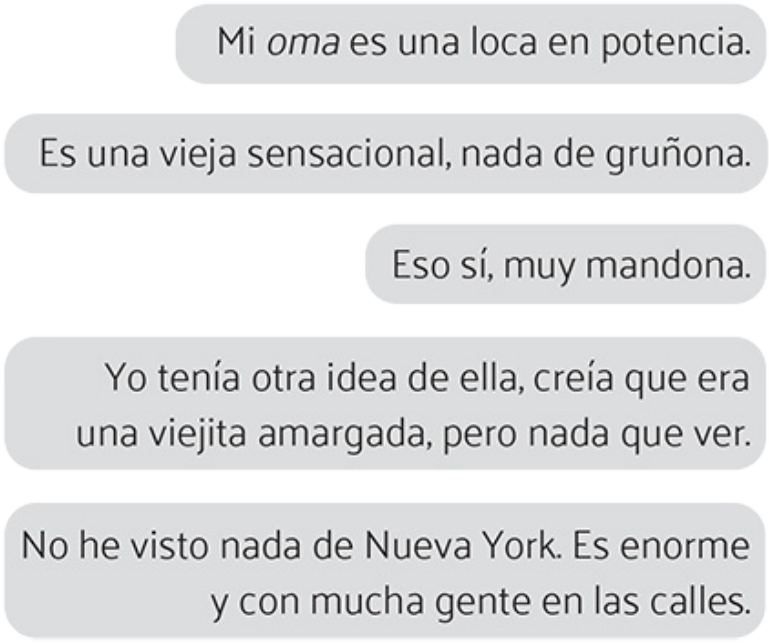
Después del brindis fueron a ocupar sus habitaciones. A Eva le tocó una interna, con vista al jardín central del edificio, con árboles de cerezo que estaban dejando de tener flores. No pudo evitar recordar la jacaranda que estaba al pie de la Torre Ónix. El clima en la habitación era fresco, Eva miró la recámara, de color azul turquesa, con cortinas, colcha y sillón a juego. La cama tenía dosel violeta, por lo que a Eva le pareció una cama de princesa. Puso su maleta sobre ella cuando su papá asomó la cabeza por la puerta y le urgió a cambiarse, ponerse algo ligero, ya que caminarían varias calles y el calor era tropical. Mientras desempacaba recordó que su mamá la ayudó a hacer la maleta: «Llévate ese vestido y ese otro, tus zapatos abiertos y varias camisetas, porque sudarás», le advirtió. Eva se quitó los jeans que sentía pegados al cuerpo y buscó qué zapatos ponerse con el vestido amarillo canario tipo blusón que usaría. No encontró nada que ólo convenciera y volvió a ponerse sus Converse blancos que, afortunadamente, había lavado un día antes. Se improvisó un chongo y se puso unas grandes arracadas de oro; se miró al espejo y le gustó lo que vio. Antes de salir de la habitación revisó su celular, tenía más de veinticinco notificaciones: mensajes de su mamá l(los pasó rápido), de Dana, de Paloma y de Max. Solo abrió los de Max y leyó. Suspiró. Apagó el celular y se adijo que respondería todos los WhatsApp al volver. Salió, y llevó con ella el encargo de su *oma*.

—Mañana me lo das. No hay prisa, todo a su tiempo —sentenció Clara Stern y cogió su bastón antes de ,salir de casa.

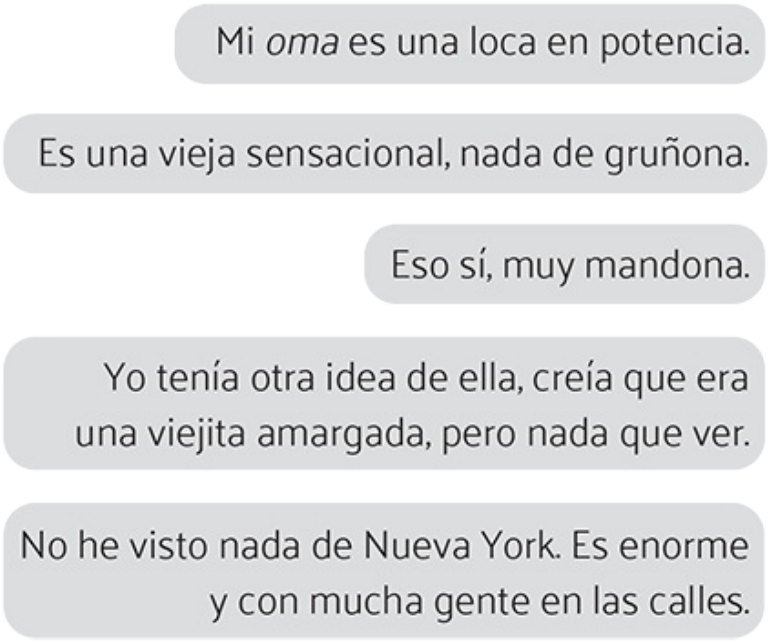
Cenaron en un restaurante de manteles largos y buqué de camelias blancas al centro, era un bistró a aire libre. Una brisa marina parecía envolver el ambiente que se alumbraba con una tenue luz más propia de enamorados. Clara no dejaba hablar a los demás. Era una protagonista en todo: en el sitio le dieron «su smesa», según les dijeron en la entrada; saludaba a diestra y siniestra, y rompía en carcajadas a la menor provocación de su hijo. Se notaba feliz y a Eva le daba gusto verla tan animada y jovial.

Clara Stern tenía el cabello totalmente blanco, corto y alborotado. Alta y delgada como una escultura antigua, usaba pocas joyas: aretes y anillo de zafiro rectangular en la diestra y en la mano izquierda un anillo que Eva recordaba de toda la vida, pequeño, discreto, de oro amarillo y en el oval, una letra grabada ssu *oma* siempre lo llevaba en el dedo meñique. Esa noche Clara llevaba un vestido de lino, largo y negro ysobre los hombros, una chalina gris le cubría la espalda. Sus movimientos eran retadores e histriónicos aAunque tenía su cajetilla de puros al lado del plato, no encendió ni uno en toda la noche. Clara odiaba la ley de no fumar en ningún sitio público. Por lo menos, tener la cajetilla cerca le daba confianza.

Volvieron a casa antes de la medianoche. A Eva le urgía llegar a responder sus WhatsApp que conforme avanzaba la noche, se iban acumulando en su celular. Eva lo sentía vibrar cada tanto. Al llegar a su habitación, se puso la pijama lo más rápido que pudo, no quería perder tiempo, se metió a la cama de sábanas frescas sin lavarse los dientes. Abrió los mensajes uno a uno y vio que los de Dana y Paloma eran osimilares, solo que su hermana le preguntaba: «¿Qué tiene la cajita que te llevaste?». Lo ignoró y respondió acasi lo mismo para los demás WhatsApp. Copió y pegó sus respuestas cambiando solo algunas palabras:



Eva, sentada en la cama con los pies cruzados, movía rápido sus pulgares. Solo la luz del celular l alumbraba la cara, y una luna casi llena se asomaba por la ventana. Sobre la luna y el cielo estrellado d Nueva York le escribió a Max y no tuvo respuesta. Días después le diría a Paloma que no sabía nada d Max, que le extrañaba tanto que no respondiera, que ojalá no resultara marciano con extensiones como e otro. Eva no quiso mencionar el nombre de su ex.



Eva, sentada en la cama con los pies cruzados, movía rápido sus pulgares. Solo la luz del celular le alumbraba la cara, y una luna casi llena se asomaba por la ventana. Sobre la luna y el cielo estrellado de Nueva York le escribió a Max y no tuvo respuesta. Días después le diría a Paloma que no sabía nada de Max, que le extrañaba tanto que no respondiera, que ojalá no resultara marciano con extensiones como el otro. Eva no quiso mencionar el nombre de su ex.

48

Capi fue el primer pensamiento que Eva tuvo al despertar. Soñó con él. Las manos de Capi sobre su piel. El peso de Capi sobre su cuerpo. El aliento de Capi recorriéndola de pies a cabeza. Sus besos. Su palabras llenas de silencio. Su olor. Eva pudo percibir su olor toda la noche, entre sueños, entre sábanas como si estuviera con ella esa noche, su primera noche en Nueva York. La sombra de Capi cada vez más y más grande penetrando en su recuerdo. Eva despertó ahogándose, buscando a tientas lo que ya solo existía en sus sueños.

Un cúmulo de sentimientos embargó a Eva. Se sentía enojada y triste, hasta que recordó que estaba en Nueva York y se levantó de la cama. Se asomó a la ventana y vio un día espléndido. Salió de su cuarto pisando sus calcetines, se encontró con su papá, quien ya se iba, con el *The New York Times* bajo el brazo. Otto le dijo dónde estaba todo en la cocina, y que Jennifer, la asistente puertorriqueña de su *oma* acababa de salir. Le recordó que al día siguiente era su ponencia en la Universidad de Nueva York, y también que ese día tenía un almuerzo y regresaría tarde, que no hiciera mucho ruido porque su *oma* aún dormía; por lo general, se despertaba temprano. «Vístete y ve a pasear, ve a Central Park, al museo. Haz lo que quieras. Tu *oma* no te extrañará». Fue lo último que le dijo antes de que las puertas del ascensor se cerraran frente a sus ojos.

Eva le hizo caso y fue a Central Park. Aunque estaba a tres o cuatro calles, hizo como Max le había enseñado y se dejó llevar por Google Maps. Caminó por sus senderos arbolados, buscando las sombras de ese verano que, antes de las once de la mañana, ya le pegaba la blusa al cuerpo. Vio muchas bancas vacías y se preguntó dónde estaría la gente. Siguió caminando por pequeñas plazas y fuentes, por la ribera de su enorme lago, por puentes listos para ser cruzados. A lo lejos, vio los rascacielos que rodeaban el gran parque. Siguió andando hasta que se encontró con una gran extensión de jardín llena de gente. Parejas de enamorados, otros haciendo picnic o yoga. Neoyorkinos tomando el sol como si fuera un día de playa: bikini, bronceador y toalla tendida sobre el césped. «Esto es el paraíso», pensó que diría Capi. Luego se enojó consigo misma, no por la comparación con el paraíso, sino por pensar de nuevo en él. Vio la hora en su celular y ya no fue al Museo de Historia Natural, como lo había planeado, casi era la una de la tarde, así que prefirió volver a casa y comer con su *oma*. De nuevo usó Google Maps como lo habría hecho Max. Sonrió. Celular en mano, Eva siguió la ruta que le marcó el mapa, que se abría ante ella como un nuevo destino.

Greg la recibió de nuevo y le abrió la puerta. Caminaron juntos el largo pasillo ajedrezado hasta el ascensor y antes de que se cerraran las puertas, se despidió de ella con una leve sonrisa. El departamento

de su *oma* estaba en silencio. Eva solo escuchó el tictac de un reloj de péndulo que no había oído la noch anterior. Era como si el tiempo apenas empezara a correr. Desconoció por completo el salón principal y e candil que pendía del techo. «Estoy segura de que ayer no estaba», pensó. Después dudó si ya había entrad o no a esa sala, era amplia y elegante, con una chimenea de mármol y dos grandes jarrones a cada lado, era azules con relieves en hoja de oro. Arriba de la chimenea había un cuadro de su *Großvater*, con traje corbata y lentes de pasta. Llamó a su *oma*, una, dos, tres veces. Jennifer salió a su encuentro y le dijo que l señora la esperaba en el estudio de música.

La casa de su *oma* era como el rincón de un palacio victoriano, como un museo de muebles, tapetes cuadros; con libros por todos lados. Eva se miró en el espejo y no se gustó: jeans hasta el tobillo, rotos d ambas rodillas, blusa blanca, Converse y cola de caballo en el pelo. Se olió las axilas: apestaba. Se sinti fuera de lugar. Además, estaba muerta de sed, pero no quería hacer esperar más a su *oma*, ni ir a la cocin por agua ni tampoco ir a su cuarto a cambiarse, mucho menos bañarse, tardaría una hora. Fue directo a estudio, al llegar escuchó música de piano, tan nítida que le avivó un filo de nostalgia. Eva abrió la puerta miró: el estudio de música era amplio, tan grande que podría ocupar la mitad del departamento. La paredes estaban revestidas de libreros, premios y reconocimientos a toda una vida dedicada a la música. A fondo estaba un piano negro lustrado, su *oma* tocaba; después Eva se enteraría de que escuchaba el *Vals de adiós* de Frédéric Chopin. Clara vestía un traje sastre de lino blanco, su figura contrastaba con el piano d cola. Eva recordaba haberlo visto en la casa de la colonia Seattle. Junto a su *oma*, sobre el piano, había u gran cenicero y un puro al que se le escapaba la vida en un fino hilo de humo. Eva paseó su mirada por tod el estudio y notó que había dos puertas acristaladas que daban a una terraza. Se reflejó en una de esa puertas y Clara advirtió su presencia. Dejó de tocar y volteó a verla.

—Eva, pasa, ven, tengo algo que mostrarte —dijo Clara y se levantó del piano. Caminó a una mesa d trabajo que estaba junto, fumó una penúltima calada del puro, y una nube de humo la rodeó.

Clara se sentó a la cabecera de su mesa de trabajo, tan parecida a las que hay en las bibliotecas públicas al centro había un gran ramo de flores blancas, las mismas que habían adornado la cena de anoche camelias. Todo el ambiente olía a puro, Eva sintió que el aroma le picó la nariz, aunque no dijo nada. Clar la miró y le hizo una seña para que se sentara a su lado. La nieta de Clara Stern vio por fin, sobre la mesa además de bocetos a medio trazo de vestuarios de ópera, la cajita de metal gastado que le había llevado. Si saber por qué su corazón se aceleró.

—Voy —dijo con un hilo de voz.

—En una caja similar a esta viajó el corazón de Chopin media Europa, hasta su amada Polonia —le dij Clara—. Chopin es más que un músico para ese país, es un mártir, casi un santo. —Eva recordó que algo l había dicho Esteban sobre Chopin.

—¿Quieres algo de la cocina, *oma*, se te antoja algo de tomar? —preguntó Eva pensando más en s propia sed que en las necesidades de ella.

Enseguida, como si les adivinara el pensamiento, entró Jennifer con una jarra de limonada y do manzanas, y se retiró sin decir nada.

—*An apple a day keeps the doctor away* —le dijo Clara a Eva. Ambas sonrieron—. Pero no es de Fryderyk Chopin —pronunció Clara con acento polaco— de quien quiero hablarte, ahora no, sino de mí. —Eva abri los ojos sorprendida.

Clara Stern había sido una reconocida cantante de ópera, una soprano con un timbre impecable de voz que había cantado en los mejores teatros del mundo: La Scala de Milán, el Teatro Colón de Buenos Aires, l Ópera de París, Bellas Artes, aunque su favorito siempre fue el Metropolitan Opera House de Nueva York por varias razones. Ahí había debutado con *La traviata*, interpretando a la cortesana francesa Violett Valéry en la temporada de 1956, estreno que fue su consagración, ya que la crítica y el público s desvivieron en elogios. Diez años después, en la misma fecha que inauguraban la nueva sede del Met, e Lincoln Center, nació su hijo Otto, el 16 de septiembre de 1966. Muchos años después, en ese recinto d ópera y *ballet*, el Metropolitan Opera House, Clara Stern se despediría de los escenarios, interpretando po última vez a su gran personaje. Esa noche fue interminable, con teatro lleno y pantallas con transmisión e vivo en algunos de los recintos donde había cantado, entre ellos Bellas Artes. Ahora la *oma* de Eva er directora artística del Met, razón por la cual nunca tenía tiempo para nada, excepto en esos días en los qu no era temporada de ópera. Todo eso ya lo sabía Eva o creía saberlo. Sin embargo, lo que estaba a punto d escuchar la dejaría más que impresionada.

—¿Quieres agua, *oma*? —preguntó Eva y vertió limonada en cada vaso.

—Los objetos también son memoria —dijo Clara asintiendo mientras abría la cajita de metal frente a ella—, guardan en su pátina el calor de las manos, la mirada insistente que los hizo únicos para nosotros. Son una forma de resistir el olvido —puntualizó y fue sacando uno a uno los veintiún envoltorios numerados—, y con el tiempo adquieren un valor incalculable, porque esos objetos pueden ser el único recuerdo tangible de un gran amor —concluyó y le pidió Eva que le ayudara a desenvolver los paquetitos.

—¿Qué es?

—Un rompecabezas de recuerdos, *Tochter* —respondió Clara y Eva recordó la pasión que su *oma* siempre tuvo por los rompecabezas y por llamarla *Tochter*, «hija» en alemán.

Cuando al fin terminaron, Clara puso sobre un papel negro todas las piezas, once pequeñas y diez grandes. Eran pedazos de cerámica blanca que resaltaban sobre el negro. Se trataba del busto de un personaje que había estado roto y envuelto durante años en aquel estuche de metal que viajó con Eva y quien no entendía nada de lo que pasaba y comenzaba a pensar que de verdad su *oma* estaba loca de remate, como le había advertido su mamá.

—Más que un rompecabezas, yo veo que es algo roto. ¿Quién es?

—Es Fryderyk Chopin —volvió a pronunciar Clara con acento polaco—. No solo es el más grande músico de Polonia, es un mártir y prócer de su patria —repitió Clara—. Este busto siempre ha estado conmigo, fue un regalo que me dio alguien muy especial antes de que dejara Europa, al final de la guerra.

—¿Un regalo? —repitió Eva, interesándose cada vez más en los pedazos desportillados que tenía frente a sí. Luego miró las manos de su *oma*, arrugadas y huesudas, con una manicura rojo escarlata y el anillo oval en el meñique de la izquierda. Por fin vio la letra que resaltaba, una D antigua—. ¿Quién te lo regaló?

—Daniel, un amigo de la infancia en Polonia —al escuchar ese nombre, Eva quedó más intrigada—. Él me enseñó a ser fuerte, a mirar el futuro siempre con esperanza, a sobrevivir, tal como lo hizo Fryderyk Chopin. Este pequeño busto se me rompió unos días antes de mudarme a Nueva York y no tuve tiempo de pegarlo, ni quise traérmelo, pensé que en Guadalajara estaría más seguro que en una mudanza tan complicada como la que hice. Recogí del suelo todas las piezas, hasta las más pequeñas; las numeré y las guardé en esa cajita que te pedí que me trajeras. Este Fryderyk Chopin es el rompecabezas más vivo que he tenido y que ahora armaremos tú y yo —puntualizó Clara y le dio otra fumada a su habano, cada vez más pequeño. Soltó el humo y Eva tosió, no pudo evitarlo. Su *oma* siguió como si nada.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Eva y cogió la mitad del rostro. La cabeza del Chopin estaba repartida en tres grandes pedazos.

—Empecemos por la base, aunque las piezas están numeradas, es probable que me haya equivocado, así que, armémoslo primero sin pegamento. Las piezas grandes primero para ver cómo embonan —dijo Clara y acercó un pegamento especial para cerámica.

—*Oma*, ¿estuviste en la Segunda Guerra Mundial? —preguntó Eva asombrada.

—Sí, lamentablemente. La guerra nos atrapó en Polonia. Después de un largo peregrinar por varias ciudades de Europa, mis padres, mis abuelas y yo quisimos llegar a Rusia, pero nos quedamos varados en el Gueto de Varsovia. Aunque era una niña, lo recuerdo todo con gran detalle. Solo dos objetos sobrevivieron de esos años...

—¿Dos?

—Este busto de Fryderyk Chopin, ahora roto en veintiún pedazos y este anillo. —Clara extendió la mano izquierda y le mostró a su nieta la sortija de oro—. Ambos me los regaló Daniel, un chico que más de una vez nos salvó la vida.

—¿Por eso el anillo tiene una D?

—Exacto —afirmó Clara e intentó una última calada a su puro. No pudo, se había apagado y Eva se sintió aliviada.

—*Oma*, ¿por eso te gustan tanto los rompecabezas? —preguntó Eva sintiendo un poco de frío. No estaba acostumbrada al aire acondicionado.

—Es muy acertada tu pregunta después de lo que te he contado. Quizá me gustan porque alguna vez perdí algo y aún lo busco. Quien arma rompecabezas busca algo que va más allá de sí mismo, porque trata de encontrar esa pieza que le dé sentido a su vida...

—¿Perdiste mucho en la guerra?

—Todo, en esa guerra lo perdimos todo, hasta la dignidad y las ganas de vivir.

La voz de Clara era solemne, una voz de otro tiempo. Eva se dio cuenta de que había tocado un tema asensible para su *oma*, se sintió un poco entrometida. Cayó en cuenta de que había tantas cosas de su familia que no sabía, tantos misterios. Eva sintió cierta incomodidad en la mirada de su *oma*. Se sintió como una sintrusa.

—Entonces yo debería de amar los rompecabezas —dijo Eva y cogió una pieza de cerámica.

—¿Perdiste algo importante en tu vida? —la retó Clara.

—A mi madre, solamente —respondió envalentonada.

—Fíjate en las piezas pequeñas. Las grandes ahí están, son evidentes, pero las pequeñitas, como esa completan un todo —Clara señaló una tan fina como un trozo de cáscara de huevo—. Si buscas, tienes que zfijarte en esos pequeños detalles.

—Cuando llegué me dijiste que yo era más bonita que mi mamá. ¿Te referías a mi madre Helena?

—Por supuesto, *Tochter,* ¿cuántas madres tienes? —Clara recobró su personalidad, su tono era retador y econ un cierto rechazo por Julia—. Helena era muy guapa, no lo he de negar, pero tenía una personalidad un tanto confrontativa, esquiva, diría que hasta agresiva; tú no, tu mirada es dulce y transparente...

—Háblame más de ella, por favor. Apenas la recuerdo y quiero conocerla, buscarla...

—Tu madre siempre fue voluntariosa, un poco como yo, quizá por eso chocábamos. Helena siempre ohizo lo que quiso. Nada le importaba más que ella misma. Aunque al romper con tu papá y marcharse, hay dejado un reguero de piezas sueltas...

—¡Yo! —interrumpió Eva.

—Armar esto roto es más difícil que un rompecabezas —cambió Clara el tema de la conversación— porque parece que las piezas tienen varios ángulos o que todas son iguales, solo hay que encontrarles su llado y encajarán perfectamente.

Eva y Clara pasarían los siguientes tres días armando el busto de Chopin. Eva aprendería de estrategias econocería más del pasado de su madre y de sí misma. Al final, un día después de acompañar a su *oma* a una nfunción extraordinaria de *ballet*, Eva por fin vería la figura de porcelana blanca con grandes grietas como slas cicatrices de un continente. Solo que, en su memoria, esas fronteras seguían palpitando entre la realidad ey los sueños de su infancia.

La voz de Clara era solemne, una voz de otro tiempo. Eva se dio cuenta de que había tocado un tema sensible para su *oma*, se sintió un poco entrometida. Cayó en cuenta de que había tantas cosas de su familia que no sabía, tantos misterios. Eva sintió cierta incomodidad en la mirada de su *oma*. Se sintió como una intrusa.

—Entonces yo debería de amar los rompecabezas —dijo Eva y cogió una pieza de cerámica.

—¿Perdiste algo importante en tu vida? —la retó Clara.

—A mi madre, solamente —respondió envalentonada.

—Fíjate en las piezas pequeñas. Las grandes ahí están, son evidentes, pero las pequeñitas, como esa, completan un todo —Clara señaló una tan fina como un trozo de cáscara de huevo—. Si buscas, tienes que fijarte en esos pequeños detalles.

—Cuando llegué me dijiste que yo era más bonita que mi mamá. ¿Te referías a mi madre Helena?

—Por supuesto, *Tochter,* ¿cuántas madres tienes? —Clara recobró su personalidad, su tono era retador y con un cierto rechazo por Julia—. Helena era muy guapa, no lo he de negar, pero tenía una personalidad un tanto confrontativa, esquiva, diría que hasta agresiva; tú no, tu mirada es dulce y transparente...

—Háblame más de ella, por favor. Apenas la recuerdo y quiero conocerla, buscarla...

—Tu madre siempre fue voluntariosa, un poco como yo, quizá por eso chocábamos. Helena siempre hizo lo que quiso. Nada le importaba más que ella misma. Aunque al romper con tu papá y marcharse, haya dejado un reguero de piezas sueltas...

—¡Yo! —interrumpió Eva.

—Armar esto roto es más difícil que un rompecabezas —cambió Clara el tema de la conversación—, porque parece que las piezas tienen varios ángulos o que todas son iguales, solo hay que encontrarles su lado y encajarán perfectamente.

Eva y Clara pasarían los siguientes tres días armando el busto de Chopin. Eva aprendería de estrategias, conocería más del pasado de su madre y de sí misma. Al final, un día después de acompañar a su *oma* a una función extraordinaria de *ballet*, Eva por fin vería la figura de porcelana blanca con grandes grietas como las cicatrices de un continente. Solo que, en su memoria, esas fronteras seguían palpitando entre la realidad y los sueños de su infancia.

49

Cuando Max vio las grietas de la pared que se tendía a su paso, supo que eran fronteras que él podí escalar. Nada lo detendría. Las manos le palpitaban con más fuerza para aferrarse a la montaña Colgado de las cuerdas, poco a poco fue subiendo sin mirar atrás, solo hacia arriba; seguía las indicacione de Beto Quezada, quien iba adelante, arriba. Max pisaba donde Beto, se aferraba de la roca donde Bet segundos antes había puesto las manos. Se movían lento, él, Beto y Manuel, que iba debajo. Lo movimientos de los tres tenían que ser precisos y coordinados. La concentración en este deporte e fundamental, sin embargo, en esos momentos Max solo pensaba en Eva.

Aunque eso no se lo dijo a Eva, como tampoco le contó que, de regreso, había pasado dos días en e hospital. Los mismos dos días que Eva no supo nada de él, ni le respondió de inmediato, como otras veces su WhatsApp recién llegada a Nueva York. Fue hasta el viernes, cuando se alistaban para ir al *ballet* cuand Eva comenzó a recibir largos mensajes de Max, donde le contaba cómo le había ido en su escalada a Nevado de Colima. Le dijo que era una de las cumbres más bellas de México, por sus bosques y laderas, po las formas en que la roca invitaba a compartir, por la vista y el clima. Solo fueron tres los montañistas e esta ocasión, Max, Beto y Manuel, un chico tartamudo al que no le importaba repetir tres veces la mism palabra. Para los dos últimos, era la segunda vez que intentaban subir la cima norte. Para Max, todo er nuevo.

Los tres llegaron al Nevado de Colima poco antes de las ocho de la mañana. Habían hecho tres horas d viaje desde Guadalajara. Rápido ubicaron la ruta para subir andando por la cara oeste de la montaña también conocida como «Diles que no me maten». Caminaron varios kilómetros cargando en sus espalda el equipo de escalar: cuerdas, arneses e instrumentos; agua, chocolate y una lata de atún para cada unc para recuperar proteínas. Conforme subían, las nubes eran más cercanas, tanto que pronto les cubrieron e rostro, y el silencio se fue haciendo más espeso. No había viento, lo encontrarían más arriba, cuand tuvieran las nubes a sus pies.

Beto le hizo prometer a Max que no se separaría de ellos, que obedecería todas sus indicaciones, n como la vez anterior en la Barranca de Huentitán. «Volví a disculparme por aquella ocasión», le escribió Eva, luego cayó en cuenta de que ella no sabía mucho de lo que había pasado en ese *hiking*. «Yo llevab varias prendas encima, remera, *pullover*, chaleco, chamarra e impermeable con gorra, casco; entre má subíamos, más brisa y bruma nos encontrábamos; llevaba mis pantalones para montaña y mis zapatillas d gato».

«Subir a la montaña es encontrarte contigo mismo. Sacar fortaleza de tus miedos, enfrentarlos

dominarlos. Más que fuerza física, necesitás espíritu. Ahí solo estás vos y tu templanza. Podés bajar, claro cuando quieras, pero la bajada sin llegar a la cima es una derrota que cuesta remontar. La cumbre es el único sitio donde las grietas son fuentes de vida. Cicatrices a las que te aferras vos aunque la pared esté mojada y fría».

Eva leía y leía esos mensajes que la tenían maravillada. Imaginaba todo ese silencio alrededor y, de algún modo, las grietas, las cicatrices, esas palabras le recordaban las conversaciones con su *oma* al arma el busto de Chopin. Eva leía y en el celular de Max las palomitas cambiaban de color, y él esperab preguntas, comentarios. Sin embargo, sus WhatsApp se quedaban en visto. Eva no sabía por qué no respondía, estaba un poco desconcertada por la ausencia de Max durante dos días. Tampoco podía reclamarle nada. Durante el almuerzo con su *oma*, en la terraza del departamento, con una vista espectacular de Park Avenue y rascacielos que impedían soltar la vista al horizonte; después de su manzana del día, Clara le dijo que el viernes irían a una función de beneficencia en el Met. Verían *Romeo y Julieta* con Isaac Hernández, primer bailarín del Ballet Nacional de Inglaterra. «Es un chico de Guadalajara», le dijo Clara. Eva apenas la escuchó, su celular sonaba y sonaba. Sería a la hora de la siesta cuando Eva hablaría por teléfono con Paloma.

—No deja de escribirme y yo no dejo de leerlo. Me choca, Pola, la misma noche que se fue al Nevado nos escribimos toda la noche. Luego nada. Llego a Nueva York, le escribo, le cuento del cielo y las estrellas de aquí, y no sé cuánto más y nada. —Eva se había quedado en la terraza. Amparada por una sombra tomaba un poco de limonada.

—¿Ya le preguntaste por qué no te escribió? ¿Por qué se desapareció tantos días?

—No, no le he preguntado, ¿cómo le pregunto?, ¿con qué derecho? Solo he leído sus mensajes y me choca...

—¿Qué te choca? ¿Qué te molesta tanto? ¿Qué no te haya escrito, como dices, o que no sea Capi?

—Tenías que mencionarlo. Ayer soñé con él, y qué sueño.

—Cuéntame.

—Después. Mejor dime ¿cómo estás?, ¿cómo te has sentido? No te he dejado hablar desde que me llamaste.

—Mal, baby, ¿cómo quieres que esté? Tengo que aceptar mi condición de estadística.

—¿De qué?

—¡Estadística! México es el primer país de Latinoamérica en embarazos en adolescentes y el segundo a nivel mundial...

—¿Quién tiene el primer lugar? —preguntó Eva.

—Estados Unidos —respondió Pola y continuó—: en México nacen al año cuatrocientos mil niños de madres adolescentes, ¿¡te imaginas!? Y yo soy una de ellas. Eso si decido tenerlo...

—Pola, ya habíamos quedado...

—No habíamos quedado en nada y, por si ibas a preguntar, aún no le he dicho nada a Guilli, mucho menos a mi mamá. ¡Ay, baby, me quiero morir, vomito por todos lados! No tengo hambre, y cinco minutos después podría comerme una vaca. —Paloma se aguantó las ganas de llorar—. ¿Cuándo vuelves? Te necesito.

Antes de responder, Eva recordó cuando empezó a tomar los medicamentos para la epilepsia. Mientras la doctora Carranza le atinaba a la dosis y su cuerpo asimilaba esa droga que irrumpía en su vida aún peor que la misma epilepsia, Eva vomitaba por todos lados, como ahora le contaba Paloma. Además, tenía hambre, sueño a deshoras, insomnio en las noches, pensamientos suicidas y un montón de otras pequeñas contraindicaciones que se fueron sumando a lo largo de los días.

—El martes, regresamos el martes en la noche —le aseguró Eva, porque en ese momento no sabía que regresaría antes, por un caso de vida o muerte—. Yo también ya quiero volver, aunque a veces me gustaría quedarme aquí para siempre.

—Baby —el tono de Paloma cambió, se hizo dulce y arrepentido—, tengo algo que decirte, pero júrame que no te vas a enojar, ni me vas colgar ni a reclamar, júramelo.

—Pola, me espantas, ¿qué pasó?

—¡Júramelo!

—Está bien, te lo juro, ¿qué pasó?

—Me habló Capi. —El silencio que escuchó Paloma del otro lado de la línea la dejó helada, aunque de

,pronto Eva sintió que le subía el calor por todo el cuerpo y entró al estudio de su *oma*—. Me preguntó s
lsalías con alguien.

é —¡Grandísimo cabrón! —soltó Eva, recordando las palabras de su mamá—, resulta que se preocupa má
por él que por mí. ¿Cuándo te llamó? ¿Qué le dijiste?

e —Nada, baby, no le dije nada. Le dije que te lo preguntara a ti.

r —¡¿Cuándo te llamó?! —Eva entró a la casa porque sintió que el sol no dejaba de perseguirla. Se deje
acaer en un sillón de la sala. Frente a ella quedó el cuadro de su *Großvater*, Eva sintió que la miraba—. N
oestá en Australia, ¿verdad? Todo él es una mentira. No sabes cuánto lo odio...

a —Cálmate, no sé cuándo me llamó, hace unos días, tú estabas por irte y yo con mi... —Paloma guardó
asilencio.

a —Tienes razón, Pola, ahora no es momento de pensar en mí, ni de estar enojadas por idiotas como Capi
¡,Gracias por decírmelo. Ya tenemos que armar un plan para ti en cuanto yo regrese. El martes que vuelva
etenemos que...

a —Ese día ya tendré tomada la decisión —la interrumpió Paloma—. Ese día tendré que decidir si tengo
no al bebé —concluyó.

o Con el celular en el regazo, Eva se quedó mirando el cuadro de su *Großvater*; estaba a punto de hablarle
scuando llegó Jennifer, siempre en silencio, solo hablaba lo indispensable. Le dijo a Eva que su *oma* quería
ı,verla en su recámara. Ella asintió y vio que volvía a la cocina. Jennifer tenía el cabello corto y teñido de roje
encendido, y las caderas típicas de las nanas sureñas. Eva se levantó del sillón y se acercó al pie del cuadro
le apuntó con el dedo y le dijo: «Luego tenemos que hablar tú y yo, *Großvater*».

e —Pasa, *Tochter* —escuchó Eva al entrar—, estoy en el vestidor.

Si a Eva le impresionó la habitación de su *oma*, que parecía el aposento de una reina, el vestidor la deje
con la boca abierta. Era de película: con espejos de piso a techo y zapatera catalogada por años. «Lo que
más cambia es el pie», le diría Clara a su nieta. «Aunque la mayoría cree que lo primero que se pierde es la
cintura». Después Eva vería un tocador antiguo, de madera fina y luna redonda. Eva lo vio como un trono y
eno estaba equivocada, por lo que enseguida le diría su *oma*: «Si toda mujer debe tener un cuarto propio, en
ese cuarto debe haber un tocador. Es el espacio más íntimo para nosotras, aún más que el baño. Frente a
espejo te enfrentas contigo misma. La que nadie más puede ver, la que se agazapa en tu interior y a la que
tienes que dominar y vestir con afeites. Solo frente al espejo, una vez al día, podrás tener miedos, sentirte
asola o triste. Pero después viene el cepillado del cabello, las cremas, el maquillaje y las sombras. ¿Por que
crees que se llaman así?», le preguntó a Eva, que ya estaba sentada en el tocador, mirándose en esa luna
redonda. Ella solo movió los hombros. «Se llaman así porque cubren, porque le dan profundidad y misterio
ea las ventanas del alma. Tienes los mismos ojos de tu madre», dijo Clara en un tono más quedo y, antes de
que Eva pudiera preguntar algo, continuó: «Al final vendrá el labial, que es el contraste: la luz de toda
sombra». Para Eva cada explicación de su *oma* era una lección que la hacía sentirse única y segura. En ese
sespejo, ventana del alma de su *oma*, Eva se miró distinta, hermosa, aun sin gota de maquillaje en la cara.

s Clara Stern no solo tenía ropa de calle en su vestidor sino también vestuario de ópera: todos sus
evestidos de Violetta Valéry descansaban en maniquíes de modista, también había pelucas y sombreros de
ala ancha. En la pared principal había un gran póster de *La traviata* de 1956, Clara Stern vestía a la usanza
sdel siglo XIX, y tenía un gran ramo de flores entre las manos. Había también un *loveseat* de terciopelo
rmorado y una mesita de vidrio con las flores que Eva no olvidaría jamás: camelias.

a —¡Guau!, *oma*, este sería el paraíso para mi mamá —dijo Eva ya de espalda al espejo.

s —No lo dudo, Julia me robó más de una idea para sus colecciones —respondió Clara pronunciando con
desprecio la última palabra—. Veamos qué vestido puedes usar hoy. —La *oma* de Eva, a control remoto
ehizo que se moviera el *rack* con la ropa. Dio dos vueltas que a Eva le parecieron eternas, hasta que lo detuvo
ade golpe y dijo—: Este es fantástico y te quedará perfecto.

Clara sacó un vestido *halter* rojo que a Eva le quedó perfecto, el mismo que su *oma* había usado en una
egala del Royal Opera House de Londres en 1960, el vestido estaba impecable, ya que Clara, por lo general
solo una vez usaba cada vestido. Era entallado de la cadera y con los hombros descubiertos. Eva se miró en
el espejo la clavícula izquierda un poco más salida que la derecha. Aunque ese defecto no le gustaba, lo
pasó por alto, el vestido valía la pena. Tenía la espalda descubierta y una abertura en el costado izquierdo
Eva pensó que nunca había usado un vestido así. Luego recordó a Capi, cómo le gustaría que la viera, que la
eacompañara al *ballet* en el Metropolitan Opera House. Luego se arrepintió y se llenó de rabia consigo

simisma.

misma.

50

La mañana del viernes, Clara Stern estaba de muy mal humor. Desde temprano, Eva escuchó las órdene de su *oma* y vio a Jennifer ir y venir o con una taza de té, unas bolsitas de manzanilla caliente para lo ojos, una blusa blanca recién planchada y los pantalones negros que un día antes había ido a recoger a l tintorería. Eran las siete de la mañana y desde hacía más de una década Clara no se levantaba tan tempranc pero ese día la ocasión lo ameritaba, su hijo clausuraría el Seminario de Arquitectura en la Universidad d Columbia y ella tenía que estar presente.

—Vamos, apresúrate —le dijo a Jennifer mientras le cardaba el cabello—. Y tú ¿qué haces ahí parada? - le dijo a Eva, mirándola a través del espejo—, muévete, ¿hoy tampoco te vas a bañar?

—Sí, *oma*, ya voy, solo vine a ver si se te ofrecía algo.

—Nada, nada, con Jennifer tengo suficiente. La universidad está al llegar a Harlem —puntualizó Clara como si Eva conociera las distancias de la ciudad—, y antes de las nueve de la mañana el tráfico e imposible. Mejor apura a tu papá.

La Universidad de Columbia está ubicada al norte de Manhattan. Su campus, de arquitectura románica está rodeado de largos jardines y tiene al centro una enorme biblioteca que semeja al Capitolio, desde s gran escalinata la universidad se expande seis manzanas a la redonda. Aunque en ese día todo era posible Juanito, el poblano y dicharachero chofer que a Clara le gustaba contratar para que la moviera por l ciudad, hizo malabares para sortear el tráfico. El Lincoln negro avanzó por calles y avenidas, Eva y su *oma* iban en la parte de atrás. Eva usaba un vestido de coctel azul marino con flores blancas que le dio a últim hora su *oma*, al verla salir demasiado informal para la ocasión. «¿Quién te viste, *Tochter*? Tu mamá seguramente», le preguntó y le dio un vestido Carolina Herrera para esa mañana. Treinta minutos después antes de las diez de la mañana, hora en la que daba inicio el seminario, Juanito los dejó en la puerta momento en el que Otto recibió una llamada que puso a Eva en alerta. Escuchó el mismo tono de voz qu usó su padre aquella mañana en Puerto Vallarta: «Sí, mi amor, te llamo de nuevo a las doce, tiempo d México». Esas palabras volvieron a resonar en su cabeza, aunque no fue eso lo que dijo Otto, usó palabra tiernas que no usaba ni con su mamá ni con Dana ni con ella.

Bajaron del auto y el campus universitario dejó a Eva sorprendida. Ella quiso relacionarlo con e Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería de Harry Potter, pero la profesora que los recibió no se parecí nada a Minerva McGonagall, era una mujer mucho más joven. Les dijo que el *tour* sería después del cocte de clausura y, sin más protocolo, los llevó al Salón de Actos de la Facultad de Arquitectura.

—En el estudio de mi padre había una maqueta, un modelo de cartón de las Torres de Satélite

construídas por Luis Barragán y Mathias Goeritz en 1958. Torres que servirían de entrada a la Ciudad d México. Torres que fueron mi motivación para querer ser arquitecto, como mi padre, quien también, com Barragán o Augusto H. Álvarez, arquitecto de la Torre Latinoamericana, siempre quisieron alcanzar e cielo. Pero como los arquitectos no solo nos conformamos con poner el corazón en la tierra y el alma en la estrellas, a lo largo de nuestra historia hemos creado enormes edificios para alcanzar el cielo —comenz Otto su ponencia frente a una cátedra tipo anfiteatro. Enseguida les habló de las pirámides de Egipto, las d Teotihuacán y de la gran Tenochtitlán, cómo las pirámides, acueductos y templos se alzaban par beneplácito de sus dioses, entre ellos el Templo Mayor, al centro de la isla—. Levantado sobre u basamento de tezontle, piedra volcánica que tiene poco peso, para evitar que se hundiera, el Templo Mayo se elevaba cuarenta y cinco metros. Fue un templo con dos altares y dos escalinatas sobre un mismo atri Este templo estaba dedicado a Huitzilopochtli, dios de la guerra y a Tláloc, dios de la lluvia, dos diose elementales para sobrevivir, ya que el primero representa la guerra y el tributo económico, y el segund gobierna sobre la lluvia, que es la fertilidad de la tierra. El Templo Mayor dictaba la vida política económica y religiosa de los antiguos mexicas. Así como las suntuosas catedrales góticas o los rascacielo que nos rodean. A partir de la catedral de Saint-Denis de 1144, se buscó la luz natural como un componen primordial. Fue la luz el primer elemento que habitó a esas grandes catedrales, inspiración monumental divina que también desafió toda verticalidad. Porque, así como los mexicas de la antigua ciudad azte buscaban elevar el espíritu hasta el cielo, demostrar su poder, quién gobernaba el imperio de las almas en l tierra. No es gratuito que, en esta ciudad, capital económica del Imperio, se hayan construído los primero rascacielos; no es coincidencia que en Nueva York esté una de las iglesias neogóticas más importantes magníficas del mundo, la Catedral de San Patricio, la cual compite en altura con los gigantes que tiene a lado. El poder económico versus el poder divino —dijo Otto de cara a un auditorio lleno de estudiantes.

Enseguida comenzaron los alumnos, no solo de arquitectura, sino también de diseño y otras disciplinas a alzar la mano para preguntar. Pero solo hubo un cuestionamiento que a Eva le llamó la atención, vino d un chico afroamericano que vestía un saco gris oxford, igual al que llevaba Otto: «¿Cuál es el futuro de l arquitectura en el siglo XXI?».

—Tenemos que generar nuevas formas de convivir con la naturaleza a la que hemos sacrificado por e bienestar económico —respondió Otto—. Si algo aprendimos los arquitectos y urbanistas del siglo XX es qu creamos ciudades que muy pronto quedaron obsoletas. Nadie previno que seríamos tantos en el mundo que abandonaríamos el campo. Si no podemos hacer que la gente vuelva al campo con los mismos avance tecnológicos de las grandes urbes, no podremos reestructurar el futuro. Ahora nuestro compromiso com arquitectos no solo está en crear belleza, tenemos que rediseñar el futuro de la humanidad —finalizó y tod el auditorio se volcó en aplausos.

Después vino un coctel que, aprovechando el verano, fue al aire libre. Clara y Eva apenas pudiero acercarse a Otto, quien estuvo rodeado de alumnos con más preguntas y *selfies*. Al mediodía vino el *tou* por el campus y el almuerzo con el director de la facultad, y para las cuatro de la tarde ya estaban d regreso en casa de Clara. Jennifer la esperaba para cuidarle la siesta, porque tenía que estar lista en un pa de horas para la gala de *ballet*.

—Odio tener dos eventos el mismo día —les dijo a Otto y a Eva antes de cerrar la puerta de s habitación.

Anochecía cuando llegaron al Metropolitan Opera House en el Lincoln Center. Su papá iba d esmoquin —Eva jamás lo había visto así, es más, no supo de dónde sacó ese atuendo que, estaba segura, n tenía en su casa de Guadalajara—. Ella y su *oma* iban de largo, Clara con un vestido negro y amplio d mangas largas, más propio de Violetta Valéry, su gran personaje. Al llegar al Lincoln Center comenzó a cae una leve lluvia que hizo el sopor más insoportable y el sonido de cientos de paraguas al abrirse llamó l atención de Eva que, sin saber de dónde, los sacó la gente. Todos vestían como ellos, de largo y d esmoquin y esperaban en la plaza o caminaban rápido. Clara iba del brazo de su hijo y Eva, con su propi paraguas, el que le pasó su padre, también sin saber ella de dónde lo había sacado, caminaba sola alzando e vuelo de su vestido.

Al llegar, Eva levantó la vista y un gran relámpago la iluminó por unos instantes, cuando al fin tuv enfrente el gran teatro de ópera de Nueva York, el Metropolitan Opera House que, aunque no le parec tan espectacular como lo había imaginado, la dejaría boquiabierta por su interior, la sala principal er inmensa, el rojo y el dorado dominaban por todas partes. Estaba lleno, Eva no sabía dónde entraban cas

ecuatro mil personas. Antes de tomar sus asientos, su *oma* saludó a todo mundo, o todo mundo iba s
osaludarla; ella presentaba a su *son* y a su *granddaughter*. Tanto Clara como Otto hablaban en perfecto
-lalemán, por lo que Eva se sentía excluida, los miraba en el vestíbulo del teatro moverse como un binomio
sperfecto. Madre e hijo se entendían con la mirada: «los mismos ojos azules», se repetía Eva y lamentaba no
ó haber tenido una madre así.

e Verían *Romeo y Julieta* de Serguéi Prokófiev, *ballet* basado en la obra de William Shakespeare
apresentada en tres actos, en poco más de dos horas, tiempo que a Eva se le pasaría en un abrir y cerrar de
nojos. No conocía a detalle la gran historia de amor imposible de esos dos adolescentes. Eva quiso pensar en
rella y Capi, pero se le hizo demasiado cursi, además, estaba segura de que él no estaría dispuesto a
.sacrificar nada por amor. Aunque, conforme avanzaba la obra, Eva lo veía cada vez más en las zapatillas de
sRomeo: impulsivo, violento y enamorado.

o Eva estaba maravillada por el escenario, embelesada con el vestuario de los bailarines, los verdes, el
ı,ocre y marfil, el rojo encendido de las sedas y brocados de terciopelo. Las mallas ceñidas. Las piruetas y los
ssaltos de los bailarines al ritmo de la música, Eva no alcanzaba a contarlos, quizá eran treinta o cuarenta
epues se movían con la velocidad del fuego. A pesar de tantos bailarines y el auditorio lleno, la música se
ysentía como una sinfonía para dos, con acordes de vida y peligro. «¿Amar siempre será un peligro?», se
apreguntó Eva.

a Desde la mitad del primer acto la suerte estaba echada, Romeo y sus amigos, con antifaz, se cuelan a
suna fiesta en casa de Julieta y él casi pelea con Teobaldo, primo de Julieta. En Verona, la rivalidad entre las
yfamilias Montesco y Capuleto era legendaria. Por lo que interviene el conde de Verona y salen todos con
ılvida. Pero Romeo ha quedado prendado de Julieta para siempre y ella de él, y es al final del primer acto
cuando Julieta y Romeo se besan en el balcón. «Un beso apasionado, pero con prisa», pensó Eva.

s, Luego vinieron los acordes y las flautas del segundo acto, una música vigorosa, la coquetería de otras
emujeres con Romeo. Las dudas. «¿Por qué los hombres siempre dudan?», se preguntó Eva, que veía a los
abailarines en la plaza de Verona, en la casa de los Capuleto, padres de Julieta, quienes arreglaban un
matrimonio de conveniencia con el conde Paris. Todo el auditorio estaba casi en silencio, algún murmullo a
-lla derecha, una tos terca y reprimida a la izquierda. Eva recordó cuando conoció a Romeo Noria, en Bellas
eArtes, en la Ciudad de México, en una función de ópera a la que fue con su papá. Ella tenía doce años. Por
yfin, el tronido de los timbales hizo que Eva volviera a la realidad y viera los pasos de Romeo, sus
smovimientos a veces delicados, a veces bruscos y rápidos, el contorno de sus piernas hechas de miles de
opasos en silencio que lo condujeron a su boda con Julieta, casados en secreto por fray Lorenzo. Sin
oembargo, la fatalidad no dejará de perseguir a los amantes y, al segundo atardecer después de la boda
estalla una nueva pelea y Romeo mata a Teobaldo, en venganza porque el primo de Julieta mató a su mejor
namigo. «¿El amor es venganza? ¿El amor es perdonar? ¿Huir también puede ser un acto de amor?», se
*r*preguntó Eva al borde de las lágrimas, sin imaginar que pronto estaría en circunstancias parecidas, que el
eamor y la muerte al parecer van de la mano. La tragedia es al fin la realidad de los amantes.

r La obertura del tercer acto fue estruendosa, triste y a la vez fecunda, un terremoto de sensaciones
cimbró a Eva. Se descorrió el telón y vio a Julieta y a Romeo en el lecho de amor, consumando su deseo y
ıbailando sus corazones al mismo ritmo al pie del lecho nupcial, como si fueran una sola alma, los dos en un
solo torbellino de pasión, sus cuerpos daban paso tras paso hacia su gran deseo: vivir su amor. Pero el
efuturo les pone piedras de dolor en el camino a los amantes, Julieta lo sabe, como Eva lo presiente esa
onoche de tormenta en Nueva York. Eva descubrió, con el pulso acelerado de su corazón, que aunque el
eamor es inmortal, la mentira y la traición lo pueden dañar.

r Después de la función y del coctel, en el cual Eva se sintió más fuera de lugar, con su papá departiendo
acon todo mundo como si él fuera el anfitrión y su *oma* presentándola a tantas personas que un instante
edespués de escuchar sus nombres los olvidaba. Se sentía insegura, creía que su inglés no estaba a la altura
ode las circunstancias. Conversó un poco con Isaac Hernández, le pareció guapísimo, más guapo como Isaac
-lque como Romeo. Obvio no se sacó una *selfie* con él, le dio pena. Su actitud protagónica no llegaba a tanto
no como otras chicas que rodeaban al primer bailarín de la compañía británica como abejas a la miel. Eva
ose resignó a mirar y a contar los minutos que faltaban para volver a casa de su *oma* y salir de ese vestido
órojo escarlata que la aprisionaba.

a Jennifer había dejado una luz encendida en el recibidor. Otto dijo que estaba molido y se fue a dormir
sipero antes le guiñó un ojo a su madre, sin que Eva se diera cuenta, quien ya se encaminaba a la cocina po

aun vaso de leche. Clara también fue a la cocina, al llegar miró el reloj, pasaba de la medianoche y llovía co
ouna intensidad de acero en los cristales. Jennifer había dejado una pequeña ventana abierta, por lo qu
oClara le pidió a Eva que echara un trapo sobre el charco que se había formado. Al cerrar la ventana e
osilencio fue tal que solo se escuchó el tictac del reloj de péndulo que Eva aún no había visto y que
curiosamente, solo oía en la madrugada.

—Es guapo Romeo, ¿no te parece? Quiero decir, Isaac.

—Sí, *oma* —dijo Eva y no abrió el refrigerador, se sentía intimidada.

—Aunque un poco violento —agregó Clara.

—Eran otros tiempos.

—No creas, *Tochter*, los tiempos no cambian, Romeo y Julieta miraron la misma luna que nosotro
vemos. Cambian los métodos, pero no los motivos, cambian los nombres pero no los sentimientos.

—Romeo me recordó a alguien —confesó Eva.

—¿A Capi? —preguntó al fin Clara y Eva se puso en guardia. Detestó aún más ese vestido que l
asfixiaba.

—¿Qué te han dicho de él?

—Nada que tú no me hayas demostrado con tu mirada.

—¡¿Qué?! —la retó Eva y vio en los ojos de su *oma* una mirada de desafío.

—Sé que lo amas y que él seguramente también te ama. Por el amor se entrega, por él se lucha hasta e
sfinal y a veces se pierde. Pero las guerras del amor son las únicas que al perderse se ganan. De momento n
nnos damos cuenta, pero con el tiempo lo descubrimos, lo aprendemos, es algo que el cuerpo nos dice. L
omás difícil de todo es saber soltar o soltar a tiempo.

Eva la escuchaba sentada en el antecomedor de la cocina. En medio de la mesa había un gran fruter
scon manzanas verdes y amarillas. En realidad, Eva viajó a Nueva York para hablar con su *oma* de su madre
sno de Capi que, aunque estaba con ella en cada paso de la Gran Manzana, no la iba a distraer de averigua
ntodo lo posible sobre Helena Solís, así que cambió radicalmente la conversación y preguntó.

—¿Puede una madre dejar a su hija? ¿No es antinatural?

La mirada de Clara revivió. En sus ojos se avivó una chispa que Eva solo había visto cuando su *oma* l
rhabló de la guerra, del anillo de Daniel y de Fryderyk Chopin.

—Por supuesto que sí —respondió—, puede hacerlo y sin remordimiento y por muchos motivos: cuand
edescubre que afuera hay un futuro más grande. Cuando descubre que su vida es más de ella que de nadie
nque la maternidad no es el único y posible final. Cualquier mujer puede también abandonar, por ideales
,por desilusión, por amor o simplemente porque se le pega la gana. No sabes cuántas veces quise abandona
ra tu padre y a tu *Großvater*, la maternidad nunca ha sido lo mío. —Clara se llevó la mano a la boca como s
eempuñara un puro, se notaba que le hacía falta. Eva vio de nuevo la D en el anillo—. Pero tu *Großvate*
lquería un hijo a como diera lugar y él tenía sus métodos para convencerme. Además, quería un hijo varón
heredero de su apellido, su profesión, esas burradas...

—¿Fue mi papá lo que tú esperabas?

—Por supuesto que sí. Fue un niño fantástico. Un muchacho responsable y dedicado.

—Tú que la conociste, ¿cuál crees que fue su razón para abandonarme? —preguntó Eva con tono cas
ldesesperado—. ¿Crees que yo no fui lo que mi madre esperaba?

—¿Cómo saber por qué Helena decidió dejarlo todo? Tendríamos que preguntárselo a ella. De lo qu
lestoy segura es que no fue por ti, tú no tuviste nada que ver en su decisión, *Tochter*. Esas decisiones no s
toman de un día para otro, se meditan, a veces por años. Abandonar también es huir...

—¿De mí? —la interrumpió Eva.

—Por supuesto que no —respondió Clara con la frase de su hijo, ¿o sería de ella y Otto la tomó?—. En
aesos casos, una quiere huir principalmente de sí misma. Sé que pronto la encontrarás, que las piezas de tu
crompecabezas embonarán poco a poco. Recuerda comenzar por las piezas pequeñas, los detalles y, sobr
,todo, no juzgar, no suponer antes de conocer la verdad.

—Sí, *oma* —asintió Eva.

—Ahora a descansar, que mañana también será un largo día.

—Solo tomo un poco de leche. —Antes de que Clara se fuera, Eva le pidió—: ¿Mañana me cuentas u
,poco más del chico del anillo?

—¡Ah, Daniel! —pronunció Clara y se miró la mano con nostalgia—. Sí, *Tochter*, mañana te cuento d

nVarsovia.
e
l
,

s

a

l
o
o

o
,
r

e

o
,
,
r
i
r
n,

i

e
e

n
n
e

n

e

Varsovia.

51

Aunque se había inyectado una dosis extra de factor esa mañana, solo le ayudaría a terminar el viaje y llegar a su casa, ante los ojos de sus compañeros, como si nada; Max no quería que Beto creyera que é era un peligro para su equipo de caicos, así que resistió. Los siguientes tres días los pasó en el Hospital de Carmen, bajo los cuidados del doctor Valero, quien había dejado de llamarlo «campeón» al verlo llega cargado por sus madres. Algo cambió entre ellos y hubo más empatía, tanta que Max le contó su hazaña en el Nevado de Colima.

Max Fiore tenía las plantas de los pies prácticamente destruidas, con moretones violáceos e hinchado y un tobillo como bola de billar. El dolor lo había sumido en un letargo del que le costaba volver Transpiraba hasta empapar la pijama del hospital. «Me duele mucho, *mama*», le dijo a Killa al tiempo qu le apretaba el brazo y le rodaban las lágrimas. Ella sabía el remedio: Codin, un comprimido a base d oxicodona, un opioide para el dolor, tan potente como la morfina. De liberación prolongada y de alto grad de dependencia, era lo único que le paliaba el dolor, o bien parches de morfina, que empezó a usar desd aquel verano en Lima en casa de su *awicha*, cuando se le atrofiaron ambas rodillas.

A escondidas de las enfermeras y de Silvina, Killa le dio la pastilla y Max pudo descansar, pasar l noche rodeado de sueños ligeros como las nubes que tanto deseaba tocar. A la mañana siguiente, Kill volvió a darle otra pastilla de Codin, y al mediodía que el doctor Valero pasó visita, a pesar de verle los pie aún hinchados, Max estaba lozano y tranquilo. Valero revisó el cárdex, los medicamentos suministrados, l llamó a la enfermera de turno y le pidió que le repitiera qué le habían suministrado. Al ver la mirad nerviosa de Killa, Silvina supo lo que había pasado y la confrontó.

—Solo fueron dos pastillas, solo dos.

—Dos pastillas ¿de qué? —preguntó el doctor.

—Codin, oxicodona.

—Sé cuál es el agente activo, señora. ¿Quién se lo recetó, quién se lo suministró?

—Yo —dijo Killa y miró a Silvina.

—Vos y yo habíamos quedado...

—El niño sufría, ¿qué querías?, ¿que *wawachay* esté en un grito de dolor? No lo resisto. Tú sabes Silvina, que no lo resisto.

—A ver, señoras, aquí el doctor soy yo y mientras Massimo...

—Max, doctor —lo interrumpió Max.

—Mientras Massimo —volvió a repetir Valero— esté bajo mi custodia en este hospital, es m

responsabilidad y no se le suministra nada que yo no haya prescrito. Usted cómo sabe si hay un contraindicación entre lo que yo le estoy suministrando y la oxicodona. —Valero no ocultaba su molestia. É de un lado de la cama y Killa del otro junto a Silvina, Max en medio, acostado, solo miraba, hasta qu intervino.

—Yo se lo pedí, doctor, fue mi culpa, yo me hago responsable.

—Tú no puedes ser responsable de ti mismo en un hospital, no si hay dolor, no si hay delirios. Bonit cosa, ahora resulta que el paciente sabe más que uno y se automedica en mis narices. Por eso estás ta campante ahí acostado, con los pies peor que Cuauhtémoc...

—¿Quién? —preguntó Max y Valero omitió la respuesta.

—Sí crees entonces que tienes más conocimientos que yo en medicina y si usted, señora —le dijo Valer a Killa—, quiere que su hijo sea adicto a los fármacos, no tienen nada que hacer aquí. Ahora mismo firmo s alta...

—No doctor, no se trata de eso, fue un error y lo lamentamos, ¿verdad, Killa? —salió Silvina a salvar l situación—, el niño sufría y no fue nuestra intención...

—¿Y por qué sufría? ¿Quién lo llevó a escalar, a subir ese cerro? ¿Quién lo puso al límite de sus fuerzas Él, ¿verdad? Entonces que aprenda a lidiar con el dolor, que sepa que hay deportes que no puede hacer, qu si los hace son bajo su riesgo. Que sepa que no puede llevar una vida normal como cualquier muchacho d su edad. —Al decir *normal* el doctor hizo comillas con los dedos, gesto que Max detestaba—. ¿Qué eda tienes, Max? ¿Veinte?

—Sí —dijo al tiempo que asentía con la cabeza. Max no dejaba de mirar el nudo de la corbata rosa de doctor, parecía que le aprisionaba el cuello.

—Ya eres un hombre, ya sabes lo que sí y lo que no puedes hacer y hasta dónde puedes llegar. Esa montañas son mortales, ¿cuál sigue? ¿El Everest?

—Ojalá —murmuró Max.

—Date cuenta que no siempre estarán tus madres para apapacharte, ni estarán contigo en el fin de mundo que son esas cumbres.

—Lo sé, doctor. Sé que estoy solo y mi dolor es solo mío. No volverá a suceder.

—Sí, no volverá a suceder, doctor —se apresuró a decir Killa.

—¿Tramito el alta, doctor? —preguntó la enfermera que había estado solo escuchando.

—¡No! —respondió Silvina.

—¿Ustedes díganme? —volvió a preguntar Valero.

—No, doctor, haremos lo que usted indique —repitió Killa.

—Yo voy a suministrar la oxicodona en el suero y si mañana baja la hinchazón del tobillo con la compresas frías, te podrás ir a tu casa. ¿De acuerdo, campeón? —Max asintió y aceptó ese apodo como un digna derrota.

Max volvió a orinar y a obrar en la cama, en un incómodo recipiente que lo hacía aún más difícil. Lueg Killa tiraba aquello por el escusado, mientras Silvina le leía en voz alta *Veneno* de Ariel Bermani. A siguiente día Max salió en silla de ruedas del hospital y le preguntó a su mamá qué día era. «Es viernes Bichito», le respondió Silvina. Hasta ese momento Max volvió a pisar tierra firme y recordó a Eva y tuv fuerzas para escribirle largos mensajes contándole su hazaña en la montaña sin nieve.

La camioneta circulaba por la avenida Golfo de Cortés y al llegar a la glorieta Minerva se detuvo. Ma levantó la vista y la vio, seguía pareciéndole majestuosa. Sintió que ya había vivido ese momento, y pens que eso era la vida, una repetición de eventos o recuerdos. Al llegar a su casa, fue su mamá Killa quien s bajó a abrir el portón del garage. Entre las dos lo cargaron del auto al sillón de la sala, le alzaron los pies co unos cojines y le pusieron un par de almohadas en la espalda. El calor del mediodía entraba por la ventan junto con Runa que, al verlos llegar, fue hasta donde estaba Max, lo olfateó de pies a cabeza y al final s acostó sobre su pecho.

—¿Querés un poco de mate, Bicho?

—Dale —respondió Max sin quitar los ojos de su celular—. Pasáme mis audífonos —le dijo y le señaló Silvina un estante del librero.

Max los enchufó al celular y comenzó a escuchar música mientras esperaba las respuestas de Eva, la cuales tardarían en llegar. La música sonaba más allá de sus oídos y todos en esa casa la seguirían escuchando por el resto del día.

Desde que Eva se acercaba al estudio de su *oma*, escuchaba la música. Las áreas de ópera que einundaban todo el lugar. Al verla entrar, Clara, con el índice sobre sus labios, le señalaba que guardara silencio, luego se llevaba ese mismo dedo al oído en señal de que escuchara. Eva entraba y se sentaba a lado de ella, no entendía nada, pero esa música la hacía suspirar, se notaba que alguien sufría en ese canto allanto, aunque siempre había algo dulce en el fondo.

—Es Cecilia Bartoli cantando a Scarlatti —le dijo Clara, pero Eva no la escuchó por lo alto de la música Su *oma* levantó la mano con el control remoto y lo dirigió hacia el aparato de sonido. Una perilla redonda y plateada se movió lentamente a la izquierda al tiempo que bajaba el volumen—. Tu *Großvater* decía que oesta música era como una estampida de mil caballos cruzando el mar.

Otro día, mientras Eva armaba el Chopin, escucharon las *Cuatro estaciones* de Vivaldi y Eva confirmó que sí, había agua en esa música, al escucharla, todo fluía, no solo se relajaba el cuerpo y la sangre, también alos pensamientos se volvían aire, una bocanada de oxígeno le rodeaba el corazón. Sin bajar demasiado el volumen, Clara le habló de las nuevas cantantes de ópera. Gemma Bertagnolli, Marina Comparato, Sara ?Mingardo. Le explicó la diferencia entre soprano *y mezzosoprano*. Le pedía, desde el sillón de su escritorio eque le pasara tal disco, que pusiera ese, que buscara otro, hasta que Eva le dijo que usara Spotify.

—¿El qué? —se asombró Clara.

—Está en tu celular, *oma*, es muy fácil —le pidió su smartphone y le mostró.

—¡Eso! —dijo Clara—, algo me habían mostrado en el Met. ¿Ahí está toda la música?

—Toda —repitió Eva—. Dime, ¿a quién quieres que busque?

Y, como si fuera un juego de adolescentes, Clara decía un nombre y Eva lo encontraba, escuchaban sunos segundos de música y enseguida Clara decía otro nombre y su nieta se apresuraba a encontrarlo Luego su *oma* cambió la estrategia y mencionaba la melodía, Eva la hallaba en la voz de tres sopranos y ponía la primera opción. Se hizo una competencia de rapidez en la que ganó la música y Clara Stern rio de lfelicidad hasta las lágrimas.

Era sábado y pasaba del mediodía. Eva se despidió de su *oma*, le dijo que saldría, quería caminar todo Manhattan, desde donde se encontraban hasta la punta sur, quería ver la Estatua de la Libertad lo más cerca posible.

—«Lo más difícil en una ciudad no es aprender a orientarse, sino a perderse», dijo Walter Benjamin – apuntó Clara.

—¿Quién?

—Walter Benjamin, un filósofo judío, también alemán, que murió en la guerra —le dijo Clara y la vio spartir.

Eva cruzó Central Park y partió desde el Lincoln Center. Caminó más de cincuenta calles, sin mapas ni Waze, como seguramente lo habría hecho Max, haría lo que le dijo su *oma*: perderse entre las calles de la oGran Manzana. Quería caminar sola con sus pensamientos. Había reservado el domingo para visitar lmuseos con su papá y su *oma*, pero no lo harían, porque al día siguiente Eva regresaría a Guadalajara por ;,una emergencia, aunque eso aún nadie lo sabía, así que caminó sin rumbo hasta encontrarse con la Quinta oAvenida y calles más adelante la Catedral de San Patricio, de la cual había hablado su padre el día anterior Enseguida se encontró con la Biblioteca Central y sus dos enormes leones que custodiaban la entrada y xtantas personas sentadas en sus escalinatas. «Museos mañana», se dijo Eva. «¿Cuándo la biblioteca?», se ópreguntó y entró a echar un vistazo. Nunca había visto nada parecido, el silencio era tan abrumador como elos libreros que custodiaban la sala principal. Las mesas de lectura definitivamente invitaban a leer, pensó nEva. Miró el gran reloj de la pared y salió. Volvería pronto, se dijo.

Se desvió por el West Side. Se asombró en el distrito de los teatros, las marquesinas iluminadas en epleno día, musicales y más musicales. Cientos de personas a su lado por la calle, todos con prisa y celular en mano, sin apenas tocarse. En Chelsea entró a algunas tiendas de segunda. Vio prendas que costaban nueve o quince dólares. Solo se compró un pantalón. No quería cargar mucho, bastante tenía consigo misma, se adijo. Solo vio por los escaparates las pinturas que exhibían las galerías de arte. Luego su *oma* le diría que Chelsea era el barrio que concentraba el mayor número de galerías en todo Nueva York.

Se desvió a Soho, uno de los barrios más antiguos de la ciudad. Eva no dejaba de mirar hacia arriba, los nimpresionantes edificios con alma de hierro conocidos como *Cast-Iron*, con sus fachadas de colores y sus múltiples escaleras antiincendios. En Soho, Eva notó que las calles no estaban numeradas, sino que tenían

nombre. Se encontró con la calle Broadway y la caminó hasta llegar a Tribeca. Se perdió un poco entre la
ecalles de ese barrio: más de lo mismo, gente y más gente con prisa. Al ver desde donde estaba el 1WTC
adecidió volver a Broadway Street y llegar hasta ese edificio, uno de los más altos del mundo, con 541 metro
ly referente en todas las conversaciones de su padre. El 1WTC era el rascacielos que suplía a las derrumbada
-Torres Gemelas.

Aunque el sol lo compartían todos, Eva sentía que solo hacía estragos en ella. Pasadas las tres de l
ıtarde ya había empapado la blusa verde de tirantes y sentía los shorts pegados a la piel. A partir de esa hor
ycomenzó a buscar la banqueta de sombra, a esperar la luz verde del semáforo bajo las cornisas o bajo la
ecopas de los árboles. Eva no se explicaba cómo aun en pleno verano, los judíos más ortodoxos y de larg
barba, vestían con pesados trajes negros y sombreros de fieltro negro sobre sus rubios caireles. La razón e
óque era sábado o *sabbat*, día de descanso obligatorio, pero también un día lleno de prohibiciones, com
nutilizar aparatos eléctricos o abordar cualquier vehículo. En las calles de la ciudad, Eva se cruzaba co
lpequeños grupos de hombres judíos en actitud introspectiva. Los veía pasar y continuaba su camino. Sigui
aandando por Broadway Street y al llegar a la Capilla de San Pablo, la más antigua de Nueva York, la cual n
›,mencionó su papá en clase, y vio a lo lejos el Puente de Brooklyn, entonces cayó en la disyuntiva d
desviarse a verlo de cerca o desviarse tres calles más a la derecha. Fue al Puente de Brooklyn, escenario d
El Hombre Araña.

Eva pudo cruzarlo, caminar el puente y sentirse un personaje de película, sin embargo, no lo hizo, n
quiso alejarse tanto de Manhattan y fue lo mejor, porque estaba a punto de recibir una mala noticia y l
distancia de casa de su *oma* la habría puesto más nerviosa. Por fin descansó en una banca y tuvo l
nmagnífica vista del Brooklyn Bridge y del Río Este. Una imagen de postal con un cielo azul sin nubes n
›.matices. Minutos después siguió andando, bordeando el río, cuando se cruzaba con algunos corredores si
ycamisa, podía escuchar el sonido de sus audífonos. Otros la rebasaban en bicicleta. Sobre esa costera n
ehabía árboles ni sombra, pero a Eva ya no le importó, quería llegar a su objetivo: ver de cerca la Estatua d
la Libertad.

o Al llegar a Battery Park, desde donde salían los ferris con destino a la Isla Ellis, Eva vio por fin es
ssímbolo de fraternidad y libertad, regalo del pueblo de Francia a los Estados Unidos cuando cumplieron
cien años de independencia. Se veía tan pequeña a lo lejos, casi en medio de una isla también muy pequeña
–La Estatua de la Libertad y el Museo de la Inmigración eran los dos únicos monumentos que tenía la isla. S
Eva no había querido cruzar el Puente de Brooklyn, tampoco se animó a visitar la Isla de la Libertad. Solo l
admiró unos minutos, después tuvo que volver a toda prisa a casa de su *oma*. Según Google Maps había 7.
omillas de distancia, «cuánto he caminado», pensó. Pero ya no podía volver andando. No había comido
estaba insolada, con hambre y ahora a punto de llorar. Le habló a su *oma* por teléfono y Clara, al escucharl
itan alterada, le dijo que iría por ella, que mandaría a Juanito. Eva por fin supo el nombre del chofer qu
amovía a su *oma*.

r —Tardará mucho en llegar y no sabes qué tráfico hay y yo tengo que volver ¡ya!

r —Lo sé, *Tochter*, tengo más de cincuenta años lidiando con el tráfico. ¿Dónde estás?

a —Frente a la Estatua de la Libertad.

·. —¡*Oh my god!* En el otro extremo.

a —Le hablé a mi papá y me manda a buzón.

e —Lo mejor es que vuelvas en metro. Atrás de casa, en la sesenta y ocho, está el metro, Hunter Colleg
ocreo que se llama.

ó —Voy para allá, *oma*. Tengo que volver —repetía Eva, mientras caminaba a una entrada del metro.

—Yo localizo a tu papá. ¿Qué pasó?

ı —No sé, mi mamá no me dio detalles, solo sé que Dana perdió a Cala. Tengo que volver de inmediato
ıGuadalajara.

e

e

e

s

s

ı

nombre. Se encontró con la calle Broadway y la caminó hasta llegar a Tribeca. Se perdió un poco entre las calles de ese barrio: más de lo mismo, gente y más gente con prisa. Al ver desde donde estaba el 1WTC, decidió volver a Broadway Street y llegar hasta ese edificio, uno de los más altos del mundo, con 541 metros y referente en todas las conversaciones de su padre. El 1WTC era el rascacielos que suplía a las derrumbadas Torres Gemelas.

Aunque el sol lo compartían todos, Eva sentía que solo hacía estragos en ella. Pasadas las tres de la tarde ya había empapado la blusa verde de tirantes y sentía los shorts pegados a la piel. A partir de esa hora comenzó a buscar la banqueta de sombra, a esperar la luz verde del semáforo bajo las cornisas o bajo las copas de los árboles. Eva no se explicaba cómo aun en pleno verano, los judíos más ortodoxos y de larga barba, vestían con pesados trajes negros y sombreros de fieltro negro sobre sus rubios caireles. La razón es que era sábado o *sabbat*, día de descanso obligatorio, pero también un día lleno de prohibiciones, como utilizar aparatos eléctricos o abordar cualquier vehículo. En las calles de la ciudad, Eva se cruzaba con pequeños grupos de hombres judíos en actitud introspectiva. Los veía pasar y continuaba su camino. Siguió andando por Broadway Street y al llegar a la Capilla de San Pablo, la más antigua de Nueva York, la cual no mencionó su papá en clase, y vio a lo lejos el Puente de Brooklyn, entonces cayó en la disyuntiva de desviarse a verlo de cerca o desviarse tres calles más a la derecha. Fue al Puente de Brooklyn, escenario de *El Hombre Araña*.

Eva pudo cruzarlo, caminar el puente y sentirse un personaje de película, sin embargo, no lo hizo, no quiso alejarse tanto de Manhattan y fue lo mejor, porque estaba a punto de recibir una mala noticia y la distancia de casa de su *oma* la habría puesto más nerviosa. Por fin descansó en una banca y tuvo la magnífica vista del Brooklyn Bridge y del Río Este. Una imagen de postal con un cielo azul sin nubes ni matices. Minutos después siguió andando, bordeando el río, cuando se cruzaba con algunos corredores sin camisa, podía escuchar el sonido de sus audífonos. Otros la rebasaban en bicicleta. Sobre esa costera no había árboles ni sombra, pero a Eva ya no le importó, quería llegar a su objetivo: ver de cerca la Estatua de la Libertad.

Al llegar a Battery Park, desde donde salían los ferris con destino a la Isla Ellis, Eva vio por fin ese símbolo de fraternidad y libertad, regalo del pueblo de Francia a los Estados Unidos cuando cumplieron cien años de independencia. Se veía tan pequeña a lo lejos, casi en medio de una isla también muy pequeña. La Estatua de la Libertad y el Museo de la Inmigración eran los dos únicos monumentos que tenía la isla. Si Eva no había querido cruzar el Puente de Brooklyn, tampoco se animó a visitar la Isla de la Libertad. Solo la admiró unos minutos, después tuvo que volver a toda prisa a casa de su *oma*. Según Google Maps había 7.5 millas de distancia, «cuánto he caminado», pensó. Pero ya no podía volver andando. No había comido, estaba insolada, con hambre y ahora a punto de llorar. Le habló a su *oma* por teléfono y Clara, al escucharla tan alterada, le dijo que iría por ella, que mandaría a Juanito. Eva por fin supo el nombre del chofer que movía a su *oma*.

—Tardará mucho en llegar y no sabes qué tráfico hay y yo tengo que volver ¡ya!

—Lo sé, *Tochter*, tengo más de cincuenta años lidiando con el tráfico. ¿Dónde estás?

—Frente a la Estatua de la Libertad.

—¡*Oh my god!* En el otro extremo.

—Le hablé a mi papá y me manda a buzón.

—Lo mejor es que vuelvas en metro. Atrás de casa, en la sesenta y ocho, está el metro, Hunter College creo que se llama.

—Voy para allá, *oma*. Tengo que volver —repetía Eva, mientras caminaba a una entrada del metro.

—Yo localizo a tu papá. ¿Qué pasó?

—No sé, mi mamá no me dio detalles, solo sé que Dana perdió a Cala. Tengo que volver de inmediato a Guadalajara.

52

La tarde caía con peso muerto sobre la ciudad. A pesar del calor que sitiaba a Guadalajara, Santiago tení escalofríos. Por fin se enfrentaba a sí mismo al hablar con Majo sobre lo que sentía. No podía segui ocultándose frente a los demás y había encontrado en Majo más que a una novia, a una verdadera amig que lo ayudaría a cruzar ese umbral de tinieblas en el que había vivido y que muchos llamaban clóset.

Solo estaban ellos dos en la habitación de Majo. Ella había soñado con este momento, burlar la estrict vigilancia de su hermana y meter en su cuarto a Santi. Ese día llegó, estarían solos toda la tarde, pero la circunstancias eran distintas. Ella había soñado con su primera vez en los brazos de Santi. Entregar s virginidad al chico que ahora le decía que era gay. «Si tan solo pudiera aplazar su decisión un mes más», s dijo.

Santi hablaba con voz muy baja, como si alguien pudiera escucharlos. Le contó a Majo cómo habí vivido en la zozobra toda su vida. Ocultando su gran secreto. Cómo desde siempre él supo que era distinto los demás, pero no sabía en qué. Cuando era niño y veía una película de Superman o El Hombre Araña, n se fijaba en las hazañas que hacían los superhéroes, sino en sus músculos, en la fuerte mandíbula de Hombre de Acero, en los finos labios de Peter Parker. La adolescencia fue peor. Santi no podía dejar d mirar las piernas de sus compañeros de futbol. Un extraño pudor lo invadía cuando tenían que desnudars en el vestidor de la secundaria, los torsos desnudos de los demás en la regadera lo excitaban.

Quizá el único que notó aquellas miradas furtivas fue Gustavo Cejudo y comenzó a hacerle la vid imposible. El que es *buleador* enseguida detecta a su presa, pronto descubre quién es el chico tímido y fáci del grupo. No hay un código de conducta que los identifique, puede ser la mirada esquiva, el arregl personal o simplemente guardar silencio. «Yo que siempre he querido pasar desapercibido en todos lados en la secundaria parecía que mi silencio hacía evidente mi presencia», le confesó a Majo. Cejudo l molestaba: le guiñaba un ojo o le enviaba besos de un lado al otro del salón, mientras el profesor estaba d espaldas y mientras los demás se carcajeaban. Lo peor vino cuando le restregó el pene en el trasero a tiempo que le decía «con permiso», a pesar de que había espacio suficiente en el pasillo, por el cual podí pasar un elefante.

—Todo cambió cuando llegó Capi a mi vida. Así como Cejudo pudo ver en mí al chico sensible par abusar, Capi también lo notó, pero me hizo su mejor amigo y desde ese día fui su aliado incondicional en la buenas en las malas. —Santiago no paraba de hablar, como si descargara un gran peso al contarle su vida Majo. La miraba de frente, solo a veces desviaba la mirada hacia una imagen de la Virgen de Guadalupe qu vigilaba la cabecera de la cama. El cuarto era pequeño y austero, solo estaba esa imagen y una foto de Majo

Eva y Paloma, pegada a la pared—. Todo cambió cuando entramos a prepa. Las vacaciones de verano ante
del primer año de prepa en el American School, cuando volvimos, Capi y Cejudo ya eran inseparables. D
momento yo lo sentí como una traición de Capi, pero tampoco podía enojarme con él. Nunca he podid
distanciarme de Capi. —Después de mencionar por tercera o cuarta vez a su mejor amigo, Santi guard
silencio. Se le hizo un nudo en la garganta, Majo lo abrazó y ambos comenzaron a llorar.

—¿Tu familia lo sabe? —atinó a preguntar Majo.

—No, jamás. Me muero si se enteran, o me matan. Mi papá odia a los maricones. Siempre los señal
frente a mí y se burla de ellos. Da gracias a Dios porque ninguno de sus hijos resultó así —afirmó y se limpi
las lágrimas—. Nadie lo sabe, nadie, solo tú y por favor no se lo digas a nadie. Júrame que no se lo dirás
nadie, Majo. —Santi estaba febril. La tomó de los hombros y la sacudió. Majo pudo ver terror en su mirad
—. Me muero si alguien más se entera. Júrame, Majo.

Majo le juró que nadie más lo sabría, pero, sin que Santi lo advirtiera, cruzó los dedos de la mano par
invalidar su juramento, pues Eva y Paloma ya lo sabían, y quizá Max. Majo también comenzó a temblar.

—Yo te quiero, Santi, así como eres, no he dejado de quererte y siempre, siempre estaré a tu lado.

—No eres tú, soy yo —afirmó Santiago—. He pasado las peores semanas de mi vida.

—No, Santi, sí soy yo y es tu papá y Cejudo y esta sociedad en la que vivimos, que nos hace ver a los gay
o a cualquiera que sea distinto como bichos raros. Pero eso se terminará, te lo aseguro. Max tiene do
mamás —se le salió a Majo.

—¿Quién es Max? —preguntó Santiago y Majo aún no caía en cuenta.

—Es una familia homoparental, en lugar de papá y mamá, Max tiene dos mamás...

—Max, ¿quién es? —volvió a preguntar y hasta ese momento ella se percató.

—¡Aaah! Es un amigo. Bueno, no estoy segura...

—Segura ¿de qué?, ¿de que sea tu amigo? ¿Quién es? Cuéntame más de él.

—No, no, de sus madres. En realidad en estos momentos no estoy segura de nada —arremetió y cambi
el tema—: A propósito, ¿qué sabes de Capi? —preguntó Majo y Santiago se puso en guardia.

—Nada —respondió seco y tensó la mandíbula.

Majo sabía que mentía, como también estaba segura de que Santiago ya había escuchado sobre Max
que ella había evadido el tema. Después pensó de nuevo en Santiago y Capi, y se dijo: «¿Cómo es posibl
que abra su corazón conmigo, pero siga protegiendo a su amigo?». En eso estaban cuando a Majo le llegó u
WhatsApp de Paloma. Entraron cuatro o cinco notificaciones de golpe, en las que le decía que Eva llegab
al día siguiente a las nueve de la mañana. Que Cala se había perdido y Eva adelantó su regreso. Era sábad
pasaban de las seis de la tarde y Paloma le pedía que la acompañara al aeropuerto. Nunca había manejad
tan lejos y le daba un poco de miedo. Majo le dijo que sí, que pasara por ella y, sin querer, cometió l
segunda indiscreción de esa tarde de nervios a flor de piel: le dijo a Santi que Eva llegaba, que Cala se habí
perdido.

—¿Puedo acompañarlas mañana? Entre más seamos más rápido podremos encontrar a Cala, además, n
es la primera vez que se pierde, ya una vez en Los Reflejos...

—Sí, yo creo que sí —lo interrumpió Majo sin dejar de verlo a los ojos verde amarillo, entre un cúmul
de oscuras pestañas, el rostro pálido, los labios que tanto había disfrutado besar. Le parecía tan guapo qu
no podía decirle que no a nada, aunque sus besos se acabaran para siempre.

Eva volvió sola a Guadalajara. Otto no pudo regresar con ella, tenía programada una reunión el lunes e
Brooklyn y no podía cancelar, y Eva no podía esperar hasta el martes. No fue fácil que su papá aceptar
dejarla viajar sola, tuvo que intervenir Clara, al ver cómo se ponía furiosa y reclamaba a su padre. Era u
caso de vida o muerte, Cala podía dar a luz en cualquier momento a media calle y Otto lo sabía. Mientra
iban al aeropuerto con Juanito al volante y Otto en el asiento del copiloto, hablaba con Julia; Clar
interrumpía a Otto según lo que escuchaba, infería lo que Julia decía y Clara opinaba en voz alta, muy alta
soltó más de una majadería en alemán. Al mismo tiempo Eva hablaba con Dana, ambas lloraban. Eva l
reclamaba que era lo único que le había encargado: pasear a Cala, no perderla. Dana lloraba aún más, l
pedía perdón y no sabía cómo hacer para volver el tiempo atrás. No sabía en qué momento se habí
escapado.

El auto en el que viajaban, un Lincoln negro de amplios asientos de piel, surcaba el atardecer en Nuev
York. Juanito hacía uso de toda su pericia al volante para esquivar el tráfico, por donde Waze lo mandaba

Tenían el tiempo justo para llegar al aeropuerto JFK y que Eva pudiera abordar el siguiente vuelo, e penúltimo del día con destino a Guadalajara, con una escala en la Ciudad de México. Eva viajaría sin equipaje, solo una mochila con lo indispensable: pasaporte, cepillo de dientes, su libreta de notas, *El libro de los anhelos*, que en ese viaje comenzó a compartir con Max. No había tiempo que perder, Otto se llevaría su maleta de regreso. Aunque Otto, al abordar Eva por fin el avión, le diría a Julia la hora estimada de llegada, contando las cuatro horas de escala en la Ciudad de México, Eva se las arreglaría para mentirle a su amamá y hacer que fuera Paloma por ella, como habían urdido el plan. En esos momentos a quienes menos quería ver eran a su mamá y a su hermana.

Eva aprovechó muy bien el vuelo. Durante las cinco horas que separaban a Nueva York de la Ciudad de México, Eva escribió en su diario. No vio ninguna película. Después de cenar lo que la azafata le ofreció filete de res con verduras y pimienta, Eva decidió escribir. Cayó en cuenta de que tenía muy abandonado su diario, que solo había usado unas cuantas páginas de su nueva libreta. Así que, a medianoche, en plena oscuridad, como si fuera en el interior de una ballena y alumbrada por la luz de lectura de su asiento, entre los ronquidos del señor de al lado y el negro infinito que veía por la ventanilla, Eva escribió sobre la soledad. Escribió sin cesar hasta que el cansancio la venció y otra azafata fue a apagar su luz. Esa noche Eva soñó que volaba.

Tenían el tiempo justo para llegar al aeropuerto JFK y que Eva pudiera abordar el siguiente vuelo, el penúltimo del día con destino a Guadalajara, con una escala en la Ciudad de México. Eva viajaría sin equipaje, solo una mochila con lo indispensable: pasaporte, cepillo de dientes, su libreta de notas, *El libro de los anhelos*, que en ese viaje comenzó a compartir con Max. No había tiempo que perder, Otto se llevaría su maleta de regreso. Aunque Otto, al abordar Eva por fin el avión, le diría a Julia la hora estimada de llegada, contando las cuatro horas de escala en la Ciudad de México, Eva se las arreglaría para mentirle a su mamá y hacer que fuera Paloma por ella, como habían urdido el plan. En esos momentos a quienes menos quería ver eran a su mamá y a su hermana.

Eva aprovechó muy bien el vuelo. Durante las cinco horas que separaban a Nueva York de la Ciudad de México, Eva escribió en su diario. No vio ninguna película. Después de cenar lo que la azafata le ofreció: filete de res con verduras y pimienta, Eva decidió escribir. Cayó en cuenta de que tenía muy abandonado su diario, que solo había usado unas cuantas páginas de su nueva libreta. Así que, a medianoche, en plena oscuridad, como si fuera en el interior de una ballena y alumbrada por la luz de lectura de su asiento, entre los ronquidos del señor de al lado y el negro infinito que veía por la ventanilla, Eva escribió sobre la soledad. Escribió sin cesar hasta que el cansancio la venció y otra azafata fue a apagar su luz. Esa noche Eva soñó que volaba.

53

Sueño con volar. No como ahora que voy en este avión rodeada de gente, sino sola. Volar a plena luz del día. Subir alto desde arriba mirar cómo los problemas se hacen pequeños, cada vez más pequeños. Aunque esté sola, como ahora. En realidad, sigo sola, mi mamá no estuvo conmigo cuando tuve mi primer ataque epiléptico; ahora mi papá me deja regresar sola. Siempre el trabajo por encima de la familia. ¿A qué edad uno comienza a ser adulto, a dejar de interesarse por los demás? ¿A perder la mirada de los otros? Por primera vez viajo sola y sueño que vuelo. ¿Crecer es estar solo?

Entre papá y mamá, ¿quién creció más?, ¿él o ella? Toda mi vida siempre han tenido tremendas peleas, gritos portazos, pero nunca este silencio que los separa. En los días pasados no los escuché hablar por teléfono, mi papá no me dijo: «Tu mamá quiere que le compres esto, tu mamá me preguntó por aquello». Mi papá está irritable, ausente, tan distante que solo mi oma lo trae de regreso. Si se separan, ¿quién se quedará más solo? ¿A dónde iré a parar yo?, ¿con quién? ¿Y Dana? Una encuentra en la familia las similitudes que te hacen ser parte de ellos, de ese grupo en el que te tocó nacer. Sin embargo, yo me siento tan distinta a los demás. Soy única en defectos y manías, en sensibilidad tropiezos. Quizá yo sea como mi madre y ojalá que pueda ser como mi oma. ¿Habrá otro igual que yo? ¿Eso será el amor ¿Encontrarte con quien tiene tus mismos defectos? Y si no lo encuentro, si no me halla, ¿seguiré sola el resto de mi vida Tendré que volar, como los sueños vuelan entre la espesura de la noche hasta encontrar un espíritu como el mío.

53

Sueño con volar. No como ahora que voy en este avión rodeada de gente, sino sola. Volar a plena luz del día. Subir alto y desde arriba mirar cómo los problemas se hacen pequeños, cada vez más pequeños. Aunque esté sola, como ahora. En realidad, sigo sola, mi mamá no estuvo conmigo cuando tuve mi primer ataque epiléptico; ahora mi papá me deja regresar sola. Siempre el trabajo por encima de la familia. ¿A qué edad uno comienza a ser adulto, a dejar de interesarse por los demás? ¿A perder la mirada de los otros? Por primera vez viajo sola y sueño que vuelo. ¿Crecer es estar solo?

Entre papá y mamá, ¿quién creció más?, ¿él o ella? Toda mi vida siempre han tenido tremendas peleas, gritos y portazos, pero nunca este silencio que los separa. En los días pasados no los escuché hablar por teléfono, mi papá no me dijo: «Tu mamá quiere que le compres esto, tu mamá me preguntó por aquello». Mi papá está irritable, ausente, tan distante que solo mi oma lo trae de regreso. Si se separan, ¿quién se quedará más solo? ¿A dónde iré a parar yo?, ¿con quién? ¿Y Dana? Una encuentra en la familia las similitudes que te hacen ser parte de ellos, de ese grupo en el que te tocó nacer. Sin embargo, yo me siento tan distinta a los demás. Soy única en defectos y manías, en sensibilidad y tropiezos. Quizá yo sea como mi madre y ojalá que pueda ser como mi oma. ¿Habrá otro igual que yo? ¿Eso será el amor? ¿Encontrarte con quien tiene tus mismos defectos? Y si no lo encuentro, si no me halla, ¿seguiré sola el resto de mi vida? Tendré que volar, como los sueños vuelan entre la espesura de la noche hasta encontrar un espíritu como el mío.

54

Fue a Santiago al primero que vio Eva al abrirse las puertas de llegada internacional del aeropuerto. E corazón le dio un vuelco. Pensó que Capi estaría ahí por ella, como si el tiempo no hubiera pasado, si nc ¿qué estaría haciendo ahí Santi? Capi debía de estar cerca, «son inseparables», pensó y caminó con paso nc tan decidido y mochila al hombro. Pero solo fueron unos segundos de ilusión, enseguida vio a Paloma y a Majo que le hacían señas con los brazos. Eva sonrió y se encaminó hacia ellas, se sintió fortalecida al ver a sus amigas. Paloma la vio llegar: blusa blanca de cuello en ojal y manga corta, sus inseparables jeans y teni Adidas nuevos, blancos.

—¡Baby! —gritó Paloma emocionada.

—Vámonos rápido de aquí —las apuró Eva—, mi mamá puede llegar en cualquier momento. Le dije qu el vuelo se había retrasado. Hola Santi —le dijo y volteó a ver a Paloma con ojos de pistola, y Pola a su ve vio a Majo, quien solo se hizo la desentendida.

—¿Cómo estuvo el vuelo? —preguntó Majo.

—Bien, estoy rendida, aunque dormí todo el tiempo. En el coche les cuento. ¡Vámonos!

—¿Tu maleta?

—No hay maleta, Santi, llegará después. Vámonos —respondió Majo.

—Ayer Dana salió a pasear a Calita, como todos los días —comenzó a contar Eva, quien iba en el asient del copiloto del Jetta que manejaba Paloma—, y a tres calles de casa, mi mamá pasó por ella, le dijo qu subiera, que la acompañara a la casa de mi *oma*, que no tardarían. Se fueron las tres: Julia, Dana y Cala. Y fue ahí donde se extravió. Parece que Dana dejó la puerta abierta o fue mi mamá, no se ponen de acuerdo —Eva tragó saliva. Estaba decepcionada, molesta. Subió el aire acondicionado del coche y continuó—. S fueron sin Cala. Se les olvidó que habían llegado con ella. Cerraron y se fueron. Se acordaron de ella hast dos horas después, ya en casa.

—¡Qué horror! —dijo Santi y todas voltearon a verlo.

—Ni preguntarte por Capi, ¿verdad? Dirás que no sabes nada —le dijo a Santi en tono seco y continuó— Así que vamos a casa de mi *oma* y ahí nos dividimos en dos equipos.

—¿Traes las llaves? —preguntó Paloma.

—No, pero le hablé a Nabor, él ya debe de estar allá.

Antes del mediodía ya estaban divididos en equipos, Eva y Paloma, era uno; Nabor iría por su cuenta. E tercero lo componían Majo y Santiago. Antes pasaron a un Office Depot y sacaron cincuenta copias de un foto con Cala y la leyenda «Recompensa». Antes de partir, desde la casa de Clara Stern en la Seattle, Eva le

dijo que era caso de vida o muerte, Cala estaba a punto de dar a luz, así que con seguridad no estaría mu
lejos. Y tenía razón.

—¿Cómo estás, Pola? —por fin le preguntó Eva, mientras caminaban por las empedradas calles de l
colonia, con un legajo de hojas en las manos.

—¿Cómo quieres que esté? Como Cala: perdida.

—¿Ya sabes qué vas a hacer?

—No, se supone que llegarías el martes en la noche, así que tenía dos días más para pensar, para decidi
Pero llegaste antes y...

—Paloma, no es conmigo con quien tienes que decidir, sino con Guilli y sobre todo contigo misma. ¿Y
se lo dijiste? —Paloma no tuvo ánimo de responder, solo movió la cabeza.

—Hace dos días que no sé de él, no lo he buscado ni él a mí.

—Pola, Pola... —Eva la abrazó bajo la fresca sombra de un laurel y soltó las hojas que volaron por lo
aires.

Instantes después, sonó el celular de Eva. Era su mamá. Julia estaba preocupada porque no l
encontraba en el aeropuerto. Momentos más tarde estaría furiosa.

—¡¿Cómo que estás en la Seattle?!

—Salí en otro vuelo, me subí a otro avión, mamá, y ya no pude avisarte, por eso Pola fue por mí...

—¿Cómo que no pudiste avisarme, Eva? No me chupo el dedo. Pudiste hablarle a Paloma pero a mí no
¡¿Qué pasa, Eva?! Hiciste que viniera hasta el aeropuerto por ti y no me avisas que ya llegaste, quién sabe
qué hora.

—Lo siento, mamá, de verdad lo siento, no tenía cabeza para pensar, sólo quería llegar a buscar a Cala
Mamá, ¿sigues ahí? —preguntó Eva al sentir un vacío del otro lado de la línea.

—Luego hablamos, si ya estás en la casa de tu *oma*, vamos para allá.

—¿Vamos, quiénes?

—Dana y yo, ¿quién más? Vamos para allá —repitió Julia y cortó.

Eva sabía que algo así pasaría, y fue menos grave de lo que suponía. Tenía la culpa de su mamá y de su
hermana a su favor. Después de perseguir y levantar las hojas con el rostro de Cala que el viento hací
volar, Eva le preguntó a Paloma:

—¿Por qué está Santiago con ustedes? ¿Quién le dijo que viniera?

—Majo, ayer le contó lo de Cala y él se ofreció a venir y ayudar.

—Está bien, no pasa nada, solo que me extrañó verlo con ustedes. Como que todavía relaciono a Sant
con Capi, se me olvida que es el novio de Majo y, no, ¿qué estoy diciendo?

—Las cosas siguen igual entre ellos, ya no andan, recuerda que Santi es...

—Ya sé, de pronto lo olvidé. De pronto creo que yo soy la única que tiene problemas —dijo Eva y volvi
a abrazar a Paloma, y los papeles volvieron a salirse de control. No sería la última vez—. Tenemos qu
darnos prisa, Pola, aunque las primeras horas son las más importantes, Cala ya tiene casi veinticuatro hora
perdida. Podría estar ya del otro lado de la ciudad.

—¿Con la panza que tiene? —ironizó Paloma.

—Ni hables de panza, que tengo mucha hambre.

—Yo también.

Eva se ajustó la cola de caballo que se había hecho en el aeropuerto y siguieron caminando, a todos lo
que se encontraban a su paso les mostraban la foto de Cala, les preguntaban si la habían visto. Pegaban su
carteles en paredes y puertas de cocheras donde les daban permiso. Caminaron por esas calles que Ev
conocía como la palma de su mano, en la Seattle había vivido su infancia. Caminaron hasta salir de es
territorio empedrado y llegaron a la colonia Constitución, «la Consti», como le decían. De inmediat
Paloma reconoció las calles y pocos pasos más adelante llegaron a la casa de Guilli.

—Pregunta por él, anda —la animó Eva—, si está en casa nos puede ayudar a buscar a Cala. ¿Descans
los domingos?

—Descansa un domingo sí y otro no, este no sé. Últimamente no sé mucho de él.

Paloma sacó una moneda y tocó el cancel de la puerta. La casa de Guilli era de una sola planta, con un
reja que les llegaba a la altura de los hombros. Luego había un pequeño patio y un par de sillas Acapulco
Toda la casa estaba pintada de azul, ya muy deslavado, la puerta de metal estaba entreabierta. Enseguid
salió un perro pequeño, ladró y saltó desesperado atrás de la reja. Por una de las dos ventanas se asomó u

yniño, descorriendo un poco la cortina, era uno de los hermanos de Guilli.

—¿Esta Guilli? ¿Está Memo? —rectificó Paloma.

a —No está —respondió cortante el niño que vestía pantalón corto y camiseta de Chivas.

—¿Sabes si hoy fue a trabajar?

—No, no sé. ¿Tú eres su novia? —les preguntó ya desde el patio.

—Sí —respondió Paloma de inmediato y el niño bajó la guardia.

·. —No está. Antier mi papá lo corrió —dijo en voz de secreto, acercándose a la reja. El perrito seguía ladrando.

a A Paloma se le fue el color de la cara. Comenzó a transpirar. Se agarró del brazo de Eva y le dijo que se fueran. Mientras se alejaban, buscó su celular y le marcó a Guilli. La mandó a buzón. Revisó el Instagram de su novio. Guilli a diario publicaba los platillos que ayuda a cocinar en el Magno Brasserie. No había spublicaciones de los últimos tres días. Bajo el sol de cenit, Paloma buscó en internet el teléfono del restaurante y después de muchos timbrazos por fin una chica que dijo estar en la cocina, le aseguró que a«Memo» ya no trabajaba con ellos. Paloma buscó sus cigarros.

—¿Qué hacemos? No sé dónde buscarlo —al decir esto, Paloma se dio cuenta de lo poco que sabía del chico de quien esperaba un hijo.

—Llámalo otra vez, mándale WhatsApp, tiene que saber que lo estás buscando, que estamos ›.preocupadas por él. Pola, escúchame —Eva la tomó de las manos, sudaba—, tienes que hablar con él. Tiene aque decirle lo que está pasando.

—¡Que estoy embarazada! —Paloma se quebró en llanto—. Eva no sé qué hacer. Tengo mucho miedo, no ı.puedo con esto y ahora Guilli no sé en qué problemas está. ¿Dónde ha dormido las últimas noches?

Eva la abrazó, y comenzó a sollozar. Se sentaron en la banqueta, rodeadas de las fotos de Cala. Paloma prendió un cigarro y Eva pensó que no era momento de decirle nada. Pola bajó la vista, se vio las uñas de los pies, asomándose por las sandalias, en algunas el esmalte negro ya estaba levantado. Un perro amarillo se acercó a olerlas y Paloma reaccionó, se limpió las lágrimas con las manos y le dijo a Eva que continuaran ıusu búsqueda, que en esos momentos quien estaba en peligro era Cala, que Guilli ya aparecería. Eva asintió acon la cabeza al tiempo que sonaba su celular, era su mamá.

—¿Dónde estás?

—Buscando —respondió Eva a secas.

—Sí, pero dónde, estoy por llegar a casa de tu *oma* y Nabor me dijo que te fuiste con Paloma. Mándame :itu ubicación para pasar por ustedes.

Al llegar, Julia notó que habían llorado y se le partió el corazón, pero no quiso demostrarlo. De nueva frunció el ceño y bajó el vidrio del lado de Dana. Les ordenó que subieran a la camioneta. En cuanto Julia óaccionó los seguros de las puertas y arrancó, un silencio de cuchillo se sintió dentro hasta que Dana habló.

e —Perdón, Eva, sé que Calita era mi responsabilidad y la perdí de vista.

s El silencio siguió entre ellas. Eva miraba por la ventanilla. Paloma le tocó la pierna para que respondiera algo, y que por lo menos mirara a su hermana.

—Está bien, Dana, estoy segura de que Calita va a aparecer. Tú no tienes la culpa —dijo Eva y vio cómo se llenaban de lágrimas los ojos de su hermana.

—Yo tuve la culpa —intervino Julia—. Yo dejé la puerta abierta.

s —No, fui yo —puntualizó la más pequeña.

s —No es momento de buscar culpables sino de encontrar a Cala —las reprendió Eva.

a —¿Y si te concentras, como cuando se perdió en Los Reflejos? —sugirió Dana.

e —¿Cómo es eso? —Julia miró a Eva por el retrovisor.

ɔ —No sé, no sé qué pasó aquella vez. Fue cuando Cala se perdió y la violó el coyote...

—¿Qué pasó ese día? —la interrumpió Julia.

a —No sé, de pronto supe dónde buscar, dónde estaba Cala. De pronto, de la nada se me reveló la imagen de Cala y el coyote en Las Piedrotas de Tapalpa.

Sin saber en qué momento ya estaban estacionadas afuera de la casa de su *oma* y Nabor en la puerta aAunque Julia apagó el motor, dejó el *switch* abierto para que siguiera funcionando el aire acondicionado ›.En eso Nabor se acercó y Julia bajó un poco el vidrio de su ventanilla, le dijo que no abriera el portón, que ano metería la camioneta.

ɲ —Es la conexión que tienes con aquellos que amas —opinó Paloma.

—Entonces podría adivinar dónde está Capi —se le salió a Eva y después se arrepintió de sus palabras.

—Quizá no lo amas como tú crees —replicó Dana.

—Bueno, ¡ya!, dejemos eso para después, mientras no te conectes con esa luz —Julia hizo comillas con los dedos al decir conectes—, sigamos buscando a Cala.

—¿Cómo sabes que hay una conexión de luz?

—Porque así se ve en las películas, supongo —respondió Julia, giró un poco la llave del vehículo y salió de él.

Todas saludaron a Nabor, quien estaba de pie en la puerta, más que esperar, parecía que hacía guardia. Julia entró a la casa, les pidió a los demás que la ayudaran a abrir las ventanas, les dijo que olía a perro mojado. Después se pusieron de acuerdo para seguir con la búsqueda. En Google Maps, Julia trazó dos rutas, una la cubrirían ella y Dana, la otra la harían Eva y Paloma acompañadas de Nabor. El Mercedes estaba en la cochera, por lo que les dijo que lo usaran, en auto se moverían más rápido. Después Julia se enteró de que Majo y Santiago también participaban en la búsqueda. Cuando se fueron, Julia les dijo que se reunieran de nuevo en la casa a las cinco de la tarde.

Eva y su equipo llegaron hasta las inmediaciones de Plaza Patria. Era demasiado, Eva no creía que Cala hubiera caminado tanto, que pudiera cruzar Ávila Camacho con su peso. «Es una avenida muy ancha», y Cala no puede caminar mucho. Su panza está a punto de explotar, por eso no pudo haberse alejado mucho de la casa. Estoy segura», les dijo. «La luz, maldita sea, ¿cómo no puedo conectarme?».

—Eva, concéntrate. Piensa.

—Ya sé, Pola, pero no sé cómo...

—Dos veces lo has hecho, en Los Reflejos y en Vango, ¿recuerdas que me contaste?

—Sí, pero no sé cómo lo hice. No es algo que yo pueda manejar —respondió Eva en tono casi molesto.

—Evita —le dijo Nabor en la siguiente luz roja—, tengo algo que decirte antes de que continuemos: yo tuve la culpa de que se escapara Cala...

—Otro que tiene la culpa —se impacientó Eva—. Claro que no Nabor, no es culpa de nadie. Quizá es mía por dejarla sola tantos días.

—Yo tuve la culpa porque nunca arreglé la puerta de entrada desde la noche que me atacaron —a recordar, Nabor se sobó la cabeza, donde Capi le dio tremendo golpe—. Desde aquella noche no ha quedado bien, no cierra bien, hay que empujar fuerte, y lo más seguro es que Dana no sabía ni tuvo fuerzas para cerrar.

—Fue un accidente, Nabor, no te preocupes, ni tú ni Dana ni mi mamá tuvieron la culpa. Cala va a aparecer, ya verás.

—¿Ya? ¿Ya te estás conectando?

—Claro que no —le respondió Eva a Paloma, quien no dejaba de revisar su celular por si tenía respuesta de Guilli.

Una gota de agua se estrelló en el parabrisas del Mercedes. Una gota que se extendió como una estrella translúcida. Luego vino otra y otra y otra. En un abrir y cerrar de ojos la lluvia cubrió el coche y los limpiaparabrisas se accionaron en automático. En segundos todo alrededor se trasformó. Los otros coches comenzaron a tocar sus cláxones, un camión de la ruta sesenta y siete pasó al lado de ellos y Eva vio que la gente iba apiñada hasta en el último escalón de la puerta. El tráfico se hizo lento y Nabor volteó a la derecha, entró de nuevo al territorio empedrado de la colonia Seattle.

—¡Se soltó el agua! —exclamó Nabor—, peor que ayer.

—¿Ayer llovió? —preguntó Eva.

—Sí, más o menos como ahora.

Eso fue suficiente para que Eva supiera dónde estaba Cala. No hubo necesidad de un chispazo, ni un corto circuito con la luminosidad cegadora y blanco prístino a su alrededor. No. Solo ató cabos.

—Ya sé dónde está Cala. Volvamos a la casa, Nabor, ahí está y estoy segura de que está a punto de dar a luz. ¡Vamos!, deprisa.

Nabor aceleró y no alcanzó a esquivar un gran charco que estaba enseguida. Era un bache que los hizo saltar de sus asientos y ver cómo salpicaba de agua la banqueta. Por fortuna no había nadie caminando. Nabor paró en seco. No accionó el portón eléctrico. Eva bajó corriendo del coche y Paloma se fue detrás de ella. No fue necesario que metiera la llave en la puerta, con un leve empujón Eva la abrió. Adentro ya estaban Majo y Santiago.

—¿Quién les abrió? —preguntó Eva.

—Nadie, la puerta estaba abierta —contestó Majo—, solo emparejada, y qué bueno porque si no no habríamos empapado.

—¡Vamos! —apuró Eva a sus amigos—. ¡Cala, Cala! —gritó al tiempo que veía cómo la lluvia entraba por las ventanas abiertas y las cortinas hacían olas de viento. Recorrió las habitaciones, miró el piso y vio lo que esperaba: huellas de perro. Las siguió hasta que ese rastro de vida la llevó al cuarto donde ella había pasado los mejores momentos de su vida con Capi—. ¡Aquí está! —les gritó a los demás—. En el cuarto de mi *oma*.

Cala levantó la cabeza, era una gran panza de pelo. Estaba empapada y exhausta. Miró a Eva con ojos tristes y movió la cola. Trató de moverse, pero no pudo. Ladró tres veces y Eva corrió a su lado, la abrazó, la besó, le acarició la cabeza, la panza. Cala la lamía como minutos después lamería a los cinco cachorros que tendría. Lloraba. Ambas lloraban.

Eva se sentía preparada para ese momento, así que puso en práctica lo poco que había aprendido con el doctor Sandoval. Le tocó el corazón a Cala, lo sintió acelerado. Le puso la mano en el vientre tratando de sentir sus contracciones. Todo parecía estar bien. Cala había hecho un nido en la cama de su *oma* con ropa vieja que había sacado del ropero y el par de almohadas. También usó periódicos viejos que seguramente había traído de la calle.

Enseguida llegaron Paloma, Santiago y Majo. Detrás de ellos venía Nabor, y tres minutos más tarde llegaron Julia y Dana, ambas traían cajas con pizzas y hamburguesas para comer. Las dejaron en la cocina y fueron a ver lo que pasaba. Llegaron justo en el momento en que la algarabía de todos en la habitación era un bullicio de vida: el primer cachorro de Cala coronó y todos gritaron con alegría al verlo salir. Eva volvió a llorar de emoción al ver cómo su perrita lamía con tanto amor al recién nacido. Luego miró a Paloma también lloraba y le tocaba el vientre cuando dos celulares sonaron.

—¿A qué hora nació? —preguntó Eva al ver que su celular no tenía pila.

—Son las 5:57 —dijo Santiago, celular en mano, al tiempo que le entraba una llamada de Capi. El segundo celular era el de Paloma, que recibía una llamada de Guilli.

—¿Quién les abrió? —preguntó Eva.

—Nadie, la puerta estaba abierta —contestó Majo—, solo emparejada, y qué bueno porque si no nos habríamos empapado.

—¡Vamos! —apuró Eva a sus amigos—. ¡Cala, Cala! —gritó al tiempo que veía cómo la lluvia entraba por las ventanas abiertas y las cortinas hacían olas de viento. Recorrió las habitaciones, miró el piso y vio lo que esperaba: huellas de perro. Las siguió hasta que ese rastro de vida la llevó al cuarto donde ella había pasado los mejores momentos de su vida con Capi—. ¡Aquí está! —les gritó a los demás—. En el cuarto de mi *oma*.

Cala levantó la cabeza, era una gran panza de pelo. Estaba empapada y exhausta. Miró a Eva con ojos tristes y movió la cola. Trató de moverse, pero no pudo. Ladró tres veces y Eva corrió a su lado, la abrazó, la besó, le acarició la cabeza, la panza. Cala la lamía como minutos después lamería a los cinco cachorros que tendría. Lloraba. Ambas lloraban.

Eva se sentía preparada para ese momento, así que puso en práctica lo poco que había aprendido con el doctor Sandoval. Le tocó el corazón a Cala, lo sintió acelerado. Le puso la mano en el vientre tratando de sentir sus contracciones. Todo parecía estar bien. Cala había hecho un nido en la cama de su *oma* con ropa vieja que había sacado del ropero y el par de almohadas. También usó periódicos viejos que seguramente había traído de la calle.

Enseguida llegaron Paloma, Santiago y Majo. Detrás de ellos venía Nabor, y tres minutos más tarde llegaron Julia y Dana, ambas traían cajas con pizzas y hamburguesas para comer. Las dejaron en la cocina y fueron a ver lo que pasaba. Llegaron justo en el momento en que la algarabía de todos en la habitación era un bullicio de vida: el primer cachorro de Cala coronó y todos gritaron con alegría al verlo salir. Eva volvió a llorar de emoción al ver cómo su perrita lamía con tanto amor al recién nacido. Luego miró a Paloma, también lloraba y le tocaba el vientre cuando dos celulares sonaron.

—¿A qué hora nació? —preguntó Eva al ver que su celular no tenía pila.

—Son las 5:57 —dijo Santiago, celular en mano, al tiempo que le entraba una llamada de Capi. El segundo celular era el de Paloma, que recibía una llamada de Guilli.

55

Max Fiore también sentía que volaba. Estaba tan eufórico y fuera de sí que, por primera vez, Killa l desconoció y supo que había hecho mal. De nuevo se había dejado llevar por su amor de madre y habí consentido lo que tantas veces discutió con Silvina, desde aquel día cuando en casa de su mamá en Lima s le atrofiaron las rodillas y Max estuvo en un grito de dolor y llanto. Ese día Max descubrió los efecto terapéuticos de la coca y años después, descubriría ciertos fármacos que le inhibirían el dolor hasta hacerl sentir invencible. «Bicho no debe de tomar eso, entendelo, Killa, eso es un opioide, es droga», le habí repetido Silvina.

Max estaba acostado en el sillón de la sala, *living*, le decían ellos. Estaba en bóxer y camiseta, con e ventilador de techo girando a toda velocidad y Runa acostada en su pecho. Max la acariciaba y tomab mate. Le hablaba a la gata como si fuera el amor de su vida. Guardaba silencio unos segundos y reía co todas sus ganas, como quien recuerda su última caída en el parque. Su vientre se sacudía y Runa se movía como en un compás de olas. Estaba mucho mejor de sus hematomas y sus tobillos casi recuperados.

A lo largo de sus veinte años y para continuar con la vida intrépida que llevaba: tatuajes; esgrima, po algún tiempo; *hiking* y, de algunos años a la fecha, alpinismo, para soportar contusiones y dolores sobr todo en articulaciones: rodillas, codos, tobillos y cadera, Max tomaba medicamentos cada vez más potente o usaba parches de morfina de liberación prolongada. Si estaban en Lima, tés de coca en casa de su *awicha* en Buenos Aires, él ya conocía un mercado negro de medicamentos en el Abasto, un barrio viejo de l capital porteña donde alguna vez estuvo la Central de Abasto más grande de la ciudad.

Max se refugiaba en Killa, quien había crecido en los andes peruanos muy cerca de la hoja de coca y n satanizaba tanto las drogas que podían ser medicinales; además, ella no podía ver sufrir a su hijo y l toleraba su adicción, hasta que Silvina los descubría y hablaba de nuevo con ellos y Max se «limpiaba» po un tiempo. Así había sido siempre, hasta que ese día, el último domingo de julio, el problema volvió estallar.

—Vos estás consciente de que Bicho es así por el estilo de vida que lleva. Él ha querido vivir así, hace esos deportes de riesgo y nosotras se lo hemos permitido —le dijo Silvina a Killa, quienes estaban de pie cada una de un lado distinto del sillón.

—¿Qué quieres, Silvina, que lo tengamos encerrado? Tampoco se lo podemos prohibir. Nos prometimo que en nuestra familia no habría ni censuras ni prohibiciones. Nada. ¿Recuerdas? O ¿eso quieres?

—Sí, lo hablamos, pero no hemos sabido orientarlo. Mientras yo educo tú solapas. Bicho tiene un enfermedad con muchas limitantes. Date cuenta, Max no es un niño normal.

—Ya lo sé, ya lo sé, no tienes que repetírmelo cada tanto...

—Ey, ey, ey, tranquilas ¿Qué pasa, madre? ¿Por qué hablan de mí en tercera persona, como si yo no estuviera presente?

—Ahora no estás en condiciones de opinar. No estás en tus cinco sentidos y es como si no estuvieras –lo increpó Silvina.

—Es mi vida, ¿vos lo olvidás? ¿Qué querés, que esté en una silla de ruedas?

—Ya está mejor, Silvi, *wawa* ya está mejor, se va a portar bien y se recuperará. ¿Verdad, *wawa*? —Killa no quería seguir discutiendo.

—Bicho —dijo Silvina más calmada—, dejá de tomar eso. Miráte vos, estás famélico y con la pupila dilatada, ¿me mirás? —le preguntó Silvina y lo escuchó reírse a carcajadas.

—¡Madre, madre! —le dijo y la miró con unos ojos perdidos en el subconsciente—, ya estoy bien, no me duele nada, ¡mirá! —Max hizo un esfuerzo para tocarse los dedos de los pies, no lo logró, y Runa hizo malabarismos para no caerse—. Soy un roble —agregó y volvió a reír—. ¿Querés? —le ofreció mate y Silvina lo rechazó.

Killa le acarició la cabeza. El cabello parecía más rubio bajo su mano morena. Max le pidió que le llevara sus artículos de dibujo: libreta y plumones. Afuera comenzó a llover y Max Fiore, al quedarse solo en ese sillón, con Runa en el pecho, sintió que volaba sobre las oscuras aguas del Río de la Plata.

o
a
e
s
o
a

l
a
n
a

r
e
s
;
a

o
e
r
a

r
,

s

a

—Ya lo sé, ya lo sé, no tienes que repetírmelo cada tanto...

—Ey, ey, ey, tranquilas ¿Qué pasa, madre? ¿Por qué hablan de mí en tercera persona, como si yo no estuviera presente?

—Ahora no estás en condiciones de opinar. No estás en tus cinco sentidos y es como si no estuvieras —lo increpó Silvina.

—Es mi vida, ¿vos lo olvidás? ¿Qué querés, que esté en una silla de ruedas?

—Ya está mejor, Silvi, *wawa* ya está mejor, se va a portar bien y se recuperará. ¿Verdad, *wawa*? —Killa no quería seguir discutiendo.

—Bicho —dijo Silvina más calmada—, dejá de tomar eso. Miráte vos, estás famélico y con la pupila dilatada, ¿me mirás? —le preguntó Silvina y lo escuchó reírse a carcajadas.

—¡Madre, madre! —le dijo y la miró con unos ojos perdidos en el subconsciente—, ya estoy bien, no me duele nada, ¡mirá! —Max hizo un esfuerzo para tocarse los dedos de los pies, no lo logró, y Runa hizo malabarismos para no caerse—. Soy un roble —agregó y volvió a reír—. ¿Querés? —le ofreció mate y Silvina lo rechazó.

Killa le acarició la cabeza. El cabello parecía más rubio bajo su mano morena. Max le pidió que le llevara sus artículos de dibujo: libreta y plumones. Afuera comenzó a llover y Max Fiore, al quedarse solo en ese sillón, con Runa en el pecho, sintió que volaba sobre las oscuras aguas del Río de la Plata.

56

El Jetta gris plata de Paloma circulaba por las calles de Santa Tere. El Waze la dirigía a la dirección qu le había dado Guilli por teléfono. Después de ver nacer uno a uno hasta el tercero de los cachorros d Cala, Paloma tenía que enfrentar su futuro con el chico que amaba. Curiosamente se sentía tranquila, en s fuero interno ya tenía tomada una decisión respecto al bebé que esperaba, no necesitaba la aprobación d su novio, mucho menos de sus padres para ser o no mamá.

Circulaba despacio, con los limpiaparabrisas en lo más lento de movimiento. La lluvia a esa hora de l noche había menguado. Paloma veía al frente y a los lados, reconocía aquellas casas típicas de la coloni donde Guilli había nacido, casas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, estilo «colonial tapatío» le había dicho Guilli. Llegó al número indicado en la calle San Felipe. Al lado de la casa de la abuela d Guilli, Paloma vio un local donde pintaban uñas. De pronto pensó en su pedicura, y antes de avisarle que y estaba afuera, él salió. No traía su gorra, sino una sudadera ligera con capucha que le cubría la cabeza. S subió rápido al coche y le dijo que arrancara, que no se quedaran ahí.

—¿Qué pasó, *daddy*? —se lamentó Paloma y trató de abrazarlo.

—Sigue por ahí, derecho. —Guilli se apartó, como si no quisiera que alguien los viera. Se puso e cinturón de seguridad y enseguida se quitó la capucha de la sudadera.

—¿A dónde vamos?

—A donde sea, Flaca, solo maneja. Demos vueltas —dijo Guilli mientras se tocaba las piernas con amba manos y veía la lluvia que insistía en mojar el parabrisas.

—Fuimos a tu casa y ahí...

—Sí, ya me dijo Giovanni que fueron. Seguro que ibas con Eva, ¿verdad?

—Fuimos juntas, buscábamos a Cala, que se había perdido. ¿Giovanni es tu hermano?

—Sí, es el pequeño. ¿Se perdió Cala?

—Ya la encontramos, pero no vine por eso, ni a contarte lo que yo he hecho, sino a verte, a saber qu pasó contigo y el trabajo y tu papá.

Las calles estaban vacías, no se encontraban con ningún otro auto ni peatones. El reloj del tablero indicaba con números rojos las 10:04 de la noche. La ciudad estaba mojada y a media luz, hasta que Palom dio vuelta en avenida Chapultepec.

—Todos son unos pendejos, ¿qué quieres que te diga? Mi papá estaba insoportable y me la cantó: volvía al equipo o me largaba. ¿Te imaginas? Yo jugando futbol, si hace años que no pateo un balón Discutimos y me agarró en mis cinco minutos de deslenguado...

—¿Qué le dijiste? ¡Ay, Guilli!

—Nada que tú quieras saber. Solo le dije sus verdades. Ese día había llegado harto del trabajo. Flaca tenía un mes haciendo puré. Fue lo único que aprendí a hacer en el Magno Brasserie, puré de papa, y eso e lo único que he pateado en el último año: un bol lleno de puré de papa.

—¿Y ahora? —preguntó Paloma y dio vuelta en Morelos. Se estacionó bajo un gran árbol, como s buscara una sombra de noche, frente a un hotel que se llamaba Las Pérgolas. Apagó el motor, se quitó e cinturón de seguridad y volteó a verlo de frente. Él hizo lo mismo.

—No sé, estoy en casa de mi abuela. Ya veré qué hago, a dónde me muevo. No sé.

De pronto se hizo un silencio incómodo dentro del auto. La lluvia arreció y Paloma agradeció esta estacionada. En la oscuridad de sus miradas el celular de ella se iluminó. Era un WhatsApp de Eva: l avisaba que Cala había tenido ya sus cinco cachorros. Paloma supo que era el momento de hablar.

—Guilli, estoy embarazada —al momento de decirlo, Paloma vio en los ojos de su novio una mirada qu solo le volvería a ver el día que tuviera a su hija entre sus brazos—. Y quiero tener al bebé.

Paloma no esperaba la reacción de Guilli. Él siguió en silencio y poco a poco se le llenaron los ojos d lágrimas. Comenzó a llorar. Levantó el descansabrazos que dividía ambos asientos y la abrazó con fuerza siguió llorando y llorando.

—Yo también, Flaca.

—¿De verdad?

—Nunca dudes que te amo y que seré el mejor papá de... ¿ya sabes qué va a ser?

—No, tonto, si ni siquiera tengo panza —respondió Paloma y también comenzó a llorar—. Tenía tant miedo. Tengo tanto miedo, pero no sabía cómo decírtelo.

—¿Miedo a qué?

—A no querer tenerlo, a que tú no lo quisieras, a mis papás, a los tuyos, miedo hasta de la lluvia. Tod me da miedo —dijo ya entre pucheros.

—Flaca, flaquita, mi niña. —Guilli la abrazó y le susurró que la amaba.

Enseguida, Paloma le mostró la foto de Cala con sus cinco cachorros y le dijo que pronto estarían as pero solo con uno o una, aclaró.

A medianoche se llevaron a Cala y sus cachorros a casa. Eva no estaba preparada para recibirlos, así qu improvisó una cama con cojines y sábanas viejas en su cuarto, al pie de su escritorio. Esa noche ni ella n Dana durmieron por estar viendo a los cachorros. Chillaban «como puerta vieja mal cerrada», diría Dana quien a todos les veía cara de coyote. Aseguraba que eran igualitos a su papá.

Desde esa noche, la dinámica de la casa cambió por completo, no tanto por la llegada de la camada, sin por el pasado reciente que insistía en volver. El lunes Eva le dedicó todo el día a Cala y sus perritos. Palom fue a verla y le contó lo que había platicado con Guilli la noche anterior, le dijo que habían decidido tener a bebé. Eva no pudo imaginarse un bebé presente en una sesión del Club de la Verdad. La felicitó y le dij que sería lo mejor para los dos. Al preguntarle por qué el papá de Guilli lo había corrido de su casa y po qué lo habían echado del trabajo, Paloma solo respondió:

—Ni puta idea.

—¿Vas a dejar de fumar?

—Desde este momento —le dijo Paloma y le dio su cajetilla de cigarros. Eva los contó, solo faltaban seis

—¿Qué sabes del Príncipe de Roma? —ironizó Paloma y Eva la miró con desgano.

—Ni puta idea —lo dijo imitando su tono de voz—. Desapareció, como ya sabes quién.

Pero las cosas no eran así de sencillas, Max estaba en plena recuperación, también estaba *en su viaje* volvería más pronto de lo que Eva imaginaba. Volvería por todo. «Hay silencios que solo se escuchan con e corazón, y en medio de mi dolor te escuché: ¡pum! ¡pum! ¡pum!», le diría Max a Eva al tiempo que l llevaría la mano a su pecho desnudo.

El martes llegó Otto de Nueva York y, mientras cenaban, les repartió algunos regalos para todos. Juli fue la única que no abrió el suyo y Dana tuvo doble. El primero fue una muñeca.

—¡¿Una muñeca?! Papá, el próximo mes cumplo catorce años. Ya no soy una niña.

—Para mí siempre serás mi niña —dijo Otto sonriendo y agregó—: Quizá este te guste más. —Y sacó d su mochila el segundo regalo, una cámara instantánea Polaroid.

—¡Está increíble, papá! Te amo —le gritó y se le colgó del cuello.

El regalo más voluminoso fue para Eva, tan grande como una caja de zapatos. Eva lo cogió con amba manos y quiso agitarlo, pero su papá le recomendó que no lo hiciera o podría estropearlo. Así que le quitó e fino papel que lo envolvía y Eva se sorprendió al ver el interior: era el busto de Chopin que ella habí armado casi por completo. Eva lo miró fascinada, las cicatrices le daban un nuevo misterio a la figura d porcelana, que bien podría tener un siglo de vida.

—Te lo manda tu *oma*. Me dijo que ya era más tuyo que de ella. Me dijo también que tú ya conocías su origen, historia que, por cierto, no quiso contarme. ¡Ah!, me dijo también que no olvides tu manzana: *A apple a day*...

—... *keeps the doctor away* —lo interrumpió Eva y terminó la frase.

En ese mismo momento, Eva le mandó un mensaje de agradecimiento a su *oma*, el cual Clara l respondería a la mañana siguiente. Enseguida, mientras cenaban enfrijoladas, Otto les dijo que había decidido cambiar la oficina de San Diego a Nueva York, que el papá de Paloma volvería a trabajar con él que también tendrían una oficina en la Ciudad de México, por la próxima remodelación de la boutiqu Cartier en Presidente Mazaryk. Cenaban en la barra de la cocina, y Julia no opinó nada del cambio, al fina solo dijo con tono de ironía: «Tu mamá debe estar feliz de tenerte allá». Otto ignoró el comentario y l preguntó a Eva si ya tenía todo listo para volver a la prepa. Al día siguiente era su primer día de clases.

El regalo más voluminoso fue para Eva, tan grande como una caja de zapatos. Eva lo cogió con ambas manos y quiso agitarlo, pero su papá le recomendó que no lo hiciera o podría estropearlo. Así que le quitó el fino papel que lo envolvía y Eva se sorprendió al ver el interior: era el busto de Chopin que ella había armado casi por completo. Eva lo miró fascinada, las cicatrices le daban un nuevo misterio a la figura de porcelana, que bien podría tener un siglo de vida.

—Te lo manda tu *oma*. Me dijo que ya era más tuyo que de ella. Me dijo también que tú ya conocías su origen, historia que, por cierto, no quiso contarme. ¡Ah!, me dijo también que no olvides tu manzana: *An apple a day*...

—... *keeps the doctor away* —lo interrumpió Eva y terminó la frase.

En ese mismo momento, Eva le mandó un mensaje de agradecimiento a su *oma*, el cual Clara le respondería a la mañana siguiente. Enseguida, mientras cenaban enfrijoladas, Otto les dijo que había decidido cambiar la oficina de San Diego a Nueva York, que el papá de Paloma volvería a trabajar con él y que también tendrían una oficina en la Ciudad de México, por la próxima remodelación de la boutique Cartier en Presidente Mazaryk. Cenaban en la barra de la cocina, y Julia no opinó nada del cambio, al final solo dijo con tono de ironía: «Tu mamá debe estar feliz de tenerte allá». Otto ignoró el comentario y le preguntó a Eva si ya tenía todo listo para volver a la prepa. Al día siguiente era su primer día de clases.

51

Antes de que en el celular de Eva sonara la alarma de las seis de la mañana, ella ya se había levantado Aunque ese día estaría marcado por una serie de pequeñas coincidencias, tan simples como no habe conectado esa noche su celular y ver que solo tenía veinte por ciento de batería, Eva nunca había tenid tantas ganas de volver a la escuela. Sentía que estas vacaciones de verano la habían cambiado por completo Hizo un recuento mental de sus «aprendizajes» como les llamaría más tarde Karina Amador, su tutora Había trabajado por primera vez en su vida, había coincidido con un chico nuevo: Max. Mientras estaba en el baño se detuvo en este pensamiento. ¿Qué significaba la palabra *coincidir*? Se repitió dos veces, ¿qué significaba coincidir en el contexto: «lo conocí para algo en especial»?, «¿coincidí con él porque quiere salir conmigo?», «¿las coincidencias son pequeños avisos del destino?». Al jalarle al escusado cambió de pensamientos y solo se dijo que gracias a Max había aprendido a caminar.

Se desnudó, abrió la regadera y volvió a su recuento. Había conocido Nueva York, había recuperado la relación con su *oma* y, aunque no había conseguido gran información sobre el paradero de su madre, los días al lado de ella sin duda habían sido lo más importante del verano. Ya bajo el chorro del agua, entre el vapor que parecía rodearla como un abrigo de sombras, mientras se pasaba la esponja enjabonada por el cuerpo, recordó a Capi y se dijo que ya se había olvidado de él. Al decir la palabra *olvidado* no la pronunció muy convencida, sin embargo, continuó: «parece que Capi fue hace tantos años», se dijo. Pronto descubriría que no era así, que ese sería el peor día de su verano.

Al regresar a su cuarto, con una toalla rodeándole el busto y otra en la cabeza, Dana estaba ahí, tirada en el suelo junto a los perritos de Cala.

—¡Madrugaste! —se sorprendió Eva.

—Vine a ver cómo estaban mis sobrinitos. Toda la noche soñé con ellos. ¿Crees que aúllen como en las películas?

—No sé, yo creo que no, porque es la madre quien les enseña, ¿no? Y no es como que Cala aúlle muy seguido.

—¡Auuuuu! ¡Auuuuu! —gritó Dana en posición de niña loba.

—¡¿Qué haces?! Vas a despertar a todo mundo.

—Les enseño a aullar, ¿qué no ves? ¡Auuuuu! Además, ya están todos despiertos. Por cierto, mi papá durmió en el cuarto de visitas. ¿De verdad las cosas están tan mal? ¿Mi papá no te dijo nada en el viaje?

—No, si apenas lo vi, todos los días se iba desde temprano y volvía tardísimo —dijo Eva en ropa interior frente a su clóset abierto—. Ya no aúlles, por favor, mira espantaste a los perritos.

Los cinco cachorros se habían metido entre el pelaje de su madre. Cala tenía las ubres hinchadas y perezosamente miró a las dos Otero, luego un cachorro salió de debajo de ella, le buscó una teta y se la prendió. Luego salió otro y otro. Los «coyotitos», como les decía Dana, eran más pardos que amarillos, de orejas alzadas, pequeñas y gruesas, también de hocico pequeño y puntiagudo, de nariz muy negra y ojos rasgados. A los pocos días tendrían el cuerpo robusto y el pelo abrillantado. Serán más coyotes que perros como dijo Dana.

—Mira, este es igualito a su padre. —Levantó al más inquieto de todos y, al alzarlo, la teta de Cala se estiró como una liga porque el perrito no la soltaba—. Hijo de coyote pinto. —Dana se lo acercó a la cara, le miró tan cerca que el perrito de ojos negros la lamió y Dana soltó una carcajada, rodó con el perrito por el cuarto, haciendo que sus raídos pantalones de pijama se le arremangaran arriba de las rodillas—. Este será mío —sentenció.

—Aún no sé qué haremos con ellos. Regrésalo con su mamá, está desayunando.

Eva ya estaba vestida, con un pantalón de lino palo de rosa y una blusa entallada de tirantes gris amanecer. Aunque minutos más tarde su mamá le diría que ese pantalón era muy formal para la escuela Eva no tenía intención de cambiárselo, precisamente por eso se lo ponía, ese era un día especial para ella y ese pantalón era de sus favoritos. Se lo puso sin saber que acabaría el día con toda la ropa estropeada bañada de sangre hasta sus nuevos Adidas.

—¿Es nuevo? —preguntó Julia un tanto extrañada.

—Sí, lo compré en Nueva York, por nueve dólares.

—Nosotros hacemos un esfuerzo enorme por competir contra Zara, Old Navy, Sfera y cuanta tienda llega del extranjero y nos encontramos con esos precios —dijo Julia mientras preparaba la leche con chocolate de Dana.

—¡Uy, mamá! En Instagram hay bazares donde venden faldas en cincuenta pesos y suéteres en ochenta —dijo Dana al llegar a la barra de la cocina con un cachorro entre las manos.

—¿Dónde?

—Instagram...

—Pero eso es de fotos, ¡¿cómo bazares de venta de ropa?! Más competencia desleal.

—Desleal es sacar ropa cada mes o cada semana —se atrevió a decir Eva—, el mundo va a explotar con tanta ropa nueva.

—Desleal es dejar de darle trabajo a la gente que tiene décadas con nosotros o dejar de pagarles, ¿qué hacemos con los cientos de empleados que tenemos? LOB comenzó hace casi cincuenta años con una tienda de ropa, una sola tienda en Plaza del Sol y ahora es la firma de moda más importante de México.

—Ya sé, mamá, yo nomás digo que debemos reciclar más. Este pantalón es usado por eso costó nueve dólares.

—¿Usado?, lo que me faltaba.

—Dana, ¿qué haces con el perrito? Regrésalo con su mamá —le ordenó Eva.

—Es mi favorito, yo lo quiero, mamá —le imploró a Julia—. Se va a llamar Ricardo Rubén.

—Ya veremos, por lo pronto, llévalo a la camada, no para de chillar. ¿Quieres huevo? ¡Aquí está tu leche

—¡Guácala huevo con salchicha. No sé si quiero Choco Milk, mamá! —gritó Dana mientras se alejaba.

—Y tú apúrate —le dijo a Eva—, ya Nabor te está esperando.

Después de desayunar los huevos revueltos con salchicha que Julia le preparó, antes de salir le dijo «¿Tus pastillas?». Eva le gritó ya en el elevador que sí se las había tomado. No quería otro apagón sorpresa No quería que la señalaran como «la epiléptica», aunque así terminaría su primer día de clases.

—Vamos, Evita, se nos hace tarde —la apuró Nabor al verla salir.

A Eva le dio gusto verlo, saber que, de algún modo, todo seguía siendo como antes. Lo saludó con un beso en la mejilla y subió al asiento del copiloto. Aún llevaba el cabello mojado. Nabor siguió la misma ruta que la vez anterior, cuando la llevó a hacer sus exámenes extraordinarios de Matemáticas y Robótica aunque las calles estaban inundadas de tráfico, esta vez no llovía y Eva se sentía relajada. Poco le duraría el gusto.

La primera clase fue Matemáticas y hasta ese momento Eva sintió que, de algún modo, había empezado el con el pie izquierdo. Paloma no llegó y Majo tampoco supo por qué. Ella y Santiago estaban sentados juntos. Siguió la clase de Literatura y a Eva le dio gusto ver al profesor Galindo, quien les dijo que ya habían pasado el Siglo de Oro Español, que ese semestre, aunque no entraba del todo en el programa «oficial»

yverían a Contemporáneos, un grupo de escritores, principalmente poetas mexicanos, de principios de sigl
exx. En especial la poesía de Elías Nandino, poeta jalisciense.

e Antes de terminar esa hora de clase, Eva comenzó a notar miradas extrañas de sus compañeros
smiradas desconocidas, como si ella fuera nueva o, de plano, de otro planeta. Comenzó a escuchar e
,zumbido de celulares, las campanitas típicas de WhatsApp. No supo qué pasaba y quiso concentrarse en l
clase. Al finalizar, el salón se vació sin que nadie le dirigiera la palabra. Eva no salió de inmediato, s
eentretuvo anotando algunos libros que Galo le sugirió leer. Después metió todo en su mochila y vio e
odesorden de las sillas de colores, como quien avienta M&M'S sobre el piso. En la puerta se encontró co
lPaloma, por fin llegaba. Había pasado la peor noche de su vida, en el camino le contaría.

á —¡Vámonos! —le dijo.

—¡¿Cómo?! —replicó Eva mochila al hombro— ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—¿No te das cuenta? Tu video, Eva.

s —¿Mío? ¿Cuál video?

ı, —Mira. —Paloma le mostró en su celular.

y —¿Soy yo? No puede ser. ¡Soy yo! Y es aquí, ¡en la prepa!

ı, —Sí, es aquí.

—¿Quién pudo grabarme? Maldita sea, qué buen recibimiento.

Eva alzó la vista y vio a su alrededor: caras nuevas, caras conocidas, miradas de sorpresa que l
señalaban. Todos con el celular en la mano. El tercer piso del Edificio cinco estaba lleno de chicas y chico
aque comenzaban a mirarla, veían sus celulares y la miraban. Se reían. Otros fingían. Eva alcanzó a escucha
nque alguien decía «Sí, es ella, la epiléptica», y ese calificativo, el de su condición, su enfermedad, comenzó
propagarse entre dientes, «la epiléptica, la epiléptica».

a —¿Quién te grabó? —insistía Paloma.

—Ni idea —respondió.

Eva y Paloma caminaron rápido, abriéndose camino entre sus compañeros. Bajaron las escaleras casi d
dos zancadas por escalón, en el segundo piso se encontraron a Majo y, sin esperar instrucciones, les dijo
«Voy con ustedes». Y dejaron a Santiago con la palabra en la boca. Pasaban de las diez de la mañana y a es
nhora toda la Prepa Tec ya tenía en sus celulares el video de Eva teniendo un ataque epiléptico en e
estacionamiento de la prepa.

é —Parece que todo mundo lo tiene —apuntó Majo, quien aceleró el paso para caminar al mismo ritmo d
asus amigas.

—¿¡Qué demonios!? —exclamó Eva furiosa. Seguía con el celular de Paloma en la mano. De nuevo veí
eel video con el pulso acelerado. Sentía la cara roja de furia, de llanto, de vergüenza.

—¡Es aquí! —dijo Majo asomándose también al celular de Paloma.

—¡Sí! Majo, es aquí —volvió a aclarar Eva al borde de la histeria.

—¿Cuándo pasó?

—En vacaciones. Fue el día que vine a hacer mis extraordinarios, ese día me vino un apagón en e
!estacionamiento y Nabor me rescató.

—¡No! —gritó Majo— ¡Nabor imposible!

—Claro que no, Majo, ¿cómo crees que Nabor grabaría un video de mi apagón y se lo mandaría a tod
:mundo? Te digo que él me rescató.

ı. —Déjame verlo otra vez —pidió Majo y le arrebató el *smartphone* de Paloma. Se fijó en la perspectiva
era una toma desde un lugar alto. En el video se distinguía la mirada de Eva viendo hacia la cámara y lueg
el desvanecimiento, su cuerpo, y sobre todo su cara, contra el pavimento. Sus movimientos involuntarios
nsus manos torcidas, sus pies liberándose de los Converse. Eva azotándose una y otra vez contra e
apavimento. Luego un zoom a su rostro desencajado y herido, y los brazos de Nabor alzándola del piso lueg
ı,de su último espasmo. Un video de casi dos minutos—. Definitivamente no fue Nabor —apuntó Majo.

l —Ya te dije que no... —La fila del Güich se torció hasta casi rodearlas. Eva volvió a escuchar sonidos d
celular y las miradas de todos sobre ella.

ɔ —Mira el ángulo desde el que hicieron el video, vengan —les dijo y fueron al estacionamiento—. Desd
sahí. Juraría que alguien te grabó desde el tercer piso —Majo lo señaló con el dedo.

ɹ —Ahora recuerdo —dijo Eva—, la prepa estaba vacía y solo había alguien ahí, en el tercer piso, lo habí
',olvidado por completo. Pero no recuerdo quién era ni tampoco que me estuviera grabando.

Volvieron al patio. Las miradas y los murmullos no cesaron, al contrario. Fue entonces cuando e celular de Eva sonó. Ella lo sacó del bolsillo y vio un número desconocido que le mandaba un video. Era su propio video. Les dijo a sus amigas que se fueran y las tres emprendieron camino de nuevo a estacionamiento, al auto de Paloma.

Antes de llegar al Jetta, Eva vio a lo lejos una cara conocida que se acercaba a ellas. Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Cogió del brazo a sus amigas y les dijo que era él, ese tipo que se acercaba rápido a ellas era a quien había visto en el tercer piso momentos antes de su apagón. «No puede ser, es una pesadilla», murmuró.

Gustavo Cejudo vestía una camisa negra remangada y entallada, desabotonada casi hasta el ombligo Presumía sus pectorales lampiños. Traía el cabello relamido con exceso de gel, lentes oscuros y cigarro en la boca. Majo vio los tatuajes de sus antebrazos y Paloma reparó en las botas puntiagudas de piel exótica que, seguramente, combinarían con su cinturón. Al verlo, las tres quedaron paralizadas en el mismo lugar donde Eva tuvo su apagón.

—Espero que te haya gustado mi regalito —le dijo Cejudo a Eva sin siquiera quitarse el cigarro de lo labios. Luego le dio una calada y les echó el humo en la cara—. Por aquí nos estaremos viendo —les advirtió y al llegar al Edificio cinco, lo esperaba el Tanque y otros dos chicos que ellas jamás habían visto en la prepa.

—¡Qué asco! —gritó Eva.

Volvieron al patio. Las miradas y los murmullos no cesaron, al contrario. Fue entonces cuando el celular de Eva sonó. Ella lo sacó del bolsillo y vio un número desconocido que le mandaba un video. Era su propio video. Les dijo a sus amigas que se fueran y las tres emprendieron camino de nuevo al estacionamiento, al auto de Paloma.

Antes de llegar al Jetta, Eva vio a lo lejos una cara conocida que se acercaba a ellas. Su corazón comenzó a latir con más fuerza. Cogió del brazo a sus amigas y les dijo que era él, ese tipo que se acercaba rápido a ellas era a quien había visto en el tercer piso momentos antes de su apagón. «No puede ser, es una pesadilla», murmuró.

Gustavo Cejudo vestía una camisa negra remangada y entallada, desabotonada casi hasta el ombligo. Presumía sus pectorales lampiños. Traía el cabello relamido con exceso de gel, lentes oscuros y cigarro en la boca. Majo vio los tatuajes de sus antebrazos y Paloma reparó en las botas puntiagudas de piel exótica que, seguramente, combinarían con su cinturón. Al verlo, las tres quedaron paralizadas en el mismo lugar donde Eva tuvo su apagón.

—Espero que te haya gustado mi regalito —le dijo Cejudo a Eva sin siquiera quitarse el cigarro de los labios. Luego le dio una calada y les echó el humo en la cara—. Por aquí nos estaremos viendo —les advirtió y al llegar al Edificio cinco, lo esperaba el Tanque y otros dos chicos que ellas jamás habían visto en la prepa.

—¡Qué asco! —gritó Eva.

58

Mientras tanto, en casa de Max su recuperación seguía lenta y cada vez menos dolorosa. Cualquier diría que ya estaba bien, pero continuaba bajo los cuidados de su *mama* Killa, que no lo dejaba ni qu se peinara solo.

—¡Qué asco! —gritó Max.

—Es té de coca, como el de tu *awicha* —dijo Killa.

—Pero está frío —replicó Max. Killa lo probó y, efectivamente, estaba frío.

—Tráemelo en mate y la pava, yo acá lo cebo.

La única que siguió los pasos de Killa al salir de la habitación de su hijo fue Runa, luego volvió a mete la cabeza entre sus garras. La gata estaba echada sobre la almohada de Max, él cerró los ojos y volvió pensar en Eva, en sus ojos, en sus labios, en esa clavícula saliente y el lunar que la coronaba. Tenía una lev sensación de lejanía desde que se fue al Nevado de Colima, en el fondo sabía que había sido un imprudencia llegar hasta la cima sin decirle a Beto que le dolían los tobillos, pero tampoco quería parece un enfermo ante los ojos de los demás o no lo volverían a invitar.

Hace una semana que apenas sabía algo de Eva, así que tenía que acelerar sus planes, ese mismo día todo el camino andado se haría cuesta arriba. Se levantó de la cama y, aunque se mareó un poco, fue hast su escritorio a buscar *Caos* una *plaquette* que había tomado de La Cafetería: *Una semana sin lunes ni jueves* En la página cuatro leyó:

Yo quiero a Emiliana por varias razones:

> En sus ojos está la tierra donde planto mis ideas, su mirada es un mundo distante. Su corazón es una armadura abollada, sin duda uno de los mejores guerreros que conozco. Podría escribir infinidad de versos adulando su figura, pero nada se compara cuando la tengo frente a frente y frente al mundo. Quiero tocar su piel.
>
> Jobaré

Luego pensó que él también quería así a Eva. Decidió levantarse de la cama, dejar de lamentarse por u dolor de huesos e ir a buscarla. Cuando regresó su *mama* con el mate de coca y la tetera aún humeante Max estaba con otra actitud, y la recibió con un beso al tiempo que le daba las gracias. Cebó la coc vertiendo agua caliente en el mate. Bebió todo de un sorbo y se sintió como nuevo. «Vení», le dijo a Killa le mostró sus nuevos dibujos, le habló de sus personajes y de los planes que tenía para su nuev universidad. Hablaba con movimientos grandilocuentes y cuando vio a su *mama* totalmente a su merced, l

pidió que lo llevara a casa de Eva. Si otras fueran las circunstancias él iría caminando, pero no podía anda mucho, así que necesitaba que Killa lo llevara en el auto.

—Vos me dejás en su casa y vas por el rumbo a tomar algo. Más tarde yo te llamo y pasás a recogerme Una hora será suficiente. ¿Sí?

—¡Ay, *wawachay*! Si tu madre se entera me mata. Debes seguir en reposo. Precisamente no se llevó e auto por si teníamos una emergencia contigo y mira.

—Anda, *mama*, será rápido y volvemos pronto, antes de que ella regrese.

—Una horita no pasa nada, ¿verdad? —repuso Killa más convencida.

—Vamos a su casa, coincidiremos con ella cuando regrese de la escuela —dijo Max y se metió a bañar.

La coincidencia juntaría las tres caras de la moneda. Eva, Paloma y Majo habían salido huyendo de l prepa y fueron a buscar refugio a casa de Eva. Majo quería ver de nuevo a los cachorros de Cala y en e camino propuso una sesión del Club de la Verdad, y aunque las otras dijeron que sí, no les daría tiempo estarían respondiendo mensajes de WhatsApp y viendo en redes lo que había ocasionado el video de Ev que, en Twitter, alguien ya había modificado las convulsiones, había puesto música de fondo y aquell parecía más un video de *breack dance* que un ataque epiléptico. Dana, que aún estaba en pijama a la hor que llegaron y que las recibió comiendo una zanahoria, les dijo que era *trending topic*. A esa hora el video y tenía más de quince mil reproducciones.

—Tenemos que usar tus cinco minutos de fama a tu favor —le dijo y saltó del sillón en el que estaba— ¿A dónde vas? —le preguntó cuando la vio pasar de largo.

—A mi cuarto, Majo quiere ver a los cachorros. —Todas se fueron detrás de Eva.

—Les presento a Ricardo Rubén —dijo Dana y levantó a *su* cachorro.

Todas se sentaron en el suelo, rodeando a la camada. Cala solo veía cómo alguien levantaba a unos d sus hijitos y luego a otro y a otro. Mientras tanto, los celulares de todas seguían sonando o vibrando. A Majo, Santiago le confirmó que Gustavo Cejudo quería expandir su negocio a la Prepa Tec. Que el video d Eva había sido un saludo de bienvenida y una advertencia a quien se le interpusiera en el camino. Tambié le contó que después de que ellas se marcharon, Cejudo fue a buscarlo a él. Le advirtió que, así como habí caído Eva, caerían él y Capi.

—Es un maldito, ¿yo qué culpa tengo de sus broncas con Capi? —se quejó Eva.

—Tenemos que vengarnos —aseguró Paloma—, encontrar la manera de detenerlo.

—Solo hay una persona que lo conoce bien, que sabe sus puntos débiles y nos puede decir cóm atacarlo y que, estoy segura, estaría dispuesta a ayudarnos: Joana Roca —puntualizó Dana, quitándose u mechón de cabellos rubios de la cara.

Las demás la miraron con sorpresa, Eva con mirada incrédula, hasta Cala, al escuchar el nombre de l antigua rival, escondió la carita entre sus manos. Antes de que Eva pronunciara un no rotundo, Maj interrumpió y les dijo que no era una idea tan descabellada. Después Paloma aseguró que la última vez qu la vieron, en la exposición de pintura, Joana había estado de lo más cordial y empática con ellas. Le recordó que la catalana había dicho algo como que quería limar las asperezas de las malas coincidencias.

—Creo que la Piedrita siempre ha sabido más de lo que pensamos. Recuerdo que dijo que Capi estab en Tijuana.

—Qué bien te acuerdas, baby.

—Si aún la tengo atravesada.

—O en el zapato —ironizó Dana.

—Bueno, ¿y dónde la encontramos? —preguntó Eva—. ¿Iremos otra vez a su colegio a buscarla? ¡Qu pereza! —dijo, y Cala bostezó.

—Guilli conoce a su papá, podría preguntarle —apuntó Paloma.

—Pero me da pena decirle a Guilli, involucrarlo y...

—No te preocupes, baby, yo consigo el número de la Piedrita.

Faltaban unos minutos para las dos de la tarde, el tiempo se había ido volando y tenían el suficient para que Paloma y Majo volvieran a la prepa. La hermana de Majo iría por ella y no querían hacerl esperar, mucho menos que descubriera que se habían ido de pinta, aunque había sido un caso de fuerz mayor. Todas devolvieron al perrito que tenían entre las piernas al regazo de Cala y cuando se despedían Eva recordó que había dejado el cable de su celular enchufado en el coche de Paloma. Aunque Pola le dij que después se lo llevaría, Eva se empeñó en ir por él en ese momento. Usar el cargador de Dana podrí

rcostarle otra carta firmada en blanco y con sangre.

—Bajo con ustedes —les dijo Eva a Paloma y a Majo mientras Dana se burlaba con una risa fingida y psicodélica. El cable del celular: primera coincidencia.

Hay coincidencias buenas y malas. Algunas cambian solo el momento y otras, aunque parezcan simples cambian el destino de las personas. La noche anterior Eva había olvidado (nunca le pasaba pero esa noche coincidió que lo olvidó) conectar su celular, por lo que de regreso a su casa en el coche de Paloma, había puesto a recargar la batería porque solo le quedaba seis por ciento. La segunda coincidencia fue el portón de entrada de la Torre Ónix, cuando ellas llegaron y quisieron meter el coche, estaban reparando el motor y no podía abrirse en ese momento. Eva, desesperada por llegar ya a su casa, le dijo a Paloma que se estacionaran a la vuelta. Dos coincidencias aparentemente inofensivas: olvidar conectar el celular y el portón averiado, al *coincidir* con la tercera, cambiarían el destino de Eva. Nadie esperaba que ahí, en la puerta de su casa, coincidieran Capi y Max.

Las tres salieron a la avenida Pablo Neruda y antes de que se encaminaran al coche de Paloma, vieron llegar el Fiat azul de Max. Las tres saludaron a Killa Kusi. Majo le murmuró a Paloma lo lindo que era, «un verdadero príncipe», alcanzó a decirle antes de que Paloma volviera a felicitar a Killa por el éxito de su exposición, ella le agradeció y antes de que su hijo cerrara la puerta de la camioneta, señaló el reloj de pulsera, advirtiéndole que en una hora volvía por él y se fue. Eva notó que Max cojeó un poco.

Hubo dos cosas que a Eva le llamaron la atención: la camiseta de Max era blanca y nueva, con un emoji a la altura del corazón, que sonreía. La segunda interrogante de Eva fue por qué Max llegó en coche y no caminando. Le preguntó la razón y esos dos minutos en los que él le contaba que tuvo una recaída al volver del Nevado y que por el momento no podía caminar largas distancias, hizo que la tercera coincidencia se cumpliera como un presagio.

Eva vio venir hacia ellas un coche negro a toda velocidad, hasta casi subirse a la banqueta donde estaban. Vio cómo se abrieron las dos puertas del vehículo aún en marcha y Majo vio a Santiago descender del puesto del copiloto, al tiempo que Eva escuchaba un grito desgarrado: «¡Chaparra!», y veía a Capi saltar del auto, correr hacía ella, brincar dos o tres veces, como quien calienta para una carrera, ponerse en guardia, pasar a posición de tijera, hacer un gancho con la pierna izquierda y golpear a Max en el rostro. La sangre brotó de su nariz con tanta presión que bañó completamente a Eva, quien vio a Max desplomarse como se había visto a sí misma en el video esa mañana, sin meter las manos y caer, casi inconsciente y de bruces a los pies de Capi.

—¡Chaparra! Si te vuelvo a ver con este imbécil...

Antes de que pudiera continuar, Eva se le fue encima y con todas sus fuerzas le soltó una bofetada. Capi alcanzó a esquivarla y Eva se cayó sobre el coche. Cuando Capi trató de auxiliarla, Eva le dio un golpe con el puño cerrado, tan fuerte que le dolió la mano. Capi la aventó enfurecido, desorientado, y decidió irse.

—¡Lárgate! ¡Lárgate!, y no vuelvas más. ¡Lárgate! —gritó Eva enfurecida en mitad de la calle al tiempo que veía al coche alejarse en zigzag.

Eva volvió a donde estaba Max, sintió que se había roto en pedazos. Había sangre por todos lados: en el portón que seguía cerrado, en los árboles de la banqueta, gotas de sangre caían sobre el piso y también escurrían por la cara de Max hasta estropear su remera blanca. Sangraba de la nariz y de la boca. Tenía el pómulo abierto y un gran derrame en el ojo derecho. Eva se miró las manos ensangrentadas y se preguntó cómo recoger los fragmentos de este rompecabezas. Max logró sentarse y se llevó las manos a la cara, se limpió y de inmediato brotó más sangre. Tenía la mirada nublada y un poco perdida. Miraba sin ver. Sentía écaliente la cara. Le ardía y le zumbaba el oído. Trataba de no perder la conciencia, de no perder de vista a Eva.

—¿Qué le pasa? ¿Está muy mal? —preguntó Santiago.

—¡Se puede morir! —gritó Eva, desesperada—. ¡Tiene hemofilia!

—¿Tiene qué? —volvió a preguntar Santi y nadie le respondió.

Luego Eva vio de nuevo el auto negro volver a toda prisa. El corazón se le desbocó. Capi se había olvidado de Santiago y volvía por él.

—¡Santi, Santi! —Ahora fue Majo la que gritó al verlo correr detrás del coche y subirse de un clavado, por la ventanilla. Huían.

y

s,
e
a
n
y
e
l
a

n
n
u
e

i
o
r
e

e
r
r
n
a
s,
e

i
n

o

l
n
l
ó
e
a
a

a

o

59

¿Cómo puede el amor de tu vida ser tu enemigo? Volvió Capi. Durante largo tiempo lo esperé. Una llamada, un mensaje una señal, un «te quiero o te extraño, Chaparra» desde su confinamiento. Sé que hasta el fin del mundo llegaría el eco d mi amor y de mis besos. Sé que hasta donde él estuviera, tendría un poco de mí y de mi deseo. Lo esperé. Tanto l esperé. Noches, madrugadas, insomnios y cada uno de mis pasos fue suyo. Cada respirar de mi pecho llevaba su nombre Cada decisión, por breve que fuera estaba regida por él, por su recuerdo, por el tono de su voz y el ritmo frenético de s tacto.

Volvió Capi. Sin embargo, volvió otro sin dejar de ser el mismo. ¿Cómo explicar en palabras lo que siento? ¿Cóm ocultar los latidos de mi corazón al verlo llegar, al escucharlo gritar mi nombre? Latidos de felicidad que al siguient instante se tornaron en desesperación, en rabia e impotencia. Capi el fuerte; Capi el enamorado; Capi el que no escucha Capi el atolondrado; el salvaje Capi. El noble pero impulsivo. El tierno pero con prisa. El Capi que no mide la consecuencias de sus actos. El infantil y arrogante. El niño que yo amé por sobre todas las cosas y personas, con tanto sentimientos encontrados como un laberinto de espejos. Mi Capi volvió porque me ama, porque soy suya y de nadie más como me gritó, sin entender que nunca fui suya ni de nadie más. Solo a mí y a mis frustraciones me pertenezco. Tampoc él ha sido mío más que mi silencio, más que el miedo y la rabia que ha despertado en mí. Capi es el pasado que m persigue para atarme a una falsa verdad: que el amor romántico se tiene que sufrir y una debe aguantar, abrazar es dolor con la misma pasión con la que espera la princesa ser rescatada. Capi volvió para herirme y ya no voy a tolerar e abuso. Ya no, no más. Ahora me pregunto: ¿Puede el amor de tu vida romperte el corazón?

59

¿Cómo puede el amor de tu vida ser tu enemigo? Volvió Capi. Durante largo tiempo lo esperé. Una llamada, un mensaje, una señal, un «te quiero o te extraño, Chaparra» desde su confinamiento. Sé que hasta el fin del mundo llegaría el eco de mi amor y de mis besos. Sé que hasta donde él estuviera, tendría un poco de mí y de mi deseo. Lo esperé. Tanto lo esperé. Noches, madrugadas, insomnios y cada uno de mis pasos fue suyo. Cada respirar de mi pecho llevaba su nombre. Cada decisión, por breve que fuera estaba regida por él, por su recuerdo, por el tono de su voz y el ritmo frenético de su tacto.

Volvió Capi. Sin embargo, volvió otro sin dejar de ser el mismo. ¿Cómo explicar en palabras lo que siento? ¿Cómo ocultar los latidos de mi corazón al verlo llegar, al escucharlo gritar mi nombre? Latidos de felicidad que al siguiente instante se tornaron en desesperación, en rabia e impotencia. Capi el fuerte; Capi el enamorado; Capi el que no escucha; Capi el atolondrado; el salvaje Capi. El noble pero impulsivo. El tierno pero con prisa. El Capi que no mide las consecuencias de sus actos. El infantil y arrogante. El niño que yo amé por sobre todas las cosas y personas, con tantos sentimientos encontrados como un laberinto de espejos. Mi Capi volvió porque me ama, porque soy suya y de nadie más, como me gritó, sin entender que nunca fui suya ni de nadie más. Solo a mí y a mis frustraciones me pertenezco. Tampoco él ha sido mío más que mi silencio, más que el miedo y la rabia que ha despertado en mí. Capi es el pasado que me persigue para atarme a una falsa verdad: que el amor romántico se tiene que sufrir y una debe aguantar, abrazar ese dolor con la misma pasión con la que espera la princesa ser rescatada. Capi volvió para herirme y ya no voy a tolerar el abuso. Ya no, no más. Ahora me pregunto: ¿Puede el amor de tu vida romperte el corazón?

60

Dos días después del «Gran Golpe», como ya le decían Eva y sus amigas a la reaparición de Capi, Eva se reunió con Karina Amador en su cubículo de la prepa. Todo parecía seguir igual desde la última vez que estuvo ahí: Eva notó que en el corcho había pegados, encima de los anteriores, más Post-it con mensajes de agradecimiento de las recién egresadas, en el perchero estaba un saco café que Eva siempre había visto ahí sin embargo, no tenía polvo. Eva también notó que Karina estaba más delgada y que sus ojos verdes resaltaban aún más por su envidiable bronceado.

Eva se sentó frente a Kari, era el descanso de las 11:30, así que el aire acondicionado apenas se sentía. La oficina estaba fresca y el perfume de la tutora de Eva llenaba los momentos de silencio entre ellas. Hablaron un poco de todo, las vacaciones, los nuevos retos del semestre que comenzaba, de Matemáticas y Robótica. Eva le platicó del primer trabajo de su vida: la galería de Mimí Mendoza, de la complicidad que había nacido entre ella y su *oma*. Cómo le había enseñado a armar rompecabezas, a ver cada pieza como un principio de realidad. De lo mucho que le había gustado Nueva York. Hasta que por fin llegaron a Capi y al video que Gustavo Cejudo hizo viral por venganza. Eva le habló de la expansión de los negocios de Cejudo en la Prepa Tec. Cayó en cuenta de que el video solo era una cortina de humo para distraer la atención de lo que realmente le interesaba al rival de Capi: la distribución de drogas.

Karina tomó notas de todo y entre las dos buscaron las redes sociales de Gustavo Cejudo. Guardaron una foto de él, y Karina le dijo a Eva que la ampliarían y distribuirían entre los profesores y alumnos del plantel.

—¿Qué es eso de el «Gran Golpe» del que todo mundo habla? —le preguntó a Eva y le vio la venda que le cruzaba la mano izquierda—. ¿Otra vez Joana Roca se cruzó en tu camino?

—El martes apareció Capi en mi casa y le dio una patada de giro a Max.

—¿Qué es una patada de giro? ¿Quién es Max?

—Es una patada de taekwondo y Max... —Eva titubeó un poco, de pronto no supo cómo denominarlo— Es un amigo.

—¿Solo un amigo?

—Creo que le gusto —puntualizó Eva, quien pensó que Kari parecía saberlo todo—. Fue una patada que pudo dejar graves consecuencias. Max es hemofílico, por lo que su sangre no coagula bien y cualquier golpe puede ser mortal...

—Sé lo que es la hemofilia. Efectivamente, cualquier golpe es mortal.

—Enseguida de que se fue Capi, le hablamos a una de sus mamás y...

—¿Cómo? ¿Tiene más de una mamá?

—Sí, tiene dos, una peruana y una argentina.

—Ah, caray —se impresionó Karina, pero lo disimuló.

—¿Y luego qué pasó?

—Rapidísimo llegó Killa, es la pintora a la que le organicé la exposición en la galería...

—Ah, ya veo, ¿ahí conociste a Max?

—No precisamente, pero es una larga historia.

—Okey, sáltatela. Luego me la cuentas.

—Te decía que Killa llegó rapidísimo, estaba muy asustada. Max no dejaba de sangrar de la nariz, de l boca. Todas nos llenamos de sangre. —Eva pudo ver en el rostro de Karina un gesto de dolor. Sigui hablando—. Dijo que no había tiempo que perder y lo subió a su camioneta. Yo me fui con ella. Paloma Majo se fueron en el coche de Paloma. Lo llevamos al hospital y la cosa se puso peor cuando llegó Silvina.

—¿Quién es Silvina?

—La otra mamá, la argentina. Estaba furiosa. Gritaba furiosa que qué quilombo, que hijos de la gran. no sé qué. Se espantó horrible al ver la camiseta de Max ensangretada y más sangre en mi pantalón y m blusa, en la ropa de Paloma y Majo. Gritó que en menos de una semana Max estaba dos veces en el hospital Luego me vio otra vez y creo que ató cabos...

—¡¿Qué hacés vos acá?!

—Nada, madre, Eva me trajo al hospital. Todo fue una confusión.

—Una confusión que casi te cuesta la vida. Killa, vos y yo quedamos en algo. Vos creés que soy un tarada ¿o qué? Bicho ya estaba bien, dos días más de reposo y ya estaba bien, ¡por favor!

—Madre, *mama* tampoco tiene la culpa, ya te dije que fue una confusión.

La voz de Max era gutural, hablaba con un trapo ensangrentado, pegado a la nariz y a la boca. El oj izquierdo, otra vez el ojo izquierdo comenzaba a hinchársele. Eva, Majo y Paloma solo escuchaban Estaban atónitas, cuando salió una enfermera y les dijo que el doctor Valero los recibiría en el quirófano.

—Ustedes no pueden entrar —les dijo a las tres cuando se levantaron de sus asientos—. Ustede tampoco, señoras.

—¡¿Vos me lo vas a impedir?! —gritó Silvina—. Yo voy con mi hijo hasta el fin del mundo si es preciso y entró con Max.

Mientras Eva le relataba a Karina lo sucedido, se tocaba la mano aun hinchada en los nudillos por e trancazo propinado a Capi. En ese momento pensó que lo volvería a hacer si fuera necesario. Se dijo qu fue un golpe en defensa propia.

—¡Qué horror, Eva! Qué feo lo que me cuentas, hasta siento que lo viví. ¿Cómo fue posible que Cap llegara a tanto? —le preguntó Karina—. Todo esto es aprendizaje, Eva, y debes poner atención en este tip de conductas violentas de aquellos que dicen que te aman, que el amor que no se sufre no es amor, que lo celos son amor —puntualizó Karina.

Después de que Eva visitó a Max todos los días en el hospital, poco a poco fue descubriendo l dinámica de esa familia homoparental; de ver la entereza con la que Max enfrentaba su enfermedad comenzó a ver que su fortaleza no estaba en sus músculos, sino en su voluntad y en su corazón.

El sábado al mediodía fue a verlo a su casa. Julia le comentó que lo correcto era que le llevara galletas «sin que sean compradas, esas no valen, tienen que ser hechas por ti», le dijo. Dana se ofreció a ayudarle «Pero sin huevo», pidió. Julia buscó en Pinterest una receta que se acomodara a los gustos de las dos encontró unos polvorones de nuez, tan sencillos que solo llevaban: harina, mantequilla, nuez y azúcar glas Toda la tarde del viernes estuvieron en la cocina, batiendo y horneando. Se les pasó la mano y salió un gran cantidad de polvorones, aunque la última tanda se les quemó.

—Hoy sí es día para ponerte ese pantalón de lino que echaste a perder —le dijo Julia a Eva el sábado e la mañana.

—No lo eché a perder, mamá. La sangre de Max vale más que ese pantalón. Además. ¿yo cómo iba saber? Me lo dices como si yo hubiera tenido la culpa de...

—Tienes razón —la interrumpió Julia—, tú no tienes la culpa de los arranques de ese idiota. Pero buenc ¿qué te vas a poner?, ¿quieres que te ayude? ¿Puede ser ese vestido? Julia señaló un vestido corto com playera tipo polo de LOB.

—¿No es demasiado? —opinó Eva—. Prefiero algo más cómodo.

—Ash, tus viejos jeans de siempre. —A esa hora Julia ya estaba lista para salir.

—Como los que tú traes, mamá...

—Pero yo no voy a una cita —la interrumpió Julia.

—¡Yo tampoco voy a una cita! Max es solo mi amigo. ¿No puedes entender que puede haber amista entre un niño y una niña?

—Ajá —respondió Julia y salió de la habitación de Eva. Antes de cruzar la puerta dijo—: Abre la ventanas, tu cuarto huele a perro.

a —¡Obvio! —gritó Eva y miró a los «coyotitos» correteando por todos lados.

ó Al final se puso los jeans de siempre y se apresuró a salir porque su mamá la llevaría. No tenía much yánimo de caminar, además el calor estaba seco y cerrado al mediodía. «Llegaré hecha una sopa y oliendo sope», se dijo Eva. También fue Dana con ellas, y no dejó de asomarse por todas las ventanillas de l camioneta, intentando ver lo que fuera de la casa de Max, al abrirse la puerta. Julia le dijo que volvía en un ..hora por ella o que la alcanzara en la tienda LOB de Chapultepec, como finalmente ocurrió.

i La recibieron Silvina y Killa, le ofrecieron algo de beber y le hablaban con una familiaridad que a Eva l l.gustó, aunque en el fondo no dejaba de sentirse un poco culpable por lo ocurrido. Por momentos sentía qu la situación la rebasaba y esperaba que, sobre todo Silvina, que se notaba que era más dura que una piedra le reclamara las heridas de su hijo. Subió al cuarto de Max y lo primero que vio fue a Runa echada en u cojín redondo sobre el escritorio. Max estaba recostado en la cama, Eva le volvió a ver el ojo pirata (sería l aprimero que Dana le preguntaría). Un poco nerviosa, sin saber por qué, Eva le dijo que no tenía much tiempo para quedarse, que tenía que reunirse con su mamá y su hermana en un ratito más, por lo que Ma la invitó a almorzar al día siguiente.

o —Es la comida de ustedes, pero nosotros le llamamos almuerzo —aclaró—. Mi madre hará un típic ı.asado argentino.

—Okey —atinó a responder Eva y quedaron para la una de la tarde.

s

El domingo Eva llegó con un pay de queso con fresas, «frutillas», le dijo Max, así se las llamaban e -Argentina. La primera en recibirla fue Runa, que salió de quién sabe dónde y comenzó a oler sus paso hasta el patio, donde una buganvilia chorreaba flores en la pared del fondo y hacía un marco de rumores la puerta del estudio de Killa, donde también había un añejo árbol de naranjas amargas que salpicaba s lsombra sobre el piso de mosaico talavera. Al centro estaba dispuesta una mesa con mantel de cuadrícul eroja y blanca y cuatro sillas, sobre la mesa había vasos, una botella de vino y cuatro copas, pero Eva sol tomaría agua.

i —¿Vos también hiciste la tarta? —le preguntó Max.

o —Sí, estuve toda la noche horneando, ah, pero antes fui a cortar las ¿frutillas? Al bosque —bromeó ella.

s —Se ve riquísima —intervino Killa y le ofreció una copa de vino.

—No, gracias, no puedo, prefiero refresco.

a —No tenemos, ¿agua, puede ser? —apuntó Silvina.

l, —Sí, está bien —respondió y trató de salir del ángulo visual de Runa.

—Baja esa gata de la mesa, Bicho —le dijo Silvina a Max y su hijo la llamó.

s, —Vení también, Eva.

:. Max estaba frente al asador, que se veía nuevo. En una de las tablas laterales había varios cortes d ycarne, ya con sal y pimienta. Carne gruesa aún con sangre que, seguramente Dana no habría querid s.probar, ni ver. Al llegar Eva a su lado, Max le dijo que estaba muy linda y Eva se ruborizó. Para es adomingo, sí se puso el vestido que su mamá le había sugerido el día anterior: tipo playera polo, largo hast medio muslo y bolsillos laterales.

ı —Gracias —dijo Eva y escuchó la música que Killa puso en su computadora: música típica peruana.

—El secreto de un buen asado consiste en el fuego —le aseguró Max—. Ve cómo arden los carbone acómo se consumen y se transforman. Tienen vida por última vez —le señaló—. Hay que regular la altura, l distancia entre la brasa y la carne también es muy importante.

), —¿El aire? —opinó Eva.

o —Claro —dijo Max—, el oxígeno es vital entre dos seres vivos.

—¿Aunque supongo que tampoco debe de haber demasiado oxígeno o la combustión no funciona? -

preguntó Eva y vibró su celular. Eva metió la mano en el bolsillo izquierdo de su vestido, apenas vio de quién se trataba, la ignoró. Era la enésima llamada de Capi desde el Gran Golpe y la primera del día. Eva la ignoró con cierta rabia, y siguió atenta a la voz de Max, a sus movimientos suaves. Frente al fuego, la piel de Max era más pálida, a Eva le pareció casi traslúcida. Pudo ver mejor sus tatuajes—. Muero de hambre —dijo dun poco nerviosa.

Killa y Silvina iban de aquí para allá, dándoles espacio. Llevaban la ensalada, el pan, una salsa mexicana sque Killa se inventó, que le quedó picosísima y nadie la pudo comer. Las empanadas con las que comenzaron las hizo Silvina. «Son de carne y de choclo con queso», le dijo a Eva, y al ver su cara de sorpresa le explicó que choclo en Argentina es maíz. Las madres de Max estaban radiantes, Eva era la oprimera chica que él invitaba a casa y ellas sentían que Eva le daba paz a su hijo, quien había insistido en aser el asador de ese domingo, sin importarle que aún le doliera el pie izquierdo y tuviera el ojo morado. No afueron necesarios puntos de sutura en la cara, con tres pequeños triángulos adhesivos fue suficiente. Más ade una vez Eva lo vio hacer un gesto de repudio al dolor, soportar de pie y bajo el sol que calaba como herida sin sosiego. Ella le preguntó si estaba bien. Max disimuló una sonrisa y le dijo con una gran efamiliaridad: «Sí, Cachorro, nunca me sentí mejor».

e Eva probó las empanadas, un poco de vacío y chorizo, la ensalada que, por simple, le encantó y le pidió ı,la receta a Silvina: «Solo lleva lechuga, tomate, cebolla, sal, pimienta, aceite de oliva y vinagre balsámico» nEva les dijo que a su hermana le encantaría. Probó la tarta de zapallito y los alfajores de dulce de leche oComieron y bebieron al ritmo del sol, entre las tres movieron varias veces la mesa buscando la sombra ohaciendo que Runa saltara de ella en cada movimiento. Max se acomidió a ayudarlas, pero no lo dejaron xcargar, y él no dejaba de pedirles a sus madres que ya no contaran más historias de familia que se reducían a anécdotas de él cuando niño, desde su nacimiento, el cual había sido con la marca de su mano en el rostro o«aún duerme así», dijo Killa; hasta su miedo a los payasos y a la oscuridad. «Al silencio que hay después de la oscuridad», puntualizó Max.

Al caer la tarde, en la sobremesa, antes de que la lluvia los alcanzara, y luego de que Killa fue por el café y el pay de fresa, Max le improvisó a Eva un pequeño ramo con las últimas tres flores de azahar del naranjo ıy se las prendió al cabello. Eva percibió su aroma, y Silvina cambió la música por enésima vez, puso un stango y Eva descubrió una feliz alerta en el rostro de Max, como quien espera un movimiento ya antes aacordado. Silvina, aún sin probar el pay, se terminó su expreso de un solo trago y le dijo a Killa que ıbailaran. Eva jamás había visto a dos mujeres bailar así, con un ritmo tan estrecho, que parecían una sola aKilla lucía un huipil mixteco blanco, adornado con bordados en hilo rojo y pequeños vivos en azul turquesa oy verde esmeralda; pájaros y venados, respectivamente. En cambio, Silvina, porteña de Boedo, se fajaba la camisa blanca en los jeans, y el cabello rubio, como el de Max, descansaba sobre sus hombros.

—El tango se llama *Volver* y es el favorito de mi *mama* —le murmuró Max a Eva, y le explicó los ocho pasos básicos del tango—. Mi madre me enseñó, desde pequeño bailaba con ella.

—*Qanwan tusuchiy, waway* —Killa le dijo a Max que la invitara a bailar.

—*Manan yachanchu* —Max le respondió en su lengua materna que Eva no sabía bailar tango.

—*Qanyá yachachiy, phuyuta sarushankichisman hina apay* —le aconsejó Killa y Eva preguntó intrigada.

—¿Qué dijo tu *mama*?

—Que te lleve entre mis brazos como si pisáramos nubes —le respondió a Eva y enseguida le dijo a su mamá—: *Paymi phuyu, paymi hanaq pacha, mamay*.

e —Y ahora ¿qué le dijiste?

o —Que tú eres las nubes y también el cielo —apuntó Max un poco sonrojado.

e —Español, por favor, hablen español —los reprendió Silvina.

a —¿Querés probar? —la invitó Max.

—¿¡Cómo crees!? Te voy a pisar.

—Dale, vamos —insistió él.

s, —¿En qué idioma hablaron? No entendí nada.

a —Es quechua, una lengua del Perú. De pequeño mi *mama* solo me hablaba en quechua y aprendí un poco —le contó Max—. Dale, vamos.

—¿Me enseñas?

—¿A bailar? Dale, vamos.

– —También, pero yo me refería al quechua, se oye tan diferente...

—Mirá que es redifícil. Pero también lo intentaremos, ahora a bailar, yo te digo cómo. Además, lleva aventaja por mi pie malo. Verás que no es complicado. —Max ya estaba de pie frente a ella. Eva se levantó y ese dejó llevar—. Juntá los tobillos, poné tu peso sobre la pierna derecha. Seguíme. Recta. Sentí la música. – Max le extendió los brazos y Eva sintió su mano estrechando su cintura y cómo se perdía «el oxígeno vita entre dos seres vivos»—. Sos tan linda —le murmuró Max al oído y Eva cerró los ojos. Se dejó llevar por e Príncipe de Roma.

—Mirá que es redifícil. Pero también lo intentaremos, ahora a bailar, yo te digo cómo. Además, llevas ventaja por mi pie malo. Verás que no es complicado. —Max ya estaba de pie frente a ella. Eva se levantó y se dejó llevar—. Juntá los tobillos, poné tu peso sobre la pierna derecha. Seguíme. Recta. Sentí la música. —Max le extendió los brazos y Eva sintió su mano estrechando su cintura y cómo se perdía «el oxígeno vital entre dos seres vivos»—. Sos tan linda —le murmuró Max al oído y Eva cerró los ojos. Se dejó llevar por el Príncipe de Roma.

61

Sueño que existo. Que soy yo por primera vez. Ayer en los brazos de Max volé. Confirmé que el ritmo del corazón es e
mismo que el azul del fuego. Que una familia como la suya es feliz como cualquiera, sin hipocresías ni doble
intenciones. En casa de Max me sentí más libre que nunca, liberada de prejuicios y segura. Parece que Max todo lo sabe
que adivina mis pensamientos, lo que me gusta o me disgusta. Como si mis silencios le hablaran más de mí que mi propi
voz. Como si leyera los movimientos de mi cuerpo o llevara la cuenta de mis parpadeos, «son el Código Morse de
inconsciente», me dijo. «¿Y qué callo cuando te miro?», le pregunté mientras bailábamos. Guardó silencio y sonrió
Suspiró. En cambio, tus suspiros son esas pequeñas burbujas de oxígeno que prenden la intensidad. Pensé en
responderle, pero no lo hice, me pareció atrevido. Mi libertad no me dio espacio para hacerlo soñar aún más.

Es inevitable compararlo con Capi. ¿Por qué siento esto que siento? Es una pregunta con obvia respuesta que no m
atrevo a decírmela, mucho menos a escribirla. Todavía siento las manos de Capi, el sabor de sus besos, la intensidad d
su mirada y se me confunden con las manos de Max y la dulzura de sus ojos. Quiero escuchar su voz como un augurio d
esperanzas, pero ¿cómo sacar a Capi de mi corazón? Ojalá fuera tan fácil como un abrir y cerrar de ojos. Como ponerse
un abrigo diferente y salir a la intemperie. ¿Puedo amar a dos chicos a la vez? ¿Es normal esto que creo que siento
¿Existo porque amo o porque me aman y me extrañan? Amar es la mayor de las añoranzas.

61

Sueño que existo. Que soy yo por primera vez. Ayer en los brazos de Max volé. Confirmé que el ritmo del corazón es el mismo que el azul del fuego. Que una familia como la suya es feliz como cualquiera, sin hipocresías ni dobles intenciones. En casa de Max me sentí más libre que nunca, liberada de prejuicios y segura. Parece que Max todo lo sabe, que adivina mis pensamientos, lo que me gusta o me disgusta. Como si mis silencios le hablaran más de mí que mi propia voz. Como si leyera los movimientos de mi cuerpo o llevara la cuenta de mis parpadeos, «son el Código Morse del inconsciente», me dijo. «¿Y qué callo cuando te miro?», le pregunté mientras bailábamos. Guardó silencio y sonrió. Suspiró. En cambio, tus suspiros son esas pequeñas burbujas de oxígeno que prenden la intensidad. Pensé en responderle, pero no lo hice, me pareció atrevido. Mi libertad no me dio espacio para hacerlo soñar aún más.

Es inevitable compararlo con Capi. ¿Por qué siento esto que siento? Es una pregunta con obvia respuesta que no me atrevo a decírmela, mucho menos a escribirla. Todavía siento las manos de Capi, el sabor de sus besos, la intensidad de su mirada y se me confunden con las manos de Max y la dulzura de sus ojos. Quiero escuchar su voz como un augurio de esperanzas, pero ¿cómo sacar a Capi de mi corazón? Ojalá fuera tan fácil como un abrir y cerrar de ojos. Como ponerse un abrigo diferente y salir a la intemperie. ¿Puedo amar a dos chicos a la vez? ¿Es normal esto que creo que siento? ¿Existo porque amo o porque me aman y me extrañan? Amar es la mayor de las añoranzas.

62

Un grito despavorido retumbó por toda la casa. Eva se preparaba para ir a la prepa. A medio vestir salió corriendo de su cuarto y en el camino se tropezó con la aspiradora que, una noche antes, Dana había usado para limpiar la tierra de una pequeña maceta que rompió. Julia estaba en Oaxaca y Otto aún no volvía de correr. El grito parecía un aullido de sangre, era como un *buscaprisas* que llegó hasta las orejas de Cala y la hizo aullar lentamente. Era Dana quien gritaba con todo el aire de sus pulmones. Estaba en su cama. Llovía.

—¿Qué pasa, Dana? —Eva entró al cuarto de golpe.

—¡Me estoy muriendo! —dramatizó y le mostró sangre en la palma de sus manos.

—¿Cómo? ¿Qué tienes? Dana, ¿estás bien?

—Creo que me bajó —dijo más calmada y un poco sonriente—. ¡Me bajó, ya me bajó! ¿Te das cuenta ¡Qué maravilla!

—¡Uuuf! No sabes lo que dices —afirmó Eva y se sentó a su lado en la cama—, es una lata esa «maravilla», prepárate para los cólicos y los imprevistos.

—¡Me bajó un mes antes de mi cumpleaños! —Dana no hacía caso a las palabras de Eva. El pantalón de pijama de Hello Kitty que había ganado bajo extorsión estaba manchado de sangre. También las sábanas, la almohada y todo lo que Dana había tocado en los últimos minutos—. Ahora ya soy una mujer adulta. Aún sin tetas, pero adulta —dijo con tono orgulloso.

—Ya eres una niña adulta con todo lo que eso conlleva, desde llevar la cuenta de tu periodo, los cólicos dolores de cabeza, en las tetas...

—¿Cuáles?, si apenas tengo —interrumpió Dana.

—Ya tendrás y verás cómo se hinchan y cómo duele hasta el menor roce. Ya podrás enamorarte, y eso también tiene sus *issues*, que no te correspondan o te rompan el corazón.

—No te preocupes, ya tengo experiencia en eso, recuerda que ya he tenido tres novios.

—Sí, recuerdo a tus novios —dijo Eva y suspiró resignada—. La regla también significa embarazos Dana.

—Claro, lo sé ni que fuera una niña, pero ahora ¿quién se embaraza sin quererlo?, solo una tonta, hay mil formas de evitar un embarazo —aseveró.

—No sabes ni lo que dices, no puedes generalizar, así como hay mil formas para evitarlo, hay mil formas para embarazarte. —Eva pensó de inmediato en Paloma, Dana no sabía que Pola estaba embarazada y no se lo iba a decir en ese momento.

—¡¿Mil formas?! Yo creí que solo había una...

—Sabes a qué me refiero: el engaño, las ilusiones, las esperanzas...

—La violación y un largo etcétera, ya sé, Eva. Me hablas como si hubiera nacido ayer.

—Tú lo has dicho: ayer naciste a la vida adulta. Pero yo seré tu guía. ¿Qué es eso? —Eva preguntó por la Polaroid que estaba al lado de Dana y que los últimos días era su juguete inseparable.

—Es la Polaroid.

—Ya sé. Es decir, ¿qué haces con ella?

—Documentando el momento, mira. —Dana le mostró sus últimas instantáneas y Eva vio las sábanas ensangrentadas.

—¡Dana, qué asco!

—¿Asco? Es lo más natural del mundo.

—Sí, pero a eso no se le toma foto.

—¿Por qué? Si es lo más natural del mundo, tú lo has dicho.

—Se llama intimidad. Cuando vas al baño cierras la puerta, ¿no? Todo mundo va al baño y todo mundo cierra la puerta. Eso es intimidad. Hacemos lo que todos hacen, pero cada quien lo hace distinto.

—¿Tú haces popó de pie?

—Dana, contigo no se puede, y bien sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé, solo te estoy molestando. Pero ¿cómo voy a saber cuándo me va a bajar? —preguntó como pensando en voz alta y continuó—: Ah, ya sé, leí en algún sitio que cuando hay dos mujeres en la casa, sus reglas se sincronizan, entonces, cuando a ti te baje, me bajará a mí, y tú me avisarás: «Dana, ya nos va a bajar». Es más, qué tal que nos sincronizamos con mi mamá. A ella no se le escapa nada, porque a ti, Eva. —concluyó Dana.

—Al paso que vamos, quién sabe si acabemos el año juntos...

—¡¿Qué?! ¿Tú crees que papá y mamá...? —Dana hizo un movimiento con la diestra ensangrentada como si se cortara el cuello.

—Mi mamá solo iba a ver a una comunidad de tejedoras, lo que representaba un viaje de ida y vuelta; sin embargo, se quedará allá toda la semana. Ayer mi papá me lo dijo.

—¿Te dijo que se van a divorciar?

—No, que mamá se va a tomar unos días para ella.

—Eso me huele mal.

El cuarto de Dana estaba en penumbras. Sobre la cabecera colgaba un póster de One Direction, el cual tenía sus horas contadas, así como el librero con muñecas y las paredes pintadas de rosa. Dana estaba sentada en la cama, con las piernas dobladas haciendo casita. Eva vio venir a Cala, aún estaba gorda y un poco desastrada. Se dirigió a ellas y justo al llegar a la cama, Eva vio que algo se movía rápido debajo de la sábana, luego un chillido. Afuera la lluvia tocaba las ventanas con un ritmo casi musical. Dana sonrió.

—Lo que huele mal es tu cuarto, Dana, huele a perro —dijo Eva y removió la sábana, Ricardo Rubén estaba debajo—. Cala viene por su hijo.

—Es que me dolía la panza en la noche. Yo creí que habían sido las quesadillas y como no quería morir sola, Ricardo Rubén se vino conmigo.

—Viste, Ricardo Rubén se hizo pipí en tu cama. Lo que nos faltaba —reclamó Eva.

Después de recibir las caricias de Eva y de Dana, Cala cogió entre sus fauces a su cachorro y se fue por donde había llegado. Momento justo en el que Eva vio el celular de Dana, eran las 6:57. Otra vez se le había hecho tarde para la prepa.

La clase de las once era la favorita de Eva. Si no entendía de números o de fórmulas, sí de palabras y emociones. Sentía que el día valía la pena para estar frente al profesor Galindo escuchando de libros y de versos. Esperaba con ansia que llegara la hora de Literatura. Eva recordó que no había visto a Galo desde la semana pasada, cuando Cejudo publicó el video de su ataque epiléptico. Había pasado menos de una semana y parecía que fue el semestre anterior, otros tantos videos habían opacado el suyo, por candentes y explícitos. El *sexting* de una chica de primer semestre, que ya no quiso regresar a la prepa, puso a todo mundo de cabeza.

—¡Despierten, chicos! ¿Ya desayunaron? —les dijo Galo mientras abría su computadora y les proyectaba unas imágenes: fotos en sepia de hombres bien trajeados.

—¡Sí! —gritaron algunos y fueron pocos los que dijeron que no.

—Ellos son los Contemporáneos, ensayistas, novelistas, cronistas, pero, sobre todo, poetas. Lo nombres de algunos de ellos son: Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Carlos Pellicer, Jorge Cuesta, Jaime aTorres Bodet, José Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano y Elías Nandino. Se les llamó así porque todos publicaban en una revista llamada *Contemporáneos* de 1928. —Galo recorría el salón en zigzag y veía entre las sillas de colores, mal organizadas, las pantallas de las computadoras de sus alumnos y con el control remoto cambiaba las imágenes del pizarrón con fotos de cada escritor, así como las portadas de sus sprincipales libros—. En su tiempo, un poco después de la Revolución mexicana, cuando México reconstruía su nacionalismo, entre otras cosas, con las obras de Diego Rivera, Siqueiros y ¿cuál es el tercer pintor que me falta? —preguntó.

—José Clemente Orozco —respondió Brenda Fletes.

—Exacto. Por cierto, quien vaya al Hospicio Cabañas y me traiga un ensayo sobre El Hombre de Fuego tendrá un punto extra. Pues bien, a los Contemporáneos se les acusó de extranjerizantes, por la influencia ode autores franceses e ingleses en sus letras. ¿Saben qué contestó a esto Ortiz de Montellano?

—¡No! —gritaron en coro.

—«Queremos escribir la palabra *México* con una pluma fuente de tinta universal».

—Una pregunta —Majo levantó la mano—. ¿Por qué todos hombres?

o —Son como el Club de Toby, ¿verdad? ¿Saben cuándo comenzó a votar la mujer en México? —preguntó sGalo y al notar el silencio de todos, respondió—. El 17 de octubre de 1953 la mujer tuvo personalidad ajurídica en este país, antes eran los hombres de la familia los que decidían todo por ellas. Pero eso no quiere ..decir que no hubo grandes mujeres, un ejemplo es Antonieta Rivas Mercado, mecenas de músicos y poetas de políticos y gente de teatro, ella fue amiga de los Contemporáneos y se puede decir que ayudó mucho en su formación —concluyó.

o Al final de la clase, había dejado de llover. El cielo era un mar en calma y al rozar el mediodía la temperatura comenzó a subir. Eva se quitó su chamarra de mezclilla, la hizo bola y la guardó en su mochila ı,Eva pensó que Majo la esperaba, pero en realidad aguardaba por Santiago que hablaba con Galo.

—¿Qué sabes de Capi? —alcanzó a oír Eva y aguzó el oído.

—Nada, ¿por qué? —respondió Santi un poco nervioso o desconcertado porque no esperaba que Galo le preguntara por él.

—Por nada, es que he escuchado rumores.

l —¿Rumores? ¿De qué? —Ahora el intrigado era Santiago. Capi le había prohibido que dijera algo de él ani que había regresado ni dónde vivía. A nadie.

n —Nada importante, no te preocupes —respondió Galo sin creerse del todo la respuesta de Santi—. Si le aves, salúdamelo —le dijo y se despidió.

Los tres salieron del salón y se fueron a su siguiente clase. Ahí llegó Paloma y Eva se sintió aliviada ıCuando alguna de sus dos amigas no estaba con ella en la prepa, Eva se sentía insegura y un sentimiento de abandono la dominaba. Al salir de Ética, la última clase del día, Paloma les dijo que Guilli estaba en la rcafetería del campus, que había ido para decirle que ya tenía el contacto de Joana Roca, y Majo le respondió que hubiera sido más fácil buscarlo por alguna amiga en común del Ciencias. Paloma la interrumpió diciéndole que sí, pero que ella lo había hecho así para que Guilli fuera al hotel NH a buscar de rnuevo al papá de Joana.

a —¿Se atrevió a pedirle el número de su hija? —preguntó Eva.

—No, yo lo conseguí por otro lado, pero sí se atrevió a pedirle trabajo. Creéme, baby, eso urge más. Por eso está aquí, no tenía dinero para ponerle crédito a su celular y vino a decirme lo del trabajo. También ydesayunar, el pobre no ha comido desde ayer.

e —Pudiste comprarle tiempo aire en el Oxxo —opinó Majo.

a —Sí, si hubiera sabido, pero le dio pena decírmelo, pedirme dinero. Hasta que lo vi llegar con su carita ade hambre caí en cuenta. Hoy a las tres tiene cita con el chef, de aquí nos vamos volados para el NH.

y Las tres estaban de pie en el patio del Güich. Había charcos alrededor de ellas, en los cuales sus cuerpos ose alargaban ondulantes entre el vapor que el calor del mediodía había sembrado en el suelo. Las tres cruzaron el estacionamiento que dividía la prepa de la universidad y justo antes de llegar, una notificación acimbró el celular de Eva: era de Capi.

—¿Malas noticias? —preguntó Pola al ver la cara de su amiga.

—Es un WhatsApp de Capi, miren —les dijo y leyó en voz alta—. «Eva es tu última oportunidad sResponde. Necesito hablar contigo». Es el enésimo mensaje o llamada que me manda, y simplemente no me einteresa.

s —¡Qué descaro! —opinó Majo.

e —Mándalo por un tubo. ¿Qué se cree? —dijo Paloma

l —Exacto, ¿qué se cree? —repitió Eva y continuó—: Y Santi, ¿dónde se quedó? No me di cuenta cuándo sse fue. Ni se despidió.

a —Me dijo que tenía prisa, que se le iba el último aventón o algo así.

e Acababa Majo de responderle a Eva cuando llegaron a la cafetería del campus y en una de las mesas ya estaba esperando Guilli, se había comido dos Subway de los grandes. Apenas se saludaron cuando ya estaban despidiéndose. Paloma les ofreció llevarlas, pero Majo le respondió que ella también tenía una cita oa las tres con Karina. Eva le agradeció y le dijo que Nabor estaría por llegar en cualquier momento.

a —Más tarde te cuento, baby, necesitamos ese trabajo sí o sí. El último día de julio fue mi último día en Starbucks, la verdad ya estaba harta y, desde que Guilli se fue, no hacía más que renegar —le dijo un poco en secreto y se despidieron.

Eva y Majo los vieron marcharse de la mano. Paloma y Guilli cruzaron entre los autos de estacionamiento y las copas de los árboles les alfombraban el camino con sus amplias sombras. Mochila a óhombro, Eva y Majo caminaron por la banqueta hacia la salida y fue ahí, al final de esa vereda y bajo el sol dde las dos de la tarde cuando Eva vio a Capi: jeans deslavados y camisa blanca remangada, lentes oscuros y ecabello con gel, a diez metros de distancia. Santiago estaba a su lado. Eva no lo quiso evitar. ¿Para dónde s,huir? ¿Por qué correr? Decidió enfrentarlo.

n —Chaparra, por favor, tengo un mes buscándote.

—¿Un mes? Apenas hace diez días que sé de ti y solo llegaste a pelear.

a —No, no llegué a pelear, llegué para verte y estabas con alguien, con ese imbécil que no sé de dónde ı.salió —después de decir imbécil, Capi supo que no debió de usar esa palabra.

—Max es mi amigo y no es ningún imbécil. El imbécil eres tú.

—Está bien, no sé si es imbécil porque ni lo conozco ni me interesa, a mí solo me interesas tú, te lo easeguro —imploró Capi y trató de tomarla del brazo.

—¡Suéltame! —le dijo Eva y sintió que el corazón se le incendiaba.

—¡¿Qué haces tú aquí, Santi?! Creí que se te iba el último aventón —le reprochó Majo entre las voces de l:Eva y Capi—. ¡¿Cómo es posible que me mientas?!

—No, no te mentí, mi aventón era Capi, vino por mí y...

o —Y tú eres como su perro faldero que brinca cada que él llama...

—¿Qué te pasa, Majo? Parece que todas se han vuelto locas —interrumpió Capi.

ı. —¡Exacto! —gritó Eva furiosa—. Estamos locas por niños como tú y como este: violentos y mentirosos ePatanes que creen que una siempre está a su disposición. ¡Se acabó, Capi! ¿Me oíste, Capi? Se acabó aVámonos, Majo.

e —No, no, no, Eva, espera, a mí realmente estos me importan un pepino, yo vine por ti —gritó Capi y acaminó detrás de ella sin atreverse a tocarla. Dejó a Santiago y a Majo en su propia pelea.

e En ese momento timbró su celular y Eva creyó que era Nabor que estaba en la puerta. Se sintió aliviada sin embargo, era su papá, le dijo que Nabor no podría recogerla, que le pidiera aventón a Paloma o tomara un Uber que la llevara a su oficina. Ese día comerían Dana y ella con él.

r —Demonios —maldijo Eva y pateó el suelo. Camino más rápido.

a —Chaparra, yo te llevo. No te vayas. ¡Escúchame! ¡Tengo derecho a que me escuches!

—¡No quiero escuchar nada que venga de ti! —le gritó Eva apenas volteando hacia atrás. Luego se detuvo y le dijo—: Un golpe en la cara dice más que mil palabras y tú ya las dijiste todas.

a —No fue mi intención, te lo juro —imploraba Capi—. ¿Crees que es muy fácil andar huyendo por todo el país, regresar y encontrarme con que mi novia ya sale con otro...? Además, el que recibió el golpe en la cara sfui yo.

s —¿Tu novia? —gritó Eva—. Te desapareces, no respondes mis llamadas ni mis mensajes, no sé nada de ıti. ¡Nada! ¡Y todavía dices «mi novia»!

—Sí, mi NOVIA, así, ¡con mayúsculas! —gritó Capi—. Apenas me fui hace uno o dos meses y ya me olvidaste, ya no sé de ti y me dejas en la banca —vociferó.

—Mira, Capi —en tres pasos, ya estaban frente a frente—, tú fuiste quien huyó, tú fuiste quien dejó de responder mensajes, tú fuiste quien mintió con un viaje a Australia...

—Perdí mi pasaporte. En el cateo de mi casa la policía se llevó mi pasaporte —la interrumpió Capi en su defensa—, y no podía salir del país con un maletín lleno de dinero ¿qué querías que hiciera con todo ese dinero, eh?

—Desaparecer. Eso fue lo que hiciste y te salió muy bien —le dijo Eva y dio media vuelta.

Capi se fue detrás de ella y al ver que no la alcanzaba, que Eva cruzaba la entrada del Tec, fue por su coche. Majo y Santiago seguían discutiendo, ella lloraba como nunca y Santi trataba de consolarla. El auto de Capi era un March negro. Se fue al lado de Eva, le pedía que subiera al auto y lo escuchara. Eva caminó acada vez más rápido, bajo el sol de un día que parecía no tener fin. Vibró su celular, era su papá que le apreguntaba si ya iba en camino. Eva pidió un Uber y la aplicación le dijo que llegaría en cinco minutos.

—Sube, Chaparra —insistía Capi más calmado, y conducía a su lado—. El sol está bravísimo.

Eva siguió caminando, comenzaba a sudar y la mochila le pesaba. No dejaba de ver su celular, de seguir ola ruta del Uber, hasta que por fin se detuvo bajo la sombra de un árbol a esperarlo. Capi se estacionó unos metros más adelante. Esperó tres minutos, cinco. Vio por el espejo retrovisor que Eva contestaba una llamada, era Otto que la apuraba. Eva mintió y le dijo que ya iba en el Uber. Cinco minutos después, el auto no llegaba y Eva se desesperó aún más; según el mapa, el Versa verde ya estaba ahí por ella, pero en la calle solo estaban ella y Capi. Le llamó al conductor y el tipo le dijo que cómo era posible que le llamara si ya estaba arriba de su auto.

—¡Demonios! —gritó Eva y canceló el servicio, Capi se echó en reversa.

—Te llevo. Estás en mitad de la nada. —Efectivamente, Eva estaba afuera del panteón Recinto de la Paz en plena avenida de cuatro carriles, con una gasolinera en la esquina y sembradíos de maíz en la otra. El sol la miraba con su ojo de fuego—. Te juro, Chaparra, que no abriré la boca —dijo Capi y se bajó a abrirle la puerta del coche.

Eva lo pensó unos segundos más, se le llenaron los ojos de lágrimas por tanta impotencia y, antes de que se le derramaran, se limpió el coraje con el dorso de la mano. Subió al auto y Capi sintió que le volvía el alma al cuerpo. Respiró hondo y arrancó.

—Vamos al despacho de mi papá —apuntó Eva sin verlo a la cara—. Es en Lomas del Valle, por la prepa Femenil —Eva bajó el vidrio de su ventanilla, el olor de Capi inundaba el habitáculo del coche y Eva sintió que los recuerdos la asfixiaban. Él apagó la música y el silencio fue otro monstruo que la jaló al pasado. Capi estaba nervioso, sudaba, sentía que Eva podía escuchar su respiración, el silencio amplifica los sentidos, y su corazón latía con fuerza—. ¿Por qué quitaste la música? —le reclamó Eva.

—Okey —respondió Capi aliviado y encendió de nuevo la música. Sonó Chet Faker con una versión acustica de «*I'm Into You»,* como si todo lo hubiera planeado—. No he podido olvidarte, Chaparra —volvió Capi a la carga y Eva sintió que cada palabra era un puñal que se le hundía en el pecho—. Me fui huyendo de tu casa y vuelvo porque te quiero, pero también porque quiero protegerte...

—¿Protegerme de qué? —preguntó Eva con tono molesto.

—De Cejudo, ya me dijo Santi del video de hace unos días. Ese miserable... —dijo Capi y apretó el volante con ambas manos, como si fuera el cuello de Gustavo Cejudo.

—Te lo agradezco, pero yo puedo cuidarme sola —su tono fue un tanto irónico.

—Sí, me queda claro —dijo Capi, y se tocó la mejilla como quien recibe un golpe—. Tienes buenos puños, Chaparra, el otro día casi me descuentas.

—Mentira, apenas te pegué, solo quería defenderme.

—Por eso digo, casi me descuentas. Pero yo soy más rápido que tú, siempre seré más rápido —concluyó Capi.

—También en eso te equivocas, ¿quién ganó la carrera de cien metros planos el año pasado? Solo bastaron doce segundos para dejarte fuera.

—Okey. Me venciste, pero no será tan fácil con Cejudo, por eso estoy aquí.

—Puedo cuidarme sola. Además, ¿ese tipo no tiene más nada de mí o sí?

—Sí, nada, nada, ¿o qué insinúas? —El tráfico por el museo Trompo Mágico era intenso y, sobre sus últimas palabras, Capi supo que tenía que meter reversa, cambiar el tema o todo se lo llevaría el demonio— Estoy aquí por ti. Porque te quiero y te necesito. No he podido olvidarte. —avanzó y metió cuarta.

Eva no dijo nada, calibraba cada palabra de Capi, cada movimiento y cada gesto. Por fin cruzaron

Periférico y sobre avenida Acueducto, al pasar a quinta, Capi rozó la pierna de Eva. Ella la retiró y revisó su celular. Le respondió a su papá diciéndole que llegaba en diez minutos.

—¿En dónde estuviste todo este tiempo?

—En Tijuana, en casa de mi tía Mawi Valenzuela. Solo ella me abrió las puertas de su casa después de aquello. —Capi no se atrevió a mencionar el atentado contra su padre—. Supe lo que es tener una familia. Tuve dos «hermanos», Dany y Annelle. Conocí la frontera. La migración. Vi la desesperanza de la gente por querer cruzar al otro lado, los malditos coyotes. Vi el infierno de la desesperación y de la duda, esa franja de territorio que es de todos y de nadie, donde el miedo es el primero y el último enemigo a vencer, el más poderoso —Capi hablaba como para sí mismo y Eva solo escuchaba y miraba al frente.

—¿Tú qué hacías en esos sitios? Una cosa es ir a Tijuana y otra es andar metido con coyotes y esa gente.

—Uno hace lo que sea para sobrevivir.

—Lo siento, no sabía que la habías pasado tan mal —le dijo Eva y vio su celular.

La música parecía cruzar la línea de la nostalgia, y el olor de Capi penetró más hondo en los pliegues de su corazón. «Parece que el tiempo no hubiera pasado», pensó Eva. «¿Esta será una nueva normalidad?», se preguntó y subió la ventanilla. Hasta ese momento percibió el olor a cigarro que poco a poco se fue atenuando porque Capi aumentó el aire acondicionado. Él sintió que ya estaba del otro lado.

—Y aún no te he contado nada, Chaparra —dijo Capi más seguro de sí.

Por fin, a dos calles del despacho de Otto, Capi se encontró con el tráfico de la Prepa Femenil, y en una bocacalle una Kia blanca se le atravesó. Tuvo que frenar de golpe y ni Eva ni él evitaron irse de bruces contra el parabrisas. Estuvieron a punto de chocar. Eva soltó su celular, que rebotó en el piso del coche.

—¡Qué susto! —dijo y bajó la mano para buscarlo. Se encontró con una pistola, que se deslizó de debajo de su asiento—. ¿Y esto? —Eva empuñó de nuevo la misma arma con la que se había hecho una foto en casa de Capi.

—Es para mi protección.

—Estás paranoico, Capi. ¡Qué horror! Sigues siendo el mismo —Eva dejó el arma sobre el tablero del coche, tomó su celular, su mochila y salió.

—¡Es para mi protección, Eva!

Pero el portazo fue tan fuerte que ella no lo escuchó y Capi vio, varado en el tráfico, que se alejaba rápidamente entre los coches.

Periférico y sobre avenida Acueducto, al pasar a quinta, Capi rozó la pierna de Eva. Ella la retiró y revisó su celular. Le respondió a su papá diciéndole que llegaba en diez minutos.

—¿En dónde estuviste todo este tiempo?

—En Tijuana, en casa de mi tía Mawi Valenzuela. Solo ella me abrió las puertas de su casa después de aquello. —Capi no se atrevió a mencionar el atentado contra su padre—. Supe lo que es tener una familia. Tuve dos «hermanos», Dany y Annelle. Conocí la frontera. La migración. Vi la desesperanza de la gente por querer cruzar al otro lado, los malditos coyotes. Vi el infierno de la desesperación y de la duda, esa franja de territorio que es de todos y de nadie, donde el miedo es el primero y el último enemigo a vencer, el más poderoso —Capi hablaba como para sí mismo y Eva solo escuchaba y miraba al frente.

—¿Tú qué hacías en esos sitios? Una cosa es ir a Tijuana y otra es andar metido con coyotes y esa gente.

—Uno hace lo que sea para sobrevivir.

—Lo siento, no sabía que la habías pasado tan mal —le dijo Eva y vio su celular.

La música parecía cruzar la línea de la nostalgia, y el olor de Capi penetró más hondo en los pliegues de su corazón. «Parece que el tiempo no hubiera pasado», pensó Eva. «¿Esta será una nueva normalidad?», se preguntó y subió la ventanilla. Hasta ese momento percibió el olor a cigarro que poco a poco se fue atenuando porque Capi aumentó el aire acondicionado. Él sintió que ya estaba del otro lado.

—Y aún no te he contado nada, Chaparra —dijo Capi más seguro de sí.

Por fin, a dos calles del despacho de Otto, Capi se encontró con el tráfico de la Prepa Femenil, y en una bocacalle una Kia blanca se le atravesó. Tuvo que frenar de golpe y ni Eva ni él evitaron irse de bruces contra el parabrisas. Estuvieron a punto de chocar. Eva soltó su celular, que rebotó en el piso del coche.

—¡Qué susto! —dijo y bajó la mano para buscarlo. Se encontró con una pistola, que se deslizó de debajo de su asiento—. ¿Y esto? —Eva empuñó de nuevo la misma arma con la que se había hecho una foto en casa de Capi.

—Es para mi protección.

—Estás paranoico, Capi. ¡Qué horror! Sigues siendo el mismo —Eva dejó el arma sobre el tablero del coche, tomó su celular, su mochila y salió.

—¡Es para mi protección, Eva!

Pero el portazo fue tan fuerte que ella no lo escuchó y Capi vio, varado en el tráfico, que se alejaba rápidamente entre los coches.

63

Otto y sus hijas comieron en La Docena de Andares, un lugar especializado en mariscos, ya que Dana seguía sin comer carne. Otto les dijo que era un día para celebrar y pidió una botella de vino blanco y tres copas. Como el restaurante era de terraza por donde veían pasar a la gente, lo que pudo haber sido una celebración íntima, se convirtió en un desfile de amigos que se encontraban y pasaban a saludar. Situación que Eva detestaba, «no hay intimidad», pensó. «Estar de *saludator* les encanta a papá y a mamá».

—Brindo por la nueva señorita que tengo a mi lado —dijo Otto cuando llegó al centro un plato de ostiones que aún se movían en su concha.

—Papá, yo no puedo beber —dijo Eva en voz baja.

—Solo un trago o dos, no pasa nada. Es un día para celebrar. ¿Recuerdas cómo celebramos tu primer periodo?

—Yo no recuerdo —dijo Dana sin quitarle la vista a los ostiones. Sacó su Polaroid.

—Sí, lo recuerdo, con un gran ramo de rosas rojas que me regalaste.

—Hubiera preferido las rosas a estas cosas que aún se mueven —farfulló Dana—. Mira, papá, me están viendo. Ay no, qué asco —comentó y tomó una foto.

—Son ostiones en su tinta. ¿Me parece? —rio Otto—. Mejor házles un video.

—De ahora en adelante prefiero escribir con lápiz —dijo Dana.

—A ver —Otto se aclaró la garganta—, no quieres comer carne, tampoco pescado porque tiene espinas, tampoco leche porque es de vaca...

—No, leche y queso, sí, ya decidí que no seré vegana, pero esos animalitos aún están vivos, es como comernos un feto de algo —puntualizó, y Eva se enderezó en su asiento. Recordó a Paloma y su gran secreto que no podría ocultar durante mucho tiempo más.

—Dana, qué horrores dices, ¿cómo se te ocurre comer un feto de algo? —dijo Eva, evidentemente irritada.

—Uy, perdón, creí que la celebración era por mí.

—Sí, pero eso no te da derecho a decir asquerosidades o burradas en la mesa, solo falta que saques las fotos de tu primera regla y se la muestres a la gente que pasa.

—¡Niñas! No peleen, aquí no pasa nada, ni esto es un feto ni tú tienes derecho a hablarle así a tu hermana —le dijo Otto a Eva—, ¿qué te pasa? Desde que llegaste estás como... ¿Cómo dirías? ¡Como perro sin cola en el espacio!

—Está como perro sin dueño y así está desde que Capi se fue —atinó Dana el golpe que Eva esquivó

guardando silencio, pero con miradas de espina de rosal.

—¿Pasa algo, Eva, todo bien con el Uber que te llevó a mi oficina?

—Uy, Eva tiene una suerte con Uber, qué no sabes —dijo Dana como si supiera más de la cuenta.

—¡Mejor cállate! —estalló Eva y en ese momento llegó el mesero a tomar la orden.

—¡Eva! Pídele perdón a tu hermana.

—¿Desean ordenar? ¿Les sirvo algo más de beber? Como segundo plato recomendamos... —dijo e mesero y poco a poco fue bajando la voz hasta apagarla al ver las miradas de Eva y Dana, que casi l fulminaban—. Bien, vuelvo enseguida.

—Eva, no continuaremos comiendo si no le pides perdón a tu hermana.

Pasaron algunos segundos, tiempo suficiente para que Eva repasara los últimos minutos. La pelea co Capi, sus palabras, su olor, su sonrisa. Luego vio el mantel de la mesa, el color del piso. Levantó la vist hacia la calle y alcanzó a ver el cielo plúmbago que le recordó a Max. «¿Qué carajos tiene que ver Max co el cielo?», se preguntó y por fin enfrentó la mirada desafiante de su hermana.

—Perdón —dijo al fin.

—Perdón, señorita Dana —corrigió Otto y Eva no pudo aguantar la risa.

—Perdón, nueva señorita Dana —repitió Eva imitando la voz de su papá al decir «nueva», y amba hermanas soltaron una carcajada.

—Par de locas —dijo Otto y rio con ellas. Volvieron a brindar.

—Ya, ya, papá —le dijo Dana cuando Otto servía vino en la copa de Eva—, porque hay de locas a locas.

—Cuando veamos una peli de miedo, verás si esta loca te deja dormir con ella, ¿eh? —dijo Eva y le guiñ un ojo a su hermana. Se cogieron de la mano debajo de la mesa y Dana hizo una instantánea de ellas do juntas.

Después de comer tostadas de atún, pulpo a las brasas y camarones gigantes al perejil, Otto les dijo qu pasaría la tarde con ellas y que en la noche él haría la cena y verían una película de sus tiempos: *Karate Kid* «¿Mamá y tú se van a divorciar?», preguntó Dana, ignorando el plan que su papá les acababa de decir. L respuesta quedó en el aire, en ese momento pasó Pedro Farías y se detuvo a saludar. La atención de Dana s desvió a los tatuajes que Pedro tenía en todo el cuerpo y le pidió que se descubriera «tantito más» el pech y los brazos para tomarle fotos con su cámara. Eva de inmediato recordó los tatuajes de Max.

Al salir del restaurante, Eva le dijo a su papá que fueran a la librería Gonvill a comprar un libro que s profesor de literatura les había dejado de tarea: *A la sombra del ángel* de Kathryn S. Blair, la biografía d Antonieta Rivas Mercado. En la librería, Eva recibió seis WhatsApp de Paloma.

guardando silencio, pero con miradas de espina de rosal.

—¿Pasa algo, Eva, todo bien con el Uber que te llevó a mi oficina?

—Uy, Eva tiene una suerte con Uber, qué no sabes —dijo Dana como si supiera más de la cuenta.

—¡Mejor cállate! —estalló Eva y en ese momento llegó el mesero a tomar la orden.

—¡Eva! Pídele perdón a tu hermana.

—¿Desean ordenar? ¿Les sirvo algo más de beber? Como segundo plato recomendamos... —dijo el mesero y poco a poco fue bajando la voz hasta apagarla al ver las miradas de Eva y Dana, que casi lo fulminaban—. Bien, vuelvo enseguida.

—Eva, no continuaremos comiendo si no le pides perdón a tu hermana.

Pasaron algunos segundos, tiempo suficiente para que Eva repasara los últimos minutos. La pelea con Capi, sus palabras, su olor, su sonrisa. Luego vio el mantel de la mesa, el color del piso. Levantó la vista hacia la calle y alcanzó a ver el cielo plúmbago que le recordó a Max. «¿Qué carajos tiene que ver Max con el cielo?», se preguntó y por fin enfrentó la mirada desafiante de su hermana.

—Perdón —dijo al fin.

—Perdón, señorita Dana —corrigió Otto y Eva no pudo aguantar la risa.

—Perdón, nueva señorita Dana —repitió Eva imitando la voz de su papá al decir «nueva», y ambas hermanas soltaron una carcajada.

—Par de locas —dijo Otto y rio con ellas. Volvieron a brindar.

—Ya, ya, papá —le dijo Dana cuando Otto servía vino en la copa de Eva—, porque hay de locas a locas.

—Cuando veamos una peli de miedo, verás si esta loca te deja dormir con ella, ¿eh? —dijo Eva y le guiñó un ojo a su hermana. Se cogieron de la mano debajo de la mesa y Dana hizo una instantánea de ellas dos juntas.

Después de comer tostadas de atún, pulpo a las brasas y camarones gigantes al perejil, Otto les dijo que pasaría la tarde con ellas y que en la noche él haría la cena y verían una película de sus tiempos: *Karate Kid*. «¿Mamá y tú se van a divorciar?», preguntó Dana, ignorando el plan que su papá les acababa de decir. La respuesta quedó en el aire, en ese momento pasó Pedro Farías y se detuvo a saludar. La atención de Dana se desvió a los tatuajes que Pedro tenía en todo el cuerpo y le pidió que se descubriera «tantito más» el pecho y los brazos para tomarle fotos con su cámara. Eva de inmediato recordó los tatuajes de Max.

Al salir del restaurante, Eva le dijo a su papá que fueran a la librería Gonvill a comprar un libro que su profesor de literatura les había dejado de tarea: *A la sombra del ángel* de Kathryn S. Blair, la biografía de Antonieta Rivas Mercado. En la librería, Eva recibió seis WhatsApp de Paloma.

64

Toda la tarde y noche, Eva y Paloma se enviarían mensajes. Primero, Pola le contó cómo le había ido a Guilli en su cita de trabajo. Le fue bien, no solo conversó con el chef del hotel NH Punto Sao Paulo, el jefe de la cocina le pidió que preparara su mejor platillo y Guilli hizo sus famosas hamburguesas, con la carne rellena de queso roquefort y el pan calentado al vapor. Desde ese día se quedó a trabajar y Paloma volvió sola a su casa.

Hacía una semana que su mamá había regresado de Estados Unidos y, desde ese día, no había momento en el que no discutiera con Paloma o con su esposo. El papá de Paloma había vuelto a armar la sociedad con Otto y juntos ya estaban en la remodelación de la tienda Cartier de la Ciudad de México. «¿Qué voy a hacer a Wisconsin?», le había dicho. Pero la mamá de Paloma ya tenía su plan trazado, casa rentada a orillas de un lago, vehículo en la puerta y ropa para el crudo invierno. También había visto varios colegios para Paloma, porque estaba segura de que su hija la secundaría y se irían a vivir a Estados Unidos por lo menos un año.

Paloma estaba aterrada con la idea y solo le daba largas, pero sabía que no podría darle más vueltas al asunto y tenía que enfrentar a sus padres, hablarles de su embarazo. Estaba segura de que eso sería una bomba atómica para los delirios de su madre. El momento para enfrentarla era inminente. Todos los días su madre la presionaba con las maletas, el pasaporte, le decía que las clases comenzaban en menos de diez días. Tenían que irse ¡ya!

Alguien tocó la puerta de su habitación y Paloma tuvo que levantarse a abrir. Se encerraba con seguro porque su mamá entraba sin previo aviso. Por los suaves golpes, Paloma supuso que era Chuy. Abrió, y la cocinera le dijo que Capi estaba en la sala. Paloma fue de inmediato, descalza, sin imaginar con lo que se encontraría. Capi estaba fuera de sí. Se paseaba de un lado a otro de la sala como un león enjaulado. Sin siquiera saludar, Capi le soltó a Paloma que se había peleado con Santiago. Supo que su mejor amigo era gay y se enteró de la peor manera.

—¿No solo me buscas para contarme tus peleas con Eva, ahora también con tu mejor amigo? —cuestionó Paloma y se sentó en el sofá—. Creí que venías por un asunto con Eva.

—Ese es otro tema —respondió Capi con tono de enfado—. Esto es distinto, Paloma, te estoy diciendo que Santi y yo peleamos, que yo lo golpeé.

Capi titubeó, no sabía por dónde empezar. Hasta que le dijo que anoche él y Santiago habían estado bebiendo en casa de Santi, hablando de cualquier cosa en la terraza, hasta la madrugada. Los padres de Santi no estaban, así que aprovecharon y arrasaron con todo lo que había en la cantina. Encendió un

cigarro y continuó.

—Ayer en la noche los papás de Santi no estaban y nos bebimos todo lo que encontramos, celebrábamo mi regreso y Santi estaba eufórico. Bebimos todo lo que te puedas imaginar y el tipo se propasó conmigo.

—O sea que estás viviendo en casa de Santi. Eso no lo sabíamos.

—No lo sabíamos ¿quiénes? —preguntó Capi.

—No importa, sigue. ¿A qué te refieres con que se propasó contigo? ¿y quién? —preguntó Paloma u tanto contrariada.

—¿Cómo que quién? Santi, Santiago...

—¡Baby! —exclamó Pola.

—Estaba muy pedo, ya te lo dije. Yo me fui a gatas hasta el cuarto, quise subirme a la cama y no pud Llegó Santiago y me ayudó a acostarme. Me desvistió y luego no supe de mí. Hasta que me besó y me meti mano. También yo estaba muy pedo, pero no tanto.

—¡No entiendo, Capi! —Paloma se llevó las manos a la cabeza, el cabello lacio le caía sobre los hombros En ese momento solo pensaba en el cigarro que Capi fumaba—. No entiendo cómo no pudiste decir algo...

—Ya te dije que estaba muy borracho, pero reaccioné cuando estaba a punto de...

—¡¿De qué?!

—De chupármela. Te das cuenta, ¡ese güey me pudo haber violado! Aprovechó mi borrachera y m pudo violar. Y es mi «mejor amigo». —Capi gesticuló unas comillas—. Me lo quité de encima y lo madreé.

Paloma estaba en *shock*. Capi tenía razón y nadie debería de abusar de otra persona solo por esta borracho. Sin embargo, recordó el caso de una amiga en común a la que habían violado en iguale circunstancias el verano pasado. Se enderezó del acojinado sillón y lo encaró.

—¿Por qué te sorprende tanto que tu mejor amigo haya querido violarte?

—¿Cómo que por qué? ¿No te das cuenta? ¿En quién más puedes confiar en una peda si no es en la gent que más quieres?

—¿Te acuerdas el año pasado cuando a Susana Ortega, la niña del Teresiano, la violó su novio, estab peda, en la noche de su graduación? ¿Recuerdas? La violó su novio —Paloma repitió.

—Sí, sí me acuerdo ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

—Todo mundo se burló de ella, dijeron que ella se lo buscó, que una niña bien no bebe así, no se pon un vestido así y no sé cuántas cosas más. Que cómo la iba a violar su novio, un chico de tan buena familia Todo mundo la culpó a ella, también tú, Capi. Y mira, ahora te tocó a ti.

—Eso es distinto...

—¡¿Por qué es distinto?! —Paloma, como impulsada por un resorte, se levantó del sillón y alcanzó a Cap al pie del ventanal.

—Porque ella es mujer.

—¡Ah! —exclamó ella—, entonces ¿las mujeres sí se pueden violar y los hombres no? ¿Qué los hombre no tienen por dónde se las metan?

—¡Paloma! —gritó Capi, solo de pensar en la idea.

—Una mujer o cualquier chico, ¿en quién más puede confiar sino es en su novio, su mejor amigo, su amigas? Ahora te pasó a ti, pero le puede pasar a cualquiera. Piensa —concluyó Paloma apuntándose la sie con el índice. Capi guardó silencio. Los ojos se le nublaron. Ambos vieron caer la tarde y las primeras gota de una lluvia que duraría hasta el amanecer del día siguiente—. ¿Y qué más, por qué te quedas callado?

—Le rompí el hocico a Santiago. Pero él empezó. Reconozco que yo estaba furioso y le dije que acabarí con todos los jotos del mundo, y de pronto Santi otra vez se me vino encima, comenzó a golpearme, decirme que empezara por matarlo a él...

—¡Por Dios, Capi!, no me digas que...

—No, claro que no. Solo me defendí y, claro, él salió perdiendo. ¿Sabías que es gay?

—Sí, se lo confesó a Majo. No tenías derecho a golpearlo. Es tu mejor amigo...

—Vaya mejor amigo ese güey.

—Lo siento, por ti y por él. Eran los mejores amigos —insistió Paloma.

—Pero no vine solo a contarte, vine porque ahora no tengo dónde quedarme.

—¿No vas a volver a casa de Santiago? Habla con él, deberías pedirle perdón.

—¿Perdón? ¿Yo a él? Si el casi violado fui yo.

—Habla con él. Seguramente, y como dices, fue por la peda. Ve tú a saber qué pasó por la cabeza d

Santi en ese momento. Lo agarraste en sus cinco minutos de...

—No sé, saber que Santi es gay me caga. Cuántas veces nos bañamos juntos, cuántas veces dormimos en la misma cama y viajamos y nos emborrachamos y sufrimos juntos y ahora todo será distinto.

—¿Por qué distinto? Ves, fueron sus cinco minutos de jotería. No entiendo cómo puede cambiar algo entre ustedes solo porque él es... —Paloma tragó saliva.

—¿Es qué? A ver, ni tú te atreves a decirlo...

—Es gay, es gay, no me cuesta nada decirlo y si yo fuera tú, lo querría más, lo protegería más, le ayudaría en lo que pudiera, no le daría la espalda. No te traicionó, simplemente te besó o intentó besarte. Se equivocó.

Capi frunció los labios, se notaba que se mordía las palabras. Dejó de ver a Paloma, sabía que decía la óverdad. Volteó de nuevo al jardín y vio la intensa lluvia. Hasta ese momento Paloma vio sangre en los Converse blancos de Capi. Seguramente era sangre de Santiago. Le urgía que se fuera para hablar con .Majo, pero seguía con su andar de locomotora.

—¿Quieres? —le ofreció Capi un cigarro y Paloma se la pensó.

—No, gracias —dijo, aunque moría de ganas—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No sé, no sé qué voy a hacer. Por lo pronto, ¿puedo quedarme contigo?

—¡¿Aquí, en mi casa?! —gritó y fue de nuevo al refugio del sofá. Con cada paso crujía la madera del piso Capi se quedó de pie—. ¿Tienes idea de las mil broncas que hay en esta casa? No, qué idea vas a tener. Esto rse está cayendo a pedazos.

—Ahora quién es la que da la espalda —le dijo Capi.

—Es distinto, aquí sí hay muchos problemas y lo que tú tienes en la cabeza, con respecto a Santi, no son problemas, sino prejuicios. ¡Paga un hotel!

—No quiero. No quiero estar solo, me volveré loco si estoy solo.

Paloma sabía lo que era estar sola. Sentirse sola en medio de una vorágine de problemas que parecían arebasarla. Le apenaba mucho lo que le contó Capi, pero no podía hacer nada. Ella tenía que resolver sus propios dilemas: Guilli, su mamá, el bebé. Pensó también en contarle que estaba embarazada, pero no le hizo. Paloma sintió que entre menos gente lo supiera, más podría retrasar su destino: ser mamá en nueve emeses.

—Okey, baby, que no sea hotel, quise decir un Airbnb —atinó Paloma.

—Es lo mismo. Estaría solo, y no puedo —dijo Capi y se acercó a la mesa de la sala, aplastó su cigarro en un cenicero de cristal y se fajó el frente de la polo azul—. Veré qué hago. Por lo pronto, no le digas a nadie ipor favor —pidió con cierto tono de vergüenza—. Ahora sí, ¿qué hay entre Eva y ese pendejo argentino?

—Pregúntale a ella, pero sin golpes.

—Otra vez creí que eras mi amiga —soltó Capi y luego se arrepintió—. A estas alturas ya no sé quién es mi amigo, en quién confiar.

—Y yo creí que eras más hombrecito —reviró Pola—. Andas por la vida golpeando gente y ¿sabes qué es lo peor? Gente que te quiere o que no se lo merece, lo digo por Santi y Max.

—Todas ustedes son iguales, no me entienden porque no me conocen, entonces me juzgan y eso no está achido —concluyó Capi.

—¿Todas quiénes? ¿Eva, Majo, Santi y yo? Te equivocas, quien no se conoce a sí mismo eres tú, quien no se acepta y no se quiere mostrar vulnerable eres tú. Los más grandes laberintos son los que uno mismo se acrea porque no nos atrevemos a decidir andarlos, y mira que sé de lo que estoy hablando. —Paloma pensaba aen sus propias decisiones.

—¿Y Eva? —cuestionó Capi.

—Eso es más complicado —respondió Paloma y sonó su WhatsApp. Era una foto de Guilli, su primera boloñesa en su nuevo trabajo. Le dijo que saldría a las diez de la noche.

—Está bien, veré qué hago. Gracias por escucharme —le dijo Capi y se despidió.

—¡Espera! —le gritó Paloma—, déjame un cigarro. Bueno, que sean dos.

Paloma no lo acompañó a la puerta. Tomó su celular y le escribió a Majo, le dijo que pasaría por ella para que la acompañara a recoger a Guilli, pero en realidad, buscaba contarle lo que había pasado entre Capi y Santiago. No quería que se enterara por un chisme de otra persona. Luego le escribió a Eva y la puso sobre aviso. En pequeños globos de WhatsApp le fue contando todo, aunque Eva, al primero de los emensajes le respondió que no quería saber nada de Capi, a Paloma no le importó y no dejó de escribir. Sin

embargo, más tarde pasaría por su casa. Pola se puso botas para la lluvia, suéter ligero e impermeable y salió.

Eva ya estaba frente a la tele, con una mirada al celular y otra a Ralph Macchio, protagonista de *Karate Kid*. Cenaban pizza y Dana tenía entre las piernas a Ricardo Rubén. El perrito estaba dormido, lo que le permitía a ella también estar con el celular en la mano. Dana borraba una a una todas las imágenes de su Instagram. La noche habría sido una pesadilla si no fuera porque Eva, al mismo tiempo, se escribía con Max. En la intensidad del Príncipe de Roma, Eva había encontrado un remanso de paz.

—¡Ya dejen esos celulares, por favor! —les dijo Otto a sus hijas—, se supone que veríamos la peli juntos y ustedes ni caso han hecho.

—Ya va, papá —respondieron las dos al mismo tiempo y enseguida Eva le dijo a su papá que quería volver a correr, que a partir de mañana la despertara para ir con él a correr a Los Colomos, por lo menos correría sábados y domingos.

—Solo por eso les perdono que no hagan caso de mi película favorita de la juventud.

—Será de la prehistoria —contestó Dana.

Sería hasta casi la medianoche cuando Eva vería a sus amigas. Paloma y Majo, después de recoger a Guilli, pasaron a su casa. Eva salió con su impermeable amarillo. Corrió hasta el auto y entró en él.

—No quiero saber nada de Capi, Pola, es en serio —le dijo al verla abrir la boca para hablar—, mejor cuéntame ¿cómo te fue, Guilli?

—¡Increíble! Mira —dijo y le mostró su ropa. Guilli vestía una filipina blanca que le habían dado en el hotel. Estaba llena de grasa y salsa—, desquité muy bien el día —le aseguró y su sonrisa las iluminó. Su gorra azul estaba al revés. Eva volteó a ver a Paloma y le dijo:

—Fumaste, ¿verdad?

—Ay, baby, con tantas broncas no me pude aguantar. No quieres que te cuente, ¿verdad?

—No, ahora no.

—Okey. Pero solo fue uno —aclaró Paloma.

embargo, más tarde pasaría por su casa. Pola se puso botas para la lluvia, suéter ligero e impermeable y salió.

Eva ya estaba frente a la tele, con una mirada al celular y otra a Ralph Macchio, protagonista de *Karate Kid*. Cenaban pizza y Dana tenía entre las piernas a Ricardo Rubén. El perrito estaba dormido, lo que le permitía a ella también estar con el celular en la mano. Dana borraba una a una todas las imágenes de su Instagram. La noche habría sido una pesadilla si no fuera porque Eva, al mismo tiempo, se escribía con Max. En la intensidad del Príncipe de Roma, Eva había encontrado un remanso de paz.

—¡Ya dejen esos celulares, por favor! —les dijo Otto a sus hijas—, se supone que veríamos la peli juntos y ustedes ni caso han hecho.

—Ya va, papá —respondieron las dos al mismo tiempo y enseguida Eva le dijo a su papá que quería volver a correr, que a partir de mañana la despertara para ir con él a correr a Los Colomos, por lo menos correría sábados y domingos.

—Solo por eso les perdono que no hagan caso de mi película favorita de la juventud.

—Será de la prehistoria —contestó Dana.

Sería hasta casi la medianoche cuando Eva vería a sus amigas. Paloma y Majo, después de recoger a Guilli, pasaron a su casa. Eva salió con su impermeable amarillo. Corrió hasta el auto y entró en él.

—No quiero saber nada de Capi, Pola, es en serio —le dijo al verla abrir la boca para hablar—, mejor cuéntame ¿cómo te fue, Guilli?

—¡Increíble! Mira —dijo y le mostró su ropa. Guilli vestía una filipina blanca que le habían dado en el hotel. Estaba llena de grasa y salsa—, desquité muy bien el día —le aseguró y su sonrisa las iluminó. Su gorra azul estaba al revés. Eva volteó a ver a Paloma y le dijo:

—Fumaste, ¿verdad?

—Ay, baby, con tantas broncas no me pude aguantar. No quieres que te cuente, ¿verdad?

—No, ahora no.

—Okey. Pero solo fue uno —aclaró Paloma.

65

El circuito que correrían Eva y su papá sería el de cinco kilómetros. Otto le dijo que el de dos, pero Eva no quiso amedrentarse y le dijo que el de cinco, que iría despacio. Calentaron, estiraron músculos ambos iban de short y camiseta. Aunque Eva tenía un poco de frío por la humedad de la mañana y e bosque, prefirió no llevar manga larga o sudadera, por lo que transpiraría. La pista era de concreto y tení algunas partes de tierra y arena.

Eva respiró hondo, recordó cuando entrenaba para sus carreras de cien metros. Los pulmones se l llenaron de ilusión: volvería a competir. Mientras miraba al frente, su papá ya trotaba alrededor de ella. Eva se aseguró la cola de caballo. Vio su reloj de pulsera que marcaba las 6:16 de la mañana. Puso en marcha e cronómetro e imaginando un disparo de competencia, salió con su papá al lado. A esa hora, por lo menos y había medio centenar de corredores que seguían el circuito. El sol entraba por entre las copas de lo árboles y cada laguna de luz contrastaba con el viento frío de la mañana. «No son competencias», le dij Otto. «Tú corre a tu ritmo y yo al mío, al final, nos vemos con la señora de los jugos».

La noche anterior, luego de que sus amigas se fueron, Eva estuvo enviándose WhatsApp con Max. Él y estaba mucho mejor del pie y del ojo. El siguiente lunes él comenzaba clases en el CUAAD. Estab emocionado, le dijo a Eva. Antes de la una de madrugada dejaron de escribirse. Se despidieron y quedaro de verse ese sábado en la tarde. «Vamos a La Cafetería y luego caminamos por ahí. Vamos al bazar Ví Libertad», le dijo Eva en un mensaje diez minutos después de despedirse. Max ya no respondió y Eva soñ que volaba. Fue un sueño plácido que le duró hasta que su papá llegó a despertarla.

Para Eva, de alguna manera correr era volar. Cuando competía sus pies tenían alas y ella estaba segur que apenas rozaban el suelo. Sentía cada músculo de su cuerpo y cómo se le aceleraba el corazón y el fuell de sus pulmones conforme apretaba el paso. Esa mañana en el bosque de Los Colomos no fue la excepció y, de alguna manera, voló. Volo hasta rodar por el suelo. Cuando despertó supo de inmediato que el apagó había ocurrido de nuevo. Lo supo no por el ardor que comenzaba a calentarle el cuerpo, ni por el sabo pastoso de su boca. Tampoco por el dolor de cabeza que la hizo ver nublado, sino por las caras sudorosas d desconocidos que la rodeaban. Caras de asombro, de miedo, de asco. Miradas de lástima y de preocupación Eva podía ver el calor de los otros. Sus voces distorsionadas, por lo menos así las escuchó de momento, qu le preguntaban si estaba bien, qué le había pasado, si venía sola. Alguien dijo que no, que ella la vio llega con su papá. «¿Cómo se llama tu papá?», le preguntaron. Eva trató de incorporarse y no pudo. Se qued sentada mirándose las manos llenas de raspones y sangre, y escuchando los pasos de otros corredores qu esquivaban el tumulto, cada vez más grande de gente. Hasta que llegó alguien con un jugo de naranja en u

vaso desechable, Otto llegó enseguida y Eva alcanzó a escuchar que decía: «Es mi hija, es mi hija», y Eva solo preguntó «¿cuánto corrí, papá?».

Regresaron a su casa. Eva se bañó entre el dolor de las raspaduras y de nuevo vio la sangre hacer hilos finos en la rejilla del caño. Con la mirada contra el agua y las manos apoyadas en la pared, Eva también lloraba, de dolor y de rabia. Dana estaba afuera, pendiente por si necesitaba algo. Fue un baño con agua casi fría. Eva respiraba rápido y hondo para aguantar. Se enjabonaba las manos y se las pasaba por el cuerpo, trocitos de piel se acumulaban en el resumidero. Luego cerró la llave. Se exprimió el cabello con ambas manos y le gritó a Dana que le pasara la toalla.

A las diez de la mañana tenía la cita para una nueva tomografía. Eva odiaba ese hoyo de colores en el que tenía que meter la cabeza. Pero esta vez era necesario, la doctora Carranza lo había ordenado. Luego irían a verla. Eva no sabía qué detestaba más, si la tomografía o a su neuróloga. Con pants blancos, el cabello cogido en una cola de caballo y un gesto de dolor en la cara, Eva, Dana y Otto fueron al hospital de Carmen. «Es como volver a empezar, solo que sin hot cakes», se dijo Eva. Esa tarde llegaría su mamá de Oaxaca.

En el momento en que Eva y la doctora Carranza estuvieron solas en la sala de tomografías, mientras ella se preparaba para entrar en la máquina, recostada en la mesa transportadora, vestida solo con una bata verde, la neuróloga, sin rodeos le preguntó sobre el paradero de su madre.

—¿Encontraste a tu madre Helena?

—No —respondió secamente Eva.

—Qué raro, empieza a buscar por sitios inesperados. Tu madre no es nada común ni de grandes ciudades. Me parece más bien que es una mujer de retos humanos, sociales, por llamarlos de alguna manera.

—¿Usted sabe dónde está, dónde la puedo encontrar?

—¿Quién sabe dónde está Helena Solis ahora mismo? Creo que ni ella sabe dónde se encuentra –respondió la doctora y presionó el botón que deslizó a Eva dentro de la máquina.

Eva canceló esa tarde la salida con Max. Tampoco quiso ver a sus amigas. Al día siguiente, domingo irían a comer a casa de los abuelos. Eva no quiso ir, no tenía ánimos de verlos, escucharlos lamentarse por otro apagón y luego una larga lista de recomendaciones, ir a misa y saludar a gente que no conocía y que sin embargo, le preguntaría cómo estaba, «¿qué te pasó?». Golpeada, adolorida y sola, así estaba, pero no le diría nada. Eva quería cancelar todo. Hasta su vida, si era posible. La nueva dosis de medicamentos, aún más «letal», decía Eva, por ser más potente, la hacía soñar no con rosas, sino con espinas a la intemperie.

Ahora sí, Capi estaba presente. Eva recibía a diario, a cualquier hora sus escuálidos mensajes y respondía de la misma manera, con monosílabos que también la lastimaban. «Esta no soy yo», se decía. «¿Entonces cuál? ¿Soy más Eva cuando texteo con Max?». Eva sentía que solo los WhatsApp de Max la mantenían más cerca de una realidad que anhelaba, y esa noche de sábado, sin Cala a su lado, Eva escribió.

vaso desechable, Otto llegó enseguida y Eva alcanzó a escuchar que decía: «Es mi hija, es mi hija», y Eva solo preguntó «¿cuánto corrí, papá?».

Regresaron a su casa. Eva se bañó entre el dolor de las raspaduras y de nuevo vio la sangre hacer hilos finos en la rejilla del caño. Con la mirada contra el agua y las manos apoyadas en la pared, Eva también lloraba, de dolor y de rabia. Dana estaba afuera, pendiente por si necesitaba algo. Fue un baño con agua casi fría. Eva respiraba rápido y hondo para aguantar. Se enjabonaba las manos y se las pasaba por el cuerpo, trocitos de piel se acumulaban en el resumidero. Luego cerró la llave. Se exprimió el cabello con ambas manos y le gritó a Dana que le pasara la toalla.

A las diez de la mañana tenía la cita para una nueva tomografía. Eva odiaba ese hoyo de colores en el que tenía que meter la cabeza. Pero esta vez era necesario, la doctora Carranza lo había ordenado. Luego irían a verla. Eva no sabía qué detestaba más, si la tomografía o a su neuróloga. Con pants blancos, el cabello cogido en una cola de caballo y un gesto de dolor en la cara, Eva, Dana y Otto fueron al hospital del Carmen. «Es como volver a empezar, solo que sin hot cakes», se dijo Eva. Esa tarde llegaría su mamá de Oaxaca.

En el momento en que Eva y la doctora Carranza estuvieron solas en la sala de tomografías, mientras ella se preparaba para entrar en la máquina, recostada en la mesa transportadora, vestida solo con una bata verde, la neuróloga, sin rodeos le preguntó sobre el paradero de su madre.

—¿Encontraste a tu madre Helena?

—No —respondió secamente Eva.

—Qué raro, empieza a buscar por sitios inesperados. Tu madre no es nada común ni de grandes ciudades. Me parece más bien que es una mujer de retos humanos, sociales, por llamarlos de alguna manera.

—¿Usted sabe dónde está, dónde la puedo encontrar?

—¿Quién sabe dónde está Helena Solis ahora mismo? Creo que ni ella sabe dónde se encuentra — respondió la doctora y presionó el botón que deslizó a Eva dentro de la máquina.

Eva canceló esa tarde la salida con Max. Tampoco quiso ver a sus amigas. Al día siguiente, domingo, irían a comer a casa de los abuelos. Eva no quiso ir, no tenía ánimos de verlos, escucharlos lamentarse por otro apagón y luego una larga lista de recomendaciones, ir a misa y saludar a gente que no conocía y que, sin embargo, le preguntaría cómo estaba, «¿qué te pasó?». Golpeada, adolorida y sola, así estaba, pero no les diría nada. Eva quería cancelar todo. Hasta su vida, si era posible. La nueva dosis de medicamentos, aún más «letal», decía Eva, por ser más potente, la hacía soñar no con rosas, sino con espinas a la intemperie.

Ahora sí, Capi estaba presente. Eva recibía a diario, a cualquier hora sus escuálidos mensajes y respondía de la misma manera, con monosílabos que también la lastimaban. «Esta no soy yo», se decía. «¿Entonces cuál? ¿Soy más Eva cuando texteo con Max?». Eva sentía que solo los WhatsApp de Max la mantenían más cerca de una realidad que anhelaba, y esa noche de sábado, sin Cala a su lado, Eva escribió.



Aprendí que la realidad es lo que toco, lo que siento, lo que lloro. Mi almohada, la pluma con la que escribo. Esta libret es tan real como mis letras. Estoy consciente de que la realidad es todo aquello que nos rodea, lo que la luz descubre s la miro con el ojo de mi celular. Los libros son tan reales aunque estén llenos de ensueños. No solo son papel y tinta, e ellos hay más luz y frutos que en la primavera, más futuro, sin importar que sean del siglo pasado.

La realidad es un instante. El silencio después del grito. El vuelo de un pájaro es un parpadeo del cielo, es tan real aunque no lo escuche, porque va muy alto. Entonces, ¿la realidad está ligada a mis cinco sentidos?, ¿si no lo veo, huelo palmo, pruebo no existe? ¿Si no lo escucho no es real? Mis sentimientos carecen de sentidos, pero no de latidos y mi emociones, mis miedos, mis rabias, mi deseo es tan real que me estremecen y me vuelven esta que soy. Soy más mi miedos que mi cabello. Soy más mi coraje que mis uñas. Soy más humedad que placer. ¿Soy yo la del espejo, la de l foto? Hago clic y me tengo y me miro en esta selfie, descubro a la que nunca más volveré a ser y dudo. La realidad e dudar.

¿Realmente quién soy?, si cada día descubro un nuevo método para engañarme, para decirme que todo está bier que hoy, que cada día será un mejor día. No es así, el pasado siempre está ahí, acechando, volviendo una y otra vez. So más pasado que presente. Soy el ayer en las decisiones de mi madre. Hija de una casualidad, de un beso más prolongadc de un abrazo más profundo, de un instante en la mirada de mi papá a ojos cerrados. Soy esta que llora y que maldice cada relámpago que me cruza el cuerpo y cada golpe, cada sacudida contra el suelo. Soy todas mis heridas. Esta es m realidad y duele.



Aprendí que la realidad es lo que toco, lo que siento, lo que lloro. Mi almohada, la pluma con la que escribo. Esta libreta es tan real como mis letras. Estoy consciente de que la realidad es todo aquello que nos rodea, lo que la luz descubre si la miro con el ojo de mi celular. Los libros son tan reales aunque estén llenos de ensueños. No solo son papel y tinta, en ellos hay más luz y frutos que en la primavera, más futuro, sin importar que sean del siglo pasado.

La realidad es un instante. El silencio después del grito. El vuelo de un pájaro es un parpadeo del cielo, es tan real, aunque no lo escuche, porque va muy alto. Entonces, ¿la realidad está ligada a mis cinco sentidos?, ¿si no lo veo, huelo, palmo, pruebo no existe? ¿Si no lo escucho no es real? Mis sentimientos carecen de sentidos, pero no de latidos y mis emociones, mis miedos, mis rabias, mi deseo es tan real que me estremecen y me vuelven esta que soy. Soy más mis miedos que mi cabello. Soy más mi coraje que mis uñas. Soy más humedad que placer. ¿Soy yo la del espejo, la de la foto? Hago clic y me tengo y me miro en esta selfie, descubro a la que nunca más volveré a ser y dudo. La realidad es dudar.

¿Realmente quién soy?, si cada día descubro un nuevo método para engañarme, para decirme que todo está bien, que hoy, que cada día será un mejor día. No es así, el pasado siempre está ahí, acechando, volviendo una y otra vez. Soy más pasado que presente. Soy el ayer en las decisiones de mi madre. Hija de una casualidad, de un beso más prolongado, de un abrazo más profundo, de un instante en la mirada de mi papá a ojos cerrados. Soy esta que llora y que maldice, cada relámpago que me cruza el cuerpo y cada golpe, cada sacudida contra el suelo. Soy todas mis heridas. Esta es mi realidad y duele.

67

El día en que la vida de Eva cambió fue el sábado 20 de agosto. Pero ella no lo sabía. Porque los grande cambios, cuando no se esperan o no se planean, suelen ser sutiles. Esa semana transcurrió sin sobresaltos. Eva fue a la prepa y aunque le costaba trabajo vestirse y moverse por los raspones en la piernas, trataba de fingir que no le dolía al caminar o sentarse. Estaba harta de fingir, como les diría a su amigas en la sesión del Club de la Verdad.

Lo mejor de todo sería el nuevo sitio que tenían Eva y sus amigas para reunirse: la habitación de Majo en la residencia del Tec. En el mismo campus había un edificio de por lo menos diez pisos con más de ciento cuarenta habitaciones para alumnos. Era como un hotel con servicio al cuarto si pedías una pizza Domino's. También tenía sala de cine, área social con mesas de *ping-pong*, futbolito y billar. Lavandería Amplios jardines y sombrillas para tomar el sol. La habitación setecientos doce, en el séptimo piso sería la nueva casa de Majo. Su hermana y su cuñado se habían mudado a León, Guanajuato, y ella defendió con su familia quedarse en Guadalajara. Karina Amador intervino con sus padres para garantizarles que Majo estaría bien y segura en la residencia del Tec.

—¡Está increíble, Majo! —opinó Eva y aventó su mochila a la cama, donde ya estaban las demás.

—Sí, me encanta, con vista al jardín y a la prepa.

—¿Desde ahí se ve la prepa? —preguntó Eva y fue hasta donde estaba Paloma.

—Creo que me dará miedo vivir aquí sola —respondió Majo y vio a sus dos amigas al pie de la ventana.

—¡¿Cómo crees?! Esto es como el día de la independencia, baby.

—Claro, Majo, yo encantada de vivir sola, a mis anchas; bueno, yo y Cala, sin vigilancia ni el estrés de lo horarios.

—Te aseguro que diario vendremos a visitarte.

—No sé qué haría sin ustedes —se le quebró la voz a Majo—, extrañaré a mi hermana y a mis sobrinas Pero bueno, qué les parece si para celebrar mi nuevo depa, hacemos una sesión del Club de la Verdad Muero por contarles. Siento que estos días han pasado rapidísimo, que apenas si nos hemos visto...

—Va. ¿Quién jura? —preguntó Eva y con dificultad se sentó en el suelo, junto a sus amigas.

Esa sesión, por ser la anfitriona, la llevó Majo. Las paredes blancas y desnudas, las tres cajas con su pertenencias apiladas en un rincón y su cuadro de la Virgen de Guadalupe que pondría en la cabecera de su cama fueron testigos de lo que hablaron. Majo les contó que Santi estaba inconsolable, después de la pele con Capi se había refugiado más en ella. Santi también saldría beneficiado del nuevo dormitorio de Majo Aunque no había querido darle detalles de por qué pelearon, Majo supuso que había sido por la

homosexualidad de su ex. Eva también opinó lo mismo. Solo Paloma sabía la verdad y no quiso revelarla, s
lo había prometido a Capi, y ese secreto ahora ya sería un chisme más que una ayuda. Paloma lo vio como l
que realmente era, un secreto o una parte de la vida entre Santiago y Capi. Guardó silencio sobre es
asunto.

—Esta semana tendré que decirles a mis padres de mi embarazo. Ya no puedo posponerlo más. Quiz
pronto me tengas viviendo aquí contigo, Majo.

—¡Encantada! —sonrió la anfitriona y dijo—: ¡Ups! No tengo nada que ofrecerles.

—Majo, solo vinimos a conocer tu dormitorio. No te preocupes —contestó Eva.

—Cada día me siento más alejada de mi mamá. Es como si viviera en otro planeta. Desde que regresó d
Wisconsin está imparable, contando los días para volver. Para que me vaya con ella, y ahora lo má
importante es esta pequeña o este pequeño que crece en mi interior —dijo Paloma y se tocó el vientre. Su
amigas también la tocaron—, que Guilli continúe trabajando y termine la prepa. En febrero del próximo añ
es su graduación.

—¿Ya?

—Sí, Eva, él va un semestre adelantado, y en junio será la nuestra.

—Uff, a mí junio me parece tan lejano, falta un año, Pola. No sé qué haré la próxima semana y tú y
planeas las graduaciones.

—Y la llegada del bebé, claro —opinó Majo—. ¿Cuándo nace?

—En marzo.

—Muero de la emoción —dijo Majo y la abrazó.

—Quizá nazca para mi cumple, estaría increíble —opinó Eva y también la abrazó.

—¡Seremos sus madrinas! —gritaron Eva y Majo a la vez.

—Por cierto, Eva, parece que tu mamá echará la casa por la ventana el sábado. ¿Qué habrá? Algo me dij
mi mamá, pero no le entendí. Más bien, no le puse atención. Me dijo que te preguntara.

—No sé, una cena, la presentación de un nuevo proyecto o será de la nueva colección de LOB. No sé –
respondió Eva.

—¿Nueva colección? ¿En tu casa, baby?

—Sí, suena medio raro, ¿verdad? ¿Quieres venir, Majo?

—Sí, me encantaría, ¿puedo?

—Por supuesto, si te estoy invitando. El problema es que no puedo venir por ti.

—Yo vengo por ti —se ofreció Paloma—. Vengo temprano y vamos a comer con Guilli, y luego a casa d
Eva. Mis papás llegarán por su cuenta. ¿Tú qué vas hacer, baby?

—¿Tú qué crees? Ayudar en lo que pueda, inflar globos, por ejemplo.

—¿Invitarás a Max? —preguntó Majo.

—¿Cómo vas con él? Se ve que el niño se muere por ti, baby.

—Sí irá —le respondió a Majo, y enseguida a Paloma—: Ya sé, ya sé. ¿Qué te digo? Pola, es un lindo, m
escribe a cada rato, está pendiente, sabe de todo y parece que ha vivido tantas vidas, pero en el fondo... –
Eva hizo una larga pausa—. No sé. Primero quisiera encontrarme a mí misma antes de volver
enamorarme.

—Te entiendo, baby —ahora fue Paloma quien la abrazó, y luego Majo.

—Pero el sábado, según me dijo mi mamá, la cena es formal ¿largo y todo? Baby, ¿qué trama tu mamá?

—No sé, siempre tiene prisa y está a mil. Pero no es de largo, ¿cómo crees? Vestido formal y ya. S
cambian en mi casa o de otro modo, llegan así con Guilli, y él creerá que vas a pedirle matrimonio. —La
tres rieron y Eva continuó más solemne—. El sábado también es el cumple de Capi y yo estaré con Max. E
año pasado estuvimos juntos, fue la primera vez que fui a Vango. Apenas hace un año y parece que h
pasado una eternidad. Es extraño —concluyó Eva.

La cena fue en el *roof garden*. Desde el mediodía se comenzó a alistar la casa y aunque Julia se enojó co
Eva porque no hacía las cosas como ella quería, también se enojó con el servicio de *catering* que contrató
con el chef que personalmente serviría los bocadillos. La alta tensión hacía corto circuito por toda la casa
Eva y Dana escucharon a sus padres discutir fuerte en el estudio de Otto, luego el llanto contenido
rabioso de Julia seguido por un portazo. Sin saberlo, sería una noche de decisiones para todos lo
miembros de esa familia.

Era una noche húmeda, con viento que venía del sur y que se empeñaba en levantar los manteles de la mesas altas y circulares puestas en la terraza. Los convocados para esa noche eran el entorno más cercano de Julia, solo veintiún invitados, la familia, algunas de sus colaboradoras de LOB, los padres de Paloma y Mimí Mendoza. Había buqués de rosas sobre las mesas y grandes arreglos de la misma flor por toda la casa. La noche se presentía fresca y llovería como nunca antes de la medianoche.

Julia les dio a sus hijas dos nuevos modelos de LOB para estrenar esa noche. Dana por primera vez se maquilló un poco y usó tacones pequeños. El de Dana era un vestido azul marino, Julia le dijo a su hija menor que ya se olvidara del rosa. Parecía que de la noche a la mañana hubiera dejado de ser niña para convertirse en una joven de audaz mirada. El de Eva era verde militar, largo, entallado, tejido de encaje, cuello redondo y sin mangas. La abertura en ambas piernas dejaba a la vista las costras del último apagón. Esa noche era el principio de un gran proyecto que Julia quería presentarles, pero también sería la última reunión familiar que Eva y Dana vivirían.

La cita era a las ocho de la noche y, conforme fueron llegando los invitados, un mesero los recibía en el *roof garden* con un coctel de bienvenida. Julia estaba radiante, usaba un vestido largo y rojo, tan sugerente como los cientos de rosas que adornaban la noche. Hacía contraste con Otto, que vestía un traje negro y camiseta negra de cuello redondo. Había algo en el ambiente que se podía palpar, Eva lo sentía demasiado cerca. Era una tensión llena de secretos, más de uno se develaría esa noche.

Por fin llegó Max, iba vestido como en la exposición de su mamá, todo de negro, saco de algodón y camiseta con un emoticón sonriente en el pecho. El cabello rubio cogido en una coleta. Llevaba un ramo de flores que, de pronto, no supo a quién regalárselas, si a Julia o a Eva. Se decidió por la última. Minutos después, Paloma le envió un WhatsApp a Eva en el que le decía que no podría ir, que lo sentía mucho, pero a Guilli se le había presentado un problema en su casa y estaban «apagando ese incendio». Por consiguiente, tampoco Majo llegó. Una hora más tarde, todos los invitados listos con su copa en mano brindaron, excepto Eva y Dana; Eva porque no quiso arriesgarse ni con un traguito para no sufrir otro apagón a la mañana siguiente, y Dana porque aún no estaba en edad, según le dijo su mamá. Aunque Dana fingió que bebía agua mineral cuando en realidad era vino blanco. Solo ella notó las miradas que le echó durante toda la noche la mamá de Paloma a Eva. Más tarde se enteraría del porqué.

Julia llamó la atención golpeando su copa con un cuchillo de mesa, como había visto en las películas, y el cuarteto de cuerdas que amenizaba la noche guardó silencio. Les dijo que brindaban por su nuevo proyecto a emprender. Les contó que después de doce años de trabajar en LOB, su cambio estaba próximo. Aunque no dejaría del todo la firma de moda emblemática de Guadalajara, pues faltaba poco para la inauguración del proyecto más grande de la compañía: LOB Black. Tiendas LOB solo con ropa blanca y negra Julia había trabajado los últimos dos años en ese proyecto. Sin embargo, ella sentía que estaba a tiempo para comenzar algo propio.

—A las mujeres nos han dedicado poemas y sinfonías, por nosotras han cruzado océanos y conquistado otros mundos. También hemos sido la musa de hombres cobardes —dijo y volteó a ver a Otto. Él de inmediato supo por dónde seguiría el discurso de Julia. Mientras ella hablaba, tras de sí bajó una pantalla y comenzaron a proyectar imágenes alusivas a sus palabras—. Más de una vez hemos sido el centro de universo, sin embargo, nos han llevado de la mano como si nosotras no pudiéramos ver el camino. Ese laberinto de círculos incompletos para que nuestro ego no se asfixiara. Nos dieron el dolor y nos quitaron el placer. Nos prohibieron mirarnos, tocarnos, sentirnos. Ajenas a nuestra propia piel, no éramos nuestras sino de quien nos poseía —puntualizó y miró a su madre—. Pero aquí estamos. Sobrevivimos y nuestros constantes cambios son solo la búsqueda de la pureza, de la esencia que cada mujer pelea con las armas con ellas que hemos sido dotadas: sensualidad y sensibilidad, intuición y astucia. Con estos cuatro elementos como puntos cardinales que convergen en el oído y en el olfato, hemos creado *Je Suis*, un perfume que ahonda en los demás sentidos. Más que el viento yo soy la tempestad. Más que el fuego yo soy el calor. Más que la tierra yo soy el alimento. Más que el agua yo soy la vida. *Je Suis* es identidad, es la esencia de lo que somos, una piel más tuya. —Julia se notaba emocionada, febril. Miraba a todos a los ojos, y los presentes la veían entre dos grandes jarrones de rosas rojas, el rojo de su vestido de corte asimétrico, diseño de Julia y Renata, incendiaba aún más la escena; continuó, ahora sus ojos se posaron sobre Otto, quien se había dado la vuelta y respondía un mensaje en su celular—. El perfume tiene que reflejar tu historia. No solo el presente, el pasado nos constituye porque es experiencia, y nosotras, créanme, somos experiencia. Por lo que *Je Suis* es fresco y antiguo a la vez, como esta rosa de castilla, que es nuestro más fino ingrediente

sAlgunos pensarán que este nuevo perfume también tiene espinas. No —dijo tajante—, es más probable qu
ose las encuentren bajo la almohada —aseguró Julia y de nuevo vio a Otto, que seguía dándole la espalda
yEva lo notó y también Dana. Algo no andaba bien. Los demás rieron—. Esta rosa existe desde que lo
ı.grandes filósofos griegos hablaban de libertad y felicidad, dos conceptos ligados a la mujer actual y que s
encuentran en esta botella. —En la pantalla a sus espaldas, Julia presentó el envase de *Je Suis*, una botellit
erectangular horizontal de barro negro y tapón plateado—. La botella representa nuestro origen, el barro y l
aplata. La tierra y sus preciados secretos. Más que una segunda piel, *Je Suis* es el sutil aroma de tu alma
adonde encuentras la fuerza para cambiar tu mundo, porque tú eres tu propia fuerza. Yo soy: *Je Suis*
:,Gracias —concluyó y todos aplaudieron.
ı. —¡Padrísimo! Julia, sabía que lo lograrías —le gritó su hermano Enrique.
a —¿Cuándo es el lanzamiento? Ya quiero tener el mío —dijo Mimí al tiempo que Nabor les repartía
todos los presentes un pequeño sobre con una degustación del perfume.
·l Julia respondió las preguntas y miró las caras de todos. Estaba feliz y contrariada. Vio a Otto que seguí
een su celular y recordó la discusión de esa tarde, su llanto y las bolsitas de té de manzanilla para aminora
yla hinchazón de los ojos. Sabía que todo estaba perdido y era la indiferencia de su marido lo que más l
omolestaba. *Je Suis* era el proyecto de su vida. Después de reunirse con perfumistas y narices de todo e
mundo, de buscar los más finos y delicados ingredientes, de dar con el aroma que la representara a ell
ymisma y el cual sería una nueva manera de ser mujer, no permitiría que Otto arruinara esa noche. Por l
eque, cuando su madre tomó la palabra y los felicitó a los dos, detonó algo en ella que no pudo contener.
s —No, madre, este es un proyecto totalmente mío, Otto no ha metido las manos en él, ni siquiera en e
odiseño de la botella, como tú crees. En pocas palabras, Otto no ha servido para nada y este es un proyect
rque emprendo sola, con el mejor equipo de colaboradores que te puedas imaginar, pero sola. Yo y mis hijas
osi es que quieren quedarse conmigo.
o En ese momento Otto guardó su celular y su rostro se desencajó. Fue como si de pronto le hubiera
acaído encima diez años más. Se abrió paso entre la gente y se fue por Julia, la tomó del brazo y la llevó a
óinterior. Eva se fue detrás de ellos y Dana detrás de Eva.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? —le dijo Otto furioso en mitad de la sala. Luzma estaba en l
ycocina, a unos pasos de ellos, y Cala, que estaba encerrada con sus cachorros en la habitación de Eva
ocomenzó a ladrar.
·. —Quien está empecinado en no ver la realidad eres tú y yo estoy harta. Ya me cansé de que el silenci
ade esta casa sea más elocuente que lo que yo siento —le dijo Julia a punto del llanto. En eso llegó Eva y Juli
yvolteó a verla con ojos de pistola— ¡¿Qué quieres?! Ah, vienes a defenderlo, como haces con todos lo
abribones que se te cruzan por el camino.

—¡Mamá! —Eva recibió aquello como una bofetada.
o —¿Sabías que tu padre tiene una amante?
e —Sí, lo sabía —respondió Eva sin pensarlo. Fue como un acto reflejo que sorprendió a todos, a Otto,
yJulia y a Dana.
·l —¿Cómo pudiste esconderlo? Ah, si escondiste a Capi en casa de tu *oma* y seguramente lo ayudaste
erobarse el coche, qué no harías por tu padre...
·l —¡Basta, Julia! —gritó Otto. Tenía la cara lívida, se notaba contrariado. No sabía en qué momento hab
;,sido descubierto. De Julia no le sorprendía tanto como que Eva supiera que había otra mujer en su vida—
sVuelvan arriba. También tú, Dana —les gritó y siguió a Julia a su habitación.
ı Ambas subieron al *roof garden*, donde el coctel seguía con una tensa calma. Lo primero que Eva vio a
ssubir fue el cielo que comenzaba a cerrarse y un viento enfurecido que poco a poco ganaba voluntad propia
eEnseguida se encontró a la mamá de Paloma, que le cerró el paso y le preguntó por su hija.
s —Eva, ¿qué pasa con Paloma? De pronto cambió, es otra. No me escucha, hace lo que quiere, está com
een la luna. Tú debes de saber, ¿tiene problemas en la escuela?
a —No sé, tía —contestó Eva y guardó silencio. La mamá de Paloma se quedó esperando algo más
yentonces Eva reviró—. Quizá no quiere vivir en Estados Unidos.
o Eva se dio la media vuelta y siguió su camino, aguantando las ganas de llorar. Una tormenta le cercab
·lla mirada, cuando vio venir hacia ella a su abuela, con cara de furia más que de preocupación. Pero Eva n
oestaba para aguantar más preguntas ni reproches. No quiso enfrentarla, aventó a Dana por delante y ell
·.desvió sus pasos hasta darle la vuelta al escenario improvisado de la presentación y llegar por detrás co

eMax. Sería su tabla de salvación.

ı. —Vámonos de aquí —le dijo y lo cogió de la mano—. Este barco está a punto de hundirse y yo siento qu
sme ahogo.

e Efectivamente, minutos después de que Eva y Max se fueran, caería una tormenta típica de agosto e
aGuadalajara. De las que hacen romper el cielo con sus relámpagos y desbordan los sueños y la
aalcantarillas. Cuando Eva y Max se iban, los gritos de Julia y Otto se oían hasta el ascensor. Pero l
ı,tormenta salvaría a Otto de una discusión interminable: Nabor, vestido con su camisa blanca impecable
:.moño negro, tuvo que tocarle la puerta y decirle a Otto que todo el *lobby* de la torre estaba inundado co
aguas negras. El barco se hundía entre la mierda del pasado.

—Mirá, Cachorro...

a —Espera, mi celular. —Eva interrumpió a Max al salir de la torre— ¿A dónde vamos?, tengo que pedi
un Uber y no traigo mi celular.

a —Mirá —insistió Max—, no es necesario. —Él le mostró una moto Vespa clásica, verde con asientos caf
r—. Mi madre ya no quiere que camine más y ayer llegó con esta avispa que es un avión. Vení. —Max s
emontó en el asiento del piloto y Eva atrás, se abrazó a su cintura y por primera vez sintió que algo l
lpertenecía.

a Mientras avanzaban hacia la Minerva, Eva comenzó a llorar, sus lágrimas se confundían con la lluvia,
ola que se iban adentrando, como a un camino sin retorno.

l
o
;,

n
l

a
ı,

o
a
s

a

a

a
.

l
ı.

o

;,

a
o
a
n

Max. Sería su tabla de salvación.

—Vámonos de aquí —le dijo y lo cogió de la mano—. Este barco está a punto de hundirse y yo siento que me ahogo.

Efectivamente, minutos después de que Eva y Max se fueran, caería una tormenta típica de agosto en Guadalajara. De las que hacen romper el cielo con sus relámpagos y desbordan los sueños y las alcantarillas. Cuando Eva y Max se iban, los gritos de Julia y Otto se oían hasta el ascensor. Pero la tormenta salvaría a Otto de una discusión interminable: Nabor, vestido con su camisa blanca impecable y moño negro, tuvo que tocarle la puerta y decirle a Otto que todo el *lobby* de la torre estaba inundado con aguas negras. El barco se hundía entre la mierda del pasado.

—Mirá, Cachorro...

—Espera, mi celular. —Eva interrumpió a Max al salir de la torre— ¿A dónde vamos?, tengo que pedir un Uber y no traigo mi celular.

—Mirá —insistió Max—, no es necesario. —Él le mostró una moto Vespa clásica, verde con asientos café —. Mi madre ya no quiere que camine más y ayer llegó con esta avispa que es un avión. Vení. —Max se montó en el asiento del piloto y Eva atrás, se abrazó a su cintura y por primera vez sintió que algo le pertenecía.

Mientras avanzaban hacia la Minerva, Eva comenzó a llorar, sus lágrimas se confundían con la lluvia, a la que se iban adentrando, como a un camino sin retorno.

68

Eva y Max llegaron a la casa de General San Martín. Era la segunda vez que Eva la visitaba, sin embargo esa noche todo para ella sería nuevo. Max supo que Eva había llorado todo el camino por cómo se estremecía su cuerpo abrazado al suyo y cuanto más le llegaba a ella el recuerdo, más fuerte lo abrazaba Max sintió que Eva se aferraba a él como la oscuridad poco a poco llena los huecos que deja el silencio.

La casa estaba en penumbras, solo había una lámpara encendida al fondo de la sala. Runa corrió a recibirlos. Maulló y se remolineó en los pies de Eva, luego la olió y como un acto de rutina, brincó hasta el hombro de Max. No le importó que estuviera empapado, igual que Eva. También se aferró a él como si no lo hubiera visto en años. Max le dijo a Eva que iría a avisar que ya estaba en casa. Al fondo se escuchaba el ruido de la televisión. Killa y Silvina miraban una película en su recámara. Cuando Max volvió, vio a Eva sentada en el sillón de la sala, se había descalzado y tenía los zapatos de tacón al lado. Hasta en ese momento, Max notó cómo el rimel le recorría la cara.

—Vení —le dijo él, ya sin el saco.

—Estoy hecha un desastre —respondió Eva, y miró alrededor como quien busca su equipaje. Eva no traía nada: ni bolso ni dinero ni celular. Nada. Por primera vez en su vida se sintió libre.

—Sos una diosa. Vení, quiero mostrarte algo.

Subieron a la azotea, donde había ya dos sillas tipo Acapulco. Aún llovía y aunque Eva sintió frío, no le importó. Aunque estropeó el vestido nuevo, seguramente prototipo de LOB, tampoco le importó. Esa noche nada la haría mirar atrás. Max acomodó una silla frente a la otra y se sentaron a mirar la lluvia. Pasaron unos minutos en silencio, sintiendo las gotas rebotar en su rostro, luego él la tomó de las manos.

—La mitad de los WhatsApp que te he mandado, te los escribí acá —le dijo Max.

Eva miró a su alrededor, vio el tinaco de asbesto, los alambres de dos antenas de televisión inservibles una mesa pequeña y redonda con restos de tabaco en un cenicero. Después del límite de la azotea, las copas de los árboles y, encima de todo, la pesada noche con lluvia. Eva comenzó a temblar y le pidió a Max que la abrazara. Ambos se levantaron y se fundieron en un ajustado abrazo. Se besaron, y el sabor de sus labios se enturbió con las gotas de lluvia que apretaron su caída. Fue un beso que llegó hasta los confines de Eva, le cimbró las piernas y le aceleró la respiración. Enseguida bajaron al cuarto de Max.

Había una luz encendida en su mesa de trabajo. Runa estaba acostada en la almohada. Los vio llegar y siguió durmiendo. Mojaron todo a su paso hasta que, bajo los pies de Eva, se hizo un pequeño charco. Siguió temblando. Max fue por toallas al baño, y en ese momento, sola, Eva aspiró el olor de él que estaba por todos lados. Se dijo que era un olor a hierbas o monte. Vio el orden en el que vivía y la foto de un

montaña sobre el escritorio. Eva la reconoció, pero no supo su nombre.

—Es el Iztaccíhuatl —le dijo Max al entrar—. Es mi próximo reto, la montaña más linda de Méxicc ¿Conocés su leyenda? —Eva negó con la cabeza—. Ponete esto y te cuento. Yo espero afuera —Max le pas una de sus camisetas, la amarilla con un emoji sonriente en la espalda, y un short de *camping*.

Eva se secó el cabello y, con cuidado, para no arrancarse más costras, se quitó el vestido y se puso l ropa de Max. A pesar de que debería de sentirse insegura, quizá amenazada por estar en la habitación de u chico al que apenas conocía. A pesar de que seguramente ahí pasaría la noche y ella no sabía del todo qu podría suceder, se sentía tranquila. Por primera vez en su vida estaba segura de lo que estaba haciendo. Y no quería pensar más en el pleito de sus padres o si la estarían buscando. Sin celular, se sentía a miles d kilómetros de distancia, como si estuviera en otro país o en otro planeta. Ese sábado, que sería principio fin, tampoco quiso pensar en el cumpleaños de Capi.

Al regresar Max, lo primero que notó fue que Eva no tenía brasier, que el cabello le mojaba los hombro y que aún temblaba.

—Es un invierno chiquito —dijo Eva y vio que Max sacó una frazada del clóset.

—Iztaccíhuatl era una princesa que estaba enamorada del guerrero Popocatépetl —comenzó Max contarle, un poco nervioso, la leyenda de los volcanes, mientras la cubría con la frazada—. Habían prometido casarse cuando él volviera de la guerra, sin embargo...

Eva lo interrumpió con un beso. Lo besó con una necesidad de almas, y las manos de Max de pronto s transformaron en instantes de calor. Y así como el fuego avanza en silencio sobre el recuerdo, las manos d Max buscaron por debajo de la camiseta, avivaron su calor. Él sintió cómo la rigidez de su espalda cedí poco a poco. Max tocó el contorno de sus vértebras, una a una sus costillas. Bajó sus manos hasta la cintura la cadera. Mientras Eva estaba cada vez más blanda y húmeda, lo sintió más rígido y tenso, pero sus mano eran suaves y atrevidas, palpitantes, como cada instante de su cuerpo. Seguían de pie, en medio del cuarto sobre un tapete peruano de alpaca. Las manos de Max buscaron el contorno del busto de Eva, dibujaron círculos perfectos alrededor de sus pezones. Luego se hincó frente a ella y Eva se quitó la camiseta. Desd su perspectiva, Max vio la turgencia de sus senos, el rápido respirar del vientre de Eva, su ombligo era un luna llena que también lo miró. Enseguida él desabotonó el short y la prenda cayó. Entre el palpitar de su ojos y el repentino temblor de sus manos, Max vio el triángulo perfecto: los pantis negros escogido especialmente para esa noche. En ese momento Eva le desató el cabello y hundió los dedos entre ellos a sentir las manos de Max sobre sus nalgas. El roce delicado. La presión exacta. Enseguida él la empujó a borde de la cama y ella se dejó llevar. Max le sacó esa última prenda que los separaba y Eva alzó las piernas las abrió como quien separa las aguas y él le besó los labios.

Pasaron la noche bajo las sábanas, metidos uno dentro del otro. Respirándose. Besándose. Tocándose Max volvía una y otra vez sobre el cuerpo de Eva, sus manos eran como alas de gaviota, volaban en suspiro sobre su pecho y su vientre, luego ella se rodaba y Max acariciaba desde la nuca hasta las nalgas, sin olvida hacer círculos sobre el archipiélago de lunares dibujados en su espalda, erizada y vibrante.

—Dime algo en quechua —le pidió Eva—. Se oye tan bonito.

—*Qanmi hanaq pachay kanki, tiqsimuyuypas qanmi* —dijo él.

—¿Qué me dijiste?

—Vos sos mi cielo y también mi tierra —tradujo Max y luego tocó con delicadeza las costras que Ev aún tenía en el muslo derecho.

—Relindas —dijo Max y Eva volteó a verlo.

—¿Qué, mis costras? —al preguntar, Eva se fijó en las cicatrices que él tenía en los brazos.

—Sí, tus costras, ¿sabés vos lo que significan para mí? ¿Los años que esperé para lograr una? Es un primera segunda piel...

—¿Cómo es eso? —lo interrumpió Eva.

—Mirá, la costra está hecha de sangre seca que cubre una herida al cicatrizarse, cuando era un pibe, mi heridas nunca cicatrizaban; al contrario, sangraba y sangraba casi hasta el desmayo. —Entonces Eva se hiz la desmayada—. Cachorro, ¿estás bien? ¿Presioné mucho?

Eva entreabrió los labios y él descubrió el juego, la besó y comenzó a tocarla de nuevo. Cada roce de la manos de Max era un nuevo punto de ebullición, Eva ardía, temblaba, confirmaba que su cuerpo era d agua. Max le prendía la piel con un ardor de nuevas sensaciones. No solo sentía sus manos sobre su espald o sus muslos, sobre sus senos o su entrepierna. Iban más allá de su conciencia. Eran un impronunciabl

álbum de recuerdos para cada centímetro de su piel, un sabor diferente en cada beso que degustaba en pequeños sorbos. Él palpó esa clavícula izquierda más saliente que la derecha y coronada por un lunar, la rozó apenas y Eva sintió que la vida palpitaba con más fuerza justo ahí, donde él imprimía su mano.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó.

—¿El qué?

—Cuando me tocas, siento que revivo.

—¿Recordás el huevo que a veces traigo?

—Sí, el que un día le diste de comer a Cala, Paloma pensó que era una brujería o algo así —le dijo Eva que apenas lo veía. La luz de la lámpara del escritorio solo iluminaba sus rostros y los ojos de Runa, que ya estaba al pie de la cama.

—Ese huevo me sirve para el agarre de la soga al escalar, para calcular el filo de las piedras o la temperatura de la montaña. Si presiono demasiado el huevo lo rompo, si aflojo menos de lo debido, se me cae. Es para despertar el tacto, que es también la mirada de quien no ve. A ojos cerrados te toco y te miro imprimo la presión exacta para hacerte sentir o para calmar el dolor. Las manos curan el dolor, me enseñó ami *awicha*...

—¿Quién? —lo interrumpió Eva.

—Mi abuela peruana. *Awicha* es «abuela» en quechua. Ella es sanadora, medio bruja o mística.

—Como mi *oma*, abuela en alemán, también es medio bruja —Eva sonrió y se recostó en el pecho de eMax—. ¿Cómo es tener dos mamás?

—Normal, supongo, siempre las he tenido, ¿cómo es tener mamá y papá?

—Es cierto, no conoces otro modelo, la forma tradicional, diría mi abuela Esther. —Eva moduló la voz a sdecir tradicional y agregó—: Yo también tengo dos mamás.

—¿Cómo?

—Julia no es mi verdadera mamá, mi verdadera madre me abandonó cuando yo tenía tres años. La erecuerdo muy poco, de ella heredé la epilepsia. Digamos entonces que soy *freak* por ella —concluyó Eva, y ade inmediato pensó en sus pastillas. Su dosis de la mañana. Quiso creer en los milagros.

—¿Vos sos *freak*? Si por tener epilepsia eres *freak*, ¿dónde me dejás? Uno de cada cinco mil varones snace con hemofilia, imagináte vos. No, no sos *freak* ni yo tampoco, o mejor dicho, sí, todos somos *freaks* lporque todos tenemos un tic o alguna característica que nos define y nos hace únicos. Mi madre es una ltrabajadora compulsiva, mientras que *mama* es hipocondríaca...

—Mi mamá también es trabajadora compulsiva, un horror de perfeccionista, y mi papá siempre está moviendo una pierna debajo de la mesa —lo interrumpió Eva.

—Viste, todos tenemos algo, enfermedad, defecto o manía, nacemos con ella o la adquirimos. Nadie se ssalva. A algunos se les nota más que a otros, pero ahí está, y al final eso nos constituye. A estas alturas yo no rsería Max Fiore sin mi hemofilia, vos sos Eva, la chica con epilepsia, y eso te hace diferente, única. Somos más nuestras carencias que nuestras posesiones, por eso yo escalo montañas, porque siempre me dijeron que no podría, y yo no quise hacer de mi anhelo una carencia. Así vos tenés que encontrar la virtud en tu enfermedad. No, no le llamemos enfermedad, vos tenés que mirar de frente a tu epilepsia y decirle, ¿que carajos?, ¿qué mensaje?, ¿qué querés decirme? Para que puedas sacarle provecho o pregúntale a tu madre a¿cómo decís que se llama?

—Helena, pero no quiero hablar de ella ahora —respondió Eva que estaba fascinada escuchándolo— mejor dime, ¿quién de las dos es tu verdadera madre? Supongo que Silvina, eres güero como ella. ¿De ella heredaste la hemofilia?

—Qué sé yo de quién, tal vez de las dos. La combinación de la sangre de ambas. Las dos son mis madres Mirá, Killa moría de ganas por tener un bebé. Llegar a término los nueve meses, sentir las pataditas y eso ya sabés. Silvina no, pero no quería que, si tenían un hijo, solo fuera de Killa con el esperma de qué sé yo sasí que inseminaron un óvulo de Silvina y se implantó en el vientre de Killa. Ella me tuvo en su vientre y me oformé con su sangre y sus sentimientos, pero con el ADN de Silvina. Soy hijo de ambas —concluyó y volvió a tocarla.

Max la tocó más rápido, cada vez más rápido hasta que Eva estalló en una carcajada de cosquillas y de enuevo comenzaron a amarse y Runa a cazarles los pies. Esa noche de secretos, Eva supo que las cicatrices ade Max en los brazos eran rasguños de Runa, heridas que ya hacían costra. Sintió que lo amaba, con la emisma intensidad con que la lluvia hacía interminable a la noche.

69

Los milagros no existen. Eva lo confirmó la mañana del domingo. A las 8:27, mientras dormía al lado d
Max comenzó el apagón. Las convulsiones lo despertaron. Cualquier otro se habría levantado de l
cama de un salto, como hizo Runa. La gata negra salió disparada, pero Max no. Era como si toda su vida s
hubiera preparado para ese momento. Recostó a Eva de lado y sostuvo ese cuerpo cruzado por relámpago
para que no rodara y cayera. Ese cuerpo de mejillas amoratadas y ojos en blanco que se contorsionab
sobre su cama. Ese cuerpo desnudo y rígido como un mármol que llora. Ese cuerpo que se quebraba sobr
su propio eje y estiraba los pies y doblaba las manos y golpeaba una y otra vez su cabeza contra l
almohada. Ese cuerpo que soltó esfínteres y que parecía luchar contra su propia naturaleza y su piel fue de
rojo al púrpura y luego al blanco marfil de gemidos y resuellos. Ese cuerpo que había amado una noch
antes con intensidad de olas y que se había entregado con ritual de marea. Ese cuerpo herido
convulsionado, hecho más de fallas que de horizontes, gritos en el espejo nacarado de la conciencia. Es
cuerpo y sus cicatrices, que él memorizó más que sus lunares. Ese cuerpo que por minutos dejaba de ser é
mismo y quedaba a merced del abismo. Ese cuerpo que Max respiró con todos sus poros y que imprimi
sudores en las sábanas. Ese cuerpo soñado, transparente, húmedo aún entre las llamas del colapso. Es
cuerpo era el de Eva y su epilepsia. Max la contuvo con delicadeza, puso su mano sobre la cabeza de Eva
contó del diez al uno. Al fin paró y Eva abrió los ojos. Lo miró y supo de qué se trataba. Los volvió a cerrar
las lágrimas rodaron por sus mejillas. Max de nuevo se acostó a su lado, la abrazó y también los rodeó e
silencio.

69

Los milagros no existen. Eva lo confirmó la mañana del domingo. A las 8:27, mientras dormía al lado de Max comenzó el apagón. Las convulsiones lo despertaron. Cualquier otro se habría levantado de la cama de un salto, como hizo Runa. La gata negra salió disparada, pero Max no. Era como si toda su vida se hubiera preparado para ese momento. Recostó a Eva de lado y sostuvo ese cuerpo cruzado por relámpagos para que no rodara y cayera. Ese cuerpo de mejillas amoratadas y ojos en blanco que se contorsionaba sobre su cama. Ese cuerpo desnudo y rígido como un mármol que llora. Ese cuerpo que se quebraba sobre su propio eje y estiraba los pies y doblaba las manos y golpeaba una y otra vez su cabeza contra la almohada. Ese cuerpo que soltó esfínteres y que parecía luchar contra su propia naturaleza y su piel fue del rojo al púrpura y luego al blanco marfil de gemidos y resuellos. Ese cuerpo que había amado una noche antes con intensidad de olas y que se había entregado con ritual de marea. Ese cuerpo herido, convulsionado, hecho más de fallas que de horizontes, gritos en el espejo nacarado de la conciencia. Ese cuerpo y sus cicatrices, que él memorizó más que sus lunares. Ese cuerpo que por minutos dejaba de ser él mismo y quedaba a merced del abismo. Ese cuerpo que Max respiró con todos sus poros y que imprimió sudores en las sábanas. Ese cuerpo soñado, transparente, húmedo aún entre las llamas del colapso. Ese cuerpo era el de Eva y su epilepsia. Max la contuvo con delicadeza, puso su mano sobre la cabeza de Eva y contó del diez al uno. Al fin paró y Eva abrió los ojos. Lo miró y supo de qué se trataba. Los volvió a cerrar y las lágrimas rodaron por sus mejillas. Max de nuevo se acostó a su lado, la abrazó y también los rodeó el silencio.

10

Eva y Max despertaron al mediodía. El desayuno los esperaba en el patio. Killa había dispuesto una mes con mantel de lino, el que usaban para los grandes almuerzos, bajo el naranjo. La sombra era fresca y perfumada. El patio estaba recién barrido, fresco, no había charcos ni rastros de la tormenta de anoche Había música de tango que se aceleró cuando bajaron las escaleras con Runa pisándoles los talones. «E milonga», le dijo Max. «Es como un tango, pero más rápido». Tanto Silvina como Killa estaban solícitas y acomedidas. «Tengo que cepillar a Runa, no me lo perdona. Son nuestras rutinas», comentó Max.

Aunque Eva sentía un leve dolor de cabeza, se sentó a disfrutar el sol luminoso y acogedor que la salpicaba por entre las goteras del naranjo. De nuevo vestía el short y la camiseta de Max. Podría se extraño amanecer en la casa de unas amables desconocidas, sin embargo, Eva se sentía tranquila, como s conociera a sus anfitrionas de toda la vida. No quiso mencionar su leve punzada, ni a Max ni a ellas, prefirió dejar que pasara y disfrutar el desayuno. Había papaya y una fuente de frutas, yogurt, miel y pan tostado huevos con chorizo y lentejas, cruasanes y conchas de chocolate. Un almuerzo enorme para la familia de Max.

—Por favor, *mama*, ¿qué es todo esto? —preguntó Max al volver y ver las viandas—. Eva creerá que somos como la bruja de Hansel y Gretel, que queremos engordarla como un chancho...

—Así se desayuna en Guadalajara, ¿verdad, Eva? —respondió Killa.

—Nosotros desayunamos una media luna y mate, y ya está —indicó Max y sorbió su mate. Luego se lo pasó a Eva—. ¿Querés? Es mate.

Eva se fijó en las recientes heridas de Max en los brazos, algunas aún sangraban. Él le dijo que eran rasguños de Runa o mordidas, su ritual de cada mañana mientras la cepillaba. Eva bebió del mate como él le indicó y luego lo pasó a las demás. Cada persona rellenaba la matera con más agua caliente, sorbía y volvía a pasarlo, siempre con la bombilla hacia el frente. Así hasta darle la vuelta a las cuatro personas que ocupaban la mesa. Eva solo se sirvió un poco de papaya y un poco de huevo. Extrañó su Choco Milk, pero tampoco se atrevió a preguntar si tenían. Supuso que no. Enseguida Max le preguntó a Eva si ya había leído *El perfume*, de Patrick Süskind.

—No —respondió—, no la conozco.

—Es un gran libro, ayer lo recordé en la presentación de tu mamá. Creo que lo tenemos. ¿Lo querés?

—Sí, gracias.

—También existe la película —afirmó Killa.

—Pero es mil veces mejor el libro, *mama*. A ver, voy a buscarlo y también te llevás *Nicolás y Alejandra*

la historia de los zares de Rusia que te conté. —Max se levantó de la mesa y fue al interior de la casa.

—Temprano hablamos con Julia, sabe que estás acá, que acá pasaste la noche —le dijo Silvina a Eva.

Hasta ese momento Eva recordó que no traía su celular, cayó en cuenta de que la noche anterior se había ido de su casa sin avisarle a nadie, que lo último que había visto fue la triste mirada de Cala. Se imaginó cuánto se habrían preocupado por ella, pero enseguida pensó que seguramente nadie había notado su ausencia, después del quilombo que se armó. Luego se preocupó por Paloma, «¿por qué Majo y ella no llegaron anoche?», se preguntó. Fue inevitable pensar en Capi, su cumpleaños diecinueve, ¿dónde lo habría pasado?, ¿con quién? Una nube pasó por el patio de los Fiore y para Eva fue premonición de futuras tormentas. Max notó un cambio en ella y se apresuró a distraerla.

—Vení, quiero mostrarte algo.

—Sí, voy y luego me llevas a mi casa —le respondió Eva mientras levantaba algunos platos de la mesa.

—Deja, nena —la interrumpió Killa y le quitó los platos—. Nosotras recogemos.

Eva volvió con Max a su habitación, y Runa se fue detrás de ellos. La cama estaba sin tender. Runa brincó hasta la almohada y desde ahí vio toda la escena. Él sacó su libreta de dibujos y le mostró a Eva sus villanos, Bolsonano y su par de ayudantes, Poncho y Kike Menso, un par de paraguayos capaces de hacer lo que fuera para tener contento a su jefe. Lo que sea, hasta cruzar a nado un río lleno de pirañas. Eva vio los dibujos, pero no demostró mucho interés. Estaba tensa. De pronto el recuerdo de Capi le había nublado estos momentos de felicidad. Ella misma no sabía por qué, cómo manejarlo. Max también la notó inquieta sobre todo cuando intentó besarla y ella discretamente volteó la cara. Entonces él le propuso llevarla y ella le pidió ir al baño a cambiarse. De nuevo se puso su vestido de noche. De nuevo se subieron a la Vespa ahora sí cada uno con su casco, y cruzaron la ciudad.

El lunes, después de la clases, Eva, Paloma y Majo se reunieron en la habitación de Majo en la residencia. Ese sería su nuevo centro de operaciones y el sitio ideal, por estar dentro y no de la prepa, para las sesiones del Club de la Verdad. Eva le dijo a su mamá que seguía en la escuela y Paloma también y, de algún modo era cierto. Las tres aventaron sus mochilas a la cama y se sentaron en el suelo. «Yo convoco», dijo Eva y levantó la mano y pronunció el juramento del club. Las otras dos ya sabían qué hacer y, por primera vez, las tres se arrebataban las palabras.

—Baby, cuánta falta me hiciste ayer. ¿Dónde te metiste?

—Ahora les cuento. ¿Qué pasó, Pola?

—Mi mamá lo sabe todo —puntualizó Paloma—. Es bruja.

—¿Ya le dijiste? —preguntó Majo.

—No, les digo que es bruja. Ayer no salimos a comer, lo que me pareció muy raro por ser domingo. Comimos en casa solo mi papá, mi mamá y yo. Al terminar, ella me ofreció un cigarro, nada extraño, era «nuestro ritual», decía mi mamá. Por primera vez yo me negué. ¿Te das cuenta, Eva? Me negué y de inmediato me lo soltó: «¡Paloma, estás embarazada!». —Pola calló y comenzó a temblar. De nuevo el coraje volvió a su rostro—. Me dijo que se había dado cuenta por el olor de mi ropa y de mi cuarto, ya no olía a cigarro. Luego me dijo: «seguro es de ese muchachito sin oficio ni beneficio». No quiero contarles cómo me puse y lo peor vino cuando me dijo, apuntándome con el tenedor a la cara: «aún no pueden hacerse cargo de su vida y ya creen que pueden cuidar a un recién nacido. Ese niño no va a nacer».

—¡Cómo!, ¿eso te dijo? —gritó Eva.

—¿Tu papá qué dijo? —preguntó Majo.

—Nada, él callado, como si nada pasara. Les juro que hasta siguió comiendo como si nada pasara, como si solo fuera un asunto entre mi mamá y yo. Ahora resulta que tengo que proteger a mi hijo de mi propia madre. Ayer te busqué y te busqué, Eva, y nada. Tampoco pude ver a Majo. ¿Dónde se metieron?

—Ay, Pola, qué horror. Nosotras te cuidaremos. Nada te va a pasar —la consoló Eva y continuó—: En mi casa las cosas se pusieron mal, qué bueno que no fueron. Tronó la bomba entre mis papás en pleno lanzamiento del perfume. Curiosamente todo comenzó a apestar...

—Algo escuché decir a mi mamá sobre mi tía Julia —interrumpió Paloma.

—Me fui con Max...

—¡¿A su casa?! —la interrumpieron de nuevo Majo y Paloma— ¿Y qué pasó?

—Más bien, ¿pasó? —preguntó Paloma.

—Sí, pasó. Max es un tierno, es adorable, es...

Eva guardó silencio y dirigió la mirada hasta el fondo, miraba un infinito más allá de la ventana y en esos segundos recordó las caricias de Max, sus besos con sabor a hierba mate, su piel caliente y la transpiración de su pecho, sus tatuajes, su voz con un timbre de viento, tan nuevo y familiar a la vez. Luego sin saber por qué, recordó los catorce mensajes que tenía de Capi en su celular y su largo mensaje de voz Duraba más de cuatro minutos y Eva no lo había escuchado completo. Capi estaba borracho, Eva pensó que solo así podía decir todo lo que le confesó, abrir su corazón. Antes de llegar a la mitad del mensaje de voz ade pie frente a su escritorio, recién llegada de la casa de Max, con el vestido de noche aún puesto, Eva scomenzó a llorar y apagó el celular.

—¡¿Es qué?! —La voz de sus amigas regresó a Eva al presente.

—Ayer fue el cumple de Capi, cumplió diecinueve y yo no lo vi —se quejó Eva.

—¿Quién se acuerda de Capi en estos momentos, baby?

—Yo. Cuando Max y yo salimos de casa ayer en la noche, olvidé mi celular, por eso no te respondí, Pola ani a Majo, ni a mi mamá ni a Dana. Tampoco a Capi...

s —Fue mejor, baby, o no hubieras hecho nada de nada. Te cogiste al Príncipe de Roma. ¿Qué tal? —dij Paloma como anuncio de cartelera.

s —Pola —murmuró Eva—. No cogimos, no pude, de pronto no sé qué me pasó y no pude continuar —dij y no quiso revelarles que toda la noche tuvo a Capi metido en su cabeza, que cada caricia de Max, cad ,húmedo beso era inevitable compararlo con Capi—. Sin embargo, me tocó y me besó como nunca hab aimaginado que sentiría. Respetó mi decisión de dejarlo para otra ocasión. Les digo que Max es un caballero ,es... —Un suspiro hizo que guardara silencio y continuó—: Para finalizar —hizo otra vez una pausa—, odi decir esto. Como era de esperarse, la niña no se tomó sus pastillas y, zaz, el apagón.

—¿Te vino un apagón en pleno faje? —Paloma se tapó la boca.

. —Ay, no me digas —exclamó Majo y se levantó a buscar su mochila, sacó un paquete de galletas Oreo sSe comió una y les ofreció. Ninguna de las dos quiso.

, —No, por suerte el apagón vino después, temprano en la mañana. Creo que hasta me hice pipí en su ,cama. ¡Qué vergüenza! Pero él estuvo como si nada. Me cuidó. Es un tierno.

s —¿Ves?, realmente es un príncipe —opinó Majo—. Por cierto, nadie sabe nada de Capi. Como si se l hubiera tragado la tierra.

—¡Otra vez! —gritó Paloma.

—Sí, Santi lo estuvo buscando como loco, por su cumple. Desde que se fue de su casa no sabe nada de él Siento que está muy preocupado, no sé, no lo veo bien.

—¿Preocupado por Capi? Majo, dile a Santi que se relaje, ya aparecerá. Cuando menos lo esperemos .aparecerá.

a —Dice Santi que ahora tiene un mal presentimiento, desde que apareció Cejudo en la prepa, dice qu ealgo no anda bien.

e —¿Cómo que algo no anda bien? ¿Santi cree que Cejudo le pueda hacer daño? Tendríamos qu abuscarlo, ponerlo sobre aviso —dijo Eva cada vez más alterada.

e —Calma, baby, no pasa nada. Capi sabe cuidarse muy bien —respondió Paloma para calmarla, d ocualquier manera conocía a su amiga y sabía que Eva no se quedaría tranquila, sobre todo, después de l que Majo agregó.

—El viernes Cejudo interceptó a Santi en el estacionamiento y, aunque no lo amenazó, le dijo que l traía en la mira...

o —Eso es una amenaza, Majo, ¿cómo dices que no lo amenazó? Hasta nosotras deberíamos de tene acuidado... —la interrumpió Eva y a su vez, a ella la interrumpió Paloma.

—Ese tipo es un pendejo, ¿qué nos puede hacer?

i —No es ningún pendejo, Pola, es un mafioso que nos trae ganas, ya ves el video que hizo viral. ¿¡Cóm opuedes estar tan tranquila, Pola!?

Eva estaba cada vez más alterada y comenzaba a poner de nervios a las demás. La sesión del Club de l Verdad se puso tensa y cada una alzó más la voz. No solo se trataba de Capi, cada una tenía ya sus motivo para temer una emboscada de Cejudo o de alguien más cercano, como era el caso de Paloma.

—¡Ahora resulta que no solo tengo que cuidarme de mi mamá, también del pendejo de Cejudo!

—Por eso tenemos que encontrar a Capi.

—¿Él de qué nos va a servir? ¡Por Capi es que estamos metidas en este embrollo! —chilló Paloma y s

llevó una mano al vientre.

—Cálmense, nada va a pasar —intervino Majo más serena—, primero tenemos que cuidarnos entre nosotras, estar comunicadas en todo momento. Eva, no puedes olvidar de nuevo tu celular. Pola —dijo señalando a Paloma con una galleta Oreo—, tienes que estar segura de que nada le va a pasar a tu bebé —concluyó Majo y se levantó a abrir la ventana. El calor también comenzaba a cercarlas.

De pronto sonó el celular de Eva y ella lo buscó en los bolsillos de sus jeans, no recordó que lo había puesto en su mochila. Estaba segura que sería un WhatsApp de Capi. De nuevo deseaba con todas sus fuerzas que fuera él, pero no, era de Max. Ese lunes él había entrado a la universidad y le mandó una foto de su primer día en el CUAAD.

llevó una mano al vientre.

—Cálmense, nada va a pasar —intervino Majo más serena—, primero tenemos que cuidarnos entre nosotras, estar comunicadas en todo momento. Eva, no puedes olvidar de nuevo tu celular. Pola —dijo señalando a Paloma con una galleta Oreo—, tienes que estar segura de que nada le va a pasar a tu bebé —concluyó Majo y se levantó a abrir la ventana. El calor también comenzaba a cercarlas.

De pronto sonó el celular de Eva y ella lo buscó en los bolsillos de sus jeans, no recordó que lo había puesto en su mochila. Estaba segura que sería un WhatsApp de Capi. De nuevo deseaba con todas sus fuerzas que fuera él, pero no, era de Max. Ese lunes él había entrado a la universidad y le mandó una foto de su primer día en el CUAAD.

11

El primer día de clases de Max en el Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño, mejo conocido como CUAAD, fue un desastre. Casi lo atropellan. En la mañana, mientras Killa insistió e llevarlo por ser su primer día de clases, Silvina dijo que no, que Max no era un nene y que para eso l habían comprado la Vespa. Max le prometió a su *mama* tener mucho cuidado y manejar con prudencia Pero él no contaba con el tráfico de la ciudad ni con los choferes de camiones que son unos brutos. Fue un de la Ruta 608 quien estuvo a punto de arrollarlo, por querer ganar un pasaje, se le cerró a otro camión Max quedó en medio. Por un movimiento intuitivo, esquivó el golpe y se detuvo en la esquina de Migue Blanco y 16 de septiembre a tomar aire. Paró frente a dos templos enfrentados. Después supo Max que era Aránzazu y San Francisco.

Ese día llegó tarde a su primera clase y de regreso decidió no contarles nada a sus madres o amba insistirían en llevarlo en auto y de la mano. Max decidió irse en moto hasta ese punto que él llamó com Encuentro Divino, estacionar la moto en el parque y continuar caminando hasta la Calzada Independencia Los primeros días así lo hizo, en la Calzada abordaba el macrobús y llegaba hasta el CUAAD. El campu estaba rodeado de jardines y tenía las espectaculares vistas de la Barranca de Huentitán.

Sería hasta el 29 de agosto cuando Max Fiore cambiaría la dinámica de sus días y volvería a sus larga caminatas. A media mañana recibió un WhatsApp de Beto Quezada en el cual le informaba que por fin s cumpliría su sueño y los caicos subirían el Iztaccíhuatl. Aún no se conformaba el grupo, pero no sería muchos, cuatro o cinco. Le pidió que le confirmara su asistencia. Había que reservar boletos de avión a l Ciudad de México y hospedajes. Quizá también irían a Puebla y Cholula. Beto programó el viaje para e feriado del 16 de septiembre. Max de inmediato le confirmó y le contó a Eva. Ese día la invitó a comer a s casa. Como era 29 del mes, y según la tradición argentina, habría ñoquis para comer. Los ñoquis son un pasta muy sencilla, son bolitas alargadas de papa bañadas con una salsa de jitomate.

—Hay muchas versiones de por qué se comen ñoquis todos los días 29 de mes... —le dijo Max a Eva sentados en la mesa del comedor.

—La tradición que nosotros seguimos —lo interrumpió Silvina—. Nuestros antepasados italianos, lo más pobres, cuando no llegaban a fin de mes, comían pasta con ingredientes rebaratos, además d energéticos, como los carbohidratos de la papa. Solo que ahora lo comen todos, ricos y pobres —le explicó.

Eva de inmediato pensó en los frijoles, que se comen en todo México, también por ricos y pobres Volvió a ver la dinámica familiar y no notó nada anormal, como le había dicho su abuela Esther el doming anterior en la comida familiar. Se había referido a la familia de Max Fiore como degenerados, famili

disfuncional, y dijo que «los hijos de parejas del mismo sexo también terminaban desviándose o metidos en drogas». Eva le respondió que si no los conocía mejor no opinara, y que para familia disfuncional la suya llena de secretos y mentiras, con su papá convenientemente de viaje y su mamá sosteniendo las apariencias como si eso fuera lo más importante. Ni qué decir de Dana, que no solo no comía carne, había regalado todo lo que oliera a animal y hasta se negaba a usar zapatos de cuero. Nadie contradijo a Eva, se levantó de la mesa y fue a la sala. Dana se quedó con la boca abierta y un pedazo de calabaza en el tenedor. Minutos después Julia fue a decirle que le pidiera perdón a su abuela y Eva respondió: «yo solo externé mi opinión así como mi abuela dijo la suya. No veo por qué tenga que pedirle perdón por decir lo que pienso». Las madres de Max eran educadas, atentas y sensibles. No les importaba el qué dirán, ni aparentar lo que no eran o pensaban. Amaban a Max y, sobre todo, lo dejaban expresarse, le permitían ser él y tomar sus propias decisiones.

—¿Este es mi plato, *mama*? —preguntó Max señalando sus ñoquis.

—Sí, es el especial.

—¿Qué tiene de especial? Yo los veo iguales —dijo Eva.

—Mis ñoquis no tienen sal...

—¿Por?

—Desde ya me estoy preparando para subir al Izta y no debo de comer tanta sal por lo menos dos semanas antes de la salida.

Eva vio a su alrededor, había dos libreros de madera rústica, llenos de libros; en los extremos de cada repisa había fotos de la familia, pequeñas muñecas indígenas de Perú y un par de toritos multicolores. Las puertas al patio estaban abiertas y un leve viento hacía hondear la bandera gay, que salía de entre los lomos de los libros. La casa era acogedora y a Eva le parecía un espacio familiar, quizá porque los cuadros de Killa estaban por todos lados. No eran las pinturas que ella había ordenado en la galería, pero el estilo de Killa Kusi era inconfundible. En el estante más alto del librero de la izquierda había una foto en blanco y negro de una mujer que a Eva le llamó la atención.

—¿Quién es ella? —preguntó al tiempo que Runa brincaba a la mesa y se movía entre los platos.

—¡Runa, bájate! —ordenó Max.

—Por mí está bien —dijo Eva y vio que la gata se acercaba a ella y olía su plato.

—Es Eva Perón —contestó Silvina con tono de orgullo—, una mártir.

—Fue la esposa del presidente Juan Domingo Perón, una mina que vio mucho por los pobres de la Argentina —agregó Max.

Siguieron comiendo con Runa en un extremo de la mesa, mirándolos. Al final Killa llevó una fuente de fruta y Eva se comió una manzana. Recordó a su *oma* y su frase «*An apple a day keeps the doctor away*». Había olvidado comer una manzana al día. Enseguida que terminaron, Eva y Max subieron a su habitación. Al ver que se alejaban, Runa saltó hasta los hombros de Max, se aferró a su camiseta negra y él hizo «auch» al sentir las garras de su gata. Max la equilibró en su hombro, la contuvo hasta que llegaron al cuarto, y se agachó un poco para que Runa saltara a la cama.

—Tengo algo que preguntarte de tus personajes de El Gran Circo Volta: ¿tienen poderes y cómo los obtienen? —dijo Eva y de momento no supo dónde sentarse.

Vio la cama tendida con una colcha multicolor como la bandera gay y a Runa sobre la almohada, y el recuerdo de la otra noche le recorrió el cuerpo. Ese sábado todo había cambiado o puesto patas arriba, no solo en su casa y por la situación ambigua en la que estaban sus padres, sino también con ella y sus sentimientos. Sentía que Max la amaba y que se esforzaba por conquistarla, pero ella y sus indecisiones.

—Sí tienen poderes, los obtienen por una mutación. En una de sus giras por el Amazonas, un gran laboratorio clandestino de fármacos explota muy cerca de donde está instalado el circo. Algo así, aún no lo tengo todo claro —le contestó y cerró la ventana. Afuera el cielo comenzaba a nublarse.

—Ya casi termino *Nicolás y Alejandra*, qué historia.

—¡Viste! La caída del Imperio ruso por la hemofilia del Zarevich. El heredero del trono, y los zares y toda la corte en manos del consejero Rasputín.

—¿No podía heredar una de sus hermanas?

—No, en Rusia había ley sálica, que es aquella en la que solo pueden heredar los hijos varones, por eso el zarevich Alexis tenía tantas hermanas.

—Y comenzó la Revolución rusa y el comunismo en el mundo —concluyó Eva y sintió que la mirada de

Max le quemaba la piel. Él estaba sentado en la silla de su escritorio. Runa parecía dormida—. Traje *El libro de los anhelos* —dijo Eva y buscó su mochila, la cual se había quedado abajo.

—Voy por tu mochila —dijo Max y bajó.

Ese momento a solas, Eva lo aprovechó para tomar aire, ver todo a su alrededor con detenimiento, el orden de Max en su escritorio, una soga de escalar enrollada en el piso y un mosquetón en un extremo. La foto del Iztaccíhuatl. «De verdad parece una mujer dormida», pensó. Ella no lo sabía, pero esa era la última vez que estaría en el cuarto de Max. De cualquier manera, vio todo con detenimiento: una pila de libros sobre el buró, bocetos de dibujos, «personajes llenos de vida», pensó. Luego se preguntó qué hacía ahí. Max era un gran chico y ella se sentía a gusto a su lado. «¿Cuánto tiempo tiene que pasar para volverme a enamorar? ¿Cómo hago para olvidar el pasado, para dejarlo atrás? ¿Por qué Capi no es lindo como Max y por qué a Max le falta la fuerza de Capi?». La cabeza de Eva daba mil vueltas y justo antes de que regresara Max, Eva recordó un fragmento del mensaje de voz de Capi: «Mi mayor miedo en la vida se cumple a diario y es esta soledad que me aprisiona». Al escuchar que Max llegaba, volvió a sentarse en la cama.

—Ten —le entregó Max la mochila y Eva buscó en su interior.

—Me vas a matar, no he escrito mucho. Últimamente no he tenido tiempo.

—No importa —dijo él y abrió la libreta, apenas había seis páginas escritas— las ilustraré.

Max se sentó a su lado, y aunque notó un cambio en ella desde que volvió con la mochila, como si estuviera a la defensiva, él sintió una mirada triste en el fondo del ánimo de Eva. Aun así se le acercó, cada vez más, buscando con su mirada sus labios. Ella se inclinó un poco hacia atrás y él entendió todo. Se levantó y se sintió extraño en su propio cuarto. Quería salir huyendo, pero ¿a dónde? Quería decirle tanto pero ¿cómo? En medio de su habitación, Max se sentía tan solo e indefenso, como se sentiría en unos días más en la montaña.

—Ya me voy —dijo Eva sintiendo su propia incomodidad.

—Disculpáme.

—No, no, discúlpame tú... yo solo... es que yo... —Eva ya no supo qué más decir y comenzó a sentir que los ojos se le inundaban.

—Cachorro, perdóname vos a mí, soy un pelotudo, yo solo —dijo él, hincado frente a ella y no continuó porque Eva lo interrumpió.

—Vas a decir que lloro mucho.

—No digas eso, Cachorro —le pidió Max al ver que dos enormes lágrimas bajaban por las mejillas de Eva.

Max la abrazó y esa última palabra que dijo desarmó a Eva por completo. Se sintió segura y tranquila a su lado. Pensó que todo era cuestión de tiempo, aunque eso era lo que menos tenían. Comenzaron a besarse, con tal ternura que Eva estaba dispuesta a todo. Max recibió un mensaje en su celular. Lo ignoró. Enseguida otro. Tampoco le hizo caso. Seguía perdido en aquellos instantes eternos de quietud. Luego se escuchó el timbre de la casa y la voz de Killa que le decía a Max que Beto Quezada estaba en la puerta. Eva detestó que ese chico los hubiera interrumpido.

Beto llegó acompañado de Manuel, el chico tartamudo. Max había quedado con Beto en prestarle un par de bastones, así que abrió su clóset y se los bajó. Eva alcanzó a ver un poco, le pareció distinguir decenas de camisetas de todos colores perfectamente dobladas. De pronto se sintió mal consigo misma por fisgonear. Pronto se le pasó y recordó el dicho «la curiosidad mató al gato». Buscó a Runa sobre la cama, y no estaba. La encontró con medio cuerpo metido en su mochila, fisgoneando. Sobre el escritorio de Max había papeles, libretas de dibujo, lápices de colores y una pequeña engrapadora negra. Eva la cogió y cerró en el puño. Realmente era pequeña, un fetiche. Se la quedaría, también una camiseta, que metió al fondo de su mochila. Eva se asomó por la ventana y vio a Max y a los otros dos chicos al pie de un auto blanco charlaban. Manuel ya tenía los bastones en la mano. De pronto los tres voltearon hacia la ventana y Eva se movió deprisa, no quería que la vieran. Sin querer, movió el *mouse* de la computadora de escritorio y la pantalla de la Mac se iluminó. El Facebook de Max estaba abierto en el muro de Capi, el cual tenía casi abandonado. Enseguida vio en la pantalla las pestañas superiores, también el Instagram de Capi estaba visible. Una tercera pestaña era un periódico *on line* y la noticia que Eva leyó la dejó helada: «Vuelve con todo el abogado Roberto Garcés». «El papá de Capi», se dijo Eva y no pudo evitar sentirse fuera de lugar. Apretó el puño varias veces y descargó la engrapadora. Entonces recordó las palabras de Max el día que le reconoció en la expo de pintura de Killa Kusi: «Todos somos un poco *stalker* en nuestros ratos libres». Ahora

ella lo estaba *stalkeando*, pero Max aún seguía los pasos de Capi. Empezaba a no entender nada cuando Runa se puso alerta, Max volvía subiendo las escaleras de dos zancadas.

Max encontró a Eva de espalda a su escritorio, con la mirada encendida y tensa. Como segundo vistazo lvio los colores de su computadora y supuso que venía un quilombo. «Qué boludo que sos», se dijo. Runa asaltó hasta los hombros de Max, él se la quitó de encima y la puso sobre la cama.

—Me sorprende el silencio de los gatos —dijo Eva—. Supongo que son los mejores para guarda ssecretos.

Al decir secretos, Eva recordó las mentiras de Capi, las de su padre y todo el rompimiento de su famili apor ocultar, fisgonear o *stalkear*. Estaba harta de las mentiras, las suposiciones y los secretos. «¿Hast ydónde sigue Capi metido en mi vida y ahora en la de Max?», se preguntó y el corazón comenzó a advertirle a«¡Bum! ¡Bum!».

—De vez en cuando reviso sus redes. Solo por precaución —dijo Max y se acercó a Eva, pero ella se dio la vuelta.

—Creo que mejor me voy —apuntó ella y tomó su mochila del suelo.

—Yo te llevo —la interrumpió él sin entender del todo lo que pasaba.

—Prefiero caminar, es lo más natural del mundo —dijo Eva y continuó—: si las aves vuelan porque itienen alas, los humanos caminamos porque tenemos piernas, ¿recuerdas?

Se echó la mochila al hombro y salió. En la puerta se despidió de Killa, quien notó que se iba cas ehuyendo, contrariada. Al salir a la calle Eva se enfrentó a la agonía de la tarde. Comenzó a sentirse ,perseguida. ¿Qué de malo había en que Max estuviera revisando las redes de Capi? Si hubieran sido las ssuyas, Eva no habría tenido problema, pero Capi era un asunto suyo, aunque casi lo hubiera mandado a hospital por aquel golpe. Eva se preguntó si estaba exagerando. Se fue porque otra vez se había sentido acorralada, como sucedió en casa de Capi. «No puedo seguir huyendo», se dijo, y siguió sin rumbo fijo hacia donde ella creía que estaba la Minerva cuando, a los pocos minutos, se soltó una tormenta con la misma efuria que sus pasos. Caminaba por López Cotilla y antes de llegar a Unión, paró en seco y miró la calle, a la gente, los autos. Estilaba agua y los autos pasaban a su lado ya con las luces encendidas.siguió andando óMax le había enseñado a caminar bajo la lluvia. «Pero tampoco puedo olvidar el mensaje de Capi» murmuró Eva y se enchufó los audífonos del celular y escuchó su largo mensaje.

e

a
a
.
e
a

a
r
r
a
x
ó
a
,
e
a
i
a
n
.
o
a

ella lo estaba *stalkeando*, pero Max aún seguía los pasos de Capi. Empezaba a no entender nada cuando Runa se puso alerta, Max volvía subiendo las escaleras de dos zancadas.

Max encontró a Eva de espalda a su escritorio, con la mirada encendida y tensa. Como segundo vistazo vio los colores de su computadora y supuso que venía un quilombo. «Qué boludo que sos», se dijo. Runa saltó hasta los hombros de Max, él se la quitó de encima y la puso sobre la cama.

—Me sorprende el silencio de los gatos —dijo Eva—. Supongo que son los mejores para guardar secretos.

Al decir secretos, Eva recordó las mentiras de Capi, las de su padre y todo el rompimiento de su familia por ocultar, fisgonear o *stalkear*. Estaba harta de las mentiras, las suposiciones y los secretos. «¿Hasta dónde sigue Capi metido en mi vida y ahora en la de Max?», se preguntó y el corazón comenzó a advertirle: «¡Bum! ¡Bum!».

—De vez en cuando reviso sus redes. Solo por precaución —dijo Max y se acercó a Eva, pero ella se dio la vuelta.

—Creo que mejor me voy —apuntó ella y tomó su mochila del suelo.

—Yo te llevo —la interrumpió él sin entender del todo lo que pasaba.

—Prefiero caminar, es lo más natural del mundo —dijo Eva y continuó—: si las aves vuelan porque tienen alas, los humanos caminamos porque tenemos piernas, ¿recuerdas?

Se echó la mochila al hombro y salió. En la puerta se despidió de Killa, quien notó que se iba casi huyendo, contrariada. Al salir a la calle Eva se enfrentó a la agonía de la tarde. Comenzó a sentirse perseguida. ¿Qué de malo había en que Max estuviera revisando las redes de Capi? Si hubieran sido las suyas, Eva no habría tenido problema, pero Capi era un asunto suyo, aunque casi lo hubiera mandado al hospital por aquel golpe. Eva se preguntó si estaba exagerando. Se fue porque otra vez se había sentido acorralada, como sucedió en casa de Capi. «No puedo seguir huyendo», se dijo, y siguió sin rumbo fijo hacia donde ella creía que estaba la Minerva cuando, a los pocos minutos, se soltó una tormenta con la misma furia que sus pasos. Caminaba por López Cotilla y antes de llegar a Unión, paró en seco y miró la calle, a la gente, los autos. Estilaba agua y los autos pasaban a su lado ya con las luces encendidas.siguió andando, Max le había enseñado a caminar bajo la lluvia. «Pero tampoco puedo olvidar el mensaje de Capi», murmuró Eva y se enchufó los audífonos del celular y escuchó su largo mensaje.

12

Efectivamente la ira me consume desde hace tiempo. Vivo enojado, es doloroso sentirlo y reconocerlo
He vuelto a estar a la defensiva todo el tiempo, estallar a la menor provocación; lo sé, me doy cuenta
no he hecho nada para solucionarlo. Vivo frustrado. Vivo en una burbuja, preocupado, estresado. Mi mayo
miedo en la vida se cumple a diario y es esta soledad que me aprisiona, creo que la merezco y por eso l
procuro y no la ahuyento. No tengo justificación y quizá no tenga remedio, creo que mi destino es l
soledad. Lo he pensado varias veces, siempre estoy seguro de que me quedaré solo, quizá lo que deberí
hacer es irme a la verga de una vez de tu vida. Tú lo llamas control, pero yo lo llamo miedo, pavor a que m
destino se haga realidad muy pronto, y a veces lo provoco con mis arranques de ira, o simplemente a vece
por mi falta de ganas de seguir viviendo; siempre algo provoca mi destino solitario, ese que al final m
alcanzará. Aunque no quiero este destino inevitable. He querido ponerme las pilas de nuevo, volver a
taekwondo, armar una rutina, pero no he podido, algo me gana, este miedo a no ser a no estar me paraliza
Tu ausencia me sobrepasa de diferentes maneras.

Eva, te hablo con el corazón en la mano. Si estoy borracho, es porque solo así puedo decirte lo qu
siento y sufro, y al hablar siento paz y tranquilidad. Al final solo yo estoy para mí, así funciona esto. Yo m
he equivocado, me sigo equivocando y, aunque sé que lo seguiré haciendo, quiero vivir mis días intentand
dejar de equivocarme, yo solo sé que quiero estar bien para mí y en consecuencia para ti y los demás. Esto
perdido, lo siento en mi alma, esta vorágine en la que vivo no me ha dado tiempo de encontrarme
recuperarme, no sé cómo retomar el camino. Lo que sí sé es que quiero estar a tu lado porque te amo,
quiero que me veas brillar como yo sé que puedo brillar, quiero que me ames con locura, que no puedas n
respirar sin mí como yo no puedo respirar sin ti.

Lamento tanto lo torpe que he sido. Te pido que ya no me castigues, que ya bastante me castigo y
solito. Te pido que me llames, aunque entiendo que no lo harás y no responderás a mis mensajes. Hoy es u
día especial para mí y tu silencio me dijo todo. Pero está bien, te entiendo. No, no te entiendo y te vuelvo
pedir que me llames. Por favor, llámame, contesta mis mensajes. Lo único que quiero y deseo es habla
contigo. Por favor. Llámame por favor, no es justo que me dejes así, mi cabeza y mi corazón están a punt
de reventar, y ya no sé cómo pedírtelo. Te lo suplico, llámame. Quiéreme por favor, un poquito al menos
llámame.

.
y
r
a
a
a
i
s
e
l
.

e
e
o
y
y
y
i

o
n
a
r
o
y

13

Estoy harta de llorar. Estoy harta de no saber a quién amo, de no decidir sobre mi futuro, de poner mi seguridad y mi días en manos de otras personas. ¿Quién puede saber lo que necesito más que yo? ¿Por qué no logro dejar el pasado e el recuerdo y seguir adelante? Dice Max que todos somos *freak*s. Todos tenemos una tara, un toc, una repetición de tic Somos un cúmulo de frustraciones y miedos. Esto último me lo dijo Karina ayer que estuve en su cubículo en la prepa Creo que Kari es la única persona en el mundo que está al tanto de nuestras vidas, la de Pola, Majo y la mía. Ayer fu intensa la plática. Me preguntó, me rebatió y me dijo que me respondiera estas tres preguntas.

1. ¿Dónde habita el amor, en el recuerdo o en el imaginario? Tantas noches he soñado con Capi, él guía mis mano sobre mi cuerpo, lo busco aun sabiendo que no lo encontraré, insisto más allá de mis labios y el recuerdo de su calo vuelve a encender mi piel hasta humedecer mi oscuridad. Pero al final no llega, Capi no está y su ausencia m lastima. Lo imagino escondido o huyendo desesperado a mitad de la noche, dejando que otros decidan por él Porque imagino que Capi no decidió ser un prófugo de sí mismo.
2. ¿Quién manda en el corazón? Yo. Quiero creer que así es. Yo quiero decidir sobre mi vida y mi futuro. Amar a Ma como siento que él me ama. Elijo quererlo a él y parece que me contradigo porque la presencia o la ausencia de Cap es una sombra, un fantasma que se aparece sobre todo en las noches, su voz sigue suplicando y golpeando con má fuerza en mi pecho. Sin embargo, Max es pura luz de día, resplandor infinito y agudo que reaviva todas mis alarmas.
3. ¿El primer amor es para siempre? Cuando se ama y se sufre con intensidad, sí, le respondí a Karina, y ella me dij que el amor no tiene por qué hacernos sufrir, que somos nosotros y nuestros caprichos quienes manipulamos a amor. Las promesas que no se cumplen son un fuego eterno, un incendio vivo que alimenta nuestra pasión, m aseguró, y yo le creo.

Lloro por Capi, por Max. Lloro porque dudo, porque amo y no me aman como yo quiero que me amen. Lloro por lo instantes perdidos, por los planes postergados. Lloro a medianoche y en los brazos de otro. Lloro sin saber por qué Lloro por un pasado que dejó de ser mío, que se quedó en la mirada del ayer. Ahora no tengo ojos más que para mí, par este dolor que me golpea cada que caigo. Lloro por el ruido de mi corazón y el silencio de las cosas al caer. Lloro porqu yo no quería ser esta que soy, en la que me he convertido, llena de miedos y repeticiones *freaks*. Lloro y odio que Ma piense de mí: a Eva todo la hace llorar.

s
n
:.
ı.
e

s
r
e
l.

x
ɔi
s

ɔ
ıl
e

s
:.
a
e
x

14

A Max no lo calentaba ni el sol. Habían pasado tres días desde que Eva fue a comer a su casa y él l notaba distante. Tardaba un poco más en responder sus mensajes y sus respuestas eran frías. Eva l dijo que la prepa la tenía con mucho trabajo y que la dinámica de su casa había cambiado desde aquel dí cuando su mamá presentó su perfume, y era verdad. Desde esa noche Otto se había mudado a vivir a la cas de su madre en la Seattle. Pero solo había estado ahí una semana, luego se fue a Tokio. Referente a Julia cada día parecía estar de peor humor. Desde temprano en la mañana amanecía ordenando, gritando pidiendo todo al momento y cualquier equivocación la exasperaba, lo que hacía que el piso 15 de la Torr Ónix funcionara como un reloj.

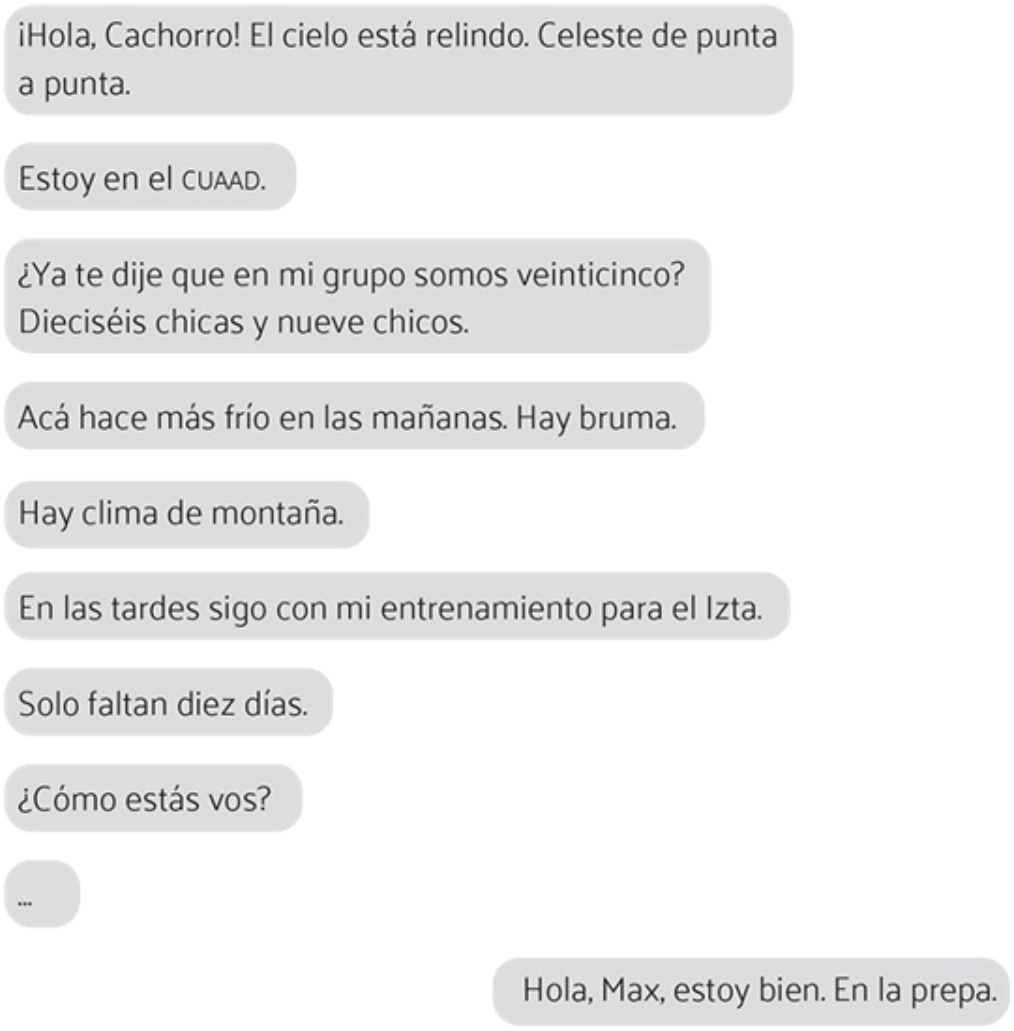
—Ayer me dijo Luzma que llegaste ensopada, Evita, ¿por qué no me llamaste? Hubiera ido por ti —l dijo Nabor cuando la llevaba a la prepa.

—Gracias, Nabor, pero tenía ganas de caminar...

—De mojarte, dirás —la interrumpió el chofer y dio vuelta para tomar Periférico. Esa mañana tambié había llovido—. ¿¡Qué tal si te da gripa o pulmonía!? Uno no sabe, con tanta contaminación, el agua s mezcla con tantas partículas que la lluvia se vuelve tóxica, Evita.

—Nada me pasó, llegué bien, solo muerta de frío. Gracias de cualquier manera —respondió y escuch una notificación de su celular. Estaba segura de que era Max. Le respondería más tarde.

Max Fiore continuó con su mañana en la universidad y, aunque Recursos Materiales era una de su materias favoritas, no perdía de vista su celular, esperando una respuesta o un saludo de Eva Otero. A Ma le encantaba el cielo de Guadalajara, celeste como el de los Altos del Perú, así como las vistas que ten desde el CUAAD: la Barranca de Huentitán, la cual había sido su primer *hiking* en esta ciudad. A Max l gustaba ver la frontera de sus sueños, la verde lejanía del horizonte desde el pasillo del Aula 38. Él podí ver que allá, a lo lejos, arriba de esa sierra infinita, seguía lloviendo. Pensó que un día podría llegar una hor antes de su primera clase y ver, desde ahí, el amanecer. Luego recordó el Iztaccíhuatl, esa sí sería una vist espectacular. Tan conmovido estaba que de nuevo le escribió a Eva.



Max notaba algo fuera de lugar, desde aquel día que Eva se fue de su casa, una montaña se había puest entre los dos. Él no sabía qué sucedía y el desánimo lo tenía hecho un inútil. Estaba seguro de que si l preguntaba a Eva todo se solucionaría, pero cómo preguntarle, qué preguntarle, algo tan simple com «¿pasa algo?, ¿qué tenés?». Le parecía imposible. Él no era así, jamás había sido un chico temeroso n acobardado, sin embargo, Eva lo desarmaba y él se molestaba consigo mismo por ser tan cobarde. Habí dejado de dibujar, de continuar el diario que llevaban juntos, «Eva apenas escribió», se dijo y se quitó Runa del pecho. Era media tarde y, después de comer, Max se encerró en su cuarto y se tiró en la cama hasta que llegó Silvina y fue directo hasta la cuerda que estaba enrollada al pie del escritorio.

—¡Bicho! Hace tres días que estás acá. ¿Qué pasa con vos? Me dijo tu *mama* que el otro día Eva se fu apenas sin despedir...

—No es nada, madre, es solo que...

—Nada, nada, andá, hacé lo que mejor sabés hacer y ve por ella. —Silvina le aventó encima la pesad cuerda. Runa salió de un salto hasta el pasillo.

—¿Qué decís? —Max miró a su madre como siempre, decidida, fuerte. Silvina usaba jeans y una camis roja a cuadros arremangada.

—Ya todo está arreglado, tu *mama* habló con Julia y hoy podés entrar a su casa. El guardia, Luzma Dana, todos saben que irás, así que dale. Hacé lo que vos sabes hacer mejor. Ve y rescatalá —termin Silvina y con la derecha se echó los cabellos atrás de la oreja, gesto que también hacía Max cada do minutos.

Enseguida le llegó un WhatsApp de un número desconocido. Max se levantó de la cama y miró s celular, era Dana que le preguntaba a qué hora llegaría. Tenía que estar todo bajo control, esas fueron la

palabras que usó Dana Otero y Max volvió a sonreír. Se movió rápido por cuarto, iba del clóset al escritorio a buscar debajo de la cama y de nuevo al clóset. Silvina y Killa, que acababa de llegar, atestiguaban todo, la peruana con lágrimas en los ojos. Max echaba todo lo que necesitaría a su mochila de camping. Miró la hora en su celular: eran las cinco de la tarde. Le respondió a Dana que llegaría antes de las siete. Luego le mandó un WhatsApp a Beto Quezada, le contó el plan y le pidió que lo ayudara. Beto le respondió que sí que Manuel estaba con él, pero no tenían auto. Media hora más tarde, los tres se encaramaron en la Vespa y cruzaron la colonia Ladrón de Guevara, el tráfico y los baches tan característicos de Guadalajara, hasta llegar a Providencia. Eran tres chicos encuatados en una moto verde, con mochilas en la cabeza en vez de cascos, tratando de esquivar obstáculos con los brazos extendidos. Antes de llegar, Max pasó al puesto de flores que estaba afuera de la Farmacia Guadalajara y compró una rosa roja. Rubén, el chico que siempre atendía a Eva estaba en la puerta fumando un cigarro. Reconoció a Max y por primera vez odió haber llegado a trabajar a esa farmacia. El atardecer se sostenía en los árboles. A las siete en punto llegaron a la puerta de la Torre Ónix y el portón se abrió en automático. Dana los esperaba en la puerta acristalada del edificio: «Síganme», les dijo.

Para continuar con el plan, Max necesitaba ayuda desde adentro de la torre, por lo que Dana y Luzma estaban más que dispuestas. Los chicos y Dana subieron por el ascensor de servicio, solo Manuel se quedó abajo para esperar que cayera la cuerda, los demás subieron hasta el *roof garden*. Sobre el piso, Max y Beto abrieron sus mochilas y sacaron todo lo necesario para una escalada: cuerda, descendedor, asegurador, bloqueador de puño, pedal ajustable, bloqueador de pie que Max se abrochó en la cintura y enseguida lo enganchó a unos tirantes de cuero.

Mientras Max armaba su equipo, Beto anclaba las cuerdas, prendió los ganchos en unos pilares que sostenían el techo tipo velaria, pasó las dos cuerdas por el multiplicador de anclaje y las aventaron al vacío. Manuel las recibió en tierra, eran dos cuerdas, una roja y otra verde, ambas de sesenta metros. Max usaría la verde. Bajaron por el ascensor y, antes de que Max comenzara a ascender, se puso un casco celeste y aseguró el mosquetón a la cuerda y comenzó a subir los quince pisos de la Torre Ónix hasta llegar a la ventana de la habitación de Eva.

A cada paso por la pared acristalada de la torre, Max apenas veía el interior de los departamentos: un par de adolescentes en el cuarto piso viendo la tele, uno más arriba estaba una mujer sola que cenaba en su amplia mesa del comedor. En el sexto piso un perro yorkshire le ladraba desesperado, sin embargo, Max no lo escuchaba. Poco a poco y a cada paso de Max fueron prendiéndose todas las luces de las ventanas, como si él accionara un interruptor. Los distintos habitantes de la torre, asombrados se pegaban a los vidrios a ver pasar a un chico con una rosa roja cruzada entre los dientes.

Eva y Paloma habían pasado toda la tarde juntas, estaban en la habitación de Eva, planeando qué hacer con la madre de Paloma, que insistía en que su hija abortara. La había amenazado con que el tema no estaba a discusión, pues al ser menor de edad, ella podía decidir sobre su futuro y tener un hijo en esas «condiciones», como le llamó al hijo que Paloma esperaba de Guilli, era un «suicidio social». Ni sus principios morales y religiosos parecían detenerla. Así como la madre de Pola se había obsesionado con vivir un año sabático en Wisconsin, ahora estaba moviendo todo para viajar lo más pronto posible y abortar en Estados Unidos.

—Me hizo enojar tanto, me tiene tan harta con eso del viaje y el aborto, que quemé mi visa en sus narices.

—¡¿Cómo?! —exclamó Eva.

—Se metió a mi cuarto y comenzamos a discutir y se puso como loca y yo me puse peor. Me levanté de la cama, fui al clóset y de un cajón saqué mi pasaporte y mi visa de Estados Unidos, luego tomé el encendedor y le grité: «¡me tienes harta, harta, ya no te soporto!». «No te atrevas, Paloma... Paloma...», y que le prendo fuego. La cama estaba en medio de las dos, la brincó y me quiso atrapar, así que corrí afuera del cuarto con el pasaporte encendido en la mano...

—Como una antorcha —la interrumpió Eva, emocionada.

—Así, como una antorcha de libertad o un fuego nuevo, diría la maestra de Historia. Me persiguió hasta que me caí a mitad de la sala y se me cayó el pasaporte con la visa, y se prendió el tapete. Si no es porque llega mi papá en ese momento, yo creo que se hubiera incendiado toda la casa. Tenía a mi mamá montada en la panza a punto de pegarme. No sé en qué momento dejamos de ser madre e hija y nos convertimos en dos mujeres peleando por nuestras vidas o nuestro futuro. Hasta ese momento me asusté. Me horrorizó ver

›,a mi mamá como una loca sobre mí a punto de golpearme. Mi papá le detuvo la mano en el aire. Fu
ahorrible, baby, jamás lo voy a olvidar.
a —No lo puedo creer, de verdad, si no me lo cuentas tú, no lo podría creer de mi tía. Ayer mi mamá m
edijo que va a intervenir, Pola, que no te preocuparas, me dijo que hablará con tu mamá...
í, —¿Te das cuenta? Puso en riesgo a mi bebé, mi propia mamá. ¿Puede mi mamá obligarme a abortar po
yser menor de edad? Guilli me dijo que me vaya a vivir con él, que trabajará dos turnos, yo puedo volver
aStarbucks, por lo menos hasta que nazca el bebé.
e —Claro que no, no puede obligarte a nada. ¿Tú papá qué dice? —preguntó Eva, que notaba a Cala y a su
ecachorros más tensos de lo normal. Dana se había empeñado en que estuvieran encerrados con ellas.
e —No lo entiendo, a veces está de mi lado y a veces del lado de mi mamá. Después de la quema de
rpasaporte está más de mi lado, pero es tan fácil de convencer que lo desconozco. Aunque en el fondo yo s
aque me va a apoyar, que al final estará totalmente de mi lado.
·l Ambas estaban acostadas en la cama, miraban el techo cuando Cala comenzó a rascar la puerta, lueg
ladró y husmeó por toda la habitación, volvió a la puerta y corrió hasta la ventana. En su carrera, pasó po
aencima de tres de sus cachorros y los perritos dieron marometas quedando de panza sobre el suelo. Cala s
óparó de manos en la ventana y ladró con tono de advertencia.
o —¿Qué pasa, Cala? Parece que viste un fantasma —dijo Eva y miró hacia la ventana.
', De repente vio una cuerda que se tensaba y pensó que sería un cable suelto, así que no le di
oimportancia. Le preocupó más el cielo que se tornaba cada vez más oscuro. Se levantó de la cama y fue po
Cala, luego levantó a los cachorros del suelo y los puso en la cama, junto con su madre. Volvió a acostars
ede espaldas al ventanal.
›. —¿Ya sabes qué harás con los perritos? —le preguntó Paloma, que con el movimiento perruno qued
amirando el firmamento.
:, —No sé, yo quisiera quedármelos todos, pero mi mamá no me dejaría. Creo que solo nos quedaremo
acon Ricardo Rubén, como le puso Dana al más pequeño —al terminar de hablar, Eva vio la cara de sorpres
de Paloma y se espantó.
ɹ —¡Mira! —le gritó Pola señalando la ventana—. El Príncipe de Roma —exclamó.
u Fue tal el asombro, que Cala ladró y saltó de la cama, y Eva, al girarse, no calculó el espacio y se cayó d
ola cama. «Demonios», gritó y al levantarse vio que la cuerda estaba ocupada por Max, que se balanceab
ofrente a sus narices con una rosa roja entre los dientes.
ıl —¡Te amo, Cachorro! —gritó Max ya con la rosa en la mano.
Eva corrió hacia la ventana, puso la mano izquierda sobre el vidrio, Max hizo lo mismo y ambo
rjuntaron sus palmas a través del vidrio. Enseguida él comenzó a subir, jalando la cuerda. Eva, Paloma, Cal
ay sus cachorros también subieron al *roof garden*, donde estaban Beto Quezada, Luzma y Dana, Polaroid e
smano, documentando todo. Cuando llegó Max a la cima de la Torre Ónix, Eva ya lo esperaba. Lo recibi
scon un abrazo y un beso que todas las demás aplaudieron, y Dana dijo: «Sonrían», al tiempo que hacía clic.
ɹ Días después, Eva y Max fueron al cerro de Tequila, pasaron allá todo el día. Max llevó comida y tod
rlo necesario para hacer *hiking* y rapel en la gran roca conocida como la Tetilla, si les daba tiempo. Tambié
le enseñó a Eva el uso de las cuerdas, los nudos y sus diferentes nombres: mariposa, el ocho, el nudo Joane
so Juanito; le dijo para qué servía cada instrumento y la importancia de la precisión en tiempo y e
distancia. Eva atesoraría esa excursión como el mejor día de su vida. También porque fue su prime
senderismo y estuvo presente en parte del entrenamiento de Max para su siguiente cumbre: el Iztaccíhuatl
e
·l
y
a

a
e
a
ɹ
r

a mi mamá como una loca sobre mí a punto de golpearme. Mi papá le detuvo la mano en el aire. Fue horrible, baby, jamás lo voy a olvidar.

—No lo puedo creer, de verdad, si no me lo cuentas tú, no lo podría creer de mi tía. Ayer mi mamá me dijo que va a intervenir, Pola, que no te preocuparas, me dijo que hablará con tu mamá...

—¿Te das cuenta? Puso en riesgo a mi bebé, mi propia mamá. ¿Puede mi mamá obligarme a abortar por ser menor de edad? Guilli me dijo que me vaya a vivir con él, que trabajará dos turnos, yo puedo volver a Starbucks, por lo menos hasta que nazca el bebé.

—Claro que no, no puede obligarte a nada. ¿Tú papá qué dice? —preguntó Eva, que notaba a Cala y a sus cachorros más tensos de lo normal. Dana se había empeñado en que estuvieran encerrados con ellas.

—No lo entiendo, a veces está de mi lado y a veces del lado de mi mamá. Después de la quema del pasaporte está más de mi lado, pero es tan fácil de convencer que lo desconozco. Aunque en el fondo yo sé que me va a apoyar, que al final estará totalmente de mi lado.

Ambas estaban acostadas en la cama, miraban el techo cuando Cala comenzó a rascar la puerta, luego ladró y husmeó por toda la habitación, volvió a la puerta y corrió hasta la ventana. En su carrera, pasó por encima de tres de sus cachorros y los perritos dieron marometas quedando de panza sobre el suelo. Cala se paró de manos en la ventana y ladró con tono de advertencia.

—¿Qué pasa, Cala? Parece que viste un fantasma —dijo Eva y miró hacia la ventana.

De repente vio una cuerda que se tensaba y pensó que sería un cable suelto, así que no le dio importancia. Le preocupó más el cielo que se tornaba cada vez más oscuro. Se levantó de la cama y fue por Cala, luego levantó a los cachorros del suelo y los puso en la cama, junto con su madre. Volvió a acostarse de espaldas al ventanal.

—¿Ya sabes qué harás con los perritos? —le preguntó Paloma, que con el movimiento perruno quedó mirando el firmamento.

—No sé, yo quisiera quedármelos todos, pero mi mamá no me dejaría. Creo que solo nos quedaremos con Ricardo Rubén, como le puso Dana al más pequeño —al terminar de hablar, Eva vio la cara de sorpresa de Paloma y se espantó.

—¡Mira! —le gritó Pola señalando la ventana—. El Príncipe de Roma —exclamó.

Fue tal el asombro, que Cala ladró y saltó de la cama, y Eva, al girarse, no calculó el espacio y se cayó de la cama. «Demonios», gritó y al levantarse vio que la cuerda estaba ocupada por Max, que se balanceaba frente a sus narices con una rosa roja entre los dientes.

—¡Te amo, Cachorro! —gritó Max ya con la rosa en la mano.

Eva corrió hacia la ventana, puso la mano izquierda sobre el vidrio, Max hizo lo mismo y ambos juntaron sus palmas a través del vidrio. Enseguida él comenzó a subir, jalando la cuerda. Eva, Paloma, Cala y sus cachorros también subieron al *roof garden*, donde estaban Beto Quezada, Luzma y Dana, Polaroid en mano, documentando todo. Cuando llegó Max a la cima de la Torre Ónix, Eva ya lo esperaba. Lo recibió con un abrazo y un beso que todas las demás aplaudieron, y Dana dijo: «Sonrían», al tiempo que hacía clic.

Días después, Eva y Max fueron al cerro de Tequila, pasaron allá todo el día. Max llevó comida y todo lo necesario para hacer *hiking* y rapel en la gran roca conocida como la Tetilla, si les daba tiempo. También le enseñó a Eva el uso de las cuerdas, los nudos y sus diferentes nombres: mariposa, el ocho, el nudo Joanet o Juanito; le dijo para qué servía cada instrumento y la importancia de la precisión en tiempo y en distancia. Eva atesoraría esa excursión como el mejor día de su vida. También porque fue su primer senderismo y estuvo presente en parte del entrenamiento de Max para su siguiente cumbre: el Iztaccíhuatl.

15

La montaña Iztaccíhuatl es la tercera cumbre más alta de México. Está a 5 280 metros de altura sobre e nivel del mar. Su nombre es náhuatl y significa «mujer blanca», aunque también se le conoce como L Mujer Dormida, ya que su orografía semeja a una mujer recostada, desde lejos se puede ver que tiene pies rodillas, busto y cabeza. Es una montaña que abraza, aunque siempre nevada, tan grande que se puede ver cuando el cielo está despejado, desde la Ciudad de México.

Hasta la capital del país volaron Max, Beto y Manuel el martes 13 de septiembre. Su plan er aprovechar el feriado del 16. A Max le tocó la ventanilla. Era la segunda vez que sobrevolaba esa gra ciudad y seguía maravillándolo. «¿Dónde aterrizar?», se preguntó la primera vez, al ver que abajo todo er ciudad y más ciudad. Una mancha urbana que se extendía como un incendio. Esta vez, desde su asiento vi las miles de casas apretujadas y los autos yendo y viniendo por anchas vías. El cielo estaba gris y café en e horizonte.

—Por lo menos vamos a estar dos noches en el Izta, así evitaremos el mal de montaña, y verás buena vistas, no eso —le dijo Beto a Max, y señaló la ventanilla.

Beto nació en la Ciudad de México y apenas tenía diez años de vivir en Guadalajara. Había llegado just antes de comenzar la preparatoria y no dudó en seguir sus estudios con los jesuitas, donde se vinculó con e Club Alpino del Instituto de Ciencias. Su constancia y preparación rápido lo hicieron ser líder del grup que se denominaba caicos. Su pasión era la montaña, y los últimos cinco años organizó excursiones por l menos una vez al mes de *hiking* o rapel o escalada. En su primera noche en el Izta, le diría a Max que habí sido su sentido de la orientación y fortaleza de espíritu lo que le había llamado la atención de él. Max l respondió que él era su único amigo en Guadalajara.

El día que llegaron a la Ciudad de México, cenaron en Delirio, un restaurante que está en una esquin de la avenida Álvaro Obregón, con una pareja que también iría al Izta, Ana Luisa y Samuel, él era amigo d Beto desde la primaria. Ambos usaban barba y Max notó que había un gran cariño entre ellos, pero en e fondo también se sentía cierta rivalidad que, más de una vez, los enfrentaría en la montaña.

Poco antes de la medianoche y cruzando un aguacero, Samuel los llevó a casa de los abuelos de Beto, e la colonia Del Valle. Los tres durmieron en un mismo cuarto, en el que había una cama matrimonial y u catre. Antes de soltar su pesada mochila, Manuel se sentó en el catre y dijo, repitiendo tres veces la primer palabra, «yo pido el catre». Desempacaron lo elemental de sus enormes mochilas en las que cargaban casa de campaña, bolsas para dormir y todos los implementos necesarios para ascender. Acostados, con la lu apagada, Manuel escuchó la voz de Max.

—Mañana comienza mi entrenamiento, bueno, continúa.

—¿De qué entrenamiento hablas *vos*? —preguntó Beto, imitando el acento argentino.

—En México comenzó con el Nevado de Toluca, mañana es el Izta y en cuando se pueda subimos e Pico de Orizaba...

—Esa es la montaña más alta de México —dijo Manuel de corrido, y confirmó que en la oscurida hablaba sin tropiezos—. Tiene 5 500 metros sobre el nivel del mar.

—Te faltó tu *escalada* —dijo Beto en tono burlón— de la Barranca de Huentitán.

—Ah, sí, che, ¿cómo olvidarla?

—Eso mismo digo, cómo olvidarla, casi te cuesta la vida.

—No exageres, che, solo fue un atorón. Pero como les decía, después del Izta seguiremos con el Pico d Orizaba y coronamos con la Cordillera Blanca de los Andes. Es lo más, tiene la montaña más alta de Perú, e Huascarán, una cima de dos picos. Imagínate, vos, la cumbre norte de 6 650 metros y la cumbre sur de 750...

—Empecemos por el Artesonraju —lo interrumpió Beto—, que está a poco más de seis mil metros d altura. Es bellísimo.

—Enseguida está el Huascarán, al lado, vos subís el Artesonraju, y Manu y yo las cimas gemelas, ¿qué t parece?

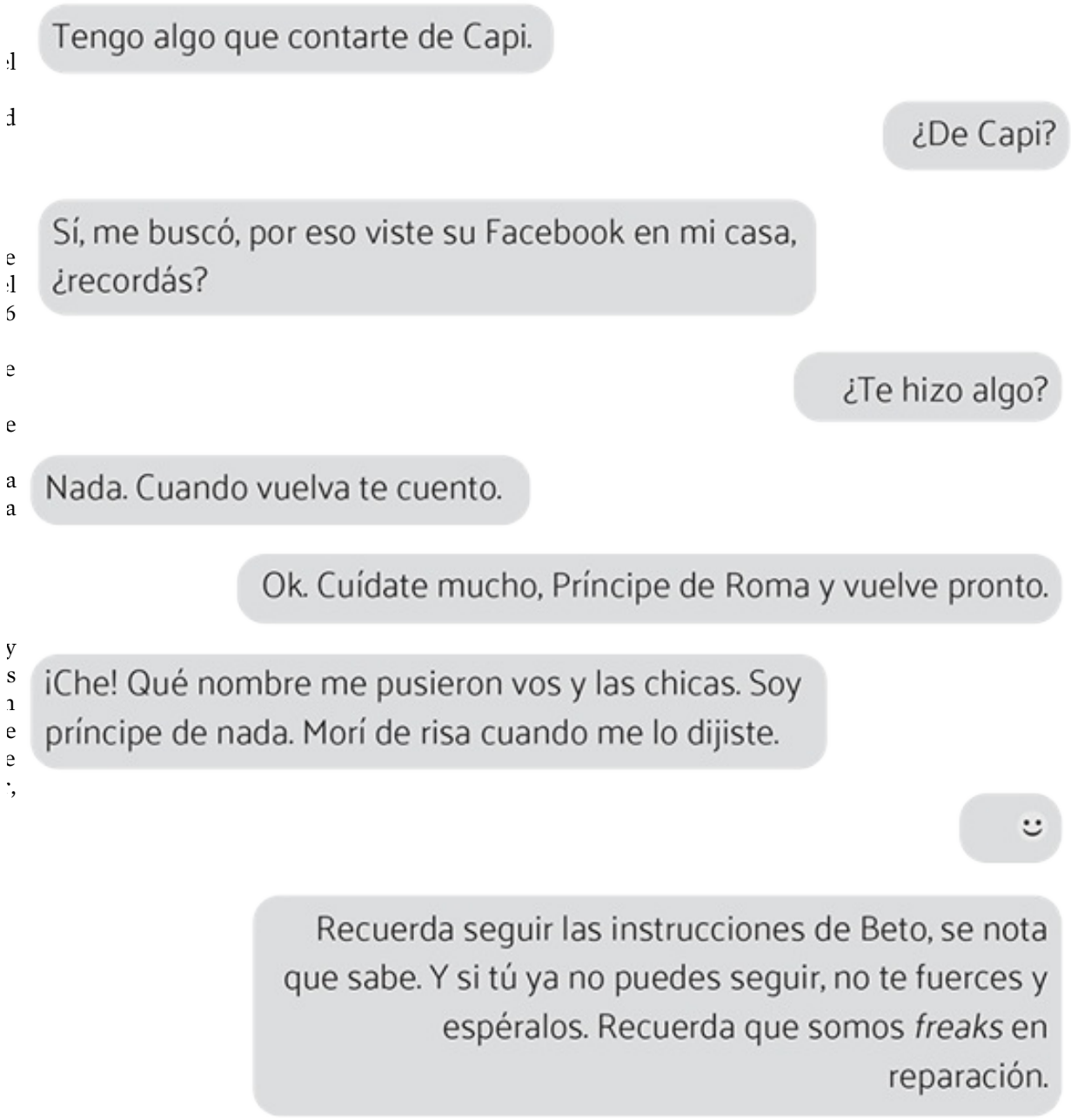
—Aún nos queda mucho por recorrer, mañana el Izta, pasado mañana el Pico y luego ya veremos. Ahor a dormir, que debemos madrugar —dijo Beto y el silencio ocupó de nuevo la oscuridad. Afuera la lluvi seguiría toda la noche.

—Buenas noches —dijo Manuel y Max respondió.

—La semana pasada fui con Eva al cerro de Tequila...

—Buenas noches, Max —lo interrumpió Beto y Manuel rio—. A dormir todos.

Max se volteó de costado y miró por la ventana el escurrimiento de la lluvia. Esa noche soñó con Eva despertó antes del amanecer. Fue cuando descubrió que desde la ventana se veían el Izta y el Popo, los do volcanes enamorados según contaba la leyenda. No quiso despertar a sus compañeros, tomó una foto co su celular y se la mandó a Eva. Levantó del suelo a Rousseau, el viejo gato pardo de los abuelos de Beto qu merodeaba entre sus pies, se sentó, lo puso en su regazo y volvió a leer los últimos WhatsApp que s escribió con Eva en el aeropuerto de Guadalajara, mientras miraba a lo lejos los colores del amanece fuego sobre las blancas crestas del Iztaccíhuatl.



Max habría seguido leyendo los largos diálogos que tenía con Eva y vio, otra vez, sus publicaciones en Instagram. Ya había dejado el amanecer afuera y aún con Rousseau en el regazo escuchó que Beto se despertaba.

—¡Buen día! —le dijo Max.

—¿Qué hora es? Tenemos que darnos prisa, desayunamos y nos vamos. A las diez vine Sam por nosotros. ¡Pido bañarme primero! —gritó Beto y brincó sobre Manuel. El catre crujió—. Hoy será la última vez que nos bañemos, en no sé cuántos días —dijo y al ver que Manuel no se levantaba, con señas le pidió a Max que le pasara al gato y se lo echó encima.

Después de desayunar con los abuelos de Beto, que resultaron ser profesores de filosofía jubilados, con quienes Max entabló una larga conversación sobre democracia y libertad como valor moral, a propósito del nombre del gato, escucharon el timbre de la casa, era Samuel que llegaba por ellos. La abuela insistió en que pasara, tenía muchos años de no verlo y quería saludarlo. Los demás aprovecharon para ir por su

mochilas y emprender el viaje que había comenzado con la primera aclimatación en la Ciudad de México de mayor altitud y más fría que Guadalajara.

Salieron ya con casi todo el equipo puesto. Esa mañana llevaban cuatro capas de ropa y vestían camiseta y mallas térmicas bajo el pantalón con bolsillos a los costados de las piernas y el rompevientos. A salir, de nuevo comenzó a llover y esa leve llovizna los acompañaría toda la carretera.

—Así es el clima de esta pinche ciudad, cuando menos te lo esperas te cae un aguacero y cinco minutos después vuelve a salir el sol —les dijo Samuel ya arriba del auto.

—Nos tocará lluvia —dijo Beto—, ayer entró un frente frío.

—Ni pedo. Yo soy todoterreno —fanfarroneó Samuel.

—Todos somos hombres de acero —respondió Beto con voz sobrada y luego le preguntó a Samuel—: ¿Y Ana Luisa? Creí que también vendría.

—Al final decidimos que no, creo que no podría subir esa montaña.

—Che, no subestimes a una mujer y más si es tu chica —respondió Max desde el asiento detrás de Samuel. Las miradas de ambos se encontraron en el espejo retrovisor.

—¿Vos sos argentino? —le preguntó Samuel imitando el acento con cierto tono ridículo que Max notó.

—Sí soy argentino y...

—Y llevemos la fiesta en paz —lo interrumpió Beto—, mejor hablemos de los detalles del viaje...

—¿Vos sabías que fue una mujer, Annie Peck, la primera en escalar la cumbre norte del Huascarán en 1908? —lo interrumpió Max—. Fueron 6 650 metros sobre el nivel del mar. Una mujer en 1908, y esa misma mujer en 1897 fue la primera mujer en escalar el Pico de Orizaba y el Popocatépetl —aseguró Max desobedeciendo.

—Uy, viene con nosotros el defensor de las desvalidas —se burló Sam sin quitarle los ojos de encima por el retrovisor—. Decidimos que no viniera Ana Luisa porque somos puros hombres, ¡ya!

—Ah y una mina entre solo hombres corre peligro, ¿de qué?, pregunto yo. ¿Vos sos pelotudo?

Al terminar la frase, Samuel aceleró a fondo y en menos de cien metros dio un volantazo hacia el camellón y frenó de golpe. Más de un coche que circulaba por Zaragoza, patinó y el sonido de cláxones fue un eco bajo la lluvia. Sam volteó medio cuerpo y enfrentó a Max.

—Ya estuvo bueno, Ana Luisa no vino porque no se me dio la gana y es mi novia y yo decido. ¿Está claro?

—Tranquilos, no discutan. Max, deja de meterte en la vida de los demás y tú, Sam, ni parece que tuvieras veinticinco años. Desde ahorita somos un equipo, ¿está claro? —atajó Beto.

—Boludo —repitió Sam y luego rio—. Huevudo, querrás decir, pinche argentino, muy sabiondo —dijo con tono conciliador y volvió a poner en marcha a la camioneta Honda. Luego le guiñó un ojo por el retrovisor.

Max pensó que Beto tenía razón, no debía meter las narices donde no lo llaman. Pero no soportaba la injusticia. Siguió lo que restaba del camino viendo por su ventanilla la tenue lluvia, hasta que vieron por fin a lo lejos el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, ambos volcanes nevados y juntos «tan cerca uno del otro», pensó Max. En Amecameca bajaron a una tienda que estaba frente a la plaza a comprar barras de chocolate y amaranto, Gatorade y chicles. Todos traían, desde Guadalajara, como ración de marcha, latas de atún, quesos y barritas de cereales. Además de un par de sándwiches que la abuela de Beto les hizo a cada uno. También traían linterna y todo su equipo para escalar: crampones, piolet, arnés, bastones, casco y un pequeño botiquín de primeros auxilios.

En Paso de Cortés se registraron y obtuvieron su permiso de entrada al Parque Nacional Izta-Popo. Max quiso ver el monolito que les daba la bienvenida, pero no hubo tiempo. Había muchos vehículos más, gente que iba y venía con refrescos en la mano y sonrisa en la cara. Ellos siguieron avanzando. La camioneta subió despacio. Todos bajaron sus ventanillas y recibieron el viento helado que venía de la montaña. Cada vez más cerca estaba el pico del Popo y su eterna fumarola. No hubo necesidad de que Beto le explicara a Max que el Popocatépetl era un volcán activo que en cualquier momento podía hacer erupción, por eso su fumarola no se terminaba. Max había averiguado todo sobre estas cimas. Buscó en su mochila y se puso su gorro, era rojo y tenía una borla en la coronilla, de la cual Sam pronto se burlaría. Max miraba el paisaje a bordo del camino, pequeñas coníferas y zacatales verdes con salpicaduras blancas. Entre más subían, el cielo era más azul y la lluvia volvía, más intensa y fría. A lo lejos también el Izta lo miraba, hasta que por fin llegaron a La Joya, sitio donde estacionarían el auto y seguirían a pie. Ya estaban

),cuatro mil metros de altura. «A caminar, poco a poco comenzaremos a aclimatarnos», les dijo Bet
mientras descargaban la camioneta.

n El cuerpo funciona distinto a mayor altura. El aire es más denso y el oxígeno llega más lento al cerebro
lpor lo que el corazón también mueve la sangre con mayor dificultad, y en la condición de Max, la presió
de la altitud aumenta la posibilidad de sangrados. Él lo sabía y llevaba más dosis de factor para inyectarse
sasí como parches de morfina para el dolor. La hemofilia tipo B severa que padecía, no le impediría
conquistar la cima. El alpinista hemofílico Chris Bombardier era su ejemplo a seguir, él había conquistad
ya las siete cumbres más altas del mundo, entre ellas la mayor: el Everest. Fue el primer hemofílico e
hacerlo.

Y Se pusieron guantes de lana para el frío, se echaron su mochila al hombro y comenzaron a caminar
campo traviesa, una ruta sin veredas. Max vio su celular, ya no tenía señal. Sacó su brújula y la flech
apuntó al Norte. Alzó la vista y vio a lo lejos, pero cada vez más cerca, la montaña, un pico nevado e
eabsoluto silencio. Delante de él iban Beto y Samuel, y detrás, un poco rezagado, Manuel. Entonces Ma
contó las casas de campaña que llevaban, él siempre pensó que llevarían dos, que él dormiría con Manue
sin embargo, hasta ese momento se dio cuenta que era una sola y que la llevaba Samuel.

El paisaje era abierto, de bosque talado y grandes matorrales por los que se asomaban algunas flores d
lavanda. El viento soplaba y a las dos de la tarde había comenzado a nublarse. Caminaban despacio, en l
nmontaña el tiempo no existe, solo hay noche y día, viento y lluvia, subida o bajada. «La prisa es una ilusió
ade la adolescencia», recordó Max que le había dicho su *awicha*, mirando a lo lejos la grandeza de Machu
:,Picchu. Así veía ahora la montaña, sin importarle que Samuel, cada tanto, volteara y los apurara. Sam era e
único que no llevaba bastón, el cual Max, a cada paso, clavaba en la tierra o entre las piedras para equilibra
rsu propio peso y pisar más seguro. Fue en ese momento que notó cuando miraba fuera de foco. Si bajaba l
vista para ver dónde pisar, al alzarla y ver el horizonte, Max veía borroso o doble. Su corazón latía co
fuerza y en la primera hora de caminata confirmó que el ascenso sería más difícil de lo que imaginaba.

:l —¡Ese paraje se llama Aleta de Tiburón! —les gritó Samuel y señaló una gran piedra que sobresalía de l
etierra como la punta de un *iceberg*.

—¡Descansaremos un poco más arriba! ¿Ya tienen hambre? —les preguntó Beto—. Vamos a descansa
áen Cruz de Rosas.

Subieron por una ladera áspera y terregosa, con grandes piedras volcánicas que podrían haber sido u
eobstáculo si no sirvieran también para agarrarse de ellas. El sol no se veía por ningún sitio en e
firmamento, aun así, quemaba como el filo de una hoja que corta lentamente. Por lo menos así lo sinti
oMax, que ya se había quedado solo en la ruta, Beto y Sam lo miraban desde Cruz de Rosas y Manuel era u
:lpunto verde limón del tamaño de una hormiga. Max se sentó en una piedra a esperarlo y revisó sus tobillos
Estaban bien, un poco más enrojecido el izquierdo. Esa noche debía inyectarse.

a Cruz de Rosas es un terreno más o menos plano, árido y lleno de piedras, tan grandes como la panza d
nuna vaca. Piedras prietas y rasposas de alguna erupción sin registro. Max se sentó en una de ellas y hast
óese momento sintió que las piernas le temblaban, los músculos en reposo se movían con ciertos espasmos
ySe quitó el gorro y el buff que llevaba en el cuello. Tenía calor, aunque el viento era frío y poco a poco l
ı,refrescó. Se echó el cabello detrás de las orejas con ese movimiento casi automático.

). —¿Se cansó el pequeño Gardel? —preguntó Sam, sentado en otra roca.

n —Ya vas a empezar —respondió Beto, que estaba a su lado y hacía una columna de pequeñas piedras
una sobre otra y otra.

). Max no respondió nada. Siguió mirando el horizonte, desde la altura en la que estaban lo recorrido s
s,veía tan lejano y pequeño como desde la ventanilla de un avión. A su espalda seguía el pico de la montaña
ase veía cada vez menos, las nubes lo cubrían como un manto gris blanquecino hecho de girones de suspiros
aLuego vio un escarabajo salir de una piedra y meterse despacio debajo de otra más grande. Cayó en cuent
ode que era el primer insecto que veía en toda la caminata. Había visto riachuelos, matorrales, árbole
rrecubiertos de musgo, pero no había visto aves o algún otro animal. Enseguida Sam vio lo que Ma
ıobservaba.

x —A la memoria de Luis Rosas Islas, 1971. Es la fecha en que murió, aquí. Eso dice la cruz. ¿Sabe
s.cuántos han muerto tratando de subir el Izta?

s —Muchos; sí, ya sé que vas a decir eso —respondió Beto.

a —De verdad, muchos, pero luego les cuento, en la noche y apunto de dormir. Ahora vamos a planear e

ascenso —dijo Samuel. Era el único que ya había subido el Iztaccíhuatl y eso lo hacía competir por l
autoridad con Beto—, subiremos por la ruta Ayoloco, que es más empinada que Los Potrillos, y por eso má
,buena. Será mañana. Hoy dormiremos en el refugio McAllister, de las seis de la tarde a las doce de la noche
nA esa hora nos levantamos, comemos algo y, Beto, ¿sobraron sándwiches de tu abuela?
, —Yo ya me comí uno, y hay dos para cada quien.
a —Yo también ya me comí el mío —dijo Manuel entreteniendo la voz en «también».
o —Parece campana este cabrón —se burló Sam. Max no respondió—. Bueno, les decía, antes de que est
nme interrumpiera —dijo y pateó a Manuel—, el plan está así. A las doce de la noche nos largamos
seguimos subiendo, son un poco más de quinientos metros lo que nos separa de las rodillas de la Muje
aDormida, pero esa no es la cumbre más alta. Es más, pasaremos ocho cumbres falsas, se les dice así porqu
adan la impresión de que ya llegaste, pero no, hay que seguir. Luego de las rodillas y para llegar al pech
nandaremos por el glaciar Ayoloco, que es la panza de la doña, hasta llegar a lo más alto, el pecho de l
xhuevona dormida o ¿cómo dijiste tú, Gardel, «boluda dormida» o cómo?
l, —Yo no dije nada —respondió Max de inmediato y a punto del enfado—, ¿qué bronca tenés vos con la
mujeres, che? Pobre de...
e —Ya, ya, párenle... —se interpuso Beto entre Max y Samuel, que ya se había levantado de su piedra y s
aencaminaba a donde estaba Max.
n —Si nos apresura el amanecer, subiremos por la rodilla y ya está —puntualizó Sam.
ı Cuando reanudaron la marcha la neblina estaba sobre sus cabezas. Max recordó que no llevab
lmanzanas, como Eva le había recomendado: *«An apple a day keeps the doctor away»*, repitió. Siguiero
randando por un terreno empinado, desierto, de tierra suelta y piedras tan grandes como un derrumbe d
asentimientos. Max confirmó que para subir la montaña no solo se usan las piernas, sino todos los músculo
ndel cuerpo. Los pasos tienen que ser pequeños y firmes, el agarre fuerte y con impulso. En las condicione
de ladera en las que caminaban, hasta la piedra más pequeña puede ser un obstáculo. «En la montaña l
aimportante no es la fortaleza física, sino la espiritual, que te conectes y adaptes al clima, al cambio d
altura. Toda montaña es sagrada», recordó Max las palabras de su *awicha*, quien más que ninguna otr
rpersona, lo acompañaba en sus pensamientos.

Dos horas después, a las cinco de la tarde llegaron al refugio McAllister, un iglú de madera forrado co
nlámina gris. Estaba en lo plano de una ladera, sin vegetación, rodeado de piedras y tierra suelta. El refugi
lse podía ver desde antes de llegar a él. Adentro, bien podían dormir seis u ocho personas, a nivel del piso
ó en un tapanco. Solo tenía una ventana, sin ventilación, el refugio apestaba, aseguró Samuel y se negó
ndormir ahí. «Por eso traje mi casa de campaña. Prefiero cargarla que dormir en ese cuchitril», les dijo
s.comenzó a armarla. Era amarilla, suficiente para los cuatro. Esa noche volvieron los problemas con Sam
quien no le quitaba los ojos de encima a Max, se sentía vigilado, hasta perseguido. Aun así, buscaría e
emomento para ir al iglú a inyectarse. Pero antes, los cuatro contemplaron la noche.
a La oscuridad era más densa que al cerrar los ojos. El silencio más callado que debajo del agua. El frí
s.removía los huesos como suele crujir el remordimiento. Max miró su termómetro, estaban a cero grado
ocentígrados. Miró el cielo, entre las nubes se alcanzaban a ver algunas estrellas. «¿Será ese el Quint
Planeta y mi consigna es ser el explorador del geógrafo del Sexto Planeta?», se preguntó al recordar *E
Principito* y mirar una estrella tan pequeña como un lunar. Siguió mirándola en su trayecto, «la estrella s
s,mueve», se dijo. «Y viene hacia mí». De momento pensó que alucinaba, «el mal de altura», pensó. L
estrella, tan pequeña como el Quinto Planeta, llegó hasta sus ojos, el farol y el farolero estaban en la panz
ede aquel bichito de luz. Era una luciérnaga que miró a Max de cerca, le iluminó el rostro y después huyó
ı,tan rápido como una cometa que se pierde en los rincones del frío.
s. Para Max Fiore esa fue la señal. Miró a su izquierda, todos tenían guantes, gorros, buff, cazadora d
aplumas y calcetines de lana. Manuel intentó prender una fogata, llevaba bombones para asarlos. Temblab
stanto que no pudo mantener el encendedor quieto frente al ocote. Luego lo intentó Beto y tampoco lo logró
xSam se rio de ellos. Max supo que ese era el momento. En la alforja que llevaba en la cintura tenía todo l
necesario. Se quitó la gorra y se puso el casco con lámpara, necesitaría luz en el iglú. Entró. En verda
sapestaba. En el piso de tablas había botellas de pet vacías y un sesto con papel del baño usado. «Como si e
servicio de limpia fuera a pasar a la mañana siguiente», pensó Max. Debía tener mucho cuidado. Se quit
los guantes y el frío le entumió las manos. Temblando, más por la prisa que por el frío, sacó todo l
lnecesario: alcohol, gasas, aguja y el factor. Se inyectaría en las venas de la muñeca. Se remangó el lad

aderecho y cuando estaba a punto de pincharse, la puerta del iglú se abrió de golpe, y una ráfaga de viento
shelado entró con Samuel.

—¿¡Qué pedo con las drogas de este cabrón!? —gritó.

derecho y cuando estaba a punto de pincharse, la puerta del iglú se abrió de golpe, y una ráfaga de viento helado entró con Samuel.

—¿¡Qué pedo con las drogas de este cabrón!? —gritó.

16

Cuando Beto llegó corriendo al iglú, Samuel forcejeaba con Max. De su brazo colgaba la aguja y l manguera. La jeringa con el factor estaba en el suelo, entre la tierra y unos papeles cagados. Beto vi que del brazo de Max corría sangre, que ya estaba salpicada por todos lados. Samuel estaba fuera de sí. Bet lo cogió de los hombros y lo derribó, llevándose a Max también. Los tres cayeron sobre el suelo, y entr Beto y Max lograron contener a Samuel que resoplaba como un volcán.

—¡Tranquilo, güey, tranquilo! Max está enfermo, se inyecta su medicina! —le gritó Beto a Samue montado en su pecho.

—No mamen, ¿y por qué no me lo dicen antes? ¿Cómo venimos al Izta con un pinche moribundo?

—¡No me estoy muriendo! —gritó Max y se sacó la aguja que se había torcido.

—¿Estás bien? —le preguntó Beto, ya sentado al lado de Sam.

—Creo que sí, aunque me duele el brazo y no para de sangrar...

—¡¿Qué pedo tiene este cabrón?! —gritó Sam y vio entrar a Manuel.

El viento les golpeó la cara y azotó la puerta. El frío ya era igual de intenso adentro que afuera. Manue los miró y no pudo pronunciar palabra. Todo estaba salpicado de sangre, las paredes, el suelo, ellos mismos Max seguía sangrando.

—Mi factor —dijo Max y buscó en el suelo hasta encontrarlo.

—Tiene hemofilia —soltó Manuel sin titubear.

—¡¿Qué es eso?!

—Una enfermedad de la sangre —intervino Beto, que miraba con detalle la cara de Max. Por fortuna n le había golpeado la nariz.

—Seguramente vos no sabés qué es eso. Te sonará a algo grave, gravísimo, pues sí, es muy grave y po eso estoy acá...

—¡¿Es contagiosa?! —lo interrumpió Samuel.

Nadie le respondió. Max tenía ganas de llorar, se sentía solo, ajeno a todos, se preguntaba qué hacía ah Se aguantó. Sorbió los mocos que se le aflojaron con el frío y salió del iglú. Él traía la única luz del lugar, e la frente, pegada al casco.

—Imbécil —fue lo único que le dijo a Samuel al cruzar la salida.

El frío lo envolvió por completo, se ajustó el buff para cubrirse la cara y se dirigió a la incipiente fogat que no había querido arder. La leña estaba húmeda. Volvió al iglú, donde había visto unas tabla arrumbadas. Las levantó junto con los montones de papel del baño y en menos de dos minutos hizo u

fuego pequeño, que poco a poco comenzó a ganar altura. La luz de la lumbre le iluminó los ojos.

—¡Prendió! —gritó Manuel y fue por sus bombones.

—También la mierda arde —dijo Max sin dejar de ver el fuego.

—Quítate, Sam, no te vayas a quemar —bromeó Beto y todos rieron.

—Perdón, boludo —le dijo Sam a Max—, yo creí que no querías compartir tu droga y eso también arde.

Todos volvieron a reír. Se sentaron alrededor de la fogata y metieron sus bombones al fuego. Ardían como un pabilo gordito. Miraron el cielo que seguía nublado. Eran las ocho de la noche y aunque tenían que dormir para recargar energía, ninguno tenía ánimos de meterse a su bolsa, al contrario, comenzaron a platicar sobre muertes de escaladores de alta montaña. Parecía que Samuel conocía todas las tragedias de esa montaña, les contó que en 1975 seis escaladores murieron al intentar subir y un año después, otros dos queriendo colocar una cruz en el sitio exacto donde encontraron los cuerpos, también se despeñaron. «Por poner una cruz como la de Rosas», les dijo y continuó con una de las mayores tragedias que se han registrado en el Izta.

—Ya sé, vas a contar la de los 11 del Izta —interrumpió Beto.

—Sí, güey, estuvo feo. En 1968, un grupo de sesenta y ocho excursionistas del Instituto de Ciencias de Guadalajara, subieron al Izta y ya lo habían logrado, cuando, en plena rodilla, les cayó una tormenta de esas de película, dicen que no veían nada de nada, que la temperatura descendió a menos treinta grados centígrados. Eran puros chavitos. Imagínense, puros chavitos entre doce y diecisiete años, ¿qué iban a saber de escalar y de montañas? Yo creo que ni buen equipo traían. ¿Cuántos años tienes, Max? —le preguntó Samuel y al escuchar la respuesta continuó—. Tú ya tienes veinte, y por lo que me contó Beto que tienes experiencia, aunque estés malito, pero aquellos, no. Yo no sé cómo fue que se los trajeron. Para no hacerles el cuento largo, los agarró la tormenta allá arriba y se murieron diez. Once chavitos se murieron congelados. Está cabrón. ¿Cuándo llegaron ustedes, güey? —le preguntó a Beto.

—Ayer —respondió.

—Sí, sí, ya sé que ayer, pero ¿qué día fue?

—Martes trece —intervino Max.

—Ay, güey, nos va caer la maldición. ¿No pudieron escoger otro día para llegar?

—Ca-cambiemos de tema —dijo Manuel al tiempo que escuchaban el aullido de un lobo.

—¡No mames!, yo también me hice caca como dijo Manuel, ¿oyeron?

—Es el viento —intervino Max—. Yo me voy dormir.

Detrás de él se fue Beto. Ya dentro de la casa de campaña, le pidió disculpas por la actitud de Samuel, le dijo que siempre ha sido así. Luego le preguntó si lo ayudaba a inyectarse. Max solo había llevado dos dosis más de factor, la que se había caído ya no podía usarla, lo más seguro es que se hubiera contaminado. Sacó la segunda de su alforja, la aguja y el alcohol, y Beto se la inyectó en la vena del antebrazo. Max tenía todo el brazo derecho con moretones y otros en el costado por el forcejeo con Sam. Enseguida llegaron los otros dos a intentar dormir, pero Samuel no los dejó. No paró de reírse e inventar chistes absurdos, mientras Max escribía en su diario y él lo cargaba con bromas. Por fin una hora antes de la medianoche pudieron conciliar el sueño, hasta que a las cero horas sonó la alarma. Tenían que continuar el ascenso.

Samuel era el único de los cuatro que ya había subido las cinco cimas más altas de México, el Nevado de Colima, el de Toluca, el Pico de Orizaba, el Iztaccíhuatl, y aseguraba también haber subido clandestinamente, el Popocatépetl, cerrado a excursionistas por ser un volcán activo; por lo que, de algún modo, era el líder de la expedición y Beto Quezada confiaba en él, así como Manuel y Max confiaban en Beto.

A las doce de la noche sonó la alarma de Sam y todos despertaron con el cuerpo entumido. El chillido del celular al parecer también despertó a la montaña, desde lejos se escuchaba el crujir del hielo al rozar con el viento, era como un quejido milenario cobijado por el frío. Habían dormido poco, estaban amodorrados y cansados. Se alistaron dentro de la minúscula casa de campaña. De nuevo se calzaron las botas, el casco con linterna y antes de ponerse los guantes, comieron el segundo sándwich que les mandó la abuela de Beto. A Max le supo a gloria, ambos emparedados eran solo de queso y mayonesa. Samuel, que era más grande y corpulento, además devoró todo lo que llevaba: barras de chocolate, barras energéticas y dos latas de atún. Solo él sabía el gran reto que los esperaba, pero no les dijo nada a los otros. Su linterna en el casco no solo serviría para alumbrarle el camino, también era una cámara de video para grabar e

ascenso.

—*¡Brothers!* —les gritó a los demás al tiempo que aplaudía y se tallaba las manos una con otra par
calentárselas—. Ya tenemos todo listo para conquistar la cima del Iztaccíhuatl, parecerá difícil, pero no, l
montaña está ahí para nosotros. —Conforme se movía y gesticulaba, alumbraba a los demás con su cámar
—. No podemos detenernos, subir es vencer, volvernos más fuertes e indestructibles. Somos cuatro contr
una y por más que hagamos no se va a despertar, es solo una mujer dormida. Somos vikingos de la nieve
nvamos a conquistar la cima —al terminar de decir eso, Samuel sacó de su mochila unos cuernos de toro qu
nadaptó a su casco.

a —¡Estás cabrón! Me gusta tu actitud —le gritó Beto y lo vio golpearse el pecho como gorila plateado.

e —Unas palabras para la cámara, antes de partir, empiezas tú, Gardelito, ¿por qué dijiste que viniste a
s,Izta?

r —Estoy acá para superar los desafíos físicos que me impuso mi enfermedad, romper estereotipos
nvencer mis miedos. La montaña es la vida que hay que conquistar. —Al parecer Max había concluido y lo
demás comenzaron a arrebatarse la palabra, hacían señas de triunfo a la cámara y morían de risa hasta qu
Sam volvió a enfocar a Max y ahora sí concluyó con un grito de euforia—: ¡Te amo, Eva Otero!

e Antes de partir, se pusieron los crampones en las botas, se armaron con piolet para una mano y bastó
sen el otra. La ruta que habían planeado seguir era: subir por la rodilla, bajarla y cruzar el glaciar Ayoloc
sque es la panza de la Mujer Dormida, hasta llegar al pecho. Sin embargo, Sam cambió la ruta, sin consulta
aa los demás, se fueron al extremo norte por el corredor superior, en un recorrido horizontal, rodeando l
erodilla hasta llegar al glaciar. En total cuatro kilómetros en cuatro horas, caminando contra el viento
escuchando el quejido del hielo, el resoplido de las grietas como un lamento sin fin. Todos llevaban *goggles*
oy cada paso tenía que ser firme y certero, iban en fila, Samuel a la cabeza, enseguida Beto y detrás Max. A
nfinal, muy atrás estaba Manuel, que los distinguía por los colores de sus mochilas, la de Sam era negra, la d
Beto era verde militar, Max llevaba una mochila naranja con las banderas de Argentina, Perú y Méxic
hermanadas con una costura reciente. Ante los ojos de Manuel, sus amigos eran tres colores que brillaba
en medio de la oscuridad de la madrugada. Samuel sobresalía por su tamaño y los cuernos de su casc
Manuel iba tan lejos de ellos que eso lo pondría en alerta.

Aún con los crampones, los pies de Max se hundían levemente en la nieve, lo que hacía que tuviera qu
levantar más la pierna para dar el siguiente paso y un dolor frío y muscular se le encajaba en las nalgas
Estaba cansado, tan exhausto que si por él fuera ahí se quedaría para siempre. Ya no tenía ánimos de segui
andando, ni de dar marcha atrás. Respiraba hondo y sentía que no tragaba suficiente aire, el cual se filtrab
epor el buff y llegaba caliente a sus pulmones. Cuando dejaron el albergue McAllister, el termómetro marc
ssiete grados centígrados bajo cero. Estaba tan oscuro que, con la luz de su linterna, Max miró a su
ócompañeros, entre la bruma de un viento que seguía creciendo entre más ascendían, iban unos cincuent
ometros adelante de él, caminaban de forma horizontal y ascendente. Entonces confirmó que había vuelto
sperder el enfoque y un leve mareo lo había acompañado por lo menos la última hora.

s Max Fiore se detuvo, a pesar de que intuía que ya estaba próximo el fin de la ladera nevada que subí
ncon ayuda del piolet y el bastón, se sentó en la saliente de una piedra a esperar a Manuel. Vio su reloj, era
las 4:17 de la madrugada. No alcanzarían a llegar a la cima antes del amanecer. «¿Por cuál ruta nos traj
oSamuel?», se preguntó y recordó las palabras de Eva: «si tú ya no puedes seguir, no te fuerces y espéralos»
»,Estuvo a punto de hacerle caso y detenerse ahí. Max no contaba con el hundimiento de sus pies en la nieve
nComenzaban a dolerle los tobillos. No el talón de Aquiles, «desde este viaje serán los tobillos de Max», s
ndijo y luego recordó la siguiente línea del chat de Eva: «recuerda que somos *freaks* en reparación». Max n
quería ser más el chico débil de cuidados intensivos. Sería tan fuerte como los demás, pero estaba exhausto
oNo quería verse los tobillos, sabía que no encontraría nada bueno, mejor se revisó el parche de morfina qu
rse puso antes de salir, eso mantenía controlado el dolor. Miró hacia abajo y vio una pequeña luz que s
nmovía con lentitud. Pasaron unos minutos y la luz se agrandó, hasta tenerla enfrente: era Manuel.

s —¿Todo bien?

a —Sí, todo bien —mintió él.

e —No sé si podré llegar, muerto, estoy muerto —repitió la frase completa—, de veras, me pulsan todo
ylos músculos, dar un paso me cuesta cinco segundos, ¿lo puedes creer?

n —Sentate —Max le hizo un sitio a su lado.

:l —No sé, creo que no, que debemos continuar, lento. Si me siento se me enfriará el cuerpo y despué

será peor.

—¿Sabés cuánto falta?

—El plan era ver el amanecer desde una cima y Sam dijo que sería desde una rodilla, no desde el pecho —Manuel guardó silencio y buscó las palabras precisas para continuar—. Es más alto el pecho, pero... también más complicado de subir.

—La ruta de Sam es más horizontal, él quiere llegar a lo más alto...

—Pero no llegaremos al salir el sol. —Manuel quiso decir «amanecer», pero no pudo hasta al final de la frase—. Aún faltan por lo menos tres horas más para el amanecer —concluyó un poco desesperado.

Max se levantó, se colocó el casco y continuaron ascendiendo. Cuando llegaron al glaciar Ayoloco, el cielo comenzaba a abrirse, y tanto Max como Manuel, ambos con cascos amarillos, lo primero que vieron fueron las estrellas sobre un fondo negro, y a lo lejos un leve resplandor de luz. El amanecer los sorprendería en pleno glaciar, motivo por el cual Beto y Sam discutían en el momento en que Max y Manuel llegaron hasta ellos.

—Vine hasta acá para ver el amanecer desde una cima, habíamos quedado que sería desde la rodilla y mira dónde estamos, Samuel. —Beto señaló el horizonte y la nada. Todo lo que los rodeaba era nieve, hielo y el viento que los envolvía.

—Beto, vamos a subir la cima más alta del Iztaccíhuatl, con amanecer o sin él, vamos a llegar y eso es lo que importa, ¿o no? —soltó.

—Yo hubiera preferido ver el amanecer desde una cima de la rodilla —intervino Max. Manuel no dijo nada.

—¡Yo ya lo vi desde la rodilla, en mi subida pasada, por eso quiero llegar al pecho! —gritó Samuel.

—¡Cambiaste la ruta nomás por eso! —le reclamó Beto.

—¡Puta madre!, ni parecen vikingos —gritó Samuel señalando los cuernos de su casco—, ¡es un poco más larga o más difícil pero es la cima más alta de esta doña y si seguimos discutiendo pendejadas, aquí nos va a encontrar hasta el anochecer.

—¡¿De dónde tanta energía, cornudo?! —le gritó Beto.

—¡Cornudo tu abuelo! —respondió Samuel y lo derribó.

Los dos amigos de la infancia forcejearon un poco en la nieve. Lo que Max pensó que era una pelea, en realidad era un juego. Al final Sam dominó a Beto y al levantarse volvió a acomodarse los cuernos en el casco y se golpeó el pecho como gorila vencedor.

—¡Todo lo estás grabando, Sam! —le gritó Beto aún desde el suelo y le dijo apuntándole con el dedo a la cámara—: ¡Eres un pinche grano en el culo, ¿sabías?!

—¡Ya levántate! —Samuel le extendió la mano y lo ayudó a incorporarse. Tenía nieve pegada por todo el cuerpo—. Agarra tu piolet y sigamos. —Ambos continuaron andando hacia un paredón del pecho.

El Iztaccíhuatl es una montaña que tiene siete kilómetros de longitud, siempre nevada. El pecho de esa mujer dormida tiene una altitud de 5 280 metros sobre el nivel del mar. A la cresta de esa cima se dirigían Max y sus amigos, caminaban paso a paso hacia una pared de hielo que tenían que subir a gatas, ayudados por los crampones que tenían en las botas y el piolet en la mano. Con el viento en contra, subir era tan lento como el recorrido de una oruga que persigue una gota de agua en el horizonte de un vidrio.

A partir de ese punto la situación climática cambió. Comenzó a llover aguanieve y las nubes bajaron hasta oscurecer de nuevo el incipiente amanecer. Los veinte pasos que separaban a Samuel y Beto de Max y Manuel de pronto se convirtieron en una gran distancia, en un tiempo sin medida. Max dejó de verlos y volteó atrás y tampoco estaba Manuel. Una sensación de extravío lo invadió por completo. Estaba solo. Su corazón comenzó a latir con fuerza y el frío de la lluvia le recordó todas las advertencias que llevaba. De nuevo vio su termómetro: doce grados bajo cero. Siguió caminando hacia el paredón donde había visto por última vez a Sam y a Beto. No supo cuánto tiempo caminó, su visión era cada vez más borrosa y no alcanzaba a distinguir la hora en su reloj. Minutos después escuchó el golpe de algo que cayó sobre la nieve y un fuerte quejido. Alguien pedía ayuda. Max le dijo que siguiera gritando, que iría hacia él. Era Beto, que había caído en una grieta. Los pasos de Max eran los de un perezoso en cámara lenta. Le dijo que siguiera gritando y Beto comenzó a cantar hasta que Max lo vio a pocos centímetros.

—Me lleva la chingada —se quejó Beto—, de pronto la nieve se hundió. Ayúdame a salir, no tengo manera de apoyarme. Siento que me hundo más.

Beto tenía una pierna adentro de la grieta y la otra, afuera. Estaba recostado sobre su costado derecho

cuando llegó Max hasta donde estaba y le dijo que le pasara los brazos por el cuello, él lo levantaría.

—¿Y Sam, che?

—No sé, se adelantó. Al parecer, tenía más prisa que yo por llegar a la cima. Manuel venía contigo, ¿no ..—le preguntó.

—No, él siempre ha venido más lento, más atrás. Ya nos alcanzará.

—No debemos separarnos, somos un equipo y no debemos abandonarnos. ¿Qué tal si le pasó algo aManuel?

—¿O a Sam? —lo interrumpió Max— Descansá.

—No podemos, no hay dónde sentarnos, todo es nieve, nos congelaremos, y tampoco podemo nquedarnos de pie, tenemos que seguir avanzando, pero más lento para que nos alcance Manuel —dijo Bet scon nieve hasta en la barba, y dio un paso adelante—. ¡Puta madre, cómo me duele! —gritó.

Max lo alumbró con su linterna. Se le había roto el pantalón y tenía una herida sangrante en el tobill izquierdo. Él era un botiquín andando, además del factor extra que llevaba, traía consigo dos parches d ymorfina y tanta oxicodona como ganas de subir. Como no había querido correr riesgos, desde que salieron ode la Ciudad de México se había tomado la primera pastilla y ocho horas después la siguiente, y luego otra y otra más. Le dijo a Beto que le daría algo para el dolor. Buscó en su alforja de la cintura el segundo parch ode morfina y no lo encontró. Revolvió todo, también en su mochila. Nada, no estaba.

—No está —dijo entre dientes.

—¿Qué buscas, che?

—Un parche de morfina, estoy seguro de que traía otro.

—Ah, sí, traías otro, pero te lo robó Sam. Yo vi cómo se pegaba algo en la panza.

—Qué hijo de puta, ahí tenés tanta energía. Tomá esto —dijo Max y le dio una pastilla de oxicodona, u sopiáceo para el dolor, tan potente como la morfina.

Al guardar silencio escucharon de nuevo el aullido de un lobo, tan cerca que creyeron tenerlo al lad No había nadie. Entonces Max dijo que era como al leyenda del silbón, muy popular en Venezuela, qu luego se la contaría. Como ya no traían agua, Beto masticó la pastilla, hizo gestos por el mal sabor y luego s metió un puño de nieve a la boca y se la tragó. Max sacó una venda y se la enrolló a Beto en el pie. Hincad nen la nieve, conforme le daba vueltas y vueltas, vio cómo poco a poco la venda dejaba de pintarse de roj elLa apretó fuerte. Enseguida Beto se apoyó en los hombros de Max y siguieron andando. Ahora cada pas les costaba no cinco ni diez segundos, sino una eternidad.

—Caminemos, che, lento, pero caminemos. Tu pastilla me hará subir hasta el cielo.

—Qué bien que te sentís mejor.

—Creo que tú también eres mi mejor amigo —le dijo Beto al sentir cómo lo sostenía.

—¿Dónde habrá quedado Manuel?

—Ya aparecerá. Verás que pronto sale el sol —aseguró y un escalofrío los recorrió de pies a cabeza. D nnuevo escucharon el aullido del lobo.

—¡Hijo de su puta madre! —gritó Beto— ¿lo oíste?

—¡Ese lobo de nuevo!

—Sí, pero aquí no hay lobos ¿o sería un coyote? —y Max recordó a Cala y enseguida a Eva—. Espero qu nese pinche lobo no se haya comido a Manuel. ¡Manu! ¡Manuel, Sam! —gritaron los dos.

Minutos más tarde, el cielo se abrió. Casi dejó de llover y vieron a lo lejos el amanecer. Entonces Ma ,recordó las palabras de aquella anciana en Villa Arcediano: «Y tú, cuídate del silencio». El cielo se pintab nde tantos colores y cambiaban de tono tan rápido que era imposible seguirlos con la vista. En un abrir ecerrar de ojos el azul celeste los rodeó. Apoyado uno en el otro, con ropa y más ropa encima, la mochil rcasco y *goggles*, Max y Beto vieron un nuevo día, y la luz reflejada en la nieve los deslumbró. Luego viero ola senda de un arcoíris y un lobo blanco que salía de sus destellos. Los miró de frente, movió la cola contr eel viento y emprendió la carrera hacia adelante. Las huellas del lobo sobre la nieve fueron una rut edefinitiva a seguir. Solo les faltaron veintisiete metros para llegar a la cima.

?

a

s
ɔ

ɔ
e
ɹ
a
e

ɹ

).
e
e
ɔ
).
ɔ

e

e

x
a
y
ɹ,
ɹ
a
a

11

El nombre de Eva hizo eco en cada rincón del hospital. Por lo menos así lo sintió ella al escucharlo. Era e mediodía del sábado. Hacía una semana que se despidió de Max y ahora estaba en un hospital de l Ciudad de México, en espera de noticias. Una noche antes, sonó su celular a las tres de la madrugada. E repiqueteo sobre el buró la despertó. Eva estaba segura que sería Capi, una de sus llamadas borracho arrepentido. Su corazón se aceleró, sin saber lo que le esperaba. Era Killa Kusi. Tanto se sorprendió al ve ese nombre en la pantalla, que el teléfono se le cayó de las manos y fue a parar debajo de la cama. Eva fu tras de él, no sabía si ya estaba despierta o estaba soñando. Vio debajo de la cama la luz del celular. Estiró e brazo y dijo «bueno».

Temblando fue a la habitación de su mamá. Con el celular en la mano, cruzó el departamento e penumbras. Julia ya estaba despierta, se preparaba para viajar a Los Ángeles, Eva esperó a que saliera de l regadera para decirle que tenía que ir ese mismo día a la Ciudad de México, Max había sufrido u accidente en la montaña.

—¿Sola? —Fue lo primero que le respondió Julia.

—Sí, no veo quién me pueda acompañar. Ya he viajado sola.

—¿Tú qué puedes hacer? Esa ciudad es muy peligrosa.

—Ayudar a cuidar a Max, estar con él. Me cuidaré, no te preocupes. Estaré bien, allá están Killa Silvina.

Eva se dio prisa en hacer su maleta. Lo primero que echó dentro fueron sus pastillas. No olvidarí nunca más tomarse sus dos píldoras. Antes de salir fue a despedirse de Dana, conociendo su carácter, sabí que no era prudente despertarla, aun así, entró y ella ya estaba despierta. Eva fue hasta su hermana y ella l abrazó sin dejar la cama. Le dijo que Max era un chico fuerte, que la llamara en cuanto tuviera noticias Enseguida entró Julia para apurar a Eva y decirle a Dana que su abuela llegaría a la hora de la comida. Era las cinco de la madrugada cuando Eva y Julia abordaron un Uber compacto camino al aeropuerto. Ahí s despidieron, una se fue al área nacional y la otra a la internacional. Hasta ese momento, Eva le mandó u mensaje a Max. Le dijo que iba en camino. El WhatsApp llegó, pero no tuvo respuesta. Luego les escribió Paloma y a Majo. Su avión salía a las diez de la mañana. Minutos antes de abordar, le entró una llamada d su papá, desde Tokio.

—¡¿Cómo que vas a la Ciudad de México?!

—Mi mamá me dio permiso. Sí, voy sola. Voy a ver a Max. Ay, papá, si me regresé sola de Estado Unidos, ¿recuerdas? Max tuvo un accidente. No, no sé nada, no sé cómo está. Solo sé que tuvo un accident

mientras subía el Iztaccíhuatl. —Eva contestaba rápido todos los cuestionamientos de Otto, hasta qu guardó silencio más de un minuto.

—Eva, ¿sigues ahí? —preguntó Otto y volvió a decirle—: Sé que ha sido inesperado lo que te acabo d decir, hija, te repito, cuando regrese a México te pondré en contacto con tu madre Helena. Ya la localicé Creo que ya es tiempo de que se vean. ¿Estás bien?

—Sí, papá, estoy bien. Ya tengo que colgar, estamos a punto de despegar.

«Qué casualidad que ahora que mi papá y mi mamá se separaron, mi papá localiza a mi madre. Soy un idiota. Estoy segura de que él siempre ha sabido el paradero de mi madre. Ahora resulta. Así nada má aparece por arte de magia Helena Solís».

—Señorita, su cinturón, estamos próximos al despegue —le dijo la sobrecargo vestida de azul, y la sac de sus pensamientos.

El avión despegó con veintidós minutos de retraso. Cincuenta minutos después, al aterrizar, Eva vi por la ventanilla la mancha urbana y se estremeció. La última vez que había estado en la Ciudad de Méxic fue cuando tenía doce años, en ese viaje había conocido a Romeo Noria y había comenzado a leerlo un pa de años después. Estaba segura de que no tendría oportunidad de verlo, sobre todo, cuando al aterrizar, un hilera de notificaciones saturaron su celular: una veintena de fotos de Max en la Ciudad de México y en e Iztaccíhuatl, *selfies*, vistas del paisaje y el esplendor del cielo, una de un escarabajo y otra de un hongo roj Una bitácora del viaje en imágenes. Luego un mensaje de Paloma, en el que, además de decirle que hab vomitado en clase de Matemáticas, le enviaba el *link* de *El Informador*.

Encuentran a alpinistas extraviados en el Iztaccíhuatl

Esta noticia mandó a segundo término la llamada de su papá. El corazón de Eva comenzó a latir con fuerza Como no había documentado, tomó su maleta y salió por un taxi. Le dijo al chofer que la llevara al Hospita Español. Tardaron casi una hora en cruzar la ciudad de Oriente a Poniente por Circuito Interior. D camino se encontraron con tres ambulancias que llevaban la sirena encendida, y ese llanto mecánico po primera vez la estremeció. Eva comenzó a buscar en internet más noticias relacionadas, y las página comenzaron a aparecer. Todas narraban un fatal accidente en las cumbres de la Mujer Dormida. El mur de Beto Quezada estaba lleno de lamentaciones. Eva no quiso ver más. Le preguntó al chofer cuánto faltab y le escribió a Killa para decirle que llegaba en veinte minutos. El llanto le nubló los ojos.

Eva bajó del taxi en Ejército Nacional, cruzó el estacionamiento y un jardín de rosales amarillos hast llegar a la torre de especialidades, subió hasta el tercer piso y al salir del ascensor escuchó su nombre y ell sintió que hizo eco en cada rincón del hospital. «¡Eva!», era Killa Kusi a punto de romper en llanto. Ell soltó su maleta a mitad del pasillo y también comenzó a llorar.

—Está muy mal, Eva. Max está muy mal. —Eva sintió que se derrumbaba, que le faltaba el aire, como s alguien de pronto estuviera apretando su garganta y no la dejara tragar saliva o un sorbo de oxígeno. S abrazaron con fuerza y siguieron llorando. Eva no sabía qué decir. No dijo nada—. Hoy en la madrugada lo trajeron. Max, Beto y Samuel, otro chico amigo de ellos, se desbarrancaron. Parece que había neblina lluvia, y se cayeron a un precipicio. Solo Manuel y Max están con vida, pero muy mal, muy mal... —repiti varias veces.

—Quiero verlo, ¿dónde está? —balbuceó Eva.

—Está en terapia intensiva, en una hora podremos pasar.

Mientras tanto fue a ver a Manuel, que estaba en una habitación del quinto piso. Él había encontrado l mochila de Max a veintisiete metros antes de llegar a la cima. Imaginó lo que había sucedido y bajó a pedi ayuda. Bajó a toda prisa, se cayó varias veces, se raspó, se golpeó las piernas y se despellejó las palmas de la manos. En el refugio McAllister no había nadie. Revisó su celular y la señal era débil. Mandó un sos a lo teléfonos de emergencia que había copiado en Paso de Cortés. El mensaje no salió. Siguió bajando. Al llega a La Joya un grupo de excursionistas se alistaba para ascender y cuatro guías llegaban a su encuentro Habían recibido su WhatsApp. Manuel les dijo lo que él creía que había pasado, que sus amigos se habían perdido. Habían pasado tres horas, cruciales para la vida o la muerte. A ojos cerrados, para hablar sin tartamudeos, le contó a Eva los últimos días de Max y le dijo cuánto la amaba. Al final, él sería el únic sobreviviente de la excursión al Iztaccíhuatl.

Eva vio a Max rodeado de aparatos y mangueras, y ese monitor que mide el pulso con pico ascendentes. Max tenía el suero en su brazo izquierdo, Eva vio de nuevo el tatuaje de la boa que se tragó un elefante. Las lágrimas rodaron por sus mejillas al ver al Príncipe de Roma con la mitad del rostro amoratado, y cuando estaba segura de que se desplomaría, llegó Silvina a su lado. Le dijo que Max había resistido por tanto medicamento que tomó. Además, era un chico muy fuerte. Eva recordó las palabras de Dana, siempre tenía razón. Sin embargo, Max tenía un daño irreversible en el cerebro. Luego guardó silencio y le dio el diario de Max, pero en realidad era *El libro de los anhelos*. Le dijo que era suyo, que en la última página escrita había algo para ella. Eva lo leyó ahí mismo, de pie, teniendo a Max a tres metros de distancia. Eva leyó un fragmento de *El amenazado*, un poema de Jorge Luis Borges que Max se sabía de memoria.

Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz,
la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo.
Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.
Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)
El nombre de una mujer me delata. (Eva).
Me duele una mujer en todo el cuerpo. (Eva).

Eva terminó de leer y estaba llorando. Estaba sola. Lloraba como nunca antes lo había hecho. Rodeada por un silencio que la desgarraba por dentro. Sentía lo que nunca había sentido antes: la muerte de alguien es difícil de explicar. Fue entonces cuando escuchó pasos y una voz conocida que se acercaba, era su mamá que, al hablar con Killa sobre lo que había pasado, cambió su vuelo de Los Ángeles a la Ciudad de México. En ese momento nada era más importante para ella que estar al lado de su hija. Al verla llegar, Eva se derrumbó y comenzó a llorar como una niña de tres años.

—Conocí a Max en un hospital y en un hospital nos despedimos. Creo que llegué tarde, mamá, no sé, tengo la sensación de que llegué tarde. No sé si podré. Me duele mucho, mamá, mucho. —Julia la abrazó, la contuvo con tanto amor que Eva poco a poco comenzó a tranquilizarse hasta hacer un murmullo de sus palabras. Luego apoyó su mano izquierda en el vidrio que la separaba de Max y temblando, por fin le dijo—Sin ti, la eternidad comienza hoy.

Continuará...

Eva vio a Max rodeado de aparatos y mangueras, y ese monitor que mide el pulso con picos ascendentes. Max tenía el suero en su brazo izquierdo, Eva vio de nuevo el tatuaje de la boa que se tragó a un elefante. Las lágrimas rodaron por sus mejillas al ver al Príncipe de Roma con la mitad del rostro amoratado, y cuando estaba segura de que se desplomaría, llegó Silvina a su lado. Le dijo que Max había resistido por tanto medicamento que tomó. Además, era un chico muy fuerte. Eva recordó las palabras de Dana, siempre tenía razón. Sin embargo, Max tenía un daño irreversible en el cerebro. Luego guardó silencio y le dio el diario de Max, pero en realidad era *El libro de los anhelos*. Le dijo que era suyo, que en la última página escrita había algo para ella. Eva lo leyó ahí mismo, de pie, teniendo a Max a tres metros de distancia. Eva leyó un fragmento de *El amenazado*, un poema de Jorge Luis Borges que Max se sabía de memoria.

> Es, ya lo sé, el amor: la ansiedad y el alivio de oír tu voz,
> la espera y la memoria, el horror de vivir en lo sucesivo.
> Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.
> Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.
> Ya los ejércitos me cercan, las hordas.
> (Esta habitación es irreal; ella no la ha visto.)
> El nombre de una mujer me delata. (Eva).
> Me duele una mujer en todo el cuerpo. (Eva).

Eva terminó de leer y estaba llorando. Estaba sola. Lloraba como nunca antes lo había hecho. Rodeada por un silencio que la desgarraba por dentro. Sentía lo que nunca había sentido antes: la muerte de alguien es difícil de explicar. Fue entonces cuando escuchó pasos y una voz conocida que se acercaba, era su mamá que, al hablar con Killa sobre lo que había pasado, cambió su vuelo de Los Ángeles a la Ciudad de México. En ese momento nada era más importante para ella que estar al lado de su hija. Al verla llegar, Eva se derrumbó y comenzó a llorar como una niña de tres años.

—Conocí a Max en un hospital y en un hospital nos despedimos. Creo que llegué tarde, mamá, no sé, tengo la sensación de que llegué tarde. No sé si podré. Me duele mucho, mamá, mucho. —Julia la abrazó, la contuvo con tanto amor que Eva poco a poco comenzó a tranquilizarse hasta hacer un murmullo de sus palabras. Luego apoyó su mano izquierda en el vidrio que la separaba de Max y temblando, por fin le dijo—: Sin ti, la eternidad comienza hoy.

Continuará...

Acerca del autor

Rodolfo Naró nació en Tequila, Jalisco, en 1967. Ha sido becario del Fonca en la disciplina de novela. Su obr poética está reunida en *Los días inútiles* (1985-1995), *Lo que dejó tu adiós* (1995-2005) y *Elegir el fuego* (2005-2015) Como novelista es autor de *El orden infinito*, finalista del Premio Planeta Argentina 2006 y considerada una de la mejores novelas del 2007 por la revista *Gatopardo; Cállate niña* y de la serie juvenil *Desigual*, integrada por las novela *Un corazón para Eva* y su continuación *Una eternidad para Eva*. También es autor de los libros infantiles *Paganino* y *E misterio del colibrí*, seleccionado por IBBY-México para representar a la literatura infantil nacional en la Feria del Libr de Madrid 2022. Desde 2019 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Actualmente vive en la Ciuda de México.

Acerca del autor

Rodolfo Naró nació en Tequila, Jalisco, en 1967. Ha sido becario del Fonca en la disciplina de novela. Su obra poética está reunida en *Los días inútiles* (1985-1995), *Lo que dejó tu adiós* (1995-2005) y *Elegir el fuego* (2005-2015). Como novelista es autor de *El orden infinito*, finalista del Premio Planeta Argentina 2006 y considerada una de las mejores novelas del 2007 por la revista *Gatopardo; Cállate niña* y de la serie juvenil *Desigual*, integrada por las novelas *Un corazón para Eva* y su continuación *Una eternidad para Eva*. También es autor de los libros infantiles *Paganino* y *El misterio del colibrí*, seleccionado por IBBY-México para representar a la literatura infantil nacional en la Feria del Libro de Madrid 2022. Desde 2019 es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Actualmente vive en la Ciudad de México.

© 2023, Rodolfo Naró

Traductora al quecha: Yessica Aedo Rivera
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Lucero Vázquez
Fotografía del autor: José Manuel Ruiz

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0530-5

Primera edición en formato epub: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0584-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

© 2023, Rodolfo Naró

Traductora al quecha: Yessica Aedo Rivera
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Lucero Vázquez
Fotografía del autor: José Manuel Ruiz

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0530-5

Primera edición en formato epub: septiembre de 2023
ISBN: 978-607-39-0584-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Contenido
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros